



LA
PRISIONERA
DE ROMA

JOSÉ LUIS CORRAL



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La novela histórica de una gran mujer destinada a dirigir uno de los grandes imperios de la Historia.

En el año 267 una hermosa joven llamada Zenobia se convirtió en soberana de la fabulosa ciudad de Palmira, en el desierto de la provincia romana de Siria. Tras el asesinato de su esposo Odenato, Zenobia hizo de Palmira el centro de un nuevo reino que dominó las tierras ubicadas entre el Mediterráneo y Mesopotamia.

Durante cinco años su sueño imperial fue posible y Zenobia, dotada de una belleza legendaria y de una capacidad de gobierno encomiable, se independizó del Imperio romano, reinó sobre Asia occidental, conquistó Egipto, fue aclamada como la nueva Cleopatra y mantuvo a raya al Imperio persa.

En el año 272, Aureliano, emperador de Roma, se enfrentó al ejército de Palmira después de que Zenobia se atreviera a proclamar su independencia del Imperio romano. Derrotada y presa la reina Zenobia y conquistada Palmira, el Imperio romano recuperó la gloria de los tiempos de los grandes césares y todavía sobreviviría un par de siglos, a veces inmerso en períodos de lenta agonía.

L  **LIBROS**

José Luis Corral

La prisionera de Roma

A M.^a José, mi mujer, por la vida

Hubo un tiempo, a finales del siglo III en el que una bellísima mujer —se dijo de ella que fue la más hermosa que había existido— desafió al poder de Roma. Esa mujer, descendiente del linaje de Cleopatra, se llamó Zenobia y fue señora de Palmira, reina de Egipto y emperatriz de Oriente. Gobernó un imperio sobre la mitad del mundo conocido desde una ciudad de leyenda, y soñó con construir un mundo nuevo.

Esta es su historia.

De los recuerdos de Zenobia a su hija

*Tívoli, cerca de Roma, fines de diciembre de 297;
1050 de la fundación de Roma*

—Sabes, hija, hubo un tiempo, no demasiado lejano, en el que yo fui la soberana del mundo.

» El Imperio romano agonizaba sumido en luchas intestinas entre ambiciosos generales y acosado por los bárbaros en todas sus fronteras. En ese tiempo no hubo nadie capaz de atajar tantos desmanes y tuve que ser yo, una mujer de Oriente, quien me enfrenté al caos y pugué porque la civilización no se viniera abajo y desapareciera para siempre.

» Desde Palmira, la ciudad más hermosa, nacida de la arena como una joya de piedra y seda, construí un enorme imperio, asenté las fronteras con los persas, mantuve a raya a los bárbaros, restauré el reino de Cleopatra y soñé con un mundo distinto.

» Hace ya treinta años de todo aquello. Es casi una vida, y lo recuerdo como algo tan lejano cual si hubieran transcurrido varios siglos, como si cada vez que lo rememoro estuviera evocando un sueño difuso y no algo vivido.

» Hubo un tiempo, hija mía, en el que los hombres de Oriente me aclamaron como al más grande de los conquistadores. Goberné ricas provincias y reinos populosos, guerreé en batallas junto a héroes formidables, conquisté planicies inmensas y montañas cuyas cimas rasgaban los cielos, cacé los más fieros leones y domé los más indómitos caballos, cabalgué por caminos de arena y por calzadas enlosadas, crucé el mar, tuve a Oriente sumido a mis pies y entregado a mi gobierno, lo presencié desde la dorada Alejandría y los más egregios generales se postraron a mis pies como ante una diosa.

» Hubo un tiempo, mi amada niña, en el que el mundo estaba sumido en terribles convulsiones; las gentes carecían de gobierno, los poderosos humillaban a los humildes, los fuertes se imponían a los débiles, los justos eran desplazados por los avarientos. Yo cambié todo aquello; di prosperidad a mi pueblo, otorgué confianza a los mercaderes, provoqué el temor de mis enemigos y puse en orden una tierra que navegaba a la deriva.

» Tenía tu edad cuando me convertí en la reina de Oriente. Fui educada por ilustres eruditos y eminentes sabios que me enseñaron filosofía, historia y literatura, y gracias a ellos aprendí a comprender las miserias y las grandezas que habitan en los corazones de los seres humanos.

» Hubo un tiempo en el que los hombres combatieron y murieron por mí, en el que se libraron batallas épicas en las que la sola mención de mi nombre infundía temor en los enemigos y valor en los corazones de mis soldados. Los campos de batalla de Siria, de Egipto y de Mesopotamia vieron luchar a guerreros prodigiosos en defensa del reino que yo quería implantar, y morir por ese ideal que he perseguido durante toda mi vida.

» Hubo un tiempo, mi querida hija, en el que todos pronunciaban mi nombre como un susurro, en el que el viento llevaba de un lado a otro el relato de mis hazañas, en el que parecía posible construir un mundo mejor en el que acabaran las guerras y las matanzas.

» Yo viví aquel tiempo prodigioso, y tuve miedo. Sí, mi pequeña, tuve miedo muchas veces. Temblé como una niña desvalida en la soledad de mi aposento cuando me comunicaron el fallecimiento de mi primer esposo, lloré desesperada cuando murieron mis hijos, sentí el pavor atormentándome antes de cada batalla, se rasgaron mis entrañas cuando perdí el amor y cuando no pude evitar que Roma acosara mi reino. Pero en todas esas situaciones tan terribles me mostré fuerte y sólida delante de mis súbditos, que jamás me vieron llorar.

» Yo he vivido en una época que en los libros de historia se recordará como una edad confusa que tildarán de oscura y que tal vez presenten envuelta en un velo de tinieblas. Varios historiadores romanos ya han escrito sobre mí y, aunque alguno entiende mi proceder, la mayoría me trata en sus textos como la mujer ambiciosa que condujo a Roma y a su civilización al borde del abismo porque quiso ganar su propio reino antes que someterse a la ley del Imperio; incluso aseguran que fui pérfida en la traición y tiránica en el gobierno.

» Sé que cuentan cosas que no fueron ciertas y que inventan episodios macabros para ensuciar mi memoria. Lo sé, porque he leído algunas de ellas y he sido testigo de que esas conductas no son inusuales; y, además, porque el paso de los años altera la percepción de lo ocurrido cuando se rememora tiempo después.

» Presiento que el momento de mi muerte no está lejos, y que, cuando llegue, todos mis recuerdos se irán conmigo y de mí sólo quedarán unas líneas en una historia escrita por quienes me odiaron aun sin conocerme. Quiero que sepas que lo hicieron porque intenté cambiar este mundo injusto.

» Por eso, mi querida hija, deseo contarte todos esos recuerdos, para que no se olviden con mi muerte, para que tú los cuentes a tus hijos, y tus hijos a los suyos, y se perpetúen en nuestra familia.

» Y así, tal vez algún día, en un tiempo lejano, cuando hayan pasado muchos

siglos y todos los monarcas de esta época no seamos sino simples nombres grabados en lápidas de piedra, alguien recupere mis recuerdos y cuente mi verdadera historia.

» Porque hubo un tiempo, hija, en el que yo pude ser la dueña del mundo.

Capítulo I

*Palmira, en el desierto sirio, 23 de diciembre del año 245;
nueve días antes de las calendas de enero
del 998 de la fundación de Roma*

El médico griego le pidió a la egipcia que empujara con fuerza. La partera observó el pequeño bulto negruzco que asomaba entre las piernas de la parturienta, lo asió con delicadeza y tiró con la habilidad que sólo otorga la experiencia. Lo extrajo del útero materno y lo puso sobre el pecho de su madre. El médico ató con destreza un nudo con un cordel en el cordón umbilical y lo cortó.

La recién nacida, abiertos sus pulmones al nuevo aire fresco, rompió a llorar con energía. Los augures del templo de Nebo, intérpretes de los signos que anunciaban el futuro, habían vaticinado que del vientre de la egipcia nacería un varón; pero sus presagios habían fallado.

Zabaii ben Selim escuchó berrear a su retoño y, por la fuerza del llanto, supuso que los arúspices habían acertado; sonrió por ello. Entró esperanzado en la habitación donde su esposa, una bella egipcia a la que había comprado como esclava unos pocos años atrás y con la que después se había desposado, sudaba y gemía, agotada tras varias horas de parto.

Faltaba una jornada para la fiesta del solsticio de invierno, el día más corto del año, y en Palmira, la floreciente ciudad del desierto sirio, el agua de los estanques se había helado aquella noche por primera vez en mucho tiempo. Un gélido viento soplaba del norte y ululaba en las acroteras de los tejados, bajo un límpido cielo estrellado que parecía como fundido en vidrio y moteado de chispas de perlas luminiscentes.

Zabaii se dio cuenta enseguida de que su primer retoño era una hembra, y contempló frustrado a la niña y luego a su esposa, cuyas muecas de dolor mudaron en cierto rictus de culpabilidad ante los ojos decepcionados de su desencantado marido.

El rico mercader había soñado con tener un hijo varón. Se lo había pedido, suplicado, al amable dios Nebo, a cuyo santuario, ubicado en la gran calle de

columnas, cerca del teatro, había acudido meses atrás, cuando se enteró de que su esposa estaba encinta, para ofrecerle en sacrificio dos rollizos corderos y una docena de palomas torcaces de plumaje completamente albo. Había orado en silencio y realizado ante el altar del dios de los oráculos una docena de libaciones, en las que había derramado los más caros perfumes, quemado el más refinado de los inciensos y la más aromática de las mirras para pedir que el primer hijo que naciera de las entrañas de su esposa fuera un varón.

Sin embargo Nebo, señor de la sabiduría y de la escritura, un dios siempre tan cercano a los humanos y quizá por ello caprichoso e imprevisible como el más voluble de los hombres, no había atendido a sus intensas plegarias, que siempre había acompañado con cuantiosas dádivas. Quizá, pensó Zabaii, no había sido lo suficientemente generoso con los taimados sacerdotes que ejercían como únicos intermediarios entre los dioses y los hombres; tal vez si hubiera ofrecido en sacrificio otros cuatro corderos y dos docenas de palomas, y una docena más de monedas de oro y alguna pieza de seda...

Resignado, acarició el rostro sudoroso de su joven esposa y observó de nuevo a la niña, que estaba siendo enfajada con una banda de fino lino blanco por la comadrona. El médico se lavaba las manos en una palangana y, aunque no era el responsable, parecía contrariado por haber traído una niña al mundo. Zabaii no dijo una sola palabra, apretó los dientes, salió de la estancia y se sirvió una copa de dulce vino griego, de color amarillo dorado y con intenso sabor dulzón a resina y a madera verde. La bebió de un largo trago, apuró hasta la última gota, más por rabia que por sed, tensó los músculos de sus mandíbulas y los de sus puños y maldijo en silencio a los dioses.

Zabaii ben Selim era un potentado mercader, dueño de varias tiendas en el mercado de la ciudad de Palmira y experto conductor de caravanas. Poseía un negocio a medias con un socio llamado Antioco Aquiles, un avispado griego con el que compartía la propiedad de una recua de doscientos camellos con los que organizaban caravanas que a través de Palmira transportaban valiosas mercancías entre Egipto y Mesopotamia. Utilizaba tanto su nombre árabe, Zabaii ben Selim, como el romanizado de Julio Aurelio Zenobio, que era el que solía emplear cuando realizaba transacciones comerciales fuera de Palmira, especialmente en las ciudades sirias de la ruta hacia Egipto y la costa mediterránea.

Su estirpe era de origen árabe. Había heredado la jefatura del antiguo y orgulloso clan semita de los Amlaqi, un linaje de pastores nómadas que siglos atrás habían recorrido con sus rebaños de camellos y cabras los polvorientos senderos de tierra ocre entre los desiertos de Siria y los límites del misterioso y profundo país de Arabia, cuyas assoladas regiones resultaban tan pavorosas que los únicos que se atrevían a adentrarse en ellas eran ciertos grupos de rocosos beduinos, que conocían la secreta ubicación de los escasísimos pozos de agua

dulce que surgían cada dos o tres días de camino ocultos entre las montañas de piedra o en los inmensos pedregales de basalto, y cuya propiedad defendían con una ferocidad extrema.

Hacía ocho generaciones que sus ancestros habían abandonado el nomadismo y se habían establecido en la ciudad de Edesa, en el norte de Mesopotamia, y allí habían fundado una notable estirpe de aristócratas que, andando el tiempo, se convirtió en el clan encargado de la custodia del gran templo solar de esa ciudad, uno de los santuarios más venerados del oriente romano. Los otrora vagabundos del desierto se habían erigido en una casta de sacerdotes entregados al culto del Sol y se habían enriquecido como mercaderes de sedas y de perfumes.

Zabaii se mostraba orgulloso de su noble genealogía y de que, hacía ya más de cien años, uno de sus antepasados se trasladara desde Edesa a la floreciente Palmira, donde estableció sus negocios, que prosperaron hasta auparlo entre los más ricos mercaderes de esa ciudad surgida en torno al único gran oasis de palmeras en el desierto, entre las feraces huertas de Damasco y de Emesa y las fértiles riberas del río Eufrates.

Gracias a su provechosa actividad comercial y a sus buenas relaciones con Roma, uno de sus tatarabuelos había recibido la concesión de la ciudadanía romana por privilegio personal del recordado emperador Antonino Pío. Con ello, los miembros del clan de los Banu Selim se habían convertido en ciudadanos romanos de derecho pleno unos años antes de que otro emperador, Caracalla, otorgara ese mismo título a todos los habitantes libres del Imperio.

En agradecimiento a esa distinción imperial, los Selim habían añadido a su nombre árabe el gentilicio romano de Aurelio para dejar bien claro que sus derechos de ciudadanía procedían de una prebenda especial concedida por un emperador de esa dinastía a su familia, lo que los distinguía del resto de los palmirenos.

—El parto ha sido largo y complicado, pero la niña está bien y tu esposa se recuperará pronto —se limitó a informarle el médico.

Zabaii asintió con un gesto de la cabeza y salió al patio de su lujosa mansión en el barrio sur de la ciudad, muy cerca del santuario de Bel. Aspiró profundamente y el aire frío de la noche heladora inundó sus pulmones. Las estrellas brillaban en el cielo como lejanos destellos de brillantes purísimos.

Amaba aquella ciudad, a mitad de camino entre Oriente y Occidente, en la ruta de las caravanas. Amaba su preciada Tadmor, el nombre originario árabe, anterior al que le dieran los romanos dos siglos atrás: Palmira, la ciudad de las palmeras. Su caserío de piedra era un prodigio, situado en el extremo de una amplia llanura que se desplegaba infinita hacia el este y el sur, recostado al pie de unos escarpados cerros de piedra que lo protegían de los vientos del noroeste, surgido como en un sueño imposible de entre pedregales estériles y dunas de arena, junto a milagrosos pozos de agua y a un extenso y fértil palmeral que

hacían factible la vida urbana en medio de aquella descarnada desolación.

Alzó la mirada al cielo y contempló, hacia el horizonte meridional, la constelación que los griegos llamaban Orion, el mítico cazador, y bajo ella la luz brillante y límpida de Sirio, la estrella fija más luminosa del firmamento, la que en las noches de invierno señala a los caminantes la ruta del mar cálido, más allá de los insondables desiertos de Arabia, cuya declinación marcaba uno de los ciclos según el cual los antiguos medían los grandes períodos del tiempo. Encaró su rostro desafiante hacia las titilantes estrellas y musitó:

—Te pedí un hijo, dios Nebo, un varón que mantuviera mi negocio en mi vejez, que fuera mi báculo y mi sustento cuando me alcance la decrepitud de la ancianidad, que continuara el noble linaje de mis antepasados, y no has atendido a mis piadosas plegarias. ¿Qué te he hecho yo, dios del destino y señor del futuro? ¿Por qué me has castigado con la maldición de una hija primogénita? ¿Acaso debería haberme encomendado a ese nuevo dios al que adoran los cristianos? ¿Acaso debiera haberle pedido a él lo que tú te has negado a otorgarme? Tal vez debiera haberlo hecho, sí. Seguro que es más poderoso que tú, seguro que él sí hubiera respondido a mis oraciones y a las ofrendas de mis sacrificios y hubiera atendido mis demandas. Quizá haya llegado el tiempo de renegar de los viejos dioses inútiles y volver los ojos a las nuevas creencias.

Los árabes, tanto los comerciantes y agricultores que vivían en las ciudades y oasis de las rutas de las caravanas como los nómadas beduinos que se desplazaban en un perpetuo ir y venir por los caminos del desierto, consideraban que si el primogénito era una niña, los dioses manifestaban con ello que no estaban contentos con el padre y, de ese modo, le infligían un castigo por su reprochable conducta. En ciertos casos, sobre todo entre los nómadas, era frecuente que las niñas nacidas en primer lugar fueran asesinadas impunemente al poco tiempo de ver la luz, algunas incluso enterradas vivas en las arenas del desierto, todavía con el cordón umbilical colgando de sus pequeños e hinchados vientres.

Zabaii masculló su odio y estuvo a punto de estallar de rabia y de maldecir a gritos a todos los dioses de Palmira, pero dominó su ira y se contuvo. Amaba a su bella esposa egipcia; se había prendado de su hermosura rotunda y extraña cuando la vio expuesta en la tarima del mercado durante una subasta de esclavos en Alejandría. Pujó por ella y la adquirió por cuarenta monedas de oro. La llevó a su casa de Palmira, la liberó de la esclavitud y se casó con ella según el rito árabe en una ceremonia en el templo de Bel. No le echaba la culpa por haber parido a una niña; el responsable de esa desgracia era él, tal vez por haber orado ante el dios equivocado o por no haber sido más desprendido en la ofrenda al santuario de Nebo; si hubiera sido más generoso, probablemente el dios hubiera atendido a sus ruegos. Pero ¿quién sabe cuál es el verdadero precio para conseguir ganarse la voluntad de los veleidosos dioses!

—¿Cómo piensas llamarla?

Zabaii se giró y reconoció en la semipenumbra del patio la voz del médico griego que había atendido a su esposa en el parto.

—No lo sé; no lo había pensado. Ni por un instante imaginé que mi primer hijo pudiera ser una niña —le respondió—. Hace unos meses ofrecí un sacrificio, quemé incienso y libé esencias de sándalo y algalia en el templo de Nebo; le supliqué que mi primogénito fuera un varón. Y ya ves, me ha concedido una niña. ¿Qué he hecho yo para merecer semejante castigo? Nunca he olvidado mis obligaciones para con nuestros dioses ni para con nuestra ciudad.

—Tal vez el nacimiento de tu hija no sea cuestión del capricho de los inmortales, ni siquiera un castigo de Nebo o del mismísimo Bel. Asevera Galeno, el más famoso y docto de los médicos de Grecia, gracias al cual conocemos el funcionamiento del cuerpo de los seres humanos, que las niñas se gestan cuando el vientre de la madre recibe menos calor; Aristóteles, el más insigne erudito de los griegos, ya dedujo que por ese mismo efecto la mujer carece de pene, y que las hembras no son otra cosa que varones mutilados, imperfectos e incompletos. Esa es la causa última de que la mujer sea inferior al hombre.

El criado del médico salió al patio con una lucerna de bronce; su luz amarillenta iluminó los rostros de los dos hombres.

—¿Podrá engendrar más hijos? —le preguntó Zabaii.

—Sí, no te preocupes. La próxima vez que dejes encinta a tu esposa, los dioses te premiarán con un varón. Llevo muchos años asistiendo partos y puedo asegurarte que nace un número similar de niñas y de niños. Por ahora he acabado mi trabajo y debo regresar a casa. Mañana a mediodía volveré a ver cómo se encuentran tu esposa y tu hijita. De momento todo ha salido muy bien; tu esposa es fuerte, fértil y sana, te dará más hijos, muchos más, si tú pones algo de tu parte, claro —comentó el médico mientras se colocaba sobre los hombros el manto de lana que le acercó su criado.

—¿Quieres cobrar tus honorarios?

—Mi criado te pasará la minuta más adelante. Ahora debes acompañar a tu esposa en su pesadumbre. Ella sabe bien cuánto anhelabas un hijo varón. Se siente desgraciada y culpable por no haber cumplido tus deseos y sólo tú puedes consolarla. No la dejes sola y procura que repose en calma.

—Descuida, la confortaré, y con ello me confortaré yo mismo.

Zabaii ofreció una copa de vino al médico griego, que la despachó de un par de tragos; luego lo acompañó hasta la puerta de la casa, lo despidió con un beso en la mejilla, al estilo oriental, y lo vio alejarse por la calle alumbrada por el candil que portaba el criado. Cerró la puerta con el cerrojo y se dirigió hacia la habitación donde descansaba su esposa.

—Está bien; es una mujer valerosa —le comunicó la partera—. Y la niña crecerá sana. Nada más salir se aferró con una de sus manitas a uno de mis

dedos con la convicción de quien desea vivir por encima de todo.

—En ese caso puedes marcharte; y yo velaré el sueño de las dos —le propuso Zabaii—. Toma —le entregó una bolsa con monedas—, aquí tienes el pago a tus servicios. Es lo acordado, y he añadido, además, otras tres piezas de plata.

—Gracias, mi señor, gracias. Si me necesita cualquiera de las dos, no dudes en avisarme.

—La llamaré Zenobia, Julia Aurelia Zenobia —asentó Zabaii ante la matrona.

—¿Zenobia?

—Sí; se trata de la forma romana del nombre árabe *Znwbia*, casi imposible de pronunciar para un griego o un romano; es la versión femenina de mi tercer nombre, el mismo que han llevado algunos miembros destacados de mi familia.

—Zenobia... Suena muy bonito; precioso y rotundo como un perfecto verso breve.

—Una mujer bella requiere de un nombre bello.

—Todavía es pronto para asegurarlo, pero creo que tu hija tiene los ojos de su madre —dijo la comadrona.

—Será tan hermosa como ella.

—Sí, así será —predijo la partera.

Zabaii recitó en árabe el nombre de su hija con la filiación de todos sus ascendientes conocidos: «*Znwbia al-Zabda ibn Zabaii ibn Salim ibn Amr ibn Thaqrab ibn Hasan ibn Adhina ibn al-Samida...*». Intentó disimular su frustración, pero apenas podía ocultar que seguía apesadumbrado por no haber tenido un hijo varón. Tal vez hubiera más oportunidades. Sí, seguro que las habría.

Capítulo II

*Palmira, once años después, verano de 256;
1009 de la fundación de Roma*

—¡La caravana, ya llega la caravana! —Un vigía, desde su atalaya, la había visto aparecer al otro lado del palmeral y había corrido a dar la noticia—. Pronto estará aquí —anunció alborozado.

La esperada caravana procedente del este se acercaba a Palmira por el camino del Eufrates. Una esclava estaba cepillando la larga y negra cabellera de Zenobia en el patio de la casa de los Selim. La muchacha se levantó de golpe de su escabel de madera con incrustaciones de marfil, apartó a un lado a la esclava y acudió corriendo hacia su madre, a la que habló en egipcio, lengua que había aprendido de su boca.

—¡Madre, madre, la caravana ya está aquí!

—Tranquilízate, Zenobia, todavía se encuentra lejos de la ciudad; el vigía acaba de dar el aviso, pero aún tardará un cuarto de día en llegar. Hay tiempo para preparar el recibimiento de tu padre.

—¿Qué nos traerá esta vez? —preguntó la niña con los ojos ávidos de sorpresas.

—No lo sé, tal vez un hermoso collar con escarabajos de oro, o pulseras con piedras de lapislázuli, o una diadema de perlas, o vestidos de finas gasas y sedas... Nunca se sabe; tu padre no ha dejado de sorprenderme.

—¿Puedo ir a recibirlo a la entrada de la ciudad, puedo?

—Sí, pero ten cuidado —le advirtió su madre.

—Hace dos meses que mancho de sangre los paños íntimos; alguna de mis amigas ya se ha casado: no soy una niña, madre, voy a cumplir once años.

—Aún faltan algunos meses; pero, aunque crezcas mucho, para mí siempre serás mi niñita pequeña. No obstante, si sales a la calle cúbrete la cabeza con un pañuelo de seda. Tú misma lo has dicho: ya estás en edad para que te deseen los hombres; debes comenzar a preocuparte por ello.

Tras el nacimiento de Zenobia, la esposa de Zabaii había dado a luz a tres niños más, todos ellos varones, pero ninguno de ellos había sobrevivido más allá

de unas pocas semanas pese a los ingentes donativos ofrecidos por el mercader a todos los dioses venerados en el gran santuario de Bel y en otros templos de Palmira, incluso en el de Nebo, al que también había vuelto a recurrir pese al desencanto del primer parto de su esposa. La egipcia siempre llevaba al cuello, colgada de una cadenita de oro, una piedra rojiza de aetita, como eficaz amuleto para proteger a las embarazadas de un aborto.

Pero el mercader árabe se resignó a no tener un hijo varón cuando el médico griego le anunció que, tras el cuarto embarazo, su esposa ya no podría concebir más criaturas. Desde luego podría haber tomado otra esposa, como hacían algunos potentados árabes, pues la mayoría de los ricos solía desposar a una segunda mujer joven cuando la primera dejaba de ser fértil, pero prefirió continuar casado únicamente con la egipcia. Desde entonces, toda su ilusión se había centrado en Zenobia, que crecía alegre y jovial.

La muchacha recogió su hermoso cabello negro en un moño alto y cubrió su pelo con un tocado de fina gasa sujeto por una diadema orlada de perlitas como gotas nacaradas de rocío; se vistió con una túnica de seda con listas azules, amarillas y moradas y sobre el tocado se colocó un pañuelo de seda azul — aunque sin tapar la mitad inferior de su rostro, como sí solían hacer algunas mujeres palmirenas cuando salían de casa— y corrió hacia la puerta este de la ciudad, justo en donde el gobernador Odenato había ordenado levantar una muralla que protegiera a los ciudadanos de Palmira de cualquier amenaza exterior.

Los palmirenos estaban habituados a recibir en su ciudad decenas de caravanas a lo largo de todo el año, pero en este caso se trataba de una de sus propias misiones comerciales, lo que se convertía en un espectáculo que nadie quería perderse. Aquella era, además, una ocasión especial, porque un día antes un grupo de soldados romanos que huían de un ataque de los persas había traído noticias alarmantes de Mesopotamia y se había extendido una inquietante preocupación por toda la ciudad.

El rey Sapor I, hijo de gran soberano Artajerjes y segundo monarca de la dinastía de los sasánidas —un linaje de belicosos señores que había acabado con el poder de la dinastía de los reyes persas y se había adueñado del trono de Ctesifonte, deponiendo a los decadentes monarcas del debilitado clan de los partos— había atacado por sorpresa la gran fortaleza romana de Dura Europos, el principal bastión de la formidable línea defensiva del Imperio de Roma en la frontera de Mesopotamia, a orillas del caudaloso río Eufrates, a seis días y medio de camino de Palmira, y la había destruido. En el ataque había caído el *dux ripae*, el comandante romano de la fortaleza, a cuyas órdenes directas estaban sometidas todas las guarniciones de la frontera oriental.

Hacía sólo doce años que el propio Sapor había firmado un acuerdo de paz con el emperador Filipo el Árabe, pero los sasánidas habían aprovechado esa

tregua para rearmarse y aguardar durante todo ese tiempo la oportunidad propicia para atacar la frontera oriental de Roma, en sus deseos de ganar para su imperio todas las tierras que se extendían entre Mesopotamia y las costas orientales del Mediterráneo, las que los romanos denominaban como su provincia de Siria.

Sapor había prometido a su padre Artajerjes, agonizante en su lecho de muerte, que arrojaría a los romanos de Mesopotamia, Siria, Anatolia y Egipto, y que conduciría al nuevo imperio de Persia a alcanzar la grandeza de los florecientes tiempos de los grandiosos monarcas aqueménidas como Ciro o Darío. Para ello había aguardado con paciencia el instante preciso y había atacado justo en el momento de mayor debilidad de Roma, aprovechando que el emperador Valeriano, con el título de augusto, y su hijo, el también emperador Galieno, con el de César —el apelativo que se otorgaba a quien actuaba como una especie de segundo emperador y resultaba nominado por ello como sucesor—, estaban siendo acosados en todas las fronteras por los bárbaros y cuestionados incluso como emperadores legítimos por varios candidatos dispuestos a usurpar el trono a cualquier precio.

Ante el desgobernado del Imperio, bandas de aguerridos germanos habían penetrado en el norte de Italia y llegado hasta la misma ciudad de Rávena, en la costa del Adriático, que habían saqueado a placer; las tribus de los alamanes y de los francos, dos de las más poderosas naciones de entre los germanos, esquilaban a su antojo las provincias occidentales de la Galia e Hispania, en donde habían destruido numerosas ciudades, villas y aldeas, algunas de las cuales habían quedado completamente abandonadas; la tribu de los alanos, un belicoso pueblo surgido del interior de las profundidades de Asia, recorría con absoluta impunidad el norte de Italia y el sur de la Galia arrasando cuanto encontraba a su paso; aquel mismo invierno miles de guerreros godos habían asolado la región de Macedonia, en el norte de Grecia, y durante la primavera habían saqueado las costas del Mar Ponto, también llamado Negro, y las provincias de Asia Anterior, y se habían atrevido a asaltar los arrabales de grandes ciudades como Trebisonda, Nicomedia, Calcedonia y la mismísima Bizancio, algunas de las cuales estaban siendo abandonadas por sus ciudadanos, que huían espantados ante lo que se les venía encima. Los bárbaros se habían plantado en el corazón de Grecia gracias a una numerosa flota que los había transportado desde las costas del Mar Negro, buena parte de ella suministrada por piratas e incluso ricos comerciantes que obtenían por ello notables ganancias.

Bandas descontroladas de salvajes cuados y aguerridos sármatas, que se contaban entre las tribus más feroces de los bárbaros, recorrían los caminos de la rica provincia de Panonia sin que nadie les hiciera frente, saqueando haciendas y arrasando cosechas y talleres; la provincia romana de la Dacia, la única ubicada al norte del curso del río Danubio, que fuera conquistada siglo y medio atrás por

el emperador Trajano en una cruenta guerra, tuvo que ser evacuada a toda prisa ante la imposibilidad de defenderla. Con la retirada de la Dacia, la frontera del Imperio retornó a la ribera derecha del gran río. En medio de aquel caos y desgobierno por todas partes se alzaron ambiciosos generales que se autoproclamaron emperadores; bandas de ladrones se organizaron como si se tratara de verdaderos destacamentos militares y se echaron a los caminos para ganarse la vida mediante el robo, el bandidaje y el saqueo de las poblaciones indefensas.

En aquellos aciagos días, el antaño temible nombre de Roma no garantizaba ni la paz ni la seguridad en ninguna de las provincias del Imperio, y Sapor consideró que aquella era la situación propicia para acabar de un audaz golpe de mano con la presencia romana en Asia.

El ataque imprevisto de Sapor había sorprendido a la gran caravana de Palmira en las cercanías de la fortaleza de Dura Europos. Algunos soldados romanos de la IV Legión Escítica, con campamento en la ciudad Zeugma, llegados a Palmira tras huir del ataque persa a Dura Europos, habían informado de que una avanzadilla del ejército sasánida había alcanzado a la retaguardia de la caravana palmirena, y se sabía que algunos hombres habían perecido en el ataque, aunque las ricas mercancías venían de camino, todas a salvo.

En cuanto se corrió la noticia de que la caravana estaba próxima a la ciudad, centenares de crios acudieron a su encuentro y con ellos muchas madres y esposas, anhelantes de recibir a sus hijos y maridos tras varias semanas ausentes.

Zenobia se encaramó en lo alto de un tramo de la muralla a medio construir, colocó la mano a modo de visera sobre los ojos y oteó el horizonte. Pasó un buen rato hasta que entre las arenas apareció el primero de los camellos, sobre la cresta de una suave colina ocre, y después surgieron decenas de ellos cargados de fardos con los más delicados y lujosos productos de Oriente. Seguro que portaban nacaradas perlas del Índico, hermosísimas telas de Tiraz y de Herat, lujosas vajillas de loza dorada de Ctesifonte, finísimas sedas de China y relucientes piedras y joyas preciosas de la India.

Esos eran algunos de los formidables tesoros que habían convertido a Palmira en la ciudad más rica y próspera de todo el levante romano, un emporio comercial en el que el más modesto de los artesanos y el más humilde de los mercaderes eran más ricos que cualquiera de los más ufanos comerciantes de Hispania o de la Galia, pobres provincias orilladas en el lejano extremo occidental del Imperio.

No menos de cuatrocientos camellos se alineaban en dos columnas, y al frente de toda la caravana debería estar Zabaii ben Selim, padre de Zenobia y jefe de aquella expedición comercial.

Cuando las primeras acémilas se acercaron a un centenar de pasos de la puerta a medio levantar, algunos niños salieron corriendo hacia ellas esperando recibir alguna moneda o unas golosinas de los conductores de los camellos. Zenobia permaneció quieta sobre el muro, paralizada por un extraño y amargo presentimiento que le avisó de que algo no marchaba bien.

Se irguió sobre sus piernas cuanto pudo y precisó su mirada hacia la vanguardia de la caravana, aunque no vislumbró en ella la figura inconfundible de su padre. Zabaii ibn Selim viajaba siempre a la cabeza de la recua de camellos, sobre una gran camella de pelo muy claro, casi albina. La camella blanca estaba allí, pero nadie la montaba en esta ocasión.

Una sensación de pavor y de angustia recorrió el estómago de Zenobia, que descendió con agilidad de la muralla en construcción por los andamios de madera y se acercó despacio, como intentando esquivar a un destino no deseado.

Como ya había percibido en la distancia, ningún jinete montaba la camella alba; sobre su joroba, doblado a ambos lados del lomo, se bamboleaba al ritmo cadencioso de los pasos del animal un fardo del tamaño de un hombre adulto, perfectamente sujeto con cuerdas de cáñamo y tiras de badana. A su lado, sobre una camella parda, cabalgaba Antioco Aquiles, el mejor amigo y socio de Zabaii, un astuto mercader griego que casi siempre acompañaba a Ben Selim en sus viajes comerciales.

Ante la mirada apesadumbrada de Antioco, no hizo falta decirle a Zenobia que aquel fardo cuidadosamente atado contenía el cuerpo de su padre.

La madre de Zenobia, que se había quedado en casa aguardando noticias, rompió a llorar con grandes gemidos nada más ver el rostro abatido y los ojos acuosos de su hija, a la que acompañaba un pesaroso Antioco.

—Lo siento, mujer, lo siento —balbució el griego—. Nos topamos con ellos a unas millas al oeste de Dura Europos. Unos soldados romanos que huían en desbandada, probablemente desertores, nos informaron de que los persas habían atacado Dura Europos y que los perseguía un regimiento de jinetes sasánidas. Nuestros oteadores comprobaron que ese destacamento de la caballería ligera del ejército sasánida avanzaba hacia nosotros a toda velocidad desde el camino del Eufrates. Zabaii ordenó cargar los camellos con las mercancías y salir presto hacia Palmira. Sorprendidos por el ataque inesperado, perdimos un tiempo precioso y, aunque logramos ponernos en camino antes de que los persas llegaran al lugar donde habíamos acampado, un escuadrón de su caballería ligera nos persiguió unas cuantas millas al oeste del río.

» Vimos que las columnas de polvo que levantaban los cascos de sus caballos se dirigían hacia nosotros muy deprisa y aceleramos la marcha cuanto pudimos, pero eran mucho más rápidos y nos avistaron al final de una amplia vaguada.

» Tu esposo se puso al frente del centenar de hombres armados que custodiaban nuestra caravana y se preparó en la retaguardia para cerrar el paso a los persas y garantizar así la retirada de todos los demás y la salvaguarda de las mercancías. Me conminó para que yo dirigiera la caravana y la condujera a salvo de regreso hasta Palmira mientras él nos cubría.

» Juro por los dioses inmortales que me ofrecí a quedarme a su lado y que le pedí que me permitiera combatir junto a él codo con codo, pero me dijo que, si él caía, yo era el más indicado para traer hasta aquí la caravana, y no me dejó otra opción. Ya conoces lo obcecado que era cuando se empeñaba en algo.

—¿Lo viste morir? —le preguntó la egipcia entre sollozos.

—No. Mientras tu esposo y aquellos cien valientes nos protegían de la acometida de los persas, salimos hacia Palmira a toda prisa. Los que allí se quedaron ofrecieron sus vidas por la salvaguarda del cargamento y de todos los demás.

» Me encargué de dejar atrás a unos oteadores para que observaran cuanto ocurría y nos fueran informando de lo que sucediera en aquella vaguada; montaban los caballos más rápidos y tenían orden de mantenerse alejados de la lucha para evitar ser abatidos. Dos días más tarde nos alcanzaron y nos comunicaron que se había librado un cruento combate entre los hombres que mandaba tu esposo y la avanzada de los persas; los sasánidas, mucho más numerosos, habían acabado con todos los nuestros, pero ellos habían sufrido muchas pérdidas, por lo que habían optado por retirarse a la recién ocupada Dura Europos.

» Entonces encargué a mi ayudante que encabezara la caravana y la condujera sin pérdida de tiempo directa hacia Palmira, y decidí regresar al campo de batalla con una docena de hombres. Cuando llegamos allí contemplamos un espectáculo macabro. El combate había sido feroz, los nuestros se batieron con coraje y bravura extraordinarios, pero la superioridad de número de los persas acabó por imponerse y liquidaron a todos esos valientes.

» Vimos los restos de una gran fogata y supusimos que los persas habían quemado allí los cadáveres de sus muertos tras una ceremonia a sus dioses. Con los nuestros no habían sido tan piadosos. Habían colocado sus cadáveres desnudos sobre la tierra, expuestos al sol. Les habían cortado las manos y los pies, la nariz, la lengua y las orejas, y les habían sacado los ojos. —Antioco omitió precisar que también les habían cortado los testículos y el pene y se los habían metido en la boca—. Pude identificar el cuerpo de Zabaii por la cicatriz de su hombro izquierdo. Enterramos a nuestros muertos en una fosa común, la cubrimos con piedras como mejor pudimos y ofrecimos un sacrificio a los dioses. Sólo recuperamos el cadáver de tu esposo, que envolvimos en unos paños con ceniza, aceites y arena. Y regresamos con el grueso de la caravana, a la cual alcanzamos ya cerca de Palmira.

—¿Sabes si sufrió al morir?

—Tenía una herida profunda y muy ancha en el pecho, cerca del corazón; debió de recibir un tajo contundente y brutal, tal vez con una azagaya o con un hacha; en esos casos, la muerte sobreviene muy deprisa, casi de inmediato.

La otrora esclava egipcia maldijo su suerte, blasfemó contra los dioses de Palmira por haber consentido la muerte de su esposo y se abrazó a Zenobia, musitándole palabras cariñosas en el idioma de Egipto. La muchacha acarició el rostro lacrimoso de su madre y le enjugó las mejillas con un pañuelo de seda; luego le dio un beso en la frente y la consoló hablándole en su idioma de nacimiento, el de los antiguos faraones del valle del Nilo, que ya pocos hablaban ante el avance de la lengua griega en la tierra de las pirámides.

Zenobia miró a Antioco con sus ojos grandes y brillantes como dos soles negros. El dolor le rompía el corazón y le carcomía el alma, pero se mostraba serena y entera.

—Serás digna de tu padre. Ahora, Zenobia, tú eres la jefe del clan de los Amlaqi.

El gobernador Odenato, que cinco años atrás había sido reconocido como miembro del Senado de Roma, recibió a Antioco Aquiles en su palacio en el barrio norte de Palmira. El mercader griego todavía estaba apesadumbrado y tembloroso; había logrado escapar del ataque de los persas y había salvado las mercancías y la caravana, pero había perdido a Zabaii, su socio y a la vez su mejor amigo, y a cien de los mejores guerreros de Palmira.

—Estábamos cerca de Dura Europos cuando nos cruzamos con algunos soldados romanos que huían despavoridos. Entre ellos había un puñado de palmirenos; precisamente fueron esos quienes nos avisaron de que Dura había sido destruida por el inesperado ataque del ejército de Sapor, los dioses lo maldigan y cubran de desdichas a su prole y a toda su descendencia por siempre —relató el mercader.

—¿Te contaron esos soldados cómo se produjo el asalto a la ciudad y su ocupación? —preguntó Odenato a la vez que indicaba a un criado que le sirviera a su informador una copa de vino rojo de Siria rebajado con agua, aromatizado con canela y perfumado con almizcle.

—Sí, mi señor. —Antioco saboreó un trago de la copa de vino—. El ejército persa apareció por sorpresa, cerró el asedio y comenzó a lanzar sobre Dura balas incendiarias desde sus catapultas y enormes bolaños contra sus murallas. Pese a los continuos lanzamientos los muros resistieron bien y los incendios fueron sofocados con presteza debido al abundante suministro de agua de que se disponía gracias a la proximidad del cauce del Eufrates.

» Fue entonces cuando los persas pusieron en práctica una táctica de asalto

jamás vista hasta ahora. Sus zapadores cavaron bajo los muros de la ciudad unos largos túneles hasta alcanzar los principales baluartes de los legionarios; sobre las minas y los incendios los muros se resquebrajaron, pero resistieron. Enterados de la táctica de los persas, los romanos excavaron a su vez sus propias minas para cortar el avance subterráneo de los enemigos. Durante días se combatió con la misma intensidad bajo la tierra que sobre la superficie. Al fin, los persas lograron asentar sus posiciones en los túneles y colocaron unas bolas de betún, esa sustancia negruzca, maloliente y pegajosa que brota del suelo en algunas zonas de Mesopotamia, y las mezclaron con cristales de azufre; después les prendieron fuego y salieron de los túneles corriendo. La combustión de aquella pringosa amalgama emitió unos gases venenosos que se filtraron por el suelo arenoso y poroso de la ciudad hasta salir a la superficie; centenares de defensores y miles de pobladores murieron asfixiados por los efluvios tóxicos.

—Tienes razón; jamás se había utilizado una argucia como esa en el asedio de una ciudad —ratificó Odenato.

—Un centurión de la II cohorte de la XVI Legión, formada en su integridad por hombres de Palmira, que salvó su vida descolgándose durante la noche por la muralla, nos contó que los venenosos vapores del azufre mataban en el acto a todos cuantos los inhalaban, hombres, mujeres y bestias, y que era imposible librarse de ellos, pues brotaban del mismo suelo por toda la ciudad. Los que pudieron escaparon esa noche por las murallas de la puerta que da al río; una vez en la orilla se arrojaron a la corriente aprovechando la oscuridad y nadaron huyendo de la masacre. Un puñado de legionarios logró evadirse, o tal vez desertó, y con esos fue con quienes nos topamos y quienes nos avisaron de la caída de Dura Europos y de que un regimiento del ejército persa venía hacia nosotros, pues se habían enterado por algunos cautivos de que una caravana cargada con ricas mercancías acababa de partir de la ciudad antes de su sorpresivo ataque —continuó Antioco—. Desconocedores de lo que sucedía a nuestras espaldas, habíamos acampado para pasar la noche a unas cuantas millas de Dura, pero en cuanto nos enteramos de lo ocurrido levantamos el campamento con presteza.

» Zabaii, como jefe de nuestra caravana, me ordenó que me dirigiera con las mercancías y los caravaneros a toda prisa hacia Palmira mientras él nos cubría la retirada con un puñado de valientes. A Zabaii lo mataron los persas, pero mi corazón alberga una sospecha...

—¿Qué es lo que te inquieta? —le pidió Odenato.

—El clan de los Tanukh ha sido tradicional enemigo del de los Amlaqi, de los cuales Zabaii era su jefe. Creo que algunos miembros de esa tribu, que tienen agentes en Dura, pudieron informar a los persas sobre nuestra situación.

—Esa acusación es muy grave. ¿La puedes probar?

—No; sólo se trata de un presentimiento.

—En ese caso, nada puedo hacer. ¿Y los soldados que huyeron de Dura Europos, dónde están?

—Los legionarios romanos decidieron dirigirse hacia el norte, a la ciudad de Apamea, donde está ubicado el mando de su legión. Los palmirenos que servían en la II cohorte han venido con nosotros hasta Palmira; algunos de ellos se adelantaron para dar cuenta de nuestra llegada.

—Entonces, Dura está en manos de los persas...

—Sí, pero no creo que consoliden allí una posición estable. Sapor le prometió a su padre que conquistaría Siria, pero me parece que ese no es su objetivo. Se han limitado a destruir el campamento romano y a acabar con la principal fortaleza de Roma en la frontera de Mesopotamia. Si me permites una opinión, señor, creo que dejaron escapar a aquellos pocos hombres porque les interesaba que contaran a sus generales cómo se había producido la toma de Dura y la mortandad que causaron los gases emitidos por esa mezcla venenosa de azufre y betún.

—Si dominan esa poderosa arma, cualquier fortaleza puede ser ocupada por los persas.

—Si los suelos son permeables a los gases y se pueden excavar galerías bajo ellos. Aunque también podrían arrojar sobre las fortalezas esa letal mezcla en bolas ardientes desde sus catapultas; el efecto devastador sería el mismo.

Odenato se atusó la barba, teñida de un negro intenso, pues de natural comenzaban a asomar algunas canas, y musitó:

—Habrá que darles una lección. Han matado a muchos de los nuestros y lo han hecho con crueldad. Juro solemnemente ante los dioses de Palmira que no dejaré esta afrenta en el olvido; juro que vengaré a nuestros muertos; se arrepentirán de lo que han hecho.

Tras morir el primero de sus hijos varones en el momento del parto, Zabaii había ordenado a una cuadrilla de albañiles que construyeran un hipogeo en la necrópolis al suroeste de la ciudad, donde también enterró a sus otros retoños muertos al poco de nacer. Hacía ya ocho años que se había terminado la tumba subterránea excavada en el suelo, dotada de una sala principal de quince pasos de largo por cuatro de ancho y una pequeña antecámara. Por consejo de su amigo y socio Antioco, Zabaii encargó a un escultor griego unos relieves donde el joven y bello Ganimedes era raptado por Zeus en forma de águila; en otro, Aquiles aparecía vestido de mujer entre las hijas del rey Nicomedes de Esciros intentando evadirse de la guerra de Troya. Cuando el rico mercader encargó su excavación, no esperaba que su cadáver la ocupara tan pronto.

Obsesionados por el más allá de la muerte, hacía tiempo que los palmirenos construían unas formidables tumbas para procurar en ellas su descanso eterno y

el de sus familiares más próximos. Las lujosas casas y palacios en la vida y las notables tumbas en la muerte constituían los símbolos de la riqueza y prosperidad de sus propietarios. En el valle de las tumbas y en las laderas de los montes ocres que protegen Palmira de los vientos del septentrión, las sepulturas se construían en forma de torres de piedra labrada, de planta cuadrada; algunas alcanzaban una altura superior a la de la suma de diez hombres. Se trataba de enterramientos colectivos para ser ocupados por varios miembros de una misma familia. La mayoría respondían a un mismo tipo: sobre un amplio plinto construido con enormes sillares se levantaba una torre de planta rectangular, en cuyo interior se alineaban los cadáveres en sarcófagos ubicados en nichos. Las paredes y los techos estaban decorados con frescos en los que predominaban los colores rojo, azul, marrón y púrpura, los favoritos de los palmirenos, en tonos muy vivos y perfilados con filetes dorados. Muchas de esas sepulturas se asentaban sobre entradas de túneles que perforaban la montaña y se ramificaban para crear nuevos espacios para los enterramientos y para intentar evitar el saqueo de los ladrones.

En la necrópolis del suroeste, en el llano más allá del palmeral, las tumbas se excavaban en el suelo, como los hipogeos de los egipcios, se cubrían con una bóveda de piedra y quedaban enterradas bajo la arena. Unos apuntando hacia el cielo, como hitos orgullosos de las familias allí enterradas, otros ocultos bajo la tierra, esperando disfrutar del silencio y la tranquilidad del mundo subterráneo, aquellos sepulcros eran los monumentos erigidos a la memoria de los muertos.

Los dos cementerios estaban orientados hacia el sol poniente, una significativa señal de que los palmirenos creían que este astro representaba al dios más poderoso de los cielos.

El cadáver de Zabaii, descompuesto por las terribles mutilaciones a las que lo sometieron los persas y por el tiempo transcurrido desde su muerte, fue lavado por los embalsamadores y bañado en natrón, una sustancia blanquecina que se obtenía tras mezclar con sal las cenizas que quedaban al quemar una planta llamada barilla. Los maestros enterradores habían descubierto que el natrón conservaba los cadáveres durante mucho tiempo y evitaba que los tejidos humanos se descompusieran; la extrema sequedad de los terrenos que rodean Palmira contribuía además a evitar la putrefacción.

Los embalsamadores, una profesión muy rentable en Palmira dado el extendido culto a los muertos, extrajeron el cerebro de Zabaii por el hueco de la nariz, cercenada por los persas, y le abrieron el vientre para vaciarle las entrañas y los órganos internos, que enterraron lejos de la ciudad; no era costumbre, como sí hacían los egipcios, conservar las vísceras del difunto en unos vasos junto al resto del cadáver. Sólo dejaron en su interior el corazón, impregnado de natrón, pues consideraban que en él radicaba el espíritu del muerto y la fuerza que le había transmitido el dios del Sol.

Una vez preparado el cadáver, lo envolvieron con varias bandas de tejido de lana y de lino y lo vistieron con una túnica de seda repuntada con hilo de oro. Los familiares de Zabaii fueron avisados de que ya estaba listo para ser colocado en la tumba. La viuda se vistió de negro y cubrió su rostro con un velo de gasa. A su lado estaba la joven Zenobia, cuya belleza y serenidad, pese a que todavía no había cumplido los once años de edad, asombraron a cuantos asistieron al sepelio del mercader.

Una procesión integrada por unas quinientas personas, entre las que se encontraban algunos familiares del clan de los Banu Selim y de la tribu de los Amlaqi, destacados miembros del gremio de mercaderes, comerciantes de la cofradía a la que pertenecía el difunto y artesanos de Palmira y no pocos curiosos, así como los principales magistrados de la ciudad, acompañaron al cortejo fúnebre hasta la tumba en la necrópolis del suroeste, en la zona de los hipogeos.

Al sepelio también se sumó Odenato, el gobernador de Palmira; quería demostrar la gratitud de la ciudad hacia el hombre que con sus negocios había contribuido a enriquecerla y al sacrificio realizado para salvar a la caravana y a sus componentes.

El cadáver fue depositado al fondo de la sala principal del sepulcro excavado en la tierra, dentro de una sepultura coronada por una escultura en piedra en la que aparecía el propio Zabaii recostado sobre un diván, con una sutil sonrisa perfilada en sus finos labios, al lado de su esposa, representada en actitud de retirarse el velo con el que cubrían su rostro en público las mujeres, su hija Zenobia, esculpida a la edad de diez años pero imaginada como si tuviera veinte, y los otros miembros de la familia, los tres niños muertos apenas recién nacidos, representados cual si hubieran alcanzado varios años de vida y vestidos con ricas telas estampadas y engalanados con primorosas joyas. La imagen de piedra de Zabaii mantenía una copa en la mano, en actitud de brindar por la vida futura, mientras la de su esposa sostenía una lanzadera, el utensilio para hilar la lana y el algodón cuyo uso solía identificarse con la ocupación propia de las mujeres.

El día anterior al enterramiento unos canteros habían labrado una inscripción en la pared de la tumba donde figuraba el nombre de Zabaii ben Selim y la fecha de su muerte según el cómputo del tiempo del calendario seléucida, el que más se usaba en Palmira, en el idioma propio de los palmirenos, que se escribía con caracteres similares a los del arameo, y debajo su traducción en griego, en las letras de los helenos.

La viuda colocó dentro de la tumba, como ofrenda a la memoria de su esposo y de sus antepasados, unos delicados anillos de plata, un broche y un torques de bronce, tres lucernas de barro con aceite para iluminar el tránsito del cuerpo al otro mundo en la oscuridad de la muerte y unos ungüentarios de piedra para recoger las lágrimas que se suponía que derramaban los recién fallecidos cuando

se encontraban solos en el tenebroso mundo de los difuntos.

El sacerdote que dirigía la comitiva y que no había cesado de musitar oraciones fúnebres desde que la procesión saliera de la ciudad pronunció en voz alta una última plegaria dirigida al dios Bel y trató de consolar a la viuda y a la hija de Zabaii con hermosas palabras.

Los más allegados, que habían descendido al sepulcro, salieron por la escalera tras depositar ofrendas en los nichos donde yacían los cadáveres de los hijos de Zabaii, y, tras ellos, lo hizo Antioco Aquiles, tutor de los bienes de su socio, quien cerró las pesadas puertas de piedra, que no volverían a abrirse hasta que otro miembro de la familia falleciera y pasara a ocupar su lugar en el hipogeo.

Durante el funeral, el gobernador Odenato no había dejado de fijarse en Zenobia; parecía fascinado por los brillantes y hermosos ojos de aquella bellísima adolescente, y se sintió atraído por su serenidad y su elegancia. Odenato ya estaba casado, pero entre los árabes, aunque no era lo habitual, la poligamia estaba permitida siempre que el esposo pudiera garantizar el mantenimiento adecuado de todas sus esposas y manifestara un trato igualitario hacia todas ellas. Sólo unos pocos de los muy ricos ciudadanos de Palmira tenían más de una esposa, y apenas una docena de grandes potentados estaban casados con más de dos.

Ya en el exterior de la tumba, Odenato, sentado sobre su caballo, anunció a la multitud que aguardaba fuera que Zabaii dispondría de su propia estatua, que sería ubicada en uno de los pedestales de las columnas de la avenida principal de Palmira, un honor reservado a los ciudadanos más ilustres.

Pocas semanas después, la estatua de Zabaii, tallada en un taller dirigido por un maestro escultor griego, fue colocada sobre la peana de una de las columnas de la gran avenida triunfal de la ciudad, cerca de la calle lateral que daba acceso al patio de la Tarifa, como correspondía a un destacado comerciante cual había sido el padre de Zenobia.

Capítulo III

Palmira, tres años después; primavera de 259; 1012 de la fundación de Roma

Tras la conquista y destrucción de Dura Europos, y ante la inacción del ejército romano, que se mostraba incapaz de reaccionar, pues estaba siendo acosado por bandas de bárbaros germanos en las fronteras del Danubio y en las costas de Anatolia, Sapor I, henchido de majestad y de orgullo por sus victorias ante las desmoralizadas tropas romanas de Mesopotamia, recorrió y saqueó varias ciudades al norte de Siria y alcanzó la misma Antioquía, la ciudad más populosa de toda aquella región, sin que ninguna fuerza le hiciera frente. Ocupó ciudades y fortalezas que hasta entonces habían pertenecido a Roma, aprovechando el caos que reinaba en las regiones orientales del Imperio romano, invadidas y saqueadas por tribus bárbaras y assoladas por varias erupciones volcánicas en las islas del Egeo y en Anatolia y por una oleada de terremotos que habían provocado enormes olas marinas que causaron terribles inundaciones en las ciudades costeras de Siria. Sin nadie que las defendiera, populosas ciudades y ricas regiones fueron saqueadas impunemente por los persas, que capturaron a una ingente cantidad de cautivos que se llevaron como esclavos. Palmira se presentaba ahora como su objetivo inmediato. Parecía como si todos los dioses se hubieran conjurado para castigar con toda su crueldad a aquellos desasistidos humanos.

Tras sus rafias y saqueos, Sapor se retiró a la baja Mesopotamia y anunció con solemnidad a los príncipes persas, reunidos en la gran sala de columnas de su palacio de Ctesifonte, que estaba dispuesto a emprender la conquista del mundo. Alarmados ante la situación de guerra en la frontera del Eufrates, muchos de los judíos que habían abierto sus negocios en Dura Europos y otras ciudades del *limes* de Mesopotamia se trasladaron a Palmira e incluso a Persia, intentando alejarse de la zona de conflicto.

El palacio del gobernador Odenato se levantaba en el extremo noroeste de

Palmira, dentro del recinto amurallado que hacía unas semanas se acababa de culminar, pues, tras la destrucción de Dura y la amenaza de que Sapor se decidiera a atacar Palmira, las obras de fortificación se habían acelerado muchísimo.

El gobernador observaba un plano de la gran provincia de Siria, una tierra de feracísimos campos en los valles de los ríos, salpicada de bosques en las alturas de las montañas y de desiertos silenciosos y cálidos, que se extendía entre el Mediterráneo y el Eufrates. Las líneas del mapa estaban trazadas con tinta roja y negra en un pergamino, sobre el que el general Zabdas, de casi cuarenta años de edad y recién nombrado comandante supremo del ejército palmireno, sólo sometido a la autoridad de Odenato, le explicaba a su señor los movimientos estratégicos de las tropas de Sapor y cómo se habían desplegado intentando cercar Palmira en un amplio movimiento envolvente desde el norte y el este.

—Han arrasado todo el norte de Siria, desde Edesa y Carras hasta Antioquía, han ocupado las ricas ciudades de Apamea y Zeugna y han saqueado algunas comarcas de Cilicia y Capadocia. Si conquistan Emesa y Damasco, sin duda sus próximos objetivos, nos habrán aprisionado en un cerco mortal; o reaccionamos pronto o estaremos irremisiblemente perdidos —sentenció Zabdas.

—El emperador Valeriano está concentrando en el norte de Grecia al grueso de sus legiones. Ha logrado la retirada de los godos de las costas de Asia Menor y planea atacar a Sapor desde el norte de Mesopotamia para reconquistar esos territorios y avanzar hacia Ctesifonte. Nosotros lo haremos a la vez, directamente a su capital —observó Odenato, cuyo dedo índice presionó con fuerza el lugar del mapa donde estaba ubicada Ctesifonte, la capital de los persas, a orillas del río Tigris, justo en el lugar donde más próximos discurren este río y su gemelo el Eufrates.

El gobernador de Palmira era fuerte y decidido. A sus cuarenta años conservaba la salud y la forma física de un hombre de veinticinco. Descendía de una noble familia de caudillos árabes, señores de Tadmor, que desde hacía al menos seis generaciones había sido estrecha aliada de los romanos. En los pedestales de la columnata de la gran avenida de Palmira estaban expuestas las estatuas de cuatro de sus antepasados: la de su padre, también llamado Odenato, uno de los primeros palmirenos en recibir la ciudadanía romana, doce años antes de que fuera universal para todos los habitantes libres del Imperio, y durante cuyo mandato el emperador Caracalla había concedido a Palmira la categoría jurídica de colonia romana, el mayor privilegio que se otorgaba a una ciudad; la de su abuelo Hairam, que gobernara Palmira en tiempos del emperador Comodo y la dotara de nuevas leyes y ordenanzas; la de su bisabuelo Vabalato, firme aliado del gran Marco Aurelio, el emperador filósofo, en sus guerras en Oriente; y la de su tatarabuelo Namor, quien acordara con Roma la instalación de una guarnición permanente de legionarios en Palmira hacía ya más de cien años.

Odenato había continuado la tradición familiar de alianza con los romanos y se había comprometido a respetar los viejos acuerdos que certificaban el poder y el dominio nominal de Roma sobre Palmira según el centenario tratado de amistad firmado por las dos ciudades. En realidad, la verdadera relación entre la ciudad de las palmeras y la capital del Imperio se basaba en un acuerdo para el mantenimiento de la defensa de los intereses mutuos. Con esa alianza, Roma conseguía fijar la frontera oriental de su Imperio ante la permanente amenaza de los persas y Palmira se garantizaba pingües beneficios al obtener el control de las rutas comerciales entre Asia y el Mediterráneo, además de la seguridad de contar con el apoyo del ejército más poderoso del mundo en caso de problemas con los belicosos vecinos del este, como parecía que iba a ser el caso.

Hacia apenas unos meses que Odenato había recibido del emperador Valeriano y del Senado de Roma el nombramiento de cónsul, lo que conllevaba el ejercicio del mando supremo como general en jefe del ejército imperial en la zona de operaciones militares de Mesopotamia. A una inscripción grabada en piedra en un pórtico de la avenida de columnas que certificaba la pertenencia de Odenato al Senado romano le fue añadida su nueva dignidad consular y el calificativo de « ilustre ».

Ante el avance de los persas, los palmirenos habían realizado varias cabalgadas de castigo en el curso medio del Eufrates y habían logrado algunas sorprendentes victorias sobre destacamentos sasánidas, más numerosos pero menos eficaces en el combate. La caballería ligera de Palmira, dirigida por el general Zabdas, se movía con una extraordinaria rapidez, sorprendía a unidades dispersas del ejército de Sapor, ejecutaba un ataque rápido y contundente mediante disparos con arco, en cuyo manejo y puntería nadie los superaba, y se retiraba indemne tras causar al enemigo el mayor daño posible. En varios de aquellos encuentros habían caído más de un centenar de persas alcanzados por los experimentados arqueros sin que los palmirenos hubieran sufrido baja alguna.

Mientras los dos soldados debatían sobre la estrategia a seguir a la vista del mapa, un oficial entró en la sala anunciando la llegada de un emisario del emperador de Roma.

—Sé bienvenido, legado —lo saludó Odenato alzando su brazo al estilo romano.

—El augusto Valeriano y el César Galieno te envían sus saludos de amistad y concordia, cónsul Odenato —dijo el embajador.

—¿Qué noticias traes?

—Tras haber expulsado a los bárbaros de las comarcas de Grecia y del Ponto, el augusto Valeriano tiene previsto dirigirse hacia Mesopotamia al frente de siete legiones; setenta mil hombres entre legionarios y tropas auxiliares forman el invencible ejército con el que Roma va a enfrentarse a ese bárbaro persa.

—¡Setenta mil soldados! Si se utiliza bien esa formidable fuerza, en apenas tres meses alcanzaremos el corazón del imperio de Sapor en Ctesifonte —comentó el general Zabdas.

—No será tan fácil. El Imperio persa es inmenso y está poblado por una multitud de pueblos tan numerosa como las estrellas. Si se siente amenazado, Sapor puede poner en pie de guerra a más de doscientos mil hombres, tal vez hasta trescientos mil en un solo campo de batalla —reflexionó Odenato.

—Lo sabemos, cónsul. Nuestros espías en Persia nos tienen bien informados de ello —intervino el legado—, pero se trata de un ejército poco cohesionado, compuesto por unidades muy diversas y muy desigualmente entrenadas, procedentes de regiones del reino de los persas tan alejadas entre sí que ni siquiera hablan la misma lengua. Sólo sus regimientos de caballería pesada están a la altura de nuestros legionarios.

» Por otra parte, Roma quiere concederte un nuevo título en agradecimiento a los servicios que has prestado en la defensa de las fronteras orientales del Imperio. Los insignes emperadores Valeriano y Galieno —el legado romano desplegó un rollo de pergamino— te otorgan el título de *dux romanorum*, con autorización imperial para ejercer el mando supremo militar sobre toda la provincia de Siria y el *limes* de Oriente.

El legado romano entregó el documento a Odenato y se cuadró a sus órdenes.

—Agradezco este honor y combatiré como leal aliado de Roma, como lo hicieron mis antepasados. ¿Cuáles son los planes del emperador Valeriano para el ataque a Persia?

Odenato le indicó al legado que tomara asiento a la mesa donde estaba desplegado el mapa de pergamino.

—Las siete legiones se concentrarán a comienzos de la próxima primavera en el curso alto del Eufrates; aquí. —El embajador señaló un punto sobre el mapa—. Avanzarán río abajo, siguiendo la calzada que se construyera en tiempos del divino Adriano, hasta Babilonia, y luego, por tierra, directas a Ctesifonte, en el Tigris. El augusto Valeriano te solicita que protejas el flanco occidental de nuestro avance a lo largo de la orilla derecha del Eufrates, desde Dura Europos hacia el sur, para evitar que Sapor lance por ese flanco un movimiento envolvente sobre el grueso de las legiones.

» Si todo sucede como está previsto, a mediados del próximo año beberemos vino en las copas de oro del palacio de Sapor, y la dinastía de los sasánidas será historia. Entre tanto, convendría que acosaras a los persas con ataques relámpago, como los que has efectuado en los últimos dos años, para mantener distraída su atención y evitar que puedan concentrar a todas sus tropas en un único frente de batalla.

Odenato miró a Zabdas en demanda de su opinión.

—Me parece un plan correcto, mi señor; si coordinamos bien nuestras fuerzas

podemos conseguir una victoria definitiva —asentó su general.

—De acuerdo. Mantendremos la presión contra los persas durante los próximos meses mediante frecuentes ataques sorpresa con nuestros arqueros a caballo, y la próxima primavera nos encontraremos a las puertas de Ctesifonte, y después en el palacio de Sapor, espero —concluyó Odenato.

*Palmira, otoño de 259;
1012 de la fundación de Roma*

El sol brillaba como un tizón amarillo sobre el límpido celeste de Palmira. La gran avenida de la columnata se había regado y alfombrado con hojas verdes de palmeras y de arbustos aromáticos para recibir al ejército, que regresaba victorioso de una campaña contra los persas. Sobre los bastiones de las murallas, recién concluidas, los palmirenos ondeaban estandartes y agitaban banderolas saludando el regreso de los expedicionarios.

Odenato, al frente de dos cohortes legionarias romanas, un batallón de arqueros y dos regimientos de jinetes palmirenos, había atacado a los persas en una acción fulgurante, y en un gesto de audacia había recorrido durante las últimas semanas del verano el valle del Eufrates hasta plantarse a unas pocas millas al norte de la capital Ctesifonte sin que Sapor se hubiera atrevido a hacerle frente. El *dux romanorum* regresaba victorioso y cargado con un extraordinario botín.

Seguro y orgulloso, cabalgaba delante del general Zabdas, y saludaba feliz a la gozosa multitud que lo vitoreaba. Entró en la ciudad por la puerta sur y se dirigió de inmediato al santuario de Bel, en cuya gran explanada interior los sacerdotes del templo y los magistrados de la ciudad lo aguardaban perfectamente formados.

Al pasar junto a una triple inscripción en piedra, labrada en latín, griego y palmireno, que daba cuenta de su nombramiento como cónsul de Roma el año anterior, Odenato sonrió satisfecho. Gracias a él, los sasánidas no habían conquistado todo el oriente romano y se había salvado la rica provincia de Siria, la más próspera y floreciente de todo el Imperio. Se sintió todopoderoso; la gente de su ciudad lo aclamaba como si se tratara de uno de los héroes de las leyendas antiguas, un nuevo Hércules, o tal vez el mismísimo Alejandro Magno revivido.

Alzó su mano derecha y saludó a los centenares de ciudadanos que lo aguardaban a la entrada del enorme santuario donde lo esperaba Shagal, el sumo sacerdote. Descendió del caballo y, seguido por Zabdas, ascendió a grandes zancadas la escalinata de veinticinco gradas que daba acceso a los propileos del templo, una entrada con un monumental pórtico sostenido por ocho gigantescas columnas de fustes monolíticos y capiteles en estilo griego, el único acceso

abierto en el *peribolos*, el recinto murado que delimitaba el sagrado perímetro del santuario. Saludó a Shagal con un abrazo, cruzó el umbral entre las puertas de madera y bronce abiertas de par en par, e ingresó en el inmenso espacio porticado que enmarcaba un gigantesco patio dentro del cual se alzaba el templo rectangular del sancta sanctorum, al que se accedía por una gran rampa de losas de piedra.

Ya en el interior del patio, un amplísimo *temenos* cuadrado de doscientos cincuenta pasos de lado, bajo un sol radiante y un pristino cielo azul, se dirigió hacia los dos grupos de notables y los saludó uno a uno: con un abrazo a los magistrados de la ciudad y con una leve inclinación de cabeza a los sacerdotes.

Con el casco de combate en la mano izquierda, ascendió pausado y majestuoso la rampa de piedra de varios tramos con suaves retalles que daba acceso al sancta sanctorum del complejo sagrado, un macizo edificio construido con ciclópeos bloques de piedra dorada. Las gigantesas puertas de madera chapeadas de láminas de plata estaban abiertas y la luz solar iluminaba el interior, donde se ubicaban dos altares dedicados a las principales deidades de la extensa nómina del panteón de dioses palmirenos.

Justo bajo el grandioso dintel de piedra labrado en una sola pieza, Odenato se quedó inmóvil por un instante. Tras él se habían acercado los sacerdotes, encabezados por Shagal y los magistrados, para acompañarlo al interior, pero el *dux* se giró, alzó el brazo y, con un rotundo gesto de autoridad, ordenó a sus acólitos que se detuvieran. Entre ellos se encontraba Meonio, que se seguía declarando fiel a su pariente.

—Entraré yo solo. Necesito hablar con nuestros dioses y que me asesoren sobre nuestro inmediato destino. Cerrad las puertas y aguardad fuera.

Los sacerdotes se miraron confusos; sólo ellos tenían autoridad para decidir quién entraba en el corazón del santuario, pero no tuvieron más remedio que acatar la tajante orden del *dux*.

Odenato observó el relieve esculpido en piedra del dios Aglibol, cargado con un cesto de frutas, y el combate del dios Bel con el monstruo Tiamat, acontecido en el origen de la creación del mundo, y se sintió orgulloso por pertenecer al linaje que había hecho tan grande a Palmira.

Entró en el edificio y las pesadas puertas se cerraron tras él, sumiendo la sacrosanta sala en una ambarina penumbra apenas alterada por las llamas de cuatro lámparas de aceite que ardían ante los dos altares. Las aletas de su nariz se agitaron ante el intenso aroma a mirra que inundaba la nave. Habitado a la intensa luz solar del exterior, le costó algunos instantes acostumbrar sus ojos a la penumbra, hasta que comenzó a distinguir las formas del interior del santuario, que tan bien conocía. A cada lado de la puerta, en los dos testeros del edificio, orientados al norte y al sur, se ubicaban sendos altares; en el del muro septentrional, en el ara dedicada a la tríada de dioses principales de Palmira, se

erigían las estatuas de Bel, la gran deidad celeste de los semitas, y a sus costados las de Yarhibol, el dios del sol coronado de rayos, y Aglibol, el dios de la luna, con un creciente lunar sobre su cabeza. El altar se cubría con una bóveda monolítica en la que estaban labradas las figuras de los siete dioses planetarios griegos y romanos, con Júpiter ocupando el centro de una circunferencia y los otros seis, Helios, Mercurio, Venus, Selene, Marte y Saturno, a su alrededor, rodeados a su vez de un círculo con los doce signos del zodiaco, inscrito en un cuadrado en cuyos ángulos desplegaban sus alas cuatro águilas imperiales.

Hacia allá se dirigió en primer lugar Odenato, que observó los impávidos rostros de piedra de los dioses a la vez que pronunció una breve oración en el idioma palmireno.

—¡Oh, gran Marduk, todopoderoso señor del cosmos, creador del universo! ¡Oh, celeste Bel, dueño supremo del mundo! Os doy las gracias por las victorias obtenidas y os requiero para que sigáis protegiendo a vuestra ciudad de Tadmor de todos sus enemigos. ¡Oh, Yarhibol, dios del sol y de la luz, sigue calentando la tierra y fecundando las cosechas! ¡Oh, Aglibol, dios de la luna y de la noche, cuida de nuestros muertos, guíalos en su tránsito al mundo de las sombras y acógelos en tu seno reparador!

Depositó su casco de combate y su espada delante del altar, se arrodilló y se prostró ante las esculturas de los dioses, que permanecían mudas e inmóviles, bañadas por la tenue luz amarillenta de las lámparas de aceite.

Después atravesó la sala y se colocó ante el altar meridional, en cuya hornacina principal se ubicaba un antiguo ídolo de madera, muy venerado en Palmira, que representaba al dios Nebo, al que algunos griegos identificaban con Apolo; esta escultura articulada podía moverse gracias a un ingenio mecánico que los sacerdotes del templo de Bel accionaban mediante unas palancas, según les convenía, cuando los fieles acudían ante ella en demanda de una predicción sobre el futuro que les aguardaba.

Nebo era amable y cercano, la deidad más próxima a la que dirigir las plegarias y solicitar los ruegos cotidianos, pero también la de la sabiduría y la palabra escrita. Hijo del gran dios Marduk, había descendido del cielo para enseñar a los hombres el camino del conocimiento. Además de ese altar en el sanctórum del gran santuario, disponía de su propio templo privativo junto al arco triunfal de la gran avenida porticada. Los sacerdotes del santuario de Bel le habían erigido ese altar en el edificio más sagrado de Palmira porque su culto rendía numerosos ingresos a causa de las consultas que se le demandaban y de las cuantiosas ofrendas que se le rendían. Por ello, en ocasiones, los sacerdotes de ambos templos se habían enfrentado en agrias disputas en las que había tenido que mediar el propio Odenato para evitar altercados mayores.

—Divino Nebo, señor de los auspicios y del destino, dueño del futuro y de los sueños, amigo de los hombres, también te ofrezco la victoria y te pido que me

muestran el mejor camino para alcanzar la grandeza y aumentar la prosperidad de Tadmor.

Acabada su plegaria, Odenato se tumbó en el suelo boca arriba y contempló la bóveda que cubría el altar de Nebo, decorada con elegantes casetones y delicados florones de hojas de acanto esculpidos en piedra. Cerró los ojos y se sumió en una especie de letargo entre las vaporadas de mirra; por su cabeza pasó toda su vida como en un sueño.

Y allí, en la penumbra y el silencio del santuario de Bel, embriagado por la misteriosa luz amarillenta de las lámparas y el aroma de la mirra que ardía en sendos pebeteros, se acordó de ella. Como si uno de los dioses de aquel sagrado recinto, tal vez Afrodita-Venus, la diosa del amor de los griegos y los romanos, lo hubiera alcanzado con sus hechizos, la imagen de la joven Zenobia, la hermosísima hija del difunto mercader Zabaii ben Selim, se presentó una y otra vez, casi obsesivamente, en el interior de su cabeza, como un relámpago que arrastraba una inquietante sensación de deseo. Mirara hacia donde mirase allá aparecía siempre el rostro de la bella Zenobia, joven, fresco, con sus ojos negros deslumbrantes de luz y su cautivadora mirada serena y atrayente. Supuso que aquella aparición era fruto del deseo de los dioses, que le indicaban que aquella muchacha debería ocupar un lugar a su lado; y entonces fue cuando decidió que la haría suya.

El gobernador de Palmira ya tenía una esposa legítima, hija de uno de los más ricos y poderosos comerciantes de la ciudad. No era lo habitual, pero los árabes podían casarse con varias mujeres a la vez. Claro que Odenato no era uno más de entre los árabes; era el *dux* de Siria y, como tal, el más alto representante de Roma en Oriente. Además, su primera esposa le había dado un hijo varón, Hairam, un muchacho alegre y jovial al que Odenato amaba y al que había designado como heredero a los pocos meses de su nacimiento. Decidió que se casaría con Zenobia y que tendría dos esposas, y supuso que debería resolver aquella cuestión. En esos momentos ya había olvidado la razón de su presencia en el santuario y las oraciones y plegarias a los dioses: en sus pensamientos sólo había lugar para Zenobia.

*Palmira, principios de 260;
1013 de la fundación de Roma*

Zenobia estaba nerviosa. Dos esclavas la habían lavado con agua aromatizada con fragancia de áloe y esencia de algalia y jacinto y masajearon su cuerpo con crema de nardos y aceite de rosas. Hacía unos días que acababa de cumplir catorce años y ya estaba plenamente desarrollada como mujer. Era hermosa, muy hermosa: tenía la tez brillante y morena, herencia de su madre egipcia y de

su padre árabe; los dientes blancos e immaculados, pues los cuidaba con esmero, los limpiaba con palillos aromáticos y los blanqueaba con polvo de ceniza; su cabello era negro, liso y suavísimo, y al sol tornasolaba con reflejos metálicos de tonos azulados como la siderita pulida; sus ojos eran luminosos y profundos, y sus pupilas, de un negro tan intenso como la noche sin luna en el desierto, chispeaban cual si contuvieran el fulgor titilante de mil estrellas; su mirada era enérgica y estaba llena de determinación pero a la vez manifestaba serenidad y templanza, y de vez en cuando mostraba gestos de una ternura que enamoraba; el tono de su voz era rotundo y seco, casi varonil, pero hablaba de una manera tan melódica que sonaba como un delicado susurro; su cuerpo torneado, de piel fina y delicada al tacto que cubría unos músculos duros como el hierro pero flexibles como los juncos, parecía cincelado por el más magnífico de los escultores griegos.

Aquel era el día que los arúspices del santuario de Bel, siguiendo el oráculo dictado por los sacerdotes del dios Nebo y tras consultar con los astrólogos, habían convenido como el más propicio para celebrar la boda de Zenobia y Odenato. En realidad, la decisión para el casamiento se había fijado unas semanas atrás, cuando la madre de Zenobia y el gobernador acordaron que este tomaría por esposa a la muchacha cuando cumpliera los catorce años. Los arúspices no hicieron sino confirmar como bueno lo que ya estaba pactado y ratificar el deseo de Odenato de tomar a Zenobia como esposa cuanto antes.

La madre de Zenobia había encargado a Nicómaco, el contable de los negocios de su esposo y de su socio Antioco, que adquiriera los mejores perfumes y ungüentos que pudiera encontrar en el mercado de Palmira para que su hija se acicalara con ellos.

Tras bañarla y perfumarla, las esclavas se afanaron en preparar a la novia para la ceremonia nupcial. La vistieron con una túnica de seda de color verde, muy brillante, esmaltada con filigranas florales tejidas con hilos de oro y de plata; le colocaron sobre la cabeza una diadema de oro engastada con perlas, rubíes y esmeraldas y adornaron sus brazos con varios brazaletes de oro. La calzaron con unas sandalias de cuero rojo, repujadas con remaches dorados, en las que había engarzados una docena de rubíes.

—Ni la mismísima diosa Afrodita se atrevería a competir contigo en belleza, hija mía. ¡Nuestro príncipe se lleva la mejor joya de Palmira! —exclamó su madre al contemplar a Zenobia lista para la ceremonia—. Toma, hija —la egipcia se quitó el amuleto de piedra roja de aetita que siempre había llevado al cuello—; este talismán me lo regaló tu padre cuando me hizo su esposa. Tiene la eficacia del más poderoso de los sortilegios contra los abortos; espero que te sirva y que te proteja de ellos.

—Gracias, madre, lo conservaré siempre conmigo.

Cuando Zenobia salió al exterior de la casa la esperaba una comitiva de familiares, miembros del clan árabe de los Amlaqi, del cual era ella la cabeza, y

numerosos vecinos y amigos. Una exclamación general de admiración ante la belleza de la joven se extendió entre los presentes.

Antioco Aquiles, el socio de Zabaii ben Selim, y en quien la madre de Zenobia había confiado la administración de sus negocios al quedar viuda, había sido el designado para conducir a la joven ante su futuro esposo y entregarla a Odenato en matrimonio. Lo acompañaba el escribano griego Nicómaco, notable experto en matemáticas, que seguía trabajando como contable para la compañía de Antioco y de la viuda de Zabaii, y el joven Aquileo, un muchacho de dieciocho años que acababa de llegar a Palmira desde Grecia, acompañando a Antioco en uno de sus viajes comerciales a las ciudades griegas de la costa occidental de Anatolia, al que el mercader había presentado como su sobrino.

Antioco Aquiles ayudó a Zenobia a colocarse en la sillita sobre la peana que, una vez asegurada, seis fornidos esclavos alzaron en vilo, y la comitiva partió hacia el palacio de Odenato, donde se celebraría la boda, seguida por varios músicos que tocaban melodías con citaras y flautas, por los familiares y amigos invitados a la ceremonia y por una multitud de curiosos.

Avisado de la llegada de la novia, Odenato salió a recibirla a la puerta de su palacio. Hacía varios días que no había visto a su futura esposa, pues aunque la había visitado en varias ocasiones en su casa, siempre bajo la atenta mirada de la madre de Zenobia, se había convenido mantener la distancia entre los futuros esposos en los días previos a la boda. Cuando Odenato la contempló de cerca, su corazón se aceleró y ardió en deseos de hacerla suya cuanto antes. Sin duda, esa noche sería el hombre más envidiado de Palmira.

—En el nombre y en el recuerdo del noble Zabaii ben Sellin, que dio su vida en defensa de esta ciudad de Tadmor, y en el de su viuda, te ofrezco en matrimonio a ti, Udainath ibn Udainath ibn Hairam ibn Waballath ibn Namur ibn Namur, a su única hija, Znwbia ibn Zabaii ibn Selim, heredera del noble clan de los Amlaqi. Las matronas asignadas para ello por los sacerdotes del templo de Nebo ratifican que es virgen, el magistrado encargado del archivo del registro de Palmira certifica que es soltera y el médico testifica que está sana y no tiene enfermedades —proclamó solemnemente Antioco ante Odenato en idioma palmireno. Y de inmediato repitió en griego—: Te ofrezco a ti, Odenato, príncipe de Palmira, cónsul de Roma y *dux* de Siria, a Julia Aurelia Zenobia, hija de Zenobio, hijo de Selim.

El mercader indicó a los esclavos porteadores que depositaran la peana en el suelo y ayudó a bajar a Zenobia. Odenato seguía plantado ante la puerta del palacio, obnubilado por la rutilante belleza de su novia. Meonio recogió a Zenobia de manos de Antioco y se la entregó a su vez a su primo Odenato. Ahora tenía una poderosa razón para envidiar a su pariente.

—Yo, Zenobia, hija del honorable Zabaii ben Selim, acepto a Odenato, hijo de Odenato, como esposo y señor —consintió la muchacha.

—Y yo te recibo como esposa. A partir de ahora te llamarán Septimia Zenobia —añadió Odenato.

Los miembros de la comitiva rompieron en aplausos y vítores y siguieron a la pareja al interior del palacio, en cuyo patio se había dispuesto un altar y una imagen del dios Bel para celebrar el rito del matrimonio y unas mesas para servir el banquete de bodas. Los guardias de la puerta tuvieron que identificar a cada uno de los invitados y expulsar a los gorriones y curiosos que pretendían colarse aprovechando la aglomeración de gente; para acceder al banquete se habían emitido unas fichas de barro numeradas y con el sello del gobernador impreso en una de sus caras; sólo quienes poseían una de ellas podían participar en el convite nupcial.

Tras el casamiento, oficiado según el rito árabe por Shagal, el sumo sacerdote del templo de Bel, los doscientos invitados asistieron al más extraordinario de los banquetes jamás ofrecido en Palmira. Fuentes de granadas y piñas aromatizadas con cardamomo y canela y endulzadas con miel dieron paso a un guiso de pescado seco en salazón, empapado en salsa del más fino y delicado garum importado de las lejanas factorías ubicadas en el sur de Hispania. Cuatro gacelas del desierto, asadas enteras en grandes espetones, rellenas con la carne de perdices y torcaces deshuesadas, acompañadas por una espesa salsa de hierbas aromáticas, almendras y pistachos, fueron presentadas sobre sendos carritos de plata. Las patas y el costillar de un buey, asados sobre una enorme parrilla, aparecieron sobre unas parihuelas portadas por esclavos negros, mientras un certero trinchador cortaba grandes tajadas que depositaba con enorme pericia en los platos de los comensales. Los mejores vinos blancos de Grecia y rojos de Siria se sirvieron en delicadísimas copas de plata y de ónice, entre abundantes bandejas rebosantes de empanadas de carne picada aromatizada con las más caras especias, pasteles de queso, huevos rellenos, bollos de harina candeal horneados con pistachos, pasas y dátiles, bizcochos empapados en los almbares y siropes más refinados y copas de zumo de uva y de granada.

—¡Larga vida al príncipe Odenato y a Septimia Zenobia! ¡Que los dioses os sean propicios y os colmen de hijos, de riquezas y de bienes! ¡Que la diosa Fortuna os sea benéfica siempre! ¡Que el amable Nebo os depare un futuro feliz! ¡Que Aglibol y Yarhibol os concedan una larga vida! —exclamaban de vez en cuando algunos comensales.

Odenato apenas comió; sólo tenía ojos para su joven esposa y lo único que anhelaba era el momento en el que acabaran aquellos ruidosos festejos para encontrarse a solas con ella en su lecho nupcial.

Llegada la noche, cuando Sirio lucía fulgurante en el horizonte meridional, bajo la constelación de Orión, los nuevos esposos se retiraron al dormitorio.

Los esclavos de palacio, un grupo de eunucos que se encargaban de la custodia de las habitaciones privadas del gobernador, habían preparado una bañera de mármol con agua templada aromatizada con áloe, algalia y esencia de rosas. Mientras Odenato se desvestía, dos esclavas ayudaron a Zenobia a quitarse sus joyas y sus vestidos y la bañaron en el agua perfumada.

Fue entonces cuando Odenato la vio desnuda por primera vez. El *dux* había yacido con hermosas mujeres a lo largo de su vida, pero jamás había contemplado una belleza semejante. El cuerpo de Zenobia sólo era comparable a la más perfecta de las esculturas modelada por el más exquisito artista griego. La virilidad de Odenato se enardeció y ordenó a las dos esclavas que los dejaran solos.

Se acercó hasta la bañera y acarició el rostro y el pecho de su joven esposa.

—No existe en todo el mundo una mujer tan hermosa como tú —le dijo—. Soy el más afortunado de los hombres.

Entonces se despojó de la camisola de lino y también quedó desnudo; se introdujo en la bañera y la besó en los labios, a la vez que acariciaba su cuerpo con toda la delicadeza de que era capaz.

El cuerpo de Odenato era el de un guerrero; en su piel lucía algunas cicatrices producto de los combates librados en defensa de las fronteras orientales de Roma, y a sus cuarenta años cumplidos aún mantenía unos músculos firmes y poderosos, ejercitados a diario en el combate en la palestra, en el campo de batalla y en la práctica de la caza.

Tras el baño, tomó una toalla de fino lino, secó el cuerpo de su joven esposa, luego se secó él y la tomó en brazos; la piel de aquella joven era todavía más suave y fina de lo que había imaginado. La condujo hasta el lecho, sobre el que se habían colocado algunos pétalos de flores rojas y amarillas, y la depositó con cuidado sobre el colchón de plumas. Volvió a contemplarla con el rostro arrebolado por la pasión y observó que Zenobia lo miraba sin aparentar deseo alguno.

No le importó; le mordisqueó los labios, la besó en el cuello, acarició sus pechos juveniles, firmes y duros como granadas en sazón, acarició su sexo dorado con las yemas de los dedos e intentó penetrarla.

Fue entonces cuando Zenobia gimió de dolor; Odenato se detuvo al escuchar el tímido lamento de la joven.

—Intentaré no hacerte daño, pero eres tan hermosa, te deseo tanto...

La desfloración de Zenobia provocó tal excitación en Odenato que se derramó en ella apenas culminada la penetración, después de varios intentos por conseguirla.

—¿Estás satisfecho, esposo? —le preguntó.

—Mejoraremos, Zenobia, mejoraremos —respondió Odenato entre ofuscado y ruborizado.

Salió de Zenobia, la besó en el rostro y se tumbó boca arriba, lamentando en silencio que en aquella primera noche su esposa no hubiera sentido otra cosa que un punzante dolor en su entrepierna.

Mientras su esposo dormía, Zenobia se levantó de la cama, se cubrió con una estola de fina lana y salió a una terraza exterior.

El cielo de Palmira era una bóveda de vidrio negro salpicada de chispas de plata; corrían los días más fríos del invierno, pero el agua no se había helado todavía y era probable que aquel año ya no lo hiciera. Las estrellas resplandecían como haces de luz nacarada en la negra noche sin luna y los tejados de los edificios se adivinaban recortados entre macizas sombras. Sobre algunos bastiones de la nueva muralla lucían faroles alimentados con betún y aceite, como un rosario de luciérnagas esmaltando con sus destellos anaranjados el oasis de las palmeras.

Capítulo IV

Montañas al norte de Palmira, principios de primavera de 260; 1013 de la fundación de Roma

La caza abundaba en primavera en las agrestes montañas ocres y rojizas del macizo de Rasid, a medio centenar de millas romanas al norte de Palmira. Las laderas orientadas al norte de las cumbres más altas, en pleno desierto sirio, ofrecían en aquellos días algunas zonas de frescos pastos, recién brotados con las lluvias del inicio de la primavera, que eran frecuentados por pequeñas manadas de antílopes y de gacelas, a las que seguían al acecho algunos leones y leopardos.

Hacia mucho tiempo, cuando los grandes reyes de Asiria y de Persia eran señores absolutos de aquellos territorios, solía ser frecuente observar abundantes leopardos, osos y leones merodeando por allí en busca de presas. La caza de estas fieras había sido practicada por la aristocracia de Mesopotamia desde hacía siglos, como se podía observar en los relieves esculpidos en las paredes y los templos de algunas de sus arruinadas ciudades. Esquilgadas por la caza y por la demanda de fieras para los juegos en los anfiteatros, ahora eran tan escasas que había que acudir a los parajes más recónditos e intrincados para localizar alguna, pues apenas se veían aquellas poderosas bestias carnívoras, que temían tanto al hombre que huían en cuanto percibían su olor.

No obstante, Odenato había logrado abatir varias de ellas y andaba deseoso de mostrarle a Zenobia su destreza y su fuerza.

A comienzos de aquel año, según el cómputo del tiempo del calendario romano, Odenato había recibido un mensaje del emperador Valeriano en el que le comunicaba que a principios del próximo invierno comenzaría la prevista ofensiva contra Persia, para la que debería estar preparado.

Una partida de caza en las montañas del macizo de Rasid constituía un perfecto ejercicio para mantener a los soldados activos y para entrenar técnicas de ataque, tonificar los músculos y practicar con los caballos.

—Mañana saldremos de caza; creo que te gustará —le dijo Odenato a Zenobia.

—Nunca lo he hecho antes.

—Ya lo sé, pero confío en que te sientas a gusto. Cazar fortalece los músculos y obliga a mantener despiertos todos los sentidos. No hay mejor entrenamiento para la guerra que enfrentarte a un oso, acechar a un león o capturar a un leopardo.

Odenato estaba convencido de que el ejercicio de la caza atraería la atención de su joven esposa. En los meses que llevaban casados la había visto moverse por el palacio con la agilidad de una pantera, y en sus noches de amor había acariciado sus miembros fuertes y ágiles; sí, sería una buena cazadora.

—¿Vendrá a la cacería tu otra esposa? —le preguntó Zenobia.

—No. He decidido repudiarla. Esta misma semana se marchará de Palmira.

—¿Dónde la envías?

—A una aldea cerca de Damasco. Allí viven unos parientes suyos, estará bien. Quiero que tú seas mi única esposa.

—¿Y tu hijo Hiram?

—Es mi legítimo heredero. Se quedará conmigo. Algún día, él será el señor de Palmira y de toda Siria; tiene que aprender a gobernar este territorio.

Salieron de Palmira y siguieron durante una jornada el camino del Eufrates, para girar después hacia el norte a través de un valle reseco al fondo del cual se alzaba una cordillera de escarpados montes en los que florecían arbustos leñosos de la altura de un camello y prados de hierba verde.

—Este es el territorio de los leones. Cuentan los más viejos que hace tiempo eran tan abundantes que se podían encontrar incluso muy cerca de la ciudad. Pero cada vez es más difícil dar con ellos, pues la demanda de estos felinos ha sido tan grande que se han capturado hasta los más pequeños cachorros. Antaño, los cazadores sólo abatían a los grandes machos o a las hembras más viejas, y dejaban libres a los cachorros para que crecieran fuertes, a las hembras jóvenes para que parieran nuevas camadas y a los machos adultos y sanos para que las preñaran; aquellos eran otros tiempos. He oído decir que un emperador llamado Comodo decapitaba avestruces con flechas con punta de media luna y que mató en un solo día a cien leones asaeteándolos en el circo de Roma; y se asegura que hace trece años, durante el reinado del emperador Filipo, se sacrificaron en apenas cuatro semanas hasta once mil animales salvajes en el gran anfiteatro de Roma con motivo de las celebraciones del milenario de la fundación de la capital del Imperio.

» No sé qué tiene de placer, de valor o de mérito ver morir en la arena, sin posibilidad de defenderse, sin escapatoria alguna, a estos nobles animales.

—Se trata de mantener ocupados a los plebeyos; así sus cabezas se entretienen en los combates y desatienden asuntos mucho más trascendentes —opinó Zenobia.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Antioco Aquiles, el socio de mi padre. Todo cuanto sé se lo debo a mi

padre, y desde que él murió ha sido Antioco quien me ha enseñado muchas cosas. Algunas tratan del gobierno de las ciudades y de los ciudadanos.

—¡Vaya!, ¿te interesa la política?

—Soy la esposa del gobernador de Siria, algo debería conocer.

—Si lo deseas, dispondré que te enseñen algunas disciplinas. Eres una mujer inquieta a la que no le gusta permanecer encerrada cada día en palacio esperando que llegue la noche para compartir el lecho conmigo.

—Estudiaré si es tu deseo. Mi padre me enseñó a leer y escribir, y me instruyó con algunas nociones de cuentas para ayudarle en sus negocios, pero murió antes de que yo pudiera aprender todo cuanto él sabía. Luego Antioco me ha dado lecciones y me ha proporcionado algunos libros.

—Tendrás los mejores maestros que pueda encontrar.

Zenobia montaba una potente yegua roana. Desde niña había practicado la equitación en los alrededores de Palmira acompañando a su padre, y era capaz de cabalgar con la destreza de un hábil jinete. Sobre aquella montura, la joven parecía una verdadera amazona. Vestía, además, como un guerrero: coraza de cuero, falda de cuero y remaches de metal, casco de combate, muñequeras hasta el codo y glebas de bronce para protegerse las piernas. Buena parte de sus hermosos muslos quedaban al aire, lo que concentraba las miradas deseosas de los soldados que componían la partida de caza.

Acamparon al pie de una empinada colina coronada por unas rocas en forma de capitel, al lado de un manantial del que sólo brotaba un hilillo de agua en los meses de la primavera y que se secaba en cuanto aparecían los rigores del verano.

Los soldados montaron los pabellones al abrigo de unos peñascos y Odenato estableció el turno de guardia; él se fijó la jefatura del primer turno, pues le gustaba dar ejemplo y compartir las tareas como uno más de los soldados, pero luego pasaría toda aquella primera noche en el desierto al lado de Zenobia.

A la mañana siguiente continuaron ascendiendo hacia las montañas; pronto vieron a lo lejos un grupo de gacelas que salieron corriendo en cuanto se apercebieron de la presencia de los humanos.

—Los leones suelen acechar las rutas que siguen las gacelas para encontrar su alimento. Iremos tras esa manada —propuso Odenato.

Los hábiles rastreadores, acostumbrados a descubrir las pistas más endebles con el más insignificante de los indicios, pudieron dar con el rastro de las huidizas gacelas y durante tres días lo siguieron hasta el pie de la más alta cima de aquellas montañas, en cuyas laderas se abrían profundos barrancos cubiertos de espesos matorrales leñosos, algunos de los cuales habían florecido con las escasas lluvias de aquella estación.

—Esa es la zona propicia para las emboscadas de los leones —señaló Odenato a su esposa, indicando la espesura de la vegetación—. En esta época del

año esas plantas leñosas producen unos brotes tiernos y jugosos que atraen a las gacelas y a los antílopes. Agazapados entre la densidad de esos arbustos, los leones aguardan pacientes a que una pieza se acerque lo suficiente como para lanzarse a su captura. Es ahí cuando intervendremos nosotros, y el cazador pasará a ser cazado.

—¿Tendremos que esperar mucho?—preguntó Zenobia.

—Nunca se sabe; quizá ni tan siquiera haya leones en esta zona y nuestra espera resulte en vano. En la caza, como en la política, la paciencia es la mejor de las virtudes; no lo olvidéis.

Odenato era un hombre ecuánime y paciente; sus años al frente del gobierno de Palmira y su experiencia en las batallas contra los persas le habían otorgado una pericia extraordinaria. Zenobia era todo lo contrario; a la propia de su juventud sumaba la excitación de haberse convertido de pronto en la señora de Palmira, en el deseo más ardiente del *dux* de Siria, en la mujer más admirada de la más vasta y rica provincia del Imperio.

Tras una larga y tediosa espera que se extendió durante media jornada, unas gacelas se acercaron hacia los floridos arbustos con cautela. A una distancia de unos doscientos pasos, ocultos tras unas rocas y con el viento en contra para evitar ser detectados por el fino olfato de los animales, Odenato y Zenobia observaban sus nerviosos movimientos; tras ellos y a sus flancos se habían desplegado dos docenas de soldados, equipados con lanzas y redes, prestos a obedecer las órdenes de Odenato en cuanto apareciera un león.

—Mira —bisbiseó Odenato a Zenobia—; los jugosos y verdes brotes de esas plantas son irresistibles para las gacelas, pero no acaban de fiarse del todo. Es probable que tras el follaje se esconda agazapado un león, un leopardo o incluso un oso; y las gacelas saben que puede ser así. Delante de nuestros ojos se ofrece el juego de la caza. Pero lo que ignora la fiera, si es que hay alguna, es que nosotros también estamos aquí, esperando su ataque para convertirla en nuestra presa. Es el juego mortal de la vida. ¡Aguarda!

Los ojos avizores de Odenato percibieron un leve movimiento en unos matorros.

—¿Qué ocurre?—demandó Zenobia.

—Allí, a la derecha de las gacelas. Se han movido las hierbas altas y apenas hay viento. Si fuera un oso se ocultaría tras los arbustos, y los leopardos suelen agazaparse en las ramas de los árboles para lanzarse desde allí sobre sus presas, de modo que tiene que ser un león.

Odenato se giró e hizo una señal a sus hombres para que permanecieran listos.

—¿Estás seguro?

—Sí. Mira allá, puedo ver sus orejas. No tiene melena; es una leona y está a punto de atacar. En cuanto lance su acometida, nosotros saldremos por ella. Tú

quédate aquí y observa.

—¿Me has traído hasta estas montañas sólo para que contemple desde la distancia cómo cazas un león? Quiero participar en la batida —asentó Zenobia con tal decisión que sorprendió a su esposo.

—No tienes la menor experiencia en la caza de leones. Esos animales son tan fuertes como un camello y más rápidos que el viento. Si te atacan, no sabrías cómo defenderte; uno solo de sus zarpazos podría partirti por la mitad. Limitate a observar; y a tendrás otra ocasión para participar en una cacería.

—No —dijo tajante Zenobia.

—No quiero que te suceda ningún daño; permanece quieta en este lugar y observa.

Zenobia le sostuvo la mirada a Odenato.

—Quiero participar en la cacería —insistió.

—No lo has hecho nunca.

—Pero manejo el arco como el mejor de tus arqueros.

Odenato la miró sorprendido.

—¿Sabes tirar con arco?

—Mi padre era comerciante, pero también un gran arquero. Solía decirme de niña que todos los palmirenos debían practicar el tiro con arco, pues era el mejor método para defenderse en caso de ataque de bandoleros a una caravana. Él me enseñó a hacerlo. Solíamos practicar muchas veces cuando estaba en Palmira. Soy capaz de acertar a un blanco fijo del tamaño de una granada a cincuenta pasos de distancia.

—¿Y tienes fuerza suficiente para tensar el arco?

—Déjame el tuyo.

Odenato le acercó su arco y una flecha. Zenobia colocó la muesca de la saeta en la cuerda, sujetó el arco con fuerza con su mano izquierda y tiró con la derecha hacia atrás. El arco se tensó hasta alcanzar una curva suficiente como para lanzar el virote a más de trescientos pasos.

—¡Vaya!

—Quiero ir contigo a por esa leona —insistió Zenobia.

Su determinación acabó por doblegar a su esposo, que accedió a regañadientes.

—De acuerdo —cedió el gobernador, y le entregó un carcaj cargado con dos docenas de flechas—, pero permanece siempre tres o cuatro pasos detrás de mí y mantén el arco preparado, y si ves que se acerca un león no huyas aterrorizada; si corres, irá a por ti y te abatirá con facilidad. Los leones huelen el miedo y suelen perseguir a las presas que intentan escapar despavoridas ante su presencia, pero a veces dudan ante las que les plantan cara.

Mientras los dos esposos hablaban sobre cómo comportarse en la cacería, la fiera surgió de la espesura como un rayo amarillento. Desde su escondite había

localizado y fijado a su pieza, una gacela que parecía cojear ligeramente al trote, y se lanzó a por ella como impulsada por una catapulta. Como había vislumbrado Odenato, la cazadora era una hembra, una leona adulta y sin duda experta en la cacería, porque en su ataque trazó una precisa diagonal cerrando la posibilidad de escape de la gacela.

Algunos hombres hicieron intención de salir, pero Odenato los contuvo con un enérgico gesto de su mano.

El ataque de la leona desató el pánico y la desbandada de las gacelas, que corrieron despavoridas intentando escapar de sus mortíferas garras y colmillos. Pero la fiera sólo tenía un objetivo, la pieza seleccionada antes del ataque, y en ella fijó toda su energía.

Tras una breve pero intensa carrera, alcanzó de un gran salto a la gacela que cojeara y la volteó con un preciso y contundente golpe de sus garras sobre las ancas. A toda velocidad, con la maestría del felino experimentado en decenas de acometidas similares, se abalanzó sobre la garganta del animal caído y mordió a la gacela por la tráquea a la vez que le retorció el cuello para asfixiarla.

Odenato reaccionó deprisa.

—¡Ahora! —ordenó a sus hombres.

Los soldados surgieron de detrás de las rocas con sus lanzas en alto y aullando como orates. La leona, que mantenía sus fauces firmemente cerradas aprisionando la garganta de la gacela, soltó a su presa pero en lugar de huir del envite de los humanos, como era habitual en estas circunstancias, se colocó delante de su trofeo y se encaró con los cazadores rugiendo con fiereza.

Odenato se sorprendió por aquella actitud y enseguida comprendió lo que sucedía. La leona no estaba sola, muy cerca debía de andar su carnada, de ahí que la fiera ofreciera resistencia a los soldados y no escapara de inmediato; sin duda estaba intentando proteger a su prole.

—¡Rodeadla en la zona de los arbustos! No le deis salida. ¡Vamos, vamos! —gritaba a la vez que se acercaba a los soldados llevando a su esposa protegida a su espalda.

Ante el acoso combinado de la docena de hombres, la leona retrocedió unos pasos y se agazapó junto a la gacela abatida, que había recuperado el resuello y ahora jadeaba convulsamente aunque permanecía tumbada en el suelo. Los palmirenos se aproximaron con cautela, cerrando el cerco, protegidos con sus escudos multicolores y con las lanzas listas para ser arrojadas, cuando de pronto la leona se arrancó en dirección a Odenato. El gobernador de Palmira flexionó las rodillas y armó su brazo derecho apuntando con la lanza hacia la bestia ocre, que corría hacia él con las fauces abiertas y rugiendo con toda su ferocidad. Sabía que sólo tendría una oportunidad con su lanza; si fallaba el tiro no le daría tiempo a desenvainar su espada, y las garras de la leona le arrancarían la piel y le destrozaban la garganta antes de que pudieran llegar los soldados en su ayuda.

Tenía que esperar el momento preciso para que la fuerza de su brazo sumada a la velocidad de la leona fueran suficientes como para que la hoja de la lanza se clavara en el cuerpo de la fiera y cayera abatida. Con toda serenidad se fijó en el pecho de la leona, ahí debía lanzar su arma, y aguardó.

Zenobia contemplaba la carga de la leona con ansiedad y conforme se acercaba hacia ellos creyó que su esposo, que la protegía con su cuerpo, estaba perdido porque parecía que no reaccionaba; se había quedado inmóvil, tal vez paralizado por el miedo, como les solía ocurrir a quienes eran presa del ataque de un felino tan enorme, pensó. Pero cuando la fiera se preparaba para saltar sobre Odenato, este arrojó su lanza con la fuerza y la precisión del cazador más avezado y fue a clavarse entre el pecho y la pata delantera derecha de la leona, que cayó a tierra apenas a cinco pasos de su cazador. El príncipe de Palmira sacó su espada corta de la vaina y se lanzó de inmediato sobre el animal, al que remató de un contundente tajo en el cuello.

Entonces contempló asombrado que la leona tenía dos flechas clavadas a la altura de los omoplatos. Miró hacia atrás y vio a Zenobia, con los pies bien asentados sobre el suelo y con una tercera flecha lista para ser disparada con el arco.

—Ya te dije que era capaz de acertar a un blanco a cincuenta pasos —dijo luciendo una sonrisa.

—Dijiste un blanco fijo, y esta leona se movía a la velocidad de un rayo.

—Bueno, he esperado a que estuviera a treinta pasos, y además es mucho más grande que una granada.

—La has alcanzado dos veces. ¿Lo hiciste antes de que le clavara mi lanza?

—La primera sí, un poco antes. Eso la frenó lo suficiente para que pudieras arrojar tu lanza. La segunda flecha impactó a la vez.

—¿Has sido capaz de hacer todo eso en tan breves instantes? —Odenato estaba apabullado ante la serenidad de su esposa y la precisión de sus disparos.

—Es cuestión de concentrarse y mantener la calma. Es lo que me enseñó mi padre.

Zenobia se encogió de hombros. Los soldados apenas creían lo que acababan de ver y, a pesar de ser algunos de ellos consumados arqueros, no cesaban de comentar que aquella joven mujer no podía ser otra que la diosa Diana, la certera cazadora, encarnada en la piel de Zenobia.

Alentados por uno de sus comandantes, alzaron sus escudos y los golpearon con sus jabalinas; alborozados, aclamaron a su jefe y a su esposa. Odenato limpió la sangre de su espada en la piel de la leona y se giró hacia la posición que ocupaba Zenobia, unos cuantos pasos tras él. Su mirada era en ese momento la de un verdadero rey.

—¿Por qué no ha escapado? Tú dijiste que estas fieras huían de los hombres, y en cambio nos ha plantado cara y nos ha atacado...

—Normalmente los leones temen la presencia del hombre. Este ejemplar es una hembra, de manera que si ha reaccionado así es que sus cachorros no andan muy lejos y procuraba protegerlos. Vamos a buscarlos, seguro que están escondidos cerca. Pero, cuidado, podría merodear por aquí otra leona o un gran macho.

La gacela que había sido abatida se incorporó y salió corriendo. Las fauces de la fiera no habían logrado estrangularla y al recuperar el aliento huyó.

Los hombres de la partida se desplegaron por la espesura en busca de los cachorros de la leona. Tras revisar minuciosamente todos los posibles escondrijos, bajo una cornisa de rocas, a unos cuatrocientos pasos de distancia, encontraron a tres pequeños leoncitos de apenas unas semanas de vida que temblaban de miedo cuando sus captores los tomaron en brazos.

—¿Puedo quedármelos? Han perdido a su madre, alguien tendrá que cuidarlos —preguntó Zenobia.

—Claro, son tuyos, pero no les cojas demasiado afecto; dentro de unos meses estarán en condiciones de arrancarte un dedo y en un par de años cualquiera de estos pequeños podrá devorar a un antílope, o a una princesa.

Los cazadores regresaron a Palmira con cuatro venados, media docena de gacelas del desierto, dos jabalíes, los tres cachorros vivos y la piel de la leona. La piel de los leopardos o la de los osos se puede curtir y es útil para fabricar abrigo y gorros, pero la de los leones, carente de pelo largo y tupido, sólo sirve para hacer una alfombra de no muy buena calidad. Odenato ordenó arrancarle los colmillos y las uñas, que repartió entre sus hombres, y quemar el cadáver.

En las semanas siguientes Zenobia acompañó a Odenato a nuevas cacerías e incluso a algunas algaradas militares en la frontera con los persas, participando en los preparativos del plan acordado con el legado del emperador de Roma. Se acercaba la fecha que Valeriano había fijado para la conquista de Persia y los palmirenos debían estar convenientemente dispuestos y entrenados.

Capítulo V

Edesa, al norte de Siria, finales de primavera de 260; 1013 de la fundación de Roma

Setenta mil hombres bien equipados avanzaban por el alto Éufrates en dirección sureste, hacia el corazón de Mesopotamia. Siete legiones completas, reclutadas entre las mejores tropas del ejército de Roma en el Danubio, en los Balcanes y en Asia Anterior, habían sido seleccionadas y aleccionadas por el propio emperador Valeriano para poner fin a los ataques del rey Sapor I de Persia en la frontera oriental y restituir el entredicho dominio de Roma sobre Mesopotamia. El emperador había sido autorizado por el Senado para utilizar todos los medios disponibles contra los persas y así vengar la destrucción del campamento legionario de Dura Europos y el saqueo de la ciudad de Antioquía y de las provincias de Cilicia y Capadocia; tenía potestad incluso de ir más allá del territorio romano, hasta la misma capital de Sapor si fuera posible.

Un augur del templo de Vulcano en Roma había revelado una premonición unos meses atrás. Tras observar el extraño vuelo de unas aves sobre el cielo de la capital imperial había aconsejado a Valeriano que no iniciara ninguna campaña militar durante la luna llena, pues las señales eran nefastas y, además, cuatro años antes los bárbaros habían saqueado, en una de sus incursiones por Anatolia, el templo de la diosa Artemisa en la ciudad de Efeso, donde también se rendía culto a la Luna. Otro sacerdote del templo de Júpiter Salvador, a instancias del emperador, sacrificó unas tórtolas en honor del señor del Olimpo para evitar cualquier posible maleficio sobre la expedición militar que había decidido emprender Valeriano.

Tal cual se había planeado el año anterior, las siete legiones se concentraron en el curso medio del río Eufrates, en espera de desplegarse hacia el sureste en busca del ejército sasánida. El grueso del contingente romano se había agrupado en la ciudad de Edesa, en el norte de Siria, dispuesto a partir directo al centro del imperio de Sapor. Confiado en su abrumadora fuerza militar —hacia mucho tiempo que Roma no había reunido siete legiones en un mismo cuerpo de ejército para emprender una campaña militar—, el emperador Valeriano descuidó la

defensa y vigilancia de los campamentos considerando que nadie en su sano juicio se atrevería a atacar de frente a un contingente tan numeroso; por ello, dispersó el ejército en demasía y subestimó la audacia de Sapor.

—Sapor debe de estar amedrentado ante la noticia de nuestra llegada. Si las previsiones de nuestros estrategas resultan atinadas, se retirará hacia el interior de su reino y abandonará Ctesifonte, porque sabe que no la puede defender de nuestra cometa —comentó Valeriano ante los generales de su Estado Mayor.

—Así lo hemos previsto, agosto —habló el general de la II Legión—. Estamos seguros de que Sapor se replegará; es probable que se dirija a Ctesifonte, aunque el año pasado Odenato ya le demostró que un contingente audaz y bien pertrechado puede llegar hasta los mismos muros de su capital y ponerlo en un aprieto. Claro que también podría huir hacia el este de su imperio, más allá de las montañas de Partía, en el lejano altiplano oriental, donde nos sería más difícil alcanzarlo.

—Tal vez ni siquiera tengamos que librar una sola batalla para recuperar toda Mesopotamia —supuso uno de los tribunos.

—El ejército que hemos organizado ha sido preparado para sostener un largo asedio. Hemos manejado desde el principio la idea de que Sapor se hará fuerte en Ctesifonte, al menos eso dedujeron todos nuestros estrategas. Sabemos que su consejero principal, un mago que ejerce como sacerdote del dios Ahura Mazda y que se llama Kartir Hangirpe, también le ha recomendado que resista tras los muros de su capital.

—Así es, agosto. —El general de la II Legión volvió a intervenir—. Eso es precisamente lo que esperamos que haga.

Desde luego, los romanos no imaginaban lo que había preparado Sapor. Informado por sus oteadores, el rey de los persas ordenó a su ejército avanzar a toda prisa por la orilla izquierda del Eufrates, y desde allí hacia Edesa, donde sorprendió a las confiadas legiones de Valeriano.

Lejos de amilanarse ante el amenazador envite de las siete legiones, cargó contra el corazón de las posiciones romanas. Sin dar tiempo a que los romanos se organizaran, Sapor ordenó el ataque en tromba de su caballería pesada, los catafractas, un formidable cuerpo de jinetes equipados con corazas y cotas de malla que montaban poderosísimos caballos, potentes, grandes y resistentes, criados en las inmensas praderas de una lejana región de Asia llamada Fergana, aunque no demasiado rápidos debido al enorme peso que soportaban, pues estaban forrados de hierro.

La caballería acorazada sasánida configuraba una fuerza devastadora, cuya carga frontal provocaba un impacto demoledor al atacar al enemigo en sólidas formaciones cerradas que desataban el terror entre las cohortes de la infantería romana. Hacía siglos que los persas utilizaban esta fuerza de choque en sus batallas en campo abierto; dirigida por generales competentes y en igualdad

numérica con sus oponentes, una carga de los catafractas se consideraba prácticamente invencible. El rey de los persas concentró sus mejores tropas en un único frente de combate y de improviso cargó contra el centro de operaciones de la infantería de los legionarios, que no esperaban semejante reacción.

El ataque por sorpresa y rapidísimo de los sasánidas se produjo en los alrededores de la ciudad de Edesa, donde radicaba el cuartel general del cuerpo expedicionario romano. Valeriano, sorprendido por la inesperada maniobra de Sapor, al que ya suponía replegándose para refugiarse tras los muros de Ctesifonte, acudió al combate completamente desorientado y sin ningún plan previo, pues nadie en el puesto de mando romano había previsto que pudiera aguardarse un ataque semejante. Los persas, con la caballería pesada al frente, cargaron con su demostrada contundencia y los catafractas arrasaron a las desorganizadas cohortes legionarias, que les salieron al paso de manera descompuesta, pues se hallaban demasiado dispersas por aquella región y habían descuidado la guardia.

El emperador Valeriano, avisado del desastre que se avecinaba, se dirigió al frente del combate con un puñado de soldados de la escolta de su cuartel general. Incrédulo ante lo que le estaban relatando los mensajeros enviados desde el improvisado campo de batalla, quiso observar personalmente la magnitud del ataque, que en principio había supuesto que sería una mera escaramuza de los persas, sin apenas importancia y sólo destinada a retrasar la marcha hacia Mesopotamia. Su equivocada suposición resultó fatal. Nadie se explica cómo ocurrió, pero los persas, tal vez mediante un soborno a algún general romano, supieron que Valeriano había acudido a observar la batalla y le tendieron una emboscada.

Cuando la comitiva del emperador comenzó a darse cuenta de lo que ocurría, se encontró rodeada por un nutrido destacamento de la caballería ligera persa que envolvió al séquito del emperador, capturó a Valeriano y lo condujo a presencia de Sapor. Valeriano era valeroso y arrojado, pero tenía setenta y cinco años y ya no estaba en condiciones de dirigir personalmente y en pleno campo de batalla una expedición como esa, y mucho menos de defenderse por sí solo.

Nunca en la historia del Imperio que fundara Octavio Augusto había ocurrido nada semejante; el emperador de Roma, el prefecto del pretorio, varios generales y decenas de los más relevantes oficiales, además de un numeroso contingente de soldados, habían caído presos en manos de su peor enemigo, el rey de Persia que, con semejante trofeo en sus manos, dio media vuelta y regresó a Ctesifonte llevando consigo cautivo al atribulado Valeriano y a varios centenares de destacados prisioneros romanos.

El desconcierto que se produjo entre las tropas expedicionarias fue absoluto. Siete legiones, entre ellas las veteranas XVI Flavia, IV Escítica, III Gálica y XII Fulminata, habían sido desbaratadas, decenas de generales y oficiales habían

perecido en el combate y el mismísimo emperador había sido capturado por los persas. Ante semejante catástrofe, el Imperio romano parecía encontrarse al borde del abismo.

Palmira, pocos días después

—¡Han capturado al emperador! Valeriano Augusto está en manos de Sapor; es prisionero de los persas —anunció el general Zabdas a Odenato.

El *dux* de Siria estaba almorzando en su palacio con Zenobia. Según los planes acordados meses atrás con los embajadores de Valeriano, en unos días debía partir hacia el Eufrates para hostigar a los persas en su territorio y facilitar el avance de las siete legiones hacia Mesopotamia, defendiendo el flanco derecho del ejército; pero la noticia que traía Zabdas lo alteraba todo.

—¿Qué ha ocurrido? —se sorprendió Odenato.

—Mi señora... —Zabdas agachó la cabeza a modo de respetuoso saludo al observar la presencia de Zenobia en la sala—. El ejército de Valeriano ha resultado derrotado en Edesa, y el emperador ha sido apresado. Me lo acaba de comunicar un mensajero recién llegado del lugar de la batalla. Es un comandante de la caballería romana; dice llamarse Aureliano y porta sus correspondientes credenciales como embajador de Roma en Oriente. Espera afuera para informarte en persona.

—Hazo pasar.

Zabdas salió y regresó instantes después con el tal Aureliano, que se cuadró ante la presencia de Odenato y se impresionó ante la belleza de Zenobia.

—Cónsul, señora... —Aureliano inclinó la cabeza como saludo respetuoso ante el gobernador de Palmira y su esposa.

—¿Es cierto que ha sido capturado el emperador, comandante?

—Los persas nos sorprendieron cerca de Edesa; aparecieron de repente, como surgidos de la nada, y lanzaron un ataque contundente con su caballería pesada sobre nuestras desprevenidas legiones. Nuestra infantería no estaba preparada para el combate y fuimos aplastados con facilidad. El emperador Valeriano acudió a la batalla y fue rodeado por un contingente de jinetes persas; ha sido capturado y conducido a Persia. Sapor lo humilló obligándolo a arrodillarse ante él y montó en su caballo subiéndose primero sobre la espalda inclinada de nuestro Augusto, al que ordenó colocar la frente sobre la tierra.

—¿Cómo conoces todos esos detalles?

—Los contó uno de nuestros oficiales que fue capturado con el emperador pero que logró escapar.

—Tienes aspecto noble. ¿Quién eres? —le demandó Odenato.

—Nací en la ciudad de Sirmio, en la provincia de Panonia, en la región de los

montes Balcanes, hace cuarenta y cinco años. Mi padre sirvió como centurión en las legiones del Danubio y mi madre fue sacerdotisa en un templo dedicado al culto al dios Sol.

Aureliano llamó que a su madre se le habían atribuido en su región natal dotes proféticas y adivinatorias, y que en una ocasión había pronosticado que el dios del Sol había previsto un alto destino para su hijo. Adoptado por un senador que protegía a su madre, desde muy joven Aureliano se enroló en el ejército, donde mostró ser un fiel devoto del dios Mitra, el Sol invicto, la deidad más venerada por los soldados romanos, la misma a la que rendía culto su madre. Fuerte y ágil, nunca rehusaba el combate cuerpo a cuerpo y en el campo de batalla se había ganado fama de luchador invencible. Se decía de él que en una sola campaña contra los sármatas había liquidado con su propia mano a cincuenta y ocho enemigos. Los soldados de caballería a su mando lo admiraban y obedecían ciegamente sus órdenes.

—¿Quién ha asumido el mando del Imperio?—le preguntó Odenato.

—El César Galieno, el hijo de Valeriano, es ahora el nuevo Augusto. El Senado lo ratificará como tal en las próximas semanas, en cuanto reciba la proclamación del ejército.

—Se avecinan malos tiempos para el Imperio —reflexionó Odenato en voz alta.

—Roma ha superado épocas peores, cónsul. A la muerte del gran Marco Aurelio, el mundo civilizado parecía derrumbarse, sobre todo cuando lo sucedió su hijo Comodo, de infeliz recuerdo según relatan algunos anales. Pero desaparecido este, el Senado y el pueblo romano reaccionaron, eliminaron su estatua y colocaron en su lugar la de la diosa Libertad. Hace tan sólo diez años el Imperio ardió en revueltas e invasiones, pero también hemos superado esos peligros y aquí seguimos. El divino Eneas escapó de Troya y con los supervivientes de aquella guerra fundó Roma, que será eterna e inmortal. Si algún día Roma sucumbe, ese mismo día se habrá acabado el mundo.

Aureliano hablaba con el orgullo de los romanos de otros tiempos.

—Pareces muy interesado en la política —intervino Zenobia, que se había mantenido callada hasta ese momento.

—Debo estarlo en los tiempos que corren, señora; Roma debe ser defendida a toda costa y a los soldados nos incumbe cumplir esa sagrada misión. Nosotros somos hombres mortales, pero el Imperio y Roma son sagrados y deben continuar así por siempre.

—¿En qué te basas?

—En el segundo siglo de existencia del Imperio muchos emperadores murieron en sus camas, pero en este último casi todos han sido asesinados. Octavio Augusto gobernó durante más de cuarenta años e impuso el orden romano y la paz a todo el mundo civilizado. Pero ahora los emperadores se

sucedan con la rapidez del día y la noche. Diez, tal vez doce se han autoproclamado augustos en la última década y cualquiera que disponga de la fidelidad de un puñado de legionarios se atreve a reclamar para sí el trono de Roma. Pero saldremos triunfantes de esta nueva calamidad, señora. Nuestro gran poeta Virgilio, en la *Eneida*, cuenta cómo lucharon los romanos, encabezados por el héroe Eneas, el heredero de Troya, contra todas las tribus enemigas que los rodeaban, y cómo fueron venciendo una a una a todas ellas hasta imponerse sobre toda la región del Lacio. Roma puede perder algunas batallas, pero no puede ser vencida, es la dueña del mundo, es eterna —reiteró Aureliano con determinación, citando unos conocidos versos del propio Virgilio.

—Que así sea, y que Palmira la acompañe en esa eternidad de gloria —terció Odenato.

Ante la noticia del desastre de las legiones en Edesa, Odenato organizó un batallón de caballería que salió a toda prisa hacia el Eufrates. Sapor, tras su victorioso y audaz golpe de mano, había ordenado regresar a Ctesifonte con su más preciado trofeo, el emperador Valeriano, y con los centenares de presos romanos capturados para ser convertidos en esclavos y vendidos para trabajar en las minas de las montañas del este. Las largas columnas del ejército sasánida se replegaban con rapidez pero en orden hacia Mesopotamia, y Odenato no pudo hacer otra cosa que hostigar a la retaguardia persa, intentando liberar a algunos prisioneros.

Palmira, un par de semanas más tarde

Odenato la observaba atento; sus oscuros ojos de halcón recorrían el precioso cuerpo de su joven esposa con la avidez del hombre hambriento de sexo. El agua tibia y perfumada corría por la piel melada de Zenobia, en tanto dos esclavas le frotaban todo el cuerpo con paños humedecidos con esencia de rosas y narcisos, las flores legendarias de los árabes.

Acabado el masaje reparador, le untaron el pelo con aceite balsámico y se lo cepillaron con un peine de marfil. Desnuda delante de su esposo, Zenobia alzó los brazos mientras dos esclavas comenzaron a vestirla con una túnica de seda púrpura con ribetes dorados y le adornaban el cabello con flores de plata y oro y una corona de lapislázuli. Odenato tuvo que reprimirse para no poseerla allí mismo.

Aquel día era muy importante. Derrotadas las legiones romanas en Edesa y capturado el emperador Valeriano, Odenato aparecía como el único general capaz de sostener la frontera oriental del Imperio ante la previsible inmediatez de las acometidas que se esperaban de los persas, sin duda envalentonados por su contundente victoria y por tener en sus manos al emperador de Roma.

La ciudad de Palmira, ya completamente rodeada de sólidas murallas y cerradas sus puertas con robustas batientes de gruesos tablones chapeados con placas de hierro, no sólo era el principal emporio comercial entre oriente y occidente, centro y etapa a la vez de todas las caravanas entre Siria y Mesopotamia y lugar de aprovisionamiento y descanso obligado en las rutas mercantiles entre el Mediterráneo y Persia y la India, sino que ahora se había convertido en el baluarte de la defensa de la civilización, tal como la entendían los griegos y los romanos, frente a la barbarie que se suponía procedente de más allá de los confines orientales del Imperio.

Odenato, erigido en caudillo taumaturgo e invicto de su ciudad, había citado en su palacio a un ser extraordinario recién llegado de Antioquía y quería que Zenobia lo acompañara; ella era su esposa y su diosa y sabía que, al lado de aquella espléndida mujer, su majestad y su gloria brillaban mucho más.

—Estás realmente magnífica —exclamó el príncipe de Palmira cuando recibió la mano de la joven elegantemente vestida y ricamente engalanada.

—Son tus ojos.

—Cualquier hombre moriría por tenerte un solo instante en su lecho, y yo soy el más afortunado de todos los mortales porque te tengo para mí todos los días. Eres digna de compartir el tálamo con un dios.

—Tú eres mi único señor —le susurró Zenobia, que no amaba a su esposo pero lo consideraba un hombre extraordinario al que honrar y respetar.

—Vamos; ese sabio por el que te has interesado nos espera en la sala de audiencias.

Los esposos aparecieron en el salón de recepciones del palacio como si se tratara de dos divinidades del Olimpo griego.

Zenobia centró las miradas asombradas de los hombres allí presentes; los cortesanos envidiaron a Odenato por ser el único poseedor del amor de aquella fabulosa mujer. El príncipe de Palmira saludó con el brazo en alto a los presentes, que aguardaban pacientes su llegada, y se sentó en el sitio del gobernador, un trono de piedra dorada cubierto con cojines de seda verde; a su lado, en un sillón de madera con cabezas de leones talladas en los brazos, lo hizo Zenobia, henchida de majestad, como si en vez de la esposa del *dux romanorum* de Siria fuera la verdadera emperatriz del mundo.

Al pie de los cinco escalones sobre los que se alzaban los dos tronos aguardaba paciente Pablo de Samosata. Este clérigo cristiano acababa de ser elegido patriarca de Antioquía, en sustitución del prelado Demetriano, que había sido asesinado durante la invasión persa que asoló la floreciente ciudad. Nada más tomar posesión de su sede, Pablo se había enfrentado con la mayoría de la comunidad cristiana antioquena y había provocado muchos problemas al ser acusado por algunos presbíteros de Antioquía por sus graves desviaciones doctrinales y sus posiciones heréticas.

—Sé bienvenido a Palmira —lo saludó Odenato.

—Te agradezco, mi señor, tu magnanimidad y tu protección.

—Se te acusa de agraviar a los miembros de tu comunidad de cristianos; ¿qué tienes que alegar?

—Quienes se han opuesto a que me hiciera cargo de mi diócesis lo han hecho violentando las verdaderas enseñanzas de Jesucristo; de no ser por tu intervención, hubiera sido incluso asesinado. Te debo la vida.

—Agradécesele a mi esposa, a Septimia Zenobia. Ella es quien me pidió que te protegiera.

El obispo cristiano de Antioquía se inclinó reverente ante Zenobia, quien, informada de la situación de aquel hombre, al que muchos consideraban un sabio, había pedido a su esposo que lo trajera a Palmira y le concediera su amparo.

El patriarca Pablo, nacido en la ciudad de Samosata, al norte de Siria, tenía sesenta años; había sido elegido obispo a una edad ya avanzada pero mantenía una fuerza vital extraordinaria, una brillante erudición y una más que notable habilidad dialéctica. Muchos cristianos de Antioquía y la mayoría de los clérigos se habían opuesto a su nombramiento como patriarca, pues hacía ya algunos años que sus heterodoxas tesis teológicas resultaban muy controvertidas por considerarlas desviadas con respecto a las que enseñara el apóstol Pablo de Tarso, el más influyente de los seguidores de Cristo, cuyas tesis eran aceptadas como canónicas por la mayoría de las autoridades de los cristianos. El de Samosata contradecía las enseñanzas trinitarias del apóstol Pablo y afirmaba que Dios Padre era el único que existía de un modo sustancial y que el Verbo no era otra cosa que el sonido proferido por Su boca. Así, concluía que Jesucristo sólo había sido un hombre carente de naturaleza divina aunque dotado de una sabiduría inducida directamente por Dios, que lo había adoptado como Su Hijo en el momento del bautismo por San Juan, cuando Cristo tenía treinta años de edad.

—La Iglesia cristiana atraviesa malos tiempos. El augusto Valeriano, ahora en manos de los persas, puso en marcha, hace tan sólo tres años, una amplia campaña de acoso y de persecución contra algunos cristianos que se atrevieron a desafiar la autoridad religiosa y el carácter divino atribuido a los emperadores. Varios seguidores de esa iglesia, sobre todo en las comunidades de la provincia de África, han sido encarcelados y asesinados tras ser sometidos a cruentas torturas, e incluso han sido arrojados a las arenas de los anfiteatros para ser devorados por fieras salvajes, como vulgares delincuentes, y servir así de divertimento a la obscenidad de la plebe, siempre ávida de espectáculos sangrientos. Entre los cristianos ejecutados se encuentran dos de los más relevantes teólogos, los obispos Sixto de Roma y Cipriano de Cartago. Esos mártires son los verdaderos cristianos y no esos obispos orondos y opulentos que atesoran riquezas sin cuento en tanto predicán la virtud de la pobreza a sus feligreses.

—Esos obispos a los que te refieres de manera tan despectiva han justificado la condena de tus posiciones doctrinales, alegando que estaban hartos de tu desviación de los verdaderos asertos de la religión cristiana y de tu contumacia en el error y la herejía, y por eso quieren expulsarte de la sede patriarcal de Antioquía —intervino Odenato mientras Zenobia se mantenía en silencio, observando cuidadosamente y sin perder detalle a aquel extraño individuo que rendía culto a un dios único del que la joven señora de Palmira apenas había oído hablar.

—La mayoría de los romanos y de los griegos disfruta con los placeres sensuales que ofrece la vida terrena, pero los verdaderos cristianos, siguiendo aquí las viejas costumbres de la ancestral religión de los judíos, rechazamos los deleites mundanos y predicamos la austeridad, la pobreza, la oración y la meditación en el nombre de Dios como único camino hacia la salvación eterna, hacia la redención universal. En cierto modo, el verdadero cristianismo está muy cercano a la religión que practicaban los esenios, un grupo de judíos que renunciaba a los placeres, no aceptaba el matrimonio, rechazaba a la mujer, se alimentaba de palmeras y todos sus bienes pertenecían a la comunidad —asentó Pablo de Samosata.

—Esas ideas tuyas cuestionan el mundo que conocemos, nuestra forma de vida y nuestras creencias más profundas; debes tener cuidado, pues si sigues así no sólo serás maldito para tus propios correligionarios, sino que te convertirás en un peligroso delincuente a los ojos de la justicia romana, y me temo que, si eso ocurre, te irá mucho peor todavía —reflexionó Odenato.

—El mensaje del auténtico Jesucristo, el profeta del único dios verdadero, va dirigido a un hombre nuevo. Los grandes sabios de la Iglesia así lo han entendido y combaten con su palabra la perversa filosofía de los paganos, como han hecho Clemente y Orígenes en la misma Alejandría, el emporio del saber y de la ciencia de los idólatras.

—¿Tu Jesucristo es como ese profeta llamado Mani, o Manes, que predica en Persia la existencia de dos principios antagónicos, el del bien y el del mal y que, según parece, también es perseguido por los sacerdotes del culto oficial sasánida? —intervino Zenobia, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

La pregunta de la joven señora de Palmira sorprendió a Pablo.

—¡Oh, no, no, mi señora! Mani defiende la existencia de dos principios iguales en poder y majestad, el bien y el mal, representados por la luz y la sombra; y lo sé bien porque mi madre fue educada en esos erróneos postulados y me los reveló cuando yo era adolescente. Por el contrario, los verdaderos cristianos creemos en un solo principio superior, el que nos reveló Jesucristo, el de Dios Padre Todopoderoso, el Hacedor del universo y Creador del mundo. Para los cristianos hay dos principios antagónicos, sí, pero no son iguales. Si el mal existe sobre la tierra es porque Dios castiga a los hombres por sus errores, y

para ello utiliza al demonio, a Satanás, un ángel caído que se rebeló contra su Señor y que pecó de orgullo y soberbia porque quiso ser como el mismo Dios. La que predica Mani es una doctrina dualista, abominable a los ojos del Señor; los auténticos cristianos creemos que no existe ningún ser ni ningún principio igual, ni semejante siquiera, a Dios, que es único y omnipotente, creador de todo el universo y que no tiene principio y no tendrá fin.

» Si me lo permitís, yo podría mostraros la auténtica esencia del verdadero cristianismo, señora, sin las deformaciones a las que la han sometido algunos errados y falsos profetas. Ninguna otra fe de cuantas se profesan sobre la tierra provoca tal sensación de paz en el alma y tanta serenidad en el espíritu como la que nos enseñó Jesús; no existe ninguna religión en el mundo que conforte al hombre tanto como la creencia en el único y verdadero Dios Nuestro Señor, el que se reveló a Abraham, a Moisés y a Jesús.

—Ahora estás bajo nuestra protección; más adelante, en cuanto las circunstancias lo permitan, podrás regresar a tu sede patriarcal de Antioquía, y lo harás bajo nuestro especial cobijo. Te nombraré procurador *ducenviro* de la provincia de Antioquía; así, revestido de esa autoridad pública como *procurator ducenarius* —hablaban en griego, pero Odenato citó este título en latín—, si alguien osara atentar contra tu vida, lo hará contra la de un oficial del Imperio y, si se atreve a ello, será considerado reo de muerte. Se te asignará una renta anual de doscientos mil denarios por tu nuevo cargo.

—En ese caso, puedo regresar a Antioquía enseguida.

—De momento permanecerás aquí, en Palmira, al menos por un tiempo prudencial, y le explicarás a mi esposa los fundamentos de esa religión que predicas, pero lo harás como maestro, no para intentar convencerla. Quiero que Zenobia sea instruida por los mejores pedagogos. Pronto llegará desde Atenas el reputado filósofo Casio Longino, al que he enviado a llamar para que la eduque en la filosofía de los sabios de Grecia. Me han asegurado que no existe en todo Oriente un hombre más ilustrado que él. Lo llaman la « universidad ambulante », porque se dice que nada de cuanto se conoce escapa a su conocimiento.

—He oído hablar de él. Sí, aseguran que es un sabio dotado de amplios conocimientos, pero también se trata de un pagano que creo que odia a los cristianos...

—Ya está decidido. Entre tanto, puedes predicar tu religión y practicar tus creencias cristianas libremente en Palmira. Espero que no causes problemas y sepas agradecer la acogida y el amparo que te ofrecemos. Mañana mismo serás nombrado *procurator ducenarius*, y recibirás esa asignación anual de doscientos mil denarios. Ahora retírate.

Pablo de Samosata asintió a las palabras de Odenato e inclinó la cabeza en señal de respeto hacia su protector.

Zenobia era una mujer de natural inteligente y de espíritu abierto, y estaba dispuesta a aprender cuanto se le enseñara. Odenato quería convertirla en la mujer más sabia de Siria y para ello le había asignado varios maestros que le estaban enseñando a hablar en latín; además, conocía bien los dos idiomas propios de Palmira, el palmireno y el griego, y hablaba perfectamente el arameo y, además, el egipcio que su madre le enseñara de niña.

Longino, designado como su preceptor y principal educador —para desesperación de Pablo de Samosata, que tuvo algunos enfrentamientos con el filósofo griego—, comenzó a impartirle clase durante dos horas diarias, al principio de cada mañana. Zenobia se entusiasmó enseguida con las enseñanzas del filósofo sirio formado en Grecia según las ideas expresadas por Platón y Aristóteles.

Para completar la formación de Zenobia en los estudios de historia, Longino le pidió a Odenato que contratara a un historiador. El elegido fue Calínico Dutorio, quien despertó en ella el interés por la historia del mundo a través de los libros de Tucídides, y le descubrió la historia de Roma contada en un libro de Herodiano, en el que se narraban los hechos sucedidos en el Imperio desde la muerte de Marco Aurelio hasta poco antes de la celebración de los grandes festejos que tuvieron lugar en la capital con motivo del milenario de su fundación.

Calínico ideó un juego que consistía en hacer que la joven esposa de Odenato se identificara con dos de las grandes mujeres de la historia.

—Tu modelo en la historia, como princesa de Palmira que eres —le decía Calínico—, ha de ser Cleopatra, la reina de Egipto, quien fuera amante de dos de los más insignes romanos, el poderoso Julio César y el noble Marco Antonio.

—Pero Longino me ha enseñado que Cleopatra murió derrotada luchando contra Octavio Augusto —le replicaba Zenobia—; su vida acabó, por tanto, en fracaso.

—Debes imitar su modelo de gobierno, su ambición y sus sueños, y no fijarte en su desgraciado final. Esta vida no es eterna, ni siquiera para las más eminentes reinas. La muerte nos aguarda agazapada en cualquier recodo del camino de nuestra vida y tarde o temprano alcanza la victoria sobre nosotros; lo importante es estar preparados para que, cuando aparezca Átropos, la inevitable parca señora de la muerte, nos encuentre listos para hacerle frente y para desafiar a los caprichosos genios del destino. Las grandes figuras de la historia son recordadas por haber plantado cara a la muerte con majestad y sin miedo, no por haberla derrotado, pues eso, mi señora, es imposible —apuntaba Calínico.

—No me gustaría morir envenenada por la mordedura de un áspid —sentenció Zenobia.

Otro día, Calínico comentó a su alumna que podía extraer muchas enseñanzas de la vida de la princesa Berenice de Judea.

—Berenice era bisnieta del rey Herodes el Grande de Judea e hija de Herodes Agripa, el último gran caudillo del pueblo judío. Fue la mujer más influyente de su época. En su juventud escuchó predicar a Pablo de Tarso, el ciudadano romano recaudador de impuestos que se convirtió al cristianismo tras caerse de su caballo camino de Damasco a causa de una aparición divina. Berenice vivió una vida sentimental muy intensa y azarosa. El general Tito, que luego se convertiría en emperador, se encaprichó de aquella hermosa mujer y, tras conquistar Jerusalén, se la llevó consigo a Roma como amante; estaba tan prendado de ella que incluso quiso hacerla su esposa, pero Vespasiano, el padre de Tito, lo impidió, y Berenice regresó a Judea.

—¿Ella le correspondió? —preguntó Zenobia.

—Según los historiadores, sí, pero no hay que creer todo cuanto se relata en las antiguas historias. Berenice, una vez tomada Jerusalén, se puso del lado de los romanos. Cuando murió Vespasiano y Tito fue proclamado emperador, Berenice retornó a Roma por segunda vez; quizá creyera que, ahora sí, se convertiría en esposa de su amado y en emperatriz, pero se equivocó. Aunque en otro tiempo la amó, Tito ya la había olvidado; el tiempo y la distancia habían apagado la pasión que antaño sintiera por ella.

—¿Había perdido su belleza?

—Probablemente sí, pues el paso de los años marchita la hermosura de las más rutilantes mujeres. Fuera por la causa que fuese, la cuestión es que Tito la rechazó como amante y ella tornó a Judea para permanecer en su tierra hasta su muerte. Si se hubiera casado con Tito, Berenice se habría convertido en emperatriz de Roma y quién sabe hasta dónde hubiera podido llegar, pero jamás logró alcanzar el que tal vez fuera su gran sueño, aunque, al menos por una vez, lo tuvo al alcance de la mano.

—¿Y dices que esa princesa judía puede ser un modelo para mí? Como ocurrió con Cleopatra, su vida también acabó en un sonoro fracaso —le preguntó Zenobia.

—Claro; cuando te digo que debes fijarte como modelo en estas grandes mujeres, me refiero a que debes recapacitar sobre los errores que cometieron para no caer en ellos.

Pablo de Samosata, que, pese a sus intentos, no logró convencer ni a Zenobia ni a Odenato para que abrazaran el tipo de cristianismo que predicaba, regresó al fin a Antioquía con su nombramiento de procurador *duceviro* bajo el brazo, doscientos mil denarios de renta anual y el respaldo y protección de Odenato. El patriarca, que defendía la pobreza como una de las principales señas de identidad de los cristianos, aceptó de buen grado la notable suma de dinero que le reportó su nuevo cargo de procurador, olvidando de momento que en muchos de sus

sermones no había dejado de proclamar que, a imitación de Cristo, la pobreza constituía el mejor camino hacia la salvación del alma. Claro que a partir de que se convirtiera en un hombre muy rico añadió el término «pobreza de espíritu» a la «pobreza» a secas que antes defendía.

Sus enemigos, que habían protestado ante el propio emperador Valeriano solicitándole que lo depusiera del cargo de patriarca para el que había sido nombrado, quedaron desautorizados. Si ese emperador había pensado alguna vez en hacerlo, no tuvo la oportunidad de ponerlo en práctica al ser capturado por los persas, y Galieno, su hijo y sucesor, ni se molestó en corregir la decisión de Odenato sobre Pablo de Samosata. El nuevo agosto tenía cosas mucho más urgentes de las que ocuparse.

—Tu joven esposa es una mujer extraordinaria, mi señor. Jamás había visto a una hembra dotada de una mente tan preclara y lúcida, pues, según nos enseñó Aristóteles, la mujer es inferior en inteligencia y agudeza al hombre, pero las de tu esposa superan ampliamente a la de muchos hombres, te lo aseguro.

Longino explicaba así, a preguntas de Odenato, el rápido proceso de aprendizaje de Zenobia, que cada día demostraba mayor capacidad para aprender cuanto le enseñaban sus preceptores.

—Esta semana iremos de caza. Zenobia vendrá conmigo; hace semanas que no salimos de Palmira, necesita hacer ejercicio y vivir unos días al aire libre.

—Me temo que deberías aplazar esa cacería, mi señor; en esta ocasión no conviene que lleves contigo a tu esposa.

—¿Por qué no? Desde que abetí con su ayuda a una leona en las montañas del norte, la caza es la actividad que más le apasiona —repuso Odenato.

—¿Es que no te has dado cuenta?

—¿De qué estás hablando?

—Creo, mi señor, que tu esposa está embarazada —le reveló Longino.

—No es posible; lo hubiera sabido...

—Pues me parece que presenta todos los síntomas. En la clase de esta mañana ha sentido náuseas y se ha mareado un poco, sus pupilas están ligeramente dilatadas y sus labios parecen un poco más gruesos. Perdona mi indiscreción, señor, pero ¿has observado cuánto tiempo hace que no le viene el flujo menstrual?

—No, no..., no sé... No llevo la cuenta de esas cosas. —Odenato estaba ofuscado.

—Tal vez no debí decirte nada; quizá esté equivocado y haya supuesto lo que no es.

Odenato dejó a Longino con la palabra en la boca y salió como un rayo en busca de Zenobia, a la que encontró en el patio del palacio organizando con los

criados un próximo banquete.

—¿Estás embarazada? —le preguntó sin aguardar siquiera a disponer de un poco de intimidad.

Zenobia miró a los lados y los esclavos se apartaron prestos.

—Tal vez...

—Sí o no —insistió Odenato, que se mostraba nervioso e inquieto.

—Creo que sí; hace mes y medio que no sangro, la areola de mis pezones se ha hecho más grande y oscura, en ocasiones tengo sensación de vómito... Sí, creo que llevo en mi vientre un hijo tuyo.

—¿Cómo no me has dicho nada?

—No estoy completamente segura, tal vez sean síntomas de otra...; no sé, jamás había estado embarazada. ¿Te lo ha dicho mi madre? Es la única persona a la que le he confesado las dudas sobre mi estado, pero le advertí que no te lo revelara hasta que yo estuviera completamente segura de mi embarazo. — Zenobia acarició el amuleto de aetita que le entregara su madre el día de su boda con Odenato, el de la piedra roja que protegía a las mujeres preñadas contra los abortos.

—No, no he hablado de esto con tu madre; ha sido Longino quien me lo ha señalado.

—¿Longino?, ¿cómo ha podido...? —se sorprendió Zenobia.

—Lo ha deducido por tu estado esta misma mañana.

—Vaya con el filósofo.

—Sabes bien que, además de filosofía, posee amplios conocimientos de medicina, y ha supuesto que los síntomas que presentas son los propios de las embarazadas.

—Hoy mismo visitaré el santuario de Nebo; sus arúspices me confirmarán si estoy encinta o no.

—No confíes demasiado en esos interesados sabelotodo.

—A veces aciertan en sus predicciones.

—De acuerdo. Le ofrendaré a Nebo media docena de corderos, y, si estás embarazada, les regalaré a sus sacerdotes, además, dos camellos.

—Rezaré a Bel, a Marduq, a Zeus, a Mitra, a Amón, a todos los dioses y diosas conocidos, incluso a ese extraño dios de los cristianos, para que nuestro hijo sea un varón —dijo Zenobia.

—Estoy seguro de que será un niño, un nuevo príncipe para Palmira.

—En ese caso, ¿lo convertirás en tu heredero? —preguntó Zenobia.

Odenato apretó los dientes.

—Hairam es mi primogénito, y mi único hijo por el momento.

—Pero tú repudiaste a su madre; ahora soy yo tu única esposa.

—Yo mismo proclamé a Hairam, con su nombre romano de Septimio Herodes, como mi sucesor en el trono de Palmira. Acaba de cumplir veinte años

y ya es un hombre, fuerte y decidido. Sí, he repudiado a su madre y la he recluido en una aldea cerca de Damasco, pero cuando nació Hairam ella era mi esposa legítima y, por tanto, mi hijo es mi heredero con todos los derechos de la sangre, de la costumbre y de la ley.

—Tal vez la fecha de su nacimiento no fuera propicia... —sugirió Zenobia.

—Lo fue. A los pocos días de nacer lo presenté en el templo de Bel. Los astrólogos determinaron que había nacido en un momento idóneo según los astros. Yo le otorgué mi herencia con plenos derechos al trono de Palmira en una solemne ceremonia ante los magistrados de la ciudad. Los miembros del senado de Palmira y los sacerdotes de todos los templos le han jurado fidelidad y obediencia porque yo así se lo demandé. Esa es nuestra ley, yo soy su principal valedor y el principal garante de su cumplimiento; y no puedo quebrantarla.

—Claro que puedes. Los caudillos árabes tienen la potestad de elegir como sucesor a cualquiera de sus hijos, no necesariamente al primogénito. Así ocurre entre los clanes de los pastores nómadas, entre las familias de los agricultores de los oasis y en las de los comerciantes de las ciudades. Tú eres un príncipe árabe, el más afamado y poderoso de todos. Puedes hacerlo; hazlo por mí. Nadie te criticará ni se opondrá a ello —insistió Zenobia.

—Hairam sabe que será mi sucesor; es un joven leal, valeroso y noble. No tengo ningún motivo para relevarlo como mi heredero. Tu hijo, nuestro hijo, será un gran príncipe cuando llegue su momento y tal vez algún día herede Palmira si antes falleciera Hairam, pero ahora mismo ese derecho le corresponde a mi primogénito.

—Pero si llegara el momento en el que faltases tú, tal vez Hairam pudiera emprender represalias contra mí y contra nuestro hijo. Podría hacer regresar a su madre de su exilio, y entonces estoy segura de que sería yo la expulsada de Palmira.

—Conozco bien a Hairam. Eso no ocurrirá. Le haré jurar ante los altares de todos los dioses en todos los templos de Palmira que cuando yo muera, él se comprometerá a mantener tu posición y la de nuestro hijo.

Zenobia calló; sabía que cuando Odenato tomaba una decisión firme la mantenía por encima de todo. Además, tal vez el retoño que portaba en su vientre fuera una niña, o, aun siendo un niño, podría fallecer al poco tiempo de nacer o presentar algún defecto que le impidiera reinar en Palmira.

Sí, comprendió que se había precipitado al presionar a su esposo y que había cometido un grave error. Se había dejado arrastrar por sus emociones y por los deseos de su corazón, que se habían antepuesto a la razón y no le habían permitido observar con claridad la situación. Se juró a sí misma que a partir de ese día jamás permitiría que los sentimientos prevalecieran en ella sobre el raciocinio; no volvería a dejarse arrastrar por el ardor del momento ni por el impulso de los afectos, y se propuso que actuaría, una vez analizada serenamente

cualquier situación, con absoluta frialdad. Aquel día aprendió una de las lecciones más importantes de su vida, que no olvidaría jamás.

Capítulo VI

Palmira, comienzos de 261; 1014 de la fundación de Roma

El niño boqueaba de hambre en tanto Zenobia se aprestaba a ofrecerle sus pezones para que mamara. Odenato contemplaba a su esposa y a su hijo, para el que había elegido el nombre de Hereniano y al que acababa de consagrar al dios Yarhibol, la deidad palmirena que encarnaba al Sol radiante.

Apenas contaba con seis semanas de edad, parecía fuerte y sano y la madre se había recuperado del parto con una extraordinaria celeridad merced a su juventud, a su determinación y a su fortaleza. Gracias a los cuidados de los médicos, a una dieta que le sugirió Longino y a la realización de ejercicios gimnásticos como los que practicaban los atletas olímpicos, Zenobia recuperó su formidable aspecto físico en apenas un mes; como huella de las secuelas del embarazo sólo quedaron sus pechos, ahora más grandes e hinchados por la abundancia de leche, y unas caderas más amplias, más rotundas y más apetecibles.

—Regalaré tres camellos a los sacerdotes del templo de Nebo —dijo de pronto Odenato.

—Ofreciste dos —le recordó Zenobia.

—Me siento generoso; y, además, añadiré otros tres al templo de Baal Shamin para que no se sienta celoso, y unos cuantos corderos a los otros santuarios de Palmira. Ninguno de nuestros dioses dejará de tener su ofrenda por el nacimiento de nuestro hijo.

—Con tantos dioses a su lado, Hereniano será inmune a cualquier peligro que pueda acecharlo —ironizó Zenobia.

—Necesitará toda la ayuda posible. —Odenato torció el gesto.

—¿Nos acecha algún peligro?

—Sí, y no podemos permanecer en situación de espera.

—¿Qué quieres decir?

—Hace dos días celebré una reunión con el general Zabdas, mi primo Meonio y el resto de altos oficiales del ejército, y todos convienen en que es

necesario atacar Persia antes de que sea Sapor quien venga a por nosotros y nos sorprenda.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Persia es una nación poderosa y, tras su victoria sobre el emperador Valeriano, sus soldados se creen invencibles. Los nuestros son valerosos y están muy bien preparados para la batalla, pero los persas son tan numerosos como los granos de arena del desierto —alegó Zenobia.

—Si no los atacamos y los mantenemos a raya, lo harán ellos, y no dudarán en acabar con Palmira. Somos su único escollo entre Mesopotamia y las costas del Mediterráneo; siempre han ambicionado ocupar todas las tierras entre el Eufrates y ese mar.

—Tras las murallas que ordenaste construir somos inexpugnables. Y además está el desierto como aliado de Palmira. Ningún ejército podría sostener un asedio prolongado mientras conservemos el control de los manantiales.

—No es tan fácil. La ciudadela de Dura Europos disponía de unos muros poderosísimos y de unos bastiones formidables, más altos y más fuertes que los de Palmira y contruidos por los mejores ingenieros romanos, y pese a ello sucumbió ante el ataque de Sapor. No, esposa mía, estas murallas pueden detener a un ejército por un tiempo, pero no nos protegerán eternamente.

—En ese caso iré contigo; no dejaré que te enfrentes solo a Sapor.

—No se trata de salir de cacería, como hemos hecho tantas veces, sino de la guerra, de matar o de morir. No existe alternativa; si fallas no pierdes la pieza, lo que pierdes es tu propia vida —alegó Odenato.

—Si vas a esa guerra, y quiero acompañarte.

—Ahora tienes un hijo al que cuidar.

—Si mueres en esa campaña contra Persia de nada valdrán ni mi vida ni la de mi hijo; estando contigo hago más por él que esperando aquí a que regreses vivo o a que alguien me traiga tu cadáver envuelto en un lienzo, como hicieron con el de mi padre.

—¿Acabas de cumplir quince años y ya quieres morir? —Odenato estaba orgulloso de su esposa aunque no quería que se le notara demasiado.

—Por supuesto que no deseo morir, pero si tú caes en la batalla Palmira estará perdida y yo también sucumbiré, o lo que es peor, acabaré convertida en esclava de los sasánidas o entregada como concubina al harén de alguno de sus nobles, mientras nuestro hijo se pudrirá trabajando encadenado en las minas o en los campos de Persia. ¿Es ese el final que deseas para tu esposa o prefieres regresar victorioso conmigo y seguir ver creciendo a nuestro hijo? Mi padre me educó para amar a Tadmor, pero has sido tú quien me ha enseñado a luchar por nuestra ciudad y por todo lo que supone, a mantener nuestra independencia y nuestra libertad.

—Mujer, eres un regalo de los dioses.

Odenato besó a su esposa en los labios y en los pechos. Y la volvió a amar

después de varias semanas sin hacerlo tras el parto; y fue entonces cuando se dio cuenta de cuánto había echado de menos su cuerpo.

La primera esposa de Odenato, recluida en una aldea al norte de Damasco por el gobernador de Palmira tras el repudio que siguió a su boda con Zenobia, murió aquel invierno. Su hijo, el joven y arrojado Hairam, también llamado Septimio Herodes según el estilo onomástico romano, fue ratificado como heredero por el propio Odenato en una ceremonia celebrada en la gran explanada del santuario de Bel, a la que siguieron unos juegos en el teatro donde fueron mostrados los cachorros de león que recogiera Zenobia varios meses atrás; alimentados con leche de camella y de cabra y con albóndigas de carne fresca, todavía eran jóvenes y juguetones pero ya tenían el tamaño de un perro grande.

—Roma se hunde en el abismo —le reveló Odenato a Zenobia mientras ambos presenciaban la lucha de dos gladiadores.

—Y si Roma cae, ¿perjudicaría a Palmira? —preguntó Zenobia.

—No estoy seguro. Podemos mantener a raya a los persas de momento, pero no sé si lo lograríamos por mucho tiempo en caso de que el Imperio se deshiciera en pedazos, lo que parece estar sucediendo. Galieno, el hijo de Valeriano, carece de la capacidad necesaria para gobernar Roma en esta delicada situación. Ante la carencia de autoridad, varios generales se han autoproclamado emperadores en diversas provincias, en Iliria, en la Galia, e incluso en pequeñas regiones de Grecia como Tesalia o Acaya. En estos convulsos tiempos, cualquier oficial ambicioso que tenga bajo su mando un par de cohortes legionarias se siente con fuerza suficiente para echarle un pulso y disputarle su corona; alrededor de veinte usurpadores reclaman el derecho al trono, y cada mes surge alguno que se postula como candidato a emperador apoyado en un puñado de legionarios leales. Hace años que el Imperio se tambalea como un borracho a punto del desmayo; muchos de los tocados con la púrpura han sido asesinados, depuestos o se han suicidado, e incluso uno de ellos ha caído prisionero de los persas y sigue perdido y convicto, quién sabe en qué miserable rincón de ese reino, sin que los romanos preparen el rescate o la venganza.

—Esta situación no constituye ninguna novedad en la cruenta historia de los emperadores romanos. Calígula fue asesinado por sus propios guardias y sus sucesores Claudio y Nerón también; y eso ocurrió en la época dorada del Imperio, cuando nadie se atrevía a cuestionar el poder absoluto de Roma —replicó Zenobia.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me lo han enseñado Longino y Calínico en las clases de historia.

—Parece que no me equivoqué al contratarlos.

Mientras los esposos conversaban, sobre la arena del teatro los gladiadores seguían luchando ante la indiferencia de los palmirenos, que no apreciaban esos combates con la misma pasión que despertaban en la mayoría de las ciudades del Imperio.

En ese sentido, Palmira tenía unos gustos más cercanos a los orientales; las diversiones de sus habitantes no se basaban precisamente en las carnicerías de hombres y animales, ni siquiera en las grandes representaciones de tragedias y comedias o en las carreras de caballos y de cuadrigas en los circos. Los palmirenos disfrutaban con placeres menos estridentes. Les atraían los largos y refinados banquetes compartidos con amigos y familiares al caer la tarde, los apasionados debates sobre sus actividades mercantiles y el beneficio a obtener de un lucrativo negocio, o el relajo reparador de un baño en las fuentes termales del manantial de Efqa, ubicado muy cerca de la ciudad, en el camino hacia Emesa. Ese manantial era el más caudaloso de los que manaban en Palmira y una de las causas de su riqueza. A su lado se había excavado una amplia fosa en cuyo centro se abría una amplia piscina a la que se descendía por unos escalones de piedra. Varios altares de mármol rodeaban la fuente, donde los palmirenos solían celebrar cultos y ritos en honor a las deidades del agua y de la fertilidad. En un lado se alzaba un pequeño santuario dedicado al dios Yarhibol. Allí mismo, en tiendas de fieltro, se instalaban masajistas profesionales que por una moderada cantidad proporcionaban un confortable masaje tras una carrera de caballos en el desierto, tras una partida de caza en las montañas del norte o tras la práctica de la cetrería con halcones o águilas en las colinas cercanas a la ciudad.

Por ello, pese a ser una gran urbe, Palmira sólo disponía de un mediano teatro, mucho menor de lo que le correspondería por su número de habitantes, y sus magistrados jamás se habían planteado la construcción de un gran anfiteatro como el que albergaban otras muchas ciudades de África, de Asia o incluso del lejano occidente; ni siquiera de un circo en el que corrieran los caballos; para su solaz, los palmirenos tenían a su alcance el espacio de todo el inmenso desierto por delante.

Uno de sus consejeros advirtió a Odenato, que seguía conversando con su esposa, que el combate entre los dos gladiadores había finalizado. Uno de ellos, armado con una espada corta y protegido por un casco con careta de rejilla, una gruesa coraza de cuero marrón reforzada con clavos de metal y un escudo grande y cuadrado, había tumbado a su contrincante, equipado con una lanza horquillada en tridente y una red de cáñamo; el vencedor tenía al vencido a su merced y apuntaba con su espada sobre la carótida del caído.

—El *secutor* se ha impuesto al *retarius* y aguarda tu decisión, señor —le previno el consejero.

Sin pensarlo, Odenato alzó su dedo pulgar, la señal de que perdonaba la vida al derrotado.

—Necesitaremos a todos los hombres disponibles para hacer frente a los persas; ese gladiador abatido será un fiel soldado de Palmira porque toda su vida recordará que le debe la vida a su gobernador —bisbisó Odenato al oído de Zenobia.

—Saldremos en campaña en cuanto finalice el próximo verano —le anunció Odenato al general Zabdas—. Para entonces deberá estar preparado el ejército. No podemos dejar que la iniciativa siga en manos de Sapor. Hay que aprovechar el relajó que tendrá tras su victoria sobre el emperador Valeriano.

—El ejército estará listo, mi señor.

—Por cierto, general, ¿se sabe algo del paradero de Valeriano?

—Nada; ninguno de nuestros agentes ha podido conocer la menor noticia de su destino. Es como si se lo hubiera tragado la tierra —respondió Zabdas—. Esta grave situación ha provocado cierta inquietud entre los aliados de los persas. Nuestros agentes en Ctesifonte nos han informado de que varios reyes confederados de los sasánidas han dirigido misivas a Sapor en las que le solicitan que devuelva a Roma a su emperador sano y salvo. Velsolo, monarca de las tierras montañosas al norte de Mesopotamia, tierras de gente belicosa y montaraz, alega que esa será la manera de evitar la venganza de los romanos, que siempre ha sido contundente e inevitable. Veleno, soberano de los cadusios, un pueblo que habita la región costera del litoral meridional del gran mar interior de Asia, ha advertido a Sapor de que los romanos se vuelven mucho más peligrosos cuando han sido vencidos o heridos en su honra. Incluso Artabases, rey de los aguerridos armenios, le señala que la captura de Valeriano ha supuesto que Persia sea considerada ahora la principal enemiga de todos los aliados de Roma, y ello incluye también la enemistad contra los socios de Sapor. Uno a uno, todos los amigos y aliados de Sapor le piden que firme la paz con Roma y que libere a su augusto prisionero como gesto de buena voluntad. Incluso su consejero Kartir, sacerdote y mago del dios Ahura Mazda y hombre de absoluta confianza del monarca sasánida, también ha abogado por la liberación del emperador.

—Y pese a ello, Sapor mantiene preso a Valeriano...

—Así es. Todas esas peticiones y deseos están resultando completamente inútiles. Sapor se niega a soltar a su valiosa presa y ha revelado a algunos de sus consejeros que jamás permitirá que Valeriano regrese a Roma.

—Esos reyezuelos tienen razón: los romanos resultan mucho más peligrosos cuando han sido heridos en su orgullo. Los aliados de Sapor hacen bien en pedirle que libere a su rehén imperial y firme la paz para evitar una represalia de Roma, pero lo que no saben es que los romanos no están en condiciones de poner en marcha una campaña de castigo ni de rescate por su viejo emperador.

—Y tú, mi señor, ¿también crees que Sapor se mantendrá inalterable ante las

recomendaciones de sus aliados y de ese mago Kartir? —le preguntó Zabdas.

—Jamás liberará a Valeriano. Si lo hiciera, demostraría debilidad ante sus súbditos, y eso iría en contra de su estrategia.

—Sí, Sapor es orgulloso y altivo, y sabe que, mientras mantenga en su poder al emperador de Roma, dispondrá de una importante baza a su favor, pese a que pueda sufrir alguna posible represalia militar, que en estas condiciones no creo que se produzca, al menos de inmediato —ratificó Zabdas.

—Roma ha perdido sus mejores tropas de ataque, pero nosotros todavía podemos ejecutar acciones contundentes y rápidas. Con un ejército bien preparado y con golpes audaces y ejecutados con la velocidad de un relámpago tenemos la oportunidad de desbaratar a los persas y evitar que caigan en la tentación de invadirnos. La campaña que los llevó hasta Antioquía y la victoria sobre Valeriano en Edesa les han proporcionado mucha moral y puede ser que decidan repetir acciones de ese tipo sobre el corazón de Siria en los próximos meses —comentó Odenato.

—Y si lo hacen, Palmira está justo en medio de su camino.

—Por eso debemos adelantarnos a sus intenciones, general. De modo que prepara las tropas, recluta más mercenarios si es preciso y no repares en gastos; afortunadamente, el tesoro de Palmira está bien surtido y podemos afrontar cuantos desembolsos sean necesarios. Envía mensajeros a las principales ciudades del oriente romano para que anuncien en sus ágoras que estamos dispuestos a contratar a los mejores soldados que sea posible: arqueros ilirios, jinetes atenienses y tesalios, infantes macedonios y armenios, lanceros africanos, honderos de las islas del Mediterráneo... Forma un cuerpo de ejército que sea capaz de atravesar victorioso Mesopotamia, de alcanzar hasta la misma Ctesifonte si fuera preciso y de regresar a salvo.

Capítulo VII

Palmira, primavera de 261; 1014 de la fundación de Roma

Giorgios de Atenas llegó a Palmira al atardecer de un luminoso día de finales de primavera. El sol, enorme y rojo, se ocultaba tras las colinas del oeste, tiñendo con sus últimos rayos las columnas de la gran avenida porticada de una intangible y etérea pátina dorada. El mercenario griego tenía veintiséis años y acababa de abandonar el ejército romano del Danubio, donde había combatido los últimos siete. Su padre, un mercader ateniense, su madre, una elegante dama de la aristocracia, y su joven hermana habían sido asesinados durante la incursión de una partida de godos que había penetrado en las fronteras del Imperio y alcanzado y saqueado los suburbios de la ciudad de Atenas. Con el ánimo de vengar a sus progenitores, Giorgios se había enrolado en las tropas auxiliares de caballería de la IV Legión Flavia, cuyo cuartel general se asentaba en la ciudad de Sirmio, en el curso medio del río Danubio.

Por información de unos mercaderes griegos que abastecían a su legión de productos orientales se enteró de que el gobernador de Palmira estaba contratando soldados profesionales para nutrir de mercenarios experimentados su ejército. No lo dudó un instante, consiguió una licencia del tribuno de su legión y se embarcó en una nave que lo condujo Danubio abajo hasta su desembocadura en el Ponto Euxino, el Mar Negro, y desde allí, a través de los estrechos de Bizancio, viajó en otro navío hasta la costa norte de Siria. Después cabalgó hasta la devastada Antioquía, que se recuperaba despacio del saqueo que habían llevado a cabo los persas, y luego, acompañando a una caravana, superó el desierto para llegar a Palmira.

Durante siete años no había hecho otra cosa que buscar, sin éxito, a los asesinos de su familia. Frustrado y resentido, había volcado todo su odio en la práctica de la guerra y había perseguido la venganza en brutales peleas contra los bárbaros. Cada vez que había liquidado a uno de ellos se había sentido confortado un poco más, aunque se había dado cuenta de que jamás alcanzaría el medio de saber si el godo que caía bajo el filo de su espada era uno de los que invadieron

Grecia y asesinaron a sus padres y a su hermana. Pero llegó un momento en que eso ya no le importaba: sólo pretendía matar a un godo más, liquidar a otro bárbaro, y otro, y otro, y así uno tras otro hasta acabar con todos ellos, hasta eliminar al último individuo de aquella sucia especie de demonios salvajes surgidos como espectros diabólicos de las frías estepas del norte. En los primeros momentos se había movido por venganza y odio, pero, tras varios años de luchas, se había acostumbrado a matar sin sentir por ello sensación alguna. Para Giorgios, acabar con la vida de un hombre no tenía mayor significado que estrangular a un ganso o degollar a un cordero.

Nada más llegar a Palmira buscó acomodo en una fonda que le habían recomendado los soldados que custodiaban la puerta de Damasco, que se estaba embelleciendo con esculturas. Dormiría allí y al día siguiente se dirigiría al cuartel de reclutamiento y solicitaría su inscripción como soldado mercenario de Palmira. Si no le habían informado mal, la paga era abundante y la riqueza de la ciudad garantizaba un cobro seguro.

El dueño de la posada era un gordinflón calvo y con ojos de pez que mostraba sus amorcillados dedos repletos de anillos de oro y de plata y lucía una gruesa cadena de eslabones dorados colgada al cuello; con semejantes joyas, en Roma hubiera pasado por el más rico de los patricios, pero en Palmira no era sino un próspero mesonero. Al ver entrar en su establecimiento a Giorgios, se dirigió a él de inmediato.

—Imagino que buscas posada, extranjero; pues estás de suerte porque has entrado en la mejor de la ciudad. Por un sestercio dispondrás de un lecho para tí solo, con colchón de hojas de palmera bien secas y limpias, desayuno copioso y nutritivo, no como lo que toman los romanos, y cena tan sabrosa y abundante que no podrás con una sola ración tú solo. Y si lo deseas, puedo proporcionarte una mujer que te acompañe durante la noche; claro que eso te costará tres denarios más, de los de buena ley —rio el obeso mesonero—. Puedes elegir: dispongo de voluptuosas negras de Etiopía, ardientes como el sol del mediodía del verano, con pechos tan grandes como ánforas de aceite y ardientes vulvas jugosas como higos maduros, que satisfarán sumisas todos tus deseos; o, si lo prefieres, rubias cautivas de las tribus bárbaras del norte, de ojos azules como el cielo y piel blanca como la leche, fogosas como felinas hambrientas en celo; o elegantes y educadas hetairas griegas y anatolias, de senos delicados y caderas cimbreantes, expertas en proporcionar a los hombres los más sutiles placeres; ¡ah!, y si lo que te gustan son los muchachos, también puedo ofrecerte, por seis denarios, a delicados efebos de Egipto o de Persia, jóvenes de labios sensuales y nalgas tan prietas y tersas como losas de mármol, verdaderos Priapos capaces de mantener sus vergas enhiestas durante toda la noche.

—Bastará con la cama y la comida; y con que el colchón no esté lleno de chinches y pulgas —respondió Giorgios.

—Solo con sugerirlo me ofendes. Esta posada está tan limpia como el ara del templo de Nebo. No tienes aspecto de mercader, más bien pareces un soldado; ¿buscas trabajo como mercenario?

—Sí. Me han dicho que vuestro gobernador está reclutando a soldados que no se asusten por combatir contra los persas del rey Sapor.

—Así es, pero te aseguro que no se trata de un trabajo fácil. Los catafractas persas son temibles como luchadores. Algunos soldados que se creían tan valientes como el mismísimo Aquiles se cagaron de miedo cuando los contemplaron por primera vez.

—No me asusta combatir; es lo único que he hecho en los últimos siete años y lo único que sé hacer —respondió Giorgios.

—En ese caso te encuentras en el lugar adecuado. Nuestro gobernador está preparando un ejército para quién sabe qué. Unos dicen que pretende liberar a aquel emperador romano, anciano e idiota, que se empeñó, el muy cretino, en atacar alocadamente Mesopotamia y que sigue preso en algún escondido rincón, donde se pudrirá por imbécil, si es que no lo han hecho ya picadillo y lo han servido como alimento a los perros de Sapor; pero otros sostienen que lo que realmente persigue nuestro señor Odenato, a quien protejan todos los dioses de Palmira, es dar un escarmiento a los cabrones persas para que esos malditos demonios hijos de una cabra apestosa y de un chacal pulgoso olviden la tentación de atacar Palmira como hicieron hace ya algún tiempo con Antioquía.

—Así sea.

—Deduzco, por cómo hablas, que eres de origen griego; ¿cuál es tu nombre?

—Giorgios de Atenas.

—¿Eres ateniense de verdad o tratas de aparentarlo?

—Mis padres nacieron allí, y yo también.

—Pues en Palmira te encontrarás casi como en la propia Atenas. Aquí residen muchos griegos: comerciantes, médicos, artistas, maestros. En las escuelas, casi todos los que enseñan gramática, matemáticas, aritmética y geometría son griegos.

—¿Y tu nombre, mesonero?

—Yo me llamo Tielato... Tielato de Palmira —añadió para no parecer menos en su nombre que el ateniense—, dueño de la mejor fonda de esta ciudad; sé bienvenido a Tadmor, la ciudad de las palmeras, la joya del desierto, la perla de las arenas, donde nadie es extranjero... sobre todo si acude con una buena bolsa y ganas de gastarla.

El orondo mesonero rio a carcajadas mientras su abultado papo oscilaba al compás de su risa colgando en flácidos y rugosos pliegues de su grasiento cuello. Era el típico aspirante a gracioso, cobarde y servil con los poderosos y abusivo y cruel con sus subordinados, un saco de grasa y de mierda al que le rebanaría el cuello sin sentir el menor remordimiento.

Para atender al reclutamiento de los mercenarios se habían habilitado unas oficinas en un cuartel del ejército palmireno construido en la zona norte de la ciudad, adosado por el interior a las nuevas murallas levantadas por orden de Odenato, muy cerca del palacio del gobernador. El cuartel consistía en un amplio espacio de planta cuadrada, en cuyo centro se abría un enorme claustro que servía a la vez de palestra para los ejercicios a pie con la espada y la lanza y de patio de armas; bajo uno de los pórticos laterales, decenas de jóvenes se alineaban ante unas rudas mesas de madera sobre las que tres anodinos escribas iban anotando en sendos registros a los impacientes candidatos a ingresar en el ejército de Palmira.

Varios guardias equipados con corazas y armados con largas pértigas de madera dura y flexible intentaban mantener el orden y procuraban, a golpes si era necesario, que los inquietos reclutas que esperaban para ser alistados no causaran demasiados tumultos.

Los secretarios anotaban en el dialecto arameo que se hablaba en Palmira los nombres de los mercenarios.

Por fin, tras una tediosa espera, le tocó el turno a Giorgios.

—Tu nombre —le espetó uno de los escribas sin siquiera mirarlo.

—Giorgios de Atenas.

—¿Griego?

—Sí.

—¿Tienes experiencia en el ejército?

—He servido durante siete años como comandante de un escuadrón de caballería en las tropas auxiliares de la IV Legión Flavia, en la defensa de las fronteras imperiales en el curso medio del Danubio.

—¿Eres comandante de caballería? —El escriba alzó los ojos interesado—. ¿Perteneces al orden ecuestre? ¿Posees caballo propio?

—Sí, soy caballero y dispongo de mi propio caballo. Mi padre era miembro de la aristocracia de Atenas, un notable comerciante al que asesinaron unos bandidos godos durante una de sus incursiones por Grecia.

—¿Qué grado alcanzaste en el ejército romano del Danubio?

—Ya te lo he dicho. Durante cuatro años formé parte de un escuadrón de caballería y ascendí hasta alcanzar el grado de comandante de ese mismo escuadrón, cargo que he desempeñado en los dos últimos. Tuve bajo mi mando a treinta jinetes; mi rango en la caballería es equiparable al de centurión de las tropas de la infantería legionaria.

—¿Lo puedes demostrar?

Giorgios sacó de su pecho una plaquita de bronce que colgaba de un cordoncito de cuero de su cuello y se la mostró al escriba. Grabada en la placa, una inscripción rezaba en latín que el tribuno de la IV Legión lo nombraba

comandante de caballería.

—¿Alguien puede decirme si esta placa es auténtica? —preguntó en voz alta uno de los escribas.

Un soldado se acercó, la inspeccionó con detenimiento y aseguró que sí lo era.

—¡Vaya!, Justo lo que necesitábamos. Soldado, avisa al general Zabdas —ordenó a uno de los militares que hacían guardia junto a las mesas de reclutamiento—; aquí tenemos a un auténtico comandante de caballería.

Poco después el soldado regresó y pidió a Giorgios que lo siguiera.

—El general Zabdas, comandante supremo del ejército de Palmira, desea hablar contigo de inmediato.

Zabdas era un tipo imponente. Fortísimo, de anchos hombros, cabeza poderosa, cuello recio y mandíbulas como fundidas en acero, ofrecía el aspecto del soldado perfecto. Su cara, de facciones rotundas, estaba recorrida por dos cicatrices; una, de algo más de seis dedos de longitud, le cruzaba el lado izquierdo del rostro, desde el arranque del pelo en lo alto de la frente hasta la mejilla, justo por la comisura del ojo, y la otra, más pequeña, arrancaba debajo del ojo derecho y moría junto a la aleta de la nariz. Su piel morena estaba curtida por el sol y el viento y sus ojos denotaban a un hombre valeroso y leal.

—De modo que eres comandante de caballería y afirmas que has mandado un escuadrón de jinetes en el ejército romano del Danubio... ¿No serás un desertor? —le preguntó Zabdas mirándolo fijamente a los ojos.

—No. Aquí tengo el certificado de mi licencia, firmado por el tribuno de la IV Legión. —Giorgios le mostró el documento.

—Entonces, ¿por qué lo has dejado? Si a tu edad ya has llegado a comandante, podrías haber alcanzado el rango de prefecto en unos pocos años más, e incluso el de tribuno, o general, antes de licenciarte.

—Mi cometido allí había acabado —se limitó a contestar Giorgios.

—Por lo que sé, esa frontera todavía no está en paz.

—Los bárbaros siguen incordiando ocultos en los espesos bosques de la orilla izquierda del Danubio, pero el motivo que me impulsó a enrolarme en la legión no era contribuir a la defensa de la frontera del Imperio, sino buscar la venganza, y no he podido completarla.

—¿A qué tipo de venganza te refieres y en qué has fracasado?

—Perdí el juicio y busqué a ciegas, como un loco que golpea invisibles objetivos en la oscuridad, a unos fantasmas a los que matar, y lo hice sin importarme otra cosa que sumar un cadáver tras otro creyendo que de ese modo aplacaría mi cólera, hasta que me di cuenta de que no encontraba la manera de saber quiénes eran en realidad los asesinos de los que pretendía vengarme.

Giorgios le relató brevemente, sin entrar en detalles, la muerte de sus padres y de su hermana por los godos.

—¿Te han abandonado tus ansias de venganza o es que ya has matado a un número suficiente de godos como para darte por satisfecho?

—Digamos que me cansé de buscar la cara de un asesino al que nunca llegué a conocer y al que nunca hubiera podido identificar; y, entonces, la venganza dejó de tener sentido para mí.

—¿Tienes el diploma que te identifica como comandante de caballería?

Giorgios mostró de nuevo su placa militar.

—¿Siete años en el *limes* del Danubio, eh?

—Un lugar como cualquier otro para morir.

—Espero que sepas luchar como supongo por tu apariencia y la experiencia que dices atesorar. Necesitamos oficiales capaces y dispuestos a trabajar duro. Si eres lo que dices, dirigirás uno de nuestros escuadrones de caballería. Confío en que no me hayas engañado, porque si lo has hecho los buitres no tardarán en devorar tu carroña. ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

—¿Dispones de caballo propio?

—Sí, un alazán tostado; me lo custodian en uno de los establos, cerca de la puerta de Damasco.

—Dos sestercios diarios y la parte del botín que te corresponda según tu rango de comandante.

—¿Y por el caballo?

—Un sestercio más al día.

—No está mal... para empezar.

—Te incorporarás de inmediato; necesitamos entrenadores expertos para instruir a los novatos; en cuatro meses saldremos hacia Mesopotamia. Allí nos aguardan las mejores tropas de Sapor, y te aseguro que no van a recibirnos con los brazos abiertos. ¿Has oído hablar de los catafractas persas?

—Alguno de mis compañeros de armas se enfrentaron con ellos en Edesa. Yo nunca he combatido contra esa unidad, pero en Panonia nos peleamos en varias batallas con los jinetes de la caballería acorazada sármata, también equipados con pesadas cotas de malla a base de solapadas escamas de hierro, que montan caballos acorazados grandes y fuertes como bueyes. Sé que los catafractas persas son buenos jinetes y formidables guerreros, pero no los temo. Hace ya tiempo que perdí la capacidad de sentir miedo —afirmó el griego.

—Espero que demuestres en el campo de batalla esa carencia de miedo de la que presumes. Giorgios de Atenas, te nombro comandante de escuadrón de caballería. —El general Zabdas le indicó a uno de sus ayudantes que acompañara al nuevo mercenario de Palmira al almacén de intendencia para que recogiera su equipo militar y sus insignias de comandante.

*Palmira, verano de 261;
1014 de la fundación de Roma*

Durante varios meses los palmirenos realizaron continuos ejercicios militares en los alrededores de la ciudad. En cada uno de ellos Giorgios de Atenas mostraba su determinación en el envite, su habilidad en el manejo de la espada y su capacidad para dirigir a la caballería.

Una de las principales preocupaciones de Odenato y de Zabdas era cómo frenar la eficacia devastadora de la caballería pesada sasánida en las demoledoras cargas en campo abierto, donde, en igualdad de fuerzas, los catafractas se mostraban invencibles. El príncipe de Palmira sabía que para enfrentarse en las llanuras de Mesopotamia a una carga frontal de los jinetes acorazados persas debería idear una estrategia que anulara la contundencia de su formidable acometida en formación cerrada y desbaratara sus siempre compactas filas.

La caballería palmirena montaba caballos árabes, ligeros, rápidos y ágiles; sus jinetes eran extraordinarios combatiendo en espacios angostos, en lugares pedregosos o en incursiones rápidas y sorpresivas. Portaban arcos cortos con los que efectuaban certeros disparos desde su montura, aun a todo galope, sobre los jinetes enemigos, que no tenían medio alguno de responder a esos ataques. Pero poco podían hacer en un enfrentamiento en campo abierto ante los rocosos jinetes forrados de hierro de Sapor, equipados con sus resistentes y gruesas armaduras, montados sobre sus poderosos y enormes corceles de batalla también acorazados, los caballos celestiales que se criaban en las estepas de Asia, en la remota llanura de Fergana.

Zabdas se dio cuenta enseguida de la pericia de Giorgios en el manejo del caballo y de su capacidad para el mando y para imponer la disciplina a sus subordinados. Había adquirido esas habilidades en los combates librados contra los bárbaros en la frontera del Danubio, donde era imprescindible mantener una atención permanente y estar siempre alerta si se quería conservar la vida el mayor tiempo posible.

En numerosas ocasiones Zenobia acudía con su esposo a contemplar los ejercicios del ejército; se colocaba en lo alto de una loma, con el campo de maniobras ante ella, y observaba las evoluciones de los destacamentos a lomos de una yegua roana, con las manchas blancas, grises y bayas a modo de listas, similares a las de las cebras africanas.

A menudo la princesa de las palmeras, como la llamaban los soldados, se ejercitaba como hábil amazona y practicaba a diario el tiro con arco, en el que demostró una extraordinaria destreza, capaz de competir en puntería con el más

preciso de los formidables arqueros palmirenos.

Para poder enfrentarse en condiciones similares a los catafractas persas, Zabdas, convencido de la capacidad militar del ateniense, le había encargado a Giorgios que formara varios escuadrones de caballería pesada. Para ello habían comprado a unos mercaderes de Edesa varias manadas de caballos criados en la región de Capadocia, grandes y poderosos como los ferganos que utilizaban los persas, y habían encargado a dos fraguas de Palmira la fabricación de armaduras pesadas, similares a las de los persas pero con elementos de defensa que Giorgios había visto utilizar a los caballeros acorazados sármatas.

Su batallón había concluido un ejercicio consistente en una carga de caballería lanzada a todo galope en la que se trataba de mantener rectas las líneas frontales de ataque, prietas las filas y ordenadas las columnas de los jinetes acorazados hasta alcanzar el objetivo señalado. Giorgios había dirigido la exitosa maniobra y había felicitado a los jinetes a sus órdenes por su perfecta ejecución. Después, requerido por un ayudante del general Zabdas, se había acercado hasta el pabellón de mando, una enorme tienda de color azafranado desde cuya puerta Odenato y sus generales contemplaban las evoluciones del ejército.

Giorgios llegó sobre su caballo castrado y descendió de un ágil brinco, dejando las riendas a uno de los ayudantes de campo de su general.

—Excelente maniobra, comandante Giorgios —lo felicitó Zabdas.

—Sí, lástima que en ese momento no hubiera enfrente un destacamento de catafractas persas en vez del viento —añadió irónico Meonio, que se encontraba al lado de su primo, el gobernador de Palmira.

—Enhorabuena, comandante. Me dice el general Zabdas que te llamas Giorgios —le comentó el príncipe.

—Así es, mi señor. Mi nombre es Giorgios de Atenas; he servido durante siete años en las legiones destinadas en el *limes* del Danubio.

—De modo que conoces la guerra en la frontera...

—He participado en decenas de acciones y en numerosas batallas contra varias tribus de los más belicosos germanos; experiencia en el combate no me falta, mi señor.

Meonio miró a Giorgios con recelo; desde luego, su felicitación no había sido sincera. En ese momento apareció Zenobia bajo el umbral de la puerta del pabellón. Vestía como un soldado y llevaba su melena negra y brillante recogida en un moño sujeto con una redecilla de hilos de seda roja, enlazada con unos zarcillos dorados. Era la primera vez que Giorgios contemplaba de cerca a la señora de Palmira.

El ateniense sabía por sus nuevos compañeros en el ejército de la belleza de aquella mujer y la había atisbado a lo lejos en varias ocasiones, pero nunca a tan corta distancia. Y en verdad que era hermosa, la mujer más atractiva que jamás había visto.

Durante sus últimos años se había acostumbrado a la disciplinada vida en los sobrios cuarteles y en los campamentos legionarios, siempre rodeado de soldados; las únicas mujeres con las que se había relacionado eran las prostitutas de los burdeles que seguían a las legiones y las jóvenes bárbaras capturadas en las incursiones contra las tribus enemigas de Roma, que los soldados utilizaban como concubinas durante un tiempo, hasta que se cansaban de ellas y las vendían como esclavas en cualquiera de los mercados de las ciudades de la frontera.

Por su lecho habían pasado decenas de mujeres, todas ellas anónimas, de las cuales no recordaba ni un solo nombre y apenas algunos rasgos de sus rostros y sus cuerpos, pero nunca había poseído a una mujer como Zenobia porque no existía una mujer como ella, cuya sola presencia turbaba la razón del más templado de los hombres.

—Mi esposa Zenobia, la dueña de mi corazón y de Palmira —le dijo Odenato señalando con su mano a su esposa.

—Siempre a tus órdenes, señora —balbució el griego llevándose la mano derecha al corazón e inclinando la cabeza.

—He visto cómo dirigías a tus hombres en ese ejercicio con los nuevos caballos acorazados; una magnífica demostración de control —lo felicitó Zenobia.

—Gracias, mi señora.

—Es uno de nuestros comandantes, mi señora; Giorgios, de nación ateniense, recién llegado de la lejana frontera del Danubio —terció Zabdas.

—¡Eres de Atenas, la ciudad dónde nació la filosofía! Mi preceptor, Longino, me ha hablado mucho de esa ciudad. ¿Es tan hermosa como me cuenta? —le preguntó Zenobia.

—En verdad que lo es. Sus templos son los más armoniosos y elegantes jamás construidos. Están labrados en el más puro de los mármoles del Pentélico y sus relieves y esculturas, esculpidos por artistas geniales como el gran Fidias, destacan pintados en colores tan brillantes y atinados que las figuras parecen a punto de cobrar vida y ser capaces de ponerse en movimiento en cualquier instante.

—Algún día contemplaré tu ciudad desde la colina de la Acrópolis, y pasearé entre sus templos y sus palacios —comentó Zenobia.

—Ven a comer con nosotros, Giorgios, te has ganado un descanso y un refrigerio —lo invitó Odenato.

El ateniense obedeció, e intentó que sus ojos no fueran una y otra vez en busca de la hermosura del cuerpo de su nueva señora.

—Serás mi lugarteniente —le comunicó el general Zabdas a Giorgios—. Deseo que ocupes el segundo lugar en la escala de la jerarquía del ejército.

Estarás al frente de la nueva caballería pesada; el príncipe Odenato está de acuerdo y ha concedido su aprobación a mi propuesta. No existe entre nosotros ningún oficial con tu capacidad para organizar a nuestros jinetes acorazados ni tu determinación en el mando.

—¿Y ese tal Meonio? Creo que es pariente del gobernador. ¿No se sentirá desplazado?

—Es su primo, hijo de una de las hermanas de su padre. Un tipo ambicioso y de poco fiar, pero jamás se atreverá a discutir la más banal de las órdenes de Odenato. No te preocupes por él, es irrelevante.

—Carezco de méritos para ocupar ese puesto. Los árabes sois jinetes extraordinarios, como si hubierais nacido con vuestras piernas pegadas a la grupa del caballo; tal vez seáis el resultado del cruce de un centauro con una amazona —ironizó Giorgios.

—Cuidado con lo que dices, ateniense. Que te haya convertido en mi lugarteniente no te autoriza a que digas impertinencias.

—Perdona, sólo pretendía alabar vuestra capacidad para montar a caballo.

—Individualmente, tal vez seamos los mejores jinetes, pero una cosa es montar a caballo en una carrera o en una parada festiva y ejecutar media docena de cabriolas, para lo que se requiere cierta habilidad, y otra muy distinta hacerlo con eficacia y coordinación en el curso de una batalla durante una carga cerrada de caballería ante un enemigo formidable como los catafractas persas. Tú has sido capaz de organizar un regimiento de catafractas y de enseñarles a los nuestros el sentido colectivo que les faltaba y la disciplina necesaria para maniobrar en formaciones cerradas de combate como si todo un batallón se tratara de un solo jinete.

—Por lo que parece, la guerra está próxima.

—Saldremos hacia Persia muy pronto. Ten todo listo. El príncipe Hairam, el primogénito de nuestro señor Odenato, estará a tus órdenes. El *dux* desea que su hijo aprenda todo cuanto sabes.

—Esa es una gran responsabilidad.

—Házte merecedor de ella.

El último mes del verano transcurrió tórrido y sereno. Giorgios tenía en su mente la inmediatez del combate, pero su alma se sentía convulsa y su cabeza confusa. Zenobia se había apoderado de ambas.

Capítulo VIII

Palmira y Mesopotamia, principios de otoño de 261; 1014 de la fundación de Roma

El ejército palmireno se mantenía perfectamente formado en la gran explanada al exterior de la puerta oriental del recinto murado de la dorada Palmira, la que se abría al camino que llevaba a Dura Europos, en la lejana ribera del Eufrates.

Zabdas aguardaba impaciente la presencia de Odenato para dar la orden de partir hacia Persia; a su lado estaban Giorgios y Meonio, cuya expresión denotaba la contrariedad que había supuesto para él la elección del ateniense como segundo del ejército y lugarteniente de Zabdas. Tres jinetes salieron al galope y atravesaron la puerta de la ciudad para ponerse al frente de las tropas expedicionarias.

—¡Por todos los dioses, es Zenobia! —exclamó Zabdas asombrado al ver acercarse al trío formado por Odenato, su hijo Hairam y Zenobia.

—¡Una mujer en el ejército! En Roma jamás lo creerían —se sorprendió Giorgios.

—La esposa de mi primo es muy atrevida. Tal vez no sepa cuál es el lugar que corresponde a una mujer —terció Meonio.

—¿Va a venir con nosotros a la guerra? —preguntó sorprendido el ateniense.

—Eso parece. Está equipada con coraza y con armas de combate; nadie se viste así tan sólo para salir de paseo; ni siquiera para despedir a las tropas —observó Meonio.

—No es un soldado —comentó Giorgios.

—Pero tiene más valor que la mayoría de los que conozco —asentó Zabdas.

Los jinetes llegaron a la altura de Zabdas, Giorgios y Meonio, que los saludaron con reverencia.

—Señor, el ejército está listo para partir en cuanto des la orden —indicó el general todavía con un rictus de asombro en su rostro.

—En ese caso no perdamos tiempo. Mi esposa viene con nosotros. ¡Zenobia, nuestra señora, nos acompañará en esta campaña; ofrezcédle la victoria! —gritó

Odenato dirigiéndose a sus soldados.

En cuanto se corrió la voz entre los destacamentos, los soldados palmirenos agitaron sus lanzas al cielo, golpearon sus espadas contra sus escudos pintados en vivos colores y vitorearon a Odenato y a Zenobia.

—General, vayamos a por esos persas y démosles una buena lección.

Zabdas dio la orden de partir, que fue obedecida de inmediato. Diez mil hombres se pusieron en marcha camino del Eufrates; todos anhelaban conseguir un gran botín, llenar sus bolsas de oro y de joyas con el tesoro del rey de los persas y hacerse con alguna de las exóticas y hermosas mujeres de aquel reino. Pero Giorgios hubiera cambiado todos aquellos sueños de gloria y de fortuna por una sola noche entre los brazos de Zenobia.

El ejército palmireno atravesó el desierto sirio y cruzó el Eufrates aguas abajo de la destruida Dura Europos, entre cuyos despojos comenzaban a asentarse algunos mercaderes de Palmira que necesitaban apoyo en aquel lugar como punto de referencia de sus viajes entre oriente y occidente. Conocían palmo a palmo todos los caminos y pozos desde Mesopotamia hasta su oasis de palmeras y fueron los guías de las caravanas los que marcaron la ruta de los soldados.

Desde luego, Sapor no esperaba la ofensiva de Odenato y no se había preparado para rechazarla. Varios fortines persas fueron sorprendidos sin apenas defensa y arrasados por los palmirenos, que avanzaron deprisa por Mesopotamia ante la falta de respuesta del emperador sasánida, absolutamente desprevenido ante esa repentina incursión.

Tras un par de semanas indeciso ante las noticias que le llegaban del rápido progreso de los palmirenos, el rey de Persia intentó reaccionar enviando a su encuentro varios escuadrones de la caballería ligera, pero en tres ocasiones sus contraataques fueron rechazados por Odenato y sus hombres, que siguieron avanzando hacia el sureste. En la campaña fueron apresados varios sátrapas, que perdieron el gobierno de las provincias que Sapor les había entregado un año antes.

Media docena de gobernadores persas y numerosos carros cargados de botín fueron enviados por Odenato a Palmira con instrucciones para que la mitad de lo conseguido se remitiera a su vez al emperador Galieno.

Las ciudades de Carras y de Nisibis, en plena Mesopotamia, fueron reconquistadas con facilidad y sometidas de nuevo al derecho de Roma. En Nisibis se recompuso el cuartel general de la I Legión Pártica, que había sido desmantelado durante la ocupación persa, ante la desesperación del atribulado Sapor, que hizo un amago de contraofensiva pero acabó replegándose en desorden con su desmoralizado ejército hacia Ctesifonte, donde se fortificó para

resistir el que suponía el ataque decisivo de Odenato.

Tras su contundente triunfo sobre Valeriano, Sapor I se había confiado y en lugar de consolidar sus conquistas y reforzar las nuevas fronteras se había dedicado a celebrar suntuosas fiestas, levantar monumentos a sus triunfos y erigir lápidas y monolitos elogiosos para festejar su victoria sobre las legiones romanas. Supuso que durante algún tiempo Roma no estaría en disposición de organizar un nuevo ejército y que las legiones tardarían en reponerse de la derrota sufrida en Edesa. Sabía que el nuevo emperador, Galieno, estaba más interesado en celebrar festines y banquetes en sus palacios que en vengar a su padre. Pero no había previsto, ni siquiera había podido imaginar, que se produjera la ofensiva que Odenato había estado preparando el verano anterior.

Atardecía sobre los frondosos palmerales del centro de Mesopotamia. El ejército palmireno acababa de ocupar un castillo sasánida a orillas del gran río Tigris, unas pocas millas al norte de Ctesifonte. Se trataba de la principal fortaleza que defendía la ruta desde el norte hacia la capital.

Odenato y Zenobia cenaban en su tienda, rodeados de los comandantes del ejército entre los que se encontraba Giorgios, que había demostrado una gran eficacia en cada combate librado y se había convertido en la mano derecha del general Zabdas.

—Mañana regresaremos a Palmira —anunció Odenato.

—Mi señor, tenemos Ctesifonte al alcance de nuestra mano; estamos a unas pocas millas de sus puertas, apenas a media jornada de distancia. Los persas no han resistido nuestro ataque y están atemorizados y sin moral. Un ejército en esas condiciones es fácil de derrotar; los hemos sorprendido y podemos asestarles un golpe definitivo, como hiciera el gran Alejandro siglos atrás —alegó Zabdas.

—No sería fácil, pero aunque fuéramos capaces de ocupar Ctesifonte como ya lo logró el emperador Trajano, Persia es demasiado extensa para ser conquistada por sólo diez mil hombres. Les hemos causado mucho daño, hemos destruido sus puestos avanzados de defensa en Mesopotamia y hemos sembrado en ellos muchas dudas sobre el éxito de futuros ataques que pudieran planear sobre Palmira, pero nosotros solos no podemos conquistar, y mucho menos conservar, un imperio tan gigantesco. Además, Sapor ya está al tanto de nuestro ataque y habrá organizado una defensa mucho más eficaz. En caso de que tomáramos su capital, el grueso de su ejército nos estaría esperando agazapado en las montañas del este, en los pasos de la cordillera del Zagros. Los mercaderes que las conocen me aseguran que es muy fácil preparar allí una emboscada. Y conforme nos adentremos en territorio persa, más débiles nos haremos. Además, todavía no nos hemos enfrentado a los catafractas; los jinetes acorazados no han hecho acto de presencia hasta ahora. Su principal baza para la batalla sigue intacta.

—Señor, disponemos de nuestros propios catafractas: dos mil jinetes acorazados bien entrenados y perfectamente equipados. Tú mismo los has visto maniobrar en el campo de entrenamiento. Podemos enfrentarnos a su caballería pesada con garantías de éxito.

—No. Es hora de regresar a Palmira. Lo hacemos victoriosos y con muy pocas bajas. Hemos dado un buen escarmiento a los persas y dudo que se atrevan a lanzar una nueva ofensiva sobre Siria por algún tiempo. Hemos ganado y debemos saborear este triunfo; si seguimos avanzando, nuestra línea de suministros se alargará en exceso y podrá ser fácilmente cortada. En ese caso seríamos una presa demasiado sencilla de abatir. No, no seguiremos adelante; este no es nuestro mundo.

—El soberano sasánida gobierna un imperio heterogéneo, compuesto por diversos pueblos y tribus sin lazos comunes entre ellos; ni siquiera hablan el mismo idioma. Si sabemos manejar sus desigualdades e incidir en sus diferencias romperemos la frágil obediencia que mantienen hacia la dinastía de Sapor y el imperio persa se deshará por sí solo —adujo Zabdas.

—No insistas, mi decisión es irrevocable. Regresamos a Palmira de inmediato —zanjó Odenato.

—Mi buen general —intervino Zenobia, que había permanecido callada y observante hasta entonces—, toda Palmira es conocedora de tu extraordinario valor y de tu generoso arrojo, pero las palabras de mi esposo son acertadas y sabias. Nadie más que yo anhela acabar con los persas y darles una lección definitiva para vengar la muerte de mi padre, pero no disponemos de la fuerza suficiente para hacerlo... por ahora.

Giorgios contempló el rostro delicado pero firme de Zenobia. Aquella mujer hermosa y elegante hablaba con la rotunda serenidad del más avezado de los políticos de Roma. El tono de su voz sonaba extraño en la boca de una mujer tan hermosa, pues pronunciaba algunas palabras con una sonoridad ligeramente masculina, tal vez porque hablaba con tal autoridad que las suyas no parecían las palabras propias de una mujer de aspecto tan bello sino las de un verdadero estratega que dominara, además, el sutil arte de la diplomacia.

Le faltaban varias semanas para cumplir los dieciséis años y carecía de experiencia, pero se comportaba como un soberano experto, cuajado en mil lides diplomáticas y guerreras.

Giorgios pensó que cualquier hombre se volvería loco fácilmente por una mujer así, y envidió que fuera Odenato quien compartiera su lecho todas las noches.

A la mañana siguiente, tomada ya la decisión de retirarse, Odenato se acercó con varios de sus hombres hasta contemplar a lo lejos las murallas ocre de Ctesifonte.

—Nunca podremos conquistar esa ciudad, ni siquiera con siete legiones. Sus

murallas son demasiado altas y gruesas y sus fosos demasiado profundos — mascullo.

—El emperador Trajano lo consiguió; tal vez algún día también nosotros... Ninguna ciudad, ningún muro es completamente inexpugnable —comentó Zabdas.

—Necesitaríamos centenares de formidables máquinas de asedio, miles y miles de hombres, una intendencia prodigiosa... No, no podremos.

—Entonces, ¿nos marchamos así, sin más?

—Antes de hacerlo enviaré a unos embajadores para reclamar de Sapor la entrega del emperador Valeriano, ya que no lo ha hecho su hijo Galieno, aunque me temo que no servirá de nada.

Kartir Hangirpe, el mago del culto al fuego y principal consejero del rey sasánida, fue el encargado de responder a los enviados de Palmira que su señor no entregaría a su imperial cautivo y que esperaba en su ciudad el ataque de Odenato. Y lo retó a que acudiera él mismo en persona a rescatar a Valeriano si tanto anhelaba su persona.

Cuando los correos regresaron al campamento del *dux* de Siria con la arrogante respuesta de Sapor por boca del mago, Odenato se sintió satisfecho. Había recuperado la mitad de Mesopotamia para Roma, había llegado ante las puertas de Ctesifonte y había reclamado la entrega del emperador Valeriano. Poco más podía hacer, de modo que dio la orden de regresar a Palmira sin descuidar la retaguardia.

El éxito de aquella campaña militar había radicado en la sorpresa del ataque y en la rapidez con la que se había ejecutado. Zabdas había organizado el cuerpo expedicionario a partir de dos pilares: por un lado la fuerza y contundencia de la nueva caballería pesada, compuesta por jinetes acorazados equipados con placas de hierro y cotas de malla, al estilo de los catafractas persas, pero con los soldados bien adiestrados por Giorgios montados en caballos en vez de infantes y combinada con otros escuadrones de caballería ligera, mucho menos contundentes pero más ágiles y veloces que guardaban las alas de los acorazados; y, por otro lado, los formidables arqueros palmirenos, entrenados convenientemente para alcanzar blancos fijos a doscientos pasos y móviles a más de cien. La combinación de ambos tipos de soldados y la coordinación de las tácticas de combate basadas en las cargas contundentes de la caballería acorazada, las cargas fulgurantes de la ligera y los precisos disparos de los arqueros, apoyados por infantes auxiliares armenios y sirios, habían proporcionado a los palmirenos todas las victorias en aquella campaña. La disputada tierra fértil comprendida entre los grandes ríos Tigris y Eufrates volvía a ser romana.

El regreso del ejército a Palmira, donde ya se conocían los éxitos de Odenato y Zenobia, fue triunfal. Los palmirenos habían preparado una extraordinaria

recepción a los expedicionarios. Miles de ciudadanos se habían lanzado alborozados a las calles, vestidos con sus mejores galas, mezclando prendas de estilo griego y persa: los hombres se habían recortado las barbas y el pelo y se habían calado elegantes gorros de seda con engastes de piedras preciosas y de láminas de oro; las mujeres se habían adornado con collares, pulseras y pendientes y se habían perfumado con delicadas esencias; todas habían colocado delicadas flores amarillas y rojas en sus cabellos, trenzados con elegancia y rizados en atrevidos tirabuzones. Como era costumbre, muchas de ellas se cubrían la nariz y los labios con velos de fina gasa que dejaban intuir sus rostros alegres bajo unos ojos perfilados con un trazo negro y los párpados pintados con cosméticos de tonos azules y verdes.

Nunca se había organizado en Palmira una fiesta semejante. Los palmirenos, como laboriosos mercaderes y artesanos que eran, no se caracterizaban precisamente por ser inclinados a grandes celebraciones políticas. Festejaban con regocijo la llegada de las grandes caravanas y algunos acontecimientos festivos del calendario oficial de la ciudad y celebraban con espectaculares sacrificios y generosas ofrendas los rituales religiosos dedicados a los dioses de su panteón, sobre todo si se organizaban en el enorme santuario consagrado al dios Bel, pero no solían lanzarse a las calles de manera masiva como sí lo hacían ciudadanos de otras grandes urbes como Roma, Atenas o Alejandría, en las que cualquier excusa era aprovechada para organizar un buen jolgorio callejero que hiciera olvidar por unas horas las penurias que atormentaban la vida cotidiana de los desheredados de la fortuna.

Los únicos espectáculos que apasionaban a los palmirenos eran las carreras de caballos y las de camellos, en las que se cruzaban apuestas realmente cuantiosas, tanto en las de corto recorrido, de una o dos millas, como en las de resistencia, de hasta diez. Los caballos y camellos ganadores eran tratados como verdaderos héroes y se dedicaban a sementales si conseguían al menos cinco victorias.

Las fiestas privadas agradaban mucho a los palmirenos, sobre todo si se trataba de una boda entre dos ricos vástagos de dos ricas familias. Se celebraban en sus suntuosas mansiones en torno a sabrosos alimentos y delicados vinos y licores, y se invitaba a los numerosos parientes y amigos de los amplios clanes familiares árabes; allí se conversaba sobre la marcha de los negocios, las nuevas empresas o los productos más rentables con los que comerciar en cada momento o en cada región. En Palmira siempre se hablaba de negocios, y a veces sólo de negocios.

Pero aquella ocasión bien merecía una celebración acorde con la importancia del triunfo conseguido por Odenato y Zenobia. Los magistrados de la ciudad habían preparado un gigantesco arco triunfal elaborado con maderas y hojas de palma y decorado con guirnaldas de flores y lazos de seda justo delante

de la puerta de oriente, en el camino que llegaba hasta Palmira desde el arruinado campamento de Dura Europos.

El ejército apareció encabezado por Zenobia, cuya armadura brillaba a la luz del sol. Montaba su yegua roana como si se tratara de una heroína sacada de alguna de las más extraordinarias epopeyas escritas por el mejor de los poetas griegos. Su hermosa cabeza estaba protegida por un reluciente casco de plata en el que destacaban dos plumas de halcón teñidas de un rojo escarlata. Cual amazona legendaria, cabalgaba al lado de su esposo, que de vez en cuando la miraba con orgullo. Ni siquiera Homero hubiera podido imaginar así a la mismísima Helena de Troya.

Miles de palmirenos y de beduinos de las tribus árabes del desierto circundante se habían congregado para recibir a sus héroes. La excitación de los ciudadanos se mezclaba con una sensación de alivio y de tranquilidad, pues los caminos hacia el este volvían a quedar abiertos y de nuevo las caravanas, la principal fuente de la riqueza de Palmira, fluirían aportando considerables beneficios a la ciudad y a todos sus habitantes.

—Ahí los tienes —le comentó Zabdas a Giorgios; los dos cabalgaban unos pasos por detrás de Zenobia y Odenato y tras ellos lo hacía el joven Hairam junto a su tío Meonio—. Esos son los ciudadanos de Palmira. Mira cómo vitorean a su caudillo.

—Creo que no lo hacen por la victoria misma, sino porque nuestros triunfos garantizan que sus caravanas transitarán seguras por los caminos y con ello sumarán nuevas riquezas a sus ya notables haciendas.

—Y qué importa cuáles sean sus verdaderos sentimientos. Lo cierto es que ahí están, alegres y entusiasmados, felices por nuestro regreso.

—Nosotros sólo somos soldados que hemos hecho nuestro trabajo; para eso nos pagan —dijo Giorgios.

—En tu caso es así, pero no en el mío. Yo nací, me crié y he vivido toda mi vida en esta ciudad. Amo Palmira y daría mi vida por ella —añadió Zabdas.

—Eso es muy noble por tu parte, general, pero no todos los hombres piensan como tú, ni siquiera todos los palmirenos. He conocido a muchos a los que sólo les preocupa su bolsa. Hoy son romanos, mañana persas y el año que viene, quién sabe, incluso se contarían entre los bárbaros si con ello mejorara su erario.

—Créeme, el caso de los palmirenos es diferente. Esta ciudad se encuentra en medio de la nada. Mires hacia donde mires, tus ojos sólo contemplarán desierto durante uno, dos o tres centenares de millas. Palmira es una ciudad única, un regalo de los dioses, una joya rutilante en el centro de la desolación, por eso la amamos tanto todos los que hemos nacido aquí. Para los palmirenos, Tadmor es el ombligo del mundo.

—Pero sois parte del Imperio de Roma —alegó Giorgios.

—Sólo mientras Roma respete nuestro modo de vida.

Tras la entrada triunfal, los expedicionarios se dirigieron al santuario de Bel, donde dieron gracias a los dioses y les ofrecieron parte de los tesoros ganados en la campaña militar. Los sacerdotes estaban especialmente contentos, pues su riqueza acababa de aumentar de manera considerable. Durante la ausencia de Odenato y Zenobia, habían sido los encargados de la custodia de su hijo Hereniano, pero el gobierno de la ciudad había quedado en manos del consejero Longino.

En los días siguientes se celebraron combates de gladiadores y peleas de fieras en la improvisada arena del teatro, y chanzas cómicas en su escena. Unos actores escenificaron el triunfo de Odenato y de Zenobia sobre Sapor I en una celebrada mascarada que fue representada durante una semana seguida ante el numeroso público que se concitó para presenciarla, y que provocó que aquella obra, escrita para aquella ocasión en un par de días por un mediocre dramaturgo griego que se ganaba la vida como secretario de un rico comerciante, tuviera que prorrogarse durante varias jornadas. Un bufón, vestido ampulosamente al estilo de los nobles persas, disfrazado con una esperpéntica peluca de enormes tirabuzones y barba postiza, y tocado con una corona ridícula por lo exagerada, representaba a un acobardado rey sasánida que corría torpemente por la escena, tropezando y cayendo una y otra vez, perseguido por una pareja de jóvenes hermosos y elegantes. El actor que encarnaba al monarca persa Sapor I gritaba aterrorizado y rodaba por el suelo entre las carcajadas de los espectadores, que lo abucheaban cuando se incorporaba tras cada traspies para volver a salir corriendo despavorido, agitando los brazos entre exagerados espavientos. Al fin, los dos jóvenes, que representaban a Odenato y a Zenobia, alcanzaban al aterrado persa y lo arrojaban al suelo para subirse sobre su cuerpo, mientras el caído chillaba, pataleaba y braceaba histriónicamente como un escarabajo tumbado boca arriba.

Para acabar el espectáculo, salieron a la arena los tres leones de Zenobia, que a sus dos años de edad ya habían crecido hasta alcanzar la madurez. Sus domadores lograron que se colocaran los tres frente al lugar que ocupaban Zenobia y su esposo y consiguieron que las fieras se incorporaran a la vez sobre sus patas traseras y agitaran las garras de las delanteras, como saludando a sus señores. El público rompió entonces en aplausos y vítores entusiastas. Sus soberanos no sólo habían logrado derrotar al ejército persa, también eran capaces de sojuzgar a la más feroz de las bestias.

A las pocas semanas de finalizados aquellos festejos se presentó en Palmira un legado del emperador Galieno. El hijo de Valeriano regía el Imperio desde la captura de su padre, pero carecía de sus dotes de gobierno y de su valor. El legado imperial fue recibido en el palacio del *dux*, allí estaban, además, la propia

Zenobia, los principales magistrados de la ciudad y los generales Zabdas y Giorgios; y no faltaban el inevitable Meonio y el príncipe Hairam, que no se separaba un momento del ateniense.

Delante del trono de piedra, el legado desplegó un pergamino autenticado con el sello del emperador Galieno y leyó en voz alta:

—«Galieno Augusto, emperador de los romanos, hijo del divino Valeriano, al nobilísimo cónsul Septimio Odenato, hijo de Odenato y nieto de Hairam, gobernador de la ciudad de Palmira y duque de los romanos en la provincia de Siria: por los muchos méritos contraídos y por los servicios realizados en beneficio del Imperio, te concedo el título de restaurador de todo el Oriente y el de *vir consularis* para que puedas utilizarlos desde ahora y para siempre».

Aquellos dos títulos convertían a Odenato en el verdadero soberano de Siria y de Mesopotamia, en una posición casi de igual a igual con el emperador Galieno, quien reconocía que, sin Odenato, las provincias romanas de Oriente hubieran caído en manos de los persas y se hubieran perdido para Roma, y con ellas tal vez todo el Imperio.

Odenato estaba orgulloso; miró a Zenobia, que brillaba como acostumbraba a hacerlo en las grandes ceremonias, se incorporó y habló:

—Agradezco a Galieno su reconocimiento. Con la ayuda de los dioses hemos logrado derrotar al carcelero del emperador Valeriano y hemos reconquistado Mesopotamia. Por ello, merecemos también el título de «rey de reyes» que siempre han ostentado quienes han gobernado la tierra del Tigris y el Eufrates y que adopto como propio desde hoy mismo.

Con aquella declaración, Odenato sorprendió a los magistrados del Consejo municipal de Palmira, al legado de Roma y a sus propios generales.

—Ese es el título que utiliza el soberano de Persia... —comentó algo confuso el legado imperial.

—He derrotado a ese rey y, por tanto, creo que es justo que sea yo quien lo adopte como propio. Sapor es indigno de usarlo. Cuando invadimos Mesopotamia y nos presentamos ante las puertas de su capital, se refugió tras sus murallas y fue incapaz de salir de ellas para presentarnos batalla. Se comportó como un cobarde; ese título ya no le pertenece —aseveró Odenato.

—Pero sigue siendo un poderoso príncipe; tal vez se moleste cuando sepa que tú, ilustre Odenato, has adoptado un título que le corresponde a él.

—De eso se trata; quiero que se enfade y que intente atacarnos de nuevo. Lo estaremos esperando.

—¿Te has dado cuenta? Odenato no ha citado a Galieno con el título imperial, en cambio sí ha llamado «emperador» a Valeriano —le comentó Giorgios a Zabdas al oído.

—Sí y creo que el legado de Galieno también. Esto tal vez nos cause algunos problemas.

Entre tanto, Zenobia sonreía; ahora ella era también la esposa del rey de reyes y tenía un hijo suyo.

Capítulo IX

Palmira, primavera de 262; 1015 de la fundación de Roma

Durante el resto de aquel invierno los vigías de Palmira estuvieron muy pendientes de los caminos que llegaban desde Mesopotamia. Odenato había desplegado una extensa red de oteadores para que mantuvieran una constante vigilancia por si Sapor I decidía realizar una contraofensiva para resarcirse de las derrotas sufridas en el otoño anterior, además de pagar a varios agentes camuflados como espías en Ctesifonte que informaban de posibles movimientos del ejército persa. Pero no se movió de la capital y las caravanas circularon con seguridad.

Entre tanto, Zabdas y Giorgios continuaban ocupados con el adiestramiento de las tropas palmirenas, a fin de mantener a los soldados en plena forma y dispuestos a combatir en caso de que se produjera la esperada reacción de los persas.

A lo largo de los caminos de las llanuras desérticas entre Palmira y Bosra y entre Palmira y Dura Europos se construyeron fortines para acuartelar pequeños destacamentos de tropas, donde pudieran resistir en caso de ataque de los persas y retrasar su avance. Se trataba de castillos de planta cuadrada, con altos y fuertes muros de piedra y torreones de refuerzo. Cada uno tenía capacidad para acoger a unos doscientos soldados de a pie y a sesenta jinetes. Todos disponían de almacenes de víveres que eran periódicamente repuestos y pozos de agua o aljibes que permitían a su guarnición resistir si mantenía un asedio prolongado. Además, en época de paz podían ser aprovechados por los comerciantes de las caravanas para descansar en su camino o para aprovisionarse de agua y de grano para sus acémilas, previo pago de una considerable suma de dinero.

Giorgios recibió el encargo de inspeccionar alguno de ellos y de comprobar que estaban bien abastecidos y dispuestos para la defensa; su experiencia en las fronteras del Danubio, donde se había construido una red de fortalezas de características similares, era muy apreciada por Odenato.

—Un buen sistema de fortalezas es fundamental para la defensa de una

frontera tan amplia como la del Eufrates. El limes del norte se extiende miles de millas a lo largo de los cauces de los ríos Rin y Danubio, ambos lo suficientemente anchos y caudalosos para que por sí solos constituyan una barrera natural formidable, incluso en el estiaje. Pero aquí, en estas vastas tierras resacas, no existen esas fronteras naturales y es necesario aumentar el número de este tipo de fortificaciones y que estén intercomunicadas visualmente unas con otras —le comentaba Giorgios a Zabdas a la vista de un mapa de la zona oriental de Siria donde estaban marcados los baluartes defensivos de Roma ante los persas.

—El desierto es suficiente frontera. Un ejército numeroso se desplaza con dificultad por un terreno con escasez de agua, como ocurre a ciento cincuenta millas alrededor de Palmira. El desierto ha sido siempre nuestra mejor muralla. Cuando los persas han atacado la frontera de Roma en Oriente no lo han hecho a través de Palmira, sino siempre siguiendo esta ruta —Zabdas marcó en el mapa con su dedo índice el trazo del gran río desde Ctesifonte hasta Dura Europos, y luego siguió río arriba hasta las ciudades de su curso medio—, hasta Sura, Zeugma y Edesa, y es a esa altura del río cuando han abandonado el camino que sigue su curso y girado hacia occidente, hacia Antioquía. Palmira nunca ha sido atacada por los persas.

—Puede que tengas razón, pero si cayese todo el norte de Siria en sus manos persas, sus ejércitos envolverían esta provincia siguiendo el curso del Orontes, desde Antioquía hacia Emesa, y luego seguirían hasta Damasco y Bosra. En ese caso Palmira estaría completamente cercada y ya no sería necesario un ataque directo a través del desierto porque caería como un higo maduro. La fortificación de esos castillos en la llanura que rodea Palmira es fundamental. Los que ahora existen deben ser reforzados y construiremos algunos nuevos donde sean necesarios y donde lo requiera la visibilidad. Si queremos estar seguros, hemos de establecer una red de fortines entre Dura Europos y Palmira, ubicados a una distancia de unas veinte millas unos de otros y con torres y atalayas desde las cuales puedan comunicarse de manera ininterrumpida, de modo que si un ejército persa fuera vislumbrado a orillas del Eufrates, en muy poco tiempo esa noticia se conociera en Palmira. Para ello tenemos un sistema eficaz de señales de humo o de fuego con un sencillo código que es capaz de interpretar hasta el soldado más lelo de la última de las legiones.

—Mantener ese sistema de fortalezas y de comunicaciones cuesta mucho dinero.

—Palmira es una ciudad rica, puede permitirse esos gastos —puntualizó Giorgios.

—Cada día cuesta más sostener cuanto necesita para su defensa. De todos modos insistiré ante Odenato para que tenga en cuenta tu proyecto, pero te aseguro que a diario son decenas los que se presentan en el palacio del dux para

pedirle algo, y todo cuesta dinero, mucho dinero.

Zabdas expuso el plan de fortificaciones que había propuesto Giorgios ante su señor; el ateniense estaba presente pero se mantuvo en silencio mientras habló el general en jefe. A la reunión también asistían los principales magistrados del Consejo de la ciudad y del Senado.

—Hoy tenemos varios temas urgentes y cruciales que tratar. El primero no admite más demora —afirmó Odenato—. Como sabéis bien, Palmira ha crecido y lo sigue haciendo. En los últimos años han buscado refugio entre nosotros varios centenares de judíos que vivían en Dura Europos y que se vieron obligados a abandonar sus casas ante la destrucción de su ciudad por los persas. A ellos se han sumado algunos comerciantes, artesanos y grupos de cristianos que se sentían perseguidos por las autoridades locales de algunas ciudades del sur de Siria. El aumento de población y el de las caravanas que atraviesan nuestro territorio ha provocado una mayor demanda de agua. Con el sistema de abastecimiento que ahora está en marcha apenas tenemos caudal suficiente para cubrir a diario la que se requiere. He comentado este problema con un ingeniero griego y ha llegado a la conclusión de que es necesario abordar la construcción de un nuevo canal y dos grandes aljibes, además de abrir al menos dos nuevos pozos en la zona de los manantiales.

—¿Ha calculado ese ingeniero cuánto costaría esa obra, señor? —le preguntó uno de los magistrados.

—Sí. Casi un millón de sestercios.

Un murmullo de asombro se extendió entre los asistentes. El portavoz de la influyente corporación de mercaderes de la seda pidió la palabra.

—Nuestra corporación estima que esos gastos deberían ser abonados por el tesoro de la ciudad. Según el último informe que nos presentó el tesorero, hay fondos por más de cinco millones de sestercios. El botín obtenido en la última campaña contra los persas fue muy cuantioso, podría destinarse a esa obra.

En contra de esa opinión, varios magistrados no estaban dispuestos a que el erario público corriera con todos los gastos y propusieron que una parte del coste de las obras, al menos la mitad, fuera sufragada por los comerciantes, pues ellos eran los principales beneficiarios del aumento del tráfico caravanero.

Representantes de los mercaderes y de los magistrados se enzarzaron en una encendida discusión sobre a quién le correspondía pagar las obras, que fue subiendo de tono hasta que Odenato impuso su poderosa voz y conminó a los contendientes a que se callaran.

—Estas obras las pagarán los persas —adujo.

El magistrado de mayor rango entendió que con esas palabras Odenato estaba confirmando que el erario público correría con los gastos.

—Señor, perdona mi intromisión, pero creo que los comerciantes deberían aportar algún dinero a estos trabajos —terció—. El tesoro de la ciudad no está

carente de recursos pero debemos mantener un ejército operativo y, para ello necesitamos reservas que garanticen sus pagas; además, se ha presentado el proyecto de construir nuevos castillos y fortines. Si...

—No me has entendido; lo que he querido decir es que saldremos de nuevo en campaña contra Sapor y lo haremos en dos semanas. Con el botín que consigamos en esta nueva ocasión pagaremos esas obras. La construcción de los castillos y atalayas que ha propuesto el general Zabdas a instancia del general Giorgios se sufragará con el botín del año pasado.

Zabdas miró a Giorgios sorprendido. En las últimas semanas Odenato les había ordenado que intensificaran los ejercicios militares y que reclutaran un millar más de mercenarios, pero nada había comentado sobre una inmediata expedición militar. Ambos habían supuesto que se trataba de reforzar las defensas en espera de una contraofensiva persa. Se habían equivocado: Odenato pretendía tomar otra vez la iniciativa.

Zabdas y Giorgios cenaban juntos en la taberna de Tielato. La tarde era cálida, el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y las estrellas todavía no brillaban en el cielo sereno.

Un olor a carne asada aderezada con especias inundaba todo el establecimiento, a cuyas mesas se sentaban ricos mercaderes en tránsito en Palmira, algunos escultores griegos que estaban trabajando en unos nuevos relieves para el templo de Nebo y media docena de altos oficiales del ejército.

Tielato, que a Giorgios le pareció todavía más gordo que cuando lo conoció, contemplaba la buena marcha de su negocio apoyado en el quicio de la puerta de la cocina, de donde continuamente salían sirvientas portando humeantes platos.

—Ese fue el primer tipo que conocí al llegar a Palmira. —Giorgios señaló con un gesto de su cabeza a Tielato.

—Es un tipo repelente, un saco de grasa rancia que sería capaz de cocinar la carne de sus propios hijos y servirla a sus clientes si con ello ganara algunas monedas. Pero las salsas de su cocina son las mejores de todo Oriente, tal vez de todo el Imperio. ¿Has probado esa agridulce que elabora con dátiles, pistachos, miel, varias especias de la India y leche fermentada? Asegura el muy cabrón que la inventó él, pero dudo que un cerdo de ese porte haya sido capaz de idear un condimento tan delicado.

—Sí, la he probado: exquisita, en verdad.

—¿Y también te ofrecería a sus « chicas » ? Solo las putas de Tielato son de mayor calidad que sus salsas.

—En aquellos días no tenía ganas de estar con una mujer.

—Hiciste bien, las mujeres no arrastran sino complicaciones.

—¿Por eso no te has casado?

—Nunca tuve oportunidad de hacerlo; el ejército ocupa todo mi tiempo.

—¿No echas de menos una esposa? —le preguntó Giorgios a Zabdas.

—Mi verdadera esposa es Palmira —contestó el general.

—Palmira sólo es una ciudad.

—A ella me debo.

—¿Y en cuanto a las mujeres?

—Dispongo de las que me apetecen y cuando me apetecen. ¿Y tú? Según vuestras costumbres, un griego debe casarse y fundar una familia. A tus años y a deberías haberlo hecho.

—Sí, eso señala nuestra tradición. La familia es esencial en nuestra sociedad, pero no he tenido ocasión de formar una todavía. Mientras estuve destacado en el *limes* del Danubio mi única obsesión era matar bárbaros... En esa época apenas tuve tiempo para pensar en una esposa y, cuando me lo planteé, surgió la posibilidad de alistarme aquí. Espero atesorar el dinero suficiente como para poder comprar una pequeña hacienda, tal vez en la campiña de Atenas o en la llanura de Tesalia, y entonces sí, entonces formaré mi propia familia. Algún día quiero tener hijos y nietos a los que contar cómo vencimos a los persas.

Una mesonera les sirvió una bandeja con dos piernas de cordero asadas y aderezadas con la salsa agridulce, de las que dieron buena cuenta.

—¿Te gusta Zenobia? —Zabdas soltó la pregunta de improviso y desorientó a Giorgios.

—Se trata de una mujer casada...

—Vamos, he observado cómo la miras. Cada vez que aparece, tus ojos se iluminan.

—Es una mujer hermosa.

—Muy hermosa.

—¿A qué hombre no le gustaría una mujer así? ¿Has visto cómo la mira Meonio?

—No me refiero a Meonio, sino a ti.

—Zenobia pertenece a otro hombre, a cuyas órdenes sirvo —Giorgios balbucía al referirse a ella.

—Es la única mujer por la que traicionaría a Palmira; en eso tal vez yo no sea muy diferente a Meonio —se sinceró Zabdas de repente.

—Tú eres muy distinto a ese tipo. Si yo fuera el gobernador de Palmira y el esposo de Zenobia dejaría que las custodiaras sin el menor recelo, porque sé que tu lealtad se halla por encima de tus deseos y de tus ambiciones.

» Pero en cuanto a ese Meonio... Odenato debería andar con cuidado con él. Una mujer puede hacer perder la cabeza de un hombre, y un reino como Palmira es lo que ambiciona un tipo como ese. Si se incluyen Palmira y Zenobia en un mismo lote, la atracción puede ser irrefrenable. En cuanto a ti...

—No te preocupes. Sé que, para mí, Zenobia es tan inalcanzable como esas

luminosas estrellas. —Zabdas señaló hacia el cielo; fuera de la posada el sol se había ocultado y comenzaban a intuirse los primeros astros—. Siempre están ahí; noche tras noche vuelven a aparecer en el firmamento oscuro, las podemos observar, admirar, deslumbrarnos por su brillo y su belleza, incluso soñar con poder alcanzarlas, pero jamás serán nuestras. Para mí, Zenobia es una de ellas, la más rutilante y hermosa, pero la más lejana e inaccesible. Lo único que puedo hacer es dar las gracias a los dioses por saber que existen y admirarlas.

Pobre general, pensó Giorgios, un hombre de apariencia tan dura y sobria en el fondo no era sino un desdichado enamorado de aquella hermosa muchacha de dieciséis años a la que jamás podría conseguir.

Tras la cena, en la soledad de sus aposentos en el cuartel general, donde se había trasladado cuando fue nombrado general de los catafractas, Giorgios pensó en Zenobia; intentó recordar cada rasgo de su rostro hermoso y claro, su sonrisa fresca, sus dientes blanquísimos, su pelo negro y brillante, su cuerpo de amazona, aparentemente frágil pero flexible y fuerte, y supo que su corazón también estaba siendo atrapado por aquella mujer inalcanzable.

Capítulo X

*Mesopotamia, verano de 262;
1015 de la fundación de Roma*

A finales de primavera, justo antes de que las primeras cosechas fueran recolectadas, Odenato lanzó una nueva ofensiva contra los sasánidas. Si la del año anterior fue inesperada, en esta ocasión el ejército persa todavía estaba menos preparado si cabe. Sapor I había pasado todo el invierno refugiado tras las murallas de Ctesifonte, sin mostrar reacción alguna para evitar un segundo ataque de los palmirenos. El que Odenato se hubiera retirado de Ctesifonte el año anterior, sin probar siquiera un intento de asalto a la ciudad, había convencido al soberano sasánida de que la intención del palmireno no era otra que obtener un cuantioso botín. Por ello lo consideró poco más que un bandido, uno de aquellos jefes de las tribus árabes que se dedicaban a organizar partidas de bandoleros con las cuales asaltar pequeñas caravanas o saquear aldeas indefensas.

Pero Sapor se equivocó. Odenato no era un bandido y sus acciones no eran equiparables a las de los ladrones de caravanas. Un bandido se limitaba a saquear, a robar y a escapar corriendo para vivir de su rapiña. Odenato controlaba su ejército y mantenía la administración de miles de personas. Sus antepasados habían convertido una aglomeración de cabañas y tiendas de campesinos, pastores y camelleros en una ciudad magnífica, con sus magistraturas, su hacienda y su gobierno propio. Odenato había obtenido títulos que nadie había ostentado hasta entonces y era el único hombre en todo el Imperio que se codeaba de igual a igual con el emperador de Roma. Al frente de un puñado de palmirenos y con el refuerzo de algunos mercenarios había derrotado al gran emperador de Persia, había destruido sus principales fortalezas en Mesopotamia y había puesto en jaque al vencedor de las siete legiones romanas de Valeriano. No, no era un vulgar bandido sino un gran general, un audaz y valeroso soldado y un habilidoso estratega.

Por consejo de Giorgios, los soldados del ejército palmireno fueron provistos con un equipo de utensilios similar al de los legionarios. Cada soldado debía portar, además de sus armas, un petate en el que cupieran una capa y una manta

de lana, un cazo y una sopera para la comida, una cantimplora con agua suficiente para tres días, comida para el mismo período de tiempo y, además, media docena de estacas de madera de seis palmos de largo, una soga de veinte pasos de longitud y un pico y una pala pequeños.

En apenas dos semanas desde que saliera de Palmira, el ejército de Odenato se plantó de nuevo, como el año anterior, en el corazón de Mesopotamia.

Cuando el soberano sasánida se enteró de la nueva cabalgada de Odenato, él mismo se instaló, con algunas de sus esposas, en un campamento que ordenó levantar a unas pocas millas al norte de su capital, dispuesto a hacer frente desde allí a la acometida de los palmirenos. No quería que sus súbditos lo tildaran de cobarde, como ocurriera el año anterior, cuando se refugió en la ciudad y no ofreció combate abierto a Odenato. Sin embargo cometió el error de salir de Ctesifonte antes de que sus generales pudieran desplegar y hacer operativos los regimientos de catafractas.

Gracias a sus espías, Odenato se enteró de que la caballería pesada sasánida seguía acuartelada en Ctesifonte. En cuanto llegaron a la vista del campamento del rey sasánida, ordenó atacar el pabellón de Sapor antes de que los catafractas estuvieran listos para el combate. Los palmirenos cayeron sobre los persas como un huracán. Sapor, que no esperaba el ataque, dispuso en primera línea de combate varios destacamentos de infantería integrados por campesinos inexpertos en la batalla, reclutados a toda prisa y a la fuerza. Apenas sabían combatir, carecían de temple y se arrugaron de miedo cuando vieron aparecer ante sus ojos a los fieros jinetes acorazados que encabezaba Giorgios, cuyo casco estaba adornado con unas garras de águila.

La carga cerrada de la caballería pesada palmirena arrasó las primeras líneas de la infantería enemiga y las dispersó con la misma facilidad que el vendaval arrastra las hojas secas en la tormenta.

Las lanzas de los jinetes palmirenos ensartaron a los atemorizados infantes persas, que, desprovistos de armadura, fueron masacrados sin piedad, mientras los jinetes de la caballería ligera, equipados con sus arcos cortos, asaeteaban a los que huían despavoridos. Centenares de horrorizados campesinos, utilizados como improvisados e inexpertos soldados, fueron liquidados en unos instantes, pues la mayoría quedó paralizada de terror y apenas ofreció resistencia. Los soldados persas veteranos, colocados en la segunda línea, algunos de ellos ya bregados en anteriores guerras contra los romanos, dudaron. Sin la defensa de los catafractas, que seguían en Ctesifonte, los generales de Sapor decidieron colocarse en la retaguardia y aquella maniobra fue interpretada por las mejores tropas persas como una retirada. Carentes del ánimo de sus jefes y abatidas las primeras líneas, los soldados veteranos dieron unos pasos atrás y abrieron su formación, quedando sus filas descolocadas y descompuestas. Entre ellas se coló Giorgios al frente de sus caballeros acorazados que, formando en cuña, rompieron por varios

sitios el segundo frente de la infantería persa, ante lo que se produjo una desbandada general. El joven Hairam se condujo con valor en la batalla; aprendía rápido de la experiencia del griego, que en los combates siempre se mantenía cerca del primogénito de Odenato.

En unos instantes, la avanzada de la caballería pesada palmirena, que mantenía una posición cerrada y sólida en forma de rombo, alcanzó las primeras tiendas del campamento sasánida y el emperador Sapor, viéndose amenazado, huyó precipitadamente, abandonando a algunas de sus esposas y concubinas y no pocos tesoros que había llevado consigo al campamento para que sus soldados se convencieran de su determinación de resistir.

En cuanto las atribuladas tropas persas se apercebieron de la huida de su emperador, corrieron en desbandada alejándose del frente de aquella batalla. Odenato ordenó entonces que el ataque se concentrara en el campamento de Sapor a fin de recoger el botín abandonado allí mismo y para evitar la dispersión de su ejército.

Giorgios desplegó sus regimientos de jinetes acorazados en el flanco sur, formando una barrera de trescientos pasos de ancho a modo de protección de un posible contraataque de la caballería pesada persa, cuyos catafractas habían llegado tarde a la batalla y ni siquiera tuvieron la oportunidad de intervenir; estos, desorientados ante la falta de decisiones de sus generales y confusos por la huida desordenada de la infantería, se detuvieron al contemplar el formidable muro de jinetes acorazados palmirenos que había formado Giorgios.

Las dos formaciones de jinetes acorazados estaban ahora frente a frente. Los catafractas, que se consideraban herederos del batallón de los Inmortales, la guardia personal de los grandes emperadores persas del pasado, ofrecían un aspecto formidable. Sus grandes caballos, cubiertos de placas de acero, pafaban nerviosos ante la batalla que se intuía; a unos quinientos pasos de distancia, los palmirenos enarbolaban sus lanzas, todavía ensangrentadas tras haber masacrado a la infantería de Sapor. El rutilante estandarte rojo de Palmira tremolaba al viento.

—Preparados para rechazar su carga. Manteneos firmes y no dudéis. ¡Fuerza y honor! —gritó Giorgios para evitar cualquier atisbo de desánimo.

La carga de los catafractas parecía inminente, pero cuando los palmirenos y la esperaban, los persas dieron media vuelta y se marcharon en busca de la protección de los muros de Ctesifonte sin siquiera amagar con un envite.

Mientras los persas se alejaban hacia el sur rodeados por los restos de la infantería, Zabdas percibió la maniobra de su subordinado y se ratificó en que había sido una decisión muy acertada nombrar a aquel griego como su segundo.

Acabada la batalla, con los sasánidas desbaratados y en retirada, Odenato se dirigió al pabellón de Sapor, una enorme tienda de fieltro y seda en la que algunos soldados custodiaban las ricas posesiones que había abandonado su

dueño.

—Señor —informó Zabdas—, hemos encontrado media docena de cofres cargados de objetos de oro, plata, piedras preciosas y perlas; y a treinta mujeres. Todas dicen que son esposas de Sapor, aunque creo que algunas son criadas y esclavas.

—Veamos. —Odenato entró en el enorme pabellón imperial, decorado con los emblemas de la dinastía sasánida y con tapices bordados en seda con escenas de animales y flores.

En el centro de la estancia principal, separada del resto mediante pesados cortinajes de lino, se habían colocado las seis arcas y a un lado se agrupaban las bellísimas mujeres, custodiadas por soldados que las observaban asombrados. Odenato comprobó uno a uno el contenido de los baúles.

—Dice uno de los escribas que contienen tesoros por un valor de no menos de millón y medio de sestercios —informó Zabdas.

—¿Puedo quedarme con algunas joyas y con tres de esas mujeres? —preguntó Hairam, entusiasta admirador de todo lo persa.

—La mitad de este botín se repartirá entre los soldados, incluidos los que se han quedado custodiando Palmira. Con el resto financiaremos las obras de abastecimiento de agua, como prometí. Si todavía sobra dinero, levantaremos un nuevo templo en Palmira —decidió Odenato ignorando la petición de su primogénito.

—¿En honor a qué dios? —preguntó Zabdas.

—En el de todos los dioses, como el que dicen que existe en Roma.

Giorgios entró en el pabellón.

—Sapor ha huido hacia Ctesifonte protegido por los catafractas; deberíamos perseguirlo, tal vez podamos darle alcance todavía —propuso.

Odenato lo miró contrariado. Acababa de darse cuenta de algo que Giorgios había intuido desde el principio del ataque: el abandono del pabellón imperial había sido una treta de Sapor para distraerlos y retardar el avance de los palmirenos, y así ganar tiempo para escapar con sus mejores tropas intactas. Si lo hubieran perseguido en lugar de detenerse para apoderarse del botín, es probable que ahora no sólo tuvieran ese tesoro en sus manos, sino también al propio Sapor y todas las riquezas de Persia.

Solo Giorgios se había apercebido de ello en el fragor del combate y, además, había ordenado a sus jinetes que se colocaran en guardia por si la maniobra de Sapor encerraba una trampa y decidía regresar con tropas de refresco aprovechando que los palmirenos estaban distraídos con el saqueo del campamento, una táctica que habían utilizado con éxito grandes generales en el pasado.

Odenato había cometido un error estratégico, pero sólo Giorgios y Zabdas se habían percatado de ello.

—Reagruparemos las tropas y descansaremos aquí esta noche. Mañana continuaremos hacia Ctesifonte. General —le ordenó a Giorgios—, encárgate de organizar los turnos de la guardia de noche.

—¿Qué hacemos con estas hermosas mujeres, señor? Algunas de ellas son esposas imperiales —preguntó Zabdas.

—No merecen pertenecer a un cobarde. Hiram —Odenato se dirigió a su hijo—, elige a las tres que más te gusten y quedatelas, pero no cojas ni una sola de esas joyas; y si a alguno de vosotros, mis generales, os apetece alguna de esas mujeres, tomadla. Las demás vendrán con nosotros a Palmira. Creo que habrá comerciantes dispuestos a casarse con las que han sido esposas de un rey.

Meonio, que había asistido a esa escena con una irónica sonrisa en sus labios, se acercó hasta Giorgios y le susurró:

—Ese muchacho —se refería a Hiram— no será un buen gobernante; le gusta demasiado el lujo y un soldado debe regirse por la disciplina y la austeridad.

Giorgios se volvió hacia el primo de Odenato, que sonreía como un perro, con ese rictus propio de los cínicos y los cobardes.

—Todavía es peor un aspirante ambicioso y ávido de poder que un gobernante al que le atraiga lo bello.

Ante la respuesta del general, Meonio apretó los dientes y torció el gesto.

Las imponentes murallas ocreas de Ctesifonte seguían siendo un obstáculo insalvable para el ejército palmireno.

Odenato las contemplaba con impotencia desde la llanura regada por el curso del río, entre feracísimas huertas y frondosos palmerales. Además de por los poderosos muros, la capital de Sapor estaba defendida por profundos fosos y trincheras que la convertían en un objetivo muy difícil de conquistar.

—De nuevo estamos aquí. ¿Qué sugieres ahora, Zabdas? —preguntó a su general.

—Tenías razón, mi señor, con nuestras fuerzas no podemos conquistar esa ciudad. Apenas disponemos de capacidad para mantener un asedio que se volvería contra nosotros si Sapor concentrara aquí a tropas procedentes de diversas provincias de su Imperio. Observa sus muros y sus defensas... Serían necesarias decenas de máquinas de asalto, las más potentes catapultas y, sobre todo, varios miles de hombres más para intentar el asalto a Ctesifonte. Y si lográramos romper esos muros y ocupar la ciudad, ¿qué haríamos luego? ¿Cómo la mantendríamos en nuestro poder? Es probable que dentro de esas murallas haya más de doscientas mil personas; veinte por cada uno de nuestros soldados. Acertaste cuando hablaste de ello durante la campaña del año pasado. Hemos causado otra importante derrota a Sapor y le hemos demostrado que podemos

vencerlo en campo abierto una y otra vez. No creo que se atreva a lanzar una contraofensiva sobre Palmira o sobre cualquier otra ciudad de Siria en mucho tiempo. Nuestros soldados están contentos por la victoria y alegres por el reparto del botín que les has prometido. Si regresamos ahora, lo haremos triunfantes y dichosos. Mi opinión es que debemos regresar a casa.

Zenobia, que había permanecido al margen hasta entonces en aquella campaña, miraba a los dos guerreros sentada sobre almohadas de seda en una de las sillas de madera con sendas cabezas de toro labradas en los reposabrazos que se habían requisado en el campamento de Sapor.

—Zabdas ha hablado con sabiduría. Si seguimos aquí sólo podemos perder cuanto hemos ganado. Retornemos a Palmira. —Zenobia se incorporó de su asiento y dio un par de pasos hacia los dos hombres.

—¿No quieres que te ofrezca Ctesifonte y sus riquezas? —le preguntó Odenato.

—Ya hemos conseguido bastante más de cuanto habíamos siquiera imaginado. Muchos de nuestros soldados son mercenarios, pero otros son campesinos, artesanos y comerciantes que anhelan retornar a casa cuanto antes; permíteles que disfruten de esta nueva victoria en compañía de sus mujeres e hijos.

—De acuerdo; regresamos.

Aquella noche no hubo fiesta en el campamento palmireno. Algunos hombres quisieron celebrarlo en cuanto sus comandantes les comunicaron el regreso, pero Giorgios los convenció para que se mantuvieran alerta, pues los sasánidas seguían siendo peligrosos, y les pidió que reservaran su alegría para cuando se encontraran de vuelta en Palmira. No sería la primera ocasión en la historia de las guerras en que un ejército se relajara tras una victoria y fuera sorprendido al día siguiente por su enemigo. El general ateniense sabía que los catafractas persas mantenían todos sus regimientos intactos y dudaba si en un enfrentamiento en campo abierto serían capaces de derrotarlos.

Meonio habló con Odenato y le aconsejó que reprimiera las ansias que su hijo Hairam mostraba hacia el lujo y la atracción por lo persa, pues no era un buen ejemplo para los palmirenos. Pero Odenato sentía una especial debilidad por su primogénito, al que consentía casi todos sus caprichos. Aquella misma noche el lecho del heredero fue ocupado por las tres más bellas esposas de Sapor, que pasaron a formar parte del pequeño harén del joven Hairam, en el que ya moraban una docena de hermosas mujeres.

La vuelta a Palmira se realizó con precauciones similares a las que se habían organizado al inicio de la campaña y el ejército fue recibido con los mismos fastos que el año anterior. Hereniano, de año y medio de edad, corrió en esta ocasión hacia los brazos de su madre, que lo besó con delicadeza ante la mirada complacida de Odenato.

Algo estaba ocurriendo entre las gentes de aquella ciudad del desierto que estaba alterando su espíritu de comerciantes, ganaderos y campesinos, transformándolo en uno nuevo de soldados y guerreros; en ello tenía mucho que ver el gobierno de Odenato y sus contundentes victorias contra Persia. Desde luego, parecía que era mucho más fácil hacerse rico conquistando un gran botín a los sasánidas que arriesgando en el comercio con las caravanas.

*Palmira, otoño de 262;
1015 de la fundación de Roma*

Poco tiempo después del regreso a Palmira de la expedición a Ctesifonte, un correo imperial enviado por Galieno se presentó ante Odenato con la solicitud de ayuda urgente. El hijo de Valeriano no era reconocido como legítimo emperador en la mitad de las provincias del Imperio y en varias de ellas ciertos generales que tenían algunas legiones bajo su mando se habían autoproclamado emperadores. La revuelta más importante la habían protagonizado Macrino y Quieto, hijos del prestigioso general Macriano que, aunque ya anciano, continuaba gozando de un enorme prestigio entre los legionarios. Macriano y Carisio, otro condecorado general, habían negado fidelidad a Galieno, alegando su cobardía y su inanidad ante la captura de su padre por los persas, y ambos manifestaron su apoyo a los rebeldes.

En su carta, Galieno trataba a Odenato como a un igual, lo calificaba como corregente en Siria, lo que suponía la delegación efectiva del poder imperial en esa provincia del Imperio, y concedía a la ciudad de Palmira el título de «metrocolonia», una dignidad que suponía equipararla con la mismísima Roma.

En la terraza de su palacio, Odenato y Zenobia bebían vino dulce de Anatolia en copas de oro persas. Hereniano jugueteaba a su lado con una espada de madera persiguiendo a un perrillo que soportaba con paciencia sus acometidas.

—Mira nuestra ciudad, la segunda Roma —dijo Odenato orgulloso mientras sus dedos recorrían los pequeños relieves de las cabezas de toros cinceladas en su copa—. Roma nos necesita para poder sostener su Imperio.

—No entiendo a los romanos —intervino Zenobia—. Todos dicen amar su ciudad, sentirse orgullosos de su origen, vivir y luchar sólo por la grandeza de su Imperio, y en cambio se masacran entre ellos por alcanzar el poder y la púrpura y son capaces de arrastrar a la ruina a Roma si con ello consiguen poder, propiedades y dinero.

—Siempre ha sido así. Los hombres somos codiciosos, esposa mía, y anhelamos atesorar más riquezas, más honores, más posesiones. La ambición es la palanca que nos mueve.

—Algunos hombres creen en la fuerza del espíritu.

—Los espíritus no mueven el mundo.

—¿Ni siquiera los de Roma?

—Roma creció y se hizo grande como una república, una forma de gobierno ajena y extraña a lo que conocemos aquí en Oriente, pero cuando se procuró el dominio de la mitad de la tierra se convirtió en un imperio. Sus primeros emperadores crearon la ficción de que se mantenían las antiguas formas republicanas de gobierno de las que estaban tan orgullosos, y les placía mostrarse en público y hablar ante las masas como si sus personas estuvieran equiparadas a cualquiera de los demás ciudadanos. Pero no eran sino vanas apariencias, pues con el triunfo de Julio César todo cambió: Octavio Augusto, su hijo adoptivo y primero de sus emperadores, fue divinizado y se le erigieron templos y altares; algunos de sus sucesores se proclamaron hijos de los dioses, o dioses mismos en vida, y exigieron que se les rindiera culto en los templos, que se les erigieran estatuas a manera de las divinidades y se les consagraran santuarios propios. Se alteraron sus antiguos modos republicanos de gobierno, pero no sus ansias de expansión militar ni sus deseos de conquistar el mundo. Los romanos estaban decididos a que todo el mundo fuera romano.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Zenobia.

—Yo también he leído algunos libros de historia que me ha recomendado Calínico, y he sacado de ellos mis propias conclusiones. Un gobernante debe conocer el mundo en el que vive. Escúchame con atención: algún día yo desapareceré y mi hijo Hairam será mi sucesor. Cuando eso ocurra tú seguirás aquí; eres mucho más joven que yo y la ley de la Naturaleza impone que yo muera antes. Hairam es un muchacho valeroso y noble, pero carece de inteligencia para el gobierno y se siente demasiado atraído por el lujo y por el modo de vida de los persas. Tras la campaña a Ctesifonte ha decorado su tienda con estatuas, cortinajes dorados y tapices de seda requisados a los persas. Cuando yo falte tú deberás asistirlo en las tareas que caerán sobre él. Por eso quiero que aprendas cuanto sean capaces de enseñarte los mejores maestros que pueda traer a Palmira.

—¿Confías en mí hasta ese extremo?

—Eres muy inteligente, y tienes el valor y la sangre fría necesaria como para que no te tiemble la mano a la hora de adoptar decisiones trascendentes. Has aprendido más en estos dos últimos años que muchos hombres durante toda su vida. Sé que cuando yo ya no esté aquí y Hairam dude ante un problema, tú sabrás aconsejarlo bien.

—¿Estás seguro de que haré como dices?

—Completamente, porque amas Tadmor tanto como yo mismo.

Odenato ordenó a las esclavas que se llevaran a Hereniano e indicó a los eunucos que los dejaran solos. Entonces besó a su esposa y le acarició el cabello. Su rostro, ya de por sí moreno, se había oscurecido todavía más al contacto con

el sol y el aire en las cacerías en las montañas del norte y en las expediciones militares. Sus ojos, profundos como la noche más oscura pero luminosos como el sol, brillaban cual perlas negras a la luz dorada de los pebeteros, donde se consumían perfumes de la más delicada mirra, que inundaban de un aroma sutil y elegante la terraza.

Las ávidas manos de Odenato recorrieron el torneado cuerpo de Zenobia, deteniéndose en cada porción de su piel, suave y delicada como la más refinada de las sedas, y volvió a sentirse el más afortunado de los hombres. Aquella noche hicieron el amor y fruto de ese encuentro se produjo un nuevo embarazo de la princesa de las palmeras.

Giorgios recibió la orden de preparar la caballería de inmediato.

—¿Una nueva incursión contra los persas? —le preguntó a Zabdas, sorprendido.

—No; en esta ocasión vamos a combatir contra los romanos —respondió el general—. El emperador Galieno ha pedido a nuestro señor Odenato que acuda con sus tropas al encuentro de dos usurpadores que se han autoproclamado emperadores de Oriente. Se trata de dos idiotas llamados Macrino y Quieto, hijos de un ilustre soldado al que la vejez ha convertido en un imbécil. ¿Los conoces?

—A sus hijos no, pero a Macriano sí. Como general todavía disfruta de gran prestigio entre los legionarios. Él mismo se postuló como emperador, apoyado por dos legiones, cuando Galieno asumió el título de agosto. Es un buen soldado, y no creo que sea tan imbécil como supones. Hasta ahora siempre se ha comportado como un fiel soldado de Roma, si se ha levantado contra el hijo de Valeriano y apoya a sus hijos, sus razones tendrá.

—No te gusta Galieno —dedujo Zabdas.

—Lo conozco, y yo diría que no es el mejor de los emperadores posibles. Entre los romanos no goza de prestigio; tiene muchos enemigos en el Senado, en los gobiernos de las provincias y en el mismo ejército. En vez de preocuparse por los graves problemas que agobian al Imperio se dedica a organizar fiestas y banquetes y a lucir una imagen poco digna de un emperador. He oído que se tiñe el pelo de amarillo y que espolvorea oro sobre sus cabellos porque de ese modo se cree más próximo a la imagen de un dios. Un tipo así no es de fiar.

—Pues ahora es nuestro principal aliado.

En ese momento Odenato entró en la sala donde conversaban sus dos generales; lo acompañaba Meonio.

—Disponed todo lo necesario. Saldremos de inmediato hacia Anatolia con diez mil hombres. El emperador Galieno nos ha pedido ayuda para derrotar a dos usurpadores que no reconocen su autoridad. —Aquella fue la primera ocasión en que denominó con ese título al hijo de Valeriano.

—Mi señor, en el Imperio florecen los candidatos que se autoproclaman emperadores. Además de Macrino y de Quieto, también se han proclamado augustos un tal Valente en la región griega de Acaya, Pisón en la de Tesalia, el general ilirio Aureolo en Panonia, el tribuno Emiliano en Egipto, y continúan su rebeldía Postumo en la Galia occidental y Britania y Tétrico en la Galia oriental. ¿Deberemos luchar contra todos ellos? —Zabdas realizó aquella pregunta con manifiesta ironía, propia de su confianza y amistad con Odenato.

—Galieno me ha pedido que mantengamos la estabilidad en Grecia y Anatolia; del resto del Imperio ya se encargarán sus generales. Teodoto, su fiel lugarteniente, va camino de Egipto para derrocar a ese Emiliano. Ahora se trata de controlar Oriente; Occidente vendrá después.

—Si ocupamos a las mejores tropas de nuestro ejército en esta campaña, dejaremos desprotegida Palmira de un posible contragolpe persa —previno Zabdas.

—¿Qué opinas tú, ateniense?

—Si Sapor se entera de que Palmira ha quedado sin guarnición, y no dudo de que sus espías lo informarán convenientemente, podría tener la tentación de atacar nuestra ciudad para vengar sus derrotas y resarcirse de las pérdidas que le hemos causado. Yo haría eso mismo en su caso —precisó Giorgios.

—Pero Sapor no lo hará. Los agentes que nosotros tenemos infiltrados en su corte nos han informado de que está hundido por las dos derrotas que le hemos infligido. Además, haremos correr el rumor de que la próxima primavera realizaremos una nueva campaña contra Ctesifonte, más contundente y rotunda que las anteriores. Eso lo mantendrá todo el próximo invierno muy ocupado en reforzar las defensas de su reino y tendremos las manos libres para ayudar a Galieno a recuperar su dominio sobre Grecia y Anatolia —comentó Odenato—. Meonio, tú te quedarás en Palmira al frente de la defensa de la ciudad.

—Preferiría acompañarte en esta campaña, primo.

—Alguien de mi confianza debe permanecer aquí por si mis previsiones resultan fallidas y los persas intentaran un ataque sorpresa.

—Está Longino.

—El filósofo no es un soldado. Longino quedará al mando del gobierno de la ciudad, pero tú serás el responsable de su defensa.

Meonio sonrió.

Las tropas de los hijos de Macriano fueron aplastadas por el ataque combinado de la caballería pesada y los arqueros de Palmira con el apoyo de la infantería de dos legiones leales a Galieno. Los inexpertos soldados reclutados a toda prisa en los campos del centro de Anatolia por el viejo general, que intentó hacer valer la autoproclamación de sus dos hijos, no pudieron resistir la acometida de los experimentados legionarios curtidos en las guerras fronterizas del Danubio contra los bárbaros combinada con la contundente carga de los

jinetes acorazados dirigidos por Giorgios, cubiertos en sus flancos por los mortíferos arqueros palmirenos.

Tras tres meses de campaña y derrotados los dos usurpadores, ya bien entrado el invierno, regresaron a Palmira; a la vez, recibieron la noticia de que Egipto también había sido reintegrado a los dominios fieles a Galieno. Toda la mitad oriental del Imperio, la más rica y poblada, había sido sometida a la obediencia del hijo de Valeriano, y los usurpadores derrotados en tan sólo seis meses. Ahora le tocaba el turno a las provincias rebeldes en Occidente. Roma parecía comenzar a recuperarse del desastre.

Capítulo XI

Palmira, verano de 263; 1016 de la fundación de Roma

Pacificada y reintegrada la autoridad de Galieno en la mitad oriental del Imperio y con los sasánidas encastillados en espera de un nuevo ataque, la primavera discurrió de un modo extraordinariamente calmado. Los persas habían recibido un escarmiento de tales proporciones que Sapor, cansado y envejecido, no se atrevió a salir de las murallas de Ctesifonte y, tras algunos momentos de incertidumbre, los comerciantes pudieron organizar sus caravanas con completa seguridad a través de los caminos de Siria. Ni siquiera los bandidos se atrevieron a acosar a los convoyes más humildes.

Palmira volvió a bullir de actividad. Las rutas estaban abiertas y la ciudad del desierto mantuvo su trasiego de gentes y de mercancías entre oriente y occidente. Los mercados se abastecieron con productos de medio mundo y la riqueza de los palmirenos recuperó la bonanza de tiempos de los grandes emperadores Trajano y Adriano.

Zenobia gestó a su segundo hijo con plena tranquilidad. El amuleto de aetita contra los abortos funcionó de nuevo y dio a luz a un segundo niño al que Odenato impuso el nombre de Timolao. Los palmirenos estaban orgullosos de su soberano: había vencido a los persas en cuantas ocasiones se había enfrentado a ellos, había restituido la riqueza de la ciudad y estaba casado con la mujer más bella de Oriente, tal vez de todo el mundo, la cual le había dado dos hijos varones, y, por su juventud y su lozania, estaba en condiciones de proporcionarle muchos más. Los genios del destino les sonreían.

La mitad de los mercenarios contratados para las campañas contra los sasánidas y contra los usurpadores fueron licenciados y regresaron a sus aldeas en Armenia, en Siria o a los campamentos de sus tribus beduinas en el desierto árabe, todos con una considerable paga en sus bolsas tras haber jurado lealtad eterna a Odenato. Antes de la partida fueron congregados a un gran banquete en la explanada de las afueras de la puerta de Damasco, donde se asaron corderos y bueyes, corrió con abundancia el vino blanco de Grecia y el rojo de Siria y

Anatolia y se cantaron canciones de guerra y de victoria.

Zenobia, que había parido a su segundo hijo hacía apenas un mes y ya se encontraba repuesta, se unió a la fiesta como un soldado más.

Giorgios departía con algunos de los comandantes de la caballería, uno de los cuales acababa de vencer en la carrera de caballos que se había celebrado antes del banquete y en la que habían participado los mejores jinetes del ejército palmireno; entre ellos estaban el joven príncipe Hairam, que había sido derrotado, pese a disponer de uno de los mejores caballos, y que alardeaba del ardor en la cama de sus tres esposas persas como un pavo real. Uno de los comandantes le recomendó moderarse, pues ocurría a veces que demasiada práctica podía acarrear impotencia. Hairam le respondió que era joven y que su virilidad era capaz de satisfacer a tres de sus concubinas cada noche, y que, en cualquier caso, si en alguna ocasión desfallecía, sabía de un remedio afrodisíaco infalible. Consistía en tomar un brebaje elaborado con el jugo del guiso de un lagarto escinco mezclado con granos de jaramago, aceite de mirra y pimienta, un preparado también efectivo para otros males, pues aplicado en forma de apósito servía para curar las heridas provocadas por flechas envenenadas. Ante las bravuconadas de Hairam, Meonio sonreía y animaba a su sobrino aplaudiendo todas sus ocurrencias.

Entonces la vio acercarse. Atardecía y el sol del noveno mes del calendario romano teñía de rojo las colinas de Palmira, que parecían esculpidas en fuego. Vestía unos pantalones de seda verde y se ceñía el cuerpo con una faja de seda de color púrpura de la cual colgaban varios engarces de piedras preciosas entre las que destacaba, justo en el centro, a la altura del vientre, un enorme broche en forma de caracol, un regalo de Odenato, la joya más exquisita de las capturadas en el tesoro de Sapor.

—¿Estáis disfrutando de la fiesta? —les preguntó Zenobia.

Los soldados respondieron con afirmaciones, algunos balbuceando ante la presencia de la mujer a la que tanto admiraban.

—Mi señora —tomó la palabra Giorgios—, ha sido un enorme privilegio servir a las órdenes de tu esposo.

—Acompáñame, general.

Zenobia dio unos pasos y se giró hacia Giorgios, que permanecía quieto al lado de sus comandantes.

—¿Acaso te da miedo una débil mujer? —le preguntó.

—No, no, por supuesto que no, señora.

Meonio miró al ateniense conteniendo su ira. Aquel extranjero parecía haberse ganado el favor de Zenobia, mientras él, aspirante en silencio al trono de Palmira, siempre había sido ignorado por la esposa de su primo.

Zenobia esperó a que Giorgios llegara a su lado e iniciaron un paseo hacia las palmeras, ante los ojos celosos de Meonio.

—Háblame de Atenas —le pidió.

—Es la ciudad más brillante del mundo, señora. Sus templos, sus teatros y sus escuelas no tienen igual en ninguna otra ciudad del Imperio, aunque creo que en los últimos tiempos han cerrado algunas debido a la inseguridad provocada por los ataques de los bárbaros y por las penurias económicas, pero Atenas resurgirá de nuevo, cual el Ave Fénix.

—¿Es más hermosa que Palmira?

—En Atenas están la Acrópolis, con sus magníficos templos, el ágora, el gran teatro donde estrenaron sus obras Sófocles, Eurípides y Aristófanes, el inacabado templo de Zeus, la Academia de filosofía que fundara Platón... Pero en Palmira estás tú, mi señora —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—; sólo por eso, creo que Palmira supera a Atenas y a cualquier otra ciudad del mundo.

Giorgios miró a Zenobia a los ojos, esos ojos negros y brillantes que irradiaban un vigor extraordinario. La suya era la mirada de una diosa; sí, así debían de ser los ojos de las diosas del Olimpo, pensó.

El intenso perfume de esencia de áloe y narciso que se había aplicado Zenobia inundó la nariz de Giorgios, que volvió a contemplarla y a admirar su increíble belleza, su sonrisa, sus dientes perfectos e inmaculadamente blancos y su cabello negro irisado de reflejos azulados. Le sobrevino la tentación de abrazarla y besarla, pero se contuvo. Era la esposa de su señor, de Odenato, del hombre que lo había ascendido al rango de general de la caballería palmirena y que le había otorgado toda su confianza.

Además de su hermosura, había algo en aquella mujer que lo atraía como la magnetita al hierro. Desde luego admiraba su talle de diosa, sus caderas ahora más rotundas tras los dos partos, su cintura estrecha y su vientre firme, sus pechos redondos y armoniosos, y sus brazos y sus piernas como cincelados en mármol por los mismísimos Fidias o Praxiteles, pero, sobre todo, relucía su espíritu, un espíritu fascinante que la rodeaba con un aura que hubiera envidiado el más noble de los dioses del cielo.

—Me halagas, general.

—Ya sabes cuánto te admiramos todos los palmirenos, señora.

—Tú eres griego.

—Desde ahora, también me considero un palmireno más.

—Esta ciudad es acogedora para los que vienen a contribuir a su grandeza; y tú la has ayudado mucho con tu espada. Mi esposo te tiene en gran estima. En alguna ocasión me ha dicho que tu presencia en el ejército ha sido muy importante para nuestras victorias sobre los sasánidas.

—Agradezco las palabras de tu esposo, señora, pero Odenato ya los derrotó en ocasiones anteriores sin mi ayuda, y, si he de serte sincero, creo que tú has sido la causa principal de tantos triunfos.

—¿Yo, una mujer?

—Sí, tú, señora. Si les preguntaras uno a uno a nuestros soldados y fueran sinceros en sus respuestas, te confesarían que fuiste tú la razón esencial de su empeño en cada una de las batallas. Te veían a su lado, vestida como ellos, con tu casco de combate de plata adornado con las plumas escarlatas y querían ofrecerte todas las victorias. Te aseguro que no hubiéramos luchado con tanto vigor y tanta fuerza si tú no hubieras estado allí cada vez que nos enfrentamos con los persas.

—Creo que exageras, general.

—En absoluto, mi señora. Dura Europos, la principal fortaleza de Roma en Mesopotamia, fue arrasada sin remedio pese a sus formidables muros, y las siete mejores legiones que pudo reunir Valeriano fueron desbaratadas por el ejército de Sapor. Entre los defensores de Dura Europos o entre los soldados de aquellas siete legiones no había hombres ni más cobardes ni más débiles que entre los nuestros, ni, probablemente, eran peores sus estrategas. La diferencia en esos combates, mi señora, es que los palmirenos te tenían a ti y los romanos no. En ti contemplan una señal, el símbolo vivo de Palmira, y han luchado a muerte por ese símbolo, por ti. Puedo asegurarte que jamás he visto batirse a nadie con el vigor con el que esos soldados han luchado bajo los estandartes palmirenos. Y sé muy bien que la razón de semejante entrega en el combate has sido tú.

—¿Estás casado? —Zenobia cambió el tema de la conversación y el tono de sus palabras.

Habitualmente, y pese a su juventud, la señora de Palmira tenía un timbre de voz claro y rotundo, semejante al de un varón seguro de sí aunque modulado con la delicadeza de una dama, pero en aquellos momentos sonaba dulce y melodioso, como el susurro de una poetisa recitando unos versos delicados y líricos.

—No, no tengo esposa. Mi vida ha transcurrido en una continua guerra, entre cuarteles, fortalezas y batallas. Además, a los soldados romanos se les prohíbe contraer matrimonio, aunque esa norma no suele cumplirse nunca; en la frontera del Danubio había muchos legionarios casados y nadie les impedía tener cerca a sus esposas, a las que visitaban a menudo, en aldeas próximas al campamento. Las autoridades de las legiones suelen hacer la vista gorda en estos casos y permiten que los legionarios lleven consigo a sus mujeres y a sus hijos, que se instalan en poblados junto a los campamentos sin que nadie se lo impida.

» Todo hombre necesita una mujer a su lado. Aunque algunos de entre los más grandes filósofos griegos estiman que las mujeres distraen la atención y que lo más conveniente para un sabio es permanecer célibe y alejado de ellas.

—Por como peleas, no pareces uno de esos filósofos —comentó Zenobia.

—No lo soy. Cuando era un adolescente, mi padre dispuso que estudiara en la Academia de Atenas, y durante tres años asistí a las clases de filosofía y gramática que allí se impartían. Pero cuando los godos invadieron Grecia y

asesinaron a mi familia, la diosa Atenea, la que concede el don de la sabiduría a los elegidos, se olvidó de mí. Tal vez por la ira que me invadió o por los deseos de venganza que brotaron en mi corazón, fue Ares, nuestro dios de la guerra, el que, al parecer, intervino para marcarme con el signo de los guerreros.

—¿Has conocido a muchas mujeres? Los soldados tenéis fama de ser muy promiscuos en el amor.

—Puedo asegurarte que no es así. Si no estamos en campaña o en guerra, la mayor parte de nuestro tiempo la dedicamos a prepararnos para el próximo combate, porque hay una batalla a la vista que te espera con la muerte siempre al acecho, deseando cobrar su precio en sangre. En este peligroso oficio, si aprecias en algo tu vida, debes permanecer constantemente en guardia. Si te relajas un instante, si no ejercitas tus músculos cada día, si no mejoras tu técnica de esgrima y no mantienes despiertos tus reflejos, te aseguro que no saldrás vivo de la siguiente batalla. En un trabajo tan expuesto como este resta poco espacio para el amor. Conozco a legionarios que han servido veinte o veinticinco años en el ejército y los han pasado esperando el día de su licencia, para entonces, si han conseguido ahorrar algunos sestercios, regresar a su tierra natal, comprar una finca, buscar una esposa y convertirse en campesinos; algunos lo han logrado cuando comenzaban a rayar la ancianidad, pero otros muchos han dejado su vida en el camino.

—Tú eres un hombre apuesto, seguro que tienes mucha experiencia en el amor —insistió Zenobia.

Giorgios se acercó hasta colocarse apenas a un palmo de distancia de ella. Ahora, además del aroma de su perfume, podía sentir su aliento, fresco y dulce. Lo invadió un ardiente deseo de besarla. Levantó despacio el brazo derecho y dirigió la mano hacia el rostro de Zenobia, pero se detuvo antes de acariciarlo. Sus dedos casi rozaban la piel de la joven princesa, que el general intuía suave y cálida.

—Yo sí tengo esposo —le dijo Zenobia.

Giorgios retiró despacio su brazo pero, antes de que acabara de hacerlo, Zenobia le cogió la mano y la dirigió al centro de su pecho, justo debajo del cuello. Tal y como él había imaginado, su piel era sedosa y tersa.

—¿Has sentido algo parecido ante otra mujer?

—No he conocido a ninguna como tú, mi señora. —Giorgios tomó la mano de Zenobia y la besó—. Y no creo que exista otra semejante en ningún lugar del mundo.

El sol comenzó a ocultarse tras los cerros rocosos del valle de las tumbas y las hojas de las palmeras se tiñeron de violeta, como las doradas arenas del desierto.

Regresaron caminando hacia el improvisado campamento donde continuaba la fiesta. Giorgios se detuvo unos cien pasos antes de llegar hasta el círculo de fogatas y esperó a que Zenobia llegara hasta el grupo donde estaban su esposo y

los altos oficiales del ejército.

Odenato y Zabdas reían a carcajadas recostados sobre esterillas de fieltro alrededor de una fogata en la que, ensartados en enormes espetones, se asaban algunas aves y varios corderos; a un lado bailaban varias muchachas al son de las desacompañadas palmas de los soldados y de la música de cítaras, rabeles y tambores.

Meonio bebía vino de una copa de plata mientras observaba cómo Zenobia, que acababa de dejar a Giorgios, se acercaba hacia ellos. Se acomodó al lado de su esposo, que la besó con delicadeza, y los soldados la vitorearon alzando sus copas de vino y brindando por su prosperidad y la de Palmira.

En la distancia, el ateniense contempló la fiesta durante un largo momento; luego se alejó cabizbajo y regresó a la ciudad rumiando su melancolía. Su corazón latía como el de un corcel desbocado en la carrera.

Zenobia acababa de desayunar con Odenato y se dirigían hacia el gabinete donde ella recibía sus clases matinales.

—Pablo de Samosata sigue ejerciendo de patriarca de los cristianos de Antioquía —le dijo Odenato—. Ha vuelto a pedirme ayuda. Dice que se siente en peligro y que vive amenazado.

—¿Y qué más puedes hacer? Ese hombre es un problema.

—Pretendo convertir Palmira en un centro de cultura y para lograrlo he invitado a que se instalen aquí a intelectuales sirios, griegos, egipcios e incluso romanos. Mi plan es crear una escuela de sabios en torno a la corte y que tú y nuestros hijos recibáis la mejor instrucción posible. Pablo de Samosata es un intelectual muy relevante, del cual admiro su capacidad para la retórica. Tal vez debería convencerlo para que renunciara a su patriarcado de Antioquía y se instalara aquí en Palmira.

—Si lo que pretendes es convertir Palmira en un centro de cultura, tendrás que traer a hombres tolerantes con todas las creencias, y Pablo, a lo que parece, no lo es. Su presencia, lejos de lo que pretendes, no haría sino entorpecer la política que pretendes de acercamiento entre los distintos cultos que se practican en Siria.

—Pablo es un hombre letrado, erudito, cultísimo y con notables conocimientos teológicos, pero su perversa desviación de la ortodoxa cristiana y su carácter soberbio y colérico lo han convertido en un personaje incómodo. Desde Antioquía ha llegado una carta de la comunidad cristiana dirigida a mí como *dux* de esta provincia en la que se denuncia el comportamiento que ha mostrado tanto como patriarca cristiano como procurador civil. Según me dicen, Pablo se ha rodeado de una guardia personal formada por una docena de mercenarios violentos y brutales que lo acompañan a todas partes como si se

tratará de una jauría de feroces perros guardianes, y también afirman que ha convertido su dignidad patriarcal y su cargo como procurador *ducenviro* en una *sinecura* personal, desde donde favorece a los amigos y persigue los que no le rinden la pleitesía que exige a todos los cristianos e incluso a otras gentes no cristianas de la ciudad.

—Es decir, que ese sacerdote cristiano está actuando como un verdadero tirano —concluyó Zenobia.

—Así es. Incluso ha llegado a construirse en el templo cristiano donde radica la sede patriarcal que él ocupa una tarima de madera sobre la que ha ordenado colocar un trono, al estilo de los emperadores, desde donde dicta sentencias como procurador, rodeado de un público fiel que lo jalea como si se tratara del juez supremo del más alto e inapelable de los tribunales.

Los dos esposos llegaron al gabinete, donde Longino estaba sentado a la mesa, preparando la clase que iba a impartir a Zenobia.

El preceptor dejó sobre la mesa su tablilla de cera, donde había tomado algunas notas, y se incorporó respetuoso al ver aparecer a los dos esposos.

—¿Qué opinas de los cristianos? —le preguntó de sopetón Zenobia.

—¡Ah, esos...! Los considero una secta de fanáticos alocados que adoran a un absurdo hombre-dios del que aseguran que murió en la cruz en tiempos del emperador Tiberio.

—¿Y de sus diversas sectas y sus internas diferencias doctrinales?

—Son gentes extrañas, divididas en varios grupos enfrentados entre ellos. Los hay que creen en una especie de divinidad trinitaria compuesta por tres deidades, o «personas» como ellos las llaman, una de las cuales fue ese tal Jesucristo, el hombre-dios al que adoran en sus altares y del que dicen beber su sangre y comer su carne en sus horribles ceremonias iniciáticas; en cambio, otros consideran que Cristo sólo fue un hombre designado por Dios para transmitir un nuevo mensaje, que llaman Evangelio, a toda la humanidad. Todos ellos resultan exaltados y vehementes en defensa de sus irracionales creencias y, aunque son capaces de matarse entre ellos por la más inocua de las nimiedades, están de acuerdo en no admitir la menor idea que provenga de otras religiones.

—¿Crees que hay que vigilarlos?

—Yo no les prestaría demasiada atención, aunque hay quien estima que hay que estar atentos y controlarlos muy de cerca porque, si pudieran, se convertirían en los dueños del mundo y dictarían lo que se debe hacer y lo que debe prohibirse.

—Yo no los considero tan irrelevantes —asentó Zenobia.

—Mi esposa tiene razón —terció Odenato, que asistía con cierto interés a las preguntas de Zenobia y las respuestas de Longino—. Su número crece de manera constante en toda Siria; hasta Palmira han llegado algunos de ellos predicando la doctrina de su fundador. Al norte de Damasco hay aldeas en las

cuales todos sus habitantes son miembros de esa secta; allí han levantado santuarios e iglesias donde rezan a una mujer llamada Tecla, que murió por su fe y a la que atribuyen la realización de numerosos milagros. Y en Antioquia son muy influyentes; su patriarca, Pablo de Samosata, incluso ocupa el cargo de procurador.

—A mí me repugnan, pero no me parecen demasiado peligrosos, al menos por el momento. Las autoridades romanas saben cómo tratarlos y los mantienen a raya; algunos de los más fanáticos han sido ejecutados a causa de su rechazo al poder del emperador o por atentar contra nuestros dioses y nuestros ritos. Dicen que incendiaron Roma en tiempos del emperador Nerón y que desde entonces abogan por acabar con el Imperio de los Césares para instaurar lo que llaman el reino de su dios en la Tierra. Algunos de ellos son unos locos exaltados. Hace años vivió en el norte de África uno de los más radicales: se llamaba Tertuliano y era muy violento en la defensa del cristianismo.

—Pero en los últimos años su número está creciendo, y mucho; se asegura que el porcentaje de cristianos también es muy notable en Roma y existe una pequeña comunidad de cristianos incluso aquí, en Palmira.

—Mi señora, durante el tiempo que llevo en esta ciudad he comprobado que conviven adeptos a la mayoría de los credos y religiones conocidas en el mundo. En estos dos años en Palmira me he encontrado con judíos seguidores de la Torá que transmitiera su profeta Moisés; poseen incluso una pequeña sinagoga donde acuden a rezar todos juntos los viernes al atardecer. También he visto a los adoradores del fuego, que veneran a su profeta Zaratustra. En el mercado no faltan comerciantes árabes llegados de los desiertos del sur que adoran a espíritus de la naturaleza que consideran que habitan en lugares significados como fuentes, ríos, palmeras e incluso grandes piedras y creen que todos sus dioses residen en un recinto sagrado en un lejano oasis de Arabia al que llaman La Meca, donde acuden en peregrinación para purificarse con las aguas de una fuente sagrada que mana de un pozo salino. La misma religión de los palmirenos admite en su ritual a no menos de setenta dioses; todas las religiones se basan en asertos humanos, pero la divinidad sólo suele inspirar a los que buscan algún destello de su luz con el corazón abierto y sincero. Hoy tenía preparada para ti una lección en la que te iba a explicar que Platón ya aseguraba que los hombres no podíamos observar la realidad del mundo de manera directa sino a través de sus sombras. Creo que eso es precisamente lo que les ocurre a los cristianos, que sólo han contemplado difusas sombras pero creen que han estado en presencia de la luz. Confunden las cosas y toman el oscuro reflejo de la realidad por la realidad misma, y tratan de imponer sus creencias erradas a todos los demás. Y creo que, si pudieran, las impondrían a la fuerza.

—Sabes mucho de ellos para no prestarles importancia —intervino de nuevo Odenato.

—Mi señor, es necesario conocer a los enemigos para combatirlos en igualdad, y te aseguro que los cristianos consideran como enemigos de todos a cuantos no siguen a ciegas sus absurdos dogmas.

—Está claro que no te gustan —constató Zenobia.

—No me gustan todos cuantos desean imponer sus creencias religiosas, ni los que se consideran portadores de la verdad única e inalterable. Si los romanos han logrado construir un imperio tan enorme y mantenerlo unido durante tanto tiempo ha sido, además de por su fuerza militar, por haber permitido que cada uno de los pueblos que han ido conquistando pudiera practicar su propia religión y sus ritos peculiares. Ningún dios ha quedado excluido de los altares de Roma; en el mismo centro de esa ciudad existe un templo circular dedicado a todos los dioses y en él han reservado un ara «al dios desconocido». Lo construyeron para dejar constancia de que admitían a todas las divinidades, del tipo que fueran y vinieran de donde viniesen. No creo que ningún gobierno mundano haya consentido algo semejante jamás.

—Te hemos preguntado por los cristianos porque tenemos un grave problema con uno de ellos —dijo Odenato—. Ya imaginas que las quejas se refieren a Pablo de Samosata.

—Mi esposo aceptó proteger a Pablo y lo designó para ese importante cargo porque admiró que hubiera hombres dispuestos a morir por sus ideas, pero ahora se ha convertido en un estorbo. ¿Qué crees que deberíamos hacer con él?

—Conozco bien el caso, mis señores. Entre la comunidad de los cristianos no todos piensan lo mismo con respecto a sus sagrados dogmas. Las diferencias fundamentales entre ellos estriban en la concepción de la naturaleza de Jesucristo, el rabino judío fundador de la secta.

—En una ocasión, Pablo de Samosata nos confesó a mi esposo y a mí que él creía que Dios era uno solo y no trino, y que consideraba a Cristo como al más excelso de los profetas, pero no como al mismo Dios. Entonces no entendí lo que pretendía explicarme.

—Por eso lo han denunciado la mayoría de sus feligreses de Antioquía, porque consideran que las ideas que defiende Pablo son propias de la peor de las herejías, y que con ellas se aleja del seno de la mayoría de la Iglesia cristiana.

—¿Estimas entonces que deberíamos deponerlo de su cargo como procurador y de su dignidad como patriarca? —le preguntó Odenato.

—Los pocos cristianos que viven aquí, en Palmira, tampoco están de acuerdo con las ideas de Pablo, y me temo que eso puede convertirse en un foco de conflictos —supuso Zenobia.

—En ese caso, yo no me fiaría de Pablo de Samosata y le ordenaría que se abstuviera de promover nuevos enfrentamientos en Antioquía —aconsejó Longino.

Pocos días después, Odenato envió una carta a Pablo de Samosata en la que

le ordenaba que tratara de evitar conflictos públicos a causa de su credo religioso, pero lo ratificó como procurador *ducenviro* porque ejercía el cargo con autoridad y firmeza.

A finales del verano arribaron a Palmira dos grandes caravanas en una misma semana; una procedía del sur, del reino del Yemen, una región feraz y próspera que los romanos denominaban la Arabia Feliz, y otra del este, de la lejanísima China, la región donde se fabricaba el hilo de seda según una técnica que sólo allí se conocía. Hacía mucho tiempo que no entraba en la ciudad una cantidad tan grande de riquezas y productos a la vez.

Los mercaderes procedentes de China, que destacaban por sus ojos tan rasgados que parecían carentes de párpados, su cabello negro y lacio y su piel pálida, de color pajizo, conducían camellos que portaban numerosísimos fardos de los más lujosos tejidos de seda, telas de fina lana y del más delicado lino, sacos cargados de especias aromáticas como clavo y canela, perfumes y esencias embriagadores como sándalo y lavanda, y piedras semipreciosas como jade, ónice y ágata.

Los camellos árabes cargaban cestas de dátiles dulcísimos y almibarados de los oasis del sur de Mesopotamia, que pese a ser territorio sasánida comerciaba con Palmira de manera regular, sacas de cardamomo y pimienta, perlas del mar de Persia, rubíes y diamantes de la India y perfumes de algalia y áloe, y sacos de mirra e incienso; tras ellos, encadenados unos a otros, caminaban recuas de esclavos negros capturados en las misteriosas regiones interiores de las costas africanas del mar indico, al sur del cual decían que se acababa el mundo.

Giorgios fue convocado de inmediato al palacio del *dux*.

—General—Odenato señaló al griego una silla de tijera para que se sentara a su lado—, como bien sabes, los almacenes del mercado de Palmira están llenos de los productos más caros y lujosos de la Tierra. Esta ciudad debe su prosperidad, su misma existencia, al comercio de esos productos y al abastecimiento y a los peajes que pagan las caravanas que atraviesan este territorio, de manera que si queremos que Palmira siga siendo un emporio de riqueza debemos asegurarlos convenientemente. Nada aleja más a los comerciantes de su camino y de los negocios que la inseguridad y la duda. Por ello, debemos organizar un sistema de protección de esas ricas mercancías.

—Gracias a los dioses y a tu previsión y a disponemos de unas murallas para defendernos.

—Así es, general, pero las rutas de las caravanas hasta llegar a Palmira siguen siendo vulnerables y los mercaderes están expuestos en el camino a merced de cualquier osada banda de ladrones.

—No podemos levantar muros a lo largo de todas las rutas, mi señor.

—Muros de piedra y argamasa no, pero podemos dejar constancia de que estamos dispuestos a proteger a los mercaderes y a perseguir a los bandidos hasta el último rincón donde se escondan.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Quiero enviarte a una misión. Irás hasta Arabia con algunos soldados palmirenos y varios guías para demostrar que defenderemos con nuestra presencia a lo largo de las rutas comerciales hacia el sur a nuestros mercaderes y a los de otras naciones que deseen venir hasta Palmira. Ya no somos una pequeña ciudad de comerciantes, ganaderos y campesinos de oasis. Nos hemos convertido en referencia y ejemplo para medio mundo por nuestras victorias ante los persas; somos admirados y debemos aprovechar que la gente nos contempla para aumentar nuestro prestigio y nuestra riqueza.

—¿A Arabia? ¿Y qué debo hacer en Arabia?

—Recorrerás la ruta de las caravanas hasta Bosra, y de allí, por la calzada que en su día construyeron los legionarios romanos entre Damasco y el Mar Rojo, seguirás hasta Eliat y Petra, la ciudad de los nabateos, desde donde continuarás hacia el sur, hasta las ciudades de Yathrib y La Meca, en la Arabia interior. Elige a una docena de soldados para la expedición; te acompañarán además tres guías caravaneros que conocen bien esos caminos y la ubicación de los pozos de agua. En cada ciudad en la que recales hablarás de las riquezas de Palmira, de nuestra hospitalidad, de nuestra firme voluntad de asegurar las rutas comerciales y de los enormes beneficios que aguardan a quienes acudan a comerciar con nosotros; y, si es posible, acordarás pactos y tratados previamente estipulados.

—Yo no soy un comerciante, mi señor, nada sé de productos, mercancías o negocios.

—No te será necesario, sólo deberás llevar nuestro mensaje a esas ciudades.

—¿Eso es todo? —preguntó Giorgios.

—Sí, eso es todo. A menos que desees romper tu contrato como soldado de Palmira y marcharte de aquí.

—Ya soy un palmireno más. Quedo a tus órdenes, mi señor.

El griego se retiró extrañado. Aquellas órdenes no eran nada concretas y no parecía necesario desplazar a una quincena de hombres a una expedición que tardaría meses en completarse.

Giorgios quiso comentárselo a Zabdas.

El gran general había salido a cazar a las montañas del norte, a las laderas del monte Rujmain, entre los bosquillos de lentiscos, terebintos y arces en donde en aquellos días abundaban los osos, las gacelas y los jabalíes. A su regreso, Giorgios le explicó los planes de Odenato.

—No sabía nada —respondió el generalísimo de Palmira tras escuchar a su lugarteniente.

—No lo entiendo, general. ¿A qué crees que obedece semejante plan?

—Si Odenato lo hubiera pensado hace algún tiempo, supongo que me lo hubiera comentado... —Zabdas dudó—. No sé, tal vez haya ocurrido algo en mi ausencia que lo haya inclinado a tomar esa determinación. Puede haber sido idea de Zenobia.

—¿Zenobia? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —le preguntó Giorgios.

—No te había dicho nada porque no le concedí ninguna importancia, pero corren algunos rumores entre los soldados...

—¿Rumores...? ¿Qué quieres decir?

—Algunos soldados vieron que te alejabas a solas con Zenobia el día que celebramos la fiesta de despedida de los mercenarios. Aseguran que os adentrasteis en el palmeral y que tardasteis algún tiempo en regresar.

—Vaya, de eso se trata... ¿Quién te lo ha contado?

—Meonio.

—Sí, es cierto. Yo estaba conversando con un grupo de oficiales de caballería cuando se acercó la señora. Me pidió que la siguiera y nos alejamos un centenar de pasos de allí.

—¿Los dos solos?

—Sí, los dos solos, pero te aseguro que no nos ocultamos.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada, absolutamente nada. Hablamos de Atenas y de Palmira, de la belleza de nuestras dos ciudades...

—¿Y después?

—¿Es esto un interrogatorio, general?

—Es la conversación entre dos amigos, Giorgios, tan sólo eso.

—Después hablamos de mi soltería. Le expliqué que mi vida había estado dedicada al ejército y que ni siquiera había tenido tiempo para pensar en el matrimonio.

—Cometiste un error. Los árabes, y Odenato es el más insigne de todos nosotros, entendemos que un hombre no debe entrometerse con una mujer casada.

—Yo no hice otra cosa que acatar la voluntad de Zenobia. Fue ella la que me pidió que la acompañara en ese inocente paseo. Te juro por la memoria de mis padres que no hice nada de lo que deba arrepentirme. Esa mujer es hermosa, muy hermosa, y cualquiera se volvería loco por ella; pero sé respetar la propiedad de otro hombre. Créeme; ya hemos hablado de ello en alguna otra ocasión.

—Procuraré enterarme de qué es lo que ha motivado esta expedición; te mantendré al corriente.

—Gracias, general, yo también te transmitiré cuanto sepa —concluyó Giorgios.

Tal cual Giorgios imaginaba, había sido Meonio quien había planteado a Odenato la conveniencia de enviar una expedición diplomática a Arabia y también fue idea suya que la dirigiera el ateniense. Zabdas informó a Giorgios de la conversación que acababa de mantener con Odenato.

—¿Qué supones que ha motivado esa decisión? —le preguntó Giorgios.

—Creo que Meonio desea alejarte de Palmira, al menos por algún tiempo.

—¿Cómo represalia? No me cae bien, pero yo no le he hecho nada a ese hombre.

—No, como represalia no, más bien como forma de eludir la tentación.

—Yo no...

—Tu tentación no, me refiero a la de Zenobia. Meonio es un tipo sagaz y muy listo. Se ha dado cuenta de cómo te mira cuando coincides con ella en alguna ceremonia. Yo también he percibido esas miradas, porque no lo hace de la misma manera con los demás hombres de Palmira. —Zabdas observó a su alrededor y bajó la voz. Los dos generales caminaban por la gran calle porticada; atardecía pero todavía quedaban algunos mercaderes retrasados recogiendo sus tiendas mientras otros consumían los últimos bocados de sus cenas en los mesones—. Júrame que no dirás nada de esto a nadie, júramelo por todos los dioses de tu Olimpo.

—Lo juro.

—Escucha entonces y cree cuanto te digo: Zenobia no eligió a Odenato como esposo. Fue él quien se prendó de ella cuando esta era todavía una adolescente. Odenato la tomó como segunda esposa pero la convirtió en la principal y obligó a la primera, la madre de su primogénito y heredero Hairam, a exiliarse de Palmira y a recluírse en una perdida aldea cerca de Damasco. Odenato podría disponer de un harén con las más bellas mujeres de Oriente, pero desde que se casó vive apasionado con su joven esposa, que lo tiene absolutamente obnubilado y rendido. Para ello, Zenobia utiliza a su conveniencia los delicados atributos que los dioses han otorgado a las mujeres.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Giorgios.

—La seguridad de esta ciudad depende de mí, y Odenato es el primero al que debo proteger. Estoy al corriente de cuanto le sucede; dispongo de informadores en cada rincón del palacio, donde nada ocurre sin que yo me entere de inmediato. Zenobia no se entrega a su esposo todas las noches, ni siquiera aquellas en las que él la requiere, que son casi todas. La señora administra sus dosis de amor con preciso cálculo. Así, deja a Odenato dos y hasta tres semanas sin acostarse con ella y sólo cuando ella lo desea le permite poseerla. Pero luego

vuelve a mantenerlo en abstinencia de su cuerpo durante varios días de nuevo, con lo cual controla los deseos y la voluntad de su esposo a su antojo. Una de sus criadas me confesó que Zenobia suele aguardar a que pase el período de la menstruación y entonces copulan un par de días seguidos, tres o cuatro a lo sumo, y sólo durante aquellos en los que es más fértil y propensa a quedarse encinta. Con esa actitud da la impresión de que sólo desea de Odenato que la deje preñada.

—Ese comportamiento resulta extraño en una mujer tan hermosa y que debe sentirse tan deseada por tantos hombres.

—Pues así es. Sus doncellas la califican como una mujer extremadamente casta, a la que no le atrae el sexo. Uno de los eunucos de servicio en palacio me ha confesado que de no haber sido por Odenato y su matrimonio, probablemente Zenobia se hubiera mantenido virgen, como esas jóvenes sacerdotisas que dicen que se consagran a la diosa Vesta en Roma. Al parecer, no siente deseos carnales hacia los hombres... o al menos no los sentía hasta ahora.

—¿A qué te refieres?

—A tu presencia, estúpido. Desde que estás aquí su comportamiento ha cambiado. Está más hermosa, más radiante si cabe, pero a la vez sus ojos rezuman una melancolía como jamás antes habían mostrado. Ella era fría y distante, pero desde que te conoce su mirada se ha tornado más cálida, más humana. Además, vuelve a estar embarazada; porta en su vientre el tercer hijo que le dará a Odenato este invierno.

—Pero si hace unas pocas semanas que acaba de parir a su segundo retoño.

—Pues ha vuelto a ocurrir. Cuando nazca ese niño, Meonio tendrá por delante a cuatro herederos que lo precederán en derechos al trono de Palmira; su esperanza de convertirse en soberano de esta ciudad se desvanecerá para siempre.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

—Meonio ha convencido a Odenato para que tú dirijas esa expedición a Arabia; quiere alejarte de aquí. Imagino que considera que si Odenato muere, Zenobia podría hacerse con el poder en Palmira, y si eso ocurriera y tú estuvieras a su lado...

—General, eres un tipo muy astuto.

—Además, en esta ocasión Zenobia ha estado de acuerdo con Meonio y ha propuesto a Odenato que seas tú quien encabece esa embajada a Arabia.

—¿Quiere perderme de vista?

—Creo que lo que no le gustará es que la veas preñada... por otro hombre.

Giorgios se estremeció. Hacía meses que sólo pensaba en esa mujer, en su cuerpo de gacela y en sus ojos como de vidrio negro. Cada vez que se acostaba con alguna de las prostitutas de los burdeles de Palmira o cuando seducía a alguna joven de la ciudad y la llevaba a su tálamo para fornicar con ella, cerraba

los ojos e intentaba imaginar que era Zenobia la que ocupaba aquel lecho, y entonces su corazón se agitaba y su cuerpo se tensaba como la cuerda de un arco y cabalgaba sobre sus amantes con la fuerza de un purasangre lanzado a todo galope por la llanura. Pero cuando volvía a abrir los ojos y contemplaba a la hembra que estaba montando la realidad retornaba de golpe a su cabeza y sentía una tremenda angustia por no poseer a la mujer con la que soñaba, a la que probablemente nunca tendría entre sus brazos.

Capítulo XII

Arabia, otoño e invierno de 263; 1016 de la fundación de Roma

La expedición encabezada por Giorgios salió de Palmira en dirección a las ciudades del oeste de Arabia. Guiados por conductores de caravanas que recorrían cada año la ruta del sur, los embajadores palmirenos llegaron primero a Bosra, sede de la III Legión Cirenaica, la gran ciudad siria en la que se levantaba el segundo teatro más grande de todo el oriente romano, construido en piedra negra, al que sólo superaba en capacidad el de Apamea. Allí pudo asistir a la representación de una obra de Plauto, en la que un viejo tacaño sufría al ver su dinero dilapidado por su hijo irreverente.

Tras asistir a la representación de la comedia, interpretada por unos actores cuya actuación resultó demasiado histriónica, como era del gusto de la mayoría de los espectadores en los teatros de Oriente, el gobernador romano de Bosra lo invitó a degustar un banquete en el que se sirvió como plato central el pentafármaco, un guiso elaborado con carne de faisán, tetina de cerda, jamón adobado y cocido, cabeza de jabalí y pasteles de carne de pavo.

—Este suculento plato —le explicó el gobernador mientras lo servían unas jóvenes hermosísimas, de ojos oscuros como el azabache, piel tostada como la miel de romero y labios rojos como el sol en los atardeceres otoñales de Palmira — fue el favorito del emperador Adriano, de gloriosa memoria. En Roma lo consideramos como el más importante de la cocina imperial. Suele servirse en el palacio de los césares en ocasiones excepcionales debido a su compleja elaboración. Cuando supe que el legado del cónsul Odenato iba a visitar esta ciudad, pensé que te agradecería degustarlo.

Giorgios partió un pedazo de pan de pita y lo usó a modo de cuchara para envolver un bocado de carne de una de las bandejas donde se había repartido el pentafármaco. Lo rebañó con su mano derecha y lo saboreó con deleite.

—Muy sabroso, gobernador; digno de un emperador, en verdad.

El banquete discurrió entre risas, abundante vino y música y baile. Al son de unas flautas dobles y de timbales, varias bailarinas vestidas con vaporosas gasas

que apenas cubrían una parte mínima de su anatomía se contorsionaron como si estuvieran hechas de arcilla húmeda recién modelada por las manos expertas del más hábil de los alfareros.

—Una magnífica música y unas excelentes danzarinas —comentó Giorgios.

—Los músicos son los mejores de Bosra, tal vez de toda Siria, y las bailarinas forman parte de una compañía de acróbatas recién llegada de Bizancio; la mayoría de ellas son macedonias aunque creo que también hay algunas griegas de la región de Tesalia, mujeres ardientes como ascuas, según dicen. Pero si sus cabriolas son admirables, espera a que conozcas las que aseguran que son sus mejores artes —musitó el gobernador a la vez que dibujaba una lasciva sonrisa en sus labios.

Finalizado el banquete, los principales comensales se dirigieron a un discreto salón en el que se habían dispuesto varios lechos, con cuatro grandes cojines en cada uno de ellos, enlazados por una fina redecilla sobre la que se había depositado una capa de pétalos de rosa.

Algunas de las bailarinas que habían animado la cena, perfumadas ahora con embriagadores aromas de Persia, entraron en la sala contorneándose al son de flautas, cítaras y liras y se fueron desnudando conforme fluía la música. Uno a uno fueron tomando de la mano a los invitados, a los que condujeron a los lechos entre tocamientos y procacidades. Allí fornicaron con los invitados del gobernador sobre cobertores de seda en los que se habían depositado lirios frescos. A las danzantes macedonias y griegas se había sumado un pequeño grupo de rameras africanas, armenias y persas. Y también varios efebos, pues alguno de los comensales prefería a un joven musculoso como compañero de juegos amorosos.

En medio de la vorágine de aquella bacanal, Giorgios fue requerido por dos hermosas mujeres: una esclava nativa del lejano Sudán, de piel negra como la noche más oscura, de cuerpo sedoso y músculos tersos, pechos tan voluminosos como la mitad inferior de un ánfora y pezones gruesos como ciruelas, curvas rotundas y labios carnosos, y una bella sierva armenia de cabello castaño largo y rizado, de ojos verdes ligeramente rasgados, de pechos pequeños y duros como manzanas, con pezones anaranjados y sólidos como botoncitos de ámbar y piernas y brazos torneados y fuertes. Pese al deleite que le proporcionaron aquellas dos hetairas, no pudo quitarse a Zenobia de su cabeza mientras copulaba con ellas.

Los expedicionarios palmirenos se hubieran quedado mucho más tiempo en Bosra, pues el gobernador los trató como a distinguidos huéspedes y no faltaron ni la comida más exquisita ni las mujeres más exuberantes, pero Giorgios ordenó a sus hombres que se prepararan para continuar hacia Arabia.

En otoño el sol calienta las tierras del desierto del norte de Arabia como en los atardeceres estivales del Mediterráneo pero ya no abrasa como en los meses del

estío en los que luce en lo más alto del cielo; los días son más cortos y por la noche refresca lo suficiente como para poder descansar tras una larga jornada de camino, aunque a mediodía hace todavía demasiado calor.

El griego dividió la marcha en dos periodos en cada etapa diaria: desayunaban de manera abundante poco antes del amanecer, se ponían en camino con las primeras luces del alba y avanzaban hacia el sur hasta cerca del mediodía. Cuando el sol comenzaba a apretar, se detenían y permanecían descansando en algún lugar sombrío si ello era posible, o si no bajo las lonas de sus tiendas desplegadas para hacer sombra, y tomaban una comida ligera con galletas, queso y frutos secos y abundante agua. Cuando remitía el calor, iniciaban la segunda etapa de cada jornada hasta que el sol declinaba; en ese momento se detenían para instalar el campamento, justo con las últimas luces del ocaso, para encender el fuego, comer y pasar la noche a la escucha de los lejanos aullidos de los lobos.

Recorrieron la calzada empedrada construida por los legionarios romanos tiempo atrás para la conquista de Judea, que discurría paralela al Mar Muerto, al que llamaban así porque en sus salobres aguas no podía vivir ningún animal, y porque además cada cierto tiempo emanaba asfalto, de modo que algunos también lo llamaban Asfaltites. Ocho días después de dejar Bosra llegaron a la ciudad de Petra, la capital del viejo reino de los nabateos, a mitad de camino entre el Mar Rojo y el Mar Muerto, lugar de paso de las caravanas que atravesaban Arabia de norte a sur.

Petra ya no era la fastuosa ciudad que había florecido cien años atrás. En el último siglo su población se había reducido a menos de la mitad de los habitantes que había alcanzado en su época más floreciente, la del emperador Marco Aurelio; el agua de sus pozos, acumulada durante siglos en depósitos naturales subterráneos, se estaba agotando deprisa y barrios enteros se habían despoblado, pero pese a ello seguía manteniendo en pie su monumental arquitectura, con sus templos y grandes edificios excavados en las canteras de piedra caliza de los profundos acantilados rocosos entre los que surgía la ciudad como una catarata de piedra. Los manantiales y pozos que suministraban agua a sus habitantes, y que habían sido sobreexplotados en el pasado hasta el derroche, apenas llevaban caudal suficiente para cubrir la demanda de los viajeros, lo que había provocado un exorbitado aumento del precio del agua; algunas caravanas habían decidido desviar su ruta hacia el oeste, por lo que Petra había perdido buena parte de la importancia comercial que tuvo antaño. No obstante, seguía siendo un centro destacado en las rutas comerciales terrestres entre Arabia, Siria y Egipto. La decadencia de la ciudad de piedra, también erigida en medio de un desierto, entre desfiladeros pétreos que le proporcionaban protección y sombra, le hizo pensar a Giorgios que tal vez algún día le ocurriera lo mismo a Palmira.

En Petra se detuvieron un par de días para aprovisionarse de harina, aceite,

dátiles y carne y pescados secos, para continuar de inmediato con los tramos más difíciles del camino que les restaba por delante, pues al sur de la ciudad excavada en la roca comenzaban las etapas más duras. Algunos soldados aprovecharon para visitar uno de los afamados burdeles, pues los proxenetes les dijeron que no volverían a encontrar una mujer con la que acostarse hasta su regreso de La Meca. Les previnieron de que los árabes del sur, tanto los habitantes de los oasis como los beduinos nómadas, eran celosos guardianes de sus esposas, y que la mujer sorprendida fornicando con un hombre que no fuera su marido era lapidada hasta la muerte, a veces al lado de su ocasional amante, que solía correr la misma suerte si era un extranjero.

Varios soldados palmirenos se creyeron aquel cuento y se gastaron buena parte de su paga copulando como posesos con ramerías en un prostíbulo que regentaba un árabe gordo y seboso como un cerdo bien cebado, cuyo cuello, brazos y dedos estaban tan cargados de brazaletes y anillos de oro que apenas dejaban entrever un pedazo de piel.

Como pudieron comprobar más adelante, resultaron engañados con aquella argucia, pues eran muchos los árabes que a lo largo de los oasis de la ruta hacia el sur, e incluso en pleno desierto a veces, les ofrecieron a sus esposas e hijas, o al menos a las que decían serlo, para que se acostaran con los viajeros por un par de piezas de plata.

Antes de partir, los palmirenos asistieron a una ceremonia en el templo del Sol para pedirle que la ruta hacia La Meca les fuera propicia. El sacerdote les recordó que se dirigían a la tierra donde vivía el Ave Fénix; allí residía durante quinientos cuarenta años, la cuarta parte de una edad zodiacal, que duraba dos mil ciento sesenta años. El ave sagrada se consumía en llamas, pero renacía una y otra vez de sus propias cenizas para volver a la vida e iniciar un nuevo ciclo.

En Petra acababa el mundo civilizado, el espacio en el que Roma y otras culturas del oriente mediterráneo habían dejado su huella, y unas decenas de millas al sur comenzaba el territorio más inhóspito y desolado que pudiera imaginarse: centenares de millas de áridos parajes pedregosos con el suelo cubierto de piedras de basalto con aristas cortantes como cuchillos, o de enormes dunas de arena barridas por inesperadas tormentas que eran capaces de engullir y enterrar a caravanas enteras en unos instantes.

El desierto de Arabia es inmenso, terrible y tórrido como un horno de pan. Los caminos estables no existen y sólo los más expertos conductores de caravanas son capaces de dirigir a las recuas de camellos a través de aquellas vastas soledades abrasadas por el sol y barridas de vez en cuando por aterradoras tempestades de arena. En medio de aquella dilatada devastación es muy fácil perder la orientación y desviarse de la ruta, lo que implica una muerte inevitable. En todas esas regiones el agua es escasisima incluso fuera de la época estival y sólo es posible acceder a ella en los oasis y en algunos pozos, excavados a

profundidades enormes, que están controlados por clanes celosos de su posesión. Sobrevivir en ese medio hostil sólo está al alcance de los beduinos, quienes desde que nacen se acostumbran a aprovechar los escasos recursos que ofrece el desierto.

Treinta días después de dejar Petra, y siempre siguiendo las rutas más transitadas, el cuerpo expedicionario que dirigía Giorgios avistó la ciudad de La Meca, el principal emporio comercial de la alargada llanura costera que se extiende entre las costas del Mar Rojo y la cordillera de montañas del interior de Arabia, que discurre de norte a sur paralela a la costa.

La Meca es un oasis en medio de un asolado desierto de rocas y arena, rodeado de montes pedregosos abrasados por un sol inclemente. Debe su fortuna a la existencia de un manantial que nunca se agota y que, según la tradición, brotó del suelo por orden del mismísimo Dios.

Tras instalarse en un campamento en las afueras de La Meca, Giorgios fue recibido por los magistrados de la ciudad árabe; el ateniense mostró sus credenciales, escritas en arameo y en griego, como embajador de Palmira.

Los magnates de la ciudad, que sabían de su llegada porque se habían adelantado dos jinetes palmirenos para anunciarla, se mostraron afectuosos en grado sumo, mucho más de lo que esperaba el ateniense. Nada más saludarse, comenzaron a contarle la tradición que explicaba la fundación de esa ciudad, de la que se sentían especialmente orgullosos a pesar de que al lado de los edificios de Palmira o de Petra, los de La Meca parecían un montón desordenado de cabañas para guardar ganado.

—Abraham, el patriarca común de judíos y árabes, vivía en la ciudad de Ur y estaba casado con una mujer llamada Sara, la cual, pese a sus deseos de otorgarle descendencia, no conseguía quedarse embarazada. Dios había prometido a Abraham que lo convertiría en el patriarca fundador de un numeroso linaje y de un gran pueblo, y que su descendencia sería tan abundante como las estrellas del cielo, pero Sara no había concebido ningún hijo y ya tenía demasiada edad como para poder hacerlo. Por ello, Abraham tomó como concubina a una joven muchacha llamada Agar, que era su esclava, copuló con ella con el consentimiento de Sara y la dejó preñada. El viejo Abraham también copuló entre tanto con Sara, su esposa legítima, y, cuando ya habían perdido toda esperanza de ser padres, se obró el milagro, pues la anciana quedó encinta. Abraham se encontró entonces con dos herederos: Ismail, nacido de la joven esclava Agar, e Isaac, nacido de Sara, la esposa legítima.

Un santón del santuario de la Kaaba le explicaba a Giorgios el origen del pueblo árabe y del lugar más sagrado de La Meca ante la atención de los principales miembros de los clanes que gobernaban la ciudad, quienes, a pesar de

haber escuchado aquella historia en cientos de ocasiones, prestaban tal interés a la narración que parecía como si la estuvieran oyendo por primera vez.

—Aquello constituiría un grave inconveniente para los planes del patriarca Abraham —supuso Giorgios.

—En efecto —continuó el santón—. Dos herederos engendrados de dos mujeres de diferente condición significaban un problema, y Sara, celosa de la juventud y de la belleza de Agar, obligó a Abraham a que expulsara a la esclava y a su hijo Ismail de su casa. Abraham así lo dispuso, y madre e hijo fueron arrojados de la patria del padre y se vieron obligados a vagar por los desiertos sin rumbo y sin defensa. Estaban a punto de perecer de hambre y de sed, perdidos en la soledad, cuando Dios se apiadó de ellos e hizo surgir del suelo un pozo de agua. En el lugar donde brotó el manantial, que salvó la vida de Ismail y de su madre, se construyó una fuente, a la que se llamó Zem-Zem, y en su entorno creció esta ciudad sagrada de La Meca. Por eso, este es el lugar más sagrado del mundo.

—Imagino que esa es la fuente que os abastece.

—Una de ellas, pero esta es la fuente sagrada para todos los árabes. De este modo es como relata nuestra tradición la fundación de nuestra ciudad —intervino Ibn Umayya, el caudillo más influyente de La Meca, en cuya casa Giorgios, como comandante de la expedición de Palmira, había sido invitado a comer junto con un grupo de notables de la ciudad.

—Un lugar extraordinario —puntualizó el griego.

—Así es. Allah, todopoderoso señor del cielo y padre de todos los dioses, eligió este preciso sitio para hacer manar de la arena estéril el agua de la vida, y desde entonces aquí se encuentra el único santuario que veneramos todos los árabes. Mañana podrás visitarlo, si te parece.

—Tendré mucho gusto en hacerlo.

Unos criados sacaron bandejas repletas de salchichas de cordero, puré de garbanzos, harina hervida con verduras, pescado seco guisado en salsa de dátiles y tortas de pan ácimo.

El jefe de los mercaderes de La Meca, también guardián del santuario, y Giorgios se entendían en arameo, aunque algunas palabras tenían que ser traducidas del árabe al griego o del griego al árabe por alguno de los intérpretes que habían viajado con la expedición.

A la mañana siguiente Ibn Umayya se presentó en el campamento de los palmirenos, que habían desplegado sus tiendas a una milla de La Meca, al abrigo de unas rocas.

El caudillo árabe montaba un nervioso corcel bayo de pequeña alzada y de patas finas y estilizadas, un magnífico ejemplar de la raza de la que tan

orgullosos estaban los habitantes de Arabia. Iba acompañado por cuatro jinetes de su clan, todos montados en caballos negros zainos.

Invitado por su anfitrión, Giorgios montó su alazán tostado, más grande y poderoso que el corcel árabe pero menos rápido y ágil, y se dirigieron al santuario de La Meca. Dos soldados palmirenos acompañaban a su general.

—Lo llamamos la Kaaba —le explicó Ibn Umayya mientras entraban ya a pie en el recinto del santuario, ubicado en una amplia explanada rodeada de un sencillo muro de mampostería en cuyo interior se levantaban algunos humildes temples y numerosos aras y altares con estatuas de piedra, de madera y de barro cocido—. Aquí tienen su altar y su estatua todos los dioses de los árabes. Te aseguro que no existe bajo el cielo un lugar más sagrado que este. Mira, aquel es Hubal —el árabe señaló un ídolo de piedra gris del tamaño de un hombre grande, tallado de manera burda y poco elegante, colocado sobre un pedestal de piedra tosca casi en el centro del recinto—, una de nuestras principales divinidades. Debes encomendarte a él si deseas tener un camino propicio y libre de sobresaltos cuando salgas de viaje; es el dios protector de los mercaderes, por eso es el más apreciado entre los mecenos.

—¿Y aquellas tres figuras de mujer? —Giorgios señaló tres esculturas femeninas de talla poco refinada.

—Son las deidades más veneradas aquí en La Meca después de Allah. Se trata de Allât, Al-Uzza y Manat, las hijas predilectas del dios padre Allah; cada una de ellas está dotada de unas facultades especiales. Allât es la madre de muchos dioses menores y la divinidad que garantiza la fecundidad de las mujeres y del ganado; a ella se encomiendan las embarazadas y a ella le ofrecemos presentes todos los árabes para que nuestro primer hijo sea un varón. Al-Uzza es la poderosa, la diosa del amor y de la belleza; todos los atardeceres luce la primera, en forma del astro más luminoso y bello, en el cielo vespertino, y es la última en desaparecer del firmamento. Las jóvenes de La Meca suelen subir a las azoteas de las casas cuando se pone el sol y asoma Al-Uzza en el horizonte para alzar sus rostros hacia ese astro a fin de que las ilumine con su belleza y les transfiera algo de su hermosura. Manat es la diosa del destino, de la fortuna y también de la guerra; a ella le ha entregado Allah el secreto del futuro de cada uno de nosotros y sólo ella sabe lo que nos aguarda el mañana; nunca dejes de encomendarte a Manat antes de una batalla si deseas conservar la vida tras el combate.

—Así lo haré.

—Esos otros ídolos representan a dioses menores, como aquel bloque de piedra roja dedicado al dios al-Fals; o aquel ídolo de madera, el dios Sad; o esa escultura de piedra blanca, nuestro dios al-Gasad; o este otro, el más venerado por mi familia, el dios Muzdalifa, el señor del trueno y de las tormentas, que nos protege en las travesías del desierto y nos custodia de las tempestades de arena y

de los fatídicos rayos.

» Y ahí está el centro del mundo.

Tras atravesar medio recinto habían llegado ante una construcción de piedra de forma cúbica de unos doce pasos de lado. Era el único edificio de todo aquel complejo religioso, un bloque con las paredes macizas construidas con mampuesto de piedras trabadas entre sí con argamasa y sin ningún vano; sólo en el lado sur se abría una pequeña puerta de tablonos de madera pintados de negro.

—¿Qué es eso?

—La morada de Allah —Ibn Umayya empleó la palabra árabe para nombrar a Dios—, la divinidad suprema, el padre de todos los demás dioses de los árabes, el creador del universo, al que algunos nombran como el Único. No hay ningún otro dios como Allah. Es el principio de todo, del cielo y de la tierra, del agua y de la arena, del viento y del fuego, de los dioses y de los hombres. Allah es el creador; no había nada antes que Él. Allah engendró a los otros dioses, creó todas las cosas y a todos los hombres.

—¿Qué guardáis ahí dentro? —preguntó Giorgios.

—Nuestra más preciada reliquia.

—¿Puedo verla?

Ibn Umayya asintió con la cabeza y le indicó que lo siguiera; los seis hombres que los acompañaban se quedaron fuera.

A la puerta del cubo de mampostería estaba sentado el santón que el día anterior había relatado la fundación de La Meca durante la comida en casa de Ibn Umayya. Giorgios lo saludó llevándose la mano a la frente y al corazón, como había visto que hacían los árabes. El santón le devolvió el saludo.

—Buen día, Abdallah —lo saludó Ibn Umayya—. Nuestro amigo Giorgios — el jeque árabe pronunció el nombre del ateniense de un modo que sonó como « Yuryus» — desea visitar el santuario de Allah.

—Sé bienvenido a la casa de Allah —dijo el santón Abdallah a la vez que abría la puerta de tablonos y lo invitaba a pasar.

Estaba oscuro; sólo un par de lamparillas de aceite ubicadas en dos de los rincones iluminaban tenuemente el interior del cubo, un recinto de unos diez pasos de lado, un espacio abierto que se cubría con un techo sostenido por vigas elaboradas con troncos de palmeras. Giorgios tuvo que esperar un rato a que sus ojos, todavía inundados de la intensa luz del exterior, se acostumbraran a tanta penumbra.

En las paredes, colocados en pequeñas hornacinas, había varios ídolos, más pequeños que los que se mostraban en el recinto exterior pero de mejor factura, realizados por manos de artistas mucho más expertos en el manejo del cincel, el martillo y el escople.

En uno de los lados había una estatua de madera de Hubal, de mejor traza que la que se mostraba en el exterior, del tamaño de un hombre mediano, con los

ojos pintados de rojo y perfilados de negro; estaba desnudo, con los brazos extendidos hacia adelante y mostraba un enorme falo enhiesto. En la pared oeste se alzaban tres esculturas femeninas, las tres diosas de La Meca, las hijas de Allah, también desnudas, con enormes pechos y las vulvas muy resaltadas; parecían labradas por un artista egipcio de segunda fila.

En la pared orientada hacia el este, en dirección a la salida del sol, sólo había un sencillo pedestal de basalto de la altura de un hombre adulto sobre el cual brillaba una piedra negra, de forma almendrada y del tamaño de una cabeza de niño.

—Esa es la Kaaba, la piedra del cielo, el sagrado talismán del pueblo árabe, la señal de Allah a los hombres. Es la reliquia que Allah nos envió desde su palacio en las alturas del firmamento para que lo veneráramos —indicó Abdallah.

—¿No existe una imagen de Allah, una escultura como la de Hubal?

—Allah es el único dios que no puede ser representado en efigie. Allah no tiene ni cuerpo ni imagen humanos; sólo es espíritu y, por tanto, no puede ser plasmado en forma de ídolo. Él nos envió, hace mucho tiempo, esta piedra, que cayó del cielo una noche de luna envuelta en una bola de fuego. Aunque algunos dicen que se trata de un narciso blanco, nuestra flor sagrada, que Allah entregó a los hombres para que lo cuidaran en su nombre, pero que se ha ennegrecido y endurecido a causa de los pecados cometidos contra el Creador del mundo, hasta convertirse en esa roca. ¡Quién sabe! En cualquier caso es un envío de Allah.

El viejo guardián le pareció a Giorgios un pobre orate.

Se despidieron de Abdallah y salieron del santuario; la luz del sol invernal estalló de nuevo en los ojos del ateniense, que tardó algunos instantes en volver a acostumbrarse a la intensa luminosidad exterior.

—Y, por fin, aquí está la fuente sagrada del Zem-Zem. —Mostró Umayya, señalando un pozo que brotaba de un manantial en una zona vallada con un parapeto de piedra dentro del recinto de la Kaaba.

—¿Puedo beber? —preguntó Giorgios.

—Claro, te purificará aunque no seas un árabe.

Giorgios tomó una escudilla de madera y dio un sorbo.

—Es ligeramente salada —comentó.

—Sí, tiene un sabor salino, el sabor que Allah le dio para que quienes la beban recuerden cuán excelso es su divino poder y cuán humildes debemos postrarnos todos los hombres ante su celestial majestad. Todos los árabes debemos acudir aquí en peregrinación al menos una vez en la vida. Esta fuente y este santuario es lo que nos une, lo que nos recuerda que, aunque ahora estemos divididos en varias tribus y clanes, y que incluso libremos guerras fratricidas entre nosotros, nuestro origen es común y formamos parte de un único pueblo, de una misma sangre. Algún día tal vez volvamos a unirnos y consigamos formar una gran

nación. Nuestra profecía más sagrada anuncia que eso ocurrirá y que nacerá un profeta extraordinario y único, el enviado de Dios, que unirá a todos los árabes bajo su caudillaje, y entonces sí seremos una sola nación y una sola comunidad con el mismo destino.

—De eso precisamente quería hablarte. Como ya te avanzaron nuestros mensajeros, venimos en nombre de Odenato, señor de Palmira y *dux* de Oriente. Su origen también es árabe, pues procede de una nobilísima familia de beduinos que se estableció en una ciudad llamada Edesa, al norte de Mesopotamia, donde se convirtieron en custodios del templo dedicado a Dios...

—¿*Dux*...?—se extrañó Ibn Umayya.

—Es un título muy importante que le concedió el emperador de Roma; se trata de un gran honor, sin duda sólo reservado a hombres muy especiales. Odenato está orgulloso de su origen árabe y gobierna la provincia de Siria, la más rica del Imperio romano; su deseo es que los comerciantes de Arabia, sus hermanos de sangre, hagáis lucrativos negocios con Palmira, y que vuestras caravanas fluyan hacia nuestra ciudad y las nuestras hacia las vuestras cargadas con ricas mercancías en beneficio de ambas partes. Odenato garantiza la seguridad de los caminos y unas pingües ganancias para todos aquellos mercaderes de La Meca que acudan a comerciar a Palmira.

Ibn Umayya condujo a Giorgios a un porche cubierto con ramas de palma y adosado al muro del santuario. Lo invitó a sentarse sobre unos cojines ubicados en una tarima de madera colocada sobre el suelo de tierra pisada y luego ordenó a los sirvientes del santuario que trajeran una infusión de hierbas, licor de dátiles, pastelitos de harina y miel, pasas, dátiles confitados, nueces y pistachos.

—Los mecenos hemos comerciado con nuestros vecinos desde que existe memoria de esta ciudad. La Meca es paso obligado de las caravanas que vienen del fértil Yemen, al sur, y se dirigen a la tierra de los nabateos y a su capital, Petra. Aquí se aprovisionan, aquí hacen negocios, aquí rezan a nuestros dioses... ¿Para qué necesitamos a Palmira?

Giorgios indicó a uno de los soldados que sacara un lienzo de tela de una bolsa que portaba colgada del hombro.

—Mira. —Lo desplegó y se lo mostró al árabe—. Es un paño de seda; un regalo de Odenato.

Ibn Umayya acarició la seda y se asombró ante el rutilante tornasol de brillantes reflejos que desprendía según incidieran sobre ella los rayos de luz.

—Conozco este tejido...

—Pero no de esta calidad y no en tanta cantidad y al precio que podrías comprarla si te decidieras a firmar un tratado con Palmira. Y no sólo seda: piedras preciosas de la India, delicadas telas y brocados de Shiraz, embriagadores perfumes de Persia, sabrosísimos vinos especiados de Grecia y de Anatolia, espadas y otras armas de las mejores fundiciones de Damasco y de

Bosra, caballos celestiales del valle de Fergana, en el interior de Asia, hermosísimas esclavas armenias y germanas, mujeres tan bellas como las diosas mecanas, de cabellos de oro y ojos de cielo... Todo eso significa comerciar con Palmira, amigo, todo eso.

Ibn Umayya dio un sorbo a su vaso de licor de dátiles y engulló varios pistachos.

—¿A cambio de qué?—demandó.

—De que los mecanos, y cuantas tribus nómadas del desierto de Arabia podáis convencer, actuéis como aliados de Palmira, de que mantengáis las rutas comerciales abiertas y seguras hacia el norte... y de que rompáis cualquier relación con los sasánidas. Como bien sabes, una de las dos grandes tribus árabes del norte, los gashánidas, son nuestros aliados y suelen combatir a nuestro lado, y hemos dispuesto en nuestro ejército de algunos de sus mejores jinetes, pero la otra tribu, la de los lámjidas, es una tradicional aliada de los persas. En las batallas que hemos librado contra ellos hemos comprobado que en su ejército se integran algunas unidades de la caballería ligera lámjida. Sus jinetes son muy eficaces y en algunos combates nos han causado ciertos problemas. Si consigues que los lámjidas abandonen la alianza con Sapor y se unan a Odenato, Palmira te compensará con numerosas riquezas.

—Los lámjidas y los gashánidas son nuestros hermanos de sangre, pero ya te he dicho que los árabes estamos separados en diversas facciones y clanes, e incluso enfrentados entre nosotros. A veces hemos tenido que desbaratar incursiones de los lámjidas en nuestro propio territorio, y en otras ocasiones hemos sido nosotros quienes hemos asaltado sus campamentos como represalia. Será difícil que los lámjidas acepten tu propuesta porque el rey de Persia les ha otorgado muchos beneficios.

—Tal vez haya llegado el momento de acabar con vuestras rencillas y poner en marcha nuevas alianzas y tratados. Quién sabe si este puede ser el comienzo de la unidad de todos los árabes que auguran vuestras profecías; te aseguro que para ello Palmira os ayudará con generosidad.

—Todos los árabes juntos... Ese sería mi principal deseo y el de muchos jefes de mi tribu, pero me temo que no es posible por el momento. Los árabes somos individualistas, orgullosos y altaneros. Creo que, por ahora, no seríamos capaces de unirnos en un objetivo común.

—Búscalo, ofrécéselo tú, Umayya. Eres el sumo guardián del santuario de la Kaaba, el único lugar que veneran y respetan todos los árabes; nadie mejor que tú para encabezar el proceso hacia la unidad de tu pueblo.

—Sólo nos reconocemos como pueblo en el origen de la sangre, en una tradición lejana y en la veneración a este santuario; por lo demás, cada tribu, cada clan, obedece tan sólo a su parentesco, a la llamada de la sangre y a su propio interés. Tal vez los romanos no entendáis esto, pero ese es nuestro modo de

ser y así es como seguimos nuestro código de comportamiento.

—Yo no soy romano —corrigió Giorgios—; soy griego, ateniense, pero no por ello dejo de pertenecer al Imperio de Roma, y créeme si te digo que es mejor ser romano que bárbaro. Ser ciudadano romano es la manera más segura de vivir en este mundo. Como ciudadano del Imperio disfruto de muchos privilegios, y me protege el derecho imperial.

—Aquí nos atenemos a las leyes ancestrales de la tribu, a las costumbres y a las tradiciones de los clanes que han dictado nuestros mayores durante generaciones. Nuestra vida siempre ha sido así, y estimo que así debe seguir siendo. Yo no deseo ser romano, ni griego, ni palmireno; soy árabe de La Meca, estoy orgulloso de mi stirpe y de mi raza y no quiero ser otra cosa. —Ibn Umayya habló con arrogancia, elevando el mentón, un gesto de dignidad propio de los nómadas, aunque él era un comerciante, un hombre de la ciudad.

—De acuerdo, pero nada impide que La Meca y Palmira firmen tratados comerciales que beneficien a ambas ciudades —dijo Giorgios.

—Sí, en esa cuestión no tendremos diferencias, te lo aseguro.

Pasaron algunas semanas en las que los palmirenos no hicieron otra cosa que cazar con halcón en las montañas que rodean La Meca, escuchar poemas épicos en los que se hablaba de héroes y de batallas libradas por los árabes y participar en carreras de caballos y camellos y en festivales ecuestres en los que siempre ganaban los mecacos.

Ibn Umayya no mostraba ninguna prisa por sellar tratados comerciales, y dejaba pasar el tiempo para desesperación de Giorgios y de los soldados palmirenos, que comenzaban a sentirse molestos porque no se llegaba a ningún acuerdo y no se atisbaba el ansiado momento de regresar a Palmira.

Pasaron todo el invierno en La Meca, y la mayoría de los palmirenos se dejó allí lo que le quedaba de su soldada. Algunos hombres de la ciudad o de las tribus beduinas del contorno les ofrecían como prostitutas a sus esposas e hijas. En La Meca todo aquello que rendía un beneficio se utilizaba como mercancía, aunque fuera el alquiler sexual a otro hombre de la propia esposa, de la hija o de la hermana.

Por fin, al inicio de la primavera, Giorgios dio la orden de regresar a Palmira. Ibn Umayya ofreció su palabra de que los comerciantes de La Meca mantendrían a los palmirenos como socios preferentes y despidió a los expedicionarios entregándoles como presente una docena de los que dijo que eran sus mejores camellos; a cambio recibió los ricos paños de seda y algunas joyas que habían traído desde Palmira. El ateniense tuvo claro que aquellos árabes jamás atenderían a otra cosa que a la defensa de sus propios intereses.

Capítulo XIII

*Palmira, primavera de 264;
1017 de la fundación de Roma*

Cuando Giorgios regresó a Palmira tras su larga estancia en La Meca ya había nacido el tercer hijo de Odenato y Zenobia. Fue un varón y recibió el nombre de Vabalato, que en árabe se pronunciaba Waballath, y que era el mismo que había llevado el padre de Odenato. Su significado era «el regalo de la diosa». Además, al niño se le impusieron varios nombres romanos, como se acostumbraba en la familia de Odenato desde hacía cinco generaciones. Así, su nombre completo fue el de Lucio Julio Aurelio Septimio Vabalato Atenedoro. El nuevo hijo de Zenobia enseguida ocupó un lugar muy especial en el corazón de su madre.

—Bienvenido a casa. Te hemos echado de menos —Zabdas saludó a su lugarteniente con un fuerte abrazo.

—Espero que hayáis podido arreglároselas sin mí —bromeó Giorgios.

—Hemos hecho lo que hemos podido —ironizó Zabdas.

—Entonces..., ¿está bien?

—¿Te refieres a ella?

—También a ella.

—Sí; está bien. Su tercer hijo la ha colmado de felicidad; ha debido de ver algo especial en ese niño porque lo trata de manera diferente a los otros dos. Cuando parió a Hereniano y luego a Timolao no tuvo ningún inconveniente en dejarlos solos para acompañarnos a la guerra en Mesopotamia o para salir de caza, pero de Vabalato, que así se llama el niño, no se separa ni un instante. Quiere más a este niño que a los otros dos.

—No es mío, si es que es eso lo que estás pensando —asentó Giorgios.

—¿Estás seguro de eso?

—Ya te lo dije hace meses, antes de partir hacia Arabia: nada he tenido que ver con Zenobia, apenas la he rozado.

—¿Apenas?

—Bueno, en aquella ocasión en el palmeral ella cogió mi mano y la colocó

sobre su piel, al lado de su corazón, pero sólo fue un instante.

—No me comentaste eso.

—No le di mayor importancia. Además, creía que no se te escapaba nada de cuanto sucedía en Palmira.

—¿Sigues enamorado de ella, verdad? —inquirió Zabdas.

Giorgios tomó aire y suspiró profundamente antes de responder.

—Nunca he sabido en qué consiste el auténtico amor. Se trata de una palabra que para mí carece de significado. Hace mucho tiempo, cuando Grecia era una tierra libre e independiente y sus ciudades asombraban al mundo, sólo se consideraba como verdadero y puro amor aquel que se profesaban dos hombres libres, es decir, dos seres iguales. Era el sentimiento que unía a las parejas de hoplitas de la falange de los Inmortales de Tebas, ese lazo invisible pero irrompible, como la más recia de las cadenas, que hacía que lucharan codo con codo, cada miembro de una pareja en defensa de la vida de su amante, y por eso eran invencibles. Ese tipo de amor es el que unía a Aquiles, el mayor de los héroes griegos, con su amado Patroclo, como cuenta Homero en la *Iliada*. Y por ese mismo amor perdido, por esa rabia y ese odio desatados, fue por lo que el Pélida entró en combate en la guerra de Troya al lado de los aqueos, tras haber permanecido impassible durante años a la vista de los griegos muertos ante las murallas de Ilion. Ni uno solo de sus camaradas caídos en combate le despertó el menor arrebato de cólera ni el más mínimo afán de venganza, y eso que caían a centenares; sólo la muerte de Patroclo, su gran amor, su pareja, a manos del príncipe troyano Héctor desató su furia de titán y lo arrojó a la guerra y a la venganza en desafío mortal con el hijo de Priamo. Tal vez ese sentimiento de desgarró que sintió Aquiles ante su amado muerto sea la respuesta del verdadero amante por el amor perdido, tal vez.

—Pero el amor de las mujeres...

—No, las mujeres, como nos enseñó Aristóteles, son inferiores a los hombres e imperfectas; por eso no podían ser amadas de la misma manera por los varones, que cuando se acercaban hasta ellas lo hacían para copular con el fin de procrear hijos y herederos.

—Sí, sigues enamorado. Lo veo en tus ojos. Eso que cuentas de Aquiles y Patroclo no es sino una excusa que tú te has buscado para no caer en la desesperación; tal vez la misma que sintió Aquiles, pero ahora volcada hacia el amor de una mujer.

—Si he decirte la verdad, no ha pasado un solo día desde que la conocí en el que la imagen de esa mujer no haya estado presente en cada uno de mis pensamientos, pero te aseguro que no ha ocurrido nada entre nosotros, nada.

—Te creo, pero ándate con cuidado, Giorgios. Eres el mejor soldado que tengo y me disgustaría mucho que peligrara tu cuello.

—Descuida, amigo. Estimo demasiado mi cabeza como para perderla por

una locura.

Giorgios mintió; por Zenobia sí estaba dispuesto a arriesgar su cuello.

Tres días después del regreso de La Meca, Odenato y Zenobia recibieron a Giorgios en el palacio de gobierno. Zenobia estaba muy hermosa; la maternidad no había estropeado su figura y, en cambio, había proporcionado una mayor rotundidad a sus formas que la hacía mucho más atractiva a los ojos de los hombres.

—Bienvenido a Palmira, general. Por tu primer informe ya he visto que este viaje ha resultado de gran provecho.

—Mi señor, mi señora... —Giorgios inclinó con respeto la cabeza ante los soberanos de Palmira. Los ojos de Zenobia lo atraían irresistiblemente, aunque él procuró desviar su mirada y fijarla en Odenato—. Los mecanos no están dispuestos a abandonar su independencia y no desean fijar ningún acuerdo político que les coarte su libertad, pero sí han accedido a firmar los tratados comerciales que les propusimos.

—Esa es una muy buena noticia y eso tratábamos de conseguir con tu viaje a Arabia —adujo Zenobia.

—Pero nuestro propósito, señora, era alcanzar un acuerdo para unir a todos los pueblos de estirpe árabe contra los persas. Y ahí he fracasado.

—No importa. Por ahora somos aliados comerciales, ya veremos la manera de lograr más adelante que esos acuerdos sean también militares. Enhorabuena, Giorgios, has hecho un gran trabajo; Palmira te está agradecida.

—Permitidme, mis señores, que os felicite por el nacimiento de vuestro tercer hijo; me he enterado al llegar a Palmira. Es una grata noticia.

—¿Quieres conocerlo? —le preguntó Zenobia.

—¿Yo...? —Giorgios balbució azorado.

—Ven con nosotros.

Los dos esposos se levantaron y Giorgios los siguió a las estancias privadas del palacio.

En una cunita de madera decorada con remaches dorados de bronce con forma de cabeza de león dormía un niño de apenas tres meses. Al contemplarlo, Giorgios entendió la querencia que había mostrado Zenobia hacia su tercer hijo. Los dos anteriores eran iguales a Odenato, recios y macizos como pesadas y antiguas esculturas de bronce. Pero Vabalato se parecía a Zenobia; a pesar de su corta edad ya tenía sus mismos ojos negros, su pelo lacio de reflejo metálico, el color dorado de su piel, su refinada nariz, sus delicadas orejas...

—Es un niño muy hermoso —se limitó a comentar Giorgios.

—Tiene el aspecto de un rey. ¿No crees?

Antes de que el griego respondiera, Odenato intervino.

—Mi esposa asegura que este niño gobernará un reino. Me confesó que lo había soñado durante el embarazo. ¿Crees que el destino se revela en los sueños, general?

—Los sacerdotes y los oráculos de todos los santuarios aseguran que ciertos sueños suelen cumplirse, mi señor; tal vez este sea uno de ellos.

—Eso sería terrible —alegó Odenato.

—No te entiendo, mi señor.

—Vabalato es mi cuarto hijo. Hairam, el mayor, es mi heredero legítimo, y luego están Hereniano y Timolao. Si Vabalato reina algún día en Palmira, eso querrá decir que antes han muerto, sin herederos, sus tres hermanos mayores.

—O que tal vez Vabalato sea capaz de conquistar un reino por sí mismo, mi señor —aclaró Giorgios.

—Tienes razón, general. Quizá este niño se convierta en rey de Persia. Sería magnífico, ¿eh? Vabalato, hijo de Odenato y de Zenobia de Palmira, rey de Persia. Suena bien, ¿no te parece, Zenobia?

—Muy bien, esposo. Ojalá que los dioses favorezcan mi sueño y otorguen ese reino a nuestro hijo.

Zenobia se acercó a Vabalato, lo cogió en brazos y lo acercó a su regazo. Instintivamente el niño abrió los ojos y buscó el pecho de su madre, que lo liberó de la túnica y ofreció uno de sus pezones a la boca del niño. Giorgios no pudo dejar de contemplar el pezón terso y oscuro y el pecho hinchado por la leche materna pero firme y redondo de Zenobia, y procuró no ruborizarse ante la presencia de Odenato, que contemplaba divertido a su hijito y a su esposa.

—Vamos, general, dejemos que mi hijo se alimente tranquilo para que crezca fuerte, pues no tengo duda de que sus brazos serán necesarios para defender Palmira.

*Palmira, fines de verano de 264;
1017 de la fundación de Roma*

De Antioquía llegaron noticias inquietantes. Pablo de Samosata se mantenía firme en su sede patriarcal ante la oposición de la mayoría de los cristianos de la ciudad y de todos los obispos de las demás diócesis de Siria, que se reunieron en un concilio para conminar al patriarca para que abandonara su cargo.

Un delegado de Odenato le relataba al *dux* de Siria y a Zenobia lo que había presenciado unas semanas atrás en Antioquía.

—En este segundo intento por derrocar al patriarca Pablo han intervenido teólogos cristianos desplazados desde las ciudades de Cesarea, Jerusalén y Tarso, la que fuera patria natal de su apóstol Pablo. Pero ni aun con esa ayuda han logrado doblegar a Pablo de Samosata, cuya capacidad dialéctica es muy

superior a la de todos sus detractores. En todos los debates los ha derrotado como si se tratara de inexpertos escolares debatiendo con un reputado maestro en retórica —refirió el delegado.

—¿Crees que los cristianos de Antioquía pueden rebelarse si Pablo sigue al frente del patriarcado? —demandó Odenato.

—No, mi señor, no lo creo. Los cristianos trinitarios, que son mayoría en esa secta, odian al patriarca y rechazan su doctrina sobre la no divinidad de su fundador, pero no se levantarán abiertamente contra él porque saben que, si lo hacen, cometerán un delito de rebelión contra tu poder, pues Pablo es tu procurador delegado en esa provincia. Sólo cuestionan y rechazan los postulados teológicos de Pablo, no tu autoridad, mi señor.

—Dices que ha derrotado con sus argumentos a esos teólogos llegados a Antioquía desde otras ciudades —terció Zenobia.

—Con suma facilidad, mi señora. Yo mismo asistí a los debates que tuvieron lugar en un sínodo celebrado en el templo donde se reúnen, al que llaman *ecclesia*. —El delegado pronunció esta palabra en griego—. Un tal Firmiliano, obispo, creo, de Cesarea y hombre que goza de mucho prestigio entre ellos, intentó rebatir la tesis de Pablo de que Jesús no fue Dios, ni tan siquiera hijo de Dios, sino un hombre extraordinario pero sólo un hombre, y este le respondió con tal contundencia que hasta sus más iracundos detractores dudaron sobre si no tendría razón. Incluso Himeneo, a quien los cristianos de Siria consideran investido de la máxima autoridad teológica, pues no en vano es patriarca de Jerusalén, fue derrotado por Pablo en cada uno de sus envites dialécticos.

—¿De qué acusaron esos clérigos cristianos a Pablo? —preguntó Zenobia.

—Heleno de Tarso, un hombre tan vehemente y locuaz como poco inteligente, le reprochó que explicara en sus sermones cosas de Jesucristo contrarias a las enseñanzas de los auténticos cristianos. Y Gregorio Taumaturgo, un obispo a quien consideran santo en vida, acusó a Pablo de insultar a Jesús al considerarlo un ser de naturaleza ordinaria y humana y no divina.

—¿Y qué les replicó el patriarca Pablo? —Zenobia parecía interesada en el debate.

—En un discurso brillante, documentado con decenas de citas pero emotivo a la vez, rebatió una a una las acusaciones que se le imputaban; acusó a la jerarquía episcopal de haber destruido algunos de esos textos porque no eran conformes a los postulados de los más ortodoxos, y de seguir a ciegas las enseñanzas erróneas de Pablo de Tarso. Citó de memoria algunos, rechazados y censurados por sus opositores, a los que tildó de hipócritas, falsarios y manipuladores de la verdad. Continuó afirmando que en el único y verdadero Dios sólo puede existir una única persona, pues es la unicidad lo que constituye la esencia divina. Luego afirmó que Jesús fue un hombre, aunque engendrado por obra del Espíritu Divino en el vientre de María, una mujer mortal, y que, por

tanto, en Jesús habitó el Logos, es decir, la sabiduría de Dios, pero no fue Dios mismo.

—Pero si fue el mismo Dios quien preñó a María, su hijo sería hijo de Dios...

—Eso aseguran los defensores de la ortodoxia cristiana, mi señora, pero Pablo de Samosata arremetió contra ese aserto asegurando que Jesús fue concebido de una manera impersonal.

—¿Y cómo explicó esa aseveración?

—Aseguró que fue el Logos, o el Verbo, quien se apoderó del cuerpo humano de Jesús a través de una fuerza divina que Pablo denominó *dinamis* —el enviado de Odenato, que estaba hablando en palmireno, pronunció esta palabra en griego—, y que fue esa energía celestial la que se introdujo en Jesús y lo impulsó a cumplir su misión en el mundo como Redentor, así lo llaman los cristianos, de todo el género humano. De este modo, Jesús fue elevado en dignidad por encima de todos los demás profetas y de todos los hombres, pero no fue Dios, porque esa unión del Logos con Cristo, el Ungido, como también lo llaman los cristianos, fue de carácter externo.

—¿Y en cuanto a los milagros? ¿Cómo justifica Pablo que Jesucristo, si no era Dios, resucitara a los muertos, como dicen que hizo en alguna ocasión?

—Eso también lo evidenció el patriarca de Antioquía. Lo aclaró explicando que cuando Jesús fue bautizado en el río Jordán por su pariente Juan, otro de los innumerables santones a los que veneran los cristianos, alcanzó la perfección moral y Dios le confirió el poder de hacer milagros y de redimir de sus pecados al género humano; así es como podría cumplir su misión en la tierra. Y aquí, Pablo de Samosata refirió algo que no entendí bien. Aseguró que tras su pasión y muerte, Jesús se había convertido en juez de vivos y muertos y se había unido con Dios, pero no de forma personal, sino sustancial, de modo que, por ello, sí podía ser designado como Dios desde el momento de su sacrificio, aunque antes de su muerte no lo fuera.

—Eso es difícil de comprender hasta para los más reputados teólogos. ¿Cómo acabó aquello? —Zenobia se mostraba cada vez más interesada en tanto Odenato comenzaba a aburrirse ante el pormenorizado relato sobre aquel debate.

—Pablo culminó su intervención explicando que Jesús había sido predestinado por Dios y anunciado a los profetas. Fue Dios quien lo eligió y quien le insufló esa fuerza vital o *dinamis*. Por ello, aunque Jesús no fue Dios por naturaleza, tras su martirio sí alcanzó una especie de grado divino a causa de su virtud.

—Por lo que respecta a la función política que ejerce Pablo, ¿tienes alguna queja? —preguntó Odenato a su legado.

—He podido comprobar que es cierto que se comporta de modo altanero en el ejercicio de su cargo y se muestra encantado con los símbolos de su poder como procurador *duceviro*, pero administra bien sus competencias en la ciudad de Antioquía, consigue recaudar abundantes tributos y goza de gran influencia

entre los que no son cristianos. Cumple con sus funciones y es fiel a Palmira y a tu persona, mi señor.

—En ese caso, Pablo de Samosata seguirá ejerciendo su cargo —dispuso Odenato ante la mirada complacida de Zenobia.

Capítulo XIV

Palmira, primavera de 265; 1018 de la fundación de Roma

Transcurrieron un otoño y un invierno lentos y cálidos y llegó la primavera; en las primeras semanas el calor fue tan elevado que las calles de Palmira estaban desiertas en las horas de mayor insolación, pues las piedras abrasaban calentadas por un sol inmisericorde, como si se tratara del más tórrido de los estíos. Los magistrados de la ciudad ordenaron que las hojas de palma con las que se alfombraban las vías principales para cubrir la tierra y evitar que se levantara polvo fueran regadas al menos tres veces cada día con abundante agua, para mitigar con ello la elevada temperatura.

Palmira no desmerecía en monumentalidad a otras grandes ciudades de Siria como Damasco, Bosra o Apamea, pero, a diferencia de ellas, las calzadas centrales de sus calles eran de tierra. La gran avenida central de Bosra, la vía augusta de Damasco o el larguísimo cardo máximo de Apamea estaban pavimentados con enormes losas de basalto o de caliza y su limpieza era fácil de ejecutar. Las calles sin pavimentar de Palmira se alfombraban periódicamente con hojas de palmera recién cortadas, que cubrían la tierra pisada a modo de una alfombra vegetal siempre verde. Cuando se secaban y se tornaban amarillentas o cuando acumulaban suciedad procedente de los seres humanos o de las deposiciones de las numerosas bestias de carga que las atravesaban, unos operarios a sueldo de la ciudad recogían los desechos en unas carretas a la vez que reponían una nueva cobertura de hojas de palma verdes y frescas. Lo que se retiraba se transportaba a una explanada en las afueras de la ciudad, donde se dejaba secar por completo para ser utilizado como combustible para calentar el agua de los baños o para alimentar las fraguas de los talleres, los hornos de pan y las cocinas domésticas.

Aquella primavera la frontera con Persia se mantenía tranquila, y las caravanas habían circulado con fluidez por Palmira durante todo el otoño y el invierno anteriores. Entre tanto, el emperador Galieno parecía ganar terreno a los rivales que pretendían disputarle el trono, de modo que Giorgios pudo descansar

unas semanas antes de volver a su puesto en el ejército. Aprovechando aquella calma y con un permiso militar en su bolsa, decidió visitar Damasco y allí pasó algunos días en los que no hizo otra cosa que descansar en sus magníficos baños y recorrer sus afamados burdeles para copular con cuantas prostitutas pudo. Cualquier excusa era buena si con ello podía olvidar, siquiera por un momento, a Zenobia, cuya hermosa figura volvía una y otra vez a su pensamiento hasta provocarle un verdadero tormento. Seguía sin saber si aquello significaba el verdadero amor entre un hombre y una mujer o se trataba de una atracción carnal irresistible; pero fuera lo que fuese aquella comezón que lo angustiaba, Afrodita y Eros, los dioses griegos del amor, estaban siendo muy crueles con él.

A su regreso a Palmira a comienzos de la primavera, Zabilas informó a Giorgios de que Odenato había ordenado preparar una nueva campaña militar contra Persia. Las arcas del tesoro de la ciudad rebosaban de oro y de plata y con una parte de lo que contenían se podía costear la formación de un nuevo ejército. Algunos espías destacados en Ctesifonte habían informado que Sapor I se había planteado contraatacar para vengarse de los palmirenos y como única manera de demostrar a su pueblo que no temía a Odenato y que su victoria sobre Valeriano, cuyo paradero en Persia permanecía desconocido a pesar de las decenas de espías romanos y palmirenos que lo buscaban por todas partes, no había sido una afortunada casualidad. El todopoderoso rey de reyes, señor de un centenar de pueblos y naciones, había sido humillado por un vulgar sicario a sueldo de Roma y no estaba dispuesto a seguir siendo el hazmerreír de sus súbditos, algunos de los cuales ya lo cuestionaban en secreto como soberano.

—En los próximos días comenzaremos el reclutamiento de nuevos soldados. Odenato ha impartido las órdenes oportunas para que los veteranos de las campañas anteriores se incorporen al ejército. Además quiere aumentar los efectivos casi hasta el doble; en esta nueva ocasión seremos veinte mil —le explicaba Zabdas a Giorgios.

—Eso son dos legiones completas; pero ni siquiera bien manejadas suponen una fuerza suficiente como para ocupar Ctesifonte.

—No es esa su intención. De momento debemos ocuparnos de formar un nuevo ejército más eficaz si cabe que los dos anteriores.

Durante varias semanas acudieron a la llamada de Palmira centenares de mercenarios para alistarse. A los ya veteranos se unieron nuevos guerreros procedentes de las montañas del Líbano, de los altiplanos del interior de Anatolia y de las tierras quebradas de Armenia. También se alistaron varios escuadrones de caballería ligera procedentes de las tribus beduinas del norte de Arabia.

Los armenios estaban mandados por un formidable guerrero, altísimo y fornido, de músculos duros forjados como láminas de acero. Se llamaba Kitot y en otro tiempo había sido un afamado gladiador, vencedor en cuantos combates había participado. Gracias a sus victorias en la arena había conseguido la libertad

y había regresado, ya libre, a su aldea natal, donde había comprado unas tierras. Pero Kitot no era un campesino ni le interesaba la monótona vida que marcaba el ritmo de las cosechas y de las estaciones. Al enterarse de que en Palmira necesitaban hombres para la guerra y de que se podía conseguir dinero abundante por ello, no lo dudó: convenció a varios vecinos de su aldea y de otras de su región y partió al frente de ellos hacia el sur para enrolarse en el ejército palmireno.

Zabdas, Giorgios y Hairam observaban el primer entrenamiento de los mercenarios recién llegados en la amplia palestra habilitada en el exterior de la puerta norte. El primogénito de Odenato no se separaba un momento de Giorgios y se mostraba atento a todos los consejos e indicaciones que el griego daba a sus hombres. Meonio, que merodeaba por allí como un hurón al acecho, se mantenía algo alejado, en posición indolente, intentando disimular su resquemor porque su sobrino Hairam prefería la compañía de Giorgios a la suya.

A lo largo del amplio campo de maniobras había desplegados más de tres mil hombres que practicaban con espadas de madera y escudos los golpes, fintas y defensas que los instructores iban marcando.

Giorgios no tardó en fijarse en la figura imponente de Kitot. El armenio destacaba por su enorme altura: sobrepasaba al menos en una cabeza al más alto de los mercenarios, y por el poderío de sus brazos parecía el mismísimo Hércules. Usaba la espada como si fuera una maza y golpeaba con tal fuerza sobre los escudos de sus oponentes que a cada golpe provocaba que su pareja en el combate doblara la rodilla.

—¿Has visto cómo lucha ese hombre? —preguntó Giorgios a Zabdas.

—¿Te refieres al gigante? He preguntado por él y sé que es armenio. Ha sido gladiador, invicto en más de un centenar de combates.

—Observa: maneja la espada como si se tratara de un martillo o un hacha. Es una técnica que he visto utilizar a algunos gladiadores: consiste en lanzar golpes de arriba abajo para que un oponente mantenga la guardia alta y después, al menor síntoma de flaqueza, atacar por los flancos con una finta lateral. Si se ejecuta bien y se mantiene la guardia centrada, casi nunca falla.

—¿Podrías enseñarme esa técnica? —preguntó Hairam.

—Tal vez lo pueda hacer ese gigante; por lo que veo, la ejecuta mucho mejor que yo. Vamos a verlo.

—Yo os dejo; nos veremos en el almuerzo —les dijo Zabdas, que siguió adelante inspeccionando los ejercicios militares.

Giorgios y Hairam se acercaron hasta el armenio, que acababa de derribar a un contrincante muy poderoso pero que a su lado parecía un alfeñique.

—¿Eres tú el gladiador armenio? —le preguntó Giorgios.

—¿Quién lo quiere saber?

—Mi nombre es Giorgios de Atenas y soy tu general. Me acompaña Hairam,

el heredero del trono de Palmira.

—Sí, soy Kitot —bramó el gigante.

—Te he visto luchar y he comprobado que dominas varias técnicas de esgrima.

—En mi anterior trabajo o combatías bien o estabas muerto.

—En ese caso, si continúas vivo es que eres muy bueno.

—El mejor. ¿Deseas comprobarlo?

Kitot avanzó su brazo derecho y apuntó a Giorgios con la punta de su espada de madera en una clara señal de reto. Los hombres que los rodeaban miraron expectantes a su general. Giorgios comprendió que no tenía otro remedio que aceptar.

—Vamos a ver si luchas tan bien como presumes —dijo mientras desmontaba del caballo.

Giorgios cogió una espada y un escudo de entrenamiento y se dispuso a enfrentarse a Kitot. Los que estaban más cerca abandonaron sus ejercicios y formaron un corro alrededor de la pareja de formidables luchadores.

El armenio, confiado en su imponente altura y en su enorme fuerza, lanzó un poderoso golpe de arriba abajo, intentando desarbolar la guardia alta de Giorgios, que esperaba ese ataque. El impacto de la espada de madera de Kitot con el escudo del ateniense fue tremendo y el griego se tambaleó al recibir en su brazo izquierdo todo el poder de su oponente. Enseguida se dio cuenta de que sólo podría vencer a Kitot mediante la astucia, pues aquel primer golpe fue tan contundente que le dejó el brazo y el hombro doloridos.

Giorgios dio dos pasos atrás para tomar mayor distancia y colocarse suficientemente alejado del alcance de Kitot, flexionó las piernas y comenzó a moverse en círculo hacia su lado izquierdo, manteniendo siempre la guardia alta pero sin descuidar sus flancos. Conocía bien la técnica de ataque que empleaba el armenio —la había aprendido en los campamentos legionarios del Danubio de manos de experimentados gladiadores—, de modo que esperó paciente un nuevo envite. El segundo golpe fue si cabe más contundente que el primero; el armenio lo descargó con tanta violencia que a punto estuvo de desarbolar la guardia del ateniense, que trastabilló hacia el lado derecho dejando ligeramente desprotegido su flanco izquierdo. Eso fue precisamente lo que había pretendido Kitot quien, confiado en su triunfo, lanzó un golpe lateral a las costillas del griego descuidando por completo su guardia. Giorgios estaba preparado; sabía que ese iba a ser el siguiente movimiento del gigante, de manera que giró deprisa sobre su pie derecho escapando de la acometida y dibujó un molinete en el aire con su espada. En un instante la punta de la espada de madera del griego señalaba directamente al cuello de Kitot que, desequilibrado y sorprendido por su fallido ataque, había olvidado su defensa.

—Nunca subestimes a tu rival, armenio.

Hairam observaba asombrado aquella escena.

—Conocías mi técnica de ataque y estabas preparado para rechazarla.
¿También has sido gladiador?

—No, pero he combatido al lado de algunos en el *limes* danubiano.

—Te mueves muy rápido, general. Eres el primer hombre que me ha vencido en combate.

—Cuestión de suerte. Necesitamos soldados como tú. Escuchad. —Giorgios devolvió las armas de entrenamiento al soldado que se las había prestado y se dirigió a todos los que se habían arremolinado para contemplar la pelea—. Este hombre —señaló a Kitot— es mucho más fuerte que yo y me hubiera vencido fácilmente si no se hubiera confiado y hubiera mantenido toda su atención en la pelea. Calibró mal mi habilidad y creyó que me vencería sin esforzarse, y no ha sido así. En la batalla, la fuerza no es la única arma. No debéis subestimar jamás el potencial de nuestro adversario; no debéis valorarlo por lo que parece, sino por lo que pueda hacer; debéis permanecer siempre alerta y no confiaros nunca aunque percibáis una aparente debilidad en vuestro oponente y consideréis que se encuentra al borde de la derrota. Las tumbas están llenas de cadáveres de tipos demasiado confiados.

» Serás mi lugarteniente —le propuso a Kitot.

—¿Yo? Pero me has vencido...

—Estoy seguro de que si nos enfrentáramos cien veces, tú ganarías noventa y nueve. Hoy tuve suerte, no te iba la vida en el combate, te relajaste y los dioses estuvieron de mi parte, nada más.

Giorgios alargó la mano al estilo de Roma y Kitot le ofreció la suya.

—Seré tu más fiel servidor —le dijo.

—Aquí todos servimos a una misma señora, a Palmira.

Dijo Palmira, pero Giorgios estaba pensando en Zenobia.

Zabdas, Giorgios, Hiram y Kitot compartían el almuerzo en el cuartel principal del ejército palmireno. Comían torcaces asadas en espetones rellenas de dátiles y pasas y bañadas en una espesa salsa de sésamo.

—¿Cómo conseguiste la libertad? —le preguntó Hiram al antiguo gladiador.

—Fue hace tres años, en el transcurso de las *decennalia*..., una fiesta que instauró Octavio Augusto en honor del Senado. Galieno, para ganarse los favores de la plebe de Roma y festejar su triunfo sobre algunos rivales, preparó un desfile como jamás se había visto antes en la capital del Imperio. Lo encabezaban centenares de esclavos y esclavas que portaban antorchas y lámparas de cera, y tras ellos marchaban cien bueyes blancos con sus cuernos engalanados con cintas doradas; después formaban doscientas ovejas de purísima lana blanca y diez elefantes pintados de blanco. Tras ellos desfílamos mil

doscientos gladiadores, todos cuantos se pudieron reclutar en Roma y en las ciudades más próximas; íbamos vestidos con mantos dorados y cada uno de nosotros llevaba un perro con su correa. Después venían carrozas sobre las que centenares de mimos y actores no cesaban de ejecutar malabares y representar chanzas burlescas. Por fin, cerraban aquella deslumbrante comitiva todos los senadores, vestidos con sus togas albas ribeteadas de rojo, y los caballeros miembros del orden ecuestre con túnicas blancas. Entre ellos desfiló el emperador Galieno, investido con la túnica triunfal, la toga palmada y las fascas laureadas, como es propio de su cargo, escoltado por centenares de lanceros que portaban en las puntas de sus armas banderas con los colores y emblemas de las diferentes corporaciones profesionales y religiosas de Roma, y centenares de individuos de las diversas naciones del Imperio e incluso de pueblos bárbaros; hasta un grupo de persas había en aquel extraño cortejo. Desfilamos por las calzadas de piedra del imponente Foro imperial, pasamos junto a la estatua del Coloso, la que erigiera el emperador Nerón con su propio rostro pero al que le cambiaron la cabeza hace años por la del dios Helios, y llegamos hasta el Capitolio, donde el emperador fue aclamado por los más egregios representantes del pueblo.

—Debió de ser un desfile magnífico, con toda esa gente y esos animales de blanco y de oro... —Hairam escuchaba atento a Kitot.

—Y todavía fue más imponente lo que siguió después. Durante varios días se celebraron juegos y festejos en el Coliseo, en el circo Máximo, en el de Domiciano y en los teatros: comitates de fieras, luchas de gladiadores, representaciones teatrales, mimos, bailes, banquetes... Toda Roma se convirtió en una enorme fiesta que recordaba la que se celebró unos años antes con motivo del milenario de la fundación de la ciudad, pero algunos romanos, los de mayor enjundia moral, comenzaron a criticar aquellos exagerados y costosísimos fastos. Los más valientes, o tal vez los más insensatos, denunciaron que Galieno se entregara a los banquetes más ubérrimos y a los festejos más fastuosos mientras su padre, el recordado emperador Valeriano, seguía en manos de Sapor, pudriéndose en alguna prisión persa.

—Un hijo debe honrar a quien le ha dado la vida; recuérdalo, Hairam —terció Zabdas.

—Siempre lo haré, general.

—Bien. Así estaban las cosas cuando una tarde un grupo de bufones, sin duda muy afectados por el vino que corría en abundancia, comenzaron a interpretar mimos grotescos y comedias satíricas donde se ridiculizaba, sin duda con acierto pero sin disimulo, al emperador Galieno por no intentar ninguna acción para liberar a su padre del cautiverio en Persia. Esas críticas dignas de haber sido recogidas en los versos más ácidos y socarrones del epigramista Marcial, llegaron a oídos del emperador, que ordenó la ejecución inmediata de todos

aquellos atrevidos cómicos. Los irreverentes artistas que habían criticado al emperador arrieron al día siguiente sobre unas piras de leña junto a la orilla del Tiber mientras Galieno se atiborraba de los manjares más exquisitos en un banquete que organizó en su palacio. Esos cómicos murieron abrasados, ante los ojos enardecidos de la plebe romana, siempre sedienta de sangre y de muerte.

» Pero yo conseguí la libertad. Para ello tuve que pelear en la arena del Coliseo contra tres compañeros a los que no tuve más remedio que matar para no morir. Su sangre fue el doloroso precio de mi liberación. —Kitot escupió sobre la arena.

—¿Qué sientes al matar a un hombre? —le preguntó Hairam al antiguo gladiador.

—Imagino que lo mismo que sentirás tú, príncipe: que he salvado mi vida.

Tal vez esa fuera la sensación de Kitot ante la muerte de un enemigo o de un gladiador abatido por su espada, pero no era eso precisamente lo que sentía el ateniense. Su primera víctima, a la que ya no recordaba pero que debió de ser algún bárbaro en las guerras de la frontera del Danubio, le despertó el instinto de la venganza cumplida por el asesinato de sus padres y de su hermana, y lo mismo ocurrió con las siguientes, hasta que llegó un momento en que matar a un hombre en el combate ya no significó nada, absolutamente nada, para Giorgios.

Odenato y Zenobia acababan de hacer el amor. Tres partos consecutivos no habían ajado la tersa piel del escultural cuerpo de la señora de las palmeras, como solían llamarla sus súbditos.

—Vamos a liberar al emperador Valeriano —soltó de pronto Odenato.

—Entonces esa es la razón por la que estás equipando un ejército tan numeroso.

—Así es. Hasta ahora nos hemos limitado a acosar a los persas y vencerlos, pero es hora de asestarles el golpe definitivo.

—¿Qué estás tramando?

—Quiero ofrecerte la corona de Oriente.

—Ya la tengo; soy la esposa del rey de reyes.

—Me refiero a la corona imperial; no reconozco otro imperio que el de Roma.

—¿Deseas convertirte en emperador? Muchos lo han intentado pero han sido considerados usurpadores y ejecutados por traición en cuanto han caído en manos del emperador o de sus legados. ¿Aspiras a ser uno más de ellos? ¿Tanta prisa tienes por morir?

—Claro que no. Mi intención es compartir el imperio con Valeriano una vez que consiga su liberación.

—¿Dos emperadores?

—Uno en Occidente, en Roma, y otro en Oriente, en Palmira. Un mismo imperio alumbrado por dos soles. El Imperio es demasiado extenso para ser gobernado por un solo hombre.

—Galieno no lo admitirá; desde que su padre fue capturado por los persas se considera el único emperador.

—Es un cobarde. Si consigo liberar a Valeriano y llevarlo de vuelta a Roma, el Senado le devolverá sus insignias imperiales y los soldados de todas las legiones lo aclamarán de nuevo como emperador legítimo. Galieno deberá aceptar la nueva situación o se convertirá en un mal recuerdo.

—¿Ha sido todo esto idea tuya?

—Bueno, lo he comentado con mi primo Meonio.

—No me gusta. Siempre está adulándote, siempre a tu sombra como un chacal en busca de la carroña. Cuidate de él; bajo su apariencia sumisa y dócil esconde un carácter ambicioso. Hace unos días me envió como presente dos copas de oro, o al menos lo parecían, porque en realidad eran de siderita bañadas con una capa dorada muy fina. El hierro es el metal que siembra la discordia; por eso lo hizo.

—Exageras, esposa. Eso solo significa que Meonio es un tacaño. Se mantendrá siempre leal y fiel a mí. Lo conozco bien; crecimos juntos, hemos participado en muchas cacerías y hemos combatido codo a codo en demasiadas batallas.

—Longino me ha enseñado una máxima de un sabio griego llamado Quilón que dice: « Sal fiador y tendrás preocupaciones» .

—De acuerdo, lo vigilaré, pero te aseguro que es inofensivo.

Capítulo XV

Palmira, fines de primavera de 265; 1018 de la fundación de Roma

El ejército estaba listo. Veinte mil hombres bien equipados y convenientemente entrenados aguardaban la orden de partir hacia Mesopotamia.

Zenobia no participó en esta ocasión en la campaña pues prefirió quedarse en Palmira con su hijito Vabalato, del que apenas se separaba un instante.

Enterado Sapor de la nueva oleada que se avecinaba sobre su reino, convocó a todos sus aliados para la defensa y se parapetó tras las murallas y los fosos de Ctesifonte. Además, promulgó un edicto por el cual invitaba a todos los judíos que así quisieran a instalarse en su territorio, ofreciéndoles grandes facilidades y eximiendo de algunas tasas a los comerciantes hebreos que decidieran acudir al reino sasánida.

Los palmirenos avanzaron por el curso del Eufrates como un vendaval, arrasando a cuantos destacamentos persas les salieron al encuentro. Kitot destacó en todos los combates; armado con una enorme maza de hierro con afiladas cuchillas en la punta, sus acometidas resultaban demoledoras y él solo era capaz de abrir una brecha en las cerradas formaciones de la infantería sasánida utilizándola a modo de molinete. Sus siete pies de altura y su fuerza descomunal le permitían cubrirse con un casco de hierro y una armadura del tal grosor que a cualquier otro hombre le hubiera impedido siquiera andar, de modo que cuando era alcanzado por algún golpe de espada, de lanza o por una flecha no sufría el menor daño.

Hairam cabalgaba junto a Giorgios y Kitot. El joven heredero de Palmira se sentía importante entre aquellos dos formidables soldados y procuraba no separarse un momento de ellos.

—Esta vez entraremos en Ctesifonte, en el palacio de Sapor comeremos sus manjares, dormiremos con sus esposas en sus lechos de seda, beberemos los mejores vinos de sus almacenes y cantaremos canciones de victoria a la sombra de sus estatuas, que luego adornarán nuestras tiendas y nuestras casas —dijo ufano el joven.

—Sólo somos dos legiones —alegó Giorgios—. El emperador Valeriano puso en marcha hasta siete, con tropas seleccionadas entre las mejores del Imperio, y fracasó. Jamás podremos conquistar un imperio tan extenso y poblado como el persa.

—¿Dos legiones?

—Según la organización del ejército romano, así es. Una legión la componen unos cinco mil legionarios de a pie, divididos según su experiencia en príncipes, hastatos y triarios, organizados a su vez en cohortes, manipulos y centurias, dirigidos por centuriones y decuriones, más un escuadrón de caballería de ciento veinte a trescientos jinetes. Esas tropas constituyen el cuerpo principal de una legión, pero además hay que añadir las tropas auxiliares y los vélites, la infantería ligera, con lo que casi se duplica el número de soldados.

—¿Y de cuántas legiones dispone el Imperio romano? —preguntó Hairam.

—Antes de que estallara la anarquía militar y se generalizaran los pronunciamientos y sublevaciones de generales que aspiran a ser emperadores, Roma mantenía en activo treinta y dos legiones; pero ahora tal vez sean algunas menos.

—¡Treinta y dos! ¡Eso son más de trescientos mil hombres! —exclamó asombrado Hairam tras hacer un rápido cálculo mental; era obvio que había aprovechado las clases de matemáticas de los maestros griegos que enseñaban en Palmira, donde todos los niños solían aprender a contar números y a relacionarlos con facilidad, pues en una ciudad de mercaderes que vivía de la compra y la venta era imprescindible manejarse bien y deprisa con las cifras—. Con todo ese ejército, el reino de los sasánidas duraría un instante.

—Pero Roma no puede distraer a todos sus efectivos para concentrarlos en una sola campaña militar en este extremo oriental de sus dominios; necesita guarnecer sus fronteras de manera permanente en el *limes* que se extiende durante miles y miles de millas hacia todas las direcciones. Todas esas legiones defienden el Imperio desde Britania a Mesopotamia y desde Arabia al océano de los atlantes y si desaparecieran de sus cuarteles los bárbaros entrarían como la marea alta en la playa.

—Roma se creó para la guerra —intervino Kitot—, y será la guerra la que acabe con Roma. Así es como los romanos entienden el mundo y nunca cambiarán hasta que resulten eliminados por completo o sean ellos quienes sometan a todos los demás. La guerra ha hecho ricos a muchos de sus ciudadanos y gracias a ella simples soldados han logrado ascender hasta el centuriado, lo que les ha permitido ingresar en el orden ecuestre y convertirse en nobles y ricos ciudadanos. En el ejército, hasta el más modesto legionario de la más lejana de las provincias puede alcanzar la púrpura imperial si demuestra tener energía, dotes de mando, mucha suerte... y pocos escrúpulos.

—Sabes mucho del ejército para haber sido gladiador —comentó Giorgios.

—Durante los años en que luché en los anfiteatros de Italia y de Hispania aprendí muchas cosas. Serví cuatro años en la escuela de gladiadores de Marco Tulio Vinicio, un senador riquísimo pero tan cobarde que nunca formó parte del ejército, aunque se le llenaba la boca cuando destacaba su importancia. Algunas veces venía a cenar con sus gladiadores y hablaba y hablaba sin parar de la grandeza de Roma, de las formidables conquistas de los emperadores más notables y de la supremacía del romano sobre los demás pueblos de la tierra. Declaraba ser un republicano convencido y se presentaba como el último representante de los viejos y honorables tiempos en los que Roma era una república cuyo destino lo marcaban sus ciudadanos libres representados a través del Senado. Decía que el Imperio había pervertido el verdadero carácter romano y que el emperador, en principio sólo el primero de los romanos, se había convertido en un tirano.

» Nos explicaba sus ideas sobre el Estado y citaba una y otra vez sentencias de un sabio llamado Cicerón, al que denominaba “el último hombre de la verdadera y genuina Roma”. Solía alegar que la sobriedad y el espíritu de los fundadores se habían viciado y corrompido y que tantos fastos, lujos, triunfos y ceremonias estaban contribuyendo a debilitar el ánimo que los creadores de la patria inculcaron a sus ciudadanos. Y lo decía él, un ricachón orondo y grasiento que derrochaba enormes cantidades de dinero en las fiestas que organizaba en su palacio de Roma o en su finca de Capua y a las que invitaba a todo aquel a quien pudiera sobornar si tenía la influencia y el poder suficientes como para hacerle un favor o facilitarle un negocio.

—Con ese tal Marco aprendiste mucho más que a utilizar las armas — comentó Giorgios.

—Ese senador no tenía con quien desahogarse, o no se atrevía a hacerlo en el Senado y por eso peroraba ante nosotros, sus gladiadores, los responsables de buena parte de sus ganancias. Siempre estaba hablando de lo que ocurría en los ambientes de la política en Roma a pesar de que a la mayoría no nos importaba en absoluto; sólo pensábamos en cómo conservar la vida en los combates y en ganar la libertad algún día. En una ocasión llegó a lamentar la debilidad del Senado y la poca importancia que esta institución tiene en estos tiempos. Se quejaba de que era el ejército quien en verdad designaba a los emperadores y de que el Senado no jugaba otro papel que ratificar formalmente una proclamación militar. Y a veces ni siquiera eso; en una ocasión se lamentó de que un emperador llamado Maximino ni siquiera se molestó en solicitar su ratificación por el Senado —explicó Kitot.

—Ese senador era un hipócrita. Para ser considerado miembro del orden equestre un romano debe poseer al menos una renta de cuatrocientos mil sestercios y un senador necesita demostrar propiedades por más de un millón doscientos mil. Todos esos discursos que os largaba sobre la ciudadanía y la

república eran mera retórica hueca, en la que los miembros del Senado son afamados expertos —asentó Giorgios.

Las victorias palmirenas se sucedieron en la marcha hacia Ctesifonte. Escarmentado por la derrota anterior, Sapor no se atrevió a hacer frente al ejército palmireno y permaneció atrincherado tras los muros de su capital, convenientemente reforzados. El mago Kartir celebró un conjuro sobre las murallas, quemó incienso y ofreció libaciones de mirra y almizcle al dios Ahura Mazda para que protegiera la ciudad de las tropas de Palmira.

Como había pronosticado Giorgios, la capital de Sapor fue de nuevo inaccesible para el ejército de Odenato. Los canales de irrigación que la rodeaban actuaban como enormes fosos que impedían la aproximación con seguridad de un contingente de tropas compacto e imposibilitaban la maniobra de despliegue de la caballería, de modo que los posibles asaltantes se convertían en un blanco demasiado fácil para los hábiles y certeros arqueros persas y para sus poderosas catapultas, capaces de lanzar bolas de brea ardiendo a más de trescientos pasos de distancia. Además, dentro del perímetro cercado por sus formidables defensas, la ciudad disponía de campos de cultivo, huertos y jardines que proporcionaban alimento seguro en caso de un prolongado asedio y de centenares de pozos y fuentes que suministraban una corriente de agua permanente e inagotable.

Por tercera vez, Odenato se vio obligado a renunciar al asalto de Ctesifonte. Reclamó la liberación de Valeriano, como ya hiciera en las dos campañas anteriores, y realizó incursiones en busca de cautivos a los que demandaba en vano alguna información sobre la situación y el destino del emperador prisionero, pero ninguno de los persas que logró apresar reveló noticia alguna, ni siquiera bajo las torturas a las que fueron sometidos. Nadie conocía el paradero del emperador de Roma capturado cinco años atrás por Sapor; había desaparecido trágado por la inmensidad del reino sasánida.

El calor en Mesopotamia comenzó a ser insoportable y los expedicionarios regresaron a Palmira. Habían vuelto a derrotar a los persas, habían alcanzado otra vez el corazón de su reino y se habían plantado ante las murallas de su capital, pero habían fracasado en su intento de liberar a Valeriano.

*Palmira, verano de 265;
1018 de la fundación de Roma*

Poco después de que las tropas regresaran a Palmira se presentó en la ciudad una embajada del emperador Galieno encabezada por un tribuno. Odenato ordenó que se preparara una ceremonia de recepción en la sala de banquetes del ágora, frente al patio de la Tarifa.

Alineados a los lados de los dos tronos, ocupados por el *dux* y su esposa Zenobia, se ubicaban los magistrados de la ciudad, con sus brillantes túnicas de seda verde orladas con hilo de oro y sus gorros cilíndricos en cuyo frente mostraban bordado el emblema de la palmera, y los hijos de Odenato, con Hairam ocupando el lugar preferente a la izquierda de su padre y junto a él sus tres pequeños hermanos y Meonio. Cerca de los príncipes formaban los generales Zabdas y Giorgios y a su lado los altos oficiales del ejército palmireno, entre los que ya se encontraba Kitot, cuyo imponente físico destacaba entre todos los presentes.

El legado imperial entró en la sala flanqueado por media docena de caballeros singulares, expertos jinetes y avezados soldados que eran destinados a la escolta personal de los legados. Avanzó altivo con su casco coronado de plumas rojas en su mano izquierda hasta colocarse ante el sitial de Odenato, inclinó la cabeza con marcialidad y lo saludó alzando el brazo derecho.

—Soy portador de una orden imperial; solicito permiso para leerla —dijo.

—Puedes hacerlo, tribuno —le concedió Odenato.

El legado imperial abrió un cartucho de madera, extrajo un pergamino, desplegó el escrito con cuidado y leyó en voz alta:

—«De Galieno Augusto, emperador de Roma, al ilustre Odenato, *dux* de Oriente. Por los muchos méritos que el noble Septimio Odenato atesora en la defensa de las fronteras de Roma y por las victorias obtenidas sobre los persas, te concedemos, con la aprobación del Senado y el Pueblo romanos, los títulos de comandante de todo Oriente y de agosto, para que a partir de este momento los uses con propiedad en todos los rincones del Imperio. Asimismo, te otorgamos la coregencia imperial en las provincias de Oriente, para que la ejerzas plenamente y con todas sus consecuencias. Ordenamos a todos los gobernadores de esas provincias y a sus tribunos, legados y generales que obedezcan al agosto Septimio Odenato». El legado portaba además las insignias con las águilas imperiales labradas en plata y una capa de seda púrpura con ribetes laureados bordados con hilo de oro. Sólo los emperadores podían vestir ese atuendo, de manera que Odenato acababa de convertirse de hecho en coemperador. El embajador depositó sobre una mesa una bolsa con monedas de plata recién acuñadas en la ceca imperial; todavía eran las de buena ley, con alto contenido en plata, pues a fines de ese mismo año la ceca de Roma acuñaría denarios en los que casi todo el metal era cobre y la plata se reducía a un ligero baño superficial. En aquellas monedas figuraba el rostro de Odenato y una leyenda con una referencia a sus victorias sobre los persas.

Zenobia sonrió.

—El agosto Galieno te ofrece la coregencia del Imperio en Oriente. El Senado y el pueblo de Roma aprueban la decisión del emperador y te entregan las insignias imperiales para que las uses con pleno derecho, y te otorgan el

mando de todas las legiones, provincias y ciudades desde Egipto hasta Mesopotamia y desde Anatolia hasta Arabia. ¿Aceptas? —El legado le ofreció una corona con hojas de laurel labradas en oro puro.

El señor de Palmira la tomó, la mostró al frente con los brazos extendidos y declaró:

—Yo, Septimio Odenato, acepto el nombramiento como augusto emitido por el Senado y el pueblo romanos y juro ante los dioses de Palmira ser fiel a Roma.

A continuación se colocó la corona sobre su cabeza. Después se acercó a Zenobia y la coronó a su vez.

Zenobia sonrió de nuevo. Su sueño de convertirse en la soberana de todo Oriente estaba a punto de cumplirse.

Aquel día brillaba como una nueva Cleopatra. Pese a su juventud, parecía más inteligente de lo que en su día fuera la reina de Egipto y su belleza era al menos igual, si no superior, a la de la legendaria egipcia. Sus ropas, desde luego, eran las de una verdadera emperatriz del mundo: cubría su piel con un ajustadísimo vestido que resaltaba cada una de las perfectas curvas de su cuerpo; estaba elaborado con finísima seda roja sobre la cual se habían cosido centenares de perlas y esmeraldas que dibujaban dos palmeras, una en la parte delantera cuyo tronco, perfilado con hilo de oro, se abría a la altura del pubis en dos ramas que morían justo bajo los senos, y otra similar en la espalda.

Giorgios sintió su corazón acelerado al contemplarla; aquella mujer se había convertido en su obsesión.

*Palmira, otoño de 265;
1018 de la fundación de Roma*

La plaza de la Tarifa estaba abarrotada de gente. Ubicada junto al ágora, al lado del teatro, unos operarios estaban limpiando la lápida que contenía la lista con las tasas que debían pagar los comerciantes que negociaban con sus productos en Palmira. Esos ingresos constituían la fuente principal de la riqueza de la ciudad.

Los comerciantes se arremolinaban en torno a la estela de la Tarifa, el punto donde solían encontrarse cuando debatían sobre intereses comunes, porque corrían rumores de que Odenato estaba barajando la posibilidad de aumentar los tributos. Palmira era la ciudad más cara de Oriente, pero sus ciudadanos, muchos de ellos muy ricos, podían pagar los elevados precios sin merma alguna para sus cuantiosas rentas.

En los tres últimos siglos sus magistrados y sus gobernadores habían embellecido Tadmor con largas calles porticadas, arcos triunfales, templos y monumentos a los héroes y a los benefactores de la ciudad. Sólo los baños,

pequeños y poco lujosos, no estaban a la altura del resto de las construcciones; el origen beduino de los fundadores de la ciudad, acostumbrados a no bañarse apenas, y el altísimo precio del agua condicionaban mucho su uso y los palmirenos la administraban con un celo extraordinario. Sabían que su derroche sin medida había sido la causa principal de la decadencia de Petra, la otra gran ciudad del desierto en el norte de Arabia, al agotarse la mayoría de sus manantiales, y no estaban dispuestos a que les ocurriera lo mismo.

Todos los barrios de la ciudad estaban bien urbanizados, trazados con calles rectas al estilo de las que diseñaran hacia siglos los arquitectos jonios en la ciudad de Mileto, un modelo de urbanismo que se extendió por todo Oriente. Muchas casas eran riquísimas, aunque vistas desde el exterior apenas lo parecían. Una vez dentro eran verdaderos palacios, auténticos oasis de lujo y ostentación con amplios peristilos de columnas finamente labradas, decoradas con magníficas esculturas griegas, delicados jarrones orientales y coloridos cortinajes de lino y de seda y gruesas alfombras de lana.

Las mesas de los palmirenos estaban provistas con los mejores manjares que pudiera imaginarse, y no faltaban en ninguna de ellas los más afamados vinos de Grecia, de Siria y de Anatolia.

Las mujeres palmirenas lucían las más caras joyas y los más elegantes vestidos que se fabricaban en el mundo, elaborados con los lujosísimos paños de seda importados de China o tejidos con la finísima y cara lana de las ovejas de las montañas del norte de la India, y se perfumaban con los aromas y esencias más exclusivos de Arabia y de Persia. Era tal su pasión por la seda que las mejores piezas —sobre todo los paños transparentes que permitían cubrirse el rostro, como marcaba la tradición de Palmira para las mujeres casadas, pero que dejaban vislumbrar los rasgos de la cara— eran tan demandadas que las más delicadas solían venderse en subastas públicas a precios desorbitados. Los hombres no les quedaban a la zaga, pues se vestían con refinados trajes de seda bordada con hilo de oro y de plata, se acicalaban el pelo con aromáticos aceites y se protegían la piel con cremas y ungüentos. Y eran muchos los que se adornaban con collares de perlas y broches de rubíes, diamantes y esmeraldas dignos de ser portados por un emperador.

Dos riquísimos comerciantes paseaban por el lado de sombra del patio de la Tarifa y elucubraban sobre las consecuencias que podría acarrear para sus negocios la anunciada subida de impuestos. Eran Antioco Aquiles, el que fuera socio del padre de Zenobia, y el joven Aquileo, a quien el primero había traído consigo a Palmira tras un viaje de negocios y al que había presentado como su sobrino, pero del que se rumoreaba que era su amante.

—He visto en la estela de la Tarifa que hace mucho tiempo que las tasas por comerciar en Palmira no han variado. Desde hace años los mercaderes siguen abonando veinticinco denarios por una jarra de perfume de la Arabia Feliz,

veintidós por vender a un esclavo, diez por un rollo de seda de China o quince por atravesar el territorio de Palmira sin entrar en ella. Cada año circulan por esta ciudad unos cuarenta mil mercaderes, que dejan una cantidad fabulosa de impuestos en las arcas de Tadmor. Pero si se incrementan los impuestos, como parece que va a ocurrir, el comercio dejará de fluir y las caravanas se desviarán por otras rutas donde los peajes sean más asequibles —pronosticó Aquileo.

—Odenato está preocupado porque la inestable situación en el Imperio y la inseguridad que se palpa han provocado una subida de precios en todos los productos, lo que supone una importante traba al desarrollo de las actividades mercantiles. Las próximas acuñaciones de denarios que van a emitir en Roma disminuirán el valor de la moneda, reduciendo la cantidad de plata hasta porcentajes mínimos y acuñando monedas de cobre que apenas tienen valor en los mercados. Ante esta situación algo hay que hacer o se colapsará el comercio y nos arruinaremos todos; es preferible reducir nuestras ganancias en algún porcentaje que ver nuestros negocios abocados a la ruina —le replicó Antioco.

—Pero semejante elevación de los precios ha desarrollado una espiral de alzas que el Estado romano no está en condiciones de controlar. En la mayoría de las provincias, sobre todo en las de occidente, los pequeños propietarios agrícolas no han podido hacer frente a sus deudas y han tenido que hipotecar sus fincas a grandes señores que no han tardado en hacerse con su propiedad ante la imposibilidad de los campesinos de devolver los créditos. Negocios antaño florecientes han quebrado y la ruptura de algunas redes comerciales amenaza con provocar el desabastecimiento de las grandes ciudades, lo que ya está produciendo el estallido de manifestaciones y revueltas populares.

—No obstante, siguen llegando caravanas a Palmira.

—Así es, pero antaño esta gente comerciaba con Hispania, la Galia e incluso la lejana isla de Britania, donde los más ricos podían adquirir productos importados desde Palmira; ahora en esas provincias ya no disponen de dinero para comprar nuestras mercancías y se han perdido unos ingresos que no sé si alguna vez se volverán a recuperar.

—Estás aprendiendo de prisa, querido Aquileo. Sí, eso está ocurriendo y por ello deberemos adecuar nuestros negocios a los nuevos tiempos; si ha disminuido el comercio con occidente, quizá sea hora de incrementar nuestros intercambios con Persia.

—Tal vez, pero por si todos estos desastres fueran pocos, los piratas germanos han atacado varios puertos en las costas de Grecia y de Anatolia y han saqueado almacenes de grano y depósitos de aceites y vinos, lo que ha desencadenado hambrunas por el desabastecimiento de cereales, aceite, carnes y pescados en las ciudades.

—Roma tiene treinta legiones operativas, trece de ellas desplegadas en el *limes* del Danubio...

—Esas legiones consumen todo el erario del Estado, que apenas puede hacer frente a los enormes gastos que genera el mantenimiento del ejército y de sus campamentos. Si la paga de los legionarios devora casi todo el dinero presupuestado, apenas quedará nada para conservar las fortalezas, mantener la flota de guerra y mejorar las defensas de las ciudades y las fronteras. En algunas urbes de la Galia incluso se han desmontado templos y basílicas para utilizar sus sillares y columnas en la construcción de murallas de manera apresurada ante el miedo a las incursiones de los bárbaros.

—Nuestro señor Odenato conoce perfectamente la situación y ha estado debatiendo con los magistrados de Tadmor la oportunidad de adoptar medidas para evitar que los ingresos disminuyan. Ahora es agosto y corregente, de modo que puede tomar decisiones que afecten a todas las provincias orientales del Imperio. —Antioco procuraba que el desánimo de su sobrino no fuera en aumento.

—¿Tanto confías en él?

—Es un gran gobernante, aunque tal vez tengas razón y se avecinen malos momentos para nuestras haciendas.

Los dos mercaderes se alejaron continuando con sus reflexiones sobre la compleja situación que se estaba produciendo en la economía del Imperio y que les afectaba en grado sumo. Antioco estaba enseñando cuanto sabía a Aquileo, pues había decidido que el apuesto joven sería el receptor de parte de su herencia cuando le llegara el inevitable momento de la muerte.

Pese a la belleza de sus edificios y la rotundidad de su paisaje, Palmira no era una ciudad de poetas ni de filósofos. En sus escuelas, los maestros, la mayoría griegos, enseñaban sobre todo matemáticas, aritmética y gramática, las disciplinas que más interesaban a los hábiles mercaderes, cuyos hijos eran educados para manejar con precisión el cálculo y la contabilidad. Sus habitantes vivían pendientes de las ganancias que obtenían con el comercio o con los servicios prestados a quienes se abastecían en sus mercados y en sus manantiales.

El filósofo Casio Longino se aburría. Atraído por la oferta de Odenato, había dejado Atenas, la de las afamadas escuelas de filosofía, la de los grandes genios de la intelectualidad del mundo, la de las animadas tertulias de filosofía, arte y literatura, la de los concursos de poetas y dramaturgos, para instalarse en esa ciudad oriental cuyos ciudadanos mostraban unas inquietudes bien diferentes a las suyas. Echaba de menos los intensos debates con otros filósofos en el patio de la Academia, la abundancia de libros en las bibliotecas, las largas conversaciones con sus colegas en el ágora o en las concurridas tabernas de la puerta del Dípilon, donde siempre había alguien dispuesto a debatir sobre quién había sido más

importante para la filosofía, si el idealista Platón o el realista Aristóteles. Longino intentó que su amigo Porfirio, al que consideraba además uno de sus maestros y el mejor de los filósofos de su tiempo, acudiera a Palmira para ayudarle a crear allí una escuela de filosofía; no lo logró y Porfirio siguió ejerciendo su magisterio en Roma.

Pero en Palmira muy pocos se interesaban por las obras de los antiguos sabios, y a nadie se le ocurría plantearse reflexiones profundas sobre las categorías de los individuos o sobre la idea esencial de la naturaleza del hombre; allí, en la Tadmor de los voraces mercaderes de perfumes y de los potentados comerciantes de seda y de joyas, no existía nada más trascendental que acumular dinero y multiplicar el beneficio. El panteón de Palmira estaba habitado por setenta dioses pero los más adorados no eran otros que el oro y la plata.

Una tarde, paseando por la gran avenida porticada, mientras contemplaba los centenares de estatuas de los benefactores de Palmira elevadas en sus plintos adosados a las columnas y leía las inscripciones que dejaban constancia de las identidades de los prohombres en cuestión y de sus aportaciones al bienestar de la ciudad, Longino se encontró con Giorgios.

El general griego había estado practicando unos ejercicios de caballería con Hiram y con Kitot y se dirigía a las termas públicas ubicadas cerca del arco triunfal de la gran calle, donde solía acudir algunas tardes a darse un baño y recibir un reconfortante masaje para tonificar sus músculos tras una jornada de duro trabajo con los soldados.

Longino saludó a Giorgios. Hacía algunas semanas que los dos no se veían. Eran dos tipos bien distintos: uno era un soldado, enrolado como mercenario de Palmira, acostumbrado a matar a enemigos de Roma primero y ahora a defender a los palmirenos a cambio de un buen salario; el otro era un filósofo, un hombre que indagaba sobre el conocimiento del alma humana y sobre el sentido de la vida, si es que había alguno.

—Buenas tardes, general Giorgios. Un día estupendo para pasear.

—Me dirigía a los baños de la gran calle, consejero; son los únicos que merecen la pena ser llamados así, aunque ni siquiera disponen de una modesta piscina. Hemos estado realizando unos ejercicios con caballos y necesito quitarme de encima el polvo y el sudor.

—Te acompaño, si no te importa; a mí también me sentará bien un buen baño antes de cenar.

Mientras se dirigían a los baños, Longino no dejó de hablar de Atenas y de su animada vida intelectual.

—Añoras la vida en nuestra ciudad, ¿no es así? —le preguntó Giorgios en tanto se quitaban la ropa en los vestuarios y se dirigían hacia el *caldarium*, una estancia de apenas seis pasos de lado en la que el agua caliente se guardaba en

tinas de mármol, desde las cuales los mismos bañistas se servían con cazos de metal que se vertían sobre el cuerpo.

Aquellos baños nada tenían que ver con los enormes y lujosísimos que se alzaban en Roma, Alejandría u otras grandes ciudades del Imperio. El agua era demasiado valiosa en Palmira como para derrocharla en gigantescas e inútiles piscinas.

—Palmira es una ciudad hermosa y elegante, la cocina es extraordinaria y la riqueza se derrama por doquier, pero sus gentes sólo hablan de su fortuna, de sus beneficios y de su comercio; están obsesionados con atesorar riquezas. Vivir aquí es como hacerlo en una tienda refinada del mercado repleta de objetos de lujo. Yo no nací en Atenas, pero la considero mi verdadera ciudad, y la echo de menos.

—Odenato quiere convertir Palmira, además de en una ciudad rica y opulenta, en una urbe culta; por eso te trajo aquí.

—Para conseguirlo no basta con mostrar buena voluntad. Hay que construir bibliotecas, promover escuelas, crear talleres de copistas, fundar academias y liceos. He intentado que algunos jóvenes instalaran un taller para copiar libros y venderlos a los ciudadanos de Palmira, pero he fracasado. Han hecho sus propias cuentas y han concluido que es más rentable comerciar con joyas, perfumes y sedas que con libros. A esta gente no le interesa para nada leer otra cosa que no sean sus balances de beneficios.

—Tengo entendido que a Zenobia sí le gusta leer.

—Mi pupila —Longino se mostró orgulloso de ser el preceptor de la señora de Palmira— es una mujer muy inteligente. He logrado inculcarle el placer por la sabiduría y, con ayuda de Calínico, por la historia. Si hubiera mucha más gente como ella, tal vez pudiera convertir esta ciudad en una segunda Atenas pero, por desgracia, es la única de todo este oasis interesada en escuchar las teorías de Platón y de Aristóteles. Cuando llegué a Palmira para hacerme cargo de su educación, Odenato me encomendó convertirla en una mujer sabia, preparada para gobernar un reino. Y a ello me he entregado con toda intensidad en estos últimos años. Claro que he tenido que enfrentarme con no pocos inconvenientes. También lo he intentado con Hairam, el heredero de Odenato, pero ese joven impetuoso sólo parece interesado por llevar a su cama a las mujeres más bellas y por el lujo. Incluso traté de atraer a los libros a Meonio quien, cuando le propuse que siguiera mis lecciones de filosofía, me miró con el desprecio de quien está a punto de aplastar a un insignificante insecto. Desde que me instalé en esta ciudad no he tenido sino problemas. En los primeros meses de mi estancia aquí discutí intensamente con Pablo de Samosata, ese fanático cristiano...

—He oído hablar de él; se dice que es un hombre muy exaltado, según creo.

—Un orate. Fue nombrado patriarca de Antioquía poco después de que la abandonaran los sasánidas tras destruir parte de la ciudad en el curso de su

devastadora campaña militar en el norte de Siria. Pablo mantiene el apoyo de Odenato a pesar de la oposición de la mayoría de los cristianos, que siguen las tesis doctrinales del patriarca de Roma, con los que está enfrentado a causa de su diferente concepción sobre la naturaleza del ese tal Jesús, el fundador de esa secta de insensatos. Su actitud altanera no cesa de provocar problemas, pero Odenato acaba de reiterarle su confianza y lo ha confirmado en su cargo de procurador. Ese individuo es una permanente fuente de conflictos; desde que el año pasado volvió a ser condenado en un concilio por una amplia mayoría de obispos y clérigos de la Iglesia cristiana, parece más tranquilo y permanece callado pero en cualquier momento puede organizar una buena polémica y desencadenar una revuelta en esa ciudad.

—¿Qué opinas de los cristianos? —le preguntó Giorgios.

—¿Esos...? En un principio parecían irrelevantes, cuando la mayoría de sus huestes se reclutaban entre los esclavos y gentes de los estamentos más humildes, que acudían a ellos engañados por las proclamas y alegatos de sus predicadores y sacerdotes, ya que les prometían que su dios aseguraba la igualdad de todos los seres humanos y les otorgaba la felicidad eterna tras la muerte si se bautizaban según el rito que ellos siguen para marcar a los nuevos acólitos con el estigma de su perversa fe. Pero ahora comienzan a convertirse en un grave problema. Por lo que sé, varios patricios se han bautizado y han ingresado en esa abominable secta, a la cual también pertenecen algunos relevantes senadores romanos. Sus perniciosos tentáculos se extienden por todo el Imperio y me temo que o se pone freno a su expansión o acabarán copando todas las magistraturas, y entonces lo convertirán en una continuación de su Iglesia, lo que supondrá el fin de nuestro modo de vida y de nuestra civilización.

» La de los cristianos no es una religión cualquiera. Si fuera así, no serían peligrosos. Roma ha sido capaz de asimilar en su panteón a cualquier creencia religiosa y a cualquier divinidad, hasta las más extrañas. Incluso los judíos, que sólo creen en un único dios y que se consideran su pueblo elegido, son consentidos por Roma, y ello a pesar de que en otro tiempo se rebelaron contra la autoridad de los emperadores y desencadenaron varias guerras que acabaron con la destrucción de su templo más sagrado en Jerusalén y la dispersión de esa raza de testarudos por todo el Imperio. Pero los cristianos constituyen una tremenda amenaza para nuestro Estado y nuestras costumbres. Reniegan de todas las divinidades y no admiten a otro dios que al suyo, hacen proselitismo fanático de su fe, e incluso algunos de ellos, los más histriónicos y contumaces, son capaces de inmolarsé y morir en defensa de su religión, a imitación de su fundador, al que llaman Cristo y del que dicen que se sacrificó por todos los hombres y que murió crucificado para redimir de no sé qué pecado a toda la humanidad. ¿Has escuchado alguna vez algo más absurdo que esto?

—Los cristianos no son tan burdos como supones. Mientras serví en el

Danubio conocí a varios de ellos, pues también abundan entre los legionarios. En mi escuadrón servía un tal Pompeyo Africano. Había nacido en Cartago y era de origen púnico. Le gustaba imaginar que su linaje descendía del mismísimo Aníbal, pero se consideraba romano por los cuatro costados. Murió atravesado por una lanza en un enfrentamiento contra un escuadrón de catafractas sármatas y recuerdo que poco antes de expirar cerró los ojos dibujando en sus labios una sutil sonrisa. En sus últimas palabras se refería a su extraño paraíso, que iba a alcanzar enseguida. Aquel cristiano no temía a la muerte, incluso parecía que le agradaba aquel momento a pesar de que tenía el pecho destrozado, varias costillas rotas y brotaba la sangre a borbotones por sus heridas. Creen que, si mueren en gracia de su dios o por su causa, alcanzarán una especie de felicidad eterna en un jardín celestial donde no existen ni el sufrimiento ni el dolor, sólo una dicha sin fin.

—Se trata de una más de sus muchas fantasías, con las que engatusan a incautos y a ilusos que son incapaces de pensar por sí mismos —dijo Longino.

—Pues te aseguro que aquel hombre murió sonriendo. He visto caer a muchos compañeros en el combate y sus rostros estaban agarrotados por rictus de miedo y crispados de terror; jamás vi a nadie sonreír en el momento de su muerte, sólo a aquel cristiano.

—Existe demasiada tolerancia hacia ellos.

—En ocasiones han sido perseguidos e incluso algunos de ellos han perecido ejecutados en las arenas de los circos por defender su fe —le recordó Giorgios.

—Eso es lo que ellos propalan, pero sólo son ejecutados aquellos cuyos actos atentan contra la legalidad del Imperio, como ocurre con cualquier otro delincuente. Si los cristianos aceptaran la coexistencia pacífica de todas las creencias y religiones y admitieran el culto al emperador, me bastaría para reconocer su religión como una más, pero son sectarios y excluyentes. En el fondo, lo que pretenden es que la suya sea la única religión existente y que todas las demás desaparezcan. —Longino seguía en esta cuestión la condena que hacia el cristianismo habían propuesto los filósofos Plotino y Porfirio, a los que consideraba sus maestros, aunque no era tan radical como Tertuliano, quien en su obra *Apologetica* realizara el ataque más duro que se había hecho jamás contra los cristianos, a los que acusaba de infiltrarse en el ejército para acabar desde dentro, como la carcoma, con la cultura pagana.

—Pero predicán la paz entre los hombres, la búsqueda de la felicidad...

—Lo hacen de manera hipócrita para debilitar nuestras creencias y nuestras costumbres y socavar nuestro ideal de vida. En estos tiempos en los que la zozobra y las convulsiones sacuden todo el Imperio se están perdiendo las virtudes tradicionales que han hecho grande nuestra civilización: el valor de la honradez en la gestión de las cosas públicas, la fuerza de la virtud de la república, el honor y la honestidad, la defensa de la superación individual, la condena de la

corrupción... Los cristianos saben que atacando la esencia de nuestros valores debilitan nuestro modo de ser, socavan la moral de nuestros jóvenes y ganan espacio y tiempo para imponer la dictadura de sus ideas. Es por ello que se alían con los enemigos del Estado, con los esclavos, con los rebeldes, con los ladrones, con los bárbaros si es preciso. Si al fin se impone el cristianismo en todo el Imperio, te aseguro que eso significará el triunfo de la insensatez sobre la razón y el de la barbarie sobre la civilización. Ahora, el hombre es el centro del mundo, la piedra angular del universo, pero si triunfan los cristianos el centro lo ocupará su dios, y con ello se acabarán la filosofía, la ciencia, la inteligencia y la grandeza humanas. Propagarán por todas partes el oscurantismo, el miedo y la sinrazón y regresaremos a una caverna en la que estaremos rodeados de sombras y de tinieblas. Si eso sucede, si se apaga la luz de la razón y el brillo de la sabiduría, todo lo conseguido por los grandes filósofos que nos enseñaron a comprender el mundo, desde Heráclito, Sócrates, Platón y Aristóteles hasta Cicerón, Séneca, Plotino y Porfirio, no habrá servido para nada, para nada, para nada... Si al fin triunfan los cristianos, la sabiduría desaparecerá arrollada por una vorágine de odio, intransigencia y miedo.

Longino aspiró una bocanada de aire cálido y húmedo y se recostó sobre un banco de mármol. Parecía estar de vuelta de muchas cosas, pero, sobre todo, a Giorgios le dio la impresión de que era un hombre que se aburría y al que le interesaban cosas muy ajenas a los asuntos cotidianos que inquietaban a los ciudadanos de Palmira.

Capítulo XVI

Montañas al norte de Palmira, finales de otoño de 265; 1018 de la fundación de Roma

Zenobia le había pedido a su esposo que organizara una partida de caza en las montañas del norte. Aquel año estaba siendo inusualmente húmedo; a principios del otoño habían caído algunas lluvias, una rareza en esas fechas en el desierto de Palmira, y había una cierta abundancia de pastos frescos, reverdecidos tras los rigores del estío, lo que atraería a gacelas y antílopes y, por tanto, a algunos leones, osos y leopardos.

Odenato también tenía ganas de cazar. Había pasado el verano en Palmira ocupándose de tediosos asuntos burocráticos, de complejas reformas urbanísticas y de pesadas e interminables negociaciones con los mercaderes sobre la subida de los impuestos y las nuevas tasas que publicar en la estela de la plaza de la Tarifa. Necesitaba algo de acción y ejercitar de nuevo los músculos con el manejo de la lanza y el arco, pues tramaba un nuevo ataque contra los dominios de Sapor I.

Ahora que era dueño de Oriente podría reunir cinco o tal vez seis legiones para lanzar la ofensiva definitiva contra el reino de los sasánidas y conquistar al fin Ctesifonte. Se había jurado a sí mismo que algún día sus caballos mojarían sus pezuñas en las aguas de las doradas playas de la desembocadura del Tigris y del Eufrate, en el gran golfo del mar al sur de Mesopotamia.

Para ello había planeado formar un poderoso cuerpo de ejército con los legionarios veteranos de la III Legión Gálica, acantonada en Emesa y Rafanea, entre cuyos oficiales todavía perduraban ávidos deseos de venganza tras las derrotas que les infligieran los sasánidas siete años atrás, además de la III Cirenaica, con base en Bosra, la II Trajana, destinada en Egipto, y tal vez las I y III Parthicas. Para hacerse con el control de esas tropas tuvo que liquidar a un general, de nombre Ballista, que había planeado proclamarse emperador en Emesa.

Con todo ello, más los efectivos de Palmira, se podían configurar seis legiones a las que se añadirían como auxiliares cuantos mercenarios pudiera reunir en las

provincias de Siria, Armenia y Capadocia y en las tribus beduinas de los desiertos de Siria y Arabia. Y, además, los regimientos de catafractas dirigidos por Giorgios, una fuerza de choque que en igualdad de efectivos se había mostrado invencible, y los de arqueros, tanto a pie como a caballo, considerados los más certeros del mundo.

Pero ahora llegaba el momento de disfrutar de la caza y del aire libre y olvidar por unos días las preocupaciones de gobierno.

La partida de caza se organizó como una verdadera campaña militar. Zenobia había insistido en que los acompañaran sus tres hijos menores: Hereniano, de cuatro años, Timolao, de casi tres, y Vabalato, que acababa de cumplir año y medio y ya era capaz de caminar por sí solo. A Zenobia no le gustaba separarse del pequeño y Odenato cedió a la petición de su esposa a pesar de que la presencia de los tres niños podría molestar en la cacería.

Para evitar cualquier contratiempo, Odenato dejó la defensa de Palmira a cargo del general Zabdas y de su heredero Hairam, quien protestó cuando supo que no iba a participar en la cacería pero acabó conformándose cuando su padre alegó que la responsabilidad que le otorgaba era mucha, pues por primera vez tendría la oportunidad de gobernar Palmira en su ausencia aunque, eso sí, bajo el consejo de Longino y la mirada atenta de Zabdas, que siempre tendría la última palabra. Meonio quedó como segundo de Zabdas, lo que le causó un profundo malestar que apenas pudo disimular.

Cien soldados fueron seleccionados para escoltar a los príncipes en su cacería; el escuadrón sería mandado por el general Giorgios, quien llevó consigo a Kitot.

Instalaron el campamento al pie de las montañas, a unas treinta millas al norte de Palmira, junto a un pozo que a finales de aquel otoño disponía de agua suficiente gracias a las inhabituales lluvias caídas seis semanas antes. El inmenso y lujoso pabellón de Odenato y Zenobia, el mismo que habían capturado a Sapor en Mesopotamia y al que sólo habían cambiado los emblemas reales persas por los palmirenos, se desplegó en el centro del campamento, rodeado de las demás tiendas.

El griego fue invitado a cenar a la mesa de Odenato, a cuya derecha estaba Zenobia. Durante la larga jornada de viaje desde Palmira hasta las estribaciones de las montañas, Giorgios había escoltado a la reina, pero apenas la había visto porque en esta ocasión viajaba en un enorme carro cubierto con un grueso toldo de fieltro donde también lo hacían sus tres hijos, varios esclavos castrados del palacio y algunas esclavas de su servicio personal.

La cercanía de aquella mujer seguía inquietándolo. Siempre que podía procuraba acercarse a ella, pero no disponía de demasiadas ocasiones para hacerlo. En las audiencias oficiales, a las que asistía como general del ejército, tenía que estar pendiente de la seguridad de la corte y no podía hacer otra cosa

que admirar su belleza, siempre vestida con las mejores sedas y engalanada con las más lujosas joyas para impresionar a los embajadores. En algunas ocasiones la había escoltado por las calles de Palmira, cuando salía de palacio a visitar las tiendas de los mercaderes, a celebrar alguna ceremonia en alguno de los templos de la ciudad o a entrevistarse con algunas de sus amigas.

Muchas veces lo asaltó la tentación de cogerla en sus brazos y de besarla, pero aquello hubiera significado su muerte, pues aunque Zabdas le había dicho en una ocasión que Zenobia lo miraba con cierta atención, él no percibía en los ojos de aquella hermosa mujer sino indiferencia.

En ciertos momentos, cuando se encontraba muy cerca de ella, podía aspirar su delicada y embriagadora fragancia, una exquisita mezcla de áloe, esencia de narciso, algalia, aceite de mirra y almizcle que al contacto con su piel desprendía un aroma especial e inconfundible de una atracción y una sensualidad extraordinarias.

Poco antes de acabar la cena, Odenato se encontró indispuerto. Había comido en abundancia y había bebido agua demasiado fría. Sintió su estómago revuelto y se retiró a descansar.

Al incorporarse su señor, Giorgios hizo ademán de marcharse también, pero Odenato le indicó que podía quedarse en la tienda hasta finalizar la cena.

El griego y Zenobia permanecieron solos y en silencio un buen rato. Un esclavo castrado acababa de servir pasteles de pistachos y miel y vino dulce de malvasía.

La señora de Palmira apuró su copa de un trago y extendió el brazo para que el esclavo volviera a llenarla. Giorgios hizo lo propio.

—¿Te apetece que salgamos fuera, general? La noche luce en todo su esplendor y quiero respirar aire fresco.

—Estoy a tu servicio, mi señora.

En el exterior de la enorme tienda, dos pebeteros alimentados con leña impregnada de betún iluminaban la entrada. El relente de la noche les provocó una sensación fría. Sobre sus cabezas titilaban como puntas de agujas brillantes las cinco estrellas de la constelación del Auriga; a su izquierda Géminis, con las luminosas Cástor y Pólux, que representaban a los dos gemelos mitológicos, y a su derecha la de Perseo; sobre el horizonte del sur lucían las estrellas de Orión, la más radiante de las constelaciones del firmamento, con sus dos mayores estrellas, una roja y otra blanca en los extremos, y las tres hermanas alineadas en su cinturón, y más al sur todavía Sirio, hermosa y brillante como un diamante hindú.

—¿Crees que son dioses? —le preguntó Zenobia mientras se arrebujaba en su manto de lana y contemplaba la bóveda celestial estrellada.

—Yo sólo creo en Mitra.

—El dios de los soldados. Es curioso: luchas contra los persas y crees en un

dios de origen persa.

—Creo en el dios que me protege.

—Yo también creo en el dios Sol. Como señora de Palmira tengo que rendir culto a todos los dioses que se veneran en mi ciudad, pero hay algo en mi interior que me dice que existe un único dios y que ese dios es el Sol, o que es en ese astro donde se manifiesta. Él nos da la existencia, por él florecen los frutos y granan las cosechas. Su calor y su luz es la fuente de la vida. Sin el sol, no existiría la vida.

—Los atenienses creen en muchos dioses y los ubican en la cima del Olimpo, la montaña sagrada que se eleva majestuosa en el norte de Grecia.

Zenobia se acercó a Giorgios y le cogió la mano. El general miró a su alrededor preocupado por si alguien podía verlos; un simple gesto como aquel bastaría para condenarlo a muerte. Estaban solos bajo las estrellas.

—Háblame de Atenas —dijo ella.

—Es una ciudad que atrapa como ninguna otra.

La mano de Zenobia era cual tantas veces la había recordado, suave como la seda y, pese al frío de la noche, estaba cálida.

—Así debe de ser, porque Longino, que no es ateniense pero que vivió allí algunos años, la añora.

Giorgios no pudo contenerse; abrazó a Zenobia por la cintura y la apretó contra su cuerpo. El perfume de la señora de Palmira penetró por su nariz y la inundó de un aroma embriagador.

—Mi corazón me empuja a besarte, mi señora, pero mi cabeza me ordena que no lo haga.

Los labios de los dos estaban muy juntos, apenas mediaba la distancia de un dedo. Pese a su iris negro, los ojos de Zenobia brillaban como la más fulgurante de las estrellas.

—¿Y qué puede más, ateniense, tu corazón o tu cabeza? —le preguntó.

—Perteneces a otro hombre, al que además admiro y a cuyas órdenes sirvo. No puedo traicionar a Odenato. Soy un soldado y me debo a mi señor.

Un inconfundible rugido llamó su atención; en el silencio de la noche un león reclamaba el dominio sobre su territorio.

Instantes después apareció Kitot; en su mano portaba su maza.

—¿Has oído eso, mi general? —preguntó.

—Ha sido un rugido muy poderoso.

—Ese león se encuentra a menos de una milla de nosotros.

—Ordena a los soldados que refuercen la guardia y que mantengan los fuegos encendidos y los ojos y los oídos bien abiertos.

Giorgios se había alejado un par de pasos de Zenobia, a la que Kitot saludó inclinando su cuerpo hacia adelante.

Al amanecer, Kitot se levantó temprano para ofrecer un sacrificio al Sol. El gigante no creía en ninguno de los dioses del panteón griego y latino, ni en las misteriosas deidades orientales, ni siquiera en Mitra, el dios de los soldados. En su etapa de gladiador solía ofrecer un tributo a la diosa Victoria antes de salir a la arena para entablar un combate, pero lo hacía de manera mimética, como un gesto ritual repetitivo porque lo había visto hacer a sus compañeros gladiadores como una ayuda para luchar por su vida.

En su tribu de las montañas de Armenia se adoraba al fuego, y él había cumplido desde niño un rito que consistía en derramar unas gotas de leche cada amanecer para pedir a los espíritus del fuego que le fueran propicios durante toda la jornada. Recobrada su libertad, solía hacerlo de nuevo, tal vez porque así recordaba sus años de niño o porque rememoraba los tiempos en los que fue libre.

Zenobia apareció en la puerta de su pabellón poco después de la salida del sol y tras ella lo hizo Odenato, ya recuperado de su malestar tras varias horas de sueño reparador.

—Anoche oímos el rugido de un león hacia el norte, tal vez a una milla de distancia. He enviado una partida de seis hombres para ver si pueden dar con su rastro —informó Giorgios.

—Iremos por él. Probablemente estuviera de caza, como nosotros. Si regresamos a Palmira con un león como trofeo, se considerará un buen augurio y eso animará a los nuestros —dijo Odenato.

—Yo iré con vosotros —intervino Zenobia.

—¿Dejarás solos a nuestros hijos? —le preguntó Odenato, extrañado porque desde que naciera Vabalato, Zenobia no solía separarse de él por ninguna causa.

—Los cuidará Kitot.

El armenio frunció el gesto. A él lo que le apetecía era salir en pos del león y no quedarse en el campamento de niñera de unos mocosos.

Giorgios, al darse cuenta del gesto de contrariedad de su ayudante, terció ante Odenato procurando no contrariar a Zenobia.

—Necesitamos a Kitot en la cacería, mi señor; su fuerza es muy importante. Y también su experiencia, pues en su etapa de gladiador combatió en la arena con fieras y es obvio que siempre resultó victorioso.

—¿Luchaste contra leones? —le preguntó Odenato.

—En una ocasión, en Tarraco, la capital de una provincia de Hispania. En su anfiteatro nos enfrentamos seis gladiadores a tres leones.

—Está claro que tú resultaste vencedor, pero ¿qué fue de tus compañeros?

—Dos cayeron en las garras de las fieras, los demás conseguimos vencer.

Odenato miró a Zenobia y esta consintió en que Kitot los acompañara.

—De acuerdo; entonces que se queden sesenta hombres en el campamento. Los demás iremos a por esa fiera.

Los oteadores localizaron la pista del león a unas dos millas al noreste del campamento. Comprobadas sus huellas, parecía tratarse de un enorme macho solitario, tal vez en busca de alguna hembra con la que aparearse o de un bocado fácil que echarse al colete.

Siguieron su rastro durante toda la jornada hasta que atisbaron a la fiera cuando atravesaba una vaguada entre dos colinas cubiertas de algunos matorrales espinosos.

Como habían supuesto, se trataba de un gran macho solitario; pero al observarlo más de cerca parecía cansino, tenía algunas heridas abiertas por las que sangraba y cojeaba ostensiblemente de una de sus patas.

—Ese león está herido de muerte —observó Odenato—. Se trata de un viejo macho derrotado. Imagino que sus heridas han sido provocadas por un macho más joven y fuerte que lo ha retado y lo ha desplazado de su puesto al frente de su manada. Ha perdido sus hembras y sus cachorros. Los rugidos que emitía anoche eran de dolor y de derrota.

—¿Vamos por él? —pregunto Kitot.

—No —ordenó tajante—. Cazar a ese viejo león carece de mérito alguno. Ha sido derrotado y ya no aguarda otra cosa que una muerte inmediata. Dejémosle que muera tranquilo. Iremos hacia el oeste; en esta época del año suelen abundar por allí las gacelas, y los leones y los leopardos van siempre tras ellas.

Tal como ordenó Odenato, la partida de cazadores, con Zenobia como uno más entre ellos, se dirigió hacia unas colinas pardas con las laderas surcadas de barrancos en cuyo fondo, pese a que estaba a punto de comenzar el invierno, habían brotado algunas hierbas verdes que atraían a grupos de gacelas y antílopes del desierto.

Zenobia preparó su arco y estiró de la cuerda con fuerza para probar la tensión. Kitot se quedó pasmado cuando comprobó con qué facilidad lo tensaba.

—No te extrañes; el primer regalo que se le hace a cada palmireno es un arco. Todos los niños lo saben utilizar con enorme maestría, pero esa mujer lo maneja mucho mejor que la mayoría de los hombres que conozco —le explicó Giorgios.

—Si parece tan frágil...

—Pese a las apariencias es fuerte como una leona y flexible como una pantera.

Y así era. Zenobia manejaba el arco con una precisión extraordinaria. Algunas gacelas dieron buena prueba de ello, pues fue ella la que alcanzó a un par de las varias que abatieron.

No pudieron capturar a ningún león ni a ninguna bestia peligrosa; ni siquiera a un lobo cuyo aullido habían escuchado alguna noche no muy lejos del campamento. Odenato les recordó que durante varios siglos habían sido perseguidas por los cazadores romanos para capturarlas y llevarlas a los circos

de Roma y de otras grandes ciudades del Imperio. Las otrora abundantes manadas de leones, o los leopardos, o incluso los osos, habían decrecido hasta casi desaparecer, y cada año era más difícil encontrarse con una de aquellas feroces bestias, que, además, huían despavoridas en cuanto descubrían en el aire el olor de los humanos.

Regresaron a Palmira un par de días antes de que se festejara el día más corto del año, en el que se celebraba el nacimiento del Sol, que comenzaba su ciclo anual, y el inicio del invierno. Ese mismo día, veintiún años antes, había nacido Zenobia.

Capítulo XVII

Palmira, primavera y verano de 266; 1019 de la fundación de Roma

Los comerciantes palmirenos se mostraban satisfechos. A pesar de los problemas bélicos en la región de Mesopotamia, las caravanas seguían fluyendo entre el este y el oeste y, con ellas, sus ingresos se habían incrementado de manera notable. Incluso algunas de las que solían dirigirse hacia Petra lo hacían ahora a Palmira. Los principales mercaderes de la ciudad, dueños de tiendas y caravanas, eran más ricos que el año anterior y sabían que el incremento de su fortuna se lo debían a Odenato.

El grupo de potentados que dirigía la corporación de mercaderes de la seda, una de las más influyentes, había reclamado de Odenato con insistencia que se revisaran los precios que se cobraban por los servicios que se prestaban a las caravanas que atravesaban el territorio de Palmira. Los precios inscritos en la estela de la Tarifa habían quedado desfasados y era necesario actualizarlos, pues hacía algún tiempo que las monedas que se acuñaban no contenían la misma cantidad de plata que antaño y por ello habían perdido buena parte de su valor.

En aquel monolito de casi diez codos de largo por tres y medio de alto, erigido hacía cien años, estaban grabadas en griego y en palmireno las leyes y las ordenanzas que regulaban el comercio y los precios de todos los productos y de los servicios que la ciudad prestaba. El fisco recaudaba dinero por cuanto se vendía o compraba en los mercados: esclavos, perfumes, sal, tintes, joyas, oro y plata. Todo tributaba, especialmente el agua, que se vendía a precios carísimos pero que resultaba imprescindible para atravesar el desierto y alcanzar el Eufrates hacia el este o las ciudades de Damasco y Emesa hacia el oeste.

Los magistrados de la ciudad le habían propuesto a Odenato que los nuevos precios se grabaran en unas placas de bronce y que estas se fijaran en la piedra mediante clavos, a fin de que pudieran modificarse con facilidad cada vez que se alteraran las tasas que debían abonar por los productos o los servicios indicados en ellas.

Hasta las prostitutas pagaban unas tasas señaladas en la Tarifa; cada una de

las mujeres que ejercía este oficio en los afamados burdeles de Palmira, que solían estar muy concurridos, abonaba la mitad de lo que recaudaba al día por vender su cuerpo. Un grupo especial de agentes se encargaba de recaudar este impuesto, aunque a menudo permitían que las prostitutas declararan menos ingresos de los reales y se quedaran con un mayor porcentaje de lo recaudado a cambio de algunos favores sexuales o de una comisión. Odenato, que sabía que estas corruptelas ocurrían, había pensado en alguna ocasión que fueran eunucos quienes recaudaran ese impuesto, por estar inmunes a la seducción de las prostitutas, pero lo desechó porque los emasculados se mostraban mucho más ávidos de dinero que los hombres corruptos a cambio de sexo.

Una caravana compuesta por más de mil dromedarios acababa de llegar a la ciudad. Pronto se corrió la voz y se dijo que aquellos mercaderes, entre los que había varios procedentes de la India, la tierra a cuyas puertas se había detenido Alejandro el Grande en su prodigiosa marcha para la conquista de Asia, traían cajas repletas de fabulosas joyas jamás vistas: brazaletes en los que había engastados rubíes del tamaño de garbanzos, pendientes con preciosas esmeraldas talladas con una perfección extraordinaria, anillos con brillantes y diamantes engarzados, collares de perlas blancas y negras..., además de rollos de seda tejidos por manos primorosas en los talleres de la lejana China, en los que se bordaban elegantes flores rojas, azules y amarillas y pájaros de plumajes tornasolados tan brillantes que hacían palidecer la mismísima luz del sol.

Zenobia decidió acudir al mercado y comprobar por sí misma las maravillas que le habían contado algunas de las esclavas de servicio en palacio.

Escortada por varios guardias y rodeada por seis eunucos, decidió salir en un palanquín que portaron seis robustos jóvenes. Dos guardias armados con varas flexibles y largas iban a la cabeza del cortejo apartando a varazos si era necesario a los curiosos que se acercaban demasiado para admirar o intentar saludar a su soberana.

Zenobia no se había dado cuenta, pero Meonio la seguía desde una prudente distancia, calibrando todos sus movimientos, observando cada uno de sus pasos. Meonio odiaba a Odenato y cuanto el gobernador de Palmira significaba, y soñaba con sucederle algún día en el gobierno de la ciudad, puesto al que se sentía con derecho por su linaje. Por un momento pensó que haciéndole daño a Zenobia se lo haría a Odenato, pero no encontró la manera de burlar la guardia de la señora de Palmira.

Algunas de las más afamadas prostitutas de Palmira, cuyos burdeles eran tan concurridos como los de Alejandría, también habían acudido al mercado. Las meretrices más solicitadas ganaban dinero suficiente como para poder comprarse ricas joyas, con las que se engalanaban cuando eran visitadas por sus potentados clientes. En Palmira, todas las mujeres se adornaban con joyas, incluso las de condición más humilde, pues era creencia habitual considerar que

las perlas, los rubíes, las esmeraldas o los brillantes no sólo hacían más hermosa a la mujer que los lucía sino que, además, cada piedra preciosa estaba dotada de una carga de energía que transmitía sus beneficios a la mujer que la portaba y al hombre que la poseía.

En cuanto se apercebieron de la llegada de la reina, los asombrados mercaderes se arremolinaron a su alrededor para ofrecerle sus mejores joyas en espera de conseguir un buen negocio. Unos mostraban la verde malaquita de las minas del centro de Asia, de tonos tan variados e intensos como las hojas de las palmeras tras una lluvia de finales del invierno; otros lo hacían con piedras de sardónice rojizo de las montañas del techo del mundo, casi translúcido de tan puro; otros enseñaban en sus manos diamantes de la India, tallados por los mejores artesanos de ese lejano país; algunos decían poseer las más bellas joyas de pederote, la piedra de color rojo púrpura que se identificaba con el poder del emperador, o perlas del mar del sur, algunas tan grandes como huevos de codorniz.

—¡Mi señora! —gritó un perfumero persa al que Zenobia solía comprar exquisitas esencias—, acabo de recibir una partida de la más pura mirrita; si se calienta en un brasero exhala la embriagadora y aromática fragancia del nardo. ¿Quieres comprobarlo por ti misma?

Zenobia se volvió hacia el insolente y lo miró con la firmeza de sus ojos de tigresa. El persa se acongojó y no pudo sostener la mirada de su reina.

—¿Es eso cierto?

—Claro... —balbució el mercader un tanto amedrentado—. Aquí está la prueba, mi señora.

El comerciante agitó una lamparita donde se consumían unos pedacitos de mirrita, de los que emanaba un humo blanquecino, denso y dulzón que perfumaba el ambiente de un aroma similar al de la esencia del narciso.

—¿Cuánto cuesta?

—Treinta piezas grandes de plata por este saquillo, mi señora, pero con esa cantidad podrás mantener perfumado un gran salón durante cuarenta días al menos.

Zenobia ni siquiera se molestó en establecer un regateo e hizo una señal a uno de los eunucos que la acompañaban. Este entregó al persa las treinta monedas de plata a cambio del saquillo de mirrita.

—Has hecho una compra extraordinaria, mi señora, seguro que querrás más en cuanto lo pruebes —dijo el persa inclinándose con tal servilismo ante la reina que parecía a punto de partirse en dos por la cintura.

—¡Alejaos de aquí, rameras! —conminó de pronto uno de los guardias, amenazando con su larga vara de madera a tres prostitutas que se habían acercado demasiado a Zenobia.

—¡Déjalas! —ordenó la reina—. ¿Qué deseáis?

—Señora, los magistrados nos abruman con los impuestos —gritó una de ellas.

—Acercaos.

Las tres prostitutas, perfectamente identificables por sus rostros pintados con coloretes rojos muy intensos y por sus túnicas escotadas que dejaban entrever buena parte de sus pechos, se acercaron hasta Zenobia abriéndose paso entre los recelosos emasculados que formaban un cordón humano alrededor de la señora de las palmeras, dentro de otro integrado por los fornidos soldados del cuerpo de guardia de palacio.

—¿Cuál es vuestra queja? —les preguntó.

Una de ellas, bajita y gordezueta, de rostro redondo, carrillos abultados, boca de ciruela y labios regordetes entre los que asomaban unos dientes pequeños y separados entre sí, de negro pelo lacio y diminutos ojos oscuros, cuya pequeñez e insignificancia intentaba disimular pintándose todo el párpado con *kohl*, tomó la palabra:

—Señora, las prostitutas de Tadmor estamos obligadas a abonar en tributos la mitad de cuanto nos pagan nuestros clientes: un denario por cada dos denarios que cobramos, un as por cada dos ases; estimamos que es demasiado. Nadie contribuye con semejante porcentaje de sus impuestos.

En efecto, en la plaza de la Tarifa la novena ordenanza municipal aprobada por los magistrados de Palmira y ratificada por el cónsul Odenato imponía a las meretrices el impuesto del cincuenta por ciento de todo cuanto recaudaban por sus servicios; ese porcentaje era el mismo que impusiera a los burdeles de todo el Imperio el emperador Calígula hacía de ello más de doscientos años.

—Eso no es del todo cierto; algunos comerciantes cotizan hasta el setenta y cinco por ciento de sus beneficios netos —rebatió Zenobia.

—Sí, pero nosotras debemos pagar además a nuestros protectores y los gastos de las fondas donde recibimos a nuestros clientes, y no siempre logramos que abonen nuestros servicios.

—Hablaré con mi esposo y le expondré vuestra queja.

—Os lo agradeceremos, mi señora. Lo justo sería volver a los viejos tiempos en los que nuestras antecesoras en este oficio pagaban el equivalente a un servicio por cada día.

—¿Y cuántos servicios diarios soléis prestar? —demandó Zenobia.

—Las que más trabajan, alrededor de diez; las que menos a veces no llegan ni siquiera a uno.

—En ese caso, lo que me propones me parece injusto —alegó Zenobia ante la morena bajita y regordeta que se había erigido en portavoz de las prostitutas.

—Pero, señora... —La meretriz alzó sus brazos mostrando sus dedos, como salchichitas, repletos de anillos, y sus gruesas muñecas cubiertas de brazaletes de plata.

—Lo justo es cotizar un porcentaje de cuanto se ingresa, de manera que la que más gane de vosotras, más pague. Si sólo se abona por el primer servicio, las más ricas de las hetairas pagarán menos que las más pobres.

—Agradeceremos cuanto hagáis por nosotras, señora.

—Mediaré ante mi esposo y ante el senado de la ciudad y propondré que se disminuya el porcentaje que ahora os imponen, pero os aseguro que Palmira necesita de todos los recursos que pueda recaudar, y no resultará nada fácil reducir los tributos.

Meonio había asistido a cierta distancia al encuentro de Zenobia con las prostitutas; iba acompañado de dos acólitos a los que comentó:

—La esposa de mi primo parece encontrarse a gusto con las putas de Palmira; una mujer digna jamás se relacionaría con esa escoria.

Y escupió al suelo, pese a que era uno de los principales clientes del mejor y más caro de los burdeles de la ciudad, en el que solía dejarse mucho dinero un par de veces a la semana.

Durante el verano, Odenato envió algunas patrullas a vigilar los caminos de Mesopotamia. Sapor I había recibido una lección, sin embargo el soberano persa, pese a que su edad era avanzada, continuaba siendo un peligro. Había sido derrotado a las mismas puertas de Ctesifonte, pero su ejército mantenía una notable capacidad operativa y en cualquier momento podía organizar un contraataque contra Palmira para resarcirse de los daños ocasionados.

Zabdas y Giorgios salieron en varias ocasiones al frente de alguna de aquellas patrullas y comprobaron que los persas no estaban preparando ninguna ofensiva. Las caravanas fluían con seguridad a través de Palmira y, a pesar de las permanentes hostilidades entre el mundo romano y el persa, ambos consentían que sus mercaderes mantuvieran abiertas las rutas y continuaran intercambiando productos, pues los impuestos que abonaban eran imprescindibles para mantener la riqueza de las ciudades de ambos imperios.

Los sagaces mercaderes de Palmira se habían extendido por todo el mundo. Algunos de ellos habían llevado sus productos hasta el extremo occidental del Imperio romano. Los legionarios y sus esposas eran abastecidos de lujosos productos orientales por comerciantes palmirenos incluso en los campamentos ubicados en el *limes* norte de Britania. Todavía se recordaba en Palmira a Barates, quien había establecido una delegación en las afueras de un campamento llamado Luguvalium, situado muy cerca de la muralla de Adriano; hasta allí acudían las esposas de los oficiales de la VI Legión Victrix, acantonada en la ciudad de Eboracum, para hacer sus compras de productos orientales de lujo. En los últimos tiempos el comercio con occidente había decaído de modo muy notable ante la carencia de recursos y el empobrecimiento de esa zona del

Imperio, y los viajes a aquel extremo del mismo habían quedado interrumpidos.

Por el contrario, los palmirenos seguían recorriendo las rutas hacia las cálidas costas del océano del sur, por las que el comercio fluía con intensidad. Las caravanas de camellos que atravesaban el desierto sirio y que recalaban en Palmira continuaban hacia el este, hasta el Eufrates; en Dura Europos o en algunos de los otros puertos fluviales del curso del gran río se embarcaban las mercancías en balsas y barcas y se trasladaban aguas abajo hasta una ciudad persa llamada Spasinu Charax, donde confluían los dos grandes ríos de Mesopotamia, el Tigris y el Eufrates, poco antes de desembocar juntos en el océano a través del gran golfo de Persia. Desde allí, embarcaciones más sólidas recorrían el litoral del sur de Asia hasta alcanzar la India, en cuyas ciudades costeras también se habían establecido nuevas delegaciones de comerciantes palmirenos.

A comienzos del verano, aprovechando los vientos dominantes que soplaban constantes hacia el este durante varias semanas, la flota mercante salía al mar abierto y navegaba hacia la India, cargada con ánforas de vino de Siria y de Grecia, con vasijas de vidrio y corazas y dagas de Damasco y Antioquía, con barras de plomo, hierro y plata de Anatolia, monedas de oro y de plata acuñadas en Roma, paños de suave lana de Cilicia y Capadocia y de lino de Alejandría, papiros de Egipto e incienso de la Arabia Feliz. Tardaban unos cuatro meses en llegar hasta las costas hindúes, navegando siempre de cabotaje, con la costa del sur de Asia permanentemente a la vista. Esa misma flota regresaba a comienzos del invierno, empujada ahora por los vientos húmedos que soplaban del este, con sus bodegas repletas de perfumes, especias, piedras preciosas, perlas, marfil y seda.

En Palmira, Giorgios no había dejado de recelar ni un solo día de Meonio.

—El primo de Odenato siempre está merodeando como un inoportuno moscardón —le comentó a Zabdas.

—Es un miembro destacado del linaje de nuestro señor.

—Su mirada es la de un ave carroñera y su actitud la de un chacal rastrero.

—No deberías hablar así de un miembro de la familia real. Tal vez algún día tengas que servir a sus órdenes. No olvides que, por su parentesco, puede ser elegido sucesor de Odenato.

—El príncipe ya tiene sucesor, su hijo Hairam, y si falleciera, todavía quedarían los tres hijos de Zenobia.

—Sí, pero Hairam podría morir y sus otros tres hijos son demasiado pequeños.

Barbilampiño, acostumbrado por su linaje y posición a recibir halagos y lisonjas, Meonio había permanecido a la sombra de su poderoso primo, pero no

era de los que se resignaban a permanecer siempre en un segundo plano.

—Ese patituerto...

—¿Cómo lo has llamado? —sonrió Zabdas.

—Patituerto; es un insulto que usan los legionarios de los campamentos del Danubio para definir a quien no camina recto; también lo empleamos para definir a los que no son de fiar. Ese patituerto —continuó Giorgios— adula en público hasta el servilismo más cobarde a su primo, pero estoy seguro de que lo odia en lo más profundo de su corazón. Ese tipo es taimado y astuto, pero no creo que su cabeza esté dándole vueltas a cómo liquidar a Odenato para hacerse con el poder en Palmira. No es idiota, y sabe que no tendría la menor posibilidad de triunfo si encabezara una revuelta contra su primo, porque, aunque lograra eliminarlo, Odenato concita el afecto de la inmensa mayoría de los palmirenos y goza de la absoluta lealtad del ejército y de todos sus oficiales.

—Tal vez, amigo, pero creo que no renunciaré a lograr, mediante alguna treta, la desaparición del *dux* de Oriente. Sería la única manera para hacerse con el trono de Palmira —supuso Zabdas—. Si consiguiera eliminar a Odenato, todavía quedaría Hairam, y los otros tres hijos pequeños, y la propia Zenobia. Para hacerse con el poder en Palmira tendría que eliminar a toda la familia real, y eso le resultaría muy difícil.

—Sí, el heredero es un escollo en sus planes, pero el joven príncipe Hairam es inexperto y vulnerable porque se siente demasiado atraído por el lujo y las mujeres. Creo que Meonio está convencido de que una vez desaparecido Odenato, Hairam no sería enemigo para él. Los tres hijos de Odenato y Zenobia tampoco resultarían mayor problema, pues dada su corta edad los podría neutralizar sin dificultades. El principal escollo para sus planes es Zenobia. Meonio está convencido de que si lograra eliminar a Odenato, su joven esposa lucharía con todas sus fuerzas para conseguir asentar los derechos de sus hijos al trono de Palmira, por encima del propio Hairam, y eso enfrentaría a los hijos de Odenato entre sí, lo cual significaría una oportunidad para Meonio.

—Me parece que cuanto imaginas son fabulaciones tuyas, pero permaneceré atento a lo que haga Meonio. Y en cuanto a Zenobia, no te preocupes demasiado por ella, sabe defenderse sola.

Zenobia. Aquella hermosa mujer atraía a Meonio, y en alguna ocasión había intentado acercarse a ella para ganarse su confianza, pero desde el primer momento ella lo había rechazado, pues a la señora de las palmeras le repugnaba la actitud de chacal ruin y ventajista al acecho de una confiada presa y lo consideraba un peligro, a pesar de que su esposo favorecía a su primo con cargos importantes y lo mantenía a su lado en la corte palaciega.

Capítulo XVIII

*Palmira, finales de 266;
1019 de la fundación de Roma*

Aquella tarde, demasiado brumosa y húmeda para lo que solía ser habitual en la ciudad del desierto sirio, Giorgios cenó con Zabdas en el cuartel general del ejército. Los dos generales aprovecharon la cena para intercambiar opiniones sobre nuevos movimientos y maniobras a realizar por la caballería pesada palmirena.

Giorgios había logrado que los jinetes acorazados de Palmira —los nuevos escuadrones de catafractas— equipados al estilo de los persas pero organizados como las cohortes de la infantería legionaria romana que el ateniense estaba adiestrando se desplazaran como un solo hombre y realizaran las cargas de caballería con una coordinación asombrosa. Ya eran considerados como la fuerza de choque determinante en el ejército de Odenato.

El segundo cuerpo de élite del ejército palmireno lo constituían los afamados arqueros, cuya preparación y precisión era considerada como la mejor del mundo. Los jóvenes de Palmira practicaban, desde que eran muy pequeños, el tiro con arco, tanto en posiciones estáticas y sobre blancos fijos como desde el caballo a la carrera y sobre blancos móviles, de modo que la mayoría lo manejaba con una puntería extraordinaria.

—Estamos probando una nueva manera de disparar el arco —le comentó Giorgios a Zabdas—. Observa. —El ateniense cogió un arco y colocó una flecha—. Hasta ahora nuestros arqueros han tensado la cuerda del arco con la fuerza de las yemas de los dedos, sujetando la pluma de la saeta con las dos primeras falanges del dedo índice y la primera del pulgar, y la cuerda se estiraba hasta aquí, delante del pecho del arquero.

El ateniense tensó el arco y disparó sobre una palmera, ubicada a unos treinta pasos de distancia; la flecha penetró unos seis dedos en el tronco.

—Este sistema es eficaz si se trata de acertar con precisión a un blanco débil o a una distancia no muy lejana, pero carece de fuerza ante un blanco fuerte y a mucha distancia; un catafracta persa equipado con coraza de hierro, por

ejemplo. Pero fíjate en este nuevo sistema de tensar la cuerda que estamos probando.

Giorgios colocó la pluma de la flecha entre las falanges de sus dedos índice y anular, protegidos con un guante de cuero, y con la parte interna de ellos tensó la cuerda del arco hasta llevarla a la altura de su oreja, por detrás del plano de visión de sus ojos, un palmo más que con el sistema anterior.

Tensó el arco de la nueva manera y disparó. La flecha penetró ahora casi un palmo.

Los dos soldados se acercaron a la palmera.

—¡Casi el doble de penetración en el segundo disparo! —exclamó Zabdas al cotejar el impacto de las dos saetas.

—Existe un inconveniente: disparando de esta nueva manera, los dedos del arquero sufren mucho, e incluso pueden resultar gravemente heridos por la cuerda.

—¡Por eso has utilizado un guante!

—Ya lo hemos probado, pero se pierde precisión en el disparo y pueden producirse lesiones en la muñeca, por ello deberemos utilizar, además, una muñequera.

—En cuanto los arqueros se acostumbren eso no será un problema. Tenemos tiempo para ello.

—Como ordenes.

—¿Y en cuanto a la caballería? —le preguntó Zabdas.

—Funciona con la precisión de los mejores manipuladores de la infantería legionaria y creo que ya están a la altura de los catafractas persas, pero para imponernos a los sasánidas necesitamos una infantería mucho más contundente. Ahí radica nuestro punto débil y deberemos trabajar más para estar a la altura de la infantería de la mejor de las legiones si algún día queremos entrar triunfantes en Ctesifonte —comentó Giorgios.

—Tienes razón; lo que hemos conseguido con la caballería pesada también hemos de lograrlo con la infantería. ¿Y qué propones?

—Equiparlos con el mismo armamento que los legionarios; en cuanto a las armas ofensivas, una lanza de madera con la punta de hierro, un *pilum*, una espada corta de estilo hispano y un puñal; y por lo que respecta a las defensivas, escudos de al menos dos codos de alto por uno y medio de ancho con umbo agudo de metal para poder percutir sobre el enemigo en caso de lucha cuerpo a cuerpo, una coraza de láminas de hierro sujetas con correas de cuero, falda hasta las rodillas de tiras de cuero grueso claveteadas con remaches de hierro o de bronce, grebas de hierro o de bronce que protejan desde los tobillos hasta justo debajo de las rodillas y casco de metal con carrilleras y cubrenuca. Además de sandalias remachadas con suelas de clavos para el verano y botas para el invierno.

—¿Y quién pagará todo eso?

—Como ocurre en las legiones romanas, a cada soldado se le descontará de su paga el coste de sus armas y de su equipo, que podrá recuperar en caso de que se obtenga un buen botín —propuso Giorgios.

—¿Algo más?

—Necesitaremos más instructores; no estaría mal contar con algunos veteranos centuriones romanos.

—Búscalos; les doblaremos la paga que reciban en su legión —ordenó Zabdas —. Y procura convencer a los más expertos para que se unan a nosotros.

—Enviaré mensajeros a los centuriones de la III Gálica, quizá algunos acepten.

Giorgios se despidió de su superior y con las últimas luces del atardecer se dirigió hacia su casa, un pequeño inmueble que había alquilado cerca de la puerta de Dura Europos, pues aunque disponía de un par de salas para su uso personal en el cuartel general, donde había habitado algún tiempo, ahora prefería vivir ajeno a la rutina cotidiana del cuartel. Las calles de Palmira estaban desiertas a esas horas. El viento del norte, helado y cortante, había disipado la bruma vespertina y barría los pórticos arrastrando algunas molestas partículas de arena que se colaban inoportunas en sus ojos.

Dejó la gran avenida porticada a la altura del arco triunfal y entró en una de las vías laterales. A mitad de la calle sintió una presencia a su espalda. Se giró deprisa y le pareció que una huidiza sombra se ocultaba tras una de las columnas del pórtico del templo de Baal Shamin. La noche caía sobre Palmira y las sombras de las estatuas de los próceres de la ciudad, encaramadas sobre los plintos elevados en las columnas, y las de las acroteras que remataban los extremos de los tejados se confundían entre ellas.

Instintivamente echó mano a la empuñadura de su espada y pensó que podría ser algún ladronzuelo pese a que desde que se había construido la muralla y se cerraban sus puertas al anochecer Palmira era una ciudad muy segura, la más segura del Imperio, o al menos eso sostenían sus magistrados.

Giorgios contuvo la respiración, aguzó el oído y creyó escuchar unos pasos tras él. Se volvió de nuevo y escudriñó con sus ojos las sombras de las estatuas, casi difuminadas en la oscuridad que ya había ganado la partida a la luz. No obstante, mantuvo la intuición de que alguien lo estaba siguiendo y apretó su mano sobre la empuñadura de su espada corta, que siempre portaba bajo la túnica aun cuando no estuviera vestido con su equipo militar, como era el caso. Concentró su vista y su oído y le pareció escuchar entre las columnas del pórtico del templo un ligero jadeo, como si alguien estuviera agazapado muy cerca.

Aceleró el paso y giró en ángulo recto entrando en una calle estrecha y sin porches. Si alguien lo seguía, allí quedaría al descubierto. Avanzó unos pasos por la calle, pegó su espalda a una pared y aguardó inmóvil unos instantes. Dos

figuras aparecieron enseguida en la esquina, recortadas sus sombras en la negrura. Ahora tenía claro que lo estaban siguiendo y que no lo hacían precisamente con buenas intenciones. Con toda la rapidez de la práctica del soldado experimentado, Giorgios desenvainó su espada y se plantó en medio de la calle con las piernas ligeramente flexionadas, en guardia y con el manto de lana enrollado en su antebrazo izquierdo a manera de improvisado escudo, y desafió a sus dos perseguidores.

—Si buscáis alguna cosa de valor habéis equivocado la pieza; os recomiendo que os larguéis por donde habéis venido si es que estimáis en algo vuestras vidas.

Los dos malhechores, cuyos rasgos faciales Giorgios no podía identificar debido a la carencia de luz, vacilaron por un instante ante la determinación de su presa, pero uno de ellos desenvainó un machete y de un codazo animó a su colega a que hiciera lo propio. Un leve reflejo metálico apercibió a Giorgios de que aquellos tipos iban en serio. Dos contra uno era una desventaja demasiado grande, incluso para un avezado soldado como él y, además, desconocía cuál era el grado de habilidad con la espada de sus agresores, que parecían dispuestos a despacharlo allí mismo.

No tuvo miedo. Se había enfrentado decenas de veces a partidas de fieros bárbaros, había peleado cuerpo a cuerpo con enemigos poderosos y había logrado conservar la vida en situaciones harto complicadas. De sus combates daban fe varias cicatrices, la más rotunda de ellas, a la altura del hombro izquierdo, de casi un palmo de longitud. No, no se iba a amedrentar por dos inexpertos ladronzuelos en busca de una víctima que habrían supuesto desarmada e indefensa.

Alzó su brazo diestro y apuntó con su espada hacia los emboscados, moviendo la hoja de izquierda a derecha con un amenazante bamboleo, esperando el ataque simultáneo de sus dos adversarios.

El que parecía más decidido tomó la iniciativa y se abalanzó hacia él dibujando en el aire una sencilla estocada. A pesar de la oscuridad, el ateniense esquivó la acometida inclinándose hacia su izquierda a la vez que le devolvía el golpe, lanzando un certero tajo de arriba abajo con el que le abrió una profunda herida en el cuello, en la zona de la arteria carótida. El primero de los dos atacantes, alcanzado de lleno, chilló como un cerdo, soltó su espada y cayó al suelo de bruces. No estaba muerto, pues pateaba como un escarabajo boca arriba e intentaba sujetarse la cercenada garganta con ambas manos, tal vez consciente de que por aquella herida se le escapaba la vida a borbotones.

El segundo de los agresores, al percibir la fulminante caída de su compañero, dudó. Presa del miedo, cargó torpemente contra Giorgios, que se limitó a esquivarlo a la vez que le propinaba un golpe con la empuñadura de la espada a la altura de la sien, suficiente para derribarlo.

Sin dar tiempo a que se recuperaran, el general despachó de una certera

estocada, ahora en el centro del pecho, al herido en el cuello. El golpe fue mortal, pues le alcanzó de lleno el corazón.

De inmediato se ocupó del que quedaba, que había logrado incorporarse pero que se tambaleaba como un borracho y, aturdido, se agarraba la cabeza con las manos. Un segundo golpe en la nuca lo condujo a un sueño profundo.

Cuando despertó, el superviviente estaba maniatado; frente a él, tras la llama de una lucerna, los generales Zabdas y Giorgios lo contemplaban.

—¿Quién eres, quién te envía? —El ateniense lo zarandéó por los hombros con insistencia.

—Déjalo, está muerto de miedo. Seguramente ni siquiera pueda hablar —supuso Zabdas—. Lo arrojaremos a una mazmorra hasta que recobre la memoria y esté en condiciones de responder a tus preguntas.

—Este maldonado pretendía matarme; si no me hubiera apercebido de su presencia, ahora yo estaría muerto en medio de la calle.

—Tal vez sea un simple ladronzuelo; tiene aspecto andrajoso, como un chacal hambriento.

Aquel tipo abría los ojos y boqueaba como un pez fuera del agua.

—Espera, creo que quiere decirnos algo.

—Dudo que pueda —comentó Zabdas al percibirse de un detalle—: le falta la lengua; es incapaz de hablar.

Giorgios lo cogió por la cabeza y le abrió la boca a la fuerza; en efecto, más de la mitad de su lengua había desaparecido.

—Maldita sea...

—Deja que esta noche duerma bajo custodia; mañana intentaremos sonsacarle qué pretendía —propuso Zabdas—. Quizá sepa escribir. Hemos revisado las ropas del que has liquidado y no hemos conseguido hallar ninguna pista. Lo dejaremos para mañana. Vete a dormir, y que te acompañe una escolta.

A la mañana siguiente el mudo atacante amaneció muerto en la mazmorra; entre sus manos había una ampollita de veneno. El carcelero supuso que la llevaba escondida entre sus ropas, pero Giorgios desconfió. Tenía la certeza de que los dos que lo habían atacado eran sicarios a las órdenes de Meonio. Carecía de pruebas para demostrarlo, pero estaba totalmente seguro de que sus sospechas eran ciertas.

A los pocos días de aquel incidente murió la madre de Zenobia. Desde la muerte de Zabaii, la egipcia se había mostrado como una mujer discreta y había vivido retirada en su lujosa casa, sumida en los recuerdos de su esposo. Su cuerpo fue lavado y embalsamado con natrón y en el lugar del corazón, que se le extrajo, se colocó un escarabajo labrado en piedra verde de Egipto, una joya que su esposo le había traído en uno de sus viajes a su país natal. Fue enterrada en el mausoleo familiar, junto a su esposo y a sus hijos varones muertos. Zenobia lloró

en silencio.

Muchos miembros de su tribu árabe, la de los Amlaqi, se excusaron por no asistir al sepelio de la egipcia alegando argumentos peregrinos. En verdad, en su orgulloso clan nunca se había visto con buenos ojos que el caudillo de la tribu se casara con una esclava extranjera.

Antioco Aquiles, siempre acompañado de su inseparable Aquileo, le dijo que ahora era ella la dueña de la mitad del negocio y podía disponer de él como le placiera. Zenobia le propuso que siguiera administrando su parte como hasta ahora había hecho.

Todos los eslabones familiares que la ligaban al pasado se habían roto; Zenobia no tenía otro remedio que mirar hacia adelante, sólo hacia adelante.

Capítulo XIX

*Palmira, primavera de 261;
1020 de la fundación de Roma*

La noticia de que las tribus bárbaras de los hérulos y de los godos habían vuelto a arrasar las tierras de Asia Menor y de Grecia puso de nuevo a Odenato en pie de guerra. Como jefe supremo de todos los ejércitos romanos en Oriente se vio en la obligación de acudir a repeler esta nueva invasión.

Aquellas partidas de bárbaros bandoleros no parecían en condiciones de llegar en sus algaradas hasta Palmira, pero si Odenato quería asentar su autoridad sobre Oriente debía comportarse con la autoridad de un emperador. Por ello organizó una legión a costa del erario de Palmira para despachar a los invasores y restablecer la calma en las comarcas de Asia y Grecia afectadas por las incursiones bárbaras.

En esa ocasión dejó a Giorgios al frente de la defensa de Palmira y se encaminó hacia el norte con una legión de veteranos ya curtidos y experimentados en las guerras en Mesopotamia.

—No te preocupes —tranquilizó a Zenobia al despedirse—; sólo se trata de unas partidas de desarraigados bárbaros que regresarán a sus estepas brumosas en cuanto se enteren de que el ejército de Palmira acude a su encuentro.

—Ten mucho cuidado; dicen que esos bárbaros son peligrosos y crueles.

—Me guardaré mucho para mantenerme con vida. Todavía no he abandonado la ciudad y ya ardo en deseos de volver a tu lado. Esta campaña será corta. Tú cuida entre tanto de nuestros hijos. Hairam y Meonio vendrán conmigo y Zabdas nos seguirá con un ejército de reserva a media jornada de distancia. Sólo utilizaremos la caballería ligera, Giorgios se quedará a cargo de la defensa de Tadmor.

—Envía a tus dos generales a esta campaña y quédate tú en Palmira; tengo un mal presentimiento —propuso Zenobia.

—Esta vez no. Meonio me ha convencido para que sea yo quien dirija personalmente esta expedición. Me ha aconsejado que debo ganarme la confianza de los anatolios y de los griegos si quiero ser de verdad su emperador.

Hay quien rumorea que todas mis victorias sobre los persas han sido obra del talento militar de Zabdas, y atribuyen a su genio estratégico todo el mérito en los combates. Ha llegado la hora de que yo demuestre que puedo ganar batallas sin mis generales; por eso iré en la vanguardia y Zabdas dirigirá la retaguardia.

—Deja entonces a Hairam aquí...

—Mi heredero debe combatir a mi lado. Cuando yo falte él será el nuevo señor de Palmira y el augusto de Oriente. En los últimos tres años le he consentido demasiados caprichos y se ha acostumbrado al lujo. Es hora de que cambie; si quiere convertirse en un buen gobernante debe aprender a comportarse como tal y sufrir el calor, el frío y el cansancio como el último de sus soldados.

—Tengo un extraño presagio; estaría más tranquila si Zabdas anduviera contigo en la vanguardia.

—Sé cuidar de mí mismo y nada ansío más que el momento en que vuelva a Palmira para abrazarte. Te amo y no tengo la intención de dejarte viuda.

Odenato besó a su esposa y aspiró el intenso pero delicado perfume que exhalaban sus cabellos.

En verdad, Odenato había intentado tranquilizar a Zenobia, pero la invasión de aquellos bárbaros era mucho más seria de lo que le había confesado. Según habían informado desde las fortalezas de Bizancio, no menos de quinientas embarcaciones cargadas de guerreros bárbaros habían atravesado el estrecho del Bósforo y las bandas de godos y hérulos estaban saqueando sin oposición las costas de Macedonia, donde sabían que había unas notables minas de plata.

Cuando la noticia llegó a Palmira, feroces partidas de la tribu de los hérulos y a habían recorrido a sus anchas toda la costa occidental del mar Egeo y algunos grupos avanzados habían alcanzado incluso el sur de Grecia. Atenas, Corinto, Esparta y Argos habían sido atacadas y algunos de sus barrios periféricos saqueados e incendiados. Varias embarcaciones de godos habían desembarcado en la costa siria y amenazaban a las ciudades costeras de Trípoli y Tiro.

Zenobia lo intuyó. Una corazonada le dijo que algo andaba mal cuando un eunuco le anunció que el general Zabdas esperaba ser recibido con toda urgencia. El rostro del veterano soldado, compungido y apenado, con los ojos llorosos pese a su enorme corpachón forjado en las más cruentas batallas, no hacía sino ratificar el presentimiento de la señora de las palmeras.

—Mi señora, no pude hacer nada —balbució—. Yo estaba lejos, a varias millas de allí, en la retaguardia. Le advertí que no se confiara, que se mantuviera siempre atento. Pero ya sabes cómo era: amaba el riesgo y la aventura y no le tenía miedo a nadie.

—¿Cómo murió?, ¿quién lo asesinó? —Zenobia hizo estas dos preguntas a

Zabdas sin esperar a que le certificara de su propia voz la muerte de su esposo.

—Cabalgaba al frente de la vanguardia unas millas al norte de la ciudad de Emesa; estaba a punto de alcanzar a una partida de godos a la que perseguíamos desde hacía varios días. Uno de nuestros oteadores le avisó de que había visto a una nutrida columna del ejército persa avanzar por el curso del Eufrates, desde la gran curva del río, y que había tomado el camino en dirección a Emesa. Tu esposo me envió un correo con la orden de salir al encuentro de los sasánidas con las tropas de la retaguardia y así cubrir sus espaldas si los persas decidían atacarnos mientras él mantenía la persecución de los godos. Me extrañé mucho al recibir aquella orden, porque en la retaguardia no teníamos noticia alguna de que los persas hubieran salido en campaña ni de que una de sus columnas se dirigiera hacia nosotros, pero obedecí las instrucciones y realicé una cabalgada de varias decenas de millas hacia el este. Tras dos días de marcha no encontramos a un solo soldado persa, ni la menor noticia de que merodearan por allí. Fue entonces cuando desconfié del oteador que nos había alertado y del correo que me envió Odenato, y ordené que los buscaran y los trajeran ante mi presencia. Fue inútil, ambos habían desaparecido. Entonces me temí lo peor. Di media vuelta y regresé hacia Emesa a toda prisa, enviando por delante a un escuadrón con los jinetes ligeros más rápidos de nuestra caballería.

» Supuse que aquel engaño era parte de una estratagema para dividir nuestras fuerzas y alejar a la retaguardia, pero no estaba seguro de quién podía haberla tramado.

» Cuando llegamos ya era tarde. Encontramos sus cuerpos cerca de la ciudad, asesinados por unos sicarios a los que buscamos desesperadamente pero a los que no pudimos encontrar. Los cadáveres de Odenato, de Hairam y de seis miembros de su guardia personal, los únicos que los acompañaban en ese momento, habían sido colocados sobre sendas cruces en lo alto de una colina. No fue difícil dar con ellos.

—¿Fueron los godos? —demandó Zenobia, que parecía más entera que el propio Zabdas.

—No lo sé, mi señora. Lo único que pudimos averiguar es que Odenato, Hairam y los seis soldados se alejaron del campamento tras haber recibido la visita de un misterioso mensajero con el que departieron largo rato en el interior de la tienda; en esa conversación estaba presente Meonio.

» Interrogué a los guardias de Odenato y me confirmaron que los vieron partir; nos dijeron que les había comentado que salían de caza, pues alguien les había avisado de que se había visto a una pareja de leones merodear por las colinas al oeste de la ciudad.

» Luego pregunté a Meonio, quien me informó que Odenato había decidido salir del campamento con una escolta muy menguada, pese a sus recomendaciones para que no lo hiciera, para cazar a unos leones que andaban

cerca y que tenían atemorizados a los campesinos de las aldeas en torno a Emesa, y que no sabía nada más.

—Este asesinato ha sido obra de Meonio. Siempre ambicionó el poder de su primo y no ha dejado de conspirar a su sombra. Sí, ha sido él —determinó Zenobia.

—No podemos estar seguros, mi señora. Algunos de nuestros oficiales suponen que es el propio emperador romano Galieno quien está detrás del asesinato de tu esposo, que habría sido víctima de un complot urdido por el hijo de Valeriano, celoso del prestigio y la gloria de Odenato. Pero yo no lo creo. Tu esposo fue fiel a Roma hasta su muerte y, además, Roma y Galieno lo necesitaban, pues no había nadie mejor que él para defender el *limes* oriental ante la amenaza de los persas.

—¿Y tú qué piensas, general?

—No lo sé; estoy confundido.

—En este caso hay que preguntarse a quién beneficia la muerte de Odenato.

—Incluso pudieron ser agentes a sueldo de los persas, mi señora, pues los más interesados en ello son sin duda los sasánidas. Su rey posee riquezas suficientes como para reclutar a un puñado de asesinos o como para sobornar a algunos de nuestros soldados, pero no hemos logrado pruebas de ello.

—No, mi buen Zabdas. Los persas nada han tenido que ver en este crimen; ha sido obra de Meonio. Sólo él pudo tramar toda esa serie de embustes. Captúralo y tráelo a mi presencia.

—Como ordenes, mi señora.

Meonio, primo de Odenato y oficial de caballería del ejército palmireno, temblaba de miedo como un pollito recién salido del cascarón. Zabdas lo había apresado en su casa, en el lujoso barrio sur de Palmira al lado del santuario de Bel donde se agrupaban las residencias de algunos de los ciudadanos más ricos de la ciudad. Había sido sorprendido celebrando un banquete con algunos de sus amigos íntimos, lo que había reforzado la creencia de Zenobia de que en verdad había sido él el instigador del asesinato de su esposo.

Zabdas lo había conminado a seguirlo de inmediato a palacio sin revelarle para qué lo reclamaba Zenobia. En un primer momento, Meonio dudó, pero ante el rostro sereno y confiado del general supuso que su prima lo requería para ofrecerle el gobierno de Palmira, o, al menos, el puesto de tutor de sus hijos. En cualquier caso aquella era la ocasión propicia que estaba aguardando para hacerse con el control de la ciudad.

Muerto Odenato y también su hijo mayor Hairam, y siendo los hijos de Zenobia muy pequeños, el sucesor natural era él, el pariente más cercano a Odenato tras sus hijos. Era la noticia que tantas veces había deseado: convertirse

en señor de la ciudad más hermosa y rica de todo Oriente.

Aspiró con fuerza y llenó sus pulmones al máximo. Mediada la primavera, el sol calentaba con rigor los tejados de Palmira, el aire era cálido y estaba cargado del perfume dulzón de los brotes tiernos de las palmeras. Meonio sonrió, cogió su sombrero y su capa de seda y salió de la casa tras los pasos del general y de la escolta.

Ya en palacio, seguro de sí, saludó a Zenobia, que vestía una túnica de seda negra bordada con hilos de oro y flores rojas y azules. Por su cabeza pasó la idea de que aquella mujer, como la propia Palmira, también podría ser suya ahora.

—Espero que, pese al dolor que sientes por la muerte de tu esposo, estés teniendo un buen día, mi querida prima —le dijo con una amplia sonrisa, enfatizando el parentesco—. ¿Para qué me has llamado con tanta urgencia?

—He recibido una información confidencial sobre el asesinato de mi esposo; un testigo asegura que has sido tú el instigador de su muerte.

Los ojos de Zenobia estaban fríos y su rostro mostraba el hieratismo de una estatua de mármol.

—¿Quién te ha contado semejante mentira?

—Alguien en quien confío. Apresadlo —ordenó de manera tajante a los soldados que habían escoltado a Meonio desde su casa.

—Pero ¿qué broma es esta?, ¿qué ocurre? —preguntó sorprendido Meonio, a quien se le mudó de repente el rictus.

—Quedas detenido por el asesinato del augusto Odenato y de su hijo Hairam —le comunicó Zabdas a la vez que lo sujetaba con fuerza por el brazo.

—¡No! ¿Qué dices? ¿Asesino, y o?

—Sí, asesino. Tú has sido el instigador del crimen —intervino Zenobia.

—Escucha, prima, sin duda se trata de un grave error. No sé quién me ha denunciado, pero me han tendido una trampa; todo esto es una calumnia. ¿No lo ves? Yo no he tenido nada que ver con las muertes de Odenato y de mi sobrino Hairam; los amaba, amaba a los dos y jamás hubiera hecho nada que los perjudicara. No he tenido nada que ver en esto, nada, absolutamente nada... Soy inocente, completamente inocente; lo juro ante los dioses.

Meonio sollozaba y se cubría la cara con sus manos, presa de una inevitable sensación de horror y espanto. Sabía que tras aquella acusación sólo lo esperaba la muerte.

—Ni siquiera has guardado luto; hoy mismo estabas celebrando un banquete. Mañana, a mediodía, serás ejecutado, por traidor a Palmira y asesino de tu señor —sentenció Zenobia.

—No, no, puedo explicarlo todo; el porqué del banquete, dónde estaba yo en Emesa en aquellos momentos, mi inocencia, puedo explicarlo, lo puedo explicar todo, todo... ¡Escúchame!

Los gemidos angustiados de Meonio se fueron apagando conforme los

soldados lo alejaron a rastras por los pasillos del palacio, directo a la prisión donde aguardaría esa noche mientras se preparaba el patíbulo para su ejecución.

—¿Quién gobernará Palmira ahora, mi señora? —demandó Zabdas.

—El heredero natural de Odenato: mi hijo mayor Hereniano. ¿Quién si no? Mañana mismo, tras la ejecución del traidor Meonio, será proclamado príncipe de Palmira.

—Acaba de cumplir seis años, mi señora. Deberá ser tutelado por un regente...

—Yo seré la regente; soy su madre y fui la esposa de Odenato. Nadie mejor que yo para defender la herencia de mi esposo y los derechos de mi hijo. Y tú, mi fiel Zabdas, me ayudarás en esta tarea, serás mi apoyo, mi sostén. ¿Puedo contar contigo?

—Estoy a tu servicio, mi señora; y el ejército palmireno te es leal y está a tus órdenes. —Zabdas hincó la rodilla derecha en tierra y bajó la cabeza ante Zenobia.

La viuda de Odenato levantó las manos al cielo y clamó:

—Juro por todos los dioses inmortales, por Bel que gobierna el universo, por Yarhibol que ilumina el mundo y fecunda la tierra con su luz y por Aglibol que vela por nosotros en las noches oscuras y habita en el cielo nocturno, que mientras quede una gota de sangre en mis venas defenderé Tadmor de sus enemigos y la protegeré con mi vida si es necesario. Yo, Septimia Zenobia, hija de Zabaii ben Selim, lo juro, lo juro, lo juro.

Capítulo XX

Palmira, finales de otoño de 261; 1020 de la fundación de Roma

Los funerales de Odenato y de su hijo Hairam duraron varios días. Zabdas había llevado consigo los dos cadáveres a Palmira; allí habían sido embalsamados con natrón y enterrados en el hipogeo de la familia de Odenato. Durante varias semanas se extendió por la ciudad una sensación de orfandad, como si a cada uno de los palmirenos les hubiera sido arrancada de pronto la protección del padre bajo cuyo cuidado se habían encontrado seguros hasta entonces.

Zenobia había jurado defender a Palmira y se había proclamado regente del reino mientras su hijo primogénito fuera menor de edad, pero a algunos de los próceres de la ciudad aquello no les pareció suficiente. Los magistrados, reunidos en el edificio del senado en el ágora, ratificaron la regencia de Zenobia y le entregaron el poder sobre Tadmor y su territorio.

Durante el verano, algunos de esos magistrados celebraron reuniones y conciliábulos para debatir sobre el futuro de Palmira; algunas voces se alzaron para reclamar que fuera Zabdas quien dirigiera el gobierno, al considerar que era el más indicado para defender la ciudad, pero él, ante las insinuaciones que recibió, se limitó a proclamar que era sólo un soldado que había jurado fidelidad a Odenato y a Zenobia y que mantendría esa fidelidad hasta la muerte. Su contundencia desalentó a los aspirantes a conspiradores y Zenobia se fortaleció en el trono de Palmira.

Entre tanto los romanos, que durante algún tiempo se habían mantenido callados ante el asesinato del *dux* de Oriente, difundieron una grave acusación.

Giorgios entró en la sala de insignias del cuartel general del ejército hecho una furia.

—¡Los romanos acusan a Zenobia de ser la culpable de la muerte de Odenato y de haber ejecutado a Meonio para ocultar una trama conspirativa que ella misma encabezó! —anunció ante Zabdas.

—¿Qué? —El veterano general se mostró muy sorprendido.

—Me lo acaba de comunicar un mensajero recién llegado de Damasco. El nuevo gobernador romano que Galieno ha nombrado para Antioquía ha acusado a Zenobia ante la curia de esa ciudad de haber encabezado un complot para asesinar a su esposo y a su primogénito. Según esa infamia, en dicha conjura también estaríamos comprometidos nosotros dos y Meonio habría sido utilizado como un peón de brega al que habríamos engañado para que matara a Odenato y así hacer recaer sobre él toda la culpa del magnicidio. —Giorgios estaba indignado.

—¿Lo sabe Zenobia?

—No. El mensajero no ha hablado de esto con nadie más. Le he ordenado que guarde silencio.

—Roma ha ido demasiado lejos. Con esta acusación, Galieno pretende desacreditar a Zenobia y recuperar el dominio sobre Palmira y Mesopotamia.

—Ese cretino de Galieno no se da cuenta de que somos imprescindibles para detener las ambiciones de los persas; sin nuestro ejército, Sapor se volvería a plantar en Antioquía en tres o cuatro semanas, como ya hiciera hace nueve años. Palmira es la muralla de Roma en Oriente. Espero que algún día los romanos se enteren de esto.

—Lo saben, pero también consideran que el futuro del Imperio pasa porque todo el mundo reconozca su autoridad y su dominio absolutos. El Senado romano teme que Palmira acumule el poder suficiente como para crear su propio imperio en Oriente; eso supondría el final del poder de Roma en Asia, y por eso se vuelven contra Zenobia, porque no quieren que nadie cuestione siquiera su preeminencia.

—Iremos a comunicárselo a Zenobia y ya veremos qué decide hacer —dijo Zabdas.

Los dos generales se dirigieron hacia el palacio de la señora de Palmira. La encontraron en uno de los patios jugando con Vabalato, el menor de sus hijos, de tres años de edad. El mayor, Hereniano, de siete años, era quien había heredado los dominios de Odenato; hacía unos días que tosía insistentemente y los médicos griegos habían recomendado a la reina que cuidara del niño con suma atención. El segundo, Timolao, de cinco años, estaba muy enfermo y lo mantenían en cama, aplicándole paños de agua fría para calmar una permanente fiebre que hacía semanas que lo consumía.

—Señora. —Zabdas saludó a Zenobia con una inclinación de cabeza; a su lado, Giorgios hizo lo propio—. Acabamos de recibir de Damasco una mala noticia que debes conocer de inmediato.

—Por vuestros rostros parece que se trata algo grave —dedujo.

—Así es, mi señora. Los romanos te acusan de ser la culpable de los asesinatos de tu esposo y de Hairam —soltó de sopetón Giorgios, que seguía mostrándose nervioso e inquieto en su presencia.

—¿Quién me acusa de semejante villanía? —preguntó con total serenidad.

—El emperador Galieno por boca de su nuevo gobernador en Antioquía; creemos que está influenciado por algunos senadores romanos que no ven con buenos ojos la situación actual de Palmira en el Imperio —añadió Giorgios.

—Hemos hablado de ello mientras veníamos hacia aquí y nos parece que esa puede ser la verdadera razón —confirmó Zabdas.

—Os equivocáis, esa insensatez sólo ha podido salir de la imaginación de agentes persas infiltrados entre los funcionarios romanos de Siria —dijo Zenobia.

—Pero ¿cómo...?

—Es sencillo. Pensad en ello: Sapor necesita que Palmira y Roma nos enemistemos para que así nos debilitemos, y qué mejor motivo que enfrentarnos con esa increíble acusación —supuso Zenobia.

La inteligencia y la lucidez política de aquella mujer de veintitrés años no dejaba de impresionar a Giorgios.

—Señora, creo que atribuyes a los persas más iniciativas de las que realmente tienen.

—Tú eres griego, y los griegos estáis acostumbrados a utilizar la lógica como os enseñó Aristóteles: causa y efecto, así de simple. Pero las cosas en la vida pública no son tan sencillas aquí en Asia, y menos todavía en Persia, mi apreciado general Giorgios. Ya deberías saberlo, pues llevas mucho tiempo entre nosotros. Para entender lo que ocurre en la cabeza de los orientales es necesario conocer cómo piensan, y te aseguro que lo hacen de forma bien diferente a la de los griegos y los romanos.

Aquellas palabras de Zenobia dejaron sin argumentos a Giorgios, que sintió una pequeña conmoción interior al oír su nombre pronunciado por los labios de la señora de Palmira.

—¡Señora, señora!... Timolao tiene fuertes convulsiones, ven, señora, ven.

Yarai, la joven sirvienta de Zenobia entró nerviosa y muy alterada interrumpiendo la conversación.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Zabdas.

—Mi hijo segundo, Timolao. Hace varios días que sufre de altas fiebres; dicen los médicos que se trata de una extraña calentura que no son capaces de atajar. Yarai, mi esclava alana, se ha ocupado de él todo este tiempo. Voy a ver qué le ocurre. Acompañadme, por favor.

Los dos generales salieron tras Zenobia y atravesaron el amplio pasillo porticado del palacio camino de la estancia de Timolao.

El niño, arropado con varias mantas de lana, temblaba como aterido de frío pese a que aquel día hacía bastante calor.

—Es la calentura, mi señora —avisó el médico griego que lo atendía—. Hace un rato que le ha subido todavía más, y en cambio el muchacho dice que tiene mucho frío y tiritita como si su sangre se estuviera congelando.

—Mi niño, mi niño. —Zenobia lo cogió entre sus brazos, que se humedecieron con el sudor frío que empapaba las mantas y el cuerpo de Timolao.

El pequeño tenía la piel bañada en sudor y los ojos enrojecidos y enmarcados por unas rotundas ojeras de tono azulado. Temblaba, le castañeteaban los dientes y parecía incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¿No puedes hacer nada para aliviarlo? —increpó al médico.

—Lo siento, mi señora, pero le hemos administrado las curas y las pócimas tal cual recomienda Galeno para aliviar la enfermedad cuando aparecen estos síntomas y no ha reaccionado. No puedo, no sé hacer nada más.

—Id al santuario de Bel; realizad una ofrenda de diez..., no, de veinte corderos. ¡Vamos, rápido! —gritó Zenobia a los eunucos, que salieron prestos a cumplir la voluntad de su señora.

Aquella tarde, poco antes de la puesta de sol, murió Timolao. Zenobia se vistió de negro, cubrió su rostro con un velo de gasa, se impregnó los cabellos con polvo de ceniza y lloró su desconsuelo en el templo; de nada habían servido las ofrendas que unas pocas horas antes habían depositado sus criados.

Pero el dolor de Zenobia se agrandaría todavía más. Una semana después de la muerte de Timolao, también falleció Herodiano, su primogénito, el heredero de Odenato una vez asesinado Hairam. En él había depositado todas sus esperanzas para fundar una dinastía que gobernara Palmira en los siglos venideros. El amuleto de aetita había funcionado contra los abortos, pero no había sido efectivo para burlar la muerte de sus dos hijos mayores. De sus tres hijos con Odenato sólo quedaba Vabalato, su favorito; en él, un frágil niño de tres años, se asentaba ahora el futuro de Palmira.

Palmira, principios de 268; 1021 de la fundación de Roma

Mil dromedarios formaban la caravana que estaba a punto de partir de Palmira rumbo a Mesopotamia.

Pese a que Zenobia estaba segura de que la muerte de su esposo favorecía los intereses de Persia había enviado varios correos a Sapor I ofreciéndole en secreto un tratado de paz y de colaboración comercial.

El rey sasánida aceptó la propuesta. Cuando se enteró de la muerte de Odenato pensó en realizar una inmediata incursión militar sobre Palmira como represalia y venganza por las derrotas sufridas, pero su consejero Kartir, invocando que esa era la voluntad del dios Ahura Mazda, lo convenció para que aguardara acontecimientos; si, como se esperaba, Roma y Palmira se enzarzaban en una guerra, ambas quedarían debilitadas y ese sería el momento adecuado para actuar. Además, si lanzaba ese ataque no faltarían quienes lo

acusaran de ser el instigador de la muerte de Odenato, un asesinato cobarde cuya autoría no podía recaer de ningún modo sobre él.

Aquella caravana era el resultado de las negociaciones que se habían desarrollado durante el otoño anterior. Sapor había garantizado que los mercaderes palmirenos podrían comerciar libremente en todos los dominios de su reino y en los de sus aliados, y Zenobia le había prometido que no habría más ataques palmirenos.

Los mercaderes más ricos se habían reunido en la plaza del ágora, donde debatían en pequeños grupos sobre la nueva situación. La extensa plaza rectangular, rodeada de un pórtico con columnas enmarcado por un alto muro al que se abrían ventanas decoradas con relieves con motivos vegetales esculpidos en piedra y rematadas por frontones triangulares, hervía en rumores.

Unos camelleros recién llegados de Ctesifonte aseguraban que en un templo de la capital sasánida se exhibía una piel humana teñida de rojo, de la que se decía que no era otra que la del emperador Valeriano, el cual habría sido desollado y su piel curtida, teñida y mostrada como trofeo de guerra; otros afirmaban que el viejo emperador apresado años atrás seguía vivo y que había sido trasladado a los confines orientales de Persia, donde había sido condenado a trabajar, encadenado de por vida, en una mina de hierro; algunos decían que habían visto al anciano emperador cegado y con la lengua cortada trabajando como acemilero en las cuadras reales de Ctesifonte, y que Sapor lo utilizaba a modo de taburete humano cada vez que montaba a caballo.

Todo eran cotilleos hasta que apareció Zenobia. Entró en la plaza por la puerta monumental que daba acceso a la calle de columnas subida en su carro de ceremonia, cuyas riendas sujetaba el gigantesco Kitot; iba flanqueada por los generales Zabdas y Giorgios, montados en dos corceles blancos, y estaba rodeada por una docena de guardias a pie y dos escuadras de doce jinetes, una en vanguardia y otra en retaguardia.

Los murmullos fueron disminuyendo hasta que se hizo un silencio absoluto. El carro real se detuvo en el centro del ágora y Zenobia alzó su brazo.

Zabdas saltó de su caballo y se apresuró a ayudar a su señora a descender.

Zenobia bajó del carro y se dirigió hacia una de las esquinas de la plaza del ágora, por donde se accedía a la Sala de Banquetes donde se solían reunir los magistrados y los magnates de la ciudad para solemnizar los grandes acuerdos.

La enorme sala estaba engalanada con estandartes rojos, el color de Palmira, y con las insignias de los diversos destacamentos del ejército y de las corporaciones de oficios y cofradías de mercaderes de la ciudad. Giorgios se fijó en la magnífica labor en piedra de una greca que recorría todas las paredes de la sala con un acabado de tanta calidad que parecía labrado por el mejor de los escultores griegos.

Tras Zenobia y sus generales entraron los magistrados y los potentados de la

ciudad, que ocuparon sus puestos en orden a su importancia y a su riqueza.

Pese a los meses de sufrimiento acumulado tras las muertes de su esposo y de sus dos hijos mayores, estaba bellísima. Había adelgazado un poco y disimulaba sus incipientes ojeras con amocriso, una crema elaborada con una mezcla de polvo de sílice y de oro. Se había vestido como una emperatriz romana, con una túnica de seda púrpura ribeteada con una cenefa de hojas de laurel bordadas con hilo de oro, y se había coronado con una diadema de oro y perlas de la que salían varios rayos a modo de corona solar. Sobre su pecho lucía el famoso broche persa de oro y lapislázuli con forma de caracol y una placa de mitridax, la piedra preciosa de reflejos multicolores.

Zenobia, que se había sentado en un trono de madera con incrustaciones de marfil y de nácar, se levantó ante la expectativa de todos los asistentes.

—Tres hijos me dio mi esposo, tres varones con los que los dioses sacralizaron nuestra unión, pero sólo uno, el menor, sobrevive. ¿Es acaso un castigo de los inmortales? ¿Se trata de una prueba a que me someten para evaluar hasta dónde soy capaz de soportar semejante dolor? ¿Qué opinas tú, Shagal?

Zenobia hablaba también ante los sacerdotes de los templos, encabezados por el sumo sacerdote del templo de Bel, a quien dirigió la pregunta.

—Sólo los dioses disponen del destino y del futuro de los hombres, y lo hacen con criterios que no son aprensibles para nosotros, los simples mortales. A veces, lo que creemos que es un castigo divino es un funesto golpe de la fortuna. Tus dos hijos mayores han muerto, pero te queda un tercero; tal vez con ello los dioses te estén diciendo que ese hijo ha de ser el gran gobernante que necesita Palmira tras la muerte de Odenato —justificó Shagal.

—En ese caso, los dioses han obrado con una enorme crueldad; no existe ningún dolor en este mundo superior al de la madre que pierde un hijo. Ninguno, sacerdote.

—Los mortales no estamos preparados para escudriñar la voluntad de las deidades que habitan en los cielos y gobiernan los hilos que mueven la vida de cada uno de nosotros. Ni siquiera podemos comprenderlos en su plenitud quienes hemos entregado toda nuestra vida a la interpretación de sus designios. Los arcanos de los dioses están enraizados en la memoria de los tiempos. En ocasiones, a los hombres se nos revela una parte de la sabiduría celestial a través de las visiones de los profetas, adivinos y augures, pero sólo las divinidades conocen la verdad de lo que ha ocurrido en el pasado y lo que sucederá en el devenir de los tiempos futuros. Bel, nuestro señor todopoderoso del cielo, vigila desde lo alto y vela porque el orden del mundo se mantenga en equilibrio hasta el final de los tiempos; nosotros, los simples mortales, apenas podemos atisbar el horizonte inmediato.

—Dioses, dioses... Los hombres somos los que hemos creado a los dioses, los que los hemos imaginado a nuestra semejanza. ¿En qué dioses creemos? ¿En el

lejano Bel y en el resto de nuestro panteón, en los opuestos Ormuz y Arimán, en el luminoso Mitra, en el oculto e inescrutable Yavhé de los judíos, en ese hombre-dios, Cristo, al que comienzan a adorar algunos de nuestros ciudadanos? ¿Cuál de ellos se ha llevado a mis dos hijos, cuál ha sido tan cruel?

Zenobia alzó sus puños al aire y sus palabras tronaron entre las columnas del salón.

—Mi señora —intervino Shagal—, esta ciudad ha sido protegida por los dioses en los que creyeron y a los que veneraron nuestros antepasados. Ellos, desde su excelso trono en los cielos, han defendido nuestra ciudad, la han hecho próspera y rica y nos han guardado de nuestros enemigos... No receles de los designios divinos. Mírate; ahora eres nuestra soberana. Han sido los dioses los que han decidido que Palmira sea gobernada por tu mano. No podemos comprender las causas que condicionan la voluntad de los dioses, que en alguna ocasión tal vez pueda parecer veleidosa y caprichosa, pero debemos aprovecharla. Si han decidido que seas tú quien gobierne Tadmor, es que eso es lo mejor para Tadmor. Nuestros dioses jamás nos han abandonado y, mientras sigamos creyendo en ellos, jamás lo harán.

» Los romanos, y antes los griegos, han levantado fastuosos templos y santuarios a todos los dioses de los que se tiene noticia, pero nunca han creído en otra cosa que no sea la voluntad del hombre y su desmedida ambición. Roma conquista un territorio, lo incorpora a su Imperio y no tiene el menor inconveniente en añadir a las deidades de los países conquistados a su propio panteón. Incluso se dice que en el santuario erigido en la propia ciudad de Roma a todos los dioses existe un altar dedicado “al dios desconocido”; con ello parecen piadosos y celosos guardianes de la religión, pero no hacen sino burlarse de todos los dioses, de todas las religiones, de todas las creencias. Tanto es así que han deificado y rendido culto a individuos tan abyectos como algunos de sus crueles y sanguinarios emperadores.

» Roma sólo cree en el poder de sus legiones y en la fuerza de su ejército. Pero nuestros mayores nos han enseñado que más allá de la muerte existe otra vida en la que los dioses nos premiarán o nos castigarán según cómo nos hayamos comportado con ellos en nuestra existencia terrenal. Piensa en ello antes de maldecirlos, mi señora.

El sumo sacerdote vestía el hábito sagrado y lucía sobre su cabeza rapada una diadema dorada con un enorme berilo amarillo en la frente, la piedra preciosa del sol.

—Roma se desvanece como un espectro en la neblina —habló de nuevo Zenobia—. La brillante Atenas ha sido saqueada por los bárbaros, la opulenta Antioquía no acaba de recuperar el esplendor que tuvo antes de ser asaltada por los persas, la esplendorosa Alejandría languidece en la añoranza de un pasado mejor... Ahora ha llegado el tiempo de nuestra ciudad. Os pido que me ayudéis

a convertir Tadmor en la nueva Roma, en el asombro de las gentes, en la esperanza del mundo. —Alzó los brazos y los asistentes congregados en la Sala de Banquetes del ágora prorrumpieron en gritos de alabanza y en aclamaciones hacia su reina.

—La tienes, mi señora; tienes toda nuestra ayuda y nuestra lealtad —gritó Zabdas.

—De los cuatro herederos de Odenato sólo queda vivo su hijo menor, Vabalato. Mi esposo fue nombrado augusto por el emperador Galieno y ratificado como tal por el Senado y el Pueblo de Roma. Entiendo que ese honor, ese rango y ese cargo le corresponden en justicia y razón a nuestro hijo y único heredero. —Zenobia dio dos palmadas y aparecieron en la Sala de Banquetes el armenio Kitot y Yaraí, su criada de confianza; el gigante portaba en brazos al pequeño Vabalato—. Vabalato ostenta el derecho a heredar todos los títulos y prerrogativas que en vida alcanzó su padre. —Hizo una indicación a Kitot, que acercó al niño hasta su madre—. Mi hijo es demasiado joven para gobernar Palmira, de modo que, en tanto él pueda hacerlo, yo actuaré como regente. Hasta ahora así lo he hecho, pero requiero vuestra ratificación y que juréis lealtad a Vabalato.

Se hizo un silencio espeso hasta que Zabdas se adelantó, hincó la rodilla ante Zenobia y proclamó solemne:

—Mi señora, el ejército de Tadmor reconoce a tu hijo Vabalato como heredero de Odenato y te jura obediencia como su comandante en jefe y como reina de Palmira.

Giorgios se colocó al lado de Zabdas y también se arrodilló. Poco a poco, cada uno de los allí presentes se fueron arrodillando y acatando la voluntad de Zenobia.

El último en hacerlo fue el sumo sacerdote de Bel quien, aunque anciano, hizo un esfuerzo y, ayudándose de su cayado, dobló una de sus rodillas hasta posarla sobre el suelo.

Zabdas se incorporó y gritó:

—¡Larga vida a la reina Zenobia!

—¡Larga vida a Zenobia! —ratificó Giorgios.

Todos los presentes aclamaron a la señora de Palmira, que alzó los brazos en demanda de silencio.

—Os agradezco vuestra fidelidad. Juro ante nuestros dioses que no os defraudaré y que dedicaré el resto de mi vida a hacer más grande y próspera a nuestra ciudad.

» Y ahora, por el poder que me ha concedido el pueblo de Tadmor, proclamo a mi hijo Vabalato el legítimo heredero del augusto Odenato, emperador de Oriente, con el título de augusto de Roma, el que ya ostentara su padre.

Zabdas se adelantó un par de pasos.

—Señora —dijo el general—, este Consejo te ofrece el título de augusta y te ruega que lo aceptes.

—Lo acepto por Tadmor, por Palmira. —Zenobia citó a su ciudad por sus dos nombres, el árabe y el romano.

—A partir de ahora todos tus súbditos deberán llamarte Septimia Zenobia Augusta, emperatriz de Oriente —proclamó Zabdas, que parecía como en trance.

En los días siguientes, Zenobia nombró a sus colaboradores en el gobierno de Palmira. Zabdas fue ratificado como jefe del ejército, Giorgios como su lugarteniente y general de la caballería pesada y el filósofo Longino fue nombrado consejero principal de Zenobia. Al historiador Calínico se le invistió con el cargo de canciller y a Nicómaco, el secretario de su padre y de su socio Antioco Aquiles, con el de tesorero.

Vabalato recibió los títulos de agosto, emperador, corrector de Oriente y rey de reyes, y fue llamado Lucio Julio Aurelio Septimio Vabalato Atenedoro.

Hubo espléndidas fiestas por toda la ciudad, se organizaron espectáculos en el teatro y grandes banquetes públicos y privados; en el exterior se organizaron carreras de caballos y de camellos; en todos los templos se ofrecieron ritos y ceremonias en honor de los soberanos de Palmira y en los pebeteros de los santuarios ardieron grandes cantidades de incienso y de mirra que impregnaron el aire de un embriagador aroma dulzón.

La gente bailaba por las calles al son de los atabales, las cítaras y los laúdes, compartía la comida y el vino, reía y cantaba; todos eran felices porque les habían dicho que su ciudad se había convertido en la capital de un imperio, en igualdad con Roma y con Persia, y que Zenobia y Vabalato eran sus soberanos. Y todos lo creyeron porque Zenobia así lo había proclamado.

Zenobia y los generales Zabdas y Giorgios salían del teatro escoltados por un retén de soldados que capitaneaba Kitot. Acababan de presenciar una representación de *Medea*, una tragedia escrita por el griego Eurípides que había interpretado una compañía de actores recién llegada de Apamea, donde había cosechado un notable éxito en su gran teatro.

—Aunque reconozco que Melpómene, la musa de la tragedia, inspiró con acierto a Eurípides, yo prefiero la comedia —comentó Zabdas—. Aristófanes, ese sí que sabía entretener al público; Thalia, la musa de la comedia, hizo bien su trabajo inspirando a ese autor. Recuerdo que hace unos años unos comediantes de Antioquía representaron *Lisistrata* aquí mismo.

—Conozco el argumento: atenienses y espartanos libran una sangrienta

guerra hasta que sus mujeres deciden que no harán el amor con ellos en tanto no se restablezca la paz. La trama es ingeniosa pero parece imposible que una situación semejante pueda ocurrir en la realidad —dijo Giorgios.

—Tal vez el mundo sería menos cruel y habría menos guerras si las que gobernarán fueran las mujeres —terció Zenobia.

—Las Amazonas son mujeres, y son audaces guerreras —adujo Zabdas.

—¿Amazonas? Nunca ha existido un reino en el que los soldados fueran exclusivamente mujeres; esos son cuentos para incautos. Y acabamos de asistir a una representación en la que Medea se comporta con una enorme crueldad y, arrebatada con sangrienta sed de venganza, acaba con todos cuantos se le ponen por delante, incluidos sus dos hijos, con tal de hacer daño a su esposo, Jasón, por haberla repudiado. Si se lo proponen, las mujeres pueden ser tan crueles y tan sanguinarias, o más si cabe, que nosotros, los soldados —intervino Giorgios.

—Tal vez nos hayamos precipitado. Roma no consentirá nuestra declaración de independencia —reflexionó de pronto Zenobia.

—No ha sido tal —replicó Zabdas.

—Claro que lo ha sido, general, y tú lo sabes —insistió Zenobia.

—Lo que hemos hecho ha sido convertir a Palmira en cabeza de un nuevo imperio, y Roma no admite en el firmamento otro sol que el que ella representa —añadió Giorgios.

—Entonces, ¿crees que vendrán contra nosotros? —le preguntó la reina.

—Con todas sus legiones si es posible, mi señora.

—En ese caso seremos nosotros los que iremos contra ellos antes de que puedan organizar un ataque sobre Palmira.

—¿Cómo dices, señora? —exclamó Zabdas sorprendido.

—Esta pasada noche no he podido dormir y he tenido mucho tiempo para meditar qué hacer ahora. Tienes razón, Giorgios, los romanos jamás reconocerán Palmira como un imperio independiente y en relación de igualdad con el suyo y creo que, en cuanto estén en condiciones de hacerlo, intentarán derrotarnos. Una Palmira independiente sería para otras ciudades y provincias del Imperio un peligroso ejemplo que seguir. Galieno lo sabe, y por ello procurará someternos y reducirnos a la obediencia de Roma. Por ello, he decidido conquistarla.

—¿Conquistar qué? —preguntó Zabdas asombrado.

—Conquistar Roma, por supuesto.

—¿Todo el Imperio? —Zabdas estaba asombrado ante la audacia de aquella mujer.

—Bueno, al menos la mitad oriental. Escuchad mi plan: antes de que Galieno pueda reorganizar sus legiones y venga a por nosotros, nuestro ejército ocupará todas las provincias de Oriente; Siria primero, Egipto después y, por último, Anatolia y Grecia quedarán incorporadas al imperio de Palmira. Nombraremos

gobernadores fieles en cada una de ellas y colocaremos al frente de las ciudades más importantes a magistrados eficaces y competentes. Pero antes tenemos que ratificar la paz con los persas. Quiero hacer realidad el sueño de mi esposo: un imperio unido y fuerte, encabezado por Tadmor, entre el mar Mediterráneo y Mesopotamia, donde se imponga la paz, florezca el comercio, prosperen los negocios y reine la sabiduría.

—Mi señora, esos objetivos son muy ambiciosos, pero apenas disponemos de veinte mil soldados; carecemos de fuerza suficiente como para conquistar tantos territorios, y mucho menos para mantenerlos después bajo nuestro dominio —razonó Zabdas.

—Recluta a cuantos soldados consideres necesarios. Las arcas del tesoro están repletas y si es preciso estableceremos un impuesto especial a los comerciantes de la ciudad para obtener nuevos recursos.

—Tal vez no estén dispuestos a contribuir a ello; sabes bien de su avaricia y de su egoísmo —terció Giorgios.

—Claro que lo estarán; tienen sus bolsas tan llenas de oro que no saben en qué gastarlo. Además, si Palmira se convierte en la capital de un nuevo imperio, sus bolsas seguirán creciendo y creciendo.

La muerte de Odenato animó a los detractores de Pablo de Samosata, patriarca de Antioquía, a renovar sus ataques contra el que consideraban un contumaz e irreducible hereje. Tras los dos intentos frustrados para deponerlo en sendos concilios celebrados años atrás, sus enemigos veían ahora, desaparecido su protector, la ocasión propicia para sustituirlo como patriarca y obispo.

Seis obispos de la provincia de Siria firmaron una carta pastoral en la que exigían a Pablo que abandonase sus postulados erróneos y aceptara el dogma sobre la Trinidad que defendían los patriarcas de Roma y de Jerusalén. Los seis obispos convocaron un nuevo concilio en Antioquía y encargaron a un exaltado presbítero llamado Malquión, natural de la propia Antioquía y acérrimo enemigo del patriarca, la defensa de sus propuestas.

Malquión, hombre de convicciones rocosas y verbo contundente, aunque escasamente refinado, intervino en el concilio como portavoz de los obispos firmantes de la carta. Había sido elegido para enfrentarse a Pablo porque era un reputado maestro y el director de retórica en la escuela helenística de Antioquía; había demostrado además una extraordinaria sinceridad en su fe en Jesucristo, por lo que había sido elevado al cargo de presbítero de la comunidad de cristianos. Pablo creyó que ese tercer intento de derrocarlo al frente del patriarcado de Antioquía fracasaría, como los dos anteriores, pero esta vez, sin la protección de Odenato, los obispos consiguieron su objetivo.

El tercer sínodo contra Pablo de Samosata, convencido por la retórica

encendida y categórica de Malquión, concluyó que la doctrina del patriarca merecía ser condenada como herética por la Iglesia de Siria y, en consecuencia y comoquiera que no se retractaba, Pablo debía ser depuesto de su cargo episcopal, expulsado del patriarcado, excomulgado y arrojado del seno de la Iglesia por defender principios tan desviados de la verdadera fe cristiana.

Los padres conciliares reunidos en aquel sínodo condenaron a Pablo de Samosata y rechazaron su tesis de que Jesús era *homousion*, es decir, de parecida naturaleza al Padre, para asentar que era *homousios*, de la misma naturaleza y consustancial con el Padre. Denunciaron por erradas y falsas las ideas de Pablo de que el Hijo y el Padre eran de naturaleza distinta y de que sus personas eran también diferentes para aseverar que Padre, Hijo y Espíritu eran tres personas distintas pero unidas en una sola naturaleza divina, y asentaron la creencia en el dogma de la Trinidad como esencial en la doctrina cristiana.

Y enviaron una carta firmada por todos ellos, de común acuerdo, a Dionisio, obispo de Roma, y a Máximo, patriarca de Alejandría, exponiéndoles las resoluciones del concilio y la condena de Pablo de Samosata.

Aprovechando la confusión tras la muerte de Odenato, los obispos de Siria lograron que Dionisio, el patriarca de Roma a quien llamaban papa y que era reconocido por la mayoría de los obispos y fieles cristianos como la máxima autoridad de la Iglesia y sucesor de Pedro, el primero de los apóstoles, ratificara la destitución de Pablo de Samosata y nombrara a Domno como nuevo patriarca y obispo de Antioquía. El emperador Galieno no se opuso a esa decisión y Zenobia dejó que los acontecimientos se precipitaran sin intervenir en ellos.

Zenobia regresaba a palacio tras haber asistido a una ceremonia celebrada en el templo de Bel en recuerdo de su esposo. Pablo de Samosata había huido de su ciudad y estaba aguardando a su señora a las puertas de palacio.

—¡Mi señora, mi señora; aquí, soy Pablo, procurador *ducenviro* y patriarca de Antioquía! —gritó y agitó los brazos para llamar su atención.

Kitot, que mandaba la escolta, echó de prisa mano a su espada y se dispuso a alejar a aquel impertinente.

—¡Alto, Kitot! —le ordenó Zenobia—. Deja a ese hombre que se acerque; no es peligroso.

Pablo de Samosata se presentó e inclinó la cabeza sumiso.

—Mi señora, he sido tu más fiel servidor y el de tu esposo en estos años, pero ahora me he visto relegado de mi cargo de patriarca y he tenido que abandonar mi puesto como procurador de Palmira en esa ciudad. Domno y Malquión, dos intrigantes canallas, han logrado que los obispos de Siria me hayan condenado y expulsado de la Iglesia que ahora ellos tan indignamente usurpan.

—Mi esposo te acogió y te concedió honores y cargos, pero tú no has sabido ganarte a tus correligionarios; ya te advertimos de que no siguieras por el camino que habías iniciado y de que no te enfrentaras con la población de Antioquía.

—Tal vez he cometido algunos errores, mi señora, pero cuanto he hecho ha sido para defender los intereses de Palmira de las malas influencias de esos fanáticos trinitarios. Yo predico la verdad. Quienes me persiguen me acusan de hereje y desviado, pero son ellos los que han corrompido el auténtico mensaje de Dios que nos reveló Jesús y quienes se han comportado de manera hipócrita, quienes han divulgado ideas falsarias y quienes han cultivado una desmedida ambición con el único fin de aumentar sus prebendas y sus privilegios personales.

Kitot y el resto de la guardia asistían atónitos a aquel incomprensible discurso teológico en plena calle.

—No es sólo eso, Pablo. Ha sido tu actitud la que ha generado muchos enfrentamientos en Antioquía y no quiero que con tus discursos enturbies ahora la calma que reina en esa ciudad. Vivimos tiempos delicados en los que todos los ciudadanos del oriente romano debemos estar unidos. Yo misma estoy procurando que los cristianos de Tadmor, aunque no son muchos, congenien con los judíos, o al menos no se maten entre sí; al fin y al cabo comparten muchas creencias y tienen un mismo origen, según creo.

—Con los abominables fanáticos que siguen los dictados que predicara Pablo de Tarso nunca lo conseguirás, mi señora.

—¿Qué pretendes?

—Tu amparo, mi señora. He venido hasta Palmira en busca de tu protección porque en Antioquía no estoy seguro; mi vida peligra si continúo allí.

—Por lo que a mí respecta puedes seguir utilizando el título de patriarca y obispo de Antioquía, si así lo deseas, y permanecer en Palmira, pero te ordeno que te mantengas al margen de la polémica con los cristianos que tú llamas trinitarios y que no regreses a Antioquía. Ya te he dicho que no quiero el menor enfrentamiento entre mis súbditos palmirenos, profesen el credo religioso que profesen. Y ahora retírate y procura no causar más problemas.

—Señora, también soy procurador *ducenviro*; ese cargo que me otorgó tu esposo me confiere autoridad civil sobre Antioquía...

—Ahora soy yo la regente de Palmira y quien decide esos nombramientos; mantendrás el título de procurador, pero exclusivamente de manera honorífica, y tu asignación anual, pero olvídate de ejercer competencia alguna y ni se te ocurra volver a pedirme que te ayude a recuperar tu cargo de patriarca de Antioquía.

—¡Señora...!

—No insistas o me veré obligada a cesarte como procurador, suprimir tu asignación y encerrarte durante tan largo periodo de tiempo que cuando salgas de la mazmorra no recordarás ni quién eres.

Ante la determinación de Zenobia, Pablo de Samosata se apartó con una reverencia y se alejó rumiando su mala fortuna.

Capítulo XXI

*Palmira, primavera de 268;
1021 de la fundación de Roma*

A pesar de que el criminal había sido ejecutado y de que oficialmente se había resuelto que los asesinatos de Odenato y de Hairam habían sido instigados por Meonio, todavía planeaban muchas dudas sobre el magnicidio. Siguiendo las insidias difundidas por Roma, no pocos especulaban que la propia Zenobia estaba detrás de la mano del asesino, pues ella y su hijo Vabalato habían sido los principales beneficiarios de la muerte de su esposo.

La rapidez con que había sido capturado y ejecutado Meonio hacía elucubrar a algunos que el primo de Odenato había sido un mero agente utilizado y engañado por Zenobia para culminar su plan, y luego ejecutado como chivo expiatorio de modo fulminante para evitar que tuviera tiempo para delatar la supuesta conspiración tramada por la propia Zenobia, en la cual algunos colocaban también a los generales Zabdas y Giorgios.

Todo eran rumores y suposiciones, pues nadie había podido demostrar de manera contundente quién había sido el verdadero impulsor del asesinato. Los que sostenían que la instigadora había sido Zenobia, a la que calificaban de mujer extraordinariamente ambiciosa, alegaban que lo había ejecutado para hacerse con todo el poder en Palmira; quienes acusaban de la conjura al emperador Galieno, un hombre tildado por muchos de cobarde y envidioso, aseguraban que había estado celoso de Odenato al haberse convertido este en el verdadero salvador del Imperio tras sus victorias contra los persas; y quienes veían tras el asesinato del caudillo de Palmira la larga mano del rey persa Sapor I aducían que, con la muerte de Odenato, el sasánida lograba deshacerse de su mayor enemigo, que lo había derrotado y humillado en cuantas ocasiones se habían enfrentado.

Odenato se había labrado enemigos muy poderosos, pero a la vez se había convertido en el héroe de los habitantes de las provincias orientales del Imperio, que lo consideraban el único capaz de detener las ofensivas de los persas en la frontera de Mesopotamia y de asegurar el desarrollo del comercio y el libre

tránsito de las caravanas. En cualquier caso, y a pesar de la declaración de culpabilidad y la ejecución de Meonio, la autoría de su asesinato no dejó nunca de ser un misterio sin aclarar.

Longino, convertido en consejero principal, acababa de urdir un informe en el que justificaba la herencia de Zenobia y sus derechos históricos al trono de Palmira y al gobierno de todo Oriente. Satisfecho de su trabajo, decidió presentarlo al fin ante la corte.

—Según mis investigaciones, en las que me ha ayudado el historiador Calínico, nuestra señora, la augusta Zenobia, es descendiente de dos soberanas: la reina Dido de Cartago y la reina Cleopatra VII de Egipto.

» Su parentesco con la reina Dido procede de su abuelo paterno, el rey Juba II de Mauritania, un descendiente de la hermana del general cartaginés Aníbal, descendiente a su vez del hermano menor de Dido. Así lo narra el solvente escritor romano Lucano, una autoridad incontestable, en su obra *Pharsalia*.

» En cuanto al parentesco con Cleopatra, deriva de Drusilla, una de las hijas del rey Ptolomeo y de la reina Julia de Mauritania, quien fuera a su vez descendiente de una hija de la reina Cleopatra VII y del noble romano Marco Antonio. Drusilla, en quien confluían los linajes de Dido y de Cleopatra, se casó con un príncipe de la familia real de la ciudad de Emesa llamado Sampsiceramo. En la cuna de este mismo linaje nació la emperatriz romana Julia Domna, hija de Gaio Julio Bassiano, sumo sacerdote del templo dedicado al dios Sol en Emesa, esposa del emperador Septimio Severo y madre de dos emperadores, Caracalla y Geta. De ese tronco familiar desciende el padre de Zenobia.

» Es decir, que nuestra señora reúne en su sangre la herencia real de Egipto, de Cartago, de Siria y de la misma Roma. Nadie más que ella y su hijo Vabalato atesoran una tan alta estirpe como para ser proclamados emperadores de Oriente.

—Supongo que esos datos son ciertos —intervino Zabdas.

—Hasta el último detalle; Calínico es un historiador fiable y riguroso. Todos los personajes que he citado y que forman parte del linaje de Zenobia son históricos; no hemos inventado nada. Ahí están las citas precisas de los prestigiosos autores de los que hemos obtenido la información —se justificó Longino.

—¿Y la madre de Zenobia? —preguntó Giorgios.

—Se trataba de una esclava egipcia. No hemos logrado averiguar el menor atisbo sobre su origen. Zabaii ben Selim la debió de adquirir durante alguno de sus viajes a Egipto, se prendó de ella y la convirtió en su esposa. Calínico no ha podido certificar ni un solo dato de su pasado: ni siquiera ella misma lo sabía, pues antes de morir conversamos en un par de ocasiones y nada me comentó sobre sus orígenes. Desde luego, poseía conocimientos sobre Egipto, hablaba su

lengua y sabía de sus tradiciones, pero jamás se refirió a su familia o a su origen; probablemente era demasiado humilde o demasiado terrible, quién sabe.

Habían pasado varias semanas desde la autoproclamación de Zenobia y Vabalato como augustos y reyes de Oriente, y Roma no daba señales de vida.

Galieno no era tan cobarde como muchos suponían y como sus abundantes detractores se encargaban de difundir. Si no había reaccionado ante la proclamación de independencia de Palmira no era por cobardía, sino porque todas las provincias del Imperio andaban revueltas contra su emperador. En la lejana Galia, y a manos de sus propias tropas, había sido asesinado Postumo, el general que había gobernado con plena soberanía esa extensa provincia occidental, donde había tenido que enfrentarse a varias incursiones de tribus germanas. Pero otros generales y caudillos como Quieto, Victorino y el senador Tétrico habían mantenido viva la revuelta de la Galia, y en todas las provincias, especialmente en las fronterizas, cualquiera que tuviera a sus órdenes un puñado de soldados se atrevía a desafiar a Galieno y a propugnarse como futuro augusto. Y los bárbaros, sobre todo varias tribus de germanos, no cesaban de acosar el *limes* en las fronteras del Danubio y del Rin y habían penetrado otra vez en sus fulgurantes incursiones hasta la misma Atenas, amenazando con derrumbar todo el sistema de fortificaciones creado por los romanos durante tres siglos y poner fin al mundo civilizado.

Los conspiradores abundaban por todas partes y algunos de ellos rondaban el círculo más próximo a Galieno. Los propios legionarios encargados de proteger al emperador fueron quienes lo asesinaron, dejando al Imperio sin emperador y sin heredero legítimo. Poco antes de morir, incapaz de reprimir tantas revueltas, Galieno había mostrado su disposición a reconocer a Vabalato como rey de Oriente y a su madre Zenobia como corregente hasta que el niño alcanzara la mayoría de edad. Tal vez por ello fue ejecutado por instigación de poderosos intrigantes que sobornaron a los guardias de su escolta.

El núcleo del ejército que ahora apoyaba a Galieno, el mismo que antes había aupado al cargo a su padre, el desaparecido Valeriano, mostró su disgusto con el asesinato del emperador, pues Galieno había concedido importantes mejoras y no pocas dádivas a los legionarios. Pero el malestar se calmó cuando el general Marco Aurelio Claudio, que adoptó el nombre de Claudio II, fue proclamado sucesor como nuevo augusto y se ganó la lealtad de los soldados al ordenar que se abonaran veinte piezas de oro a cada uno de los legionarios fieles a Roma, es decir, fieles al propio Claudio. El prestigioso general fue designado emperador por un grupo de oficiales a los que encabezaba mientras acosaba a Aureolo, uno más de los usurpadores, que se había hecho fuerte en la ciudad de Milán.

—¡Los dioses están de nuestra parte! —Zabdas lucía su mejor sonrisa a pesar de que el día anterior había perdido cincuenta sestercios en una apuesta en una carrera de camellos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Giorgios.

—¿Aún no te has enterado? El emperador Galieno ha sido asesinado cerca de Milán, una ciudad del norte de Italia; su asesino es un tal Cecropio, gobernador de la provincia de Dalmacia, que le ha dado muerte con su propia espada ayudado por soldados de la escolta del mismo emperador.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Según me han dicho, varios oficiales de la plena confianza del emperador tramaron una conspiración en secreto. Le tendieron una celada mientras descansaba en su pabellón protegido por su guardia. Hicieron sonar las trompetas de alarma indicando que se estaba produciendo un ataque enemigo a su campamento y cuando Galieno salió de manera precipitada de su tienda y sin tomar precauciones a causa de las prisas, se abalanzaron sobre él y lo acuchillaron.

—El Imperio se derrumba, amigo.

—Un notable general llamado Claudio ha sido proclamado nuevo emperador, aunque, al parecer, es demasiado viejo y se comenta que no durará demasiado tiempo. Pero ahí no acaban nuestras alegrías: Postumo, aquel potentado que se autoproclamó emperador hace unos años en la Galia, ha sido depuesto por los propios soldados que lo auparon y también ha sido eliminado; y dos de sus generales, Victorino y Laelino, se han rebelado en Colonia Agripina y en Maguncia, los dos campamentos legionarios más importantes de la frontera del Rin. El desgobierno es absoluto: cualquier general con mando sobre una legión se autoproclama emperador en cualquier rincón del Imperio; entre tanto, los germanos acosan las guarniciones del norte y recorren los mares y las provincias del este de manera impune. Todas las provincias arden en revueltas internas o son saqueadas por los bárbaros, por bandidos o por los propios soldados romanos. Roma está rota; en estas circunstancias no podrá enviar a ningún ejército contra nosotros.

Los dos generales esperaban en la sala de audiencias del palacio la presencia de Zenobia, que los había convocado con urgencia ante las noticias llegadas de occidente.

Ambos jefes del ejército palmireno se inclinaron ante su señora y la saludaron.

—En el Imperio reina la anarquía; asesinado Galieno, Roma carece de un soberano legítimo —dijo Zenobia.

—Perdona, mi señora, pero se asegura que Galieno nombró sucesor a Claudio poco antes de morir, y el Senado lo ha confirmado como nuevo augusto.

—Pero Palmira no lo reconoce como tal. No menos de media docena de

generales y caudillos romanos, ilirios, dálmatas y galos se han proclamado augustos en los últimos años en diversas ciudades y provincias del Imperio. ¿A cuál de ellos reconocemos? La realidad es que el Imperio de Roma agoniza y es hora de que brille el Imperio de Palmira. Os encomiendo que preparéis la ceremonia pública para la coronación de mi hijo Vabalato como soberano de Palmira —les anunció.

—¿Soberano? ¿Con qué título? —preguntó Zabdas.

—La coronación se hará con el título de *rex*. —Zenobia pronunció la palabra «rey» en latín.

Zabdas miró a la reina con los ojos abiertos y con una mueca de enorme sorpresa y luego se volvió hacia Giorgios encogiéndose de hombros.

—¿Has dicho *rex*, mi señora?

—Sí. Aunque mi hijo y yo hemos asumido el título de augustos, he decidido fundar un nuevo reino en Palmira, y Vabalato será su rey. Hasta que cumpla la mayoría de edad para poder gobernar por sí mismo yo lo haré en su nombre, como ya se aprobó en el Consejo de magistrados, y vosotros dos me ayudaréis como consejeros áulicos. Poco antes de morir, el emperador Galieno no puso inconvenientes en que se asignara a mi hijo ese título; el nuevo emperador Claudio también lo admitirá.

» Quiero, además, ratificar como consejero principal del nuevo reino a mi preceptor Casio Longino. También pasarán a formar parte del Consejo Real el historiador Calínico Dutorio y Nicómaco.

—¿Nicómaco...? —se extrañó Zabdas.

—Está haciendo un buen trabajo como tesorero. Fue colaborador de mi padre y de su socio Antioco Aquiles. Les llevaba las cuentas de sus negocios con eficacia y rigor y ha seguido haciéndolo todos esos años. Necesito a alguien que conozca la aritmética para revisar los números del erario y confío plenamente en él. Además, mantendré a Pablo de Samosata como procurador *ducenviro* de Antioquía, aunque sin otorgarle ninguna competencia efectiva; de momento es mejor que ese alocado clérigo se quede aquí, pues hasta ahora no ha hecho otra cosa que desatar problemas y tensiones entre la comunidad de cristianos de esa ciudad.

—Mi señora, Pablo de Samosata es un personaje muy conflictivo. Su doctrina ha sido condenada en Antioquía por la inmensa mayoría de las autoridades eclesiásticas de los cristianos allí reunidos en una asamblea que ellos llaman concilio y ratificada después por ochenta obispos, casi todos los de Siria, Egipto, Asia y Mesopotamia, y no faltan las acusaciones de soborno y de corrupción contra él en sus funciones como procurador...

—Está refugiado aquí, en Palmira. He hablado con él y obedecerá mis dictados. Lo sigo considerando un hombre válido; pese a su radicalismo en materia de religión, es un hombre sabio. —Zenobia cortó de golpe las

alegaciones de Zabdas—. Además, cada día aumenta el número de cristianos en las provincias de Siria y de Asia. Ya son mayoría en algunas aldeas al norte de Damasco; si su número continúa creciendo, puede que pronto lo sean en todos los territorios de Oriente. Tener de nuestro lado a Pablo puede sernos muy útil.

—Si me permites, mi señora... Roma entenderá la proclamación del reino de Palmira como una cuestión de soberanía y no dudará en declararnos la guerra y en atacarnos. La adopción de los títulos imperiales que llevaste a cabo la primavera pasada no dejaba de ser una especie de continuidad con lo que significaba tu esposo, pero una coronación como la que planteas supone la ruptura definitiva con nuestra tradicional amiga y dejaremos de ser sus aliados para convertirnos en sus enemigos. Si sucede así, nos encontraremos entre dos adversarios poderosísimos. A pesar de los tratados que hemos firmado con ellos y de los acuerdos comerciales en vigor, los persas no han olvidado sus derrotas y aguardan pacientes el menor síntoma de debilidad por nuestra parte para vengar el daño que les causamos en las campañas en Mesopotamia; y no han renunciado a recuperar esa provincia ni a vengar las humillaciones que les infligimos. Si Roma nos ataca por el oeste y Persia lo hace desde el este, Palmira estará perdida —Giorgios expuso sus temores con elocuencia.

—Los romanos me siguen acusando de haber sido la instigadora del asesinato de mi esposo y de Hairam. Me calumnian y se refieren a mí como si fuera una vulgar prostituta y no la esposa legítima del augusto de Oriente y la madre de su único heredero, Vabalato.

» Me han condenado sin siquiera molestarse en escucharme. ¿Os vais a comportar vosotros de la misma manera? ¿Qué creéis que harán los romanos cuando se presenten en Palmira? ¿Dejarnos en paz, concedernos su amistad o quitarnos de en medio?

» O nos hacemos fuertes o acabarán conmigo y, por tanto, con vosotros dos y con Palmira, salvo que decidáis traicionarme y os paséis al bando de los romanos; os pagarían bien por ello, de eso estoy segura.

Zabdas y Giorgios se miraron y en los ojos de ambos se hizo patente la misma admiración por la clarividencia y la determinación de aquella hermosa mujer.

—Mi señora, ¿cómo puedes dudar de nuestra lealtad? Estamos contigo, pero no podremos ganar una guerra contra Roma y contra los persas a la vez, no disponemos de suficientes fuerzas —alegó Zabdas con cierto aire de resignación.

—Pues luchemos contra ellos por separado. Mi esposo, con vuestra ayuda, derrotó a los persas en cuantas batallas se enfrentó a ellos. Os recuerdo a los dos: a ti, Zabdas, planeando la estrategia en el campamento antes de cada batalla, y a ti, Giorgios, dirigiendo a nuestros catafractas y resultando triunfador en todas las cargas de caballería. A ninguno os tembló jamás la mano en el combate. Si hemos vencido a Persia, podemos vencer a Roma.

Zenobia hablaba como una heroína de epopeya, henchida de orgullo, sin duda influida por las lecturas de las obras de Homero que había realizado a instancias de Longino, por los relatos sobre la enigmática y subyugante Cleopatra, la legendaria reina de Egipto a la que tanto admiraba, y por las conquistas de Alejandro de Macedonia, cuya biografía acababa de leer y sobre la cual había escrito unos comentarios.

En las últimas semanas se había imaginado al frente del ejército, vestida como un soldado más, como lo hiciera pocos años atrás cuando acompañó a Odenato en las campañas contra los sasánidas en Mesopotamia, cual una nueva Cleopatra revivida. Pero si la reina de Egipto había fracasado, ella, la reina de Palmira, triunfaría ante cualquiera que osara discutirle su autoridad sobre la ciudad de las palmeras y sobre todo Oriente. Zenobia era Palmira y Palmira era Zenobia. La ciudad de las palmeras, la perla del desierto, y la princesa de las palmeras, la mujer de hielo y de fuego, eran una misma cosa, y el destino de una sería inseparable del de la otra.

—¿Qué ordenas que haga, mi señora? Mi espada, mis brazos y mi corazón estarán a tu servicio hasta la muerte —Zabdas habló con toda solemnidad, como si se estuviera dirigiendo a una diosa.

—Mi espada es tu voluntad. —Giorgios se llevó la mano derecha al corazón.

—En ese caso preparaos, porque vamos a conquistar el mundo.

Capítulo XXII

*Palmira, principios de verano de 268;
1021 de la fundación de Roma*

La reina Zenobia acababa de regresar de una ceremonia en el templo de Nebo, dios de los auspicios. Sus sacerdotes habían sacrificado un cordero y en sus entrañas habían observado señales propicias para llevar a cabo el plan sobre el que les había preguntado: la conquista de Egipto.

Los astrólogos consultados también habían concluido que la posición de los planetas presagiaba que una reina llegada de oriente ocuparía el trono de Cleopatra y gobernaría la tierra de los faraones.

No hizo falta nada más para convencerla de que su plan para conquistar Egipto debía ser emprendido de inmediato.

A Giorgios le fue encomendada una misión difícil: viajar hasta Egipto y ganar adeptos para preparar la incursión del ejército de Palmira.

Pero quien mejor conocía en Palmira el país del Nilo era el mercader Antioco Aquiles, el antiguo socio del padre de Zenobia. La reina lo llamó para pedirle un gran favor.

El veterano mercader se presentó en palacio mediada la mañana; como acostumbraba en los últimos tiempos, lo acompañaba su sobrino Aquileo, siempre tan callado y discreto. Zenobia estaba flanqueada por Zabdas, Giorgios y Longino.

—Querido padrino —la reina rompió la etiqueta de la corte, cada día más similar a la persa, y le dio dos besos al que fuera socio de su padre, ignorando a Aquileo—, tienes un aspecto estupendo.

—Gracias, mi reina, pero los años van pesando sobre mis hombros...

—No me lames como lo hacen los demás; yo siempre fui para ti «mi pequeña».

—Eso fue hace algún tiempo; ahora eres mi reina, aunque te confieso que me sigue costando mucho acostumbrarme a verte sentada en el trono de Tadmor.

—Como quieras, Antioco. Te he llamado porque te necesito; Palmira te necesita.

—Sabes que siempre he estado y que siempre estaré a tu servicio. Ordena lo que desees y te obedeceré.

—El año próximo ocuparemos Egipto —soltó Zenobia de pronto.

—¿Ocuparemos?

—Sí. Toda Siria y casi toda Mesopotamia han acatado el dominio de Palmira; la siguiente provincia en ser incorporada a nuestro reino será Egipto.

—¿Y qué puede hacer un viejo mercader como yo?

—Mucho. Como bien sabes, en tiempos del emperador Galieno un pretendiente al trono imperial de Roma llamado Emiliano se autoproclamó emperador en Egipto. Roma lo liquidó enseguida, pero desde entonces existe un enorme malestar entre la gente de ese país, agravado en los dos últimos años por una elevadísima subida de precios del pan y del aceite que este año ha provocado una grave hambruna y un cúmulo de protestas. Han estallado algunas revueltas en ciudades importantes y los influyentes sacerdotes están abogando por romper los lazos de sumisión que atan a Egipto con Roma. Yo soy descendiente de la reina Cleopatra por mi padre y su familia de Emesa, y mi madre era egipcia. Tengo todo el derecho a reclamar el trono de los antiguos faraones.

—¿Y qué deseas de mí?

—Necesito que viajes de inmediato a Egipto con el general Giorgios y establezcas los contactos precisos para que nos ayuden desde dentro de ese país a preparar el triunfo de nuestra futura incursión. Nadie mejor que tú para ello.

Antioco Aquiles reflexionó unos instantes.

—La empresa que planeas es muy arriesgada. Egipto hierve en alteraciones y han estallado revueltas en varias ciudades, sí, pero los egipcios son gentes alocadas e imprevisibles; entre ellos suelen organizarse tremendas trifulcas por los asuntos más nimios. Yo mismo he visto cómo se provocaban verdaderos altercados por realizar un saludo descuidado, por no ceder el paso en un baño público, por el tipo de calzado que conviene a los esclavos, por la manera de servir las carnes o las verduras en los mercados...

» En una ocasión, un esclavo de la curia municipal de Alejandría fue asesinado por un soldado romano. Su delito consistió en haberle dicho al militar, en tono de burla, que sus sandalias de esclavo eran mejores que las que usaban los legionarios romanos. La multitud reaccionó ante el asesino cercando la casa del general Emiliano, a cuya fachada arrojaron piedras. Para solventar aquella situación, a Emiliano no se le ocurrió otra idea mejor que asumir el poder imperial y proclamarse emperador con el sobrenombre de Alejandro. Galieno envió a Egipto a Teodoto, uno de sus mejores generales, y el usurpador fue ejecutado y su cadáver arrojado al Nilo.

—Egipto es difícil de gobernar, pero si se maneja bien la situación y contamos con apoyo del interior podemos triunfar.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos.

—¿Un nuevo rebelde contra Roma?

—No, otro usurpador como Emiliano no arrastraría a tu causa a la gente de Egipto; me refiero a Teodoro Anofles —asentó Antioco—. Se trata del sumo sacerdote del gran templo de Apis en Alejandría. Lo conozco bien, pues he cerrado muchos tratos comerciales gracias a su intermediación, lo que le ha reportado cuantiosos beneficios, por cierto. Si se coloca de tu parte, Alejandría estará en tu mano, y si posees Alejandría, dominarás Egipto.

—¿Tanto poder tienen esos sacerdotes?

—Más que en ningún otro sitio; tanto que cuando Galieno envió a Teodoto para acabar con ese tal Emiliano, le otorgó poderes consulares y le entregó las insignias correspondientes a su grado, los sacerdotes egipcios se negaron a que las insignias romanas fueran llevadas a Alejandría desde Roma, porque no lo consideraron lícito. A Teodoro no le quedó otro remedio que acatar la decisión de los sacerdotes. Anofles tiene poder para eso y para mucho más.

—¿Podrías convencerlo para que apoyara nuestra causa?

—Tal vez. Egipto es el reino de la superstición. Cerca de la ciudad de Menfis existe una columna de pórfiro en la que en caracteres egipcios está escrita una vieja tradición: cuenta que Egipto será libre cuando lleguen al país del Nilo unos soldados vestidos con togas y armados con fasces, que los romanos han interpretado como mejor les ha convenido a sus intereses. Quizá sea oportuno convencer a Anofles para que les diga a los egipcios que la interpretación romana de esa tradición está equivocada y que en realidad se refiere a las togas y las insignias de Zenobia de Palmira. En esa tarea me ayudará Firmo, estoy seguro.

—¿Quién es ese Firmo?

—El más rico comerciante de Alejandría. Es de origen persa, pero controla el comercio en toda la región del delta del Nilo y mantiene buenas relaciones con Anofles. De hecho, Firmo es el principal responsable de la riqueza de los sacerdotes de Alejandría. Y lo mejor: odia a los romanos y no dudo que aceptará nuestra propuesta, aunque habrá que prometerle alguna compensación a cambio.

—¿Con qué comercia Firmo?

—Seda, oro, piedras preciosas...

—Bien. Le otorgaremos la exclusiva del suministro a la casa real de Egipto en cuanto tomemos posesión del trono en Alejandría.

—En ese caso cuenta con él.

—Hazlo así. Consigue la ayuda de Firmo y gánate a ese sacerdote.

—¿Cuánto estás dispuesta a pagarle a Anofles?

—¿Un soborno?

—Yo lo llamaría una «compensación por sus servicios».

—Sabes bien que el tesoro de Palmira es cuantioso. Ofrécele cuanto pida.

—De ser así, cuenta con su apoyo, mi reina.

—Mi señora —intervino el consejero Longino—. Imagino que ese sumo sacerdote ya es bastante rico. El templo de Apis recibe ingentes cantidades de oro a causa del Serapeion, un hospital adonde acuden a curar sus enfermedades los egipcios más pudientes. Sus oftalmólogos son famosos desde que curaron de su ceguera al sabio Demetrio de Falero, hace más de quinientos años, gracias a unas técnicas quirúrgicas que mantienen en secreto. Por ello, no sé si sólo con dinero será suficiente para ganar su voluntad.

—Nunca se es lo bastante rico, pero sí, tal vez sea más fácil convencerlo ofreciéndole además el virreinato de Egipto —propuso Giorgios—. Alguien tendrá que gobernar esa provincia en tu nombre.

—Giorgios tiene razón, mi señora, la ambición por el poder es a veces más fuerte que la atracción del dinero, sobre todo cuando ya se es rico —terció Zabdas.

Longino apoyó la propuesta de los dos generales con un gesto de su cabeza.

—Así lo haremos. Antioco, tú irás a Alejandría; te acompañarán el general Giorgios y el comandante Kitot, y le ofreceréis a ese tal... —dudó Zenobia.

—Anofles, Teodoro Anofles —precisó Antioco.

—... Anofles, hasta diez mil piezas de oro y el virreinato del gobierno de Egipto en mi nombre y en el de mi hijo Vabalato. Y el control de todos los templos dedicados a los dioses tradicionales de ese país, incluida la administración de sus rentas, por supuesto. Preparad el viaje de inmediato.

*Alejandría, Egipto, mediados de verano de 268;
1021 de la fundación de Roma*

—Ahí la tenéis: la ciudad de Cleopatra, la perla de Egipto.

Antioco Aquileo señalaba a Giorgios, Aquileo y Kitot el perfil de la ciudad desde la proa de la nave que los había llevado hasta el extremo occidental del delta del Nilo. Habían viajado en un navío mercante que hacía la ruta de Tiro a Alejandría una vez cada dos meses durante la primavera, el verano y principios del otoño; Giorgios lo hacía camuflado como comerciante y se presentaba como el nuevo socio de Antioco. Pretendían no levantar sospechas y aparentar que su viaje a Alejandría tenía como único objetivo los negocios. El comandante Kitot y el apuesto Aquileo habían sido presentados como guardaespaldas de los mercaderes.

—La ciudad de Alejandro —precisó Giorgios.

—Sí, también es la del Conquistador; él la fundó. ¿Conoces la leyenda? —le preguntó Antioco.

—No la recuerdo bien. —Giorgios mintió; no había griego letrado que no conociera la historia del gran Alejandro, el conquistador del mundo, pero quería

escucharla de boca de un palmireno.

—Plutarco, en su biografía sobre Alejandro el Grande, relata que el macedonio tuvo un sueño tras conquistar Egipto. Se le apareció un anciano de cabellos blancos que recitaba de manera reiterada esos versos de la *Odisea* que dicen « Existe después una isla en el mar turbulento, frente a Egipto, a la que denominan Faros». Cuando Alejandro despertó de su sueño quiso visitar esa isla y, al contemplarla, se dio cuenta de su privilegiada ubicación. En la isla había un poblado de pescadores y comerciantes, pero la lengua de tierra entre el puerto y el lago Mareotis estaba deshabitada, y decidió levantar allí una nueva ciudad. Para entonces ya había fundado varias ciudades en Asia a las que había dado su nombre, pero creyó que aquella, la primera en África, sería la más notable, la más rica y fabulosa de todas las Alejandrías. Ordenó que se trajera polvo de yeso para marcar el perímetro de la ciudad y el trazado de las futuras calles, mas no lo encontraron. Entonces, Alejandro tomó unos sacos de harina y con sus propias manos dibujó en el suelo la que sería la forma de la nueva urbe. Pero cuando el macedonio estaba acabando su trabajo descendieron unas aves del cielo y comenzaron a comerse la harina y a borrar las líneas recién marcadas. Al ver lo que ocurría, Alejandro se perturbó y creyó que aquella era una señal de los dioses que indicaba un mal augurio. Estuvo por ello a punto de abandonar su idea de fundar aquí la Alejandría de Egipto, pero uno de los adivinos lo convenció de que el sueño significaba buena fortuna, pues indicaba que la nueva ciudad sería rica y próspera, ya que produciría alimentos de sobra, capaces incluso de saciar el hambre de las aves.

—No creo en los augurios —cuestionó Giorgios.

—Pues sean o no ciertos, en este caso han funcionado, porque Alejandro siguió adelante con la fundación de su ciudad y en muy pocos años se convirtió en una de las más prósperas y ricas del mundo. Claro que algunos añaden que una doncella tuvo que ser sacrificada durante la ceremonia de fundación para purificar este lugar y librarlo de los malos espíritus. Sea como sea, lo cierto es que, construida sobre un poblado de pescadores llamado Rakotis, en una lengua de tierra ubicada entre la pequeña isla de Faros y el lago Mareotis, un lugar protegido de las variaciones de terreno que se producían en el delta del Nilo y de las tormentas marinas, Alejandría es la mayor ciudad de Egipto y la segunda del Imperio después de la propia Roma.

Conforme se aproximaban al puerto el faro, construido por el arquitecto Sostrato de Cnido, se alzaba imponente sobre el extremo oriental de la isla, al norte de la ciudad. A esa hora del mediodía estaba apagado, pero su tamaño gigantesco destacaba sobre la línea de la costa. Era una formidable construcción de piedra labrada rodeada por un edificio cuadrado con torrecillas en las esquinas que delimitaban un gran patio en cuyo centro se alzaba una torre de doscientos cuarenta codos de altura, con un primer cuerpo de planta cuadrada que se

remataba en una amplia terraza desde la cual arrancaba un segundo cuerpo de planta octogonal, coronado por un templete circular y sobre él otro más pequeño, rematado por un chapitel de piedra, en el interior del cual se encendía el fuego de la linterna que señalaba a los barcos la ubicación de Alejandría.

La isla de Faros, que daba nombre a la torre, se había unido a tierra firme por un dique de siete estadios de largo, una longitud equivalente a dos tercios de una milla romana, que recibía la denominación de Heptaestadio precisamente a causa de su medida. Trazado por el arquitecto griego Dinócrates de Rodas, el dique dividió el puerto natural de Alejandría en dos: el más importante era el oriental, llamado el Gran Puerto, en tanto el occidental se conocía con el nombre griego de Eunostos, es decir, el Buen Regreso.

La nave se acercó hacia el puerto del este, en cuyo interior se elevaba la pequeña isla de Antirrhodos, y atracó en el muelle más lejano al Heptaestadio, junto a unos salientes rocosos que los alejandrinos llamaban Lochias y Akrolochias, que protegían el puerto por el este y junto a los cuales estaba adosado el viejo puerto real y el palacio que habitara el rey Ptolomeo, el sucesor de Alejandro en Egipto. En sus espigones se amarraban numerosos navíos cargados con pellas de bronce y lingotes de plomo de Hispania, barras de estaño de Britania, fardos de algodón de la India y rollos de seda de China, y otros con cargamentos de trigo listo para ser enviado a Roma. A lo largo de los muelles se alineaban decenas y decenas de almacenes donde centenares de operarios se afanaban en cargar fardos, ánforas y paquetes de todos los tamaños y todo tipo de productos. Varias embarcaciones estaban siendo construidas en sus afamados astilleros.

Alejandría le pareció a Giorgios la ciudad más grande del mundo.

—Impresionante, ¿eh? Más de doscientas mil personas viven ahora en esta ciudad, y eso que en los últimos años se ha marchado casi la mitad de los que antes la habitaban —dijo Antioco Aquiles.

—No imaginaba una ciudad así; Atenas y Palmira me parecen más hermosas, pero Alejandría...

—Aquí la mayoría de sus habitantes tiene origen griego, pero la arquitectura es una simbiosis del armonioso arte arquitectónico de los griegos, de la desmesura de los romanos y de los estrafalarios gustos estéticos de los egipcios. Una mezcla extraña, sí, por eso parece una ciudad tan diferente a todas las demás.

El muelle estaba atiborrado de estibadores, marineros y curiosos y la actividad era frenética; allí fondeaban embarcaciones de todos los pueblos ribereños del Mediterráneo y gentes de los aspectos más variados que se hubiera podido imaginar, más incluso que en la propia Palmira.

—Gentes del país que se extiende más allá de las estepas —dijo Kitot señalando a dos tipos de piel pálida, casi amarillenta y ojos rasgados que

recogían sus largas cabelleras lacias y negras en unas trenzas.

—Esos tipos son mercaderes chinos. Proviene del lejano país de la seda, a varios meses de navegación hacia el este, bordeando las costas del Imperio persa, en la ruta de la India. Hace unos años, cuando yo era joven, había una importante colonia de comerciantes chinos en Alejandría, pero su número ha ido disminuyendo porque sus negocios han dejado de ser tan rentables como antaño. La seda es cara y en el Imperio romano cada vez hay menos gente capaz de pagar lo que realmente vale.

—¿Y esos? —preguntó Kitot señalando a un grupo de cinco hombres, de piel morena y ojos negros y grandes, que caminaban hacia el puerto cargados con sendas bolsas de cuero, escoltados por varios guardias armados.

—Son indios —respondió Antioco—. Estoy seguro de que en esas sacas llevan perlas y piedras preciosas; en la India se encuentran las mejores gemas que puedan existir.

—Bueno, es hora de ir en busca de ese Firmo —terció Giorgios.

—Ese mercader es la llave de Egipto. Y espero que Anofles siga siendo el sacerdote supremo del templo de Apis y que su influencia continúe intacta —dijo Antioco.

En realidad, y pese a la leyenda que atribuía a Alejandro el dibujo del plano de Alejandría marcándolo con harina, la ciudad había sido diseñada por Dinócrates y otros célebres arquitectos griegos como Cleómenes de Naucratis y Crates de Olinto. En su diseño se había seguido el estilo de las ciudades helenísticas de su época, con calles paralelas y perpendiculares trazadas de tal modo que formaban una retícula perfecta en torno al eje principal de la ciudad, la vía Canopia, una extraordinaria arteria de más de tres millas de longitud y cuarenta pasos de anchura que recorría toda la urbe de este a oeste, y a la cual se abrían los comercios y los negocios más importantes. En el centro urbano se ubicaba una gran plaza, al estilo del ágora de las ciudades griegas, y desde allí se organizaba la ciudad en cinco grandes distritos.

Caminaron por una de las calles que desembocaba en el puerto, al lado del gran teatro, cuya escena se abría hacia el mar, y entraron en la vía Canopia; tuvieron que hacerlo con cuidado, pues centenares de carretas cargadas con todo tipo de mercancías y tiradas por acémilas y bueyes circulaban a lo largo de la gran avenida retumbando en las losas del suelo con sus ruedas de madera maciza.

Se hospedaron en una posada en el centro de la ciudad, en la misma en que solía hacerlo Antioco cuando viajaba por sus negocios a Alejandría. Estaba ubicada cerca del ágora, en el barrio donde se concentraban el edificio de la asamblea del gobierno municipal, el mercado principal, varias basílicas, los mejores baños, dos gimnasios y un pequeño teatro.

Antes de la puesta de sol se personaron en casa de Firmo, al que Antioco

conocía muy bien, y le expusieron el plan de conquista de Egipto. El comerciante persa aceptó enseguida y se prestó a acompañarlos ante Teodoro Anofles.

Firmo había remitido una carta a Anofles solicitándole una audiencia. El sumo sacerdote de Apis, suponiendo que se trataba de un nuevo asunto de negocios que le reportaría una buena bolsa de oro, aceptó encantado.

Firmo y los tres palmirenos se presentaron en el templo de Apis dos días después de haber desembarcado en Alejandría. Teodoro Anofles apareció al instante. Era un tipo alto y delgado, de unos cincuenta años de edad. Tenía el cabello totalmente rasurado y en su rostro afilado destacaban unos vivaces ojos negros, grandes, redondos y profundos como los del halcón, cuyos párpados estaban perfilados con una gruesa línea negra de *kohl*. Vestía una túnica blanca de purísimo algodón que le cubría hasta los tobillos y sólo dejaba al descubierto el hombro y el brazo derechos. Sus únicos adornos consistían en un collar de gruesos eslabones de oro del que pendía la figura del buey Apis, un grueso brazalete en forma de serpiente en el bíceps derecho y un anillo con un sello con un escarabajo tallado en lapislázuli. Giorgios jamás lo hubiera imaginado con ese aspecto.

El sumo sacerdote de Apis abrazó con efusión a Firmo y a Antioco y les dio dos besos en las mejillas. Luego saludó alzando su mano y su antebrazo, al estilo de Roma, a Giorgios, a Aquileo y a Kitot, a los que el mercader persa presentó como socios comerciales de Antioco.

—Tenemos que hablar contigo de un asunto muy importante —le dijo Firmo.

—¿Tan importante como para no esperar a que os ofrezca un refrigerio?

—Podemos hablar de ello mientras lo tomamos —intervino Antioco.

—En ese caso acompañadme, estaremos mucho más tranquilos en mis habitaciones. —El sumo sacerdote llamó a uno de los sirvientes y le hizo una indicación al oído.

Atravesaron un patio y un par de pasillos y entraron a una amplia sala abierta a una terraza a la que daba sombra media docena de palmeras. Desde allí se contemplaba el lago Mareotis y el estadio, ubicado fuera del perímetro de la ciudad.

Mientras conversaban sobre las incidencias del viaje, dos criados aparecieron con sendas bandejas: una con almendras, pistachos, dátiles confitados y frutas, y otra con una jarra y cuatro copas de vidrio. Los criados sirvieron en las copas el vino rebajado con agua fresca y aromatizado con especias y se retiraron. Giorgios observó la calidad y finura de las copas.

—Vino de malvasía, blanco dulce de Rodas especiado con canela, limón y cardamomo, una verdadera delicia para el paladar —explicó Anofles.

—Y servido en copas de vidrio de Alejandría, el más delicado de cuantos se

fabrican en el mundo. Un vidrio tan fino y transparente como este sólo se elabora en nuestros talleres; la arena del desierto de la que se obtiene la sílice con la que lo fabrican es la más pura que se pueda encontrar —añadió Firmo.

—Y bien, ¿qué asunto es ese tan importante que os trae de nuevo hasta mí? —preguntó el sacerdote manifestando cierta indiferencia impostada.

—¿Te gustaría ser el gobernador de Egipto con el título de virrey? —soltó Giorgios de sopetón, tomando la iniciativa.

Anofles miró sorprendido a Firmo y Antioco, quien puso cara de inocencia, alzó los hombros y abrió las manos con un gesto cómplice.

—Estos tres no son mercaderes —sonrió el sacerdote señalando a Giorgios, a Aquileo y a Kitot.

—No, dos de ellos no lo son. Te presento a Giorgios de Atenas, general de la caballería de Palmira, y a su ayudante, el comandante Kitot. Aquileo sí es mi socio comercial —explicó Antioco—. El general te expondrá el motivo de nuestro viaje.

—Palmira se ha convertido en un reino independiente, pero aspira a más. Zenobia, su reina, está dispuesta a crear un nuevo imperio entre los de Roma y Persia, que abarcará toda Siria, Mesopotamia, Anatolia, Grecia y Egipto, es decir, todo el oriente romano.

—Un viejo sueño que ha obsesionado a muchos gobernantes durante siglos: resucitar el efímero imperio de Alejandro el Grande...

—No. Fundar el nuevo imperio de Zenobia y de Vabalato de Palmira.

—Roma no lo consentirá —afirmó Anofles.

—Roma está herida, como el viejo león que ha perdido su manada derrotado por un rival más joven y fuerte, y Palmira es su heredera en Oriente. El emperador Galieno otorgó a Odenato el título de augustus y le concedió los emblemas imperiales y toda la autoridad sobre las provincias de Oriente; el Senado y el pueblo de Roma lo ratificaron. Su esposa Zenobia y su hijo Vabalato, por tanto, son sus herederos legítimos y tienen pleno derecho a usar esos títulos y sus símbolos.

» Además, Zenobia es heredera directa de Cleopatra. Aquí tienes su genealogía; la ha escrito Longino, un filósofo sirio formado en Atenas que ahora es consejero real en Palmira.

Giorgios le entregó una copia del informe que sobre la ascendencia de Zenobia había redactado Longino con los datos suministrados por el historiador Calínico.

—Creo que el sol del desierto os ha vuelto locos. Suele ocurrirles a algunos griegos, que nunca se acostumbran a este calor y a este sol tan intenso. Y si tú estás en esto es que también has perdido el juicio —ironizó Anofles dirigiéndose a Firmo.

—Palmira ha vencido en tres ocasiones a los persas. Todas las ciudades de

Siria y de Mesopotamia ya han acatado el dominio de Palmira y estamos preparando un ejército de treinta mil hombres para ocupar Egipto y desalojar a las guarniciones romanas aquí desplegadas —asentó Giorgios.

—¿Treinta mil hombres?

—Unidos en un único cuerpo de ejército integrado por efectivos de Palmira y de Siria y mercenarios de Asia, Armenia y Arabia.

—Todo esto es cierto —confirmó Antioco ante la expresión de duda de Anofles.

—Si nos ayudas en esta empresa, Zenobia te compensará generosamente y te nombrará su virrey en Egipto, además de concederte el gobierno y la administración de las rentas de todos los templos dedicados a vuestros dioses.

—¿Ya cambio de tan generosa dádiva qué esperáis de mí?

—Deberás convencer a cuantos egipcios puedas de que Zenobia es la heredera legítima de Cleopatra, la misma Cleopatra resucitada y reencarnada, si fuera preciso. Para ello utilizarás a los templos y a sus sacerdotes. Creo que no debo explicarte cómo hacerlo. Necesitamos el apoyo de la mayoría de la población egipcia, o al menos que no nos rechace cuando desembarquemos aquí; de los soldados romanos nos encargaremos nosotros.

—¿Y tú, Firmo, qué ganas con esto?

—Aunque no lo creas, en este negocio me basta con ver derrotados a los romanos —le aseguró el mercader persa, que omitió comentar las prebendas económicas que le habían ofrecido los palmirenos por su mediación.

—Dejadme que lo piense unos días; tengo que consultarlo con algunos amigos y estudiar si ese plan es viable. Me estáis pidiendo que entregue Egipto a una nación extranjera...

—No —apuntó Giorgios—; te estamos pidiendo que nos ayudes a asentar en el trono del Nilo a su verdadera soberana, a la sucesora de Cleopatra, a Zenobia, y a acabar así con siglos de dominio romano sobre la sagrada tierra de los faraones. Se trata de que Egipto recupere su libertad y restaure su independencia, con su propia soberana al frente, Zenobia, la heredera legítima de Cleopatra.

—Se trata de una decisión trascendental; sólo os pido unos días. Entre tanto, consideraos mis huéspedes de honor. Esta es una ciudad fabulosa, os gustará visitar el Museo y la Biblioteca, no existe en el mundo nada igual.

—¿Podría encargar unas copias de algunos libros de esa biblioteca? Longino, el consejero real de Palmira, es un filósofo, y me entregó una lista por si tenía ocasión de encargarlas —preguntó Giorgios.

—Hablaré con el director, un buen amigo, para que os las facilite.

—Te lo agradezco.

Mientras aguardaban la respuesta de Anofles, los embajadores de Palmira

visitaron el mayor centro intelectual del mundo. Kitot hubiera preferido perderse en las calles de la ciudad, pero al fin optó por acompañar a Giorgios, a Antioco y a Aquileo, no en vano su papel en aquella expedición era el de guardaespaldas de los dos mercaderes.

Fundado en la época del rey Ptolomeo I, el sucesor de Alejandro Magno en Egipto, y ampliado por sus herederos, el Museo estaba integrado por varios edificios donde se enseñaban filosofía, matemáticas, geometría, historia, medicina y otras disciplinas. Allí daban clases, o lo habían hecho en el pasado, los filósofos y los científicos más eminentes del mundo.

Ampliado por Ptolomeo II como santuario de la sabiduría y dedicado a las musas, estaba integrado a su vez por varios edificios. Dentro del Museo había un jardín botánico, un zoológico, un observatorio astronómico, una gran sala para realizar disecciones anatómicas, laboratorios, talleres, baños, un refectorio donde se servían comidas durante todo el día y habitaciones para profesores y alumnos.

El director de la Biblioteca saludó a los embajadores de Palmira y los recibió con amabilidad a la entrada.

—Mi amigo Teodoro Anofles me ha pedido que os enseñe nuestra biblioteca. Sed bienvenidos.

—Te lo agradecemos. Imagino que el sumo sacerdote ya te ha explicado que somos mercaderes de Palmira a los que Longino, consejero de la reina Zenobia, ha encargado copias de algunos libros de los que aquí se guardan —le explicó Giorgios.

—Sí, sí, estoy al tanto. Acompañadme, por favor.

Giorgios, que conocía bien la Academia de Atenas, pues en ella había estudiado durante tres años antes de ingresar en el ejército romano, quedó impresionado ante el Museo, organizado en los diversos edificios dedicados a cada uno de los apartados del saber unidos por patios ajardinados donde se ubicaban espacios apropiados para la conversación y el relajó. Kitot también estaba asombrado; el gladiador armenio jamás habría podido sospechar que hubiera tanta gente dedicada a estudiar asuntos que él ni siquiera entendía. Y Antioco imaginaba los negocios que se podrían hacer en aquel lugar o comerciando en Oriente con copias de los libros de la Biblioteca, siempre con su querido Aquileo al lado.

—En otro tiempo, estas instalaciones estuvieron repletas de estudiantes y de profesores de medio mundo, y en ellas se celebraban actividades de día y de noche. Nunca se cerraban las puertas de este centro; pero ahora el número de eruditos y alumnos aquí congregados ha disminuido y algunos espacios apenas se utilizan. El zoológico es una sombra de lo que fue, pues no disponemos de fondos suficientes para mantener a todos los animales; hemos tenido que renunciar a los más peligrosos como cocodrilos, leones, tigres, hienas y leopardos —comentó el director.

—Impone mucho entrar en un templo de la sabiduría como este —comentó Antico.

—Si guardáis silencio y prestáis atención, podréis escuchar en vuestra imaginación los ecos de los susurros de los grandes sabios que por aquí han pasado. Oiréis la voz de Arquímedes, el genio de Siracusa, que demostró los más relevantes teoremas; la de Euclides, el padre de la geometría, que desentrañó las leyes matemáticas de las figuras planas; la de Hiparco, que sistematizó la trigonometría y aseguró que las estrellas tienen vida propia, pues nacen, se desplazan por el firmamento y acaban muriendo; la de Aristarco de Sainos, quien demostró que el Sol es el centro del universo y que todos los planetas, incluida la Tierra y las estrellas fijas giran en torno a él; la de Eratóstenes, que compuso el mapa más preciso del mundo conocido, demostró la esfericidad de la Tierra y calculó su diámetro; la de Herófilo, el médico que dedujo que el centro de la inteligencia está en el cerebro y no en el corazón; la de Apolonio de Pérgamo, cuyos postulados matemáticos todavía rigen el sistema de cálculo; la de Herón de Alejandría, que inventó mecanismos y engranajes prodigiosos, fabricó autómatas que se movían por ellos mismos y creó aparatos que funcionaban con la fuerza del vapor; aquí estudiaron el geógrafo Ptolomeo y el médico Galeno, y aquí escribieron todos estos sabios algunas de sus más notorias obras; y en este lugar nació la ciencia de la alquimia, que sirve para conocer la composición de la materia.

Giorgios, pese a sus años de estudio, no se consideraba un erudito, pero su alma vibró de emoción cuando el director comentó que por aquellos pasillos habían caminado tan eminentes sabios, algunos de cuyos libros había leído mientras fue estudiante en Atenas.

—¿Y la Biblioteca?

—La joya del Museo. Se trata de la mejor dotada y es la mayor del mundo. Desde su fundación, hace ahora seiscientos años, se ha abastecido con libros llegados de todas partes del orbe conocido. En realidad esta es la segunda Biblioteca. La primera ardió hace ya más de trescientos años. Con ella desaparecieron muchos libros únicos, pero Alejandría no se resignó a perder su más preciado tesoro, se puso manos a la obra y construyó una nueva y más grandiosa; aquí está.

El edificio de la Biblioteca apareció frente a ellos.

—Imponente —comentó Giorgios a la vista de la monumental fachada rematada por un frontón con esculturas de dioses y sabios sobre un pórtico de seis enormes columnas talladas cada una de ellas en una sola pieza de granito rosa.

—La llamamos «la Hija», pues aquella primera que se perdió bajo las llamas era «la Madre». Dispone de diez salas de trabajo, cada una de ellas destinada a libros de las diferentes disciplinas del saber, en las que ahora trabajamos más de cien personas. Tenemos unas obras escritas en rollos de

papiro, que llamamos volúmenes, y otras en hojas de pergamino, cortadas y encuadradas en páginas, los tomos.

—¿Cuántos libros se custodian aquí? —preguntó Giorgios.

—Casi trescientos mil, aunque en épocas pasadas se almacenaron todavía más. El primer director fue Calimaco, del que se dice que clasificó medio millón de ejemplares organizándolos por temas y por autores.

» Durante siglos, han llegado a Alejandría obras de todos los rincones del mundo y aquí se han traducido al griego y copiado en volúmenes o en tomos. Conservamos copia de un ejemplar de la primera historia del mundo, escrita por un sacerdote de Babilonia llamado Beroso, quien concluyó que transcurrió casi medio millón de años entre la creación del mundo y el diluvio que lo destruyó, según se cuenta en los viejos textos babilonios y judíos, y de la crónica de Manetón, que aclaró la historia de Egipto al clasificar a los faraones por dinastías.

—Dices que ha habido incendios...

—Sí, varios, y algunos fueron devastadores. El peor fue el que destruyó a la Madre. Ocurrió tras una batalla frente a la costa de Alejandría en la guerra civil que Julio César libró contra Marco Antonio y Cleopatra. Las flotas egipcia y romana se enfrentaron en las aguas del puerto y se cruzaron proyectiles incendiarios, algunos de los cuales alcanzaron la ciudad. Los barrios más próximos al puerto comenzaron a arder y la Biblioteca no se salvó de las llamas. Buena parte del saber y de la riqueza intelectual atesorada en ella durante tres siglos se quemó y desapareció. Sólo se pudieron recuperar unos pocos miles de ejemplares, pero buena parte de los fondos atesorados durante trescientos años ardió y quedó convertida en cenizas.

—Sería una pérdida terrible —comentó Giorgios.

—Algo irreparable para la sabiduría del mundo. Aquí se guardaban copias de las ciento veintitrés tragedias que escribió Sófocles, el autor más premiado en los concursos teatrales de Atenas, de las que ahora sólo conocemos siete; aquí estaban las obras completas de Eurípides, Esquilo, Aristarco, Arquímedes o Herón. En la Madre se custodiaba una copia de las ciento cincuenta y dos obras que escribió Aristóteles, que ocupaban casi medio millón de líneas, unos cinco millones de palabras, sobre ética, definiciones, física, anatomía, poética, categorías... Todas esas obras desaparecieron en el incendio. Desde entonces intentamos recuperar lo perdido y recomponer aquella biblioteca irrepetible, pero no hemos podido rehacer todavía la serie de las obras completas de Aristóteles, ni los cincuenta y seis *Diálogos* de Platón, ni conseguir un ejemplar de *La esfera y el movimiento*, la gran obra de Autólico de Pitano, ni *Los elementos* de Hipócrates de Quíos, ni tantas otras obras de las que sólo nos queda el recuerdo de su nombre y la escueta noticia de su contenido.

» La Madre pereció entre las llamas, pero renacimos de nuestras propias cenizas y fundamos una nueva biblioteca, la Hija. Tras la derrota en la batalla

que provocó el incendio, Cleopatra se refugió en la ciudad de Tarso junto a su amado Marco Antonio; este, para paliar el desastre provocado por el incendio, regaló a Alejandría los doscientos mil volúmenes que contenía la gran biblioteca del rey Atalo, en la ciudad de Pérgamo, y a partir de ese legado surgió esta nueva biblioteca de Alejandría, ahora dotada de depósitos subterráneos y de calefacción por tuberías para mantener los libros secos y en buen estado.

Aquel hombre hablaba con un orgullo extraordinario de su biblioteca.

—Tu trabajo es apasionante —dijo Giorgios.

—No soy sino el humilde heredero de una saga de directores que ha convertido esta biblioteca en el mayor centro del saber humano, como Calimaco, el primer director que puso en marcha la biblioteca por iniciativa de Demetrio de Falero, el verdadero impulsor; ¿sabíais que Demetrio fue alumno de Aristóteles en Atenas? También dirigieron este centro Zenodoto de Efeso, Apolonio de Rodas, Aristófanes de Bizancio y el gran Aristarco de Samos, probablemente el hombre más sabio que jamás haya existido y el que mejor ha comprendido cómo se mueven los cuerpos celestes en el firmamento. Yo sólo intento imitar su trabajo y continuar atesorando nuevas obras.

—¿Y de qué tratan todos estos libros? —preguntó de pronto Kitot; el gladiador armenio estaba anonadado ante tantos legajos.

—¡Ah!, Tenemos volúmenes concernientes a todas las disciplinas del saber. Nuestra intención, siguiendo la voluntad de los primeros directores, es disponer al menos de un ejemplar de cada uno de los libros que se han escrito en el mundo. Hay verdaderas joyas en todas las disciplinas: disponemos de una copia de todas las obras conservadas de los grandes autores griegos como Homero, Sófocles y Eurípides, libros de botánica y de geografía y astronomía, seis ejemplares, todos ilustrados, del *Almagesto*, el famoso tratado de las estrellas de Ptolomeo, por ejemplo. Pero yo soy matemático, ya sabéis que el gran Platón dijo que las matemáticas tienen la finalidad de conducir al espíritu a la contemplación de las esencias inteligibles. Por eso mi obra favorita es el libro de *Los elementos* de Euclides, en trece volúmenes, con sus ciento treinta definiciones geométricas, a la que se considera la cumbre del conocimiento de las formas geométricas y de sus interrelaciones. También disponemos de un ejemplar ilustrado con preciosos dibujos de sus *Teoremas*, *Hoper edei deixai...* —dijo en griego el director, añadiendo luego en latín—: *Quod erat demonstrandum*.

—¿Cómo? —se sorprendió Kitot.

—Esa es la frase con la que finaliza el insigne Euclides el planteamiento de cada uno de sus famosos teoremas: «Que es lo que se quería demostrar». Ha quedado como una especie de consigna, de manera que cada científico que demuestra un teorema o una hipótesis suele añadir esa frase como colofón a su discurso.

—Entiendo —mintió el armenio, procurando no parecer un ignorante.

—Observad este mapa; es el más preciso de cuantos se han dibujado hasta ahora.

El director desplegó un rollo de pergamino de más de diez pies de largo sobre una mesa de mármol blanco.

—Vaya, aquí está todo el mundo —comentó Antioco; a la vista del mapa se despertó su interés como comerciante.

—Se trata del mapa trazado por Eratóstenes, uno de los mayores sabios que jamás han existido. Es mucho más preciso que el de Ptolomeo. Este es el original que mandó dibujar a partir de sus descubrimientos e investigaciones geográficas. Mirad, ahí, en el extremo occidental de la Tierra, están señaladas las islas de donde se extrae el estaño, las Casitérides, la brumosa Britania y la misteriosa isla ventosa de los celtas, y más al norte las islas del hielo, a las que viajaron los comerciantes fenicios y donde hace tiempo que no arriba ningún hombre civilizado. Y aquí, en el este, están China, el país de la seda y de la porcelana, la India, el fabuloso reino hasta cuyos límites llegó el gran Alejandro, y las cálidas islas del océano del sur, donde dicen que viven hombres con un solo y enorme pie que utilizan a modo de parasol con el que se procuran sombra a todo el cuerpo, tumbados sobre sus espaldas, porque en esa latitud el calor es tan elevado y el sol brilla con tal intensidad que a mediodía no se pueden soportar sus rayos.

—No he viajado hasta la India, pero he estado en los confines de Mesopotamia, en las costas del golfo de Persia, y te aseguro que allí nadie cree esas tonterías. Y los mercaderes que vienen a Palmira, algunos procedentes desde las lejanas India y China, jamás han visto a ninguno de esos seres, ni siquiera a los pigmeos que dicen que habitan en la India. Ese tal Eratóstenes sería un sabio, pero se inventó demasiadas cosas —comentó Antioco.

—Venid. —El director se dirigió a una estantería y tomó un rollo—. Este libro os sorprenderá. Se trata del famoso tratado de Eratóstenes sobre la esfericidad de la Tierra. Hace quinientos años, este sabio demostró con sus cálculos que la Tierra es una esfera.

—Sí, sí, ya he oído en algunas ocasiones esa patraña: ¡la Tierra redonda como una manzana! He recorrido medio mundo conocido, desde el Danubio hasta Mesopotamia, y os aseguro que la Tierra es plana. Si fuera redonda, resbalaríamos y caeríamos hacia abajo, y el agua del mar no se sostendría... Si fuera redonda..., ¿cómo explicas que no ocurra eso, eh?, ¿cómo? —Kitot hablaba con cierta excitación.

—No conocemos todavía las causas de ese efecto, pero hay físicos que creen que la Tierra ejerce una atracción sobre toda materia hacia su centro, como la magnetita sobre el hierro, y que por eso caen los objetos al suelo y no salen volando.

—¿Y en ese caso, por qué no se precipitan sobre nuestras cabezas el Sol, la Luna y las estrellas?

—Anaxágoras de Clazomenas escribió un tratado en el que demostraba que las estrellas no se caían del cielo debido precisamente a la fuerza de la rotación de la Tierra. Esa fuerza es fácil de demostrar. Coge un jarro de cerámica, llénalo de agua y voltéalo sobre tu cabeza dando rápidas vueltas; aunque la boca del jarro quede bocabajo en cada uno de los giros, no se derramará una sola gota de agua. Eso se debe a la fuerza de la rotación.

—Sólo soy... —Kitot estuvo a punto de decir un soldado, pero rectificó a tiempo— un mercader, pero no creo que mis ojos me engañen, y ellos ven la Tierra plana. Y si los objetos caen al suelo, lo hacen por su propio peso, como es obvio.

—Tú mismo puedes comprobar la redondez de la Tierra, amigo. Desde lo alto del Faro puede verse la línea curva del horizonte, o del mar en este caso.

—¿Cómo? —se extrañó Kitot.

—Se trata de un experimento muy simple. Cuando un barco sale del puerto, y mientras se aleja mar adentro durante las primeras millas de navegación, se ve el navío entero: las velas, los mástiles y el casco, pero llega un momento en el que este parece sumergirse en las aguas, y conforme se aleja se hunde más y más hasta que sólo se observa el remate superior del mástil.

—Eso se debe a que vemos mejor lo que está más alto. —Kitot sonrió como si hubiera realizado un gran descubrimiento científico.

—A veces sólo vemos lo que queremos ver y no miramos más allá de lo que nos parece evidente.

—Tienes razón en ese asunto de la Tierra redonda, pero en el comercio no caben ese tipo de... especulaciones. Bien, ¿a quién podemos encargar copia de los libros? Pagaremos bien su trabajo —intervino Giorgios.

—¿Qué libros desea? —le preguntó el director.

—Es un filósofo. Quiere copia de los libros de los grandes sabios de Grecia: Platón, Aristóteles... mis paisanos, y los de algunos poetas. Aquí tengo la lista.

—¡Vaya!, ¿tú eres griego? Lo imaginaba, tu aspecto no es oriental.

—Somos bastantes los mercaderes griegos establecidos en Palmira.

—Yo también soy de origen griego. Aquí, en Alejandría, la mayoría lo somos. Y si te confieso un secreto, Alejandría tendrá la mayor biblioteca del mundo, pero los mejores libros los hemos escrito los griegos. Vayamos a la sección de filosofía.

—¿Y los copistas?

—Disponemos de varios de los mejores, y muy rápidos, en nuestros talleres. No te preocupes, tu amigo el filósofo tendrá sus copias en papiro de primera calidad y con una caligrafía excelente.

Anofles había citado a los legados palmirenos y a Firmo en sus apartamentos

del templo del Serapeion a mediodía. En los meses del verano en Alejandría hacía un calor húmedo y sofocante que apenas se mitigaba entre las gruesas paredes del templo.

—¿Ya tienes una respuesta?—le preguntó directamente Giorgios.

—Sí. Pero antes decidme, ¿cómo es Zenobia?—demandó el sumo sacerdote.

—La reina de Palmira es una mujer de gran coraje y mucha energía, y de extraordinaria belleza. Tiene la voz clara y se expresa con rotundidad. Ha sido educada en los saberes más profundos por el filósofo Longino; ha estudiado historia y filosofía, y ha leído obras de Homero, Platón y Aristóteles. Habla perfectamente arameo, palmireno, árabe, griego y latín y, por supuesto, domina el egipcio, que aprendió de boca de su madre, nativa de este país como ya sabes.

Giorgios exageró en lo del latín, pues Zenobia, aunque lo entendía, no dominaba la lengua latina con la fluidez de las demás.

—¿Y en cuanto a su carácter? Me refiero a su capacidad para gobernar...

—Cuando es necesario demuestra la dureza y la frialdad que se requiere de un gobernante que ejerce plena autoridad, pero es indulgente y clemente como el más amable de los príncipes si eso es lo que conviene en un determinado momento. Administra el erario público con prudencia y no realiza gastos superfluos con los que pueda arrastrar al Estado a la ruina. De hecho, las arcas del tesoro de Palmira están repletas.

—Eso no suele ser habitual entre las mujeres; algunas serían capaces de dilapidar el tesoro de Alejandría en una sola mañana en el mercado —comentó jocosamente Firmo.

—Zenobia se preocupa de cada detalle; no conozco a nadie que sepa utilizar el dinero con su discreción y acierto.

—¿Es una mujer piadosa?, ¿reza a los dioses?—demandó Anofles.

—Es tolerante con todos los cultos, incluso con los cristianos y los judíos, a los que recrimina su radicalismo pero a los que permite rezar a su dios único y a los que protege. Cumple devotamente con todos los dioses y ofrece generosos donativos a sus sacerdotes, y siempre consulta a los oráculos de los templos antes de tomar una decisión trascendente. No te preocupes por eso, Zenobia respetará la religión de Egipto, venerará a sus dioses y protegerá a sus templos y a sus sacerdotes.

Giorgios ocultó que, en realidad, Zenobia era partidaria de la creencia en un solo dios representando por el Sol, al que rendía culto en privado.

—Una mujer extraordinaria, según parece.

—Deberías visitar Palmira y comprobar por ti mismo lo que ha erigido en esa ciudad. La está embelleciendo con nuevos edificios y excelentes obras de arte.

—¿Y en cuanto al mando del ejército?

—En el campo de batalla se comporta como un soldado más. Yo la he visto

caminar bajo el sol al lado de sus hombres tres o cuatro millas a buen paso, comer y beber con ellos. Sabe montar como el más experto de los jinetes, se ha ejercitado en la caza y en el combate y maneja el arco como el más preciso de los arqueros palmirenos, que, como conoces, son los mejores de Oriente.

—Por lo que cuentas, esa mujer es equiparable al más preparado de los príncipes.

—Así es. Dudo que antes haya existido alguien con su capacidad y preparación para dirigir un imperio.

Antioco Aquiles, que se había mantenido callado, ratificó todas las palabras de Giorgios sobre Zenobia, y percibió que el general estaba prendado de la señora de las palmeras.

—Bien, ya sabes cómo es nuestra reina y cuáles son sus derechos y capacidades para convertirse en la soberana de Egipto. ¿Apoyas ahora nuestra propuesta? —preguntó al sumo sacerdote.

—Durante estos días he conversado con algunos magistrados de la ciudad y con sacerdotes de otros templos, y la mayoría está de acuerdo en que Egipto no puede seguir por este camino, sojuzgado a una voluntad foránea, diluido en el Imperio y saqueado nuestro trigo y nuestro oro para alimentar a la ociosa y parásita plebe de Roma. Sí, os ayudaremos a acabar con el dominio romano sobre Egipto, pero hay dos condiciones que Zenobia deberá respetar.

—¿Cuáles?

—Zenobia será coronada en Alejandría como reina de Egipto y gobernará el país del Nilo en esa calidad y con ese título, y no como reina de Palmira o emperatriz de Oriente. Egipto no quiere volver a estar sometido a ningún poder extranjero.

—De acuerdo. ¿Y la segunda?

—Se mantendrán todos los privilegios y propiedades de los templos y de sus sacerdotes.

—Bueno, esos son detalles que podemos aceptar.

—Y el futuro ejército de Egipto estará integrado por egipcios y dirigido por un general egipcio.

—Esa es una tercera condición —indicó Giorgios.

—Pero es imprescindible. El pueblo de Egipto tiene que ver a uno de los suyos al frente del ejército que derrote y expulse a los romanos y que restaure su independencia nacional —asentó el sacerdote.

—E imagino que ya tienes pensado quién será ese general.

—Por supuesto. Se llama Timagenes, nuestro soldado más heroico. Odia a los romanos y quiere que se marchen de Egipto cuanto antes. Es centurión de una de las cohortes legionarias auxiliares con guarnición en Alejandría, pero dispone de sus propios soldados egipcios.

—¿Es de fiar? —preguntó Antioco.

—Sí. Es fiel a Egipto y a sus dioses y, además, lo seguirán todos los hombres bajo su mando.

—En ese caso preparemos un plan conjunto.

En los días siguientes Giorgios, Antioco y Anofles, siempre acompañados por Firmo, se reunieron con potentados de Alejandría y fueron perfilando cómo controlar Egipto. Algunas de las reuniones tuvieron lugar en un palco privado del hipódromo, aprovechando la celebración de algunas carreras de caballos, donde Firmo solía invertir en apuestas, casi siempre amañadas por sus agentes, en las que conseguía extraordinarios beneficios.

El propio Timagenes, cuya ambición era manifiesta, acudió en secreto a la mayoría de aquellas reuniones y juró a los palmirenos que sería leal a Zenobia y que arrastraría con él a la inmensa mayoría de los auxiliares e incluso a muchos legionarios romanos que tenían mujeres e hijos egipcios.

Espías de los sacerdotes de Apis fueron recabando información sobre los apoyos que tendría Zenobia, sobre la cuantía de las fuerzas romanas acantonadas en Egipto y sobre cómo se llevaría a cabo el plan de ocupación del valle del Nilo por parte del ejército palmireno y del nuevo ejército egipcio que dirigiría Timagenes. Para el control de todo Egipto Roma sólo disponía de una legión, la II Trajana, cuyas cohortes estaban desperdigadas en varios acuartelamientos por Alejandría, Menfis, Tebas y otras ciudades menores; ante semejante dispersión, neutralizarlas sería tarea fácil.

Entre tanto se organizaba el plan de ocupación de Egipto, Kitot se dedicó a recorrer algunos de los afamados burdeles de Alejandría, de los que se decía que eran los mejores del mundo. El gigante armenio pudo comprobarlo personalmente. En aquellos elegantes prostíbulos se mezclaba el refinamiento de las artes amatorias orientales con la espontaneidad de los de occidente. En un ambiente embriagador, aromado de perfumes y esencias intensísimas, las hetairas de los lupanares alejandrinos, entre las que había mujeres procedentes de medio mundo, se afanaban en proporcionar los mayores placeres a sus clientes.

Kitot tuvo algunos problemas con ciertas prostitutas que, al comprobar el extraordinario tamaño de su miembro viril, acorde con el volumen prodigioso de su corpachón, se negaron a copular con el armenio. En cambio, otras se volvían locas de contento al ver la magnitud de semejante pene y se mostraron encantadas por ser cabalgadas por aquel poderoso semental, dotado de un falo de proporciones nunca vistas, digno de ser calzado por el mismísimo Priapo.

Tras numerosas conversaciones, se acordó que el ejército palmireno desembarcaría en Alejandría diez días después del solsticio de verano del año siguiente. Mediante mensajeros camuflados como mercaderes y portando mensajes previamente cifrados, se establecerían contactos periódicos entre Alejandría y Palmira para mantenerse mutuamente informados de los

preparativos del plan. Si todo se desarrollaba conforme a lo previsto, un año más tarde Egipto se convertiría en un reino libre e independiente, Zenobia sería su nueva reina, Anofles su gobernador general y virrey, y Timagenes el general en jefe del nuevo ejército.

Mediado el otoño, antes de que los rigores del invierno empeoraran las condiciones de navegación por el Mediterráneo oriental, Antioco Aquiles, Giorgios, Aquileo y Kitot regresaron en un barco mercante de Tiro al puerto sirio de Trípolis, y pocos días después llegaron a Palmira cargados de buenas noticias y con dos docenas de libros de filosofía para Longino y un anillo con un enorme brillante engastado, regalo personal de Firmo para Zenobia. El rostro más feliz, pero a la vez el que mostraba señales de una cierta añoranza por haber dejado atrás Alejandría, era el del gigante Kitot.

Capítulo XXIII

*Palmira, finales de 268;
1021 de la fundación de Roma*

Cayo Longino estaba feliz. En sus manos sostenía un rollo que contenía una copia del *Fedón*, un tratado de filosofía de Platón traducido del griego al latín con apostillas y comentarios por Lucio Apuleyo, una obra que había perseguido durante mucho tiempo y que al fin tenía ante sus ojos. Era uno de los libros que Giorgios le había traído de Alejandría.

El consejero principal de Zenobia, a la que seguía enseñando filosofía y recomendando lecturas, sonreía a la vez que acariciaba, como si se tratara de la piel de una hermosa mujer, el excelente papiro sobre el que se había realizado esa copia.

Encima de la mesa tenía otra copia del *Hortensio* de Marco Tulio Cicerón, escrita a imitación del *Protréptico* de Aristóteles.

—Egipto será nuestro —dijo orgullosa Zenobia, que entró en la sala donde Longino estaba ordenando las obras recién traídas de Alejandría por Giorgios.

—Te lo dije, mi señora, los egipcios están ansiosos esperando la llegada de una reina que les recuerde a su añorada Cleopatra.

—Sí, tu estratagema ha funcionado. Reconozco que muy pocos de mis consejeros creyeron en tus previsiones. Algunos me dijeron que estabas loco y que nadie creería esa historia. ¡Cleopatra reencarnada en una mujer de Palmira! Parecía algo absurdo, pero tuviste razón: Egipto necesita una reina. —Zenobia jugueteaba en su dedo corazón con el anillo de brillante regalo de Firmo.

—Y ya la tienen, mi señora. Ya eres la reina de todo Oriente y puedes serlo de todo el mundo. Los sirios acatan tu autoridad y están orgullosos de ti, y los egipcios te aceptan como Cleopatra revivida y anhelan tenerte entre ellos. Muy pronto los griegos venerarán tu belleza y te verán como a Afrodita encarnada en una mujer real; los anatolios y los armenios te considerarán como la divinidad del fuego a la que adoran; y los africanos verán en ti a la sucesora de la reina Dido, la que enamoró a los marineros griegos y fenicios y erigió un reino

próspero en Cartago. Serás la reina de todos ellos.

—Quedan los romanos, Longino. Ellos jamás reconocerán el poder de Palmira.

—Los romanos tendrán que conformarse con gobernar Occidente, donde se habla latín y las gentes son más rudas e incultas. El viejo Imperio romano se ha partido en dos. Occidente se aboca a la ruina por la decadencia de muchas de sus ciudades, el avance de las grandes propiedades latifundistas, la regresión del comercio y el abandono de la educación y la sabiduría. En ese extremo del mundo ya no hay lugar ni para la filosofía ni para la inteligencia. Oriente es distinto. Aquí siguen floreciendo las ciudades, el comercio y las escuelas; los filósofos y los sabios son reconocidos y las gentes aprecian el valor de los libros y de la ciencia. Este debe ser tu imperio, mi señora. Deja que Roma se ocupe de liberarse de sus viejos fantasmas y de los lémures que la aterran, si es que se siente capaz de hacerlo, y tú gobierna sobre las tierras de Oriente y construye un nuevo reino basado en los pilares del antiguo, pero haz que rejuvenezcan estas tierras sin que se pierdan los valores que nos enseñaron nuestros sabios maestros.

—Has hablado como un filósofo, pero ahora requiero tu opinión como mi consejero político.

—Intenta sellar la paz con Roma y con Persia. Ofréceles a ambos imperios un tratado de amistad. Diles a Claudio y a Sapor que Palmira desea construir un mundo en el que sea posible vivir en paz sin matarnos permanentemente los unos a los otros...

—Sigues hablando como un filósofo.

—No puedo dejar de serlo, mi señora.

Zabdas y Giorgios estaban organizando la gran expedición militar para la conquista de Egipto en el cuartel general del ejército de Palmira. Ambos tenían la experiencia suficiente como para conducir esa empresa al éxito, pues ya lo habían hecho en ocasiones anteriores, cuando derrotaron a las tropas de Sapor. Si habían podido vencer al Imperio de los persas, no sería complicado imponerse sobre unas desmoralizadas tropas romanas y sobre unos pocos miles de despistados guerreros egipcios, que además no dudarían en pasarse al lado del vencedor enseguida.

—La ciudad de Alejandría carece de defensas efectivas. Sus murallas quizá fueron poderosas antaño, pero ahora están abandonadas y arrumbadas en numerosos tramos. Sus calles son anchas y se cruzan en ángulo recto. Se divide en cinco barrios, con el nombre de las cinco primeras letras griegas: alfa, beta, gamma, delta y épsilon. Aquí —Giorgios señaló un punto sobre un plano en el cruce de dos grandes avenidas— se ubica un monumento similar al *tetrapylon* de Palmira.

» Los dos puertos son fácilmente accesibles y en este tiempo carecen de defensas efectivas. Dentro del Eunostos, el puerto occidental, hay un pequeño recinto amurallado al que llaman Kibotos que se comunica con el lago interior, el Mareotis, a través de un canal que atraviesa el extremo occidental de la ciudad. Aquí, a orillas del Gran Puerto, el oriental, se levanta una fortaleza muy antigua que se encuentra en deficiente estado...

Zenobia los interrumpió de improvviso, justo cuando Giorgios explicaba al general Zabdas el estado de las murallas y de las defensas de Alejandría.

—Buenas tardes.

Los dos generales se levantaron ante la presencia de su soberana.

—Perdona este desorden, pero no nos han informado de tu visita; castigaré...

—No, no castigues a nadie, Zabdas; me he presentado aquí sin previo aviso. Acabo de hablar con un mercader recién llegado de Ctesifonte; bueno, en realidad se trata de un fiel amigo al que encomendé que entrara en contacto con Sapor para acordar la paz entre nuestras naciones, o una tregua al menos.

—¿Qué ha resuelto Sapor? —demandó ansioso Giorgios.

—Está de acuerdo. Dentro de un mes una delegación del rey de Persia vendrá a Tadmor para cerrar los detalles para la firma de un tratado de paz permanente.

—Una gran noticia, mi señora. Era justo la que necesitábamos para iniciar la conquista de Egipto —se alegró Zabdas.

—No, desde ahora no hables de conquista, sino de liberación, mi apreciado Zabdas. Por cierto, Giorgios, cuando acabes con este trabajo quiero verte en palacio; necesito que me cuentes algunas cosas de Alejandría. Si voy a ser la soberana de Egipto, deberé conocer bien mi nuevo reino.

Zabdas sintió una punzada de celos en su corazón. El gran general había entregado toda su vida al servicio de Palmira y moriría por su ciudad si fuera necesario, pero estaba enamorado de su reina, un amor que, primero como leal subordinado de Odenato y ahora como jefe del ejército palmireno, jamás podría ser correspondido. Zabdas era consciente de ello, pero le dolía el que Zenobia pudiera enamorarse de otro hombre.

—Acabemos con esto —propuso Giorgios, ansioso por terminar el trabajo para acudir corriendo al palacio al encuentro con su reina.

—Eres mi amigo, mi mejor amigo, pero te juro que te mataré con mis propias manos si le causas el menor daño —dijo Zabdas apretando el puño y mirando a los ojos a Giorgios.

—¿A qué te refieres, general?

—A Zenobia, por supuesto.

—Siempre has estado enamorado de ella, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo.

—Yo también la amo; ¿cómo no amarla? Pero te aseguro que antes me

puadriría en lo más profundo del Averno durante toda la eternidad que provocarle el menor daño; de eso puedes estar seguro.

—Espero que sea así. La reina es una mujer joven y beriliosa; hace dos años que murió su esposo y desde entonces no ha vuelto a estar con un hombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te dije que nada se mueve en palacio sin que yo me entere. Tal vez necesite ahora sentir las caricias y los besos de un amante. Si te ha elegido a ti, me resignaré y acataré sus deseos, pero como te burles de ella, te juro...

—Queda tranquilo, general, mi respeto por esa mujer es...

Unos golpes sonaron a la puerta; un criado entró en la estancia con una bandeja en la que humeaba una pierna de gacela del desierto recién horneada. El olor a la carne asada, condimentada con piña, dátiles y uvas pasas y bañada en salsa de miel con pimienta y cardamomo, despertó de pronto el apetito de los dos soldados.

—La cena que habías solicitado, mi señor —anunció el criado.

—Puedes marcharte —le ordenó Zabdas—. Vaya, había olvidado que encargué a mi cocinero que nos trajera el asado en cuanto estuviera listo. Esta gacela la cacé hace unos días; su carne ha estado macerando una semana en aceite de oliva de Chipre y leche de camella aromatizados con hierbas y especias de la India. Estará deliciosa. Vamos, dejemos el trabajo para mañana y cenemos; no podemos permitir que se enfríe un manjar así.

Acabada la cena, Giorgios se dirigió al palacio real. El sol se estaba ocultando en el horizonte y las tiendas de los mercaderes ya estaban cerradas. Por las calles patrullaban los *diogmitai*, miembros de un cuerpo de policía que se había creado en Palmira, a imitación de los que hacía tiempo patrullaban durante las noches en algunas ciudades de Grecia, tras el incidente que a punto estuvo de costarle la vida al general ateniense cuando fue atacado por aquellos dos sicarios a los que supuso contratados por Meonio. Palmira era una ciudad segura, tal vez la más segura de todo Oriente, pero las ricas mercancías que se guardaban en las tiendas estaban mejor protegidas con estas patrullas, cuyo coste era sufragado a medias por las cofradías de mercaderes y por el erario de la ciudad.

Al llegar ante la puerta de palacio, el oficial de guardia saludó al general de la caballería palmirena y lo acompañó al interior. El ateniense esperó unos momentos en el patio, adonde enseguida salió Yarai, la criada en la que más confiaba Zenobia. Era una joven de diecinueve años, muy hermosa, de amplias caderas y pechos rotundos; su pelo era casi tan negro como el de Zenobia, aunque no tenía su brillo azulado. En su rostro ovalado destacaban unos redondos ojos azules y unos labios carnosos que se pintaba con un rojo muy intenso. Comprada en el mercado de esclavos de Apamea, procedía de la tribu de los

alanos, un pueblo asiático de hermosas mujeres y aguerridos varones. Hacía ya tres años que estaba al servicio de Zenobia y mostraba hacia la reina una absoluta lealtad.

—General, la reina te aguarda; acompáñame, por favor.

Atravesaron el patio y entraron en la zona privada del palacio, donde sólo tenían acceso los familiares de Zenobia, los eunucos y las esclavas de mayor confianza de la reina.

Zenobia estaba erguida entre dos columnas de un precioso pórtico que se abría a un pequeño jardín, sobre una terraza orientada hacia el sur desde la que se podía contemplar el extenso palmeral por el que los romanos habían dado a Tadmor el nombre de Palmira, la ciudad de las palmeras.

—Puedes retirarte, Yaraí. Procura que no nos molesten, el general tiene que informarme de su viaje a Egipto.

—Sí, señora.

Ya los dos solos, Zenobia se acercó hasta Giorgios y le ofreció una copa de oro de las que se habían requisado durante la campaña militar en la que se capturó el pabellón real de Sapor I.

—Vino griego, te gustará.

—Gracias, mi señora.

El ateniense se llevó la copa a los labios y dio un pequeño sorbo; por su boca se deslizó una textura sedosa y en su paladar estalló un aroma dulzón y picante.

—¿Es de tu agrado?

—Una magnífica combinación de aromas y sabores.

—Acompáñame. —Zenobia salió al jardín y Giorgios la siguió arrobado. A sus pies se extendía el caserío de Palmira y al fondo, bañado por la luz violeta de las últimas luces del ocaso, se perfilaba sombrío el denso palmeral—. No creo que exista en el mundo una ciudad más hermosa.

Zenobia se volvió y se topó con el cuerpo del ateniense; sus pechos se rozaron por un momento y Giorgios sintió su aliento dulce y cálido. El general se consumía de ganas de besarla y de tomarla en sus brazos, pero se contuvo. El cabello de la reina olía a algalia y a esencia de narciso y su figura armoniosa, vestida con una ajustada túnica de seda ambarina e iluminada por la luz de los pebeteros encendidos en las esquinas del jardín, relucía como cincelada en oro.

—Egipto se inclinará a tus pies...

Giorgios quiso romper el silencio que se había producido entre ambos, pero Zenobia colocó su mano sobre los labios del ateniense.

—No las conozco todavía, pero ni siquiera Alejandría o Atenas han de ser tan hermosas.

El ateniense tomó la mano de la reina y la apartó delicadamente. Tenía muy cerca a Zenobia, apenas a un palmo de su cuerpo, y sentía aquella sensual fragancia penetrando por su nariz e inundando sus pulmones del aire impregnado

con sus aromas.

Dudó.

No sabía qué pretendía aquella fascinante mujer. Tal vez tuviera razón Zabdas cuando esa misma tarde le había dicho que, tras dos años sin acostarse con un varón, Zenobia habría sentido el impulso de abrazar a uno. O tal vez ella, que jamás había amado a ningún hombre, ni siquiera a su esposo, por el que había sentido un profundo respeto y una gran admiración, necesitaba, ahora sí, alguien a quien amar. O quizá se tratara, simplemente, del capricho de una reina poderosa que estaba a punto de convertirse en la soberana de medio mundo, a la que todos adulaban y reverenciaban.

Eran dos seres semejantes. Ambos habían alcanzado el éxito y la fortuna pero desconocían el amor, la pasión de sentir al otro como algo propio, la sensación de amar y de ser amado hasta más allá de la razón.

Un golpe de brisa agitó las llamas de los pebeteros y enfrió el aire del jardín. En el cielo comenzaban a brillar las primeras estrellas conforme la claridad se iba mitigando en el horizonte.

—La constelación de Orión. —Señaló Giorgios hacia el cielo del sur, donde brillaban las cuatro estrellas luminosas del gran trapecio celeste y las tres hermanas del cinturón, justo sobre la línea que separa la tierra del cielo—. Orión era un hermoso y joven cazador de Beocia, hijo del dios Poseidon y de una mortal, que se enamoró de una bella joven llamada Mérope. Enopión, el padre de la muchacha, le prometió que le entregaría a su hija como esposa si Orión lograba librar a su isla de Quíos de las fieras que la acosaban. Cada noche, tras una dura jornada de caza, Orión le entregaba las pieles de las bestias que había abatido durante el día, hasta que acabó con todas aquellas alimañas. Cuando reclamó a Mérope para hacerla su esposa, Enopión alegó que todavía quedaban algunas escondidas, y se negó a cumplir su parte del trato.

» Desesperado, Orión irrumpió ebrio en las habitaciones de Mérope y la violó. Enopión, para desagrar el honor de su hija, pidió ayuda al dios Dionisio, que además era su padre, y con ayuda de unos sátiros, cuando Orión dormía le arrancó los ojos.

» Un ciego no puede cazar, y Orión rogó perdón a los dioses. Consultó a un oráculo y este le auguró que si viajaba al este y encaraba su rostro hacia el sol en el momento exacto en que se eleva al amanecer sobre el océano, recobraría la vista.

» Así lo hizo. Se subió a una barca y siguió el rumbo que le marcaba un cíclope a golpes de martillo hasta la isla de Lemnos. Allí tenía su fragua Hefaistos, el divino herrero, donde tomó como guía a un aprendiz llamado Cedalión. Con él, Orión atravesó tierras y mares hasta el extremo oriental del océano. Volvió su hermoso rostro sin ojos hacia la salida del sol y la diosa Eos, la Aurora, al contemplarlo, se enamoró del cazador y le pidió a su hermano Helios

que le devolviera la vista.

—¿Y lo consiguió?—preguntó Zenobia.

—Sí. Recuperó sus ojos y la vista, y regresó a Quíos con la intención de vengarse. Buscó a Anopión mas no lo halló. Viajó entonces a Creta y allí se encontró con Artemisa, la diosa cazadora, que le recomendó que olvidara su sed de venganza. Artemisa sabía que Orión había hecho el amor con su hermana Eos, y Apolo, temiendo que Artemisa también cayera seducida, envió contra Orión un escorpión gigante. El joven se enfrentó al escorpión pero el blindaje de aquella alimaña era demasiado poderoso para las armas del cazador y Orión huyó a nado hacia la isla de Délos, donde residía Eos.

» Apolo engañó a Artemisa y le dijo que quien nadaba en el mar era un malvado que escapaba de Creta porque había violado a una de sus sacerdotisas sagradas. Artemisa lanzó su certera flecha y alcanzó la cabeza de Orión. Cuando lo recogió del mar, se dio cuenta de lo que había hecho y suplicó a Asclepio, el dios de la medicina e hijo de Apolo, que lo resucitara. Pero antes de que eso ocurriera, Zeus lanzó su rayo e impidió la resurrección de Orión.

—¿Y cómo es que Orión acabó en el cielo?

—Fue la afligida Artemisa, que también se había enamorado de Orión, quien lo colocó entre las estrellas; ahí exactamente. —Giorgios señaló hacia la constelación del cazador—. Pero Apolo, siempre celoso, también elevó al cielo al escorpión para que persiguiera a Orión por toda la eternidad. Oculto al otro lado del cielo —Giorgios señaló hacia el norte— se encuentra ahora el escorpión gigante; forma la constelación que lleva su nombre. Desde entonces persigue a Orión alrededor de la bóveda celeste, pero jamás lo alcanzará. En verano, a esta misma hora, donde en este momento se encuentra Orión estará el escorpión, con su gran estrella roja Antares latiendo a modo de corazón. Ambos aparecen en el mismo lugar del horizonte nocturno, pero con medio año de diferencia. El escorpión nunca dará alcance a Orión, que tendrá que vagar y girar eternamente alrededor de la bóveda celeste.

—Mérope perdió al que iba a ser su futuro esposo, Eos a su amante y Artemisa a su sueño de amor. Parece que tus dioses no desean que los hombres y las mujeres se amen en la tierra.

—Así es. Y ni siquiera que los hombres amen a las diosas. Artemisa sigue buscando un amante que la complazca, y Eos todavía palidece cada mañana recordando su amor perdido —asentó Giorgios.

—La palidez del alba, el albor de la aurora...

Zenobia alzó los ojos al cielo, sintió el aire fresco del invierno en su rostro y cruzó los brazos sobre el pecho. Instintivamente, Giorgios se quitó su capa y la colocó sobre los hombros de la reina. Ahora sus bocas estaban a un palmo de distancia; la barbilla del general rozaba la frente de Zenobia, que extendió las manos hasta abrazar la cara del ateniense. Muy despacio, el general inclinó la

espalda y ladeó la cabeza hasta que sus labios estuvieron justo a la altura de los de ella y se rozaron.

La sangre palpitaba en las sienes de Giorgios como si por sus venas estuviera cabalgando un escuadrón de catafractas lanzado a pleno galope. Y entonces dejó caer la capa al suelo, la abrazó por la cintura y la besó con toda la ternura de que fue capaz.

Los labios de aquella mujer sabían a delicadeza y eran tan suaves y dulces como había imaginado. La saliva de Zenobia le recordó el vino rojo especiado, pero enseguida le sobrevino su aliento cálido, perfumado con las hierbas más delicadas.

Volvieron a besarse, ahora con besos más prolongados y profundos, y las ávidas manos del ateniense recorrieron la espalda y las caderas de Zenobia sobre el suave tejido de seda ambarina.

—Sólo les pido a los dioses que esto no sea un sueño —musitó Giorgios.

Zenobia apoyó la cabeza en el pecho poderoso del soldado.

—En otra situación, en otro lugar y en otro tiempo tal vez hubiera podido amarte, pero soy la reina de Palmira, la madre del futuro emperador de todo Oriente, y a ello me debo. El dios Sol, el único en el que creo, ha trazado mi destino y lo ha ligado para siempre al de Palmira. Dentro de unos días cumpliré veinticuatro años, pero siento como si mis ojos hubieran visto transcurrir ante ellos medio centenar de inviernos.

—¿Estás cansada? —Giorgios la mantenía abrazada mientras le acariciaba el pelo y la besaba en la frente.

—No tengo derecho a la fatiga, soy la reina de Palmira, pero a veces siento que mis hombros sostienen una carga demasiado pesada.

—Yo te ayudaré a soportarla, la cargaré por ti.

—Tal vez nuestras vidas se hayan cruzado en un tiempo que no nos corresponde. No puedo compartir con nadie mis tareas.

—¿Por qué me has llamado?

—Necesitaba alguien con quien hablar, tal vez un hombre a quien poder besar; o simplemente sentirme protegida entre tus brazos.

—Sabes que estoy enamorado de ti desde el primer momento en que te vieron mis ojos.

—Me di cuenta porque tus miradas, aunque furtivas, eran demasiado evidentes. Hasta Zabdas se ha apercibido.

—Él también te ama.

—Lo sé; siempre lo he sabido, pero Zabdas es consciente de que para mí es, y siempre será, casi como un padre.

—¿Y yo? Sé que nunca serás mía, pero dime al menos que ocupó un lugar en tu corazón.

Zenobia se alzó de puntillas y besó de nuevo los labios ardientes de Giorgios,

cuyas manos se dirigieron ahora al pecho de la reina. Sintió entre sus dedos la dureza de los senos y notó los pezones erizados bajo la seda. Los acarició sin dejar de besarla y deslizó una de sus manos hacia su vientre, liso y plano pese a los tres partos, y siguió bajando hasta el pubis.

La señora de las palmeras se estremeció y se abandonó a las caricias del ateniense, que la alzó en vilo entre sus brazos y la condujo hasta un diván repleto de cojines bajo un emparrado del jardín. Ya no sentía el aire fresco del norte sino una tórrida corriente que ardía en su interior y que lo empujaba a poseer a su soberana.

Hicieron el amor sobre los mullidos almohadones. Un gajo de luna apareció por el horizonte y los sorprendió abrazados bajo las estrellas. La constelación de Orión parecía más cercana y sus rutilantes estrellas más brillantes y hermosas que nunca.

Al día siguiente, cuando despertó en su pequeña casa, Giorgios rogó a los dioses que aquella noche no hubiera sido un sueño. Y supo que lo ocurrido en el jardín del palacio había sido real porque en sus manos todavía olía el perfume de aromas de algalia y narcisos de la piel de Zenobia.

Capítulo XXIV

Palmira, principios de 269; 1022 de la fundación de Roma

Los embajadores persas se presentaron en Palmira el día convenido. Habían viajado desde Ctesifonte para aceptar las cláusulas del tratado de paz que Zenobia le había propuesto a Sapor I unos meses antes.

El jefe de la embajada persa se llamaba Arbaces, un riquísimo sátrapa de una lejana provincia en el extremo nororiental del reino sasánida. Era un hombre alto y musculoso, de pelo negro, largo y rizado, empapado en aceites aromáticos, que recogía en una redecilla de hilos de seda dorada. Sus ojos eran muy oscuros y ligeramente rasgados, aunque no tanto como los de los comerciantes que de vez en cuando llegaban a Palmira procedentes de la misteriosa y lejana China. Vestía lujosas túnicas de seda con delicados bordados que representaban figuras de dragones, tigres y leopardos, pero bajo su apariencia elegante y exquisita latía el corazón de un formidable guerrero.

Zenobia había preparado un amistoso y festivo recibimiento, pues necesitaba asentar la paz en las fronteras orientales para dedicar todos sus esfuerzos a someter Egipto y luego intentarlo con Anatolia y Grecia. Palmira era poderosa y rica, pero no tanto como para mantener abiertos dos frentes a la vez contra tan poderosos contrincantes.

Los persas entraron en la gran sala del palacio real y fueron recibidos por Zabdás, Longino y Giorgios. Arbaces saludó al estilo oriental a sus anfitriones y todos juntos aguardaron expectantes la llegada de Zenobia.

Tuvieron que esperar un buen rato, pero mereció la pena. La reina de Palmira apareció escoltada por seis enormes lanceros negros vestidos con faldas cortas y camisolas de seda blanca, a los cuales precedía Kitot, equipado con un peto de plata cincelado con figuras de leones y dos enormes espadas de hoja curva cruzadas sobre la espalda.

La reina vestía su lujosa túnica de seda roja con perlas y piedras preciosas cosidas a la tela dibujando sendas palmeras. Sobre un escote apuntado que dejaba entrever casi la mitad de sus redondeados senos brillaba un enorme collar

de oro y esmeraldas con dos pájaros enfrentados, al estilo persa. Llevaba el cabello suelto, muy brillante, cayéndole por encima de los hombros, y sobre la cabeza destacaba la diadema dorada de hojas de laurel, la que sólo podían utilizar los emperadores de Roma. Sus brazos desnudos estaban adornados con sendos brazaletes de oro en espirales, con varias docenas de rubíes y brillantes engarzados en cada uno de ellos. Sobre el hombro izquierdo, a modo de broche, brillaba la fibula de oro en forma de caracol incrustada de finísimas piezas de lapislázuli.

Asía con su mano la del pequeño Vabalato, vestido de seda púrpura y con una dorada coronita de laurel, como un pequeño emperador, que miraba asombrado con sus redondos ojos negros a todos aquellos tipos que se habían inclinado como un solo hombre cuando entró en la sala con su madre.

Los persas, a pesar de estar acostumbrados a las pompas y fastos de las ceremonias en el palacio imperial de Ctesifonte, se quedaron con la boca abierta cuando vieron aparecer a Zenobia, cuya hermosísima figura irradiaba una asombrosa sensación de majestad. Cualquier otro brillo palidecía ante su presencia.

Arbaces fue el primero en reaccionar. Obnubilado y rendido ante la magnificencia de la señora de Palmira, dio dos pasos al frente, se arrodilló y se tumbó boca abajo en el suelo, con los brazos extendidos hacia adelante, como sólo lo hubiera hecho ante el mismísimo Sapor. De inmediato, el resto de los embajadores persas hizo lo propio imitando el gesto de su jefe.

—Podéis levantaros —les ordenó Zenobia, a la que agradó aquella teatral manera que tenían los persas de reverenciar a sus monarcas.

—Reina de Palmira: su majestad Sapor, rey de reyes y soberano de Persia, te envía sus más afectuosos saludos y sus deseos de prosperidad para ti y tus súbditos —dijo Arbaces.

—Esos deseos son recíprocos.

—Te ruega que aceptes estos presentes como símbolo de su amistad.

El embajador dio una palmada y dos miembros del séquito persa se adelantaron y ofrecieron a Zenobia un collar de enormes eslabones de oro con colgantes de rubíes y esmeraldas y un broche en forma de una gran gota de agua engastado de brillantes y perlas. La reina los recibió encantada, pues cada día era mayor su gusto por las joyas.

—Es nuestra voluntad que Persia y Palmira sellen un tratado de paz permanente en el que nos comprometamos ante nuestros dioses a no atacarnos y a favorecer el tránsito de mercaderes por nuestros territorios.

—Su majestad Sapor anhela esa paz, señora, y quiere que sea así por todo el tiempo. El mago y gran consejero real Kartir Hangirpe, sacerdote del todopoderoso dios Ahura Mazda, ratifica que nuestra gran divinidad está conforme con el acuerdo de paz.

—Palmira también desea esa paz duradera. Mi consejero real, Cayo Longino, te presentará el texto del tratado definitivo cuyos términos ya hemos acordado; en cualquier caso, y antes de que se firme, te pido que le hagas saber a tu rey que Palmira establece por su cuenta una tregua hasta que se certifique el pacto con los sellos reales.

—Así lo haré, y cuenta con que Persia también guardará esa tregua provisional desde ahora mismo, pues ese fue el mandato del rey de reyes.

Tras la entrevista, Zenobia invitó a los persas a un banquete en el palacio. Se sirvieron delicados manjares y se bebieron finos caldos de Chipre y de Siria; Zenobia brindó con los embajadores del rey sasánida en varias ocasiones, apurando siempre la copa. Al final del convite los persas se tambaleaban ebrios de vino pero Zenobia, que había bebido tanto como ellos, permanecía sobria y serena.

Arbaces le comentó a uno de sus ayudantes que no entendía cómo era posible que aquella mujer se mantuviera en pie, firme como una roca, mientras todos los demás se trastabillaban como niños pequeños aprendiendo a dar sus primeros pasos.

—Existe un remedio, un bebedizo, según tengo entendido, para evitar los síntomas de la embriaguez. Se elabora triturando la dionisiada, una piedra semipreciosa de aspecto negro con motas rojas; se mezcla ese polvo con agua y se ingiere. Huele a vino.

—La cabeza me da tantas vueltas que juro por el dios del fuego que procuraré encontrar esa piedra.

Tras el banquete se ofrecieron unos juegos. Como Palmira no disponía de un coliseo, la escena del teatro se cubría con arena y se protegía a los espectadores colocando una reja de hierro sobre la baranda de piedra de la primera fila.

Los persas disfrutaron con las peleas entre animales, sobre todo la que enfrentó a un toro con un joven león. La victoria del toro alegró mucho a los embajadores sasánidas, que vieron en aquel resultado un augurio de la victoria de los persas sobre los romanos, pues el toro era uno de los emblemas de la dinastía gobernante en Ctesifonte.

Después quedaron muy sorprendidos cuando un domador salió a escena con tres leones, dos machos y una hembra, que se colocaron frente a Zenobia y se alzaron sobre sus patas traseras saludándola con sus zarpas. Los persas desconocían que aquellas fieras eran los leones amaestrados capturados en su primera cacería con Odenato.

Un mes y medio más tarde, unos jinetes enviados por Arbaces a Ctesifonte

regresaron a Palmira con una de las dos copias del tratado remitido a la capital sasánida; la traían sellada con el signo real de Sapor I. En el texto del tratado se garantizaba a Palmira la posesión de la Alta Mesopotamia hasta cincuenta millas al norte de Ctesifonte y se garantizaba la seguridad de los mercaderes palmirenos y persas que estuvieran en tránsito por cualquiera de los dos territorios. No se hacía ninguna alusión al Imperio de Roma, pero Palmira y Persia se reconocían como sendos Estados soberanos y se declaraban aliados en caso de ser atacados por un tercero en discordia.

Entre tanto, Zabdas y Giorgios habían intensificado la preparación del ejército y la leva de tropas mercenarias en Siria, en las montañas y mesetas de Anatolia y en Armenia, y habían enrolado a treinta mil hombres, los que se estimaban necesarios para ocupar Egipto con garantía. Comerciantes de la costa del Líbano pondrían a disposición de Palmira barcos mercantes para el transporte de tropas; varias trirremes romanas de guerra fueron requisadas en Tiro y en Sidón.

Con las espaldas a resguardo por el pacto con Sapor, el camino hacia Egipto quedaba ahora franco.

Palmira y Damasco, finales de primavera de 269; 1022 de la fundación de Roma

La mañana era fresca y luminosa. El rosado amanecer había despertado a Palmira de su plácido sueño. La luz ambarina del sol naciente se derramaba como una cascada de haces dorados por las calles de Tadmor, cuyos comerciantes comenzaban a abrir sus tiendas y a desplegar sus productos. En verdad que no existía una ciudad tan rica como aquella en todo el Imperio.

Una caravana acababa de llegar del lejano este. Había atravesado los desiertos de Asia, las montañas siempre nevadas del centro del mundo y sus desfiladeros abismales tajados con afiladas gargantas rocosas por cuyas estrechas sendas apenas podía transitar un camello con su carga. Decenas de rollos de seda de China estaban siendo cortados en los talleres de los artesanos textiles; con ellos se confeccionaban camisas para los soldados. Un comerciante de ojos rasgados y piel marrón, como de pergamino ajado, le había confesado a Giorgios que los soldados del emperador de la lejana China, el enorme país donde se producía la seda, usaban este tipo de tejido bajo sus corazas, pues si las flechas superaban las protecciones de hierro, bronce y cuero de los soldados y sus virotos se clavaban en la carne, podían ser extraídos con mucha más facilidad y con menor daño que si las camisas eran de lino, lana, algodón o cualquier otro tejido.

Giorgios ordenó hacer varias pruebas sobre lomos de ovejas y vacas

destinadas al matadero cubiertas convenientemente con telas de seda. Y, en efecto, una vez clavada la flecha en la carne del animal, era muy fácil extraer la punta de la saeta girando la seda y tirando de ella con suavidad pero con firmeza.

Equipar a los soldados con esas camisas resultaba muy caro, pero merecía la pena, pues todos serían necesarios para poner en marcha el ambicioso plan que les había ordenado Zenobia.

En el comienzo del año nuevo según el cómputo romano, la reina de Palmira había escrito una carta al gobernador de Egipto en Alejandría en la que se presentaba como descendiente de la reina Dido de Cartago y de la reina Cleopatra de Egipto.

La misiva enviada por Zenobia era rotunda: conminaba a las autoridades romanas de la provincia de Egipto a someterse al nuevo reino de Palmira y a su rey Vabalato y, entre tanto este fuera menor de edad, a la propia Zenobia, la regente. En la carta se proclamaba heredera legítima de Cleopatra VII y reclamaba para ella el poder sobre Alejandría, a la que denominaba como « mi ciudad ancestral », y sobre todo el país de Egipto.

Treinta mil hombres, el equivalente a tres legiones romanas con sus correspondientes regimientos auxiliares, estaban listos para partir hacia Egipto; quince mil saldrían desde Palmira y el resto se incorporaría en varios puntos de Siria a lo largo del camino hasta la costa. El entrenamiento a que habían sido sometidos en los meses anteriores los había preparado para la invasión de una de las provincias más ricas y pobladas del Imperio romano y la principal fuente de abastecimiento de trigo para la propia ciudad de Roma.

Zenobia apareció de la mano de su hijo Vabalato en la explanada exterior de la puerta de Damasco sobre un carro de combate que dirigía un auriga gigantesco; era Kitot, el armenio.

Zabdas y Giorgios aguardaban a su reina al frente de las tropas.

—Una mañana perfecta para una batalla —dijo Zenobia.

—Espero que no tengamos que librar ninguna —respondió Zabdas.

—Tal vez no haya más remedio.

—En ese caso combatiremos por tu gloria, mi señora.

—Por la gloria de Tadmor, mi buen Zabdas, por la de Tadmor.

—Con estos hombres pondremos Egipto en tus manos —terció Giorgios.

—Te has convertido en un palmireno más. ¿Ya te has olvidado de Atenas?

—¿Olvidarías tú a Palmira, mi señora? No; sigo recordando su cielo azul recortado sobre el prodigioso perfil del Partenón en lo alto de la Acrópolis; sigo añorando el sabor de sus comidas empapadas en aceite de oliva y albahaca, el pescado frito del Egeo y el ambiente de sus tabernas repletas de filósofos; soy fiel a Palmira y a su reina, pero jamás dejaré de considerarme un hombre de Grecia.

—¿Todo listo, Zabdas?

—El ejército está preparado. Esperamos tu orden para partir hacia Egipto.

—En ese caso, adelante.

Zenobia le ordenó a Kitot que se incorporara al ejército y el gigante descendió del carro, se inclinó ante su reina y se colocó justo detrás de Giorgios. Un ayudante sostenía las riendas de un camello, pues el tamaño del armenio era tan enorme que no había un caballo lo suficientemente alto y fuerte como para soportar su corpachón durante una larga travesía por el desierto.

La reina besó a Vabalato y entregó al niño a Yarai, a la que escoltaban unos emasculados que conducían otro carro, para que regresara con ellos a palacio; tomó las bridas del carro real, tirado por dos caballos negros, y los arreó. Recorrió el frente del ejército saludando con el brazo en alto a los quince mil soldados que la aclamaban aullando como lobos y golpeando con sus lanzas contra los escudos pintados en color rojo, verde y amarillo. La soberana portaba una coraza dorada sobre la túnica de seda púrpura, pero dejaba al descubierto su brazo derecho, en el que lucía un brazalet de oro en forma de caracol. Protegía su cabeza con su famoso casco de plata con dos plumas escarlatas de halcón.

Cuando llegó a la altura de la última de las filas alzó el estandarte rojo de Palmira que portaba en el carro y lo agitó señalando hacia el oeste. Entonces Zabdas dio la orden de hacer sonar las trompetas que indicaban que el ejército palmireno se ponía en marcha. Mil millas al suroeste los esperaba Egipto.

Durante seis días avanzaron en varias columnas hacia el oeste por el camino de Damasco al son de los tambores que marcaban el ritmo de la marcha; atravesaron el desierto sirio hasta que alcanzaron las fértiles tierras de las estribaciones orientales de las montañas del Líbano, regadas por canales construidos durante siglos por los campesinos de la región, que habían convertido una tierra pedregosa y reseca en un rosario de oasis feracísimos.

Zenobia lo hizo llevando ella misma las riendas de su carro de combate. Podía haber realizado el viaje de doscientas millas en una carreta más segura y cómoda, pero ella iba en la expedición como un guerrero más y quería que sus hombres la vieran así.

Acamparon en las afueras de Damasco, a la vista de la mole del monte Casium, a cuyo pie se extendía la ciudad en la que predicara el evangelio cristiano por primera vez el apóstol Pablo de Tarso.

En el interior de la ciudad amurallada, algo desplazado hacia el noroeste del recinto, se alzaba el que antaño fuera gran templo de Bel, similar al de Palmira, en cuyo altar principal se erguía ahora una colosal estatua que los romanos habían erigido en honor a Júpiter, a quien hacía muchos años que se había consagrado el antiguo santuario damasceno.

Giorgios se dirigió a la puerta al frente de un destacamento de soldados. El

gobernador de la ciudad la abrió y, como ya estaba acordado, ofreció su fidelidad a Zenobia y acató la autoridad de Palmira.

—Diez mil soldados están listos; son veteranos sirios de la III Gálica, con sede aquí en Damasco, de la VI Ferrata, con guarniciones en Palestina, de la X Fretenata, la que custodia Jerusalén, y de la III Pártica de Edesa; aguardan unirse al resto del ejército en varios campamentos que hemos habilitado a orillas del río Jordán. Otros cinco mil más esperan en los puertos de Tiro y Sidón, donde están fondeadas las embarcaciones que transportarán las tropas hasta Egipto —le informó.

—La reina Zenobia está contenta con vuestra aportación; te envía sus saludos desde el campamento.

—¿Ha venido hasta aquí? ¿Está con el ejército? —se sorprendió el gobernador.

—No es la primera vez que lo hace; y en esta ocasión con mucho mayor motivo, pues Egipto la reclama como soberana legítima. Y en lo que a esos soldados respecta, creo que la provincia de Siria podría haber contribuido con el doble de efectivos. Sólo Palmira ha convocado a quince mil; Damasco, Edesa, Emesa, Apamea y las ciudades de la costa deberíais haber aportado el doble de esa cantidad —reclamó Giorgios.

—Palmira es rica, general, pero las ciudades de Siria han perdido población. Algunos artesanos las han abandonado y se han instalado en aldeas y villas en el campo. Los precios son demasiado caros y hay muchos que prefieren vivir al servicio de un señor en una hacienda rural y así garantizarse al menos la comida y un lecho donde dormir a cubierto.

» Hace tiempo que apenas se construyen en templos, anfiteatros u otros grandes edificios públicos. Canteros, albañiles, carpinteros y herreros han perdido su trabajo y han emigrado al campo para convertirse en campesinos sometidos al dominio de un terrateniente que les proporcione seguridad y un pedazo de pan. De hombres libres que eran se han convertido en criados, casi esclavos. Conozco a algunos que incluso se han vendido para que sus hijos pudieran comer con lo que les pagaron por su esclavitud.

—Pues entre esos hombres desesperados deberíais haber reclutado a los nuevos soldados; suelen ser los mejores.

—Pero no saben luchar. Hubieran sido carne de matadero en el primer envite. Y además, muchos de ellos han adoptado la religión de los cristianos y se niegan a participar en cualquier guerra. Prefieren morir que luchar; dicen que así imitan el ejemplo del fundador de su secta y que con ello alcanzarán directamente su paraíso prometido.

Giorgios aceptó las explicaciones del gobernador y regresó al campamento para informar a Zenobia.

A lo largo de varios días, el ejército palmireno embarcó en los puertos de Tiro y Sidón en un centenar y medio de barcos decomisados por los gobernadores de

esta región en nombre de la reina Zenobia, a la que mostraron su obediencia los magistrados de cuantas ciudades sirias fueron atravesando hasta llegar a la costa.

Zabdas encabezaba la flota al mando de una trirreme de guerra, un formidable navío de cincuenta pasos de largo y ocho de ancho, con veintidós filas triples de remos. En el centro de la flota iba Zenobia, en la mayor de las naves, la única quintirreme, un gigantesco navío de ciento ochenta pies de longitud; con ella viajaba el mercader Antioco Aquiles, siempre con Aquileo. Y la cerraba Giorgios, al mando de la retaguardia. El tiempo era apacible y soplabla una agradable brisa del este que facilitaba la navegación. El destino era Alejandría, la ciudad de Cleopatra.

Capítulo XXV

Alejandro, principios de verano de 269; 1022 de la fundación de Roma

Desde varias millas mar adentro atisbaron al anochecer el fuego que lucía en lo alto del Faro. Todos los marineros que navegaban por las aguas del Mediterráneo oriental reconocían aquella inconfundible luz. El Faro de Alejandría se alzaba por encima de cualquier otro edificio jamás construido por el hombre, a excepción de las pirámides mayores levantadas por los faraones en la meseta de Giza. El fuego, alimentado con betún y nafta, ardía a una altura de doscientos cuarenta pies y era visible desde muchas millas mar adentro. Su luz guiaba a cuantos barcos navegaban por las costas del delta del Nilo.

La flota de Palmira se aproximó a un par de millas de tierra y se colocó al paio durante la noche. Al alba, Giorgios montó en una barca y se dirigió hacia la quintirreme en la que viajaba Zenobia, a la que también acudió Zabdas. Los dos generales se entrevistaron sobre el castillo de popa con su reina y con Antioco Aquiles, con las luces del amanecer dorando a lo lejos los tejados de Alejandría.

—Ahí está Egipto, mi señora. Si todo marcha conforme a lo pactado y Anofles y Firmo han sabido manejar bien el soborno, los magistrados de Alejandría te entregarán la ciudad y la pondrán bajo tus órdenes. Por todo Egipto se ha difundido la noticia de que Cleopatra VII, encarnada en Zenobia, ha regresado del más allá para ponerse de nuevo al frente de Egipto y liberarlo del dominio de los romanos —dijo Giorgios.

Zabdas se atusó la barba y miró al frente.

—¿Estás seguro de que no se trata de una trampa? ¿Tienes la certeza de que los egipcios nos acogerán de buen grado?

—No todos, pero contamos con el apoyo de los sacerdotes de los templos de Isis y de Serapis, los más influyentes. Y nos favorece el malestar de la población a causa del dominio romano y de la carestía de los precios. En todas las ciudades importantes se han creado grupos de apoyo a Zenobia de Egipto; nos ayudarán a controlar a las guarniciones romanas que se resistan.

—¿Y en caso de que haya que plantear batalla?

—Saldremos victoriosos. En estos momentos sólo hay una legión romana, la II Trajana, desplegada en Egipto; no más de cinco mil soldados dispersos por varias guarniciones, que cuentan con algunas tropas auxiliares egipcias que se pondrán de nuestro lado. Según mis informes, en Alejandría hay destacadas dos cohortes legionarias, poco más de mil hombres, y otras dos en Tebas; el resto de legionarios está desperdigado en pequeños destacamentos por otras ciudades, muy poco rival para nuestras tres legiones, además de otra, al menos, que podremos reclutar con los egipcios dispuestos a combatir por su nueva reina.

—¿Y si reciben ayuda desde otras provincias?

—Con los problemas que en estos momentos tiene Roma, el emperador Claudio sólo podría enviar algunas tropas de las destacadas en el Mar Negro y el Egeo, pero allí están combatiendo contra los bárbaros que inundan sus orillas y que amenazan con caer de nuevo sobre Bizancio y Grecia. En cualquier caso, disponemos de navíos suficientes como para rechazar un ataque de la flota romana de Oriente. Y no parece probable una ayuda desde la provincia de África. La III Augusta está acantonada en Cartago y Timgad; aunque se pusiera en marcha ahora mismo, tardaría más de dos meses en llegar hasta Egipto. Pero ni siquiera podrían desplazar a todos sus efectivos, pues las tribus bereberes del desierto incordian a menudo, de modo que tienen que permanecer muy atentos a sus algaradas y mantener casi todos sus efectivos en la defensa del *limes* del desierto.

—¿No hay ninguna nave de guerra romana protegiendo el puerto de Alejandría?—preguntó Zenobia.

—Las había, pero Teodoro Anofles y Timagenes se han ocupado de ellas. Han sobornado a unos piratas de Licia y Pamfilia para que se dejen ver por la costa de Cirene, al oeste de Egipto. El gobernador Probo ha salido en su persecución con todas sus naves y ha dejado a Alejandría desguarnecida de defensa naval.

—Y por lo que respecta a esos alejandrinos, ¿se entregarán sin más?

—Eso fue lo acordado. Hemos pactado que no se tratará de una rendición a un ejército extranjero, sino de la devolución a Egipto de su soberanía encarnada en Zenobia. Nuestros aliados egipcios saben que estamos aquí. Esta noche emitirán unas señales convenidas desde lo alto del Faro. Eso querrá decir que todo va bien, que han desarmado a las dos cohortes de legionarios, que han tomado el control de la ciudad y que podremos desembarcar en el puerto. Pero, aun con todo ello, tomaremos precauciones. Si te parece, mi señora, yo me adelantaré con dos barcos y un centenar de hombres para evitar sorpresas. Si todo se desarrolla conforme a lo planeado y no existe peligro alguno, haré una señal desde lo alto del Faro para que el resto de la flota tome tierra.

—De acuerdo. Desembarca en esa ciudad y sigue el plan establecido. Y que los dioses de Egipto nos sean propicios.

—Yo iré contigo, Giorgios, si me lo permites, señora —añadió Antioco Aquiles.

—Claro, pero ten cuidado.

El ateniense cogió la mano de la reina y la besó tras clavar la rodilla derecha sobre los tablones de la cubierta de la nave. Al hacerlo sintió en su estómago ese especial cosquilleo que le sobrevenia cada vez que rozaba la piel de aquella mujer a la que una sola vez había amado.

Aquella noche, desde la plataforma situada a la mitad de la altura del Faro, dos linternas emitieron las señales convenidas hacia la flota de Palmira, que se repitieron media docena de veces. Desde la trirreme de Giorgios, colocada ahora en la vanguardia, se respondió a las señales con signos de aprobación emitidos desde un farol.

Al amanecer, dos embarcaciones palmirenas se acercaron hacia el puerto oriental de Alejandría y enfilaron la bocana. Una barca indicaba mediante unas banderolas el lugar del muelle al que debían dirigirse, al lado de donde el malecón de siete estadios tocaba tierra firme, cerca de la Biblioteca.

La nave de Giorgios lanzó las amarras para que varios operarios las ataran en unas enormes argollas de hierro engastadas en la argamasa del pantalán. Allí aguardaba una comitiva de recepción presidida por Teodoro Anofles y por Firmo; a su lado, con la cabeza cubierta con una capucha de fieltro, estaba Timagenes, el centurión egipcio.

—Bienvenidos de nuevo a Alejandría.

El sacerdote del Serapeion besó en las mejillas al comerciante, que correspondió al gesto amistoso del egipcio, y cruzó su mano con la del general.

—Gracias, Anofles. La reina te envía sus saludos y su amistad.

—Y Egipto reconoce a su legítima soberana Septimia Severa Zenobia, la heredera de Cleopatra.

—¿Ha habido resistencia por parte de la guarnición romana? —quiso saber Giorgios.

—Algunos legionarios se negaron a entregar sus armas, pero fueron neutralizados de inmediato por Timagenes y sus hombres. Unos pocos lograron escapar en dos barcas de pescadores; aunque no habrán llegado demasiado lejos —intervino Firmo.

—¿Dónde están los demás?

—En el fondo del Mediterráneo; tuvimos que ejecutarlos. Yo mismo di muerte a su comandante, un tipo llamado Probato, un imbécil que decidió mantenerse leal a Roma hasta el fin —terció Timagenes.

—Eso no le gustará a la reina.

—No pude evitarlo —se limitó a comentar el centurión.

—Nuestros hombres estaban deseosos de vengarse de esos romanos, que se comportaban con una altanería insultante para los alejandrinos. Pero ya no tiene remedio. Acompañadme, quiero que veáis con vuestros propios ojos que todo está conforme acordamos —terció Anofles.

El sacerdote de Serapis, Giorgios, Antioco Aquiles, Firmo y los soldados de la escolta encabezados por Timagenes recorrieron las calles de Alejandría, que parecían en calma. Los mercados estaban surtidos de productos y la gente se movía por la ciudad con absoluta normalidad.

No había rastro alguno de los legionarios romanos y las puertas y los bastiones defensivos de la ciudad estaban ocupados por soldados egipcios afectos a los sacerdotes de Serapis e Isis y por los hombres de Timagenes, algunos de ellos equipados con armamento romano.

—¿Sabes algo de Tebas?

—Su población está con nosotros. Esta misma mañana hemos enviado mensajeros para que anuncien vuestra llegada y hagan correr la noticia de que la sangre de Cleopatra vuelve a reinar en Egipto.

—Bien. En los próximos días desembarcará el resto del ejército. Egipto dejará de ser una provincia de Roma y tendrá su propia reina.

Los legionarios romanos que lograron huir de la masacre en Alejandría en las dos barcas de pescadores consiguieron alcanzar las costas de Creta. Allí embarcaron en una nave que los llevó hasta Atenas.

Tenagino Probo, prefecto romano de las legiones y gobernador de Egipto, había sido un fiel servidor del fallecido Galieno; era un general experimentado, curtido en las batallas y en la política, pero temía que su antigua lealtad a Galieno fuera castigada y estaba obsesionado por ganarse los favores del nuevo emperador Claudio. Había partido de Alejandría con todas las naves de guerra disponibles en persecución de unos piratas, pagados por Anofles con el fin de engañarlo, por las costas de Cirene, destinando a ello todos los navíos de guerra romanos fondeados en Alejandría y algunos otros llegados de las flotas desplegadas en el Egeo y en el Ponto.

En cuanto se enteró de la rebelión de Egipto y de la pérdida de Alejandría por una trirreme enviada desde Atenas que navegó hasta la costa africana en su busca, Probo se percató de su error y envió un mensaje al emperador Claudio, quien le ordenó que regresara inmediatamente a Egipto para restablecer el dominio de Roma.

Claudio II había logrado ganarse el favor del ejército, gracias en buena medida a aquellas veinte piezas de oro que repartió como donativo a cada legionario cuando fue proclamado emperador, y la conformidad del Senado, que aceptó su nombramiento y lo ratificó como augusto ante las promesas de que los

senadores volverían a tener mayor protagonismo y participación en la política imperial. Como contrapartida, el Senado tuvo que votar su propuesta favorable a conceder la apoteosis al difunto Galieno, lo que los senadores acataron de mala gana.

En aquellos días en los que los palmirenos estaban comenzando la ocupación de Egipto, los problemas se le acumulaban al emperador de Roma. Había tenido que rechazar la incursión de una feroz tribu germánica, los alamanes, que habían atravesado el *limes* y penetrado hasta la zona de los grandes lagos del norte de Italia, desde donde amenazaban a las ricas ciudades del valle del Po. Rechazados estos germanos, se había dirigido hacia los Balcanes, donde se encontraba guerreando contra los godos, a los que venció en varias batallas. Esas victorias le otorgaron el honor de recibir del Senado el sobrenombre de Gótico.

Ante la ausencia de la flota romana, el desembarco del ejército de Palmira se produjo de manera ordenada. La mayoría de aquellos hombres estaba acostumbrada a combatir en los desiertos de Siria, en las mesetas de Anatolia o en las campañas de Mesopotamia, y los comandantes de los navíos eran expertos marineros de la costa fenicia, herederos de una secular saga de marinos que hacía siglos ya se habían atrevido a navegar más allá de las columnas de Hércules, hacia las islas del océano donde finalizaba el mundo.

Zenobia, Zabdas, Giorgios y Antioco acaban de celebrar un banquete con Teodoro Anofles, Firmo y Timagenes; allí se acordó que Zenobia recibiría la doble corona de Egipto según la ceremonia tradicional de los antiguos faraones. El general de Palmira receló enseguida del sumo sacerdote del Serapeion, y así se lo confesó a su lugarteniente cuando se quedaron solos.

—Ese tipo no es de fiar —asentó Zabdas.

—Hasta ahora ha cumplido escrupulosamente su palabra, como has podido comprobar. Y ha logrado engañar al gobernador romano con esa ingeniosa treta de los piratas.

—Algo me dice que vendería a su propia madre por un puñado de piezas de oro, tal vez por una sola moneda. Hay algo en sus ojos y en su mirada que me produce desconfianza.

—Sé a lo que te refieres. Anofles es el sumo sacerdote del templo donde se rinde culto al dios Apis, un dios amable que concede el bienestar y sana a los enfermos. En realidad, sus templos son hospitales donde acuden quienes sienten alterada su salud y disponen de dinero suficiente para pagar el tratamiento. Sus sacerdotes son médicos que dominan las artes sanativas ancestrales de la medicina egipcia, cuyos conocimientos se transmiten de generación en generación de sacerdotes, que se encargan de mantenerlas en secreto.

» A causa de ello, los templos de Apis son enormemente ricos y poderosos, pues los que sanan por sus cuidados ofrecen mucho dinero al santuario y, si fallecen, sus deudos hacen lo propio para que puedan disfrutar de buena salud en

la otra vida. Curen o no a sus pacientes, estos sacerdotes siempre obtienen cuantiosos beneficios.

» Pero, además, son muy influyentes. Sus discursos son escuchados con atención, y sus consejos y recomendaciones seguidos por mucha gente, que ve en esta casta sacerdotal a los verdaderos depositarios de la herencia del genuino Egipto. Si queremos dominar este país debemos contar con esos sacerdotes, y te aseguro que Anofles es el más importante de todos ellos.

—De acuerdo, pero ordena que lo mantengan vigilado. Y que tampoco pierdan de vista a Firmo; ese mercader vendería a su propia madre por un puñado de sestercios. Hay que ocupar todo este país antes de que reaccionen los romanos. Imagino que ya sabrán que han perdido Alejandría y que están a punto de perder todo Egipto, de manera que conviene estar preparados para una contraofensiva, si es que se produce...

—Se producirá, general. Yo he servido en las legiones y sé bien que Roma vendrá a reclamar lo que considera suyo. Roma, amigo, siempre vuelve. Lo que no comprendo es por qué Zenobia se ha empeñado en conquistar Egipto y desafiar de este modo a Roma. Si se hubiera limitado a mantener su dominio sobre Palmira y la provincia de Siria, como hizo su esposo Odenato, tal vez los romanos hubieran consentido que las cosas se quedaran así, pero esta campaña militar es un reto que Roma no puede obviar.

—No entiendes nada —dijo Zabdas—. Para que Palmira pueda existir, necesita dominar Egipto. La nuestra es una ciudad de mercaderes; sin el comercio de las caravanas apenas sería un montón de chozas de adobe y de tiendas de paño burdo habitada por un puñado de camelleros andrajosos y una docena de miserables recolectores de dátiles. La riqueza de Palmira depende de que las caravanas atraviesen la ciudad y su territorio, se abastezcan en ella de agua y víveres y dejen allí parte de su riqueza. Si los romanos controlan Egipto, podrían desviar las rutas comerciales que llegan de Oriente por el mar del sur y luego por el mar Rojo. Y si llegaran a un acuerdo con los sasánidas, cosa poco probable pero no imposible, estarían en condiciones de canalizar el tránsito de las mercancías por los ríos Tigris y Eufrates hasta el golfo de Persia, y desde allí navegar alrededor de Arabia hasta las costas de Egipto en el Mar Rojo. Si así ocurriera, Palmira estaría acabada. Por eso necesitamos dominar Egipto; se trata de una cuestión de supervivencia.

—Entonces, los motivos que hemos alegado para poner en marcha toda esta campaña son una gran mentira.

—No. Zenobia es descendiente de Cleopatra y tiene derecho al trono de Egipto, pero los comerciantes de Palmira no la habrían financiado si no supieran que se juegan su futuro en esta campaña y que de ello depende que sus bolsas continúen bien repletas de oro. Las guerras siempre se inician por la misma razón: el dinero.

—En dos semanas partiremos hacia el sur; entre tanto, visitaré la Biblioteca. —Giorgios cambió de tema de conversación—. Longino quedó emocionado con los libros que le llevé y me encomendó que ordenara copiar nuevas obras. Las encargaré a los escribas y dispondré que se las envíen en cuanto estén acabadas.

—En ese caso coméntaselo a la reina; creo que a ella le gustará acompañarte, pues Longino le ha inculcado el amor por la filosofía y por los libros. Yo prefiero ocupar mi tiempo en otros asuntos.

Zabdas sabía que Zenobia y Giorgios habían hecho el amor unos meses atrás en el palacio real de Palmira. Yarai, la criada de confianza de la reina, mantenía puntualmente informado al general de cuanto ocurría en la intimidad de la vida de su señora. Hacía ya mucho tiempo que el veterano Zabdas había renunciado al amor de su soberana, pero velaba por su seguridad y estaba pendiente de cada circunstancia de su entorno.

Envidiaba a Giorgios porque Zenobia lo miraba con ojos distintos a como lo hacía con el resto de los hombres y había estallado en un momentáneo arrebato de cólera cuando Yarai le confirmó que ambos habían pasado una noche en palacio. Pero apreciaba tanto al ateniense que se calmó al reflexionar y concluir que era mejor que Giorgios, un hombre leal, valiente y noble, fuera el amante de su reina en vez de un arribista sin escrúpulos.

El palacio real que construyera Ptolomeo I, el general de Alejandro Magno que sucedió al soberano macedonio como faraón de Egipto, había sido el lugar donde Cleopatra amó a Marco Antonio, tal vez el último representante del verdadero espíritu romano. Ubicado junto al venerado templo de Artemisa, en el lado oriental del Gran Puerto, sobre el promontorio rocoso llamado Lochias, disponía de su pequeño puerto protegido por un poderoso malecón amurallado. Había sido remodelado en varias ocasiones, pero mantenía buena parte de la estructura original helenística que le confiriera su fundador. Zenobia se había instalado en ese palacio, en una de cuyas alas se habían habilitado las oficinas del ejército y de la nueva administración palmirenos.

Tal como se había acordado, en una solemne ceremonia cargada de gran simbolismo Zenobia fue coronada en ese mismo palacio como reina de Egipto, y el sumo sacerdote de Apis, Teodoro Anofles, le entregó la doble corona, reconociendo la vieja tradición de los faraones del Bajo y del Alto Egipto, que ella se colocó con sus propias manos.

Inmediatamente después de su coronación, promulgó un edicto real por el que, ya reina de Egipto, nombraba como gobernador y virrey al sumo sacerdote Anofles, otorgándole poderes administrativos y judiciales y la plena jurisdicción sobre todos los templos de la antigua religión. En el mismo acto, Timagenes fue nombrado general en jefe del ejército egipcio y el mercader Antioco Aquiles miembro del consejo real.

En el banquete que siguió a la ceremonia, celebrado al estilo oriental, se

utilizaron unas copas de oro engarzadas con piedras preciosas cuya fabricación se atribuía a un encargo que la mismísima Cleopatra realizó al mejor taller de orfebrería de Alejandría.

Una amplia balconada se abría hacia el mar anaranjado, sobre cuya superficie ondulada se reflejaban los últimos rayos del tórrido sol del verano. Acabado el banquete, Zenobia le hizo llegar a Giorgios una nota para que acudiera a sus habitaciones en cuanto se marcharan los invitados.

El ateniense, ávido de volver a encontrarse a solas con su amada, así lo hizo. Kitot, a quien la reina había nombrado jefe de su guardia personal, lo guio hasta los aposentos privados del palacio.

El armenio golpeó la puerta con los nudillos de su enorme mano y aguardó. La voz de la señora de las palmeras se oyó al otro lado autorizando el ingreso en su habitación.

—Muerto Odenato, tú eres el único hombre sobre la tierra que goza de este privilegio; respeta a esa mujer o te juro que, aunque seas mi superior y mi amigo, te estrangularé con mis propias manos —le dijo Kitot a Giorgios.

—Nadie desea la felicidad de Zenobia tanto como yo; te lo aseguro.

El armenio dio orden a los eunucos para que abrieran la puerta, entró, se inclinó ante Zenobia y anunció que allí se encontraba el general de caballería Giorgios de Atenas.

—Gracias. Ahora déjanos solos.

El coloso volvió a inclinarse y salió de la estancia.

—En estas copas posaron sus labios Cleopatra y Marco Antonio. ¿Sabes que soñaron con crear un reino en Oriente, con centro en Egipto, sobre el que ambos gobernarían felices y enamorados para deleite y prosperidad de sus súbditos? Pero Octavio Augusto fue más listo, los derrotó en la batalla de Actium y acabó con ese sueño.

Zenobia hablaba de espaldas a Giorgios, apoyada en la balaustrada desde la que se contemplaba el Mediterráneo; enfrente se elevaba el gigantesco Faro y a su derecha se abría la embocadura del Gran Puerto. En su mano, la reina sostenía una copa de oro con rubíes y perlas engastados en las asas y en el reborde del pie.

El ateniense se acercó hasta la mujer, que seguía con la vista puesta en el atardecer sobre el mar dorado, se colocó justo tras ella y la abrazó con delicadeza.

—Creí que me habías olvidado —le susurró al oído.

—No quiero enamorarme de ti; no debo —bisbisó Zenobia mientras depositaba la copa en la repisa.

Luego se volvió muy despacio y se encontró con los labios de Giorgios, que la besaron con ternura.

—Mi reina, mi señora...

Hicieron de nuevo el amor en silencio, sin dejar de acariciarse y de besarse. Cuando Giorgios se derramó en el interior de Zenobia, esta sintió un escalofrío de placer que le atravesó todo el cuerpo, como un rayo de intenso gozo; nunca antes había disfrutado de una sensación semejante. El ateniense lo supo cuando notó cómo se estremecía, cómo jadeaba en su respiración entrecortada, cómo arqueaba su espalda entre aceleradas convulsiones y cómo vibraba cada porción de su cuerpo.

—Aquí mismo vivieron su pasión Cleopatra y Marco Antonio —susurró Zenobia, recostada sobre el pecho de su amante, mientras las manos de Giorgios acariciaban sus pechos desnudos y los dedos jugueteaban con sus pezones erectos.

—Tú estás a la altura de esa reina, mi señora.

—Y tú podrías ser Marco Antonio.

—No poseo las virtudes de ese romano; además, si no recuerdo mal su historia, creo que ambos acabaron suicidándose. Ocurrió aquí, en Alejandría, tal vez en este preciso lugar.

—¿En verdad crees que yo puedo ser la nueva Cleopatra?

—Estoy seguro de que esa reina no fue más hermosa que tú, porque no ha nacido en el mundo nadie que iguale siquiera tu belleza, y tu inteligencia es muy superior a la suya, según reconoce el propio Longino. Además, ella sólo fue reina de Egipto y tú ya lo eres de todo Oriente. Has hecho realidad lo que para ella no fue más que un sueño.

La mano de Giorgios se deslizó por el vientre hasta alcanzar el pubis de Zenobia y comenzó a acariciarle el sexo con las yemas de sus dedos, con movimientos circulares lentos, delicados y cadenciosos, hasta que ella comenzó a jactear y gemir de placer.

Hicieron de nuevo el amor y bebieron vino dulce en las copas de oro, mezclando sus salivas y fundiendo sus cuerpos, vibrantes de placer y ansiosos del otro. Y la noche cubrió Alejandría con su manto oscuro y cálido mientras la luna rielaba sobre el mar en calma y Giorgios se imaginaba gobernando el mundo al lado de aquella prodigiosa mujer a la que veneraba como si se tratara de la mismísima Afrodita descendida del monte Olimpo.

—La comunidad de cristianos de Alejandría te acepta como reina. Es una de las más numerosas de Oriente y su obispo ejerce una gran influencia en toda la ciudad.

—¿Estás seguro? —Zenobia acababa de recibir la noticia de boca de Antioco, quien se había entrevistado con el patriarca de Alejandría.

—Puedes comprobarlo tú misma. El patriarca está esperando a que lo recibas; viene acompañado de una amplia delegación de sacerdotes y monjes

cristianos.

—Por favor, dile que pase... pero él solo; los demás que esperen fuera.

Demetrio, el patriarca alejandrino, era un hombre recio y su aspecto poco refinado semejaba más al de un campesino que al de uno de los principales dirigentes de la Iglesia. Era el jefe de una de las comunidades cristianas más antiguas y numerosas, la primera en constituirse en África. Su cargo resultaba equiparable al de los patriarcas de Antioquía, Jerusalén y Roma.

—Quiero agradecerte que tú y tu comunidad hayáis reconocido mi derecho a gobernar Egipto —le dijo Zenobia antes de que Demetrio pudiera siquiera presentarse.

—Así lo decidió nuestra asamblea, señora.

—¿Cuántos cristianos vivís en esta ciudad?

—Varios miles. —Demetrio no quiso precisar la cantidad exacta—. Tal vez sea esta la comunidad cristiana más numerosa de todo el mundo, no en vano fue fundada por uno de los doce primeros apóstoles, nuestro señor san Marcos evangelista. El primer converso alejandrino fue Aniano, un zapatero que abrazó la fe en Jesucristo y la defendió con su vida, pues fue martirizado y muerto en tiempos del tirano Nerón, el primero de los emperadores romanos que persiguió a los cristianos. Desde entonces, los cristianos de Alejandría tuvieron mucha preocupación a la hora de practicar sus creencias y celebrar sus ritos, para lo cual construyeron catacumbas ocultas a los ojos de las autoridades romanas. Pero la semilla de Aniano floreció y pronto fuimos cientos, y luego miles, y desde Alejandría la fe verdadera se extendió por el Nilo y por toda África.

—Pareces orgulloso de tus antepasados cristianos —supuso Zenobia.

—Lo estoy, señora. Aquí enseñaron la doctrina de Cristo el gran Clemente y su discípulo Orígenes, quienes hace ahora poco más de medio siglo fundaron una escuela de teólogos donde se han formado los más brillantes pastores de nuestra fe, capaces de superar en sabiduría y conocimiento a los de la mismísima Antioquía.

El patriarca alejandrino lucía sobre su pecho una gran cruz de oro con engastes de perlas y rubíes.

—Veo que también exhibes uno de vuestros símbolos sagrados. —Zenobia la señaló.

—La cruz de Cristo, el símbolo de Su pasión y de Su muerte y el emblema de nuestra redención. Sí, es la señal de los cristianos, y fue precisamente aquí, en Alejandría, donde comenzó a utilizarse como nuestro principal icono.

Desde luego, Alejandría era un foco extraordinario de debates teológicos cristianos. Poco después de recibir al patriarca, Zenobia despachó durante un buen rato con dos rabinos representantes de la comunidad judía, que también había acatado su dominio sobre Egipto, los cuales le habían pedido protección especial para todos los hebreos, cuya comunidad se asentaba agrupada en un

barrio en el sector noreste de la ciudad.

La experiencia que tenían los hijos de Israel con los gobernantes romanos no era precisamente agraciada, pues una revuelta de los judíos, hacía ya siglo y medio, fue reprimida por el emperador Trajano de tal modo que a punto estuvo de provocar la desaparición de la comunidad judía de Alejandría; hacía tan sólo dos generaciones que otro emperador, Caracalla, había ordenado liquidarlos a casi todos. Si la población hebrea se había recuperado, se debía a la afluencia de emigrantes judíos procedentes de Siria y de Arabia, que buscaban en esta ciudad una vida mejor.

—Esta es una ciudad habitada por manadas de locos —comentó Zenobia a Antioco tras despedir a los rabinos judíos—: seguidores alunados de Apis y de los demás dioses egipcios que practican incomprensibles ritos ancestrales, devotos impúdicos de Artemisa y de las deidades griegas que copulan entre sí hasta que no pueden más, huraños judíos irredentos henchidos de una soberbia insoportable en espera del Mesías que los libere de un yugo que ellos mismos se imponen, irracionales cristianos de todos los pelajes empeñados en convertir su religión en la única existente, obsesos adoradores del fuego capaces de inmolarse en una hoguera para unirse en las llamas con su dios... ¿Qué religión no tiene aquí su templo? Indios, chinos, romanos, griegos, árabes... ¿Qué pueblo no tiene aquí su barrio? Alejandría, Alejandría... ¿Cómo podré gobernar esta alocada amalgama de orates estrafalarios y de creencias irracionales?

—Como tú sabes hacerlo, Zenobia: con prudencia y sensatez, permitiendo que toda esa caterva de pirados pueda rezar libremente a sus dioses y observar sus costumbres e impidiendo que nadie prohíba hacerlo a los demás, lo que provocaría enfrentamientos sangrientos.

—Sí, Antioco, sí, pero ¿hasta cuándo podré hacerlo? En esta ciudad cada hombre se cree un consumado teólogo, cada creyente se siente capaz de fundar su propia religión y cada sacerdote se considera un rey. ¡Alejandría, Alejandría...!

—Zenobia, mi pequeña, aquí vivieron y enseñaron los insignes gramáticos que determinaron las leyes de la retórica, los eruditos geógrafos que diseñaron los mejores y más precisos mapas del mundo y los científicos, matemáticos y geómetras que plantearon los más complejos teoremas. Alejandría es el centro de la ciencia del mundo, no creo que sea tan difícil lograr que la ciudad que ha acogido a tantos sabios entienda qué es lo que más le conviene.

La buena noticia la trajo Zabdas: en la sagrada ciudad de Tebas, la más venerada de las urbes de Egipto, los sacerdotes de todos los templos de la antigua religión de los dioses tradicionales y la mayoría de la población también habían proclamado a Zenobia como reina de Egipto.

Aquella mañana Zenobia había acudido a la Biblioteca acompañada de Giorgios. El director les estaba mostrando los libros más valiosos de sus depósitos cuando Zabdas los interrumpió:

—Tebas te aclama como reina, mi señora, aunque la guarnición romana allí acantonada se ha parapetado en su fortaleza y no acepta rendirse.

Zenobia sostenía en esos momentos en sus manos el plano del mundo conocido realizado según los cálculos de Eratóstenes y lo comparaba con otro realizado por un discípulo de Ptolomeo, el gran geógrafo griego que calculara las distancias y proporciones de la Tierra y elaborara un famoso tratado sobre las estrellas.

—¿Cuántos son esos romanos?

—Algo más de mil veteranos de la II Legión. Nuestros informadores no están del todo seguros porque se han encastillado en su campamento.

—¿Será suficiente con dos mil hombres para someterlos?

Zabdas miró a Anofles, que lo acompañaba.

—Disponemos de tres mil fieles guerreros egipcios allí, señora —añadió el sumo sacerdote de Apis.

—Pero todavía quedan algunas otras guarniciones romanas en la región que podrían desplazar efectivos a Tebas para socorrer a sus compañeros —supuso Zabdas.

—Ponte al frente de cinco mil y parte de inmediato hacia el sur. Yo iré tras de ti con Giorgios y otros cinco mil. Anofles, tú vendrás con nosotros a Tebas, así comprobarán tus colegas que estás a mi lado. Antioco Aquiles se quedará entre tanto al mando en Alejandría con los veinte mil restantes como reserva por si los romanos deciden contraatacar desde el mar.

La determinación y la capacidad de mando de Zenobia, a pesar de que la había puesto de relieve en tantas ocasiones, volvió a sorprender a Giorgios. Y de nuevo lo maravilló cuando, una vez retirados Zabdas y Anofles, se puso a debatir con el director de la biblioteca sobre los poemas del divino Homero y sobre la explicación de la naturaleza según el punto de vista de Platón o según los comentarios de Aristóteles.

De vuelta a palacio, el ateniense pasó todo el día aguardando impaciente a que se produjera una nueva llamada de Zenobia, invitándolo a pasar con ella aquella noche, y así amarla de nuevo hasta el amanecer; pero la única comunicación que recibió fue una orden de Zabdas indicándole que preparara la caballería pesada para salir de inmediato hacia Tebas.

Las ciudades del norte de Egipto se fueron entregando sin resistencia ante el avance del ejército de Palmira. En cada ciudad los sacerdotes habían arengado previamente a las masas de campesinos y artesanos sobre la conveniencia de acatar la autoridad de Zenobia, la mujer a la que presentaban como una encarnación de la reina Cleopatra, aduciendo que, tras trescientos años de dominio romano, Egipto volvía a ser una tierra libre del yugo extranjero.

Además, se presentaba a Timagenes como el gran general de Egipto, por lo que las tropas palmirenas no parecían un verdadero ejército de ocupación, al estar encabezadas en todos los desfiles por el antiguo centurión egipcio, que había sido nombrado general por Zenobia.

En algunas ciudades, grupos de egipcios aclamaban con entusiasmo la entrada triunfal de su nueva reina y de las tropas palmirenas como si se tratara de un verdadero ejército de liberación. Improvisados retratos de una imaginaria Zenobia, con un tocado sobre su cabeza al modo de los tradicionales soberanos egipcios, pintados sobre láminas de papiro y lienzos de algodón y lino, se desplegaban en las fachadas de los templos y en las esquinas de algunas calles. Cualquiera de aquellas imágenes estereotipadas palidecía ante la belleza de la verdadera Zenobia, a la que muchos consideraban superior en hermosura y valor a la legendaria Cleopatra.

Grupos de gente convenientemente aleccionados vitoreaban a Zenobia, a la que aclamaban como descendiente y heredera legítima de los Ptolomeos, y señalaban sus orígenes egipcios y su gusto por la cultura de ese país. Las multitudes se entusiasmaban y gritaban fervorosas cuando, tocada con la doble corona del Bajo y del Alto Egipto, se dirigía a ellas en el idioma egipcio que aprendiera de su madre y utilizaba expresiones y palabras que eran usadas cotidianamente por la gente más humilde.

La tropa avanzada de cinco mil palmirenos encabezada por Zabdas y Timagenes no encontró resistencia alguna hasta las cercanías de Tebas. Las dos cohortes de la II Legión Trajana acuarteladas en esa ciudad fueron conminadas por Zabdas a rendirse, pero los soldados romanos decidieron plantar cara en el campo de batalla. Convencidos de que refugiados en su endeble campamento sucumbirían ante la acometida de un enemigo muy superior en número y de que no recibirían ayuda en caso de un asedio prolongado, rechazaron la generosa oferta de capitulación que les había ofrecido Zabdas y optaron por luchar y morir como romanos de honor.

Giorgios llegó al campo de batalla al frente de un destacamento de trescientos jinetes acorazados, entre los que se encontraba Kitot, a tiempo para participar en la batalla.

—La reina me ha pedido que me adelantara por si necesitabas ayuda.

—Creo que no, pero gracias de todos modos. Ahí tienes a esos romanos. Han

respondido a mi oferta de capitulación honrosa con una negativa a rendirse y me han desafiado a una batalla en campo abierto. No tienen la menor oportunidad de salvar sus vidas. Creo que están locos —comentó Zabdas.

—Son romanos, no lo olvides.

Frente al campamento legionario de Tebas se encontraba desplegado el cuerpo de ejército que mandaba Zabdas, a cuyo lado siempre se colocaba Timagenes: cuatro mil infantes bien equipados, dos batallones de caballería ligera y un millar de los mejores arqueros de Palmira equipados con cascos de láminas de hierro, guantes y muñequeras de cuero, cota de chapa metálica y espadas corta y larga, además de los magníficos arcos y doble carcaj.

Ante el asombro de Zabdas, que creyó que el anuncio del comandante romano de que iban a combatir en campo abierto se trataba de una bravuconada, las dos cohortes salieron al exterior del campamento y se desplegaron frente a los palmirenos.

—O se trata de una trampa, y no lo parece, o esos hombres han decidido suicidarse —comentó—. Preparados para la batalla; que nadie se mueva de sus posiciones hasta que yo lo mande —ordenó a sus comandantes.

Los legionarios romanos se colocaron formando un solo cuerpo, muy compacto, justo frente al centro del ejército palmireno.

—¡Ya entiendo! Van a componer la tortuga, una tortuga gigantesca con todos los legionarios de las dos cohortes —comentó Giorgios—. Tratarán de confundir a nuestros caballos y de rechazar la carga de nuestra caballería pesada.

—¿Qué propones? —le preguntó Zabdas.

—Los caballos suelen asustarse ante un bloque cerrado, compacto y erizado de lanzas como el que ofrecen las formaciones en tortuga, y se resisten a cargar contra él, y las flechas de los arqueros no son efectivas si todas las posibles fisuras se cierran bien con los escudos. La mejor manera para evitar pérdidas por nuestra parte es intentar deshacer esa formación. Propongo que atacemos con nuestra caballería pesada su flanco derecho, que parece el más débil, y que concentremos nuestras fuerzas en un punto de ese lado. Si con una carga de los catafractas abrimos una brecha en la tortuga, todo será más fácil.

Como había previsto el ateniense, los romanos armaron enseguida la formación en testudo. Aquella imponente masa de escudos erizada de lanzas no amedrentó a Giorgios, acostumbrado a enfrentarse a los bárbaros en las batallas en el Danubio, pero el general dudó si lanzar un ataque frontal y contundente que aplastara la tortuga en la que resultaba muy difícil penetrar si cada legionario mantenía con firmeza su posición, o bien atacar por el flanco derecho, en una carga en cuña, para abrir una brecha y desarbolar una zona de ese flanco.

Mientras Giorgios y Zabdas calibraban sus fuerzas y decidían el tipo de ataque ante la formación defensiva de los legionarios romanos, Kitot no lo pensó dos veces. Ante la sorpresa de todos, incluidos sus propios compañeros de armas,

el armenio alzó su maza de hierro, la agitó al aire, aulló como un demonio y se lanzó, sobre su poderoso camello, contra el frente de la tortuga. El camello obedeció la orden de su jinete y trotó directo hacia el muro de escudos.

—¡Qué hace ese loco! —exclamó Zabdas sorprendido—. ¿Le has ordenado tú que ataque?

—Por supuesto que no; lo hace por propia iniciativa —respondió Giorgios.

El camello trotaba imparable hacia los romanos. Kitot enarbolaba la maza y la giraba en molinete sobre su cabeza.

El impacto del camello y su gigantesco jinete acorazado fue tan contundente que se abrió una brecha en las filas romanas. Varias lanzas atravesaron la gruesa piel del camello, pero, por el impulso que llevaba en su carrera, el cuerpo del animal, con Kitot erguido sobre su joroba, penetró hasta la cuarta fila de legionarios, provocando el desconcierto en el frente de la tortuga. El camello bramó herido de muerte y, antes de morir, coceó con sus últimos estertores a cuantos se encontraban a su alrededor. Su enorme corpachón sirvió de ariete y de protección a Kitot, que saltó a tierra girando su enorme maza de combate, abatiendo con ella a cuantos legionarios habían quedado al descubierto tras la acometida del camello.

Los romanos, aprisionados en su propia formación, con los escudos y las lanzas trabados para componer la tortuga y sin apenas capacidad de maniobra interior, casi no podían moverse, y Kitot, con tremendos golpes, fue ampliando la brecha abierta por el cuerpo del camello. Conforme iban siendo derribados, los legionarios que quedaban al descubierto fueron presa del pánico y la formación de la tortuga empezó a deshacerse.

Giorgios se dio cuenta de inmediato de lo que estaba ocurriendo y ordenó a sus catafractas que cargaran sobre la brecha abierta por el armenio. Los jinetes acorazados palmirenos se movieron deprisa y formaron una cuña siguiendo las precisas indicaciones de su general; arrancaron al galope y penetraron en el agujero abierto por Kitot como un rayo.

La tortuga resultó partida en dos y los legionarios quedaron expuestos al ataque de los jinetes palmirenos. Deshecho el testudo, cualquier resistencia era ya inútil, pero los romanos no se rindieron y, desesperados, intentaron defenderse desvainando sus espadas.

No había nada que hacer. Zabdas gritó conminándoles a rendirse, pero parecían juramentados para pelear hasta morir.

Kitot, protegido por su gruesa armadura de hierro, golpeaba a su antojo y ante su maza caían uno tras otro los legionarios, que aullaban como lobos desesperados, conscientes de que les aguardaba una muerte cierta.

La batalla se decidió en el tiempo que dura un atardecer de invierno. Ni siquiera hizo falta la intervención de la reserva que Zabdas había organizado en la retaguardia por si aquella maniobra resultaba una trampa. A Kitot le siguieron los

catafractas de Giorgios; equipados con su armadura completa y su equipo pesado, arrollaron a los legionarios, a los que liquidaron sin mayor contratiempo.

—Se acabó. Lo que ha hecho el comandante de esos romanos ha sido un verdadero suicidio —comentó Giorgios a la vista de la masacre.

—Se les ofreció la opción de rendirse y no lo hicieron.

—No tenían la menor oportunidad de sobrevivir.

—Así es la guerra, amigo —concluyó Zabdas—. En cuanto a ese loco de Kitot...

—¿Vas a castigarlo? Él ha sido el principal responsable de nuestra victoria.

—Atacó por su cuenta sin aguardar a mis órdenes. Debería colgarlo por los pies, o mejor por los huevos, de la palmera más alta de Egipto y dejar que los buitres lo consumieran hasta los huesos; se darían un buen festín con semejante corpachón.

—Pero no vas a hacerlo...

—La disciplina es fundamental en el ejército, como bien sabes; si no hay disciplina, no es posible la victoria.

—Kitot no ha desobedecido ninguna orden tuya, simplemente se ha adelantado a la que tú ibas a dar.

Zabdas miró al ateniense y sonrió.

Kitot fue felicitado por su acción ante el ejército y se le concedió una mención de honor. Pero, en privado, Zabdas le largó una buena reprimenda y le advirtió que la próxima vez que actuara por su cuenta sin recibir las órdenes de sus superiores acabaría siendo pasto de los carroñeros.

A finales del verano todo Egipto, desde el delta del Nilo hasta la primera cascata, estaba en poder del ejército de Palmira, aunque los palmirenos y sus aliados egipcios presentaban a la gente esa nueva situación como si se hubiera producido la restauración del legítimo imperio de los antiguos faraones, y Zenobia era anunciada como la reina que había devuelto su independencia al país del Nilo. En todos los templos de la vieja religión los sacerdotes celebraron cultos y ceremonias en honor de los nuevos soberanos de Egipto y se acuñaron monedas con las imágenes de Zenobia y de su hijo Vabalato, a los que ya se consideraban como los faraones que habían restablecido en el trono del Nilo el linaje de los Ptolomeos, los legítimos herederos de Cleopatra.

Tras la victoria en Tebas, una noticia alarmante llegó desde Alejandría. El general romano Tenagino Probo, obedeciendo órdenes del emperador Claudio, que seguía guerreando contra los bárbaros en la frontera del Danubio, navegaba hacia Alejandría con la misión de restablecer de inmediato la autoridad de Roma sobre Egipto tras abandonar la inútil persecución de los escurridizos piratas pagados por Anofles.

Zabdas apenas se inmutó por la noticia. Dejó a Giorgios al frente de las tropas en Tebas con tres mil hombres y descendió la corriente del Nilo hasta Alejandría al frente de los otros siete mil.

La armada del prefecto Probo fue deshecha frente a la costa occidental del delta por los navíos palmirenos. Cincuenta barcos romanos resultaron hundidos o capturados y el propio general Probo cayó combatiendo cuerpo a cuerpo a bordo de una de sus trirremes. Un par de cohortes romanas que lograron desembarcar fueron abatidas por la caballería ligera palmirena de Zabdas junto a uno de los brazos del delta del Nilo.

La situación de Roma se tornaba más angustiosa todavía: la mitad de las provincias de Occidente estaban en manos de usurpadores; las fronteras del Rin y del Danubio acosadas por bandas de germanos que atacaban el *limes* en impetuosas oleadas, golpeaban, saqueaban y se retiraban como fantasmas a la seguridad de sus intrincados y brumosos bosques de Germania y de Eslabona; las costas del Egeo y del Ponto infestadas de piratas y de bárbaros; y Egipto, Mesopotamia y Siria, casi todo Oriente, en manos de Zenobia. El emperador Claudio II no daba abasto para sofocar los incendios que se extendían por todos los rincones de su debilitado imperio, aunque sus victorias sobre los godos en el Ilírico y Macedonia, tras las cuales ordenó una brutal carnicería entre los germanos supervivientes, le valieron la concesión de un escudo de oro por parte del Senado y la talla de una estatua con su efigie bañada en oro, que se colocó en lo alto de la colina del Capitolio.

Pese a los esfuerzos de Claudio, el Imperio romano ardía por los cuatro costados y parecía que nadie podría apagar semejante incendio; miles de bárbaros recorrían en dos mil naves de guerra las costas del Egeo y del Ponto saqueando ciudades y aldeas del litoral. De seguir así las cosas, en muy poco tiempo la gloria y la grandeza de Roma sólo serían un lejano recuerdo cuyas ilustres cenizas dispersaría el viento.

Alejandría, principios de otoño de 269; 1022 de la fundación de Roma

Pacificado todo Egipto y controlado el país por los palmirenos, los propios egipcios tomaron el control de la situación. Los sacerdotes, convenientemente arengados por Anofles, que nombró entre sus más afectos a los nuevos gobernadores de las ciudades, se convirtieron en los dueños efectivos del poder político, aunque lo ejercían en nombre de la reina Zenobia y del faraón Vabalato de Egipto.

Nuevas monedas con los rostros de los dos soberanos se acuñaron en Tebas y Alejandría, para que no cupiera duda alguna de que el dominio de Roma sobre el

país del Nilo había dejado de existir... al menos por el momento.

Cuando Zenobia, Giorgios y Anofles regresaron a Alejandría, Zabdas y Antioco habían liquidado a la flota romana, cuyos barcos capturados se alineaban como trofeos de guerra en los malecones del puerto real.

Alejandría, aunque venida a menos como la mayoría de las ciudades del viejo Imperio, seguía siendo hermosa, pero Zenobia echaba de menos el cielo azul y sereno de Palmira y sus rojizos atardeceres. Hacía meses que había salido de su ciudad y que no veía a su hijito Vabalato, que seguía creciendo en Palmira al cuidado del consejero Longino y de la esclava Yarai.

La reina decidió que había llegado la hora de preparar el regreso y llamó a Antioco para darle algunas instrucciones.

—Mi pequeña..., mi señora. —El comerciante besó en las mejillas a su ahijada.

—Regreso a Palmira; he ordenado a Zabdas que prepare al ejército para la vuelta a nuestra ciudad. La echo de menos, Antioco.

—Yo también, mi pequeña. Durante años he realizado misiones comerciales a oriente y occidente; he viajado a Persia, más allá de las montañas de Susa y Ecbatana, he recorrido toda la región de Anatolia y las costas del Ponto, he visitado Egipto en numerosas ocasiones, he pasado algunas temporadas en la prodigiosa Petra, en la antaño populosa Antioquía y en la grandiosa Apamea, y he respirado el aire fresco y puro de las montañas del Líbano, pero siempre espero ansioso el momento de regresar a Palmira. Además, mi sobrino Aquileo, al que algún día dejaré al frente de mis negocios, todavía no tiene la experiencia necesaria como para dirigirlos en solitario.

» Recuerdo ahora los viajes al lado de tu padre —los ojos de Antioco Aquiles se entristecieron al mentar a su socio y amigo—, al que quería como a un hermano, y las largas veladas conversando en el desierto, en torno a una fogata, mientras bebíamos té endulzado con miel y soñábamos con nuevas empresas comerciales...

» No sabes cómo lamento el que no pudiera salvarle la vida. No debí dejarlo solo frente a los persas; debí morir peleando junto a él. O mejor, debí cambiarme por él y así tu padre seguiría vivo.

—No te culpes. Mi padre te pidió que condujeras la caravana a salvo a Palmira porque sabía que sólo tú podrías hacerlo. El sacrificio de mi padre sirvió para salvar muchas vidas, y ello también fue gracias a ti.

—No me sirve de consuelo. Han pasado muchos años desde entonces y todavía me atormenta el recuerdo de aquellos días; cada noche, antes de dormir, pienso en aquella aciaga jornada, y desde entonces lloro en silencio mi cobardía...

—Te comportaste como debías; no hay nada que debas reprocharte.

—Antes de dejarlo abandonado a su suerte ante los persas, pues sabía que su

muerte era segura, tu padre me pidió que os protegiera, y no he hecho otra cosa que cumplir su voluntad. Si él pudiera contemplarte ahora: su niña convertida en reina de Palmira, reina de Egipto, soberana de todo Oriente, y en la mujer más bella de la tierra.

Antioco sollozó y Zenobia abrazó a su padrino en un intento inútil por consolar su aflicción.

—Ahora te necesito más que nunca, Antioco. Egipto es nuestro gracias a ti, y quiero seguir contando contigo.

Capítulo XXVI

*Palmira, finales de 269;
1022 de la fundación de Roma*

El sacerdote de Apis se convirtió en virrey de Egipto y Firmo, el mercader persa, en el encargado de las finanzas, a pesar de que Zenobia había sido advertida por Giorgios de que ese tipo era un corrupto capaz de amañar cualquier negocio en su beneficio. El nuevo ejército de Egipto, dirigido por Timagenes, flamante nuevo general, se hizo cargo de los acuartelamientos abandonados por los romanos. Sólo mil soldados palmirenos quedaron acantonados en Egipto, todos ellos en Alejandría. El resto del ejército expedicionario partió hacia el este el penúltimo mes del año según el cómputo romano. Una buena parte lo hizo por mar, desde los puertos de Alejandría y Tanis hasta los de la costa del Líbano, de donde había zarpado medio año antes, y otra por tierra, para asegurar en su regreso el camino de la costa a través del desierto del Sinaí y ratificar la sumisión de Palestina y del sur de Siria a la soberanía de Zenobia. En unos pocos meses se había incorporado Egipto al reino de Palmira y se había derrotado a los romanos; no era un mal balance.

Zenobia, que había regresado por mar con Zabdas, esperaba ansiosa la llegada de Giorgios. Ella había vuelto unas semanas antes con el grupo expedicionario que embarcó en los navíos, mientras que Giorgios lo hacía al frente de las tropas que retornaban por tierra.

La reina de las palmeras no había dejado de pensar en todo ese tiempo en el apuesto mercenario ateniense. Desde que Odenato fuera asesinado, hacía ya casi dos años, no había compartido su lecho con ningún varón hasta que se sintió estremecer al ser amada por él. No era una mujer que sintiera una atracción irrefrenable hacia los hombres; más bien lo contrario. Hacer el amor con su esposo no le había proporcionado placer y cada vez que se había acostado con él lo había hecho con la intención de procrear hijos que dieran continuidad al linaje de Odenato.

Nunca antes se había fijado en hombre alguno ni jamás había sentido amor hacia ningún varón, ni siquiera hacia su esposo, al que siempre respetó aunque no

lo amó. Pero aquel griego era diferente: su mirada como ausente y lejana, su postura de desapego hacia la vida, la sensación de que no esperaba nada del futuro, la actitud de dejadez y de distancia que emitía constituían signos muy atractivos para Zenobia.

Admirada y deseada por cuantos hombres la contemplaban, la reina de Palmira había rechazado numerosas propuestas de matrimonio desde que muriera su esposo.

Arbaces, el elegante embajador del rey de Persia, aquel poderoso sátrapa de ojos almendrados y oscuros y cabello aceitado con el que se entrevistó para acordar una tregua que le facilitara la expedición a Egipto, se prendó de ella de tal modo que le propuso casarse y a la vez entregarle toda su riqueza, que era mucha; incluso le ofreció fundar un nuevo reino en el interior de Asia, en una fabulosa ciudad llamada Samarcanda, donde el aire estaba impregnado de un eterno aroma de rosas, según relataban los mercaderes que la habían visitado. Un apuesto príncipe armenio también le ofreció matrimonio y le prometió que si se convertía en su esposa pondría a sus pies el reino de Armenia y todas las tierras de la cordillera del Cáucaso, donde decía que se encontraba el centro del mundo. E incluso el más rico de los potentados de Palmira, un mercader originario de Damasco, dueño de dos mil camellos y veinte tiendas, le ofreció su inmensa fortuna si accedía a casarse con él.

Todos fueron rechazados. Tenía veinticuatro años y hacía dos que era viuda, pero Zenobia no pretendía volver a casarse; su único interés radicaba en convertir Palmira en la capital de un gran imperio y en asentarlo para que su hijo Vabalato pudiera gobernarlo con plena seguridad y libre de enemigos.

No sentía deseos de experimentar en su carne ese sentimiento al que otros llamaban amor y que ella no comprendía, pero cuando le anunciaron que se había avistado a varias millas al sureste de Palmira a la vanguardia del ejército que regresaba de Egipto con Giorgios al frente, sintió un cierto cosquilleo en el estómago y quiso salir a su encuentro.

Aquello no pasó desapercibido a Zabdas, que seguía amándola en secreto, ni para Longino, que como buen filósofo conocía bien los sentimientos que anidan en el corazón de los seres humanos.

Giorgios cabalgaba en cabeza del cuerpo del ejército que había atravesado el Sinaí y Palestina; avanzaba pesado y sudoroso por el camino de Damasco. Los soldados se encontraban a unas cinco millas de Palmira cuando los destacados en la vanguardia vieron acercarse a un escuadrón de caballería que escoltaba un carro de guerra tirado por dos hermosos corceles blancos. Cuando estuvieron cerca, comprobaron que dos de aquellos jinetes portaban sendos estandartes con los emblemas reales de Palmira y que el carro era el de la reina Zenobia quien, además, lo conducía.

La señora de las palmeras lucía una camisola de seda roja, una faldilla corta,

al estilo romano, de tiras de cuero con remaches de bronce bruñido semejando cabezas de león, que mostraba al aire sus rodillas y la mitad de sus muslos, unas sandalias con cintas atadas a las pantorrillas, con espinilleras de plata, y una capa de seda púrpura con hojas de palmera bordadas en hilo de oro. Sobre la cabeza portaba su casco de plata coronado con las dos plumas escarlatas. Mostraba sobre el pecho una esclavina de seda amarilla engarzada con decenas de esmeraldas.

En cuanto la reconocieron, los soldados comenzaron a aclamarla.

Cuando llegó ante el griego, Giorgios saltó de su caballo, le entregó las riendas a Kitot, a quien Zenobia había encargado que lo protegiera en el camino de vuelta a casa, se acercó hasta el carro y, ante su soberana y amante, hincó la rodilla en tierra.

—Mi señora, hemos cumplido tus órdenes. Todas las tierras entre el Nilo y el Éufrates son tuyas y todos sus gobernadores te rinden pleitesía.

—Levántate, Giorgios, mi buen general, y sube a este carro; quiero que entres conmigo en Tadmor.

El ateniense se encaramó de un salto a la plataforma del carro y tomó las riendas; Zenobia hizo ademán de cogerlas pero Giorgios las mantuvo con firmeza entre sus manos. Ella cedió y se sujetó al carro a la vez que el ateniense arreaba a los caballos en dirección a Palmira.

*Palmira, principios de 270;
1023 de la fundación de Roma*

Yarai estaba bellísima. La esclava de Zenobia jugueteaba con Vabalato en los jardines del palacio. Se cumplía una semana desde el comienzo del año nuevo romano y hacía fresco en Palmira. La joven vestía una larga túnica de grueso algodón blanco, ceñida con un cordel de trenza y perseguía entre las columnas al pequeño soberano de Oriente. Fue entonces cuando Kitot se fijó en ella. Hasta entonces habían compartido el servicio de palacio, pero el gigante armenio no se había percatado de la belleza de la muchacha. Su sensualidad masculina había explotado como un volcán en los burdeles de Alejandría. Durante su etapa como gladiador, el armenio apenas había disfrutado de la compañía de mujeres. Sólo de vez en cuando el dueño de la palestra le ofrecía acostarse con prostitutas, pero Kitot se limitaba a descargar su virilidad retenida, sin más interés que dejar fluir su semen acumulado.

El propietario de su cuadra de gladiadores solía decir que la fornicación despistaba la atención de los luchadores y debilitaba sus músculos y que, en cierto modo, un luchador debía comportarse como un filósofo: cuanto menos sexo, mejor.

Kitot sabía bien que su vida como gladiador dependía de su fuerza, su destreza

y su preparación, de modo que no convenía perder energías ni tiempo ni concentración galanteando con las mujeres, pues hasta la última gota de vigor era necesaria para vencer en la arena del anfiteatro a los más avezados contrincantes. La vida o la muerte dependían a veces de la fracción de un instante, de la rapidez de ejecución de un golpe o de una finta y de la atención máxima en el preciso momento de esquivar el ataque del oponente.

En los burdeles de Alejandría había disfrutado del sexo como jamás hubiera sospechado que fuera posible. Yacer con una mujer y sentir su piel delicada y suave sobre la suya, cruzada de cicatrices de heridas abiertas en decenas de combates, le había descubierto una extraordinaria manera de disfrute.

Yarai, agotada de perseguir a Vabalato, acabó por sentarse bajo el porche; a pesar del frescor de la mañana invernal sentía calor por el ejercicio realizado y se alzó la túnica hasta dejar al descubierto la mitad de sus muslos. Kitot la contempló y sintió un hormigueo en su entrepierna y cómo su enorme miembro viril comenzaba a aumentar hasta completar la erección. El gigante estaba apoyado en una columna al otro lado del jardín y Yarai se percató de que los ojos del armenio la observaban con más interés del que habían acostumbrado hasta entonces. Y le gustó.

La muchacha echó su cabeza hacia atrás y dejó que su cabello colgara en el aire, bamboleándose como las ramas de una palmera batidas por el viento; luego, fue tirando despacio de su túnica hacia arriba hasta dejar sus muslos completamente al aire. El miembro de Kitot alcanzó su plenitud cuando las piernas de Yarai comenzaron a abrirse y dejaron entrever su sexo, cubierto por un negro y rizado triángulo.

Kitot se acercó bordeando el pórtico y se colocó a unos pocos pasos de la muchacha, mientras Vabalato, cansado de tanto corretear, se había sentado en un rincón del jardín y jugaba con unas figurillas de barro.

Yarai se percibió entonces del enorme falo que palpitaba debajo del pantalón de Kitot, al estilo del que se usaba en las frías montañas de Armenia, y de que los ojos del hombre seguían clavados en el delicioso triángulo oscuro de la joven. La muchacha se incorporó y le hizo al armenio una leve indicación para que la siguiera.

Se dirigieron a una estancia anexa al jardín, protegida de miradas indiscretas por una celosía de piedra, en la que había un lecho cubierto de suaves almohadas. Yarai se colocó de rodillas sobre el lecho, de espaldas a Kitot, levantó su túnica hasta colocarla a la altura de su cintura y abrió sus piernas dejando su trasero desnudo a la vista del gigante. Giró la cabeza hacia atrás y le indicó con un gesto el camino.

El gladiador, ardiente como las arenas del desierto en pleno mediodía estival, se colocó tras Yarai, se bajó el pantalón y liberó su enorme falo; la muchacha alargó una mano, lo tomó, sintió su dureza y su tamaño extraordinario y suspiró.

Tras acariciarlo varias veces lo condujo hasta su hendidura rosada, en el vértice inferior del triángulo oscuro, y susurró:

—Espacio, espacio...

Kitot la sujetó por las caderas y empujó con suavidad. Poco a poco la punta de su pene penetró en el interior de Yarai, que gemía a la vez que se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

—Espacio, espacio —insistió la joven—; soy virgen.

No supo cómo, pero Kitot logró contener su ímpetu y la fue penetrando muy lentamente, según el ritmo que le requería Yarai, cuyos gemidos constituían una extraña mezcla de placer y de dolor.

Cuando la mitad del pene del armenio estuvo dentro, unas gotitas de sangre cayeron sobre el lecho y un gemido de reprimido dolor surgió de la garganta de la muchacha. Entonces Kitot la aferró con mayor fuerza y empujó hasta introducir todo su miembro en la vagina de Yarai, que enterró su rostro entre las almohadas y tensó los músculos de sus muslos; entró y salió de la muchacha cada vez con mayor facilidad hasta que se derramó dentro de ella.

El armenio salió de Yarai, se subió los pantalones y acarició la espalda de la joven, que se había arrebujado como un ovillo sobre sí misma.

—¿Te duele? —le preguntó.

—Un poco. ¿Todos los hombres la tienen tan grande?

—Creo que no.

—¡Uf!, no sé si voy a poder caminar en varios días.

—Descansa; yo voy a vigilar a Vabalato.

El niño seguía jugando en el jardín, ajeno a que casi un tercio del mundo conocido lo consideraba su soberano.

En las primeras semanas del nuevo año fueron llegando a Palmira embajadores de todas las naciones de su entorno solicitando una entrevista con la reina de la ciudad de las palmeras y soberana de Egipto.

En varias ciudades de Siria, sus gobernadores habían ordenado esculpir en piedra en las plazas de los mercados que Septimia Zenobia Augusta era su soberana. Algunas incluso habían encargado a escultores griegos la talla en mármol de una diosa cuyo rostro era el de la reina. En la propia Palmira los magistrados le dedicaron una estatua en la que se mostraba como la encarnación de la diosa Palas Atenea, equiparada a la diosa Allât de los árabes.

Persas y romanos de la región de Mesopotamia, procedentes de las ciudades de Nisibis y de Carras, conquistadas por Odenato, reiteraron su obediencia a Palmira; todas las grandes ciudades de Siria acataron su dominio; Egipto ratificó que su legítima soberana era Zenobia y se levantaron estatuas y altares en su honor y regiones enteras de Anatolia y Asia Menor le enviaron presentes y se

pusieron a las órdenes de la nueva dinastía reinante en Oriente; incluso de las antiguas, ricas y cultas ciudades griegas de las costas de Asia Menor, como Pérgamo, Halicarnaso y Efeso, llegaron mensajes en los que se reconocía a Zenobia como soberana de todo Oriente aunque no manifestaban con rotundidad que acataran su dominio.

La mayor parte de los concejos urbanos de esas ricas ciudades, dominados por castas de la aristocracia mercantil y por terratenientes, ya no consideraban a Roma como la garantía de su seguridad, pues en los últimos años habían visto a godos, vándalos y otros pueblos bárbaros recorrer impunemente sus caminos, navegar sin oposición por el Egeo y saquear sus cosechas, sus almacenes y sus mercados; para ellos, el imperio de Palmira se había convertido en la esperanza que haría posible que prosperaran sus negocios, que granaran sus cosechas y que florecieran sus industrias de nuevo.

Si Roma los había abandonado a su suerte, era justo buscar en Palmira al nuevo protector de sus intereses. Además, la figura de Zenobia fascinaba a cuantos oían hablar de ella. La biografía que había escrito Longino para justificar sus derechos al trono de Egipto, de África y de todo Oriente se había difundido por todas partes y se leía en foros, ágoras y teatros, a veces escenificando con actores algunos de los pasajes más destacados.

Las cosas no se veían igual desde Roma. Claudio II el Gótico estaba logrando al fin notables éxitos en las campañas militares en el Danubio. La intención del emperador pasaba por asegurar primero las fronteras en esa región del norte del Imperio para acudir después a sofocar las rebeliones en la Galia y en Oriente.

Los senadores romanos consideraron oficialmente que Zenobia se había extralimitado, que había obrado en contra del pueblo de Roma y que debía devolver las insignias imperiales romanas que en su día le fueron enviadas a Odenato, pero la indignación del Senado se exacerbó cuando sus miembros se enteraron de que Zenobia no sólo se había proclamado reina de Palmira y de Egipto sino que además había ordenado que se acuñaran en Antioquía, Alejandría y otras ciudades monedas con la efigie y el nombre de su hijo Vabalato como soberano y emperador de Oriente. En esas nuevas monedas el niño de seis años aparecía peinado al estilo de los persas, investido con el manto imperial y coronado con la diadema de laurel exclusiva de los emperadores. En torno a la efigie de Vabalato hizo colocar la leyenda «Caesar Augusto», dejando claro que su hijo era el verdadero y legítimo emperador de Oriente, en igualdad de rango y poder con el de Roma.

Claudio II habría levantado de inmediato los campamentos en el Danubio y corrido hasta Palmira para dar un escarmiento a esa altiva mujer que se pavoneaba de ser la heredera de Cleopatra y la dueña de Oriente, pero las legiones que seguían fieles a su legitimidad como emperador y al Senado eran absolutamente imprescindibles en el *limes* danubiano para mantener al otro lado

del río a los bárbaros, que parecían dispuestos a volver a penetrar en territorio imperial en cuanto les fuera posible.

—Roma no reacciona, mi señora —comentó Longino durante una sesión del Consejo Real de Palmira—. Creo que es hora de enviar una embajada ante su emperador, ante su Senado, ante ambos, para plantear la nueva situación.

—¿Y qué propones que aleguemos? —preguntó Zenobia.

—Que admitan y reconozcan tu dominio sobre todo Oriente.

—¿Dos imperios? Los romanos jamás lo aceptarán —asentó Giorgios.

—Tal vez dos imperios diferentes no, pero quizá estén de acuerdo en que se proclamen dos emperadores del mismo rango, uno para cada mitad. Hasta ahora han admitido un augusto y un César, que no dejan de ser dos emperadores aunque de distinto rango. Podemos mantener la ficción de que el Estado romano es sólo uno, aunque dividido en dos partes y que cada una de ellas la administra un soberano: tú en Oriente y Claudio en Occidente.

—No se trata de la forma, Longino, sino del derecho —intervino Zenobia—. Los romanos son fieles admiradores de su derecho y estiman que sus leyes son las mejores jamás dictadas por legislador alguno. Y ese derecho choca con nuestras pretensiones.

El filósofo estiró la mandíbula y se acarició la barbilla.

—Es cierto que tienen a gala respetar su derecho y aplicarlo pese a quien pese, pero ahora no están en condiciones de imponerlo. Creo que si negociamos bien, podemos llegar a un acuerdo que impida la guerra entre Palmira y Roma.

—Estamos preparados para luchar —terció Zabdas.

—Pero no lo estamos para la derrota —sentenció Longino.

—Esa palabra no existe en nuestros planes.

—Pero puede llegar. Palmira dispone de tres, tal vez cuatro legiones para controlar todo Oriente; en cuanto se establezca la frontera del Danubio, lo que según sabemos por nuestros agentes ocurrirá en breve, Claudio II podría lanzar contra nosotros entre seis y ocho legiones, alguna más si logra asegurar la Galia o al menos evitar nuevos pronunciamientos de generales rebeldes en esa provincia.

—Sapor desplegó al norte de Ctesifonte el equivalente a seis o siete legiones al menos, y lo derrotamos.

—Escucha, general: eres un hombre valeroso y un gran estratega, pero aunque consiguiéramos derrotar a varias de esas legiones, al poco tiempo volverían con otras, y otras más si fuera preciso. Recuerda lo ocurrido en las guerras contra Cartago. El gran Aníbal venció a Roma una y otra vez; arrasó una legión tras otra en las batallas de Tesina, Trebia, Trasimeno y Cannas; es probable que sus soldados púnicos y sus guerreros mercenarios liquidaran a siete u ocho legiones completas en aquellos combates, pero ni aun así fueron capaces

de doblegar a los romanos. Estos han nacido para la guerra, viven para la guerra y no les importa morir en la guerra si con ello logran alcanzar algún beneficio para Roma.

—Y si piensas así, ¿por qué crees que aceptarán una paz que conculcaría sus principios?

—Porque son realistas y en estos momentos no tienen otro remedio. Además, su espíritu ya no es el mismo que el de la época en la que se enfrentaron a Aníbal, y ya no está al mando de su ejército un general de la valía de Escipión.

—Enviaremos ante el emperador Claudio una embajada con una propuesta concreta de paz —terció al fin Zenobia tras escuchar el debate—. Le propondremos que acepte a Vabalato como augusto en Oriente y que gobierne, yo lo haré en su nombre hasta que cumpla la mayoría de edad a los veintiún años, sobre Egipto, Grecia, Anatolia, Siria y Mesopotamia, y en todas las tierras que se puedan incorporar al este, al sur y al norte de esos territorios.

«No lo aceptará. Roma jamás aceptará una soberanía falsamente compartida», pensó Giorgios, aunque se mantuvo en silencio. El ateniense no dudó de que Roma atacaría Palmira en cuanto consiguiera asentar las fronteras del Danubio.

No importaba lo que los romanos reconocieran o dejaran de reconocer: Palmira ya era la capital de Oriente y Zenobia y Vabalato sus soberanos, de manera que la señora de las palmeras comenzó a dictar decretos y normas para todos sus dominios y lo hizo con una extraordinaria capacidad para organizar y regir tan extensos y complejos territorios.

Su contundente modo de gobernar y sus determinantes decisiones impresionaron a cuantos se veían implicados; todos sus súbditos se sintieron atraídos por la fuerza que emanaba aquella mujer, ante cuya presencia los hombres se quedaban como embobados. Y no sólo destacaba por sus dotes de mando, propias del más avezado de sus generales, sino también por su amplia sabiduría. El propio Casio Longino, a pesar de conocerla muy bien, pues había sido su preceptor y ahora era su consejero, se sorprendía a veces al escuchar de sus labios sus conocimientos de filosofía, geografía, ciencias e historia.

Un día, tras despachar con unos embajadores del rey de Persia, le enseñó a Longino uno de los mapas que se había traído de Alejandría tras ordenar copiar algunos de su biblioteca, y le explicó sobre el mismo las teorías de Eratóstenes acerca de las medidas de la Tierra que había aprendido en Egipto. Incluso llegó a postular, citando los planteamientos que hiciera el insigne Aristarco de Samos, que tal vez fuera la Tierra la que girara alrededor del Sol, y no al revés, como propugnaban la mayoría de los sabios. Y lo argumentaba no sólo con teoremas físicos y pruebas geográficas, sino aludiendo a su propia visión cosmogónica del

mundo, en la que el Sol era el dios principal y único, el señor que regía el universo, el que daba la vida o condenaba a la muerte, y que por ello le correspondía el lugar del centro.

Entre tanto, Giorgios pasaba los días aguardando una nueva llamada. Cuando regresó de Egipto y la vio allí, esperándolo a las afueras de Palmira, permitiéndole entrar en la ciudad sobre su carro real, imaginó que aquella mujer lo deseaba y que volverían a estar juntos, ahora tal vez todas las noches, pero no ocurrió así.

Había pasado más de un mes desde su regreso de Alejandría. Giorgios había estado durante ese tiempo en seis ocasiones cerca de Zenobia con motivo de algunas recepciones de embajadores y en un par de consejos reales, pero no había logrado quedarse ni un solo instante a solas con ella.

Su deseo de poseerla otra vez era tal que pensó en enviarle una nota a través de Kitot, quien, como comandante de la guardia de palacio, tenía acceso a diario a la reina, pero se contuvo. No sabía qué hacer; casi desesperado, pasaba cada noche en la soledad de su lecho sintiendo transcurrir las horas con la lentitud que sólo se experimenta en los tormentos.

Apenas podía conciliar el sueño y en ocasiones se levantaba de la cama y salía al minúsculo patio de su vivienda para contemplar el pedacito de cielo estrellado que se abría sobre su cabeza, e intentaba recordar cada uno de los momentos vividos al lado de aquella mujer que había desbaratado todo su ser.

El palacio estaba en silencio; se había cumplido la medianoche y sólo se escuchaban las pisadas de los soldados de guardia que custodiaban el recinto exterior, iluminado con varios pebeteros de hierro.

Kitot acababa de revisar los puestos de vigilancia y había comprobado los turnos para aquella noche. Regresó al cuerpo de guardia y se extrañó de que los seis soldados que habitualmente formaban el retén estuvieran en el exterior pese al frío de la noche.

—¿Qué ocurre? —preguntó al sargento del grupo.

—Alguien que te espera dentro nos ha pedido que salgamos —le respondió ante las risitas de algunos de sus compañeros.

Kitot entró en el cuerpo de guardia y la vio sentada en una banqueta de madera, junto a la mesa sobre la que los soldados jugaban a los dados para pasar las tediosas horas de espera antes de cumplir su siguiente turno en el exterior. Cubría completamente su cuerpo y su cabeza con una capa y una capucha, pero no le cupo duda de que era ella.

—¡Yarai!

La muchacha levantó la cabeza y la luz de la lucerna iluminó su hermoso rostro y sus brillantes y redondos ojos azules.

—Quiero volver a sentirte dentro de mí —le susurró la esclava alana.

El armenio miró a su alrededor y comprobó que todos los soldados del retén permanecían fuera. Se acercó y la alzó en vilo con la fuerza prodigiosa de sus brazos pero con sumo cuidado para no hacerle daño. La besó con la inocencia de un niño y ella abrió su boca para recibir el beso, el primero que se daban.

—Yo también te deseo. No he pensado en otra cosa desde el otro día en el jardín de palacio.

—Acompáñame, todos duermen; la noche será para nosotros.

—Espera un momento; mis hombres saben que...

—Tus hombres no saben nada.

Yarai le pidió que la siguiera al interior del palacio y que la aguardara en el patio. Durante la noche sólo los eunucos y las esclavas podían permanecer dentro de las estancias privadas de la reina. Uno de ellos guardaba la puerta del patio, pero Yarai se las había arreglado para que dejara pasar a Kitot a cambio, eso sí, de un par de piezas de plata.

El armenio habló con sus hombres y les ordenó que volvieran a entrar en la sala del cuerpo de guardia. Luego se dirigió a la zona reservada del palacio. La puerta que daba acceso al gran patio estaba abierta y tras ella apareció la cara sonriente de uno de los eunucos, al que Kitot conocía bien. Era el portero y dormía en un lecho portátil al lado mismo de la puerta. Cuando entró el gigante, el eunuco se apresuró a correr el enorme cerrojo de hierro, convenientemente engrasado para evitar que chirriara.

Kitot le dio una palmada en el hombro y le sonrió. Junto a una columna estaba Yarai; fue a su lado, se dieron la mano y se dirigieron hacia una de las estancias que se abrían al patio. Yarai lanzó un vistazo en todas las direcciones y le pareció vacío en la penumbra. No se dio cuenta de que, tras uno de los pebeteros, precisamente el que permanecía apagado, unos hermosos ojos negros los contemplaban. Entraron, cerraron la puerta y se besaron a la vez que sus manos recorrían sus cuerpos buscando las zonas más placenteras.

No hacía falta estimularlo porque estaba completamente erecto, pero Yarai masajé con deleite el pene de Kitot. El armenio le sacaba dos cabezas a la muchacha, cuyos labios quedaban a la altura de la punta del esternón del comandante.

En esta segunda ocasión la penetración fue más fácil y Yarai no sintió el menor dolor. Su vagina estaba húmeda y Kitot contribuyó a lubricarla acariciando su sexo con suaves movimientos circulares de sus dedos, como le había enseñado a hacer una prostituta corintia en Alejandría.

Hicieron el amor tres veces procurando no emitir ningún ruido, aunque la muchacha no pudo evitar proferir algunos gemidos, ahora sólo provocados por el placer que le estaba proporcionando su fornido amante.

Al otro lado de la puerta, el oído de Zenobia escuchó en el silencio de la

noche el jadeo gozoso de los amantes, y la señora de las palmeras, ahora sí, lamentó que esa noche su cama estuviera vacía.

El pulso de Giorgios se aceleró cuando uno de los eunucos de palacio le hizo llegar una nota de la reina. Le ordenaba que preparara a medio centenar de hombres para salir de cacería a las montañas del norte en el plazo de tres días; Giorgios encabezaría la partida. Unos mercaderes recién llegados de Anatolia habían visto a un par de osos negros merodear alrededor de su campamento y Zenobia se había propuesto capturarlos.

Longino le recomendó que no saliera a cazar. Cuando Giorgios oyó semejante consejo del filósofo estuvo a punto de estrangularlo allí mismo. Aquella era la anhelada oportunidad para estar a solas con Zenobia, lejos de la ciudad, y tal vez volver a amarla en el sereno desierto, bajo las luminosas estrellas.

En aquella misma reunión se había debatido un ambicioso plan para el embellecimiento urbanístico. Si el poder de Palmira ya era equiparable al de Roma, su aspecto debería ser tan monumental como el de esta. Se habían encargado varias nuevas estatuas a escultores egipcios y griegos recién llegados de Alejandría y de Atenas para embellecer con sus obras las calles de la ciudad. Zenobia había planeado la ampliación hacia el oeste, a partir del eje abierto por una nueva gran avenida que quedaría enmarcada por una columnata más larga y ancha todavía que la primera, con los capiteles labrados al estilo de los de Corinto, a los cuales se adosarían pedestales para colocar las nuevas tallas de los más eminentes prohombres de la ciudad. El Consejo municipal, a propuesta de Zenobia, aprobó una lista de cien personajes ilustres —entre los que se incluyó a Zabdas, que todavía no poseían una estatua pese a sus muchos méritos—. Algunos de ellos eran ricos aristócratas que cubrirían el coste de su columna y de su propia estatua, de manera que los gastos saldrían prácticamente gratis a la ciudad.

Los artistas se frotaron las manos, pues al día siguiente de la aprobación de este proyecto se presentaron en sus talleres más de cincuenta notables, todos ellos con sus bolsas repletas de piezas de oro para sufragar sus efigies. El tumulto que se provocó por convertirse en el primero en ser esculpido fue de tal calibre que el propio Giorgios, que estaba en el cuartel general del ejército preparando la partida de caza, tuvo que acudir con dos docenas de soldados para poner paz entre los mercaderes.

Tras no pocos esfuerzos se restableció la calma y se convenció a los aristócratas para que se organizara un sorteo que regulara el orden.

De regreso al cuartel se encontró con Zabdas que, informado de la que se había liado, acudía hacia el ágora.

—Me han dicho que se ha montado una buena —le comentó a Giorgios—. ¿Lo has solucionado?

—Estos ricachones son veleidosos como niños. Se han dado una buena tunda unos a otros, y si no hubiéramos intervenido habría sido mucho peor. Hace unos momentos casi se matan y, si los ves ahora, tan tranquilos y sosegados, no podrías siquiera imaginar que hace un rato peleaban como fieras salvajes por ganar un turno.

Zabdas sonrió.

—No olvides que gracias a sus negocios Palmira es una ciudad tan próspera.

—Pues no sé cómo ha podido ocurrir semejante cosa.

—Envía a los hombres de vuelta al cuartel y acompáñame a ver cómo ha quedado este asunto.

Giorgios ordenó a un capitán que regresara con los soldados y volvió sobre sus pasos hacia el ágora acompañado por Zabdas.

Allí estaban los miembros de la más rica aristocracia de Oriente, sentados en torno a los escultores que les explicaban cómo deberían posar para ser esculpidos. Cada uno de ellos guardaba en su mano un pedacito de papiro con el número que le había correspondido en el sorteo.

—¿Cómo lo has conseguido? —se sorprendió Zabdas al ver la satisfacción con que los nobles escuchaban las explicaciones de los escultores.

—No ha sido fácil; al principio tuvimos que intervenir a fondo, porque no había manera de poner orden. Una vez inmovilizados y separados los más revoltosos, les dije que Zenobia había ordenado que aquel que no acatará el orden establecido en un sorteo se quedaría sin estatua, y que me había autorizado para tomar los nombres de los que impidieran la celebración.

—¿Así de fácil? —se sorprendió Zabdas.

—Bueno, he tenido que prometerles una cosa...

—¿Cuál?

—Que conforme se fueran terminando las estatuas, se guardarían en un almacén de la ciudad y que todas se colocarían al mismo tiempo en sus pedestales una vez acabada la nueva calle.

Zabdas rio a gusto.

—Has hecho bien.

—También les dije que me habías confesado que no te importaría que la tuya fuera la última en ser esculpida.

Zabdas rio de nuevo, ahora a carcajadas.

—Condenado griego. —Le puso la mano por el hombro y añadió—: Vamos a cenar; te invito en la mejor posada de Palmira. Encargaré que nos preparen un buen asado de gacela con salsa de dátiles, huevos escalfados y una gran jarra del mejor vino que tengan.

A la mañana siguiente Zenobia ordenó que se reforzara el muro sur de la

ciudad y que se construyeran nuevos bastiones en esa zona, la que había quedado peor protegida por la muralla que pocos años atrás ordenara construir Odenato. Nadie lo comentó, pero parecía evidente que aquellas nuevas obras defensivas no se ejecutaban por miedo a los persas sino porque se esperaba una pronta reacción de Roma.

Capítulo XXVII

Montañas al oeste de Palmira, principios de primavera de 270; 1023 de la fundación de Roma

El invierno acababa de finalizar. Las noches se acortaban día a día y las mañanas no eran tan frías como en las semanas anteriores.

La partida de caza salió de Palmira al amanecer. La nacarada aurora palidecía en el horizonte oriental con un tono perlado. Giorgios imaginó que la diosa Eos seguía penando por la muerte de Orión y que sus lágrimas divinas provocaban esa luz lánguida y triste de los amaneceres del último mes del invierno, cuando la constelación del cazador luce con todo su esplendor.

Avanzaron durante dos jornadas por el camino de Emesa, descansando en pequeños oasis controlados por soldados palmirenos, a través de una amplia vaguada entre dos cordilleras paralelas, separadas entre sí por unas diez millas. En las laderas de las sierras podían verse algunas manchas que tiznaban de verde la inmensidad ocre de la tierra abrasada por el sol.

Tras las dos jornadas en marcha hacia el oeste giraron hacia el norte y buscaron un lugar propicio para acampar en las estribaciones de las montañas. Lo encontraron en una hondonada en la que había una charca de agua amarillenta que alimentaba unos pistacheros silvestres.

—Acamparemos aquí —ordenó Giorgios tras consultar con Zenobia.

Atardecía. Los últimos rayos de sol caían sobre el horizonte y se desparramaban por la llanura del desierto como las hojas secas de una palmera mortecina. Bandadas de aves volaban muy alto hacia el norte dibujando enormes puntas de flecha en el cielo despejado.

Desplegaron las tiendas y los pabellones y, una vez instalado el campamento, Giorgios se dirigió al de Zenobia. La reina estaba sentada a la puerta del pabellón real; contemplaba la serena puesta de sol, que teñía el cielo de bandas en color rojo oscuro, añil y púrpura.

—Mi señora, el campamento está montado y los turnos de guardia de noche distribuidos.

—Gracias, Giorgios. Ahora quédate a cenar conmigo.

—Te lo agradezco, pero debo revisar los puestos de guardia.

El ateniense ardía en deseos de estar con su amada, pero quiso demostrarle que no echaba en falta su presencia.

—No es un ruego: es una orden. Cumple primero con tu obligación y ven pronto; te espero.

Un golpe de sangre estalló en las sienes del general.

Cuando regresó ante su presencia los eunucos habían preparado la cena: excelentes buñuelos de harina de trigo y especias, un sabroso guiso de ave con salsa picante, vino rojo de Bosra y dátiles con miel.

—Te echo de menos —le dijo Zenobia tras apurar su copa.

—Siempre me tienes cerca; y sabes que en cuanto me llames acudiré a tu lado como un perrillo fiel.

—He organizado esta cacería para estar contigo aquí, en el desierto, fuera de Palmira.

—No era necesario, hubiera acudido a palacio...

—Allí soy tu reina y así me tratas; aquí quiero que me veas sólo como la mujer que amas.

Acabaron la cena y salieron del pabellón; había oscurecido por completo. Sobre sus cabezas titilaba una enorme estrella blanca y justo a su izquierda lucían las estrellas de una hermosa constelación.

—Capella y la constelación de Perseo, nuestro mayor héroe —señaló Giorgios—. El niño, nacido de la hermosa Dánae, fecundada por Zeus convertido en lluvia de oro, creció sin conocer su origen. Fue él quien mató a Medusa, la más horrible de las diabólicas gorgonas, de cabellera llena de serpientes, boca negra con enormes dientes y larga lengua, tan monstruosa que quien la miraba a los ojos quedaba convertido en estatua de piedra.

—Si no podía ver su rostro, ¿cómo pudo matarla?

—Atenea le regaló un escudo bruñido como un espejo y Perseo lo utilizó para ver el reflejo de Medusa; Hermes le proporcionó una hoz de diamante para cortarle la cabeza.

—Entonces todo solucionado: Andrómeda y Perseo se casaron y fueron felices.

—En el mundo que rigen los inmortales nada es tan fácil. Se casaron, sí, pero un antiguo pretendiente de Andrómeda se sintió relegado y se produjo una gran pelea en la que Perseo liquidó a sus contrincantes y se convirtió en rey de Argos, de Tirinto y de Micenas. Y ocupó un lugar relevante en el cielo; ahí. —Giorgios volvió a señalar la constelación.

—¿Está con Andrómeda?

—Pues no; está junto a Casiopea, la madre de Andrómeda. Es esa constelación de cinco estrellas en forma de montaña de dos picos. Casiopea conspiró para que asesinaran a su yerno y así poder entregar a su hija a quien a

ella le conviniera.

—Tus dioses son crueles. Perseo está condenado a contemplar todas las noches a la culpable de sus desventuras.

Giorgios la estrechó entre sus brazos mientras la besaba y se imaginaba los momentos de placer que vendrían después.

Pasaron toda la noche juntos, amándose en el silencio del desierto, entre los cobertores de seda y lana primorosamente bordados por las mejores hilanderas de Ctesifonte.

La luz del sol los despertó arrumbados en el lecho, abrazados como dos palmeras solitarias que se inclinan una hacia la otra esperando el momento de rozarse.

—Mi único dios —comentó Zenobia ante los primeros rayos solares.

—Mitra, el dios de los soldados, de los guerreros —precisó Giorgios.

—Mitra, Zeus, Bel, Helios, Ra, Yarhibol... ¡Su nombre qué más da! Se trata del único dios, el que nos da la luz, el calor, la vida... Un solo dios, único, tolerante y bondadoso para con sus hijos; un dios que no siente odio, ni deseos de venganza, ni recela de los hombres; que armoniza el universo, que lo fecunda con su fuerza, que lo pacifica con su poder. En ese dios es en el que creo; el que me enseñó a venerar mi padre; el que mi familia adoraba en el santuario de Emesa, de donde procede mi linaje.

La voz reconocible de uno de los eunucos avisó tras una cortina de que el desayuno estaba preparado.

Zenobia lanzó una almohada contra esa cortina y ordenó que no volvieran a molestarla. Nadie lo hizo durante el resto de la mañana. Volvieron a hacer el amor mientras el sol calentaba la tierra y templaba el aire de aquella luminosa jornada.

A mediodía, Giorgios salió del pabellón real; se había aseado y lavado un poco con agua dentro de la tienda, pero sus ojos apenas pudieron resistir la luz del sol, que brillaba con fuerza en lo alto.

—Hoy no habrá cacería; tal vez mañana —le dijo a su segundo—. Informa a los hombres que la reina saldrá a cabalgar a media tarde, pero que no preparen las armas para la caza.

El lugarteniente de Giorgios lo saludó militarmente y se alejó envidiando a su jefe por haber pasado la noche con la mujer más hermosa del mundo.

Durante toda una semana cazaron poco y se amaron mucho; una noche, pese al peligro de las fieras, de las alimañas y de los animales venenosos que abundan en el desierto, se alejaron del campamento para amarse bajo la luz de las estrellas. Giorgios tomó la precaución de coger una manta y su espada de combate, pues había escuchado el lejano aullido de un lobo.

Zenobia estaba feliz como una niña a la que acabaran de regalar su primer vestido de seda bordado con encajes de hilo de oro. Salvo por volver a mecer en

sus brazos a su hijo Vabalato, no sentía ganas de regresar; se encontraba a gusto en el desierto, al lado de aquel mercenario griego que la miraba y la amaba como si se tratara de una verdadera diosa, que le contaba leyendas de su tierra en las que los protagonistas eran héroes y dioses que sentían, amaban y sufrían como los seres humanos; le gustaba cómo la abrazaba aquel hombre, como si en sus manos tuviera la posesión más preciosa, pues la acariciaba con la tierna delicadeza que sólo el tremor de los dedos del enamorado es capaz de dibujar sobre la piel de la amada.

Zenobia era feliz y reía, y por una vez no le importó que los soldados de su escolta y que los eunucos del palacio supieran que se acostaba con un hombre que no era su esposo. Nadie volvió a acordarse de los dos osos que habían provocado que salieran de caza.

*Palmira, primavera de 270;
1023 de la fundación de Roma*

No hizo falta que sus informadores en la partida de caza se lo confirmaran para cerciorarse de que Zenobia y Giorgios habían pasado todas las noches juntos. Zabdas supo lo que había ocurrido en el desierto en cuanto la vio. Su rostro lucía diferente, igual de bello, más todavía si cabe pero, sobre todo, mucho más humano.

—¿Alguna novedad, general? —le preguntó cuando este acudió a recibirla a unas pocas millas al oeste de Palmira.

—Ninguna importante, mi señora.

—¿Hay noticias de Egipto?

—Esta semana ha llegado una caravana. Traía un mensaje de Antioco: Egipto permanece fiel a tu persona y Anofles se comporta con lealtad. En algunos templos de Tebas, de Menfis y de Alejandría han colocado estatuas con tu efigie y se te venera como a los dioses tradicionales. Hay quien dice que no sólo eres la nueva Cleopatra sino también la mismísima diosa Isis, y que Vabalato es la encarnación del joven dios Horns, el sol naciente.

—Y de Roma, ¿qué se sabe?

—He ordenado que me mantengan permanentemente informado desde los puestos de observación en la costa y en Anatolia, y no se atisba ningún movimiento de tropas romanas. El emperador Claudio sigue muy ocupado en evitar que los bárbaros penetren por la frontera del Danubio y se le cuelen en sus provincias del norte. ¿Y la caza, ha ido bien?

—Escasa. Esperemos que los dioses sean más generosos a comienzos del verano.

—Los sacerdotes del santuario de Bel han pedido que los recibas, señora;

alegan que es muy urgente.

—¿Qué quieren?

—Creo que se trata de un asunto relacionado con los cristianos; parece que no les gusta el contenido de los discursos de esos clérigos barbudos. Denuncian que los seguidores de Cristo no cesan de insultarlos en sus sermones, que alientan a la gente a rebelarse contra los dioses de Palmira y que incitan a los palmirenos para que acaten la voluntad del que dicen que es el único y verdadero dios, el suyo, claro.

—Comunicales que vengan pasado mañana; los recibiré a mediodía.

El viejo y maleable Shagal había muerto. Elabel, el nuevo sumo sacerdote del gran santuario del dios Bel, era bajito y obeso. Había entrado al servicio del templo siendo un adolescente y había logrado convertirse en el gran sacerdote del principal de los templos de Palmira gracias a su tesón y a la enconada defensa que había hecho de la vieja religión de los palmirenos. Como el resto de sus colegas, llevaba el cráneo rapado y lo decoraba con una cinta verde de la que colgaba un camafeo de ámbar a la altura de la frente.

Zenobia no había puesto ningún inconveniente al nombramiento de Elabel como sumo sacerdote porque estaba convencida de que podría manejar a aquel individuo a su antojo, como antes hiciera con Shagal.

—Me dice Zabdas que has presentado ciertas quejas contra los cristianos; ¿de qué se trata?

—Mi reina... —Elabel se inclinó ante su soberana pero no se tumbó completamente boca abajo sobre el suelo, como ya hacían en las recepciones oficiales los súbditos de Zenobia, que la saludaban imitando el protocolo de la corte de Persia—. Un peligro muy grave acecha Tadmor: los cristianos.

Elabel hablaba con una impostada solemnidad, como si estuviese revelando el más importante de los secretos.

Zenobia sonrió con ironía.

—¿Estás seguro de que son un peligro tan temible?

—Sí, mi reina. Hace ya algún tiempo que andan difundiendo por la ciudad sus mentiras y sus embustes. Conspiran en secreto, como ratas escondidas que devoran poco a poco nuestras provisiones. Andan minando las bases de nuestras creencias, socavando el suelo bajo nuestros pies y denunciando que nuestros dioses son falsos.

—¿Tienes pruebas?

—Por supuesto. Hay decenas de palmirenos, honrados ciudadanos de Tadmor, que están dispuestos a declarar las maléficas intenciones de esa apostada secta de palestinos. Hemos descubierto su perversa estrategia: primero quieren eliminar a nuestros dioses y sustituirlos por su hombre-dios para después

establecer su propio reino en la tierra. Así lo predicán en sus sermones.

—¿Cuántos son?

—Por el momento no muchos. Los hemos observado y hemos identificado a un centenar de acólitos. Se reúnen en casa de un orfebre llamado Mogino. Hace varios años, unos cuarenta según he podido saber, que utilizan la casa de esa familia de artesanos para celebrar sus demoníacos ritos. Allí adoran a su hombre-dios en unos diabólicos rituales durante los cuales afirman que beben su sangre y comen su carne. Dicen que el plato favorito en sus ceremonias es la carne de un niño, al que previamente han degollado y trinchado como a un pollo, rebozado en harina y frita en aceite. En esos sangrientos banquetes es donde conspiran contra los dioses de Tadmor y contra ti, mi señora.

—Conozco a algunos cristianos, Elabel. Uno de mis consejeros es Pablo de Samosata, jefe de su comunidad en Antioquía, aunque ahora reside aquí en Tadmor, y te aseguro que, a pesar de la vehemencia con la que suele expresarse en ocasiones, no lo imagino devorando a niños.

—Mi reina, te ruego que intervengas con contundencia contra los cristianos o todos lo lamentaremos; esas ratas no son de fiar.

—¿No confías en el poder de los dioses de Tadmor? ¿Crees que ese hombre-dios es más poderoso que Bel?

—¡No, claro que no! Cualquiera de nuestros dioses es más poderoso: el gran Marduk, regidor del universo, Bel, señor del mundo, Nebo, que rige la escritura y la sabiduría de los hombres, Malakbel, que fertiliza las palmeras y los cultivos, nuestros venerados Yarhibol y Aglibol, que rigen el día y la noche, Ashtar, que genera la hermosura...

—En ese caso, ¿por qué temes a un puñado de cristianos que rezan a un falso dios?

—Porque son como la carcinoma, mi señora, como el veneno invisible que mata lentamente sin que la víctima se percate de que está siendo emponzoñada.

—Haré una cosa: visitaré ese templo cristiano, hablaré con el jefe de su comunidad e intentaré averiguar el peligro que suponen para Tadmor.

—Allá donde han establecido comunidades estables, los cristianos han provocado enfrentamientos y disturbios, han roto familias, han quebrado linajes y han alterado el orden natural de las cosas. Para evitarlo, algunos emperadores de Roma tuvieron que perseguirlos y acabar con los peores de ellos, y aun con todo aquí siguen entre nosotros, como una inevitable pesadilla.

—Déjalo en mis manos. Te prometo que haré todo lo posible para que no constituyan ningún problema.

El sacerdote de Bel se retiró calmado por las palabras de Zenobia, que hizo llamar de inmediato a Giorgios.

El general había salido al frente de un escuadrón de caballería a realizar algunos ejercicios ecuestres; sabía que Roma atacaría Palmira tarde o temprano y quería que sus hombres estuvieran preparados para la batalla que sin duda se produciría. Tardaron en localizarlo, pero al fin recibió la orden de que se presentara en palacio.

Sudoroso y lleno de polvo, apenas tuvo tiempo para asearse un poco en los baños de la gran calle, y se dirigió presuroso a Zenobia. Por cómo le comunicaron que se presentara ante la reina intuyó que en esta ocasión no iba a producirse precisamente un encuentro amoroso. Temió lo peor y supuso que el emperador romano ya había dado la orden de atacar Palmira.

Zenobia estaba risueña.

—He venido todo lo deprisa que he podido, mi señora. —Llamarla así se le hacía extraño tras los dulces días pasados junto a ella en el desierto—. ¿Ocurre algo grave?

—No según mi criterio, pero sí para el del nuevo sumo sacerdote del santuario de Bel.

—No entiendo...

—Se trata de los cristianos. Elabel, el sucesor de Shagal al frente del santuario, está convencido de que los seguidores de esa secta tratan de acabar con el reino de Palmira y me pide que actúe contra ellos.

El ateniense se sorprendió.

—Pero si son apenas un puñado, y creo que inofensivos.

—Y además están enfrentados. El grupo minoritario de Pablo de Samosata cree que el fundador de su religión fue un profeta, pero la mayoría de los cristianos cree que fue un dios. Quiero visitar a la comunidad de cristianos de Palmira, y deseo que me acompañes; eres uno de mis consejeros.

—Yo entiendo de caballos y de batallas, no de dioses. Tal vez Longino sepa...

—Quiero que me acompañes tú.

—Si es tu deseo...

Una escolta de doce hombres aguardaba en el patio del palacio a su reina. Giorgios había dispuesto a esos efectivos para acompañar a Zenobia hasta la casa del orfebre, que los cristianos utilizaban como centro de reunión para celebrar sus ceremonias religiosas. Él mismo sujetaba las riendas del carro real.

La señora de Palmira apareció en el patio vestida con una sencilla túnica blanca orlada con una cenefa de seda verde; se cubría la cabeza con una capucha y se tapaba el rostro con un velo de gasa, al estilo de la mayoría de las mujeres casadas de Palmira cuando salían de sus casas.

Giorgios se extrañó al verla arreglada de esa manera tan modesta y con el rostro cubierto, cosa que no hacía nunca.

—Iremos a casa del jefe de la comunidad de los cristianos caminando y sin escolta; ordena a estos hombres que regresen al cuartel.

—No puedo hacer eso; Zabdas no permite que corras el menor riesgo.

—Zabdas está bajo mis órdenes, y tú también. —Los ojos de Zenobia transmitían una determinación irresistible.

El ateniense se dirigió al comandante de la escolta y le indicó que se retirara con sus hombres.

—El general Zabdas me matará si lo hago —balbució el comandante con un gesto de temor en su rostro.

—Si te amonesta, di al general que se trata de una orden directa de la reina.

La escolta salió de palacio.

—Y ahora deja también tu espada y vayamos a ver a esos cristianos —asentó Zenobia.

—No puedo ir desarmado, Zenobia.

—De acuerdo, pero ocúltala bajo tu manto.

Mientras caminaban por la gran calle, algunos asombrados palmirenos creyeron reconocer, pese a la capucha y al velo, que era su soberana la dama que acompañaba al general de caballería, pero dudaron al comprobar que no llevaba escolta.

Recorrieron la gran avenida de columnas desde el palacio hasta la esquina de la calle que conducía hasta el templo de Baal-Shamin y contemplaron las estatuas colocadas en las peanas de las columnas; Palmira era la única ciudad que honraba y reconocía de esta manera a sus ciudadanos más ilustres.

Ya en la calle del templo de Baal-Shamin, un dios local al que los mercaderes griegos rendían culto identificándolo con Zeus, pasaron frente a su fachada de cuatro columnas monolíticas, ante la que se abrían dos plazas porticadas con los fustes repletos de esculturas de personajes ilustres de Palmira, todos ellos esculpidos vistiendo con la toga aristocrática. En el frontón destacaba una gran águila dorada, el animal con el que se representaba a esta deidad, con las alas desplegadas, bajo las cuales estaban el sol, la luna y las estrellas; en sus dos garras portaba una espiga de trigo y un rayo.

—Zeus —asentó Giorgios señalando la escultura del águila.

—No. Baal-Shamin, el Señor de los Cielos —lo corrigió Zenobia—. Los mercaderes griegos vienen a este templo porque, como te ha ocurrido a ti, Baal-Shamin les recuerda al padre de sus dioses.

Muy cerca estaba el templo de Nebo, dios palmireno al que los griegos asimilaban con Apolo, adonde en esos momentos se dirigía una pequeña procesión de fieles encabezada por una pareja de jóvenes esposos que reclamaban la protección de esta divinidad para el hijo que estaban esperando.

Casi al final de la calle, junto a la muralla de Odenato y no muy lejos de la puerta norte, estaba la casa del orfebre Mogino.

—Si mis espías no me han informado mal, hoy es el día en que los cristianos celebran su principal ceremonia semanal; es curioso, se trata del dedicado al sol. La llaman « eucaristía », en idioma griego, y en ella se convencen de que comen la carne y beben la sangre de Cristo, su hombre-dios, aunque en realidad se limitan a beber vino y comer pan.

—¿Saben de tu visita? —preguntó Giorgios a su reina.

—No; pretendo darles una sorpresa.

La casa de Mogino era una amplia vivienda de dos plantas organizadas en torno a un patio central. Su dueño poseía un taller artesano famoso porque labraba unas piezas excelentes, especialmente de plata, aunque también trabajaba con oro y bronce. Era descendiente de una familia de orfebres de la ciudad griega de Efeso, en la costa de Anatolia, que se había trasladado a Palmira hacía más de dos siglos, cuando esa ciudad sufrió un terremoto que estuvo a punto de destruirla por completo. Convertidos por san Pablo, todos los miembros de la familia seguían desde entonces ciegamente las enseñanzas del apóstol.

Mogino era el jefe de la más numerosa de las cuatro comunidades cristianas de Palmira, compuesta por una veintena de familias, algo más de cien personas en total. Esta comunidad creía en la Trinidad y consideraba que Cristo era el mismo Dios que se hizo hombre y murió en la cruz para salvar del pecado a toda la humanidad. La segunda en número de seguidores, con unos treinta fieles, seguía los dictados de Pablo de Samosata. Había un par de grupos más que se reunían alrededor de santones que discrepaban de las dos sectas mayoritarias en pequeñas cuestiones rituales y teológicas. Todas ellas estaban enfrentadas y no se soportaban en tanto se acusaban mutuamente de tergiversar el verdadero contenido del Evangelio y de alterar a su conveniencia el auténtico mensaje de Jesucristo, del que cada uno de los cuatro grupos se sentía legítimo intérprete.

—Creo que es esta casa, según me han informado. —Zenobia señaló la puerta de un edificio que tenía dibujada una jarra con dos asas sobre la puerta.

—¿Qué hacemos?

—Llama.

La puerta estaba cerrada y el general dio dos fuertes palmadas sobre la madera. Nadie respondió, de modo que volvió a golpear, ahora con más contundencia todavía.

—¿Quién llama a esta casa? —se oyó preguntar a una voz desde el interior.

Giorgios miró a Zenobia demandando una respuesta.

—La reina —se limitó a musitar Zenobia, para que sólo lo oyera Giorgios, a la vez que le indicaba con la mano que amplificara su respuesta.

—La reina de Palmira —respondió el ateniense con tono rotundo.

Tras unos instantes en silencio, la puerta se abrió apenas un palmo y una asustada cara masculina se asomó al exterior. Los ojos de aquel rostro se abrieron como dos lunas llenas cuando comprobaron que en la calle, frente al portal, aguardaba en pie la reina Zenobia, que se había descubierto la cara y se había retirado la capucha de la cabeza, y a su lado el general griego que dirigía la caballería acorazada palmirena. No había nadie más, ningún soldado armado, ningún criado, sólo algunos paseantes que atravesaban la calzada presurosos en dirección a sus faenas.

—Se... señora... ma... majestad... —El hombre que había abierto la puerta estaba tan asombrado que apenas podía articular palabra.

—¿Eres el dueño de esta casa?—preguntó la reina.

—Sí, sí... Mi nombre es Mogino, soy orfebre.

—Yo soy Zenobia, reina de Tadmor; me acompaña Giorgios de Atenas, general de mi caballería. ¿Podemos pasar?

—Bueno, en estos momentos mi casa no es..., me refiero a que estamos celebrando una fiesta...

El orfebre estaba completamente atorado.

—¿Y no te gustaría que tu reina participara de ella?

—No se trata de una fiesta familiar, sino de una... ceremonia religiosa, mi señora.

Mogino temblaba como si estuviera aterido de frío.

—No estás cometiendo ningún delito; en mi reino están permitidos todos los cultos.

—Claro, claro, pasad, mi señora, general...

Mogino abrió la puerta e inclinó la cabeza ante la reina. Luego se asomó al exterior, volvió a comprobar que los dos visitantes estaban solos y cerró tras él.

En el patio de aquella casa había unas ochenta personas. Uno de los laterales se había abierto incorporando al patio una amplia zona cubierta que en su día debió de ser un almacén o tal vez una cuadra. Allí se había colocado una mesa de altar cubierta con un paño, a modo de lugar presidencial.

Los asistentes a la ceremonia se abigarraban por todo el espacio disponible, orientados hacia el altar. Cuando Mogino les anunció que aquella hermosa mujer era la reina Zenobia, un sentido rumor se extendió por todo el patio.

Una dama de elegante presencia, vestida con una túnica azul y con el cabello cubierto por un velo blanco, se acercó hasta ella.

—Mi nombre es Maroua, señora, soy la esposa de Mogino. Sé bienvenida a esta humilde casa, y tú también, general.

—Me ha dicho tu esposo que estáis celebrando una fiesta, ¿podemos participar en ella?

—Somos cristianos, señora. Se trata de la eucaristía; sólo los cristianos podemos...

—No pretendo molestaros.

—Venid, señores; acomodaos aquí. Mi marido estaba a punto de consagrar el pan y el vino.

—Te lo agradecemos.

Maroua acompañó a Zenobia y a Giorgios hasta un banco y les indicó que se sentaran.

—Puedes continuar con la eucaristía —le dijo a su esposo.

Mogino se colocó una estola sobre los hombros y un pañuelo sobre la cabeza y se situó detrás de la mesa del altar, sobre la que había una gran hogaza de pan recién horneado, una jarra de vino y una copa de plata.

Pronunció unas palabras rituales de espaldas a los asistentes, luego se volvió hacia ellos, alzó los brazos y rezó una oración. A continuación tomó la hogaza de pan, la bendijo dibujando en el aire con su brazo la señal de una cruz, y dijo:

—Tomad y comed, este es el cuerpo de Jesús, nuestro Dios, que se hizo hombre y habitó entre nosotros.

Y la partió en pedacitos que se fueron distribuyendo entre todos los asistentes al ritual.

Después alzó la copa, en la que había vertido el vino de la jarra, lo bendijo y añadió:

—Bebed todos de ella, porque esta es la sangre de Cristo, la sangre de la alianza que se derramó por todos para el perdón de los pecados.

El sacerdote bebió un sorbito y pasó la copa para que los demás hicieran lo propio.

Fue entonces, mientras Giorgios observaba cómo pasaba aquella copa de mano en mano, cuando reparó en las paredes del patio y del cobertizo. Se percató de que estaban completamente cubiertas con pinturas al fresco en las que se representaban las historias que se relataban en el libro sagrado de los cristianos. En todas las pinturas aparecía la misma figura: un hombre barbudo en la plenitud de la edad, vestido con una túnica al estilo de Palmira, al que en una de las escenas se le veía caminar sobre las olas del mar, en otra dirigirse a una multitud de fieles, en otra cargar con una cruz y en la que estaba tras el altar aparecía crucificado, con una corona de espinas sobre la cabeza, y un lettero sobre la cruz con una inscripción de cuatro letras en griego: « INRI ».

Zenobia había seguido la eucaristía con atención. Al finalizar el ritual, Mogino se persignó y se quitó la estola y el pañuelo, que besó antes de plegarlos cuidadosamente y recogerlos.

—¿Esto es todo? —preguntó Giorgios sorprendido por la sencillez de la ceremonia.

—No lo sé —se limitó a responder Zenobia.

—Hemos acabado la eucaristía, señora. Ahora comeremos todos juntos para festejar el día del Señor. Estáis invitados a nuestro banquete —les dijo Maroua.

—Te lo agradecemos.

—Acompáñame, señora.

Zenobia y Giorgios fueron ubicados en el lugar preferente, junto a Mogino y Maroua. En unos instantes varios hombres prepararon unos tableros y unos bancos y las mujeres sacaron de la cocina fuentes de barro repletas de cordero guisado con salsa de hierbas y hortalizas hervidas, hogazas de pan, bandejas de frutas confitadas y pasteles de harina fritos en aceite de oliva, rellenos de pistachos, dátiles y almendras, y jarras de vino rojo del valle del Orontes.

—Dicen algunos sacerdotes de Bel que pretendéis acabar con los dioses de Palmira. ¿Es eso cierto? —le preguntó Zenobia a Mogino.

El obispo, pues ese era el cargo eclesiástico que ostentaba Mogino, estaba masticando un pedazo de cordero y al escuchar la pregunta de Zenobia casi se atragantó.

—Humm..., señora, nosotros..., pretendemos adorar a Dios en paz.

—Pero no admitís que pueda haber otros cultos.

—Dios es único, señora, no hay otro dios, no existen otros dioses.

—Pero si no estoy mal informada, vosotros creéis en una tríada de divinidades, ¿no es así?

—¡Oh, no! Eso es una calumnia que han inventado herejes como Pablo de Samosata y sus tercios seguidores. Los verdaderos cristianos creemos que Dios es uno y trino a la vez. Un único Dios pero Tres Personas distintas, dotadas de la misma naturaleza divina, porque fue Dios mismo quien se hizo hombre en la persona de Jesús, a quien engendró María, para habitar entre nosotros, en tanto el Espíritu nos acompaña para protegernos del mal y guiarnos en las tinieblas. Ese es el verdadero mensaje cristiano.

—Pues los seguidores de Pablo de Samosata sostienen lo contrario: aseguran que sois vosotros los que habéis inventado un nuevo cristianismo y los que habéis alterado la doctrina del fundador, de ese tal Jesús, al que habéis convertido en un dios cuando sólo fue un hombre.

—Pablo de Samosata es un adefesio —afirmó Mogino.

—¿«Adefesio»? ¿Qué significa esa palabra? —demandó Zenobia.

—Es una expresión que utilizamos para calificar a los que no dicen sino disparates y despropósitos. Este término proviene de la carta que el apóstol Pablo de Tarso dirigió a los efesios, los habitantes de la ciudad de Efeso, *ad efliesios* en latín, en la que les exhortaba a desterrar la mentira y a comportarse como sabios y no como necios.

» La Iglesia de Cristo, mi señora, es la integrada por sus fieles y a ellos nos debemos los que hemos sido designados como obispos para regirla. Pablo de Samosata actuó en beneficio de sus intereses particulares y en contra de la fe verdadera, y por ello fue condenado como hereje y apartado de su ministerio como patriarca de Antioquía.

—¿Sabes que Pablo es uno de mis consejeros y procurador *ducenti* de Antioquía?

—Sí, mi señora, claro que lo sé, pero esa circunstancia no me impedirá que manifieste la verdad.

—Aunque te cueste la prisión por hablar así de un consejero real.

—El apóstol Pablo nos enseña en sus epístolas que la verdad nos hace libres; prefiero morir con la verdad en mi boca y en gracia de Dios a vivir hundido en la mentira y en la falsedad al margen de la verdadera Iglesia.

—Algunos cristianos han sido condenados a muerte por sus aseveraciones.

—Sí, sabemos que en Roma, en Cartago, en Alejandría y en otras ciudades de África, Hispania, la Galia e Italia han sido ejecutados, a veces tras crueles tormentos, algunos hermanos cristianos; los tribunales romanos los han condenado como delincuentes, pero nosotros los consideramos mártires porque su sangre es la fértil semilla que hará brotar legiones de nuevos creyentes que engrosarán las filas de nuestra Iglesia. Por cada uno de nuestros mártires que muere en las arenas de un anfiteatro o de un circo, son decenas los nuevos cristianos que se incorporan a nuestras comunidades.

—De modo que si mueres por Cristo, te conviertes en un mártir y contribuyes a la extensión de lo que llamáis la Iglesia.

—Así es, mi señora. El mártir es un testigo de Cristo y con su ejemplo siembra y engrandece nuestra fe, pero con su muerte alcanza la santidad y el Paraíso, donde goza de la felicidad suprema ante la presencia eterna en el seno del Señor Nuestro Dios.

—¿En eso consiste vuestro cielo y vuestra felicidad, en admirar eternamente a vuestro dios?

—Sí, pues no existe mayor satisfacción que contemplar Su hermoso rostro por toda la eternidad.

—¿Crees que merece la pena morir por eso?

—Por supuesto, señora; todos los cristianos lo creemos, estamos convencidos de ello.

—¿Y qué ocurre con los que no van a ese cielo? —preguntó Zenobia.

—Los impíos arderán en el fuego del Infierno, en la gehena, y sufrirán para siempre los más terribles tormentos.

—Vuestro dios parece más cruento que los dioses de Palmira.

—Dios es amor y perdona los pecados cometidos en la Tierra por sus fieles, a los que colocará a su derecha en el Juicio Final y en el Paraíso por toda la eternidad. Pero también es justo, y por ello condenará al fuego eterno a los que lo nieguen y a los que no cumplan sus mandamientos, los revelados por los profetas, los apóstoles y los evangelistas.

Mogino parecía convencido de lo que estaba diciendo, y hablaba de Dios con los ojos muy abiertos, como iluminado por una especie de arrebató místico. Su

voz ya no temblaba ante la reina y sus palabras fluían con la firmeza y la seguridad de quien está convencido de tener la posesión de la verdad. Su esposa Maroua lo miraba arrobada, con los ojos serenos de la mujer que admira al hombre con el que ha decidido compartir toda su vida. Entre tanto, Giorgios aparentaba escuchar con atención la conversación entre la reina y el obispo, pero en el interior de su cabeza sólo había sitio para imaginar cuándo sería la próxima vez que le haría el amor a Zenobia.

Mediado el banquete, unos golpes sonaron en la puerta de la casa; una voz potente y plena de autoridad conminaba a que la abrieran inmediatamente. El jefe de la comunidad cristiana fue avisado de la presencia del general Zabdas, que amenazaba con derribar la puerta si no la abrían al instante.

Zenobia se dirigió al atrio, pidió que abrieran la puerta y se asomó a la calle. Zabdas estaba plantado en medio de la calzada, equipado con la coraza y el casco de combate, la espada en la vaina, con los dos pies bien asentados en el suelo, las piernas abiertas y los brazos en jarras. Su rostro mostraba una mezcla de enfado y preocupación. A su lado se habían desplegado medio centenar de soldados.

—Mi buen Zabdas, ¿a qué viene este escándalo? Tadmor es una ciudad tranquila y sus ciudadanos desean que así lo siga siendo. ¿Por qué esta alteración?

El general se quedó pasmado ante la serenidad de la reina.

—Mi señora, la escolta que tenías asignada regresó al cuartel y, en fin, yo pensé que había algún problema...

—Mis amigos Mogino y Maroua, los dueños de esta casa, me han invitado a comer. Me acompaña el general Giorgios; él es mi escolta. Puedes retirarte tranquilo a tu casa, general. Yo deseo acabar el banquete.

—Sí, mi señora, pero dejaré a la puerta media docena de hombres por si necesitas alguna cosa.

—Hazo si así te sientes más confortado, pero aquí no corro ningún peligro.

Zabdas llenó sus pulmones de aire, saludó a su reina inclinando la cabeza y, de mala gana, ordenó a sus hombres que lo siguieran, dejando a seis de ellos custodiando la entrada de la casa del obispo de los cristianos palmirenos.

Atardecía cuando Zenobia decidió regresar a palacio. Tras el banquete, los cristianos habían cantado salmos e himnos de un libro que decían que había sido escrito por el rey judío Salomón, el que fuera considerado como el más sabio de los hombres. Uno de los cristianos aseguró que el gran santuario de Bel en Palmira era una copia exacta del templo que Salomón había ordenado construir en la ciudad sagrada de Jerusalén y que fuera destruido por los asirios hacía casi mil años, y que muchas de las tradiciones de Palmira estaban basadas en la colección de las antiguas escrituras sagradas que veneraban tanto los judíos como los cristianos.

Zenobia y Giorgios se despidieron de los dueños de la casa con afecto y

saludaron a los soldados del retén, que se pusieron de inmediato a sus órdenes.

—La reina desea regresar a palacio; dos de vosotros id por delante y los demás seguidnos a una distancia prudente —les ordenó.

—No creo que se coman a los niños —comentó Zenobia mientras enfilaban la calle perpendicular a la gran avenida.

—¿Cómo dices?

—Que estos cristianos no parecen peligrosos, sus ritos y creencias son muy simples; salvo ese intrincado enigma que llaman la Trinidad.

—Los sacerdotes de Bel opinan que son una amenaza para Palmira y si las cosas se complican no dudarán en incitar a la plebe para que les causen dificultades.

—Sobre todo si confunden Palmira con sus intereses particulares. Iré a apaciguar los ánimos de los sacerdotes del santuario de Bel; están muy nerviosos por lo que creen una feroz competencia de los cristianos.

Siguieron caminando, cada vez más despacio conforme se iban acercando a palacio, como si ninguno de los dos quisiera llegar a su destino para no separarse del otro.

El inmenso recinto de piedra ocre enfoscada y pintada en colores intensos del santuario de Bel se recortaba rotundo en el cielo azul purísimo de Palmira. La reina había enviado un mensaje a su sumo sacerdote, el taimado Elabel, para avisarlo de que se disponía a visitar el templo.

El pequeño sacerdote la aguardaba bajo el inmenso pórtico de ocho columnas rematadas con capiteles tallados según el estilo de Corinto. Había sido construido a instancias de Tiberio, el segundo emperador de Roma, quien así había querido plasmar la estrecha alianza entre el Imperio y las tribus árabes del desierto sirio. Había sido levantado en el centro de lo que hasta entonces no era sino una modesta aldea de casas de adobe y de barro. Su traza era obra de un arquitecto de origen griego procedente de Antioquía, que lo había construido siguiendo modelos griegos, sirios y romanos, intentando crear un edificio que fuera la síntesis de lo que pretendía significar la entonces nueva ciudad de Palmira.

En torno a ese santuario, e imitando sus formas arquitectónicas y su magnificencia, fue creciendo la ciudad, que unos pocos años más tarde ya se había convertido en la más opulenta de todo Oriente.

Todas las paredes estaban decoradas con elementos ornamentales en forma de hojas de palmera, de acanto, de piñas y de otro tipo de plantas y de motivos geométricos, modelos de los que otros arquitectos y escultores habían cincelado en las fachadas del resto de edificios. Aquel complejo tan vasto se había construido en apenas trece años, lo que todavía se recordaba como muestra de la grandeza y el poderío de la Roma de los primeros césares.

Precedido por dos jinetes que portaban los emblemas reales de Palmira, el carro de Zenobia apareció ante el pórtico del santuario; lo conducía Kitó, equipado con armadura y casco de estilo griego que lo hacían parecer el mismísimo Aquiles revivido. Zenobia iba a su lado, vestida con una túnica púrpura y adornada con sus mejores joyas, entre ellas el sorprendente broche de oro y lapislázuli en forma de caracol, y se tocaba con su casco de ceremonia en plata sobredorada rematado con las dos plumas de halcón.

Tras el carro, sobre dos poderosos caballos de guerra, cabalgaban los generales, Zabdas y Giorgios, con armaduras doradas y cimeras rematadas con garras de león el palmireno y de águila el griego, y, por fin, un destacamento de soldados y una carreta con presentes para el santuario.

—Sé bienvenida a la morada de Bel, mi reina. —Elabel se inclinó ante Zenobia, que subió los peldaños de la escalinata del pórtico de dos en dos.

El resto de los sacerdotes se tumbó en el suelo y Elabel, contra su deseo, se vio obligado a hacer lo mismo. Al sumo sacerdote no le gustaba que la soberana de Palmira fuera venerada como lo hacían los persas con sus reyes, y que ante su presencia todos los hombres tuvieran que tumbarse en espera de que se les concediera permiso para incorporarse. Elabel creía que una adoración semejante debería quedar reservada para honrar a los dioses inmortales.

—Te traigo algunos regalos. —Zenobia alcanzó con extraordinaria agilidad el último de los escalones; tras ella iban los dos generales.

Unos esclavos portaban cajas cargadas de piezas de seda, copas de plata y candelabros y pebeteros de bronce que entregaron a los sacerdotes, a los que Zenobia había autorizado a ponerse en pie.

La comitiva entró en el recinto, atravesó el patio y se dirigió al sancta sanctorum.

—Hemos colocado los ídolos de los dioses Arsu y Azizu en un lugar preferente del santuario, ahí mismo. —Elabel señaló a la izquierda del templo donde había dos nuevos pedestales con las estatuas de esos dos dioses montados respectivamente sobre un camello y un caballo—. Te pedimos autorización para erigir a nuestra costa dos esculturas semejantes, una sobre la puerta de Dura Europos y otra en la de Damasco.

—Muy listo ese Elabel. Arsu y Azizu son dos de los dioses preferidos por la mayoría de los palmirenos, porque son las deidades protectoras del comercio. Arsu, el que monta el camello, defiende a los comerciantes de las caravanas que proceden o parten hacia el este, a Persia, India y China, y Azizu lo hace con los que van hacia el oeste, hacia Siria y Egipto. Con ese gesto, ese gordito pelón quiere ganarse el afecto de los mercaderes y dejar claro que sus fortunas las salvaguardan los dioses que se veneran en este santuario, a los que tendrán que agasajar con generosos donativos si quieren seguir contando con su protección —bisbisó Zabdas al oído de Giorgios.

—Donativos que es el propio Elabel quien controla —añadió el ateniense.

—Puedes hacerlo, pero debes contar para ello con la autorización de los magistrados de Tadmor; es su competencia —le respondió Zenobia a Elabel.

—Ya lo he hecho, señora, y lo han aprobado; sólo falta tu permiso. Este templo ha sido visitado por emperadores y reyes. El divino Adriano paseó bajo estos pórticos hace siglo y medio y el augusto Odenato le otorgó notables privilegios y dádivas, pero nunca vieron sus paredes mayor majestad que la de la reina Zenobia, soberana de Palmira y de Oriente. Que nuestros dioses te sean propicios, ¡oh señora!, para que sigas conduciendo a Tadmor a la mayor de las grandezas que jamás pudo soñar.

Los sacerdotes aclamaron a Zenobia, y unas doncellas aparecieron portando unas canastillas con pétalos de las primeras flores de la temporada, que arrojaron a sus pies dibujando una senda de colores hasta la misma entrada del sancta sanctorum.

Los relieves esculpidos en los enormes frisos mostraban a los dioses de Palmira rodeados de camellos, caballos, palmeras, parras repletas de racimos de uvas y granados cuajados de sus frutas. En un friso había un relieve en el que tres mujeres participaban en una especie de procesión en la que un camello transportaba un betilo sagrado; sus rostros estaban cubiertos con velos. Aquella escena esculpida en piedra le recordó a Giorgios su estancia en la ciudad de La Meca. En otros se veían escenas con los dioses de Grecia y de la profunda Arabia; allí estaban claramente identificados Eros, Afrodita o Cupido, y animales de los relatos heroicos como el caballo alado *Pegaso*, tallados por las manos de los escultores griegos contratados durante decenios para embellecer el santuario.

—Aquí tienen cabida todos los dioses, mi señora. Nuestras creencias permiten la convivencia de todos ellos en armonía, una armonía que nadie debería alterar. Sacrificaremos una novilla y dos corderos para que las cosas sigan siendo así para siempre. —El sumo sacerdote acabó su discurso cantando un himno a Bel, al que se unieron enseguida las voces de sus colegas.

En el lugar preparado para los sacrificios, un altar al aire libre, un experto matarife degolló a la novilla y a los dos corderos, cuyas patas estaban sujetas con cordeles; la sangre de los animales brotó roja y espesa sobre una enorme losa de mármol. El matarife abrió las tripas de los tres animales y un sacerdote examinó las entrañas, desparramadas sobre el mármol. Tras comprobar el aspecto de los intestinos, el corazón y el hígado, concluyó que eran propicios para ofrecerlos a los dioses. Entonces, todos los sacerdotes presentes cantaron himnos de alabanza a Bel y a los demás dioses de Palmira, ofreciéndoles aquellos animales de cuya carne darían buena cuenta más adelante.

Tras presenciar el sangriento ritual, Zenobia le pidió a Elabel que la acompañara a un lugar discreto bajo los enormes pórticos, donde nadie pudiera escucharlos.

—He hablado con algunos cristianos de Palmira.

—En ese caso habrás comprobado su maldad...

—Esos cristianos no constituyen en ningún peligro. Creen en un solo dios, aunque dicen que está formado por tres personas diferentes, algo tan extraño que ni siquiera sus sacerdotes son capaces de explicar con precisión, y celebran un culto muy sencillo en el que creen estar comiendo la carne de su dios, que no es otra cosa que pan de trigo, y bebiendo su sangre, que identifican con un poco de vino tinto rebajado con agua.

—Ahora son pocos, pero crecen deprisa, y si algún día logran ser mayoría acabarán con todos los que no crean en su hombre-dios. Su religión es excluyente: no admite otros cultos, no admite otros dioses, no admite otras creencias. Son una amenaza, señora, una terrible amenaza para nuestras tradiciones, para nuestro modo de vida, para todo cuanto significa Tadmor.

—Descuida, Elabel, esta ciudad sabrá sobrevivir a esos cristianos.

—Sería mejor si no existieran.

—Su fe es tan profunda que para ello deberíamos exterminarlos, y no conseguiríamos sino que se reprodujeran más deprisa todavía. Algunos emperadores romanos los han perseguido y lo único que han logrado es que con la sangre de sus mártires, como llaman a los que mueren en defensa de su fe, su número aumente más y más. No, la represión de los cristianos no mejoraría las cosas.

Elabel torció el labio y calló; desde luego, si por él hubiera sido, haría tiempo que los cristianos habrían desaparecido de Palmira.

*Palmira, último día de primavera de 270;
1023 de la fundación de Roma*

Unos mercaderes persas de paso por Palmira habían pedido permiso a Zenobia para realizar un sacrificio a Ahura Mazda, el dios solar más venerado en el Imperio de los sasánidas.

Se trataba de festejar el solsticio de verano, el día más largo del año, aquel en el que el sol alcanza la mayor altura en el horizonte. Zenobia autorizó el rito, que se celebraría en las afueras de la ciudad, cerca de la zona de las tumbas construidas en forma de torre.

Ese mismo día algunos romanos también celebraban la fiesta del Sol invicto, con unos ritos similares a los del solsticio de invierno, el día más corto del año, cuando el sol comenzaba a remontar su camino en el cielo.

Zenobia había manifestado su interés por asistir a la ceremonia ritual de los persas, y le pidió a Giorgios que la acompañara con una pequeña escolta en la que también se encontraba Kitot.

Tuvieron que madrugar bastante, pues la ceremonia debería celebrarse durante el amanecer, justo en el momento en que el sol despuntaba en el horizonte.

La reina y su escolta salieron de palacio cuando las estrellas todavía titilaban en la oscuridad del cielo y sin que se atisbara aún el menor indicio de resplandor en el horizonte. Se dirigieron a caballo al lugar de la ceremonia, que localizaron enseguida por el fulgor de una gran hoguera encendida durante la noche como culto al fuego, y se ubicaron cerca del altar que habían levantado dos días antes para el ritual del amanecer solar.

Los mercaderes persas habían preparado una tosca mesa de piedras en la vaguada entre las dos colinas rocosas salpicada por numerosas torres-sepulcro, orientada de tal manera que quedaba frente al lugar por donde salía el sol, justo sobre el palmeral.

Pese a la hora tan temprana, hacía calor y ni un soplo de viento refrescaba la tórrida madrugada. Cuando llegaron Zenobia y su séquito, los persas saludaron a la reina y comenzaron los preparativos.

Sobre la mesa que servía de altar habían colocado una copa, una jarra y una bandeja de plata. Uno de los mercaderes orientales se cubrió la cabeza con un paño blanco y comenzó a recitar unas oraciones en la lengua ancestral de los persas. En su voz atiplada aquella oración sonaba como una melodía monocorde. Giorgios pensó que se trataba de una manifestación de duelo pero, en realidad, estaba invocando la protección del dios solar para todos sus adoradores.

Otro de los persas encendió un pebetero en el que ardieron unos leños, y los demás se arrodillaron vueltos hacia el este a la vez que repetían los cánticos del sacerdote.

Mientras cantaban y adoraban al dios del sol, la tenue luz del oeste se fue haciendo cada vez más intensa.

—¿Qué dicen? —preguntó Giorgios.

—No lo sé; no entiendo su lengua —respondió Zenobia.

Kitot, al que ambos miraron, también se excusó alzando los hombros en un claro signo de ignorancia.

—Algunos de los soldados que sirven en las legiones de oriente celebran un culto muy parecido a este en los campamentos del Danubio. Adoran al dios Mitra, bajo cuya protección se coloca la mayoría de los enrolados en el ejército del *limes*. Lo hacen con especial devoción el día del solsticio de invierno; en esa ocasión, y pese al frío de esa época del año en la provincia de Panonia, se reúnen centenares de legionarios y repiten oraciones con sonidos tan fúnebres como estos —explicó Giorgios.

—¿Mitra es tu dios? —le preguntó Zenobia.

—Por mi origen griego, mis dioses deberían ser los que habitan en el Olimpo, y a ellos adoré e hice ofrendas en mi juventud. Los jóvenes atenienses

acudíamos a ceremonias religiosas a lo largo de todo el año y en ellas rendíamos culto a todos los dioses olímpicos. Pero sí, tras enrolarme en el ejército me habitué al culto a Mitra. El día del solsticio de invierno encendíamos hogueras, sacrificábamos corderos, bebíamos los mejores vinos que podíamos encontrar y nos acostábamos con mujeres en una orgía que duraba toda la noche, hasta que el amanecer nos sorprendía ateridos de frío y borrachos en cualquier vereda o arrebujaos bajo una manta abrazados a algunas de aquellas muchachas.

» Luego nos bañábamos en las heladas aguas del Danubio justo al alba y nos sentíamos purificados y limpios con los primeros rayos del sol sobre nuestros cuerpos.

—Pablo de Samosata me dijo en una ocasión que para convertirse en cristiano es necesario bautizarse con agua, para así lavar todos los pecados y poder ser acogido en la comunidad limpio de todo mal. ¿Haciais lo mismo vosotros?

—Tal vez la razón para el baño matutino fuera la misma, pero te aseguro que ese tal Cristo no tenía nada que ver con el culto que celebrábamos en honor a Mitra.

La claridad ya era la suficiente como para poder distinguir un rostro a varios pasos de distancia. El negro firmamento estrellado fue tornando poco a poco de un color morado oscuro a otro añil, y casi de repente la mayoría de las estrellas se desvanecieron como si una mano gigante las hubiera borrado para dejar tan sólo al planeta Venus, que lucía en la aurora como un botón de plata.

Enseguida el cielo se tornó rojizo, y más deprisa anaranjado, y por fin estalló el sol, rasgando el horizonte como una rueda de fuego amarillo navegando sobre un mar celeste y liso. La luz se derramó sobre Palmira e inundó de una brillante claridad la vaguada de la necrópolis de las torres, que dibujaron sus sombras rotundas y oscuras sobre la arena ocre del desierto.

En ese momento el sacerdote persa alzó los brazos y pronunció con voz muy alta y clara una nueva oración que fue respondida por sus acólitos. En el pebetero de hierro los leños ardían, pero su resplandor comenzó a ser destronado por el sol triunfante que ascendía despacio hacia lo alto del cielo.

—Decía Platón que el Sol encarna la idea suprema del bien; y así debe de ser porque su salida, pese a que se produce cada día, nos anonada y nos transmite la vida y la fuerza de su calor; al menos de ese modo lo he notado —comentó Giorgios.

—Así es —añadió Zenobia, que había abandonado la creencia en los dioses tradicionales de Palmira para creer en un solo dios representado por ese mismo sol.

El persa que oficiaba como sacerdote vertió en la copa de las libaciones el líquido de la jarra de plata, la alzó ofreciéndola al Sol y luego dio un trago. Después partió pedazos de una hogaza de pan que había colocado sobre la

bandeja cubierta con un paño y los fue entregando a sus compañeros, que los comieron con devoción, y después bebieron el líquido de la copa que pasaron de mano en mano.

—¿Has visto? Han hecho lo mismo que los cristianos en esa ceremonia que llaman eucaristía.

—Sí, pero no parece que se trate del mismo ritual. Esta gente adora al Sol y los cristianos adoran a un hombre-dios que no duda en castigarlos si no cumplen sus deseos.

Acabado el rito, el oficiante se acercó hasta Zenobia, inclinó la cabeza ante ella y la saludó con respeto.

—Mi señora, lamento no poder ofreceros nuestro pan y nuestro vino, pero una vez sacrificados en ofrenda a Ahura Mazda sólo pueden ser consumidos por quienes se han iniciado en su culto.

—¿Sois cristianos?

—¡Oh, no, mi señora! Nuestra religión es más antigua y mucho más tolerante. Los cristianos, como los judíos, no admiten otra cosa que no sean sus dogmas. Nosotros no creemos en ningún hombre-dios, sino en Ahura Mazda, el hacedor de todo bien, y en su poder celestial.

—Pues vuestro rito es muy semejante al de los cristianos —insistió Zenobia.

Capítulo XXVIII

*Palmira, verano de 270;
1023 de la fundación de Roma*

Aquella primavera Antioco Aquiles no regresó a Palmira. El que fuera socio del padre de Zenobia había recibido la encomienda de controlar con discreción el gobierno de Egipto, cuyo virrey era Anofles, el sumo sacerdote del templo de Apis en Alejandría.

Aquileo, el sobrino de Antioco, fue el encargado de informar a la reina de que ambos habían iniciado el viaje de vuelta a Palmira, pero al atravesar el delta del Nilo, Antioco había contraído unas fiebres malignas, tal vez por haber bebido agua encharcada, suponía el joven, y había fallecido tras varios días de lenta agonía.

Lo había enterrado en un hipogeo en una necrópolis de la ciudad de Pelusium, en el extremo oriental del delta, y había entregado un generoso donativo a los sacerdotes de un templo cercano para que realizaran varias ceremonias fúnebres por su alma.

Zenobia lloró la muerte de su padrino que, carente de hijos, en su testamento le legaba la mitad de su fortuna y dejaba la otra mitad a su sobrino Aquileo. Antioco Aquiles poseía una gran casa en el barrio ubicado en la zona posterior del santuario de Bel, de calles rectas y bien urbanizadas donde se asentaban algunas de las villas de los más ricos patricios de Palmira. La casa era amplia, con un gran patio central porticado al que se abrían varias habitaciones pavimentadas con mosaicos que representaban motivos mitológicos griegos. En el centro del patio, junto a una estatua en bronce del dios Hermes, el de los pies alados, protector del comercio y mensajero de las demás deidades del Olimpo, brotaba un chorro de agua de un caño de bronce que alimentaba un pequeño estanque.

Al recibir la herencia de Antioco, Zenobia dispuso que el cadáver de su padrino fuera recuperado de su enterramiento en Pelusium y trasladado a Palmira enseguida. Ordenó a Aquileo que regresara a Pelusium con varios empleados y que se encargara de ello. Puso a su disposición una escolta compuesta por una docena de soldados.

Entre tanto, las obras de refuerzo en la muralla sur estaban casi listas. Roma seguía sin reaccionar ante la declaración de independencia de Palmira y no daba señales de poder hacerlo. Su flota en el Egeo había sido aniquilada por Zabdas y Antioco ante el delta del Nilo el año anterior y no existía ninguna legión operativa completa y fiel a Roma en todo Oriente. Escuadrones de caballería enviados por Zabdas desde Damasco, Edesa y Apamea sometieron a la autoridad de Palmira las costas del sur de Anatolia; todas las provincias orientales del Imperio, salvo Grecia y Bitinia, en la costa norte de Anatolia, estaban bajo la soberanía de Zenobia, cuyo poder se extendía hasta las proximidades de la mismísima ciudad de Bizancio, en el estrecho del Bósforo.

Una nueva desgracia se sumó a lo que parecía el final irremediable del Imperio. Claudio II, triunfante en varias batallas contra los godos, pero que se había atascado en el transcurso de sus campañas contra los bárbaros en la frontera danubiana, enfermó de peste y murió. Los legionarios del *limes* del Danubio proclamaron de inmediato como nuevo emperador a Quintilio, hermano de Claudio. Estas noticias llegaron a Palmira apenas tres semanas después.

Las traían agentes al servicio del mercader Miami, un comerciante palmireno astuto y audaz que comerciaba desde hacía varios años a lo largo del curso del río Danubio y lo hacía por igual con los bárbaros que con los romanos. Carente de escrúpulos y dotado de una absoluta desvergüenza, se movía sin problemas en medio de las regiones más inestables del Imperio y gozaba de una especie de patente de inmunidad para comerciar con medio mundo en las condiciones más difíciles que pudieran imaginarse. Conocido de todos y amigo de nadie, Miami era un extraño individuo cuyas actividades comerciales eran consentidas por todos, que le dejaban hacer porque era capaz de suministrar a unos y otros cualquier cosa que necesitaran.

Por ello, Zenobia lo había convencido, ayudada por una buena bolsa de monedas de oro, para que actuara como correo e informador de Palmira de cuanto sucedía en las fronteras del Danubio, de manera que sus agentes podían transmitir en apenas quince días cualquier circunstancia que se produjera en el *limes* del norte, especialmente si se detectaban movimientos de tropas legionarias hacia el este. Para ello utilizaban los caballos más veloces, los barcos más rápidos e incluso palomas mensajeras que volaban con mensajes cifrados entre los puestos de los agentes que Miami tenía dispersos entre Asia y el Danubio.

—Si los romanos albergaban algunas esperanzas de recuperarse con ese tal Claudio, ya pueden olvidarlas. Vivió en algunas batallas a los godos, pero murió de peste sin lograr ninguno de los propósitos que prometiera al ejército y al Senado. Las cosas siguen igual, o peor si cabe, para Roma. El Senado ejerció el poder imperial durante unas semanas la pasada primavera pero, al fin, las legiones del Danubio eligieron como nuevo emperador a Quintilio, hermano menor de Claudio, al que proclamaron augusto en una ciudad italiana llamada

Aquileia; creían que tendría la determinación de su hermano, mas no tardaron en averiguar que era un pusilánime. Apenas duró poco más de dos semanas como emperador. Los mismos oficiales que le impusieron la púrpura lo depusieron al comprobar su incapacidad y, acobardado, se quitó la vida cortándose él mismo las venas, tal vez « ayudado » —Longino puso énfasis en esta palabra— por su médico, o al menos eso dicen que hizo al enterarse del nombre del nuevo emperador. Todavía no ha sido ratificado por el Senado, pero hace seis semanas, en la ciudad de Sirmio, el ejército ha nombrado como augusto a un tribuno de la VI Legión Gálica, un tal Aureliano...

—¿Aureliano? —Zenobia interrumpió a su consejero.

—Lucio Domicio Aureliano. Se trata de un soldado veterano y, al parecer, eficaz oficial de caballería... —intentó continuar Longino, de nuevo interrumpido, ahora por Giorgios.

—¿Lucio Domicio Aureliano! —se sorprendió el general griego.

—¿Lo conoces? —le preguntó Zenobia.

—Sí, y mucho. Fue mi comandante en uno de los escuadrones de los que formé parte en mis primeros años de servicio en la defensa de la frontera en el Danubio. Se trata de un soldado que alcanzó el rango ecuestre por méritos de guerra. Ha ocupado todos los puestos en el escalafón del ejército. Ha sido legionario, decurión, centurión, tribuno, prefecto, inspector de campo, general y comandante en jefe de la caballería imperial. Sabe bien, por tanto, qué significa el ejército. Además, lo considero un notable estratega, firme y decidido, un hombre educado en y para la milicia. A los jinetes que integrábamos su escuadrón de caballería nos obligaba a llevar siempre nuestras armas limpias y pulidas, « brillantes como el sol », nos decía, la ropa en buen estado y el calzado resistente y cuidado. Nos conminaba a no gastar nuestra paga en las tabernas ni con las prostitutas y no dudaba en azotar al soldado que causara el menor litigio en su escuadrón. Y no cesaba de hablarnos de los elevados valores que encierran la disciplina y la conducta recta. Sin ser todavía tribuno, ejerció ese papel en varias ocasiones, e incluso el de general de su legión, supliendo la ausencia de estos con eficacia y buen oficio. Recuerdo que en una ocasión, siendo vicario, sustituyó a un senador en su papel de tribuno; se trataba de Ulpio Critinio, al que se le tenía en gran estima porque se le consideraba descendiente del emperador Trajano. Por cierto, la hija de ese senador se convirtió en la esposa de Aureliano. Creo que, por una vez, los romanos han elegido bien a su nuevo emperador.

—¡Claro, Aureliano! —Zabdas terció de pronto—. ¿No lo recuerdas, señora? Sí, es aquel oficial romano que se presentó en Palmira, hará ahora unos diez años, para anunciar que el emperador Valeriano había sido capturado por los persas. Lo recibió tu esposo, y tú, señora, estabas presente. Odenato le dijo que tenía aspecto noble, y él respondió orgulloso que su padre fue legionario y su madre una sacerdotisa en un templo de culto al Sol en no sé qué provincia

romana. Se mostró muy seguro de sí mismo y aseguró con firmeza que Roma solventaría todas las dificultades por las que atravesaba.

—Sí, ahora lo recuerdo; me pareció un tipo engreído, poco interesante. Hablaba con una cantinela cuartelera aprendida de memoria y recitaba su discurso como un mal actor —dijo Zenobia.

—Pues ese mal actor ha sido entronizado como *dominus et deus* —continuó Longino.

—¿Señor y dios? ¿Con esos dos títulos lo han proclamado emperador?

—Así es, mi señora. Con ello, los soldados han querido colocar a uno de los suyos por encima del resto de los mortales, dejando claro que quien manda en Roma es el ejército y que su destino depende de las legiones —aclaró el conserjero real.

—Aureliano no ha nacido en Italia; es un ilirio, pero os aseguro que se comporta como el más leal de los patriotas romanos. Y pelea como un león; yo lo he visto combatir en numerosas ocasiones. Es un jefe que, además de batirse en primera línea con fuerza y valor, da ejemplo y sabe transmitir a sus hombres la voluntad y el carácter necesarios para alcanzar la victoria —añadió Giorgios.

—¿Es de familia ilustre? —preguntó Zabdas.

—No; su linaje es humilde, de manera que los cronistas oficiales de Roma procederán de inmediato a inventarse una genealogía que supla la humildad de su origen. No sé qué cuentos fabularán sus biógrafos oficiales, pero imagino que ignorarán que su padre fue un simple colono al servicio de un rico senador llamado Aurelio. Cuando lo conocí como comandante de caballería, entonces de servicio en la IV Legión, él decía haber nacido en Sirmio, la gran ciudad de Iliria, pero en realidad vino al mundo en una misera aldea de la Dacia, al norte del Danubio.

—Ocurre a veces que hombres ilustres nacidos en humildes lugares de nombre desconocido dicen haber visto su primera luz en la ciudad más cercana, porque así se consideran de cuna más alta —comentó Longino.

—Yo mismo he oído a algunos griegos afirmar haber venido al mundo en Atenas cuando sus madres los parieron en pequeñas aldeas del Ática o de la Tesalia, y conocí a un centurión, que perseguía a cuantos muchachos se ponían a su alcance y que se jactaba de ser autor de versos ripiosos y horriblos, que aseguraba ser natural de la noble ciudad de Córdoba, en Hispania, la patria del filósofo Séneca, cuya presunta pose altiva y elegante pretendía imitar en vano, aunque en realidad había nacido en una perdida aldea de una rústica región perdida en las montañas del interior de esa provincia —dijo Giorgios.

—Sea cual sea su lugar de origen, lo cierto es que Aureliano está dispuesto a asentar su autoridad en Roma, contener las algaradas bárbaras en el Danubio y restituir el dominio del Imperio en Oriente —resumió Longino.

—Le enviaremos una embajada solicitando un tratado de paz —añadió

Zenobia.

—¿Y si lo rechaza?

—No podrá hacerlo. Esta misma semana acuñaremos en Palmira, en Alejandría y en Antioquía una serie de monedas con el nombre de mi hijo Vabalato. ¿Qué leyenda sugieres que acompañe a su nombre, Longino? ¡Ah!, que sea una leyenda que moleste a los romanos, en latín, claro.

—¡Hum! —El consejero real torció el gesto—. Propongo que en una cara de la moneda esté impreso el rostro de Vabalato con la leyenda *Vabalathus Vir Consularis Rex Imperator Dux Romanorum*, con su busto laureado con diadema, y en la otra el de Aureliano con la leyenda *Imperator*. Con ello, Palmira reconoce a Aureliano como emperador en Roma, pero mantiene la defensa de la legalidad de Vabalato como emperador en Oriente, título tal cual se concedió por parte del Senado y el pueblo romanos a su padre Odenato.

—Así lo haremos —dijo Zenobia.

—No será suficiente. Aureliano no es un diletante como Galieno, ni siquiera un irreflexivo como Valeriano; el ilirio no compartirá el poder con nadie, te lo aseguro, mi señora —añadió Giorgios.

—¿Podremos soportar un ataque de Roma? —le preguntó Zenobia a Zabdas.

—Señora, Palmira es ahora más poderosa que nunca, y no estamos solos. Desde el Egeo hasta el Eufrates y desde el Ponto hasta el Nilo, decenas de ciudades, provincias y regiones os aclaman a ti y a tu hijo Vabalato como señores legítimos. Si ese tal Aureliano decide atacar Palmira, tendrá que vérselas con todo Oriente, y no creo que Roma esté en condiciones de hacerlo. No tendrá más remedio que dialogar y admitir nuestra propuesta —terció Zabdas.

—No estés tan seguro de eso, mi buen general —dudó Zenobia—. Egipto nos mostró su sumisión, pero si esos orondos sacerdotes que lo manejan a su antojo ven peligrar sus rapadas cabezas no dudo que tornarán su fidelidad a Palmira, la que ahora nos demuestran con tanta euforia, por la lealtad a Roma, y lo harán demostrando un entusiasmo similar. Y en cuanto a las ciudades..., todas ellas están en manos de egoístas aristocracias locales que sólo atienden a sus intereses inmediatos. Un Oriente unido, Zabdas, no existe, es tan sólo un sueño...

—Pero es el sueño de Zenobia —intervino Giorgios—. Tal vez tengas razón, mi señora, y las ciudades y pueblos de Oriente no se mantengan leales a Palmira si las cosas se tuercen y Roma regresa por aquí con sus legiones, pero tú eres la soberana de Oriente, y te obedecerán. No sólo eres Zenobia de Palmira, también eres Cleopatra de Egipto, Dido de África y Berenice de Palestina.

—Os lo agradezco; agradezco a todos que estéis a mi lado. Enviaremos esa embajada ante Aureliano y veremos qué responde. Entretanto, no descuidéis la defensa y manteneos alerta.

Durante las últimas semanas del verano y las primeras del otoño, Zenobia recorrió el norte de Siria y el sur y el este de Anatolia para someter a los gobernadores que, asustados ante la noticia del nombramiento del nuevo emperador de Roma, habían mostrado reticencias a la hora de acatar la autoridad de Palmira sobre las provincias orientales del Imperio.

Se desplazó con todos sus consejeros salvo Longino, que se quedó en Palmira. El historiador y consejero áulico Calínico Dutorio escribía las proezas de la reina y cómo, ante su presencia, se sometían regiones y ciudades enteras de Cilicia, Capadocia, Pamfilia y Galacia; Zabdas y Giorgios encabezaban el ejército y Nicómaco tomaba nota de los impuestos que las tierras sometidas deberían pagar a su nueva reina.

Sólo la región de Bitinia, en el norte de Anatolia, se negó a renunciar a su fidelidad a Roma, y las ciudades de la costa del Egeo, algunas tan ricas y poderosas como Mileto, Halicarnaso, Efeso o Pérgamo, se mantuvieron en una indefinida posición, sin mostrar acatamiento a Palmira pero a la vez sin declarar lealtad a Roma; sin duda, esperaban a ver qué decidía hacer Aureliano y hacia qué lado se decantaba el futuro.

Sobre su carro de guerra chapeado de láminas de plata, que conducía Kitot, Zenobia se desplazó por las calzadas construidas por Grecia y Roma, de ciudad en ciudad de Asia, hasta Ancyra, encabezando la caballería pesada y los regimientos de arqueros palmirenos que se presumían invencibles tras haber derrotado a los persas en Mesopotamia y a los romanos en Egipto.

Mientras el ejército de Zenobia ocupaba Ancyra, la ciudad ubicada en el centro de Anatolia, en la que confluían varios caminos, se recibió la noticia de que los sacerdotes del templo de Júpiter Hammon, en la ciudad de Bosra, en el norte de la provincia de Arabia, habían celebrado una ceremonia en la que habían rogado a los dioses que restablecieran en Oriente el poder de Roma y acabaran con la tiranía de la que denominaron « usurpadora de Palmira ».

La reina Zenobia, en cuanto tuvo noticia de lo ocurrido en Bosra, ordenó al ejército regresar a Siria. A toda marcha, los generales Zabdas y Giorgios se presentaron en Bosra al frente de varios regimientos de catafractas y arrasaron el templo de Júpiter Hammon. Los sacerdotes que se habían rebelado fueron ejecutados; sus cuerpos se pudrieron al sol y sus restos los devoraron las alimañas.

Tras las conquistas de Egipto y de Asia y el escarmiento aplicado a los rebeldes de Bosra, Zenobia fue aclamada por todos como la reina guerrera y reverenciada como la soberana de todo Oriente. El sueño de Cleopatra y Marco Antonio si parecía ahora posible.

Tras los triunfos en Asia Menor y Siria y la extensión del dominio del Imperio de Palmira a casi todas las provincias de Asia y de Egipto, la reina regresó a su ciudad sumida en una honda preocupación.

Los primeros meses del reinado de Aureliano habían constituido una serie de continuos desastres para Roma, pues el nuevo emperador, pese a su fama de belicosidad y dureza, había sido vencido por los yutungos, un pequeño pueblo bárbaro, en una batalla librada en el norte de Italia. Aquella derrota hubiera supuesto el fin de un efímero reinado para cualquiera, pero Aureliano había reaccionado bien y con nuevas tropas de refresco llegadas desde el Danubio se había tomado la revancha: en dos batallas consecutivas arrasó a esos molestos bárbaros, a los que casi eliminó como tribu tras ejecutar en una cruel masacre a todos los yutungos que capturó.

Repuesto tras sus victorias, había viajado a Roma, donde había tomado una decisión asombrosa.

—El emperador Aureliano ha ordenado levantar una muralla para proteger el caserío de Roma; rodeará todos los barrios de la ciudad y será la más fuerte jamás construida —anunció Longino ante el Consejo Real de Palmira, presidido por la reina Zenobia y por su hijito Vabalato.

El niño estaba sentado a la derecha de su madre y vestía el manto púrpura y la corona de oro de laurel propia de los emperadores.

—Tienen miedo —dijo Zenobia.

—Nosotros también hemos construido una muralla, mi señora... —alegó Zabdás.

—Nuestra muralla se ha levantado como defensa del Imperio frente a la amenaza de los persas; sus piedras constituyen el bastión de la civilización. La muralla de Roma es el muro del miedo. La capital del Imperio, desde que lo es, jamás se había protegido tras unos muros. Roma era la dueña del mundo y su carencia de defensas constituía un claro mensaje de que a nada ni a nadie temía. Pero ahora Aureliano ha hecho ver a ese mismo mundo que Roma está temerosa, que por primera vez no está segura de seguir siendo su dueña absoluta e invencible.

Zenobia estaba bellísima; vestía una túnica de seda amarilla bordada con encajes de piedras preciosas, regalo del rey Sapor I como presente por la firma del tratado de paz entre Persia y Palmira, y se había colocado sobre la cabeza la diadema imperial de oro, engarzada con enormes perlas y rubies de la India. Giorgios la miraba embobado; ya no podía, ni siquiera en público, disimular la atracción que sentía hacia aquella mujer, que le había despertado una pasión tal que lo estaba consumiendo en silencio.

—Hay más. Aureliano ha actuado de manera muy generosa en Roma. Para ganarse a la plebe, siempre tan veleidosa, ha repartido enormes cantidades de carne de cerdo y de vino, subvencionando el precio de esos alimentos, ha cambiado la ración mensual de trigo que recibían los romanos por una ración diaria de pan y ha devuelto a Roma las espectaculares y grandiosas ceremonias del pasado. Ahora recibe a los embajadores y legados en su nuevo palacio, ubicado en los antiguos huertos de Salustio, donde ha ordenado que se planten unos extraordinarios jardines, y lo hace vestido de púrpura, con dos cohortes de la guardia pretoriana desplegadas ante el palacio imperial en un gran semicírculo, con sus oficiales más leales a caballo junto a él y todo lleno de estandartes e insignias con las águilas doradas de las legiones bordadas en oro en banderolas con los mástiles de plata —continuó Longino, que resumía el informe de los embajadores enviados a Roma, quienes acababan de regresar con la respuesta de Aureliano a la propuesta de paz de Zenobia.

—Quiere dar la impresión de que Roma sigue siendo poderosa —insistió Zenobia.

—Pero Aureliano ejerce la plena autoridad. Me informan nuestros embajadores que mientras ellos estaban allí, aguardando su respuesta, resolvió algunas revueltas utilizando el ejército de manera contundente. Si es necesario, es capaz de provocar un torrente de sangre, una buena muestra de su determinación.

—O de su crueldad —intervino Giorgios ante las palabras de Longino.

—En ocasiones, general, la crueldad es imprescindible cuando se ejerce el poder y se soporta sobre los hombros la responsabilidad del mando —afirmó Zenobia con absoluta frialdad.

Sólo Giorgios la entendió; le estaba diciendo que si no le permitía visitar su lecho con más frecuencia era porque ella se debía a Palmira y no estaba dispuesta a que el amor o cualquier otro sentimiento la desviaran de su misión y de su oficio. El ateniense apretó los dientes y maldijo para sí no haberse encontrado con aquella mujer en otro lugar, en otras circunstancias, tal vez incluso, en otro tiempo.

—¿Cuál es la respuesta de Aureliano a nuestra propuesta de paz? —Zenobia y a la sabía, claro, pero le preguntó a Longino en voz alta delante de la corte para seguir el ceremonial, copiado en parte de la etiqueta de palacio de los persas.

—Nuestros embajadores no han logrado una firma en un decreto imperial, pero Aureliano les ha comunicado de palabra que Roma no tiene la intención de declarar la guerra a Palmira.

—Eso no es suficiente; necesitamos una firma en un tratado formal, no una mera declaración de intenciones.

—Pues no disponemos de esa firma, mi señora.

—En ese caso, deberemos prepararnos para la guerra —terció Giorgios.

Acabado el consejo, los generales Zabdas y Giorgios se dirigieron caminando hacia el cuartel general del ejército palmireno. Aquella mañana de otoño era muy calurosa. El sol, amarillo y ardiente, brillaba con toda su fuerza en un límpido cielo azul celeste. Por la tarde se esperaba la llegada de una gran caravana procedente de Ctesifonte, cargada con productos riquísimos de la India, China y las lejanas islas del Océano Índico.

Zabdas se acercó a un puesto de comida abierto a la calle y adquirió dos empanadas de carne picada aromatizada con cardamomo, pimienta y salsa de sésamo. Pagó con dos piezas de cobre y le ofreció una de las empanadas a Giorgios.

—No tengo apetito —dijo el ateniense.

—Bohra cocina las mejores empanadas de carne de Palmira; deberías saberlo. Das un bocado y ya no puedes parar. No es necesario tener hambre para comer una de estas.

Zabdas le dio un buen mordisco a la suya y animó a Giorgios a hacer lo mismo con la propia.

—¿Qué tipo de carne es esta? —preguntó el ateniense.

—Cría de camello, la más sabrosa. Bohra macera durante tres días la carne en leche especiada y luego la soasa para que suelte la grasa sobrante antes de picarla, especiarla, empanarla y freiría en aceite puro de oliva. Así es como consigue que la carne quede jugosa y tierna por dentro y la pasta de la empanada crujiente por fuera.

—En una taberna de Atenas llamada *Las delicias de Mnemosina*, la madre de las nueve musas a la que dejó preñada Zeus, muy cercana precisamente al templo de Zeus Olímpico, servían unos pasteles semejantes. Los rellenaban con carne de cerdo mezclado con berenjenas, cebolla, ajos y varios tipos de hierbas aromáticas, tomillo, orégano y romero, y le añadían queso de cabra frito. Hace mucho tiempo que nos los pruebo, pero recuerdo todavía cuán sabrosos eran.

—Aquí no tendrían éxito; los árabes no comemos cerdo.

—Ya me he dado cuenta de eso; vosotros os lo perdéis. La carne de cerdo es sabrosa y nutritiva, y se aprovecha todo el animal. Los griegos preferimos el jamón, el lomo y el costillar, asados a fuego lento con hierbas, pero a los romanos les encantan la tetina frita en aceite y empapada de miel, las manitas deshuesadas, hervidas y rellenas con el hígado, las orejas y morros fritos y servidos con salsa de uvas y, sobre todo, los riñones, el corazón y los pulmones refritos con cebolla y ajos.

—El cerdo transmite muchas enfermedades; nosotros lo consideramos un animal inmundo.

Giorgios se encogió de hombros y siguió masticando su empanada.

—Aureliano no tardará en venir a por nosotros —soltó de pronto mientras

contemplaba la sabrosa empanada, dorada y crujiente, recién frita en aceite de oliva.

—¿Crees que no lo sé? Hace meses que espero ese momento. En la embajada iba uno de mis informadores. En Roma averiguó por su cuenta lo que se estaba tramando y se enteró de que Aureliano no ha hecho sino intentar ganar tiempo para preparar un ataque a Palmira. Está retirando pequeñas unidades de algunas legiones de la frontera del Danubio y las está concentrando en el norte de Grecia. Sabe que ahora mismo no puede con nosotros. En las actuales condiciones, un ataque a Palmira resultaría un suicidio, pero sus agentes están tratando de cerrar acuerdos con magistrados de ciudades de Anatolia, Egipto y Siria para que, llegado el momento, se pasen de nuevo al lado de Roma y abandonen la lealtad jurada a Palmira.

—Su posición es débil.

—Todavía..., pero se refuerza por momentos. No tengo la menor duda de que cuando se considere lo suficientemente preparado vendrá aquí para reclamar su dominio sobre todo el Imperio. Tenías razón: Aureliano no está dispuesto a compartir con nadie el gobierno del mundo y hará todo cuanto esté en su mano por ser el único emperador. Me temo, amigo, que pronto regresaremos al campo de batalla.

—Somos soldados; la guerra es nuestro oficio y debemos estar preparados para ello. —Giorgios dio otro mordisco—. En efecto, ese Bohra cocina las mejores empanadas de Palmira.

—No tiene ningún secreto. Simplemente utiliza aceite de oliva sin mezclar con grasas sospechosas y lo cambia a menudo, carne fresca de camellos muy jóvenes y la cantidad oportuna de especias para que potencien el sabor pero no camuflen la frescura y la calidad. Sencillo.

—No todos los mesoneros lo hacen así.

—En Palmira, sí. En esta ciudad se come mejor que en ninguna otra parte del mundo. Aquí los hosteleros no te engañan, como suele ocurrir en otras ciudades. La carne de los rellenos es la que se pregona y siempre está en buenas condiciones; y si alguna pieza se estropea, se echa de inmediato a los perros.

Zabdas tenía razón. Los magistrados de Palmira velaban porque todos los productos que se consumieran en la ciudad, fueran o no alimenticios, estuvieran en unas condiciones excelentes. Palmira se había ganado a pulso su reputación de centro de comercio donde no había lugar para la estafa ni el engaño. Los oficiales del Concejo de la ciudad recorrían permanentemente tiendas y mercados para comprobar que nadie promovía fraudes ni en la calidad ni en la medida de las mercancías. De este modo los palmirenos se habían ganado la confianza como mercaderes honrados y serios en todas las partes donde comerciaban. Palmira era la ciudad más cara de todo Oriente, tal vez de todo el mundo, pero quien compraba en cualquiera de sus bazares podía estar seguro de

que no lo habían estafado.

—¿Y cuándo crees que ocurrirá? —Giorgios dio el último bocado a la exquisita empanada y se chupó los dedos.

—¿A qué te refieres?

—Al ataque de las legiones romanas.

—Aureliano se ha consolidado en el poder y, por lo que me han contado, creo que se hará con toda la mitad occidental del Imperio. Calculo que eso le llevará dos años, tal vez tres a lo sumo; será entonces, con sus espaldas cubiertas, cuando venga a por nosotros. Además de un soldado arrojado y un luchador muy valeroso, está demostrando una notable habilidad política. Miami me ha enviado un mensaje en el que me informa de que uno de los usurpadores de la Galia, un tal Victorino, ha sido misteriosamente eliminado (sin duda la larga mano de Aureliano ha estado muy cerca de esa ejecución), y de que ha cerrado un acuerdo de paz con la tribu de los sármatas, que como bien sabes son muy buenos jinetes, por el cual dos mil miembros de ese pueblo han pasado a formar parte de la caballería auxiliar de las legiones V Macedónica y XIII Gemina. Si no me equivoco, sobre esas dos legiones está construyendo Aureliano la base del ejército con el que piensa recuperar Oriente.

—¿Crees que podremos con ellos?

Zabdas miró a Giorgios con cierto aire de resignación.

—He combatido codo con codo con los romanos y contra los romanos. ¿Recuerdas la batalla de Tebas durante la conquista de Egipto? Aquellos esforzados legionarios sólo eran dos cohortes y nosotros conformábamos una legión completa, con dos batallones de catafractas y varios regimientos con los mejores arqueros del mundo. Sabían que no tenían la menor oportunidad de victoria y, pese a ello, salieron a campo abierto, formaron la tortuga, nos plantaron cara y se dirigieron directos hacia una muerte segura.

—Ese día Kitot se bastó para abrir una buena brecha en aquella maraña de escudos y lanzas.

—Ese loco armenio... Debí haberlo crucificado allí mismo.

—Fue muy valiente y nos facilitó el camino a la victoria.

—Fue un insensato; pero sí, menuda fuerza tiene ese cabrón malnacido.

—Su actitud en esa batalla me recordó a la del gigante Ajax de Telamón, en algunos de los combates que Homero narra en la *Iliada*, peleando ante las puertas de Ilión, aplastando troyanos con su maza de guerra...

—Una maza no; una lanza de madera de fresno y de bronce, esa era el arma que utilizó Ajax en la guerra de Troya.

—¿Has leído a Homero? —Se sorprendió Giorgios ante la precisión que le hizo Zabdas—. En una ocasión me dijiste que eras un soldado, y que los libros...

—Un general tiene que conocer tácticas de combate, y es en algunos libros donde se aprenden.

—Claro, claro...

—En cualquier caso, en la batalla siempre hay que obedecer las órdenes del general que la dirige. Kitot obró por su cuenta, y en esa ocasión tuvo éxito; Ajax también venció a los Troyanos pero luego enloqueció, decidió vengarse de los suyos y acabó matando vacas y ovejas creyendo que eran soldados aqueos, para luego suicidarse con su propia espada, clavándosela bajo la axila.

—¡Vaya, también has leído a Sófocles!

—En una ocasión asistí a la representación de una de sus tragedias en el teatro de Palmira y allí fue donde aprendí cómo se quitó la vida Ajax.

*Palmira, mediados de otoño de 270;
1023 de la fundación de Roma*

El cadáver de Antioco Aquiles, embalsamado al modo egipcio, fue enterrado al fin en la necrópolis sur de Palmira. El que fuera socio del padre de Zenobia no tenía familia y no se había preocupado de construirse una tumba en vida. Solía decir que nadie lo aguardaba más allá de la muerte y que, en consecuencia, él tampoco esperaba encontrarse con nadie.

Zenobia había enviado a Aquileo a buscar el cadáver a Egipto, y cuando lo trajeron a Palmira ordenó que lo inhumaran en la tumba familiar que había ordenado excavar Zabaii ben Selim, donde estaban enterrados los padres de la reina y sus hermanos pequeños, muertos al poco de nacer. Aquileo no se negó. Los restos de Antioco fueron colocados en un nicho cerca de la entrada de la tumba. Zenobia lloró ante la lápida que cubrió el sepulcro, en la que se podía leer una simple inscripción en griego y palmireno que decía: «Antioco Aquiles, de nación griega, reposa aquí. Amó a Palmira. Que la tierra le sea leve». Y recordó que en una ocasión, durante un funeral al que asistió en el valle de las tumbas, mientras los sacerdotes celebraban el ritual, Antioco Aquiles, al que nunca le había interesado qué había más allá de la vida, y, en consecuencia, ni se había molestado en prepararse una sepultura, le citó al oído una sentencia que el sabio griego Anaxágoras de Clazomenas pronunció a la vista de la inmensa y lujosa tumba del rey Mausolo de la ciudad de Halicarnaso: «Una rica tumba es la imagen de una fortuna petrificada». Aquileo, el sobrino del mercader, lloraba la muerte de su tío, pero la mitad de sus bienes llenaban ya su abultada bolsa.

Mientras regresaban a Palmira tras el sepelio del mercader, Zabdas y Giorgios comentaron el duelo de Aquileo.

—Me parece que ese joven no era sobrino de Antioco —supuso Giorgios.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Zabdas.

—¿Viste u oíste alguna vez a Antioco hablar de mujeres?

—No...

—Nunca lo hizo, no estaba casado y no tuvo mujer alguna conocida; y por lo que sé, jamás visitó los burdeles de Palmira.

—Bueno, hay algunos hombres que han decidido ser célibes toda su vida. Tal vez era Antioco uno de ellos —dijo Zabdas.

—Creo que Aquileo era su amante, y que se inventaron esa historia del sobrino.

—¿Estás seguro?

—Sí, pero no puedo demostrarlo. Sé que vino reclamado por Antioco, y que lo hizo tras un viaje del mercader a las islas griegas del Dodecaneso. Allí debió de conocerlo. Pero ya no importa nada: Antioco está muerto y Aquileo posee la mitad de su fortuna.

—Es un hombre muy sereno y callado, parece incapaz de matar a un escarabajo.

—No te fíes. Estos tipos tan calmados llevan dentro una fiera que suele despertar en algún momento.

Capítulo XXIX

Palmira, finales de otoño de 270; 1023 de la fundación de Roma

Poco antes de que acabara el año según el cómputo romano, y cuando se conocieron los rumores de que Aureliano había ordenado a sus generales que evaluaran la posibilidad de un ataque masivo e inmediato sobre Palmira, Zenobia convocó en la Sala de Banquetes del ágora a los consejeros del reino, a los magistrados del Consejo urbano y a los sumos sacerdotes de todos los templos de la ciudad; a instancias de la reina, los allí reunidos ratificaron por unanimidad un decreto real por el cual el joven Vabalato era investido con los títulos de cónsul, duque de los romanos y emperador.

La noticia de aquel nuevo desafío para Roma no tardó en llegar a conocimiento de Aureliano, que impartió órdenes tajantes para acelerar todo lo posible la preparación de las legiones y lanzar una gran ofensiva sobre Oriente. Cuando sus generales le preguntaron cuál sería el objetivo de aquella campaña, Aureliano no lo dudó y se limitó a contestar con contundencia: « Palmira ». De nuevo fue un agente de Miami quien, reventando caballos, sin apenas descanso y tras recorrer mil quinientas millas en treinta días, trajo la noticia a Palmira: Aureliano había conseguido derrotar a todos los bárbaros en la región del Danubio, había pacificado la frontera norte del Imperio, había firmado acuerdos de paz y treguas con varias tribus germánicas y se preparaba para encabezar una gran expedición militar con destino a Oriente.

Longino mostraba un gesto serio y un semblante sombrío.

El filósofo había sopesado lo que se les venía encima y procuró convencer a la reina de que quizá fuera el momento de intentar de nuevo acordar un tratado de paz con Roma, aunque para ello hubiera que ceder en algunas concesiones.

—Roma es como el Ave Fénix, mi señora. Cada cierto tiempo se inmola para resurgir de sus cenizas con más fuerza; lo hizo con la República, tras la caída de la monarquía, y luego con Augusto, al forjar el Imperio; parecía que tras los reinados del cruel Calígula y del veleidoso Nerón se desharía, pero Trajano y Adriano la colocaron en la cumbre de su poder, y algo similar parecía que iba a

ocurrir a la muerte de Marco Aurelio con el desdichado gobierno de su hijo Comodo; pero tras casi un siglo de zozobras y revueltas, de sucesiones de emperadores ineptos y de pronunciamientos militares, ha llegado Aureliano y en apenas unos meses ha restablecido el poder y el prestigio del emperador y de las legiones. Tal vez debamos plantear una nueva relación con el Imperio —propuso Longino.

La reina Zenobia, que había escuchado atenta los razonamientos de su consejero, maestro y preceptor, reflexionó durante unos instantes. Se acercó a la balaustrada que cerraba hacia el sur la terraza del jardín de palacio, desde donde se divisaba la ciudad de Palmira, se apoyó en ella y, sin dejar de contemplar su amada ciudad, dijo:

—Ya le ofrecimos firmar una paz duradera, y la rechazó. No he conquistado Egipto, Siria y Asia para nada. Soy, y tú lo has argumentado con razones y demostrado con hechos, reina legítima de todo Oriente. No, no voy a renunciar a mis derechos y no voy a consentir que esos mismos derechos le sean privados a mi hijo Vabalato, heredero de mi esposo Odenato, a quien el Senado y el pueblo romanos concedieron el título de augusto y a quien han jurado fidelidad las provincias y ciudades de Siria y de Egipto. La soberanía no se discute; prefiero morir como soberana de Palmira que vivir como sierva de Roma.

—La situación ha cambiado, señora. Aureliano no es uno más de esos pusilánimes e ineptos emperadores que se han sucedido como efimeros cometas en las últimas dos generaciones. Tuviste ocasión de comprobar su determinación cuando visitó Palmira como simple oficial de una legión. Ahora se ha convertido en emperador y está ejerciendo como tal, y, por lo que sé, lo hará hasta las últimas consecuencias. Los ojos de todos los ciudadanos del Imperio están puestos en él, y todas las esperanzas de los romanos están depositadas en su gobierno. Pacificado el *limes* del Rin y del Danubio, Roma puede movilizar contra Palmira diez legiones al menos, tal vez doce. No podremos detener a una fuerza semejante.

—Los generales Zabdas y Giorgios tal vez piensen lo contrario; disponemos de tres legiones bien equipadas y magníficamente entrenadas, y todavía podemos recabar la ayuda de los persas. Hemos acordado la paz con Sapor y podemos intentar sellar una alianza militar que podría ayudarnos a vencer a Aureliano. Hablaré con el rey de Persia. Le haré saber que si Palmira cae en manos de Aureliano, el próximo objetivo de Roma será Ctesifonte. No tendrá más remedio que llegar a un pacto con nosotros.

—Convendría enviar por delante a un agente secreto para que hablara con Kartir, el consejero real de Persia; ese hombre siempre ha estado inclinado a un pacto con Palmira. Su opinión es muy influyente y Sapor suele guiarse por sus consejos.

—De acuerdo, que un mensajero hable con ese tal Kartir, pero será el

general Giorgios quien acuda a Ctesifonte para cerrar esa alianza con Sapor.

Zenobia recabó la presencia inmediata de sus dos generales, que se presentaron en palacio enseguida.

—Longino está convencido de que Aureliano nos atacará muy pronto y de que no podremos vencerlo. Plantea revisar nuestra relación con Roma y ceder en nuestras posiciones. ¿Cuál es vuestra opinión?

—Aureliano no firmó la propuesta de paz que le remitimos el pasado verano. El Senado romano no aceptará ningún acuerdo que no pase por la sumisión incondicional de Palmira a Roma y la reintegración de todas las provincias de Oriente a su imperio. Mi propuesta es que debemos afirmar nuestra posición y plantar cara a Aureliano si decide venir contra Palmira —aconsejó Zabdas.

—Estoy de acuerdo, mi señora; la firma de un tratado supondría que Aureliano considera a Palmira en plano de igualdad con Roma, y si así lo hiciera, el Senado o el ejército, o ambos a la vez, lo depondrían de inmediato. Como ya sabes, serví a las órdenes de Aureliano en la IV Legión, y a su lado comprobé que, tras la victoria, no acepta otra cosa que la rendición incondicional del enemigo. Recuerdo ahora que en una ocasión, poco antes de que nos dispusiéramos a librar una batalla contra los godos, nos arengó a los jinetes a su mando con una encendida alocución en la que alegó que sólo había dos salidas a aquella situación: victoria o muerte —ratificó Giorgios.

La reina miró a sus dos generales.

Zabdas tenía cincuenta años; su barba y su densa cabellera, antaño completamente negras, estaban cuajadas de mechones grises, y los surcos del tiempo habían tallado profundas arrugas en su rostro atezado por el sol y el viento del desierto; mantenía buena parte de su legendaria fortaleza, pero sus músculos y no eran tan resistentes como antes. En sus oscuros ojos todavía podía atisbarse un destello del imposible amor que seguía sintiendo por Zenobia.

Giorgios, a sus treinta y cinco años, estaba en la plenitud de su vigor, aunque las primeras canas comenzaban a perlar sus sienes; nunca se había dejado barba, ni siquiera durante las campañas militares en Mesopotamia y en Egipto. Sus ojos no podían evitar un destello de deseo cada vez que miraban el cuerpo de su amada.

—Vabalato y yo os debemos este reino; decíme, ¿qué puedo hacer?

—Tu destino es el nuestro, señora —asumió Zabdas.

—Sabes que haré cualquier cosa que me pidas —le dijo Giorgios.

—¿Tenemos alguna oportunidad de victoria ante un ataque de diez legiones de Roma? —demandó la reina.

Los dos generales guardaron silencio. Al fin, Zabdas habló:

—Sólo una, aunque muy remota: que el ejército de Sapor combata a nuestro

lado.

—Sí, esa es nuestra única posibilidad —ratificó Giorgios.

—Quiero que vayas a Ctesifonte. He enviado a un mensajero para que tenga informado a Kartir, sumo sacerdote y el personaje más influyente en aquella corte. Te entrevistarás con él y con Sapor y les ofrecerás la firma de una alianza militar contra Roma. A cambio de ese tratado, compensaré a Persia con la entrega de las tierras de Mesopotamia hasta cincuenta millas al sur de Dura Europos —le dijo Zenobia.

—Eso significa renunciar a todas nuestras conquistas entre el Tigris y el Eufrates —intervino Zabdas.

—Pero a cambio de conservar todas las tierras entre el Eufrates y el Nilo, y la propia Palmira —replicó Zenobia.

—¿Sabéis que Arbaces me propuso matrimonio? Tal vez si lo aceptara como esposo sería más fácil esta alianza con el rey de los persas, aunque pasaría a ser una más de las esposas de su nutrido harén, tal vez la favorita, pero sólo una más. O incluso podría ofrecermelo como esposa del propio Sapor. ¿Os imagináis? Todo Oriente unido otra vez en un único imperio, desde Alejandría hasta la India, el reino de Alejandro el Grande convertido en realidad de nuevo.

—¿No estarás hablando en serio? No consentiré...

—No te preocupes, Giorgios —Zenobia interrumpió al general ateniense, que se había alterado ante la idea de imaginar siquiera a Zenobia en brazos de aquel ufano sátrapa o en los del rey de Persia—. No lo haré..., aunque tal vez hubiera sido ese el modo más eficaz para quitarnos de encima a Aureliano.

Aquella noche Zenobia y Giorgios durmieron juntos en palacio; mientras ellos se amaban en las habitaciones de la reina, Yarai y Kitot lo hacían en las dependencias de los esclavos. Vabalato, el joven augusto de Oriente, dormía con placidez ajeno al destino que se estaba forjando sobre el reino que algún día, como había ideado su madre, él debería gobernar.

*Palmira, últimos días de 270;
1023 de la fundación de Roma*

Pablo de Samosata, que pese a todos los líos que había originado se mantenía como miembro del Consejo Real aunque apartado de sus reuniones, estaba hecho un basilisco. Mogino, el obispo del principal y más numeroso grupo de cristianos de Palmira, había convencido a algunos de los seguidores del antiguo patriarca de Antioquía para que abandonaran su secta, y los había incorporado a la comunidad que seguía las enseñanzas del apóstol Pablo de Tarso.

Al de Samosata apenas le restaba una docena de fieles en Palmira, de modo que, desesperado y fuera de sí, se dirigió a la residencia de Mogino. El orfebre

cristiano se encontraba en su casa de la calle del templo de Baal-Shamin. Aquel día los palmirenos celebraban la fiesta del solsticio de invierno, que festejaban con un gran banquete para conmemorar que a partir de esa fecha los días comenzaban a alargarse y las noches a acortarse.

Los cristianos también celebraban ese día; algunos de ellos lo habían considerado como el día del nacimiento de su hombre-dios Jesucristo y lo recordaban con la ceremonia llamada eucaristía, muy similar, aunque de modo más solemne, a la que organizaban todos los domingos, el día de la semana que dedicaban a rendir culto a Dios.

Pablo sabía que a aquellas horas, a finales de la tarde, los Cristianos trinitarios estarían reunidos en la casa de Mogino, su obispo, celebrando esa ceremonia ritual. Al frente de sus incondicionales enfiló la calle y se presentó ante la puerta del orfebre. Golpeó con fuerza las hojas de madera y lo conminó a que saliera.

Ante los reiterados golpes de Pablo, Mogino apareció con el rostro contrito y la mirada desafiante. El obispo de Palmira identificó de inmediato al que fuera patriarca hereje de Antioquía, lo que enervó notablemente su ánimo, y lo increpó:

—¡Qué escándalo es este! ¿Cómo osas interrumpir la cena del día del natalicio de Nuestro Señor?

—¡Malditos herejes! —clamó el de Samosata—. Habéis desvirtuado el verdadero mensaje de Cristo, habéis mancillado sus palabras con vuestras mentiras y habéis confundido a los hombres de buena fe. Yo os maldigo.

En ese momento los seguidores de Pablo sacaron de entre sus túnicas largas de invierno unas cachiporras de madera y se lanzaron sobre la puerta. Con el ímpetu con que la empujaron lograron derribar a Mogino quien, junto a su esposa Maroua, intentó en vano evitar el asalto. Los que estaban en el interior de la casa tardaron en reaccionar, y no lo hicieron hasta que se percataron de que estaban siendo atacados por los que consideraban una secta de fanáticos herejes.

Cada cual se armó con lo que pudo. A los golpes que lanzaban los seguidores de Pablo, enarbolando sus estacas, respondían los cristianos trinitarios utilizando banquetas, pebeteros y todo tipo de utensilios domésticos.

Sorprendidos por la barahúnda que se había formado, algunos vecinos salieron corriendo de sus casas y gritaron en demanda de socorro.

Una patrulla de tres *diogmitai*, los policías urbanos creados a imitación de los que existían en algunas ciudades de Grecia, no tardó en aparecer. Armados con sus largas varas, trataron de sofocar la trifulca, pero les resultaba imposible imponerse ante tanta ira desatada por los dos bandos de cristianos enfrentados.

El sargento de la patrulla ordenó a uno de los *diogmitai* que partiera en busca de ayuda. El policía marchó corriendo, atravesó la calle del templo de Baal-Shamin y salió a la gran calle de columnas por la que en ese momento paseaban Zabdas y Giorgios, que se dirigían a sus casas tras haber compartido una

suculenta cena en la taberna de Bohra.

Al contemplar la alocada carrera del policía, lo detuvieron.

—¿Qué ocurre?, ¿a qué viene tanta prisa? —Giorgios sujetó por los hombros al policía, que identificó de inmediato a los dos generales.

—Ha estallado una monumental pelea en casa del orfebre Mogino, al final de esa calle. Son los cristianos; se están moliendo a palos unos a otros. Voy en busca de ayuda.

—Date prisa; nosotros acudiremos entre tanto a casa de Mogino —dijo Giorgios.

Los dos generales aceleraron el paso y a la carrera recorrieron la calle hasta que llegaron ante la casa del obispo de Palmira, que ambos ya conocían. Frente a ella se arremolinaban decenas de curiosos que intentaban escudriñar lo que ocurría en el interior, aunque con miedo a acercarse demasiado, pues varios hombres peleaban enconadamente armados con palos y estacas en la misma puerta. Escucharon gritos y chillidos y un enorme ruido, como si una banda de salvajes estuviera destruyendo aquel lugar.

Giorgios desenvainó su espada corta y cogió los pedazos de una banqueta a modo de escudo. Seguido por Zabdas, se precipitó al interior de la casa, apartando a varios de los que peleaban entre sí, y entró al patio.

En medio de la batahola, observó a Pablo de Samosata en pie sobre la mesa de piedra que hacía el papel de ara del altar en las ceremonias de aquellos cristianos empuñando una especie de cayado y gritando instrucciones a sus hombres para que propiciaran un buen escarmiento a los que no cesaba de llamar « heréticos ». Tumbado en un rincón, con una herida abierta en la cabeza, yacía Mogino, sangrando en brazos de su esposa, que sollozaba desconsolada.

Giorgios se dirigió hacia ellos apartando a varios combatientes y se interesó por el obispo, que jadeaba de dolor consolado por Maroua, quien se afanaba en evitar con un paño que siguiera manando sangre de la herida.

—¿Qué ocurre aquí? —les preguntó.

—Ha sucedido de repente; ese demonio y sus alocados acólitos —Maroua señaló a Pablo— han irrumpido en nuestra casa y han comenzado a golpearnos sin mediar palabra.

Giorgios se incorporó y buscó con la mirada a Zabdas, que trataba de restablecer la calma interponiéndose, con grave peligro para su propia integridad, entre los que peleaban. Luego miró a Pablo, se dirigió hacia él y de un ágil brinco subió sobre la mesa.

El de Samosata, que se mantenía firme a pesar de sus setenta años de edad, lo miró asombrado. Giorgios lo sujetó con fuerza por los hombros y colocó la punta de su espada en el cuello del obispo herético:

—Ordena a tus hombres que detengan la pelea o te rebano la garganta aquí mismo —le dijo sin contemplaciones.

Las palabras del ateniense sonaron con la contundencia de una orden tajante y Pablo supo que iba en serio cuando sintió el cortante filo de acero en su cuello.

—¡Quietos todos! ¡Deteneos! —gritó el anciano alzando los brazos.

La voz de Pablo ya no era tan poderosa como en sus tiempos de gran dialéctico en Antioquía, y en el tumulto apenas se escuchaban sus palabras.

Zabdas percibió lo que ocurría, cogió por el pecho a uno de los seguidores del patriarca de Antioquía y lo estampó contra una pared. Se apoderó de su cachiporra y agitándola en el aire como un molinete, tal cual había visto hacer a Kitot en algunos combates, amedrentó a cuantos peleaban a su alrededor, que se detuvieron por un momento ante la formidable figura del general.

La voz de Pablo pidiendo que cesara el combate sonó entonces más nítida y cuando todos vieron a Giorgios sobre la mesa sujetando al de Samosata y con la espada amenazando su garganta, detuvieron la pelea.

Instantes después varios *diogmitai* entraron en el patio empuñando sus largas varas.

Zabdas se puso al frente de los policías, que acataron sus órdenes en cuanto lo identificaron.

—¡A la pared! Colocad a todos esos hombres de cara a la pared —ordenó Giorgios.

Los cristianos varones, incluidos algunos muchachos, fueron alineados de cara a las paredes del patio y mantenidos a raya por los *diogmitai*, aunque algunos protestaban y parecían dispuestos a continuar la pelea.

—Desenvainad las espadas y liquidad al que se resista —ordenó Zabdas tajante.

Aquel contundente aviso fue suficiente para que se apaciguaran los ánimos de los más exaltados.

Giorgios soltó a Pablo y volvió a interesarse por Mogino, al que ayudó a incorporarse.

Pablo hizo un amago para continuar la bronca, pero con la empuñadura de una espada que le había prestado uno de los policías, Zabdas le propinó en las costillas un tremendo golpe que dejó al todavía procurador doblado y sin aliento.

—Los culpables han sido ellos; nos atacaron de improviso, fueron esos bastardos herejes... —Mogino balbució algunos insultos todavía conmocionado por el golpe recibido en la cabeza.

—El tribunal decidirá sobre este asunto —decidió Zabdas, que ordenó que todos los varones mayores de edad fueran trasladados a prisión en espera de lo que se determinara.

El tribunal de Palmira, sólo dos días después de la pelea y a instancias de Zenobia, sentenció que Pablo de Samosata era el principal responsable del

escándalo organizado el día del natalicio de Jesucristo. Acusado de alterar el orden en Palmira y de causar graves disturbios, fue depuesto de su cargo de procurador *ducenviro*, tuvo que pagar los desperfectos causados en casa del orfebre, además de abonar algunas indemnizaciones a los heridos en la pelea, y fue condenado al exilio.

Giorgios fue el encargado de comunicarle a Pablo de Samosata la sentencia; la reina Zenobia no quería volver a ver al responsable de uno de sus problemas.

—Te avisamos varias veces de que esto podría ocurrir, Pablo. La reina te ordenó que evitaras causar cualquier tipo de alteraciones, y no lo has hecho. Te has obcecado en imponer tus ideas al resto de la comunidad de cristianos y has desencadenado un grave conflicto en el peor momento para Palmira, justo cuando más necesitamos la unión de todos los habitantes de esta ciudad para afrontar la amenaza que se nos viene encima desde Roma.

—Yo sólo he pretendido que triunfe la causa justa, la verdad que nos enseñó Jesucristo, no las patrañas que han inventado esos herejes trinitarios.

—Pues te has equivocado de estrategia. No has dejado otra opción que expulsarte de aquí; y da gracias porque no te haya encarcelado. Si de mí dependiera, tus huesos se pudrirían en una mazmorra por mucho tiempo.

—Esos malditos herejes no han respetado mi dignidad de patriarca; no han dejado de insultarme y de acosarme —protestó Pablo.

—Debiste comportarte de otro modo; la reina no tenía otra alternativa ante la sentencia condenatoria del tribunal que expulsarte de Palmira —le anunció Giorgios.

—Quiero verla, ella lo entenderá —suplicó.

—Olvídate de eso. No quiere volver a verte. Tienes suerte de que te deje marchar con vida, pues lo que hiciste suele castigarse con la lapidación, de modo que agrádecele su conmiseración y aléjate cuanto antes y lo más lejos que puedas de aquí; no vuelvas a poner los pies en esta ciudad, porque si lo haces, perderás la cabeza.

—Intercede por mí, general. Tú sabes que tengo razón, que los trinitarios son heréticos, que...

—Me importan muy poco vuestras discrepancias teológicas. Yo estoy al servicio de Palmira y de Zenobia y te aseguro que, si vuelvo a verte por aquí, tu pellejo no tardará mucho tiempo en confundirse con las arenas del desierto.

—¿Crees que he sido justa con Pablo de Samosata?

Zenobia acababa de hacer el amor con Giorgios, al cual se mantenía abrazada en el lecho bajo una cálida manta de suave lana. Aquella noche, la última del año romano, hacía frío, aunque el agua de las charcas no había llegado a helarse.

—Sí, lo has sido. Ese Pablo no era sino una constante fuente de problemas. Tipos como él no saben hacer otra cosa que complicar todo aquello en lo que se meten. El exilio ha sido la mejor solución a este caso —respondió el ateniense.

—Los cristianos andan muy alterados y cada día se muestran más hostiles a cuanto no esté conforme a sus creencias. En Roma y en otras grandes ciudades del Imperio se están negando a participar en las grandes ceremonias públicas y muchos condenan el culto al emperador, lo que les ha causado no pocos conflictos. Y pese a ello, y a que algunos han sido duramente represaliados, su número no cesa de crecer. Si es cierto lo que me han informado, ya son mayoría entre los legionarios que integran la III Legión Augusta, destinada en África; incluso algunos generales han mostrado en público su condición de cristianos y han hecho alarde de ello.

—Es verdad que su número crece rápido. Lo he podido comprobar en Damasco y en Alejandría, pero la mayor parte de sus integrantes procede de la gente más pobre de esas ciudades. Los esclavos reciben con gusto el bautismo porque su hombre-dios les aseguró que en la otra vida, en su paraíso, alcanzarán la libertad y la riqueza, y los pobres porque los cristianos más ricos los convencen con limosnas y con la promesa de que, si se convierten según su rito iniciático, algún día heredarán la tierra y sus frutos.

—Sus sacerdotes les prometen la liberación de la pobreza y de la esclavitud... en la otra vida, sí, pero tantas conversiones tal vez tengan algo que ver con la veracidad de su dios —supuso Zenobia—. Pero también son cristianos algunos ricos senadores de Roma y no pocos miembros del orden ecuestre.

—Supongo que en esos casos se trata de una moda pasajera o de una excentricidad a la que tan aficionados son algunos aburridos ricachones. En el fondo, su dios no es tan diferente al resto de los dioses. También se enfada con sus fieles y los premia o castiga según se porten con él.

—Asegura el filósofo Plotino que Platón y Aristóteles, tus ilustres conciudadanos, creían en un único dios, aunque no lo expresaron abiertamente en sus obras ni en sus enseñanzas para no ser condenados por ir en contra de las creencias de los dioses de Grecia. Yo misma he leído en uno de los *Diálogos* de Platón que ese dios único, al que nombra como el Uno, es quien ha engendrado el espíritu de los hombres, y Aristóteles creía que ese único dios era el que insuflaba el alma en la materia. Quizá sea ese dios el mismo al que ellos adoran.

—Atenas ha sido una ciudad de sabios, pero, a veces, los hombres sabios también se equivocan. En mi juventud allí asistí a lecciones de filosofía en una de las escuelas en la que se debatía constantemente sobre estas cuestiones, citando siempre como referencia a Platón y a Aristóteles, para continuar sus observaciones sobre la naturaleza de las cosas. Y en algunas tesis la opinión de los dos sabios era diferente, y aun contraria; por tanto, y siguiendo el razonamiento de ambos, uno de los dos estaba equivocado.

—¡Vaya!, siempre habías dicho que no entendías de filosofía y que sólo eras un soldado.

—Todos los atenienses nos hemos encontrado alguna vez con la filosofía, es inevitable. Aunque se han cerrado algunas y ya no son tan numerosas ni están tan frecuentadas como antaño, en mi ciudad todavía siguen existiendo varias escuelas a imitación de la Academia de Platón o del Liceo de Aristóteles, donde se puede aprender la ciencia de los antiguos; aún se conmemora todos los años con gran solemnidad una fiesta dedicada a Platón, en la que durante tres días se leen en público sus discursos y se celebran competiciones de oratoria y de retórica.

»Hasta los romanos han intentado imitar al gran Platón. ¿Sabes que el emperador Galieno pretendió reconstruir una villa abandonada en la región de Campania para fundar allí una ciudad para los filósofos?

—Sí, me lo ha contado Longino; la habrían llamado Platonópolis, en honor a Platón, y en ella imperarían las leyes que el filósofo ateniense planteó en su tratado sobre *La República*. Pero ese proyecto no se llegó a ejecutar y la ciudad de los filósofos jamás se construyó.

—¿Sabes? Nunca llegarán a entenderse —afirmó Giorgios.

—¿A quiénes te refieres? —quiso saber Zenobia.

—A los cristianos y a los filósofos, claro. Esos dos grupos de gente contemplan el mundo con ojos muy diferentes. Los cristianos jamás aceptarán que su religión sea tratada como una más y los filósofos no consentirán que se imponga la fe ciega de los acólitos de Jesucristo sobre la razón de sus conciencias y la lógica de sus deducciones. No existe acuerdo posible: la razón y la fe son irreconciliables, y llegará un momento en el que el mundo tendrá que optar por una de las dos.

—Ahora no pareces un soldado, y tampoco hablas como un soldado —dijo Zenobia.

—Entre tus brazos sólo soy un pobre enamorado que cuando está contigo suplica en vano a los dioses que no pase el tiempo para que nunca llegue el momento de tener que dejarte.

Giorgios apretó a Zenobia contra su pecho y la besó. Los ojos negros de su amada brillaban en la penumbra de la habitación y sus pupilas emitían destellos dorados, reflejos de las tenues brasas que se consumían en dos pebeteros.

A la mañana siguiente Giorgios debía partir hacia Persia para convencer a los sasánidas de la conveniencia de firmar un tratado de alianza y de colaboración militar contra Roma.

Pero, hasta entonces, toda la belleza del mundo estaba en sus manos.

Capítulo XXX

Ctesifonte, en Mesopotamia, principios de 271; 1024 de la fundación de Roma

El amplio valle del Éufrates se extendía hacia el sur como una interminable cinta esmeralda surcando un paisaje ocre y gris. El general Giorgios había salido de Palmira diez días atrás y había embarcado en el pantalán de la ciudadela de Dura Europos en un bote que navegaba río abajo a través de la región de Mesopotamia, la tierra más fértil del mundo.

La embajada palmirena, encabezada por Giorgios, desembarcó en el muelle de piedra de un pequeño poblado unas treinta millas aguas arriba de Babilonia. El general pagó el peaje al barquero judío y ordenó a sus hombres que desembarcaran los caballos.

Giorgios portaba un salvoconducto emitido por la reina Zenobia y lo acompañaban en su embajada seis soldados, dos secretarios y una docena de criados y sirvientes.

Era la tercera vez que descendía el gran río; las dos primeras lo había hecho encabezando el ejército de Palmira al lado de Odenato, dispuesto a conquistar Ctesifonte para entregarla al emperador. Ahora lo hacía en busca de una alianza militar que aunara a persas y palmirenos para la defensa mutua contra los romanos.

Mientras atravesaba a caballo la zona de tierra de Mesopotamia en la que los cauces del Tigris y el Eufrates más se aproximan, Giorgios reflexionaba sobre lo fútil de la vida; hacía apenas cuatro años se había plantado ante las inmensas murallas ocre de la capital de los persas persiguiendo a Sapor en defensa de las fronteras de Roma y ahora volvía a hacerlo para demandar ayuda de ese mismo soberano al que había considerado su mayor enemigo.

Tras dos días de marcha alcanzaron a vislumbrar las murallas de Ctesifonte. La vista de aquellos muros le pareció ahora bien distinta.

Una patrulla de la caballería sasánida salió al encuentro de los embajadores palmirenos. En la capital se sabía que Giorgios estaba en camino; desde que embarcara cerca de Dura, los persas habían controlado los movimientos del

general y de sus acompañantes mediante señales de humo.

—Sed bienvenidos al imperio del rey de reyes. Mi nombre es Ardavan, capitán del trigésimo regimiento de catafractas de la guardia imperial. Tengo la misión de escoltaros hasta Ctesifonte —les dijo el jinete que encabezaba la patrulla en un perfecto arameo, aunque con un marcado acento oriental.

—Yo soy Giorgios, embajador de Palmira y delegado de la reina Zenobia en misión de paz y amistad.

—Mi rey me ordena que te escolte. Han preparado una cómoda residencia para que descanses del viaje y aguardes el momento de la audiencia real con tus compañeros.

—¿Cuándo me recibirá?—demandó Giorgios.

—La etiqueta que se aplica en el palacio real es tremendamente estricta y meticulosa; deberás aguardar una semana al menos.

—¡Una semana...! Demasiado tiempo; el mensaje que traigo es muy urgente.

—Lo siento, embajador, pero es el tiempo mínimo de espera que se requiere para una visita al rey de reyes —aclaró Ardavan—. Claro que, entre tanto, te entrevistarás con el señor Kartir, el consejero real. Me ha encargado que te comunique que te espera pasado mañana en su palacio de gobierno.

—Allí estaré.

Atravesaron los fosos y los canales que rodeaban Ctesifonte, los mismos que habían hecho imposible su conquista, y entraron en la ciudad por la puerta del Este. Dos enormes batientes compuestos por varios troncos del tamaño de una columna mediana, trabados al interior por cuerdas tan gruesas como el brazo de un hombre robusto y chapeados con gruesas placas de hierro y clavos de bronce en la cara exterior se enmarcaban entre dos torreones de piedra de al menos cien pies de alto unidos por un puente almenado desde el cual podía alcanzarse a cualquier asaltante que intentara acercarse con intenciones hostiles.

Ya dentro de los muros, Ctesifonte le pareció más grande que Palmira pero menos hermosa. El espacio protegido por las murallas, los fosos, las trincheras y los canales era enorme; un hombre a pie tardaría al menos medio día en recorrer todo el perímetro defensivo, calculó Giorgios. En el interior de las murallas se agrupaban barrios de casas miserables, poco más que cabañas de paredes de barro y techumbre de paja y hojas de palmera secas, donde se hacinaban miles de campesinos, sirvientes y trabajadores de los talleres de metal, madera, cerámica y textiles. Conforme se acercaba al centro de la ciudad, el aspecto de los edificios iba cambiando: las casas eran cada vez más grandes y lujosas, construidas con enormes bloques de piedra, muchas de ellas con fachadas decoradas con frisos de cerámica esmaltada y relieves de piedra tallados con escenas de toros, caballos y aves diversas.

Las calles estaban atestadas de gentes procedentes de todas las provincias del

enorme Imperio de los sasánidas, que hablaban en decenas de lenguas, se movían como hormigas en busca de semillas y gesticulaban como almas poseídas por un genio maléfico.

Por todas partes había tiendas abiertas en la planta baja de los edificios y puestos de venta de todo tipo de mercancías, improvisados en medio de las calles y plazas, levantados con cuatro postes, unos tablonés y un toldo.

Entre los barrios ricos y los más pobres se extendían huertos de frutales, palmeras datileras y jardines plagados de arbustos olorosos y plantas aromáticas.

—Los mejores dátiles del mundo. —Ardavan señaló orgulloso los palmerales.

—En Damasco dicen lo mismo de los suyos, pero he probado ambos y tienes razón: estos son más jugosos —reconoció Giorgios para agrado de su anfitrión.

Tras recorrer media ciudad llegaron ante unas tapias de barro gris recién levantadas que unos operarios estaban forrando con azulejos de cerámica barnizados en color azul y amarillo.

—Hemos llegado. Esta será tu residencia mientras permanezcas en Ctesifonte. Es uno de los palacios del consejero Kartir, el sumo sacerdote y consejero real, que te desea que te sientas aquí como en tu propia casa. Antes perteneció a un mercader de esclavos que se hizo inmensamente rico castrando muchachitos que luego vendía para que sirvieran en el gineceo del palacio real. Educaban a sus emasculados para convertirlos en los mejores eunucos, pero con uno de ellos se cometió un tremendo error. Según parece, le amputaron los testículos, pero le dejaron el pene intacto. El muchacho fue vendido al rey, que lo destinó a su harén. Una vez adulto, su miembro se le empinaba como una palmera en presencia de las concubinas reales y durante algún tiempo satisfizo a muchas de ellas, hasta que fue descubierto y denunciado. El rico mercader, acusado de fraude, fue condenado y despellejado vivo; salaron su cuerpo, todavía palpitante y sanguinolento, y le clavaron en el ano una estaca de madera del tamaño del brazo de un hombre adulto. El rey se quedó con este palacio para satisfacer los daños que se le habían causado y luego lo regaló a su consejero principal.

—Una prodigiosa historia —comentó Giorgios tras escuchar el relato de Ardavan—. ¿Y qué le ocurrió al eunuco?

Ardavan sonrió.

—Su cadáver fue arrojado a los perros, para que lo devoraran... salvo una parte. El pene del joven eunuco fue lo último que comió el mercader. El rey lo invitó a cenar un estofado de carne cuyo ingrediente principal era el miembro viril del eunuco. Tras ingerirlo, se le reveló lo ocurrido y lo que acababa de comer, y se ordenó que lo apresaran. El resto ya lo has escuchado.

La comitiva palmirena y sus escoltas persas atravesaron un gran portón que daba a un jardín interior salpicado de palmeras. Al fondo se elevaba un edificio de tres plantas labrado en piedra con dos gigantescos toros de terracota esmaltada

de azul flanqueando la puerta de acceso.

Los palmirenos se instalaron en las habitaciones del palacio, cada una de ellas tan grande como una casa mediana, y se sorprendieron al comprobar que los tres pisos que parecía tener el edificio en su traza exterior se reducían a uno solo, por lo que los techos de cada una de las estancias eran tan altos como seis hombres puestos uno sobre otro. Las techumbres eran abovedadas y estaban decoradas con azulejos bellísimos que dibujaban ramos de flores y esquemas geométricos muy complejos. Los suelos eran de ladrillos vidriados en verde, azul y amarillo que trazaban caprichosas formas geométricas.

—Hermoso palacio —comentó Giorgios.

—Mientras permanezcas en Ctesifonte, esta es tu casa. Los criados os atenderán y os proporcionarán comida y bebida; el agua del pozo es la mejor de la ciudad. Pasado mañana, a mediodía, vendré a buscarte para acompañarte ante mi señor el consejero Kartir. Cualquier cosa que necesites no dudes en solicitarla a los sirvientes. Ni tú ni tus colegas podéis salir de palacio; una lógica medida de seguridad, como comprenderás.

—¿El señor Kartir habla arameo, latín o griego?

—El sumo sacerdote habla arameo, por supuesto, pero no lo hará en público. La lengua que empleará en la entrevista será el persa. ¿Comprendes nuestra lengua? —le preguntó Ardavan, que se entendía con Giorgios en arameo.

—Entiendo algunas frases y conozco muchas palabras, pero no podría seguir una conversación completa.

—En ese caso, yo actuaré como traductor, si no te importa.

—Uno de los secretarios que me acompañan habla persa, pero si Kartir me va a entender en arameo...

—La etiqueta de la corte dicta que el consejero real utilice siempre la lengua persa.

—¿Incluso en una recepción como esta, en la que no va a haber cortesanos presentes?

—Eso tendrá que decidirlo mi señor Kartir. Disfruta de la comida, te aseguro que es excelente.

Ardavan se despidió de Giorgios y tras él se cerró el portón exterior del palacio; dos soldados quedaron de guardia en el interior. El ateniense se acercó a una bandeja de dátiles que había sobre una mesa, tomó entre sus dedos uno de ellos y lo saboreó con deleite. En verdad, era el más sabroso que había probado jamás.

El palacio de Kartir Hangirpe estaba rodeado de los jardines más suntuosos que pudieran imaginarse. El agua, tan escasa en Palmira, fluía por todas partes a partir de un canal derivado del río Tigris que alimentaba varias albercas, alguna

tan grande que permitía la navegación de barcas de recreo.

En un ángulo de los jardines había incluso un pequeño zoológico, con jaulas en las que dormitaban leones, tigres, leopardos y otras fieras. Varios halcones posaban sobre una alcándara, sujetas sus garras a una barra de bronce con fuertes cordeles de seda. En un lado del jardín se levantaba un pequeño templo dedicado al dios Ahura Mazda, del que Kartir era supremo sacerdote y el más devoto seguidor.

Los embajadores de Palmira fueron conducidos por el capitán Ardavan a un enorme salón de recepciones cuyo techo se sostenía por cuatro robustas columnas rematadas con capiteles con forma de toros alados. Las paredes estaban recubiertas de relieves en cerámica esmaltada en los que se representaban escenas de caza y de guerra. En uno de ellos el rey Sapor, coronado con la tiara imperial sasánida, sujetaba por el cuello a un enemigo derrotado vestido al estilo de los generales romanos. Giorgios no dudó en identificar esa escena con la victoria de Sapor sobre el emperador Valeriano, diez años atrás.

Una campanilla anunció la entrada del consejero real. Kartir era un tipo imponente. Algo más alto que Giorgios y mucho más delgado, vestía una túnica de seda negra salpicada de estrellas doradas y cubría su cabello negro, rizado e impregnado de aceites aromáticos con un alto gorro puntiagudo. Sus ojos oscuros y fríos destacaban más si cabe por su rostro tan enjuto, de tez morena, con una barba negra y también rizada. Llamaban la atención sus manos, finas, delgadas y muy grandes, en las que tan solo lucía un enorme anillo de oro engastado con el sello que lo identificaba como canciller del Imperio de los persas.

Sus andares eran cadenciosos y elegantes, y se movía con una impostada majestad que denotaba una cierta rigidez al desplazarse, como si hubiera ensayado una y otra vez sus medidos pasos. Atravesó el gran salón y se sentó en un diván de seda roja ante una mesa baja llena de bandejas de frutas frescas y varias jarras de plata con diversas bebidas. Alzó su mano derecha y uno de sus secretarios se acercó hasta Ardavan para bisbisarle algo al oído.

—El consejero real te hablará en arameo; no hará falta que os traduzca la conversación. Puedes sentarte frente a él. Tus acompañantes deberán acomodarse en aquel otro diván y permanecer en silencio durante la entrevista, como si no estuvieran aquí. —Ardavan señaló a Giorgios otro enorme diván ubicado en una esquina de la sala.

Giorgios se acercó hasta Kartir y lo saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Sé bienvenido a Ctesifonte. Espero que te encuentres a gusto en tu residencia —le dijo Kartir.

—Gracias, consejero real. Ya conoces la razón de mi viaje...

—Y la comparto, general. Persia y Palmira se necesitan, y ambas están

enfrentadas con Roma. Se trata de un motivo suficientemente importante como para que sellemos una alianza militar firme y sólida que complemente y refuerce nuestro acuerdo de paz.

—Mi reina, Zenobia de Palmira, está dispuesta a reconocer una frontera estable y duradera entre nuestros dos imperios. Proponemos que esa línea se fije a cincuenta millas de la ciudadela de Dura Europos, aguas abajo del Eufrates; todas las tierras situadas al oeste de esa raya imaginaria de norte a sur serán de Palmira, y las ubicadas al este de Persia.

—Nos costó un gran esfuerzo desalojar a los romanos de Dura, que, además, fue fundada por nosotros los persas; sería justo que esa ciudadela nos perteneciera ahora —comentó Kartir.

—Dura no es otra cosa que un montón de ruinas entre las que malviven unos centenares de pordioseros, mendigos y beduinos.

—Te propongo que esa línea fronteriza y estable entre nuestros reinos nos otorgue Dura.

—Los comerciantes de Palmira necesitan ese lugar como cabeza de puente para sus caravanas hacia Mesopotamia.

—Con el tratado de paz que ya está en vigor, los comerciantes de Palmira pueden circular libremente por todo el curso del Eufrates y llegar por su cauce hasta el mar. El puerto fluvial de Dura será de libre acceso para tus comerciantes y no tendrán que pagar peajes. Te lo garantizo.

—La salida al río por Dura es imprescindible para Palmira.

—Declararemos Dura como puerto franco; eso supondrá que la ciudad volverá a tener vida y que se recuperará de la desolación que supuso el asalto por nuestras tropas hace unos años.

—Dura debe pertenecer a Palmira; eso no es negociable —asentó Giorgios con firmeza.

—De acuerdo, si tanto te empeñas... —aceptó Kartir—. ¿Para cuándo esperas el ataque de Roma?

Esa pregunta desconcertó al ateniense; desde luego, aquel extraño personaje sabía mucho más de lo que contaba y era muy astuto. Giorgios supuso que Palmira estaba llena de espías al servicio de Persia.

—Sabemos que el nuevo emperador Aureliano está decidido a recuperar las antiguas fronteras y reintegrar a la soberanía del Imperio todas las tierras que alguna vez pertenecieron a Roma; y ahí está incluida Palmira. Pero te recuerdo que también fue romana toda Mesopotamia, hasta la desembocadura de los dos grandes ríos. Si Palmira cae en manos de Aureliano, la siguiente presa será Persia. De modo que sí, tienes razón, nos necesitamos.

—¿Conoces a Aureliano?

—Visitó Palmira en una ocasión, cuando era oficial del ejército romano. — Giorgios obvió revelar que él mismo había estado bajo sus órdenes en las

fronteras del Danubio—. Parece un tipo determinado a devolver a Roma a su máxima grandeza, y ese objetivo pasa por acabar con nosotros. En el Imperio todavía escuce la derrota de su emperador Valeriano y que no se conozca su destino. Por cierto, en Palmira se rumorea que su piel adorna las paredes en un templo de esta ciudad.

—Yo no sé nada de eso —afirmó Kartir con ironía.

—¿Cómo puede perderse la pista de un emperador?

—Porque diez años después de su captura a nadie le importa ya qué fue de aquel viejo idiota.

—El olvido no es el final más apropiado para un soberano.

—El recuerdo es patrimonio exclusivo de los vencedores. La memoria de los derrotados sólo interesa cuando añade honores a la victoria del triunfador.

—Si ese pobre viejo todavía vive, el devolverlo a Roma sería un acto de magnanimidad y de grandeza por parte de vuestro rey.

—Tú lo has dicho: si viviera... Pero dejemos este asunto y volvamos a lo importante: Persia desea que nuestras dos naciones firmen un acuerdo de defensa militar, de colaboración comercial y de ayuda mutua. Nuestro embajador Arbaces, al que ya conoces, me ha informado de que tu reina es una mujer de enorme belleza, pero... ¿sabrá mantener firme su carácter y sólida su determinación?

—¿Qué quieres decir?

—Es una mujer. Tal vez se acobarde cuando tenga que enfrentarse cara a cara con las legiones de Roma.

—Si ha sido Arbaces quien te ha sugerido eso, se ha equivocado. Mi reina tiene mayor seguridad en sí misma que la mayoría de los hombres que conozco. Ama Palmira y ha conquistado un imperio. Yo la he visto desfilar sobre su carro de guerra por las calles de Antioquía, Damasco, Alejandría y Tebas, y he escuchado cómo la aclamaban sus súbditos. Pero también he caminado a su lado durante muchas millas, bajo el sol más inclemente del desierto, y he competido con ella con el arco, y te aseguro que siempre me ha vencido.

—Los griegos y los palmirenos sois extraños; permitís que os gobierne una mujer y lo aceptáis como algo natural. Aquí, en Persia, jamás entenderemos esas costumbres tan bárbaras.

—¿Cuándo me recibirá Sapor?—Giorgios eludió polemizar con Kartir.

—Dentro de seis días. ¿Has traído algún presente?

—Por supuesto: un puñal.

—¿Un cuchillo? El emperador posee cientos de ellos.

—No se trata de un simple puñal; cuando lo veas lo comprenderás. Pero mientras esperamos, ¿qué podemos hacer durante estos seis días? ¿Vas a permitir que salgamos del lugar donde nos han hospedado o tendremos que aguardar allí encerrados como cautivos?

—Tú y tus compañeros podréis moveros por la ciudad a vuestro antojo, pero sin salir de ella. Y para que estéis bien protegidos os acompañará en todo momento el capitán Ardavan con una patrulla de soldados.

—Por nuestra seguridad, claro —ironizó Giorgios.

—Por supuesto. Es nuestro deseo que tan ilustres huéspedes os encontréis en Ctesifonte tan seguros como en vuestra propia casa; somos aliados.

Aquellos seis días en Ctesifonte se hicieron demasiado largos. Los delegados palmirenos no tenían otra cosa que hacer que comer, recorrer los mercados siempre atiborrados de gente y escuchar en las plazas a las decenas de individuos que se presentaban a sí mismos como augures dispuestos a revelar el futuro del mundo a cualquiera que se detuviera un instante ante ellos, o a presuntos magos que anunciaban la inmediata llegada del fin del mundo, o a profetas iluminados que predecían el advenimiento de un mesías que salvaría a la humanidad de toda miseria y sufrimiento.

Entre aquellos desbocados charlatanes y estrafalarios orales los había de todos los tipos y condiciones: demagogos capaces de vender sacos de arena en el desierto, dementes que anunciaban catástrofes apocalípticas con los ojos inyectados cual terribles visionarios, parlanchines graciosos que aprovechaban el ir y venir de la gente para criticar cuestiones que en otra situación los hubieran llevado a la horca, e incluso verdaderos santones imbuidos de convicciones místicas que hablaban de Dios y de su esencia en discursos tan cultistas que la mayoría era incapaz de comprender.

Al fin llegó el día de la esperada audiencia. Ardavan le había comunicado a Giorgios que debía presentarse en el palacio real poco antes de mediodía, pero Kartir no le había asegurado a qué hora sería recibido por el rey Sapor, de modo que le recomendó que acudiera a la cita tras haber pasado por la letrina porque nunca se sabía el momento preciso en que sería llamado.

El ateniense se vistió para la ocasión con una elegante túnica de seda verde oscuro, de corte oriental, un gorro cilíndrico al estilo de los que lucían los elegantes patricios de Palmira y unos zapatos de cuero negro con remaches de bronce pulido y brillante. Se ajustó un cinturón de cuero negro con roblones de plata en forma de cabeza de león y se perfumó con esencia de áloe y de algalia.

De una caja de madera cuidadosamente embalada extrajo un puñal. La hoja había sido forjada por el mejor herrero de Damasco; era tan fina, templada y afilada que podía cortar un cabello a lo largo simplemente con el roce de su filo. La empuñadura era una extraordinaria joya engastada por el más afamado de los orfebres de Palmira. Las cachas las formaban dos enormes esmeraldas talladas con un delicado primor y sujetas al mango por cuatro gruesos vástagos de oro en los que se habían incrustado decenas de pequeños rubíes y diamantes.

Era una magnífica pieza que hubiera constituido un deleite para el más exigente de los soberanos de la Tierra. Introdujo el puñal en una vaina de cuero y ambos en una bolsa de tafetán rojo forrada de una fina badana azul y volvió a colocarlo en la caja de madera.

A la puerta de su residencia aguardaba el capitán de catafractas, Ardavan, con seis jinetes vestidos con el traje de gala: una casaca de fieltro rojo ribeteado de verde, turbante blanco con el emblema del rey Sapor labrado en una chapa de bronce dorado al frente, pantalones anchos de seda de color blanco y unas botas de cuero teñido de rojo con remaches metálicos en las puntas y tacones.

—Eres afortunado, griego, vas a ser recibido por el rey de reyes. ¿Sabes cómo comportarte en su presencia?—le preguntó a Giorgios.

—Imagino que te han delegado para que me lo expliques.

—Así es. Cuando te encuentres ante la excelsa majestad del rey de reyes deberás inclinarte ante él hasta quedar de rodillas y luego tumbarte completamente con la cara hacia el suelo, los brazos alargados y las palmas de las manos hacia el pavimento. Y no te muevas hasta que el consejero real Kartir lo indique. Cuando te levantes, muéstrate sumiso y sólo habla cuando el canciller te pregunte. No te dirijas nunca directamente al rey, sino al consejero Kartir. Tus acompañantes deberán permanecer en silencio e inmóviles mientras dure la audiencia, y siempre con la cabeza ligeramente agachada y mirando al suelo.

—¿En qué idioma hablaremos?

—El rey de reyes habla persa, parto, griego y arameo; pero se dirigirá a ti en persa, como ya te dije.

—En ese caso, hará falta traductor —asentó Giorgios.

—Hará de intérprete un secretario.

—¿Me estás diciendo que yo le hablaré a un secretario en arameo, este le traducirá al persa a Kartir y Kartir se lo transmitirá a Sapor? E imagino que a la inversa será del mismo modo: el rey hablará a Kartir en persa, Kartir se lo transmitirá al intérprete y este me lo traducirá al arameo.

—Es lo que indica la etiqueta de la corte.

Giorgios resopló pero no tuvo más remedio que aceptar aquel juego protocolario.

El palacio era un enorme complejo con decenas de edificios ubicado sobre una plataforma elevada sobre varias gradas de piedra y rodeado de un imponente cinturón de murallas y torres. El acceso, a través de una monumental puerta protegida por dos torreones, daba paso a un amplísimo patio al que desembocaban dos escalinatas y varias rampas. Centenares de guardias y funcionarios se afanaban en poner orden en aquel lugar y evitar que se colaran visitantes no deseados.

Ardavan mostró al jefe de la guardia sus credenciales selladas con el emblema del sacerdote Kartir, el canciller imperial.

Dejaron los caballos al cuidado de unos guardias y ya a pie atravesaron varios patios hasta que llegaron a la sala más grande que Giorgios hubiera visto jamás; era varias veces mayor que la gran sala de la biblioteca de Alejandría. Se trataba de un cuadrado de unas proporciones descomunales, y lo asombroso es que carecía de columnas, pues se cubría con una única gigantesca bóveda. Las paredes se decoraban con esculturas de toros, grifos y águilas de un tamaño tres veces superior al natural y con relieves en cerámica barnizada y esmaltada con imágenes de todos los pueblos que configuraban el imperio de los soberanos sasánidas, cuyas siluetas humanas, todas de perfil, se alineaban en interminables séquitos procesionales que confluían hacia la zona del trono, donde se representaba la imponente figura del rey de reyes.

Varias lámparas de plata tan grandes como un buey iluminaban la sala y en gigantescos pebeteros de bronce se consumían olorosas esencias y fragancias de un turbador y denso aroma oriental.

Delante del relieve donde se mostraba al rey de los persas en todo su poder y majestad se alzaba sobre siete gradas de mármol negro un trono de oro sostenido por dos toros también de oro, con los ojos destacados con cuatro enormes rubies del tamaño de un huevo de oca.

Varios funcionarios se encargaban de que los invitados a la recepción estuvieran convenientemente colocados en sus lugares precisos, según el riguroso orden que establecía la etiqueta de corte de palacio.

—¿A qué dios vamos a visitar? —comentó Giorgios a Ardavan con ironía al entrar en el inmenso salón.

—Al único dios viviente sobre la Tierra, a Sapor de Persia, rey de reyes —Ardavan habló con orgullo de su soberano.

Era mediodía, la hora prevista para la recepción, pero transcurrieron dos horas según el cómputo romano del tiempo hasta que apareció el canciller y anunció la inmediata presencia del señor de la Tierra, el rey de reyes.

Unas trompetas sonaron al fondo de la sala. Se abrieron unas puertas de bronce y tras ellas salieron varios cortesanos, entre ellos el sumo sacerdote Kartir, que se colocaron a los lados del trono. Volvieron a sonar las trompetas y un redoble de tambores y al fin apareció Sapor. Vestía una túnica de seda blanca, cinturón de oro y zapatos puntiagudos de cuero blanco con cordones de oro; sobre su cabeza lucía la corona imperial sasánida, una diadema de oro con incrustaciones de perlas, esmeraldas y rubies.

Todos los cortesanos comenzaron a tumbarse en el suelo, postrados boca abajo, completamente arrumbados ante la presencia de su monarca, el señor de la Tierra y el cielo, el « soberano de Irán y de lo que no es Irán ».

Giorgios y los palmirenos de su delegación se comportaron como los demás; en cierto modo, el ateniense y sus compañeros ya estaban acostumbrados a hacerlo de esa manera en las grandes ceremonias en presencia de Zenobia, que

había copiado buena parte del protocolo persa en el ceremonial de su corte.

El rey ascendió con parsimonia la escalera del estrado del trono y se sentó sobre una almohada de seda blanca. De nuevo sonaron las trompetas, el canciller golpeó tres veces en el suelo con su cayado y ordenó a todos los presentes que se levantaran.

Los cortesanos recitaron en persa, como una letanía, varias frases, a modo de saludo ritual a su soberano, que Ardavan tradujo al oído de Giorgios.

—Honor y gloria al soberano del mundo, honor y gloria al rey de reyes; el poder y la gloria son de Sapor, hijo de Artajerjes, señor de las cuatro partes del mundo.

Y entonces lo vio por primera vez alto y delgado, con más de sesenta años de edad, de rostro severo y facciones afiladas, curtido por el aire frío y seco del altiplano de Irán y el viento tórrido y el sol ardiente de Mesopotamia. Su porte había sido sin duda majestuoso y altivo en otro tiempo, pero la edad y los achaques lo habían afectado mucho y, aunque a cierta distancia semejaba todavía un aire de majestad y grandeza, de cerca sus rasgos eran los de un anciano cansado y desafecto ya a los asuntos de este mundo. Aquel ser gastado y enjuto era el hombre audaz y arrojado que había asolado Dura Europos, saqueado Antioquía y derrotado y capturado al emperador Valeriano, pero también el precavido y asustadizo temblón que había rehuido el combate ante Odenato y había escapado dejando atrás a sus mujeres y buena parte de su tesoro.

Giorgios recordó que en los campos de batalla del Danubio su comandante, el mismo que en esos momentos era emperador de Roma, le había dicho en una ocasión que a veces solo el azar dispone si un hombre se convertirá en un héroe magnífico o en un cobarde villano. « Todos los hombres somos duales », pensó.

Entre los cortesanos más próximos a Sapor, y por tanto de mayor rango, Giorgios identificó al sátrapa Arbaces, el mismo que había propuesto matrimonio a Zenobia. Justo a la derecha del trono se situó un hombre muy delgado, de aspecto enfermizo y débil; era Ormazd Ardashir, el heredero de Sapor.

El canciller se adelantó unos pasos y comenzó a recitar una larga retahíla de nombres y de honores que leía de unos rollos de papiro. El ateniense supuso que se trataba de los nombramientos de altos funcionarios y gobernadores del Imperio.

Acabada de recitar la lista, varios hombres se adelantaron y se colocaron frente al trono; fueron pasando uno a uno y Kartir les impuso sobre los hombros un collar de oro con un sello de bronce, sin duda la señal de su distinción como funcionarios del Imperio de Sapor.

Después fueron citados varios gobernadores de diversas provincias, que pasaron ante el trono depositando a los pies del rey de reyes unas tablillas y unos cofres que debían de estar repletos de joyas y de oro.

Por fin, tras varias recepciones y sin que Sapor hubiera pronunciado todavía una sola palabra, el canciller citó la ciudad de Palmira por su nombre árabe, Tadmor, y Giorgios supo que había llegado su turno.

Ardavan le indicó que podía adelantarse hasta los pies del trono.

El canciller anunció entonces que el rey de reyes recibía con gusto al embajador de la reina Zenobia de Palmira, a la que llamó hermana pequeña y fiel aliada, y se retiró a un lado para dejar paso a Kartir, que se colocó entre Giorgios y Sapor, acompañado por el intérprete.

—El rey de reyes da la bienvenida al embajador de su hermana pequeña Zenobia y le desea paz y prosperidad —le comunicó el intérprete.

—El reino de Palmira y su reina Zenobia agradecen la hospitalidad del rey de reyes y le ofrecen su amistad eterna —respondió Giorgios—. Es nuestro deseo sellar un acuerdo de mutua ayuda en caso de un ataque del emperador de Roma a cualquiera de nuestros dos reinos, y como muestra de esa amistad, la reina te regala este precioso puñal.

Un secretario recogió la caja azul y la abrió ante Sapor.

—El rey de reyes acoge de buen grado la oferta de su hermana pequeña y ordena que se ponga por escrito el tratado. Puedes retirarte, embajador.

—¿Esto es todo? —Giorgios se quedó atónito.

—Debes retirarte inmediatamente —añadió el intérprete.

El general de Palmira bajó la cabeza y se alejó del trono caminando hacia atrás.

Unos criados entregaron a los delegados palmirenos unas copas de plata de extraordinaria factura como regalo del soberano sasánida.

Sonaron de nuevo las trompetas y los redobles de tambor, todos los presentes se postraron tumbados en el suelo y Sapor salió de la sala rodeado del mismo boato con el que había entrado.

Cuando se cerraron las puertas, se rompió el silencio y todo fueron murmullos y cuchicheos en los diversos corrillos que se formaron.

Kartir, que se había quedado en la sala de audiencias, se acercó a Giorgios.

—Bien, ya tienes lo que habías venido a buscar —le dijo.

—Así de fácil.

—A veces los persas hacemos fácil y simple lo aparentemente complejo, aunque es cierto que también tenemos fama de complicar lo sencillo. Esta semana cerraremos todos los puntos del tratado de alianza militar entre Palmira y Persia. Te espero mañana en mi palacio, a mediodía. El capitán Ardavan te escoltará.

—Por mi seguridad, claro.

—Por supuesto; y ahora con más motivo, pues ya somos aliados.

De regreso a su residencia, siempre escoltado por Ardavan y seis soldados, Giorgios preguntó al capitán sobre Kartir.

—El mago Kartir Hangirpe es el hombre más poderoso de Persia después del emperador Sapor. Fue el discípulo del gran mago Tantar, y lo sucedió como sumo sacerdote del dios Ahura Mazda y supremo defensor de la religión del gran profeta Zaratustra. Está empeñado en que todos los súbditos del Imperio profesen la verdadera religión, por eso, y aunque hace algunos años su majestad Sapor invitó a los judíos a instalarse en su reino, ha promulgado algunos decretos contra los judíos, los cristianos, los budistas y los maniqueos.

—¿Quiénes son los maniqueos? —preguntó Giorgios.

—Una secta de fanáticos que siguen ciegamente a un falso profeta llamado Mani; un tipo poco aconsejable a quien sus ciegos seguidores llaman el Elegido. Nació y se crio en Babilonia, en una familia de magos, pero sus ideas peregrinas derivaron en una locura que ha contagiado a muchos incautos.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Controlado y vigilado por orden de Kartir. Mani ha predicado en contra de nuestra religión verdadera y ha calumniado y difamado nuestra fe del doble principio. Afortunadamente Kartir se dio cuenta de su maldad y ha logrado atajar esa peligrosa gangrena.

—¿Y cuál es tu verdadera fe? —le preguntó Giorgios.

—La que nos enseñó el profeta Zaratustra: que el mundo está regido por el dios Ahura Mazda, señor de los cielos, hacedor de todo el universo; que toda la luz proviene de él; que existe un cielo y un infierno; que para ganar el cielo es imprescindible cumplir los preceptos y participar en los ritos de la religión verdadera.

» Kartir ha construido templos en honor de Ahura Mazda y ha enviado misioneros para difundir la fe de Zaratustra. Los fieles a la religión verdadera cada vez son más, y muy pronto la aceptarán todos los hombres. Entonces el Imperio sasánida será un imperio universal, y el rey de reyes gobernará en verdad en Irán y en todo lo que no es Irán.

—Imagino que con el permiso de Roma...

—Roma será vencida por Persia. Recuerda que sus más poderosas legiones sucumbieron ante Sapor, y que su emperador cayó en sus manos.

—¿Todavía sigue vivo? —Giorgios pretendió sonsacar alguna información a Ardavan sobre Valeriano.

—No me está permitido hablar de ese asunto.

—He oído que fue despellejado y que su piel cuelga de la pared de un templo persa.

—No estoy autorizado para hablar de ello. Pero sí puedo informarte de que

en la ciudad de Istakhr, la cuna de la dinastía de los sasánidas, existe un templo dedicado a la diosa Anahita...

—¿Quieres decir que es en ese lugar dónde se encuentra Valeriano?

Ardavan mantuvo sus labios sellados y se limitó a encogerse de hombros.

En los días siguientes a la recepción en el palacio real de Ctesifonte, Giorgios se entrevistó varias veces con Kartir y al fin se acordó el tratado de alianza militar entre Palmira y Persia. En caso de ser atacado uno de los dos reinos por los romanos, el otro acudiría en defensa del agredido. Pese a la insistencia de Giorgios en que se precisase el tipo de ayuda, o que al menos se pusiera por escrito la cuantía de tropas a movilizar, no consiguió que Kartir concretara detalle alguno de dicha alianza, que quedó convertida en una mera declaración de intenciones y en la promesa mutua de ayuda en caso de ser atacados por Roma.

Los embajadores palmirenos recogieron sus pertenencias, cargaron un par de camellos con los regalos de Sapor a Zenobia y pusieron rumbo oeste hacia Palmira. Tenían ante ellos varios cientos de millas de desierto que recorrer.

Capítulo XXXI

Palmira, finales de invierno de 271; 1024 de la fundación de Roma

En Palmira se aguardaba con expectación el regreso de Persia de la embajada encabezada por Giorgios.

Tras recibir varias informaciones de los movimientos de las tropas romanas en el *limes* del Danubio, el general Zabdas no tenía ninguna duda de que el emperador Aureliano atacaría en cuanto estuviera en condiciones de poder hacerlo.

Los dos amigos se fundieron en un largo abrazo y se dirigieron de inmediato hacia el palacio real, donde los aguardaba Zenobia.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Zabdas.

—Sí, pero los persas no han precisado cuál será el tipo de ayuda militar que nos prestarán si Aureliano viene a por nosotros, que vendrá.

—Estoy seguro de que intentará someternos, pero lo estaremos esperando, y con la alianza con Persia tal vez lo piense dos veces antes de atacarnos. Dices que los persas no han querido concretar la ayuda tal cual les planteaste...

—Esa gente está loca de remate. Sapor es un anciano al que apenas le interesan los asuntos del mundo. El verdadero muñidor de la política de ese reino es Kartir, un tipo listo y agudo como pocos. Controla todos los resortes del Imperio y nombra y depone a los sátrapas y gobernadores de sus provincias. Se ha rodeado de un imponente cuerpo de guardia seleccionado de entre los mejores catafractas y predica que la religión que enseñó el profeta Zaratustra es la verdadera y única. Me parece que el hijo de Sapor, un débil y enclenque tipo llamado Ormazd, será un juguete en sus manos cuando el heredero ocupe el trono.

—No te fías de Kartir.

—No le daría la espalda ni un solo instante. Es un iluminado que sólo atiende a sus deseos de gloria. Ha borrado todas las inscripciones de la dinastía de los partos, la anterior a los sasánidas, y ha derruido templos y asesinado a sacerdotes de otros cultos. Creo que sólo nos ayudará si con ello obtiene algún beneficio.

—¿No existe alternativa a ese sacerdote?

—Persia es una gigantesca jaula de locos. Sus calles están llenas de orates que predicán los más alucinados discursos; sus desiertos acogen a eremitas que buscan la soledad rezando a un dios del que no conocen ni el nombre; sus montañas están pobladas por tribus tan primitivas que adoran al fuego y le sacrifican jóvenes doncellas; sus soldados se creen teólogos y hablan de religión como los fruteros de la calidad de los dátiles; sus sacerdotes conforman una casta de chupasangres...

—En eso no difieren demasiado de los nuestros —rio Zabdas—. Vamos, general, me recuerdas a uno de esos cristianos que abogan por la pobreza y la igualdad de todos los hombres... ¿No te habrás bautizado?

—No, no me he convertido en cristiano. Sólo pretendía explicarte lo complicada que es Persia, un país lleno de magos, adivinos, hechiceros y astrólogos.

—Pues tal como están las cosas, no tendremos más remedio que recabar su ayuda. Aureliano es tenaz y rocoso. Ha logrado rehacerse tras la derrota que sufrió en los primeros meses de su reinado a manos de los bárbaros y ha conseguido que el Senado le otorgue el título de cónsul, pues sabe que para mantener su poder debía resistir en el centro del Imperio y consolidar su dominio en la propia Roma.

—Pero la Galia sigue en manos de los usurpadores y Oriente obedece a Zenobia. Nada más ocupar el trono, para ganar tiempo Aureliano recurrió al soborno y entregó generosos donativos a varios caudillos bárbaros que se comprometieron a no cruzar el Danubio; hizo lo que la mayoría de los últimos emperadores. Pero una vez asentado ha decidido plantar cara a los invasores y hacerles frente con las armas. Es un profundo creyente en la deidad del Sol encarnada en Mitra; cuando lo nombraron general de caballería, yo mismo fui testigo de cómo juraba ante su dios que defendería el Imperio con la espada y que no permitiría que volvieran a producirse las afrentas que habían sufrido en el pasado. Ahora que es emperador, lo imagino decidido a emplear toda su fuerza y toda su determinación en ello.

—Durante tu estancia en Persia han llegado varios mensajeros a Palmira para traer las nuevas de Roma. La reina está al corriente y nos espera para tomar una decisión en cuanto la informes de lo pactado con Sapor; confío en que no la decepcione demasiado. Miami ha pasado varios meses recorriendo el Danubio con dos de sus barcos vendiendo un cargamento de pimienta, cardamomo y canela, además de algunos perfumes y afeites, en las poblaciones y campamentos romanos ubicados a lo largo del curso de ese río. También transporta medicamentos, pócmias, ungüentos y remedios para curar heridas y calmar enfermedades, de manera que todos se benefician con su actividad y a todos interesa que siga con sus empresas. Se dedica a este negocio desde hace

varios años, pero sobre todo es nuestro principal informador sobre cuanto ocurre en esa zona. Su misión es arriesgada, pero le reporta cuantiosos beneficios. Sus barcos parten cargados de mercancías desde el puerto de Tiro, en la costa de Fenicia, surcan las orillas del Mediterráneo oriental y del Egeo, atraviesan los estrechos de Dardanelos y Bósforo y navegan por el Ponto hasta la desembocadura del Danubio, que remontan a base de velas y de remos.

—Es una travesía peligrosa. Esas costas están infestadas de piratas y a veces las surcan navíos cargados de soldados de tribus bárbaras en busca de botín.

—Miami se las ha ingeniado para salir airoso de las más comprometidas situaciones. En sus barcos, además de sacos de especias y cajas con frascos de perfumes y rollos de seda, embarcan varias decenas de mercenarios armados hasta los dientes, entre ellos los mejores arqueros persas y palmirenos, que disparan sus flechas con una precisión asombrosa.

» Dispone, además, de una especie de arma secreta con la que ahuyenta a los barcos que se le acercan levantando alguna sospecha. Se trata de un tubo de metal por el que mediante un mecanismo parecido al de las catapultas se lanzan unas vasijas de cerámica rellenas de un material inflamable elaborado con betún, azufre y salitre, que se mezcla con un producto llamado nafta que brota del suelo en una región del norte de Mesopotamia, poco antes del curso medio del río Tigris. Dichas vasijas llenas de nafta incendian las velas o las cubiertas de los barcos cuando se rompen y derraman su contenido, y provocan un incendio pavoroso que no es posible sofocar de ninguna manera, pues si se arroja agua sobre ese fuego, lejos de apagarlo, lo aviva todavía más. El lanzamiento se produce con una precisión extraordinaria, de modo que, a una distancia inferior a un quinto de milla, el impacto sobre el objetivo es seguro.

» Los barcos de Miami enarbolan sobre su mástil mayor un emblema bien conocido en todo el Mediterráneo oriental: una palmera verde dibujada sobre una banderola blanca. Cuantos lo conocen lo respetan, pues saben que es el único capaz de llevar al centro mismo de la más feroz de las batallas un saquillo de cardamomo picante de la India o un frasco de perfume de esencia de rosas de Samarcanda y vendérselo en pleno combate a los dos enemigos en lucha para regresar de inmediato airoso a por más productos, siempre que haya por ello una pieza de oro a ganar, por supuesto.

En cuanto llegaron al palacio real de Palmira, la reina, que esperaba ansiosa sus noticias, recibió a los dos generales; también a Miami y a los consejeros Longino y Nicómaco.

—Te doy la bienvenida a Palmira, Giorgios.

—Gracias, mi señora.

El general agachó la cabeza; la mirada de Zenobia era distante, como si nada hubiera ocurrido entre ellos. El corazón del ateniense se compungió pues esperaba una acogida mucho más cálida de su amante.

—Todos los dioses del mundo o todos los demonios, o ambos grupos a la vez, deben de estar de tu parte, Miami —le dijo Zenobia al espía mientras lo invitaba a levantarse del suelo, en donde había permanecido tumbado boca abajo desde que ella apareció. Los consejeros reales se habían quedado en pie, pues era un privilegio que tenían en las audiencias privadas—. Serías capaz de bajar al mismísimo Averno, venderles tizones ardientes a los condenados y regresar cargado de oro.

—Cuestión de suerte, mi señora.

—Espero ansiosa tus noticias.

—Roma tiene al frente a un emperador decidido a restablecer su grandeza.

—Otros lo han intentado antes y han fracasado.

—Este es diferente, mi reina. Aureliano está absolutamente convencido de que la razón y la justicia están de parte de Roma. Considera que la divinidad eligió a esa ciudad para ser la dueña y señora de todo el mundo y que nada podrá cambiar ese designio. Todo lo que no es romano lo considera bárbaro, y por tanto inferior y despreciable. Se cree investido con derecho para someter y humillar a todos los pueblos de la Tierra.

—No obstante, la situación para Roma sigue siendo difícil.

—Sí, pero Aureliano, una vez derrotados los bárbaros, se siente capaz de superar todos los problemas que se le presenten por muy complejos que parezcan. Tras poco más de medio año de reinado ha logrado lo que parecía imposible: asentar la seguridad en las fronteras del Danubio y convencer a los siempre recelosos senadores de que está haciendo lo correcto y lo más apropiado para el Imperio.

—¿Y crees que lo va a conseguir?

—Ya lo ha logrado, mi señora. En su primera batalla como emperador fue derrotado por una banda de yutungos coaligados con un grupo de marcomanos, dos tribus de harapientos germanos cuyo olor apesta a una docena de millas de distancia. Pero aprendió la lección: para demostrar su auténtico espíritu romano y su fidelidad a las tradiciones del Estado realizó una consulta a los *Libros sibilinos*, unos extraños textos que se conservan en el Senado y que contienen escrito, al parecer, el futuro del mundo, aunque es preciso saber interpretarlos. Hacía tiempo que no se consultaban porque nadie lo consideraba necesario, pero Aureliano lo hizo y con ello se ganó la fidelidad de los sacerdotes y de buena parte del pueblo romano, siempre propicio a creer en supersticiones; estos han visto a su emperador como al único hombre capaz de salvar las creencias tradicionales y genuinas de la Roma eterna, y al elegido por los dioses para devolver al Imperio su antiguo prestigio y su poder. Algunos ya lo comparan con Trajano y con el mismísimo Octavio Augusto.

» En Roma se produjeron algunos altercados tras aquella primera derrota, pero Aureliano se dirigió a la ciudad, ejecutó a los cabecillas de la revuelta y a

los senadores que se oponían a su política, realizó cuantiosas ofrendas a los dioses, se ganó al Senado apoyándose en su suegro, Ulpio Critinio, descendiente del gran Trajano, calmó a la inquieta plebe con promesas y regalos, garantizó su seguridad al dar la orden de construir una muralla que protegiera a Roma, reorganizó el ejército y persiguió y aplastó a los bárbaros que lo habían derrotado, liquidando a todos sus efectivos con una crueldad tal que otras tribus germanas quedaron amedrentadas por lo que luego supieron.

» Sobornó a arúspices y sacerdotes para que hicieran correr la noticia de que los dioses estaban con él y le habían ayudado en la batalla, luchando a su lado y regalándole notables prodigios. Y se presentó ante el pueblo romano como el emperador capaz de ser vigoroso y despiadado con los enemigos de Roma, sumiso y devoto con sus dioses y sus tradiciones, y, a la vez, generoso con el pueblo.

» Inmediatamente después de su victoria se dirigió a la frontera del Danubio y atacó a los suevos, a los sármatas y a los fieros alamanes y vándalos.

—Un hombre con mucha determinación —intervino Zabdas.

—De ese mismo modo actuaba cuando sólo era el comandante de un regimiento de caballería en la IV Legión —terció Giorgios.

—Sigue, Miami —le indicó Zenobia.

—Lo que ha sucedido a continuación, y en lo que sigue metido de lleno Aureliano, es terrible. Decenas de miles de bárbaros han sido masacrados en los campos de batalla, varios senadores críticos con sus decisiones han sido ejecutados sin juicio alguno y los opositores al emperador están siendo buscados por todas partes y asesinados sin piedad. El Senado, amedrentado por su determinación, le ha concedido el título de gótico máximo, en honor a sus victorias ante los godos y otras tribus.

» Antes de regresar a Palmira pasé un par de días en Singidunum, una importante ciudad romana a orillas del río Danubio, y pude comprobar con mis propios ojos los cruentos resultados de la campaña contra los bárbaros: centenares de esclavos encadenados se apiñaban en los muelles del puerto fluvial para ser transportados a los mercados de Grecia, África e Italia. Sólo había mujeres y niños pequeños. Cuando pregunté dónde estaban los ancianos, los hombres maduros y los varones jóvenes, un decurión sonrió avieso y me dijo que Aureliano los había ejecutado en el campo de batalla.

» Allí mismo también me enteré de que había firmado un tratado con las tribus germanas que habían sobrevivido a su ira por el cual estas se comprometían a no atravesar el curso del Danubio; además, se vieron obligadas a devolver la provincia de la Dacia, la única al norte del Danubio, a la soberanía romana, aunque creo que los romanos no la ocuparán, pues no se sienten seguros en esa región.

—Mi señora —intervino Giorgios—, en el tiempo en que serví a las órdenes

de Aureliano, sus soldados lo llamaban «Mano a la espada» por su habilidad en el combate, y le dedicaban canciones...

—Todavía se las siguen dedicando. Hace tres semanas, en una aldea cercana a las bocas del Danubio, escuché a unos soldados cantar una en la que se hablaba de él. Déjame recordar... ¿Cómo decía?... ¡Ah, sí!: «*Miles, miles, mille occidit*» —Miami cantó en latín—. Que en griego significa «El soldado, el soldado mató a mil». Un juego con las palabras en latín.

—¿Mil ya, eh? Sí, tal vez. Una de sus obsesiones era llevar personalmente la cuenta de los enemigos abatidos con su propia mano; la última vez que recuerdo haberlo oído hablar de ello aseguraba que eran cuatrocientos, y de eso hace varios años; tal vez sea verdad —supuso Giorgios.

—Parece que maneja bien la espada, pero para comportarse como un buen emperador no basta con ser un soldado eficaz; es necesario poseer dotes de mando, capacidad para la política, ambición... —Zenobia parecía impresionada por la determinación de Aureliano.

—Aureliano se ha presentado como la garantía de la unidad y la fortaleza que reclaman algunos para el Imperio tras tantos años de inseguridad y alteraciones, y lo ha hecho acogándose a la protección del culto solar del dios Mitra. Su perfil de experto soldado que ha ocupado todos los puestos del ejército lo hace muy válido a los ojos de cuantos creen que Roma necesita ser gobernada por una dictadura de un militar de sus legiones. El emperador también lo cree así y por eso no ha cesado de otorgar privilegios a los soldados y ha ensalzado el papel que ejercen como garantes de la pervivencia del Imperio. De este modo, se presenta como señor absoluto y supremo, como la columna sobre la que asentar la paz y el bienestar de Roma —intervino Longino.

—Y eso sólo es posible restaurando la autoridad imperial y la unidad de todos los territorios que en alguna ocasión han estado bajo dominio del Imperio romano —supuso Giorgios.

—En ese caso —habló Zabdas—, Aureliano se plantará en cuanto pueda ante las puertas de Palmira.

—Creo que sí. Los bárbaros suponen un permanente incordio que los romanos pueden soportar con paciencia, pero Aureliano no permitirá nunca que varias provincias obedezcan a otro señor, pues eso supondría admitir su derrota —confirmó Giorgios.

—Pues en ese caso nos adelantaremos a sus planes. Si se le ocurre venir hacia aquí no esperaremos a que llegue ante los muros de Palmira, iremos a su encuentro y le haremos frente en Antioquía o en Edesa. No permitiremos que se acerque —añadió Zabdas.

—Espero que los persas se mantengan a nuestro lado —terció Zenobia dirigiéndose a Giorgios.

El ateniense explicó el resultado de su embajada a Ctesifonte y sus dudas

sobre si los persas cumplirían su parte de la alianza militar recién acordada.

Mientras esto ocurría en Palmira, Aureliano se aprestaba desde las fronteras del Danubio a planear la recuperación de Oriente.

Kitot y Yarai aprovechaban cualquier momento para encontrarse a solas.

Kitot le había sugerido a su señora, la reina Zenobia, que sería bueno para Vabalato comenzar a practicar ejercicios de equitación y de esgrima. El joven rey sólo tenía siete años, pero ya estaba en condiciones de comenzar a recibir la educación que requería quien estaba marcado para convertirse en el señor de Palmira.

Zenobia accedió a que dos eunucos de palacio, Yarai, Kitot y una docena de soldados de la guardia acompañaran a Vabalato a practicar ejercicios ecuestres y de tiro con arco al sur del palmeral.

Algunos días acudía la propia Zenobia, que disfrutaba con los progresos de su hijito; en esas ocasiones, Yarai y Kitot tenían que limitarse a mirarse, desearse y darse algún beso furtivo. Pero cuando Zenobia se quedaba en palacio, los dos amantes se las arreglaban para despistarse del resto, esconderse en el palmeral y amarse con pasión.

Todos los que participaban en aquellas excursiones sabían lo que ocurría, pero callaban, sobre todo por miedo a que Kitot se enfadara y tomara represalias; la talla del gigante y su enorme fuerza amedrentaban a cualquiera que osara enfrentarse a él. Más de una vez los hombres de la guardia habían visto al coloso vencer en ejercicios de lucha en la palestra, y con la sola fuerza de sus manos, a tres hombres a la vez; nadie se atrevía a desafiar al armenio.

Uno de aquellos días, tras hacer el amor, Kitot le habló a Yarai.

—Tienes que ser mía para siempre. Voy a decirle a la reina que deseo comprarte.

—¿Quieres que sea tu esclava?

—Quiero que seas mi esposa. Ansío que duermas en mi cama todas las noches, y que podamos abrazarnos sin tener que escondernos como ladrones.

—La reina no me venderá.

—¿Por qué lo dices?

—Lo supongo porque estoy al cuidado de su hijito desde que nació; he pasado más horas con ese niño que su propia madre. Vabalato me tiene mucho cariño y no querrá que lo separen de mí.

—Puedes seguir a su servicio en palacio; ella lo entenderá. Su madre fue una esclava egipcia que su padre compró porque se enamoró de ella. Yo te compraré, pero no para convertirte en mi concubina, sino para casarme contigo y que seas mi esposa; así se lo diré a la reina. Te compraré, pero enseguida te concederé la libertad y nos casaremos.

—¿Y confías en que creará que te has enamorado de mí?, ¿que si me deseas es para casarte conmigo? Tal vez sospeche que ya hemos tenido relaciones y se enfade por ello, o suponga que me deseas como barragana.

Yarai ignoraba que la reina ya conocía sus encuentros íntimos con Kitot.

—Estoy decidido; le ofreceré precio por ti. Si mis cuentas son atinadas, tengo cuarenta..., tal vez cuarenta y uno o cuarenta y dos años —Kitot dudó sobre su verdadera edad—, mis brazos siguen siendo poderosos y siento mi cuerpo vigoroso y en forma, pero no siempre será así. Algún día me abandonarán las fuerzas, no podré seguir luchando y tendré que dejar este oficio; y quiero que llegue ese día, si Marduk así me lo concede, al lado de una esposa que me dé hijos y caliente mi lecho en las noches de invierno. Y anhelo que esa mujer seas tú, si estás de acuerdo...

Los ojos azules del gigante parecían los de un niño pequeño y, pese a su enorme y fortísimo corpachón, en esos momentos semejaba un ser desvalido en los brazos delicados y suaves de Yarai.

—Está bien, habla con la reina y cómprame. Yo calentaré tu cama cuando seas viejo y criaré a tus hijos entre tanto.

Se besaron y volvieron a hacer el amor antes de regresar con el resto de la partida.

Kitot no aguardó ni un solo instante; en cuanto volvieron a palacio se dirigió a la reina, que esperaba en el patio a su hijito.

—¿Todo ha ido bien, Kitot?

—Sí, mi reina. El augusto Vabalato ya es capaz de tensar arcos con la fuerza necesaria para abatir a una cría de gacela, aunque todavía no como para matar a un jabalí.

—Poco a poco, Kitot.

—Señora...

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro, ¿de qué se trata?

—Deseo comprarte a Yarai. Dime cuánto quieres por ella y conseguiré ese dinero.

—¿Por qué quieres comprar a Yarai?

—Deseo tener una esposa y creo que Yarai puede ser la mujer que me conviene.

—Tú eres un hombre libre que ha ganado su libertad con su propia sangre; Yarai es una esclava.

—Si me la vendes, mi reina, le otorgaré la libertad...

—Los esclavos deben seguir siendo esclavos; así ha sido siempre y así debe seguir. En caso contrario, este mundo en el que vivimos perdería el orden y se abocaría al caos.

—Pero señora, tu madre también fue una esclava, yo...

—¡Bastardo! —gritó Zenobia—. ¿Quién te has creído que eres para hablarme así? No vuelvas a mencionar a mi madre. ¡Qué sabrás tú! Yarai está a mi servicio y lo seguirá estando hasta que muera. ¡Ah!, ya lo entiendo... Esa gatita en celo te ha engatusado, ¿eh? Idiota, te ha utilizado. ¿No lo entiendes? Desea ser libre y se ha aprovechado de ti para llevar a cabo su plan. Te ha metido en su cama y te ha regalado sus encantos para que la desees todavía más y te rindas a sus deseos.

—No, no ha sido así. Ella me ama... —Pese a su fortaleza, Kitot temblaba ante la figura de Zenobia.

—¿Acaso creías que no conocía vuestros encuentros amorosos? Si los he consentido ha sido porque creía que esa esclava no era para ti sino una diversión, pero ahora veo que te ha hechizado.

—No, mi señora, ella no me ha...

—¡Basta! Mírate a un espejo, Kitot. No, no eres un hombre feo, pero tu tamaño es tan grande que asustas a cualquier mujer. Desengáñate, Yarai no te conviene; olvídate de ella. En los burdeles de Tadmor hay bellas hetairas dispuestas a calmar tu calentura. Y si quieres casarte, seguro que alguna hija de alguno de los mercaderes de la ciudad estará disponible. Tal vez una de esas tan altas y grandes que se quedan solteras salvo que encuentren a un hombre de su tamaño con el que casarse.

—Mi reina, yo sólo deseo a Yarai.

—Desde hoy dejas de servir en la guardia de palacio.

—Pero mi señora...

—Regresarás al cuartel general del ejército y te incorporarás de nuevo a las órdenes directas del general Giorgios. Prepárate porque en unos días saldrás de expedición hacia el noroeste; quiero que las ciudades de Anatolia vuelvan a prestarme juramento de obediencia. No dudo que tú conseguirás que sus magistrados lo confirmen. Yo confiaba en ti, Kitot, pero me has decepcionado.

—No he hecho nada para romper esa confianza, mi señora. Soy tu más fiel servidor y siempre lo seré.

—Entonces calla y cumple mis órdenes.

Los ojos de Kitot tornaron de la esperanza a la tristeza. Zenobia se apercibió del cambio de expresión en el rostro del armenio, pero se mantuvo firme. Era la reina y debía imponer su criterio y su voluntad por encima de todo, incluso de sus propios sentimientos.

Al despedir a Kitot, Zenobia pensó en Giorgios y en cómo la diosa del destino trazaba con sus caprichosos hilos la vida y el futuro de los hombres. En otras circunstancias ella y Giorgios hubieran podido amarse plenamente y ser dichosos como tantas familias de Palmira, y Yarai y Kitot tal vez hubieran culminado su romance como lo hicieron los padres de Zenobia. Pero los hados no parecían

propicios a que ambas parejas disfrutaran libremente del amor y estaban condenadas a no poder sentir su dicha salvo en esos escasos momentos en los que podían amarse en la soledad de una alcoba o bajo el brillo de las estrellas, sólo unos instantes efímeros y fugaces, brillantes y dichosos como los meteoros que cruzaban el cielo en las noches sin luna y no dejaban otra cosa que el vago recuerdo de un reguero de luz en la memoria.

—La reina no ha accedido a venderte —le dijo Kitot a Yarei.

El armenio había tenido que dejar su puesto en la guardia de palacio, pero se las había ingeniado para entrar aquella misma noche en el recinto del que hasta ese día había sido su principal guardián. De nuevo, el eunuco encargado de la puerta y los soldados de la guardia habían mirado hacia otra parte.

—¿Le dijiste por qué querías comprarme? —le preguntó Yarei.

—Cometí ese error, y otro más grave aún: le recordé que su madre había sido una esclava y eso la enfureció. Me ha relevado al frente de la guardia de palacio. Ya no prestaré mis servicios aquí.

—¿Y dónde vas a ir?

—De momento a visitar a los gobernadores de las ciudades de Anatolia.

—¿Te destierra?

—No exactamente, pero me aleja de ti. Quiere que visite a los magistrados de esas ciudades para que le reiteren el juramento de fidelidad que le hicieron el año pasado, cuando ella misma recorrió esas tierras al frente del ejército.

—¿Cuánto tiempo...?

—No lo sé, tal vez unos meses, un año, quizá dos...

—No, no. —Yarei se tapó los ojos con las manos y sollozó—. No quiero estar tanto tiempo lejos de ti. Huyamos de aquí; vayámonos a Armenia, a Roma, a Persia, con los bárbaros si es preciso.

—No llegaríamos muy lejos. Una mujer hermosa como tú y un hombre tan grande como yo no pasaríamos desapercibidos en ninguna parte. Zenobia es obedecida en todas las provincias y ciudades entre Mesopotamia y Egipto; antes de llegar a un lugar seguro nos alcanzarían sus soldados y quién sabe qué podría hacernos. Es la reina y tiene que demostrar su poder y su autoridad.

—Entonces, ¿no podemos hacer nada? ¿Sólo resignarnos a la separación...?

—Esperaremos, tal vez las cosas cambien. Es probable que los romanos ataquen Palmira en cuanto solucionen sus problemas internos y se garantice la defensa de las fronteras del Danubio. Si eso ocurre, te juro que pelearé como el más fiero de los titanes; me ganaré mi derecho a comprarte y Zenobia no tendrá otro remedio que entregarte a mí. Es una reina, pero también es una mujer, lo entenderá.

—¿Sabes que se acuesta de vez en cuando con el general Giorgios?

—Claro que lo sé. Pretende mantenerlo en secreto, pero toda Palmira sabe que son amantes.

—En ese caso, conoce lo que es el amor...

—Sí, pero la reina coloca su trono y los intereses de Palmira por encima de sus sentimientos.

—Odio a esa mujer, la odio y la odiaré siempre.

—Yo he odiado mucho en vida, Yarai, más de lo que tú eres capaz de comprender, y es ahora cuando me he dado cuenta de que el odio sólo sirve para consumirte por dentro, para anular tu voluntad y para hacerte peor que una alimaña. El odio convierte a los hombres en fieras salvajes, no lo olvides nunca. —El antiguo gladiador, que había ganado su libertad matando sobre la arena de los anfiteatros a más de cien hombres, hablaba como un filósofo.

—No me importa; la odio, la odio. Maldita sea.

Las murallas que ordenó construir Odenato se habían quedado pequeñas a causa del crecimiento de la ciudad. En apenas una década la población había aumentado mucho gracias al establecimiento de nuevos comerciantes que acudían a instalarse al abrigo de su desarrollo y de su fortuna y a los mercenarios contratados en el ejército, muchos de los cuales se asentaron en Palmira con sus familias.

Los dioses Arsu, el que protegía las caravanas procedentes del este montado en su camello, y Azizi, el que lo hacía con las del oeste desde su caballo, se estaban mostrando muy propicios para con los palmirenos, que seguían ofreciendo a sus sacerdotes cuantiosas ofrendas y donativos. Incluso Malakbel, la divinidad a la que creían responsable de la fertilización de las plantas y del renacer de la naturaleza cada primavera, pues las cosechas eran abundantes y sus frutos copiosos.

Todo parecía ir bien en el reino de Zenobia, donde la mayoría de los comerciantes confiaba en que los romanos no se atreverían a atacar a su ciudad, que consideraban invencible. Sólo Giorgios y Zabdas insistían en que debían estar preparados para una ofensiva de Roma.

—Los romanos no vendrán a por nosotros. Tienen asuntos más urgentes que resolver: la amenaza de los godos en el Ponto, las hordas bárbaras en el Danubio o los pronunciamientos de generales ansiosos de vestir la púrpura imperial. Creo que debemos permanecer tranquilos; aquí, tras las murallas que construyó Odenato, estamos seguros. —Aquileo, el sobrino de Antioco, que había heredado la mitad de su fortuna y se había centrado en el comercio de la seda, erigido en portavoz de la cofradía de los mercaderes de seda, acababa así un encendido alegato en contra de la propuesta que había realizado en la sala de banquetes del ágora el general Giorgios para ampliar las murallas, aumentar el número de efectivos del ejército y destinar muchos más recursos para equipar mejor al ejército.

—Creo, ciudadanos honrados de Palmira, que no habéis entendido las enormes dificultades en las cuales se va a ver sumida esta ciudad. Aureliano es un soldado, toda su vida ha estado enrolado en el ejército de Roma y no entiende otra cosa que la fuerza de la espada. Lo conozco bien porque serví varios años a sus órdenes. Es un hombre tenaz y arrojado al que no le importa empuñar su propia espada y pelear en primera línea de combate. No es uno de esos senadores ufanos y cobardes que se pasan el día conspirando en las termas de Roma sobre la manera de hacerse con el poder. No; Aureliano es un hombre de acción que entiende que el Imperio debe imponerse por encima de cualquier otra circunstancia. Por eso, o nos fortificamos, nos reforzamos y aumentamos nuestros efectivos, o cuando Aureliano aparezca ante los muros de esta ciudad al frente de sus renovadas legiones Palmira durará menos que un pedacito de hielo a la luz del sol estival.

—Es suficiente con los soldados y con las fortificaciones que defienden la ciudad...

—No, no lo es. Tenemos que mejorar mucho —interrumpió Giorgios al portavoz de la cofradía de sederos. Aquileo ya no parecía aquel tipo callado y tímido que siempre se mantenía a la sombra de Antioco.

—¿Qué sugieres que hagamos, general? —preguntó Zenobia, que presidía el Consejo pero que se había mantenido callada hasta ese momento, a Giorgios.

—Levantar una nueva muralla en la zona sur de la ciudad, reforzar las puertas y los muros ya construidos y aumentar al menos en cinco mil hombres el número de soldados permanentes de nuestro ejército. Palmira es rica y sus ciudadanos también, podemos permitirnos esos gastos —justificó Giorgios.

—Si seguimos derrochando dinero de este modo, Palmira se arruinará y nosotros con ella —clamó Aquileo.

Al oír aquellas palabras, Giorgios estalló.

—¡Arruinados! Os he visto pelearos como niños caprichosos por colocar vuestras estatuas en las columnas de las calles porticadas. Efigies de muchos de vosotros, de vuestros padres y de vuestros antepasados ornamentan nuestras calles; no existe ninguna ciudad en el mundo en la que proliferen tantas estatuas dedicadas a mayor gloria de sus potentados. Templos, monumentos, esculturas y tumbas de piedra se levantan cada año en esta ciudad y en ellos os gastáis sumas ingentes de dinero. Si pretendéis que las cosas sigan como están, que vuestras bolsas se mantengan repletas de oro y que Palmira pueda defenderse de un futuro ataque de Roma, será mejor que vayáis pensando en gastar parte de ese dinero en la defensa, o de lo contrario os arrepentiréis. Si no admitís desprenderos de algo, os quedaréis sin nada.

» Un dicho romano reza así: “*Si vis pacem, para bellum*”, es decir, “Si deseas la paz, prepara la guerra” —tradujo Giorgios del latín al griego—. Y eso mismo os recomiendo yo: si queréis que los romanos nos dejen en paz, deberemos

prepararnos para la guerra. No existe alternativa alguna.

—El general Giorgios tiene razón. —Zabdas se adelantó un par de pasos—. La grandeza de Roma se ha construido desde la guerra y sólo desde la guerra desean mantenerla sus emperadores. La única razón que entienden es la de la fuerza. Yo también os lo puedo asegurar. Serví a Odenato cuando llegó el momento de luchar al servicio de Roma contra los persas y no tengo ninguna duda de que ahora los dioses del destino nos empujan a combatir al servicio de nuestra reina Zenobia contra los romanos. Palmira debe seguir siendo una ciudad soberana. Luchemos por ello.

—Así lo haremos —zanjó Zenobia.

Aquileo torció el gesto y calló. Ninguno de los mercaderes presentes en el consejo se atrevió a replicar, aunque sabían que los preparativos les iban a costar mucho dinero.

Aquella misma primavera se erigieron dos estatuas en la avenida principal de Palmira. En una de ellas, labrada en una caliza dorada, se representaba a Odenato; estaba vestido como un general romano, pero su cabeza aparecía rematada por una corona de oro rodeada de rayos, al estilo de los retratos de los emperadores en las monedas. Se colocó junto al arco triunfal, en una hornacina bajo la cual una lápida con letras de bronce incrustadas recogía en latín, griego y palmireno todos los títulos que había ostentado en vida: *Vir et Consul illustris, Dux romanorum Orientis, Restaurator totius Orientis, et Augustus*. Justo a su lado se levantó otra dedicada a Zenobia, con la leyenda *Augusta Septimia Aurelia Zenobia, Palmirae et Eghipti regina, uxor Odenati, Vabalati mater*, también en las tres lenguas. Ambas estatuas, esculpidas por el mejor de los artistas griegos afincados en Palmira, fueron sufragadas por la cofradía de los sederos palmirenos.

Y aun se levantó una segunda estatua de Odenato frente al gran templo de Bel, indicando que había sido el primero de los hombres de Palmira y el máximo benefactor de la ciudad; esta fue costeada por el gremio de conductores de caravanas.

Capítulo XXXII

*Palmira, primavera de 271;
1024 de la fundación de Roma*

—Dicen que en Roma existe un templo dedicado a Marte, su dios de la guerra, cuyas puertas se abren cuando estalla una contienda y no se vuelven a cerrar hasta que los romanos consiguen la paz, es decir, la victoria —comentó Zabdas.

Los dos generales de Palmira estaban en el cuartel general del ejército palmireno repasando las necesidades de intendencia requeridas para hacer frente a los romanos.

—Los ingenieros que están preparando la ampliación de la muralla y el reforzamiento de la ya existente calculan que hará falta un millón y medio de sestercios para pagar esos trabajos —dijo Giorgios.

—Y no menos de otros dos millones serán precisos para elevar nuestro número de soldados en otros cinco mil y equiparlos convenientemente —precisó Zabdas.

—¿Habrá dinero suficiente?

—Espero que sí. Nicómaco es un excelente administrador. Cuando trabajó como contable para el padre de Zenobia y para Antioco Aquiles convirtió su empresa en una de las más notables de esta ciudad. Además, la acuñación de las nuevas monedas proporcionará enormes ingresos al tesoro. Mira, aquí están las primeras.

Zabdas sacó de un cajón un par de bolsitas de badana, las abrió y echó sobre la mesa su contenido. Varias monedas brillantes, recién acuñadas en la ceca de Palmira, quedaron esparcidas sobre la madera.

—Esta es un as al estilo romano. —Zabdas tomó una de ellas—. En una de las caras está impreso el rostro de Vabalato y la leyenda «Emperador César Vabalato Augusto», y en el reverso la efigie de Zenobia con la leyenda: «Vabalato Varón Cónsul Rey Emperador Dux de los Romanos». Y mira esta otra.

Giorgios observó el anverso de la moneda, con el rostro impreso de Vabalato;

su aspecto era el de un adolescente de mayor edad que la que en realidad tenía en esos momentos el hijo de Zenobia, imberbe, con el cabello peinado a la moda romana y coronado con rayos al estilo de los emperadores. La giró en sus dedos y en el reverso observó la imagen de la diosa Victoria con la leyenda «*Victoriacus*».

—¿Ha desaparecido la imagen del emperador Aureliano? —Giorgios se sorprendió, pues hasta entonces las monedas acuñadas en Palmira presentaban en el reverso a Aureliano.

—Así lo ha decidido Zenobia. Los tetradracmas de plata de Antioquía y Alejandría han sido las últimas monedas acuñadas en Oriente con el rostro de un emperador romano. A partir de ahora sólo se acuñarán con los de Vabalato y Zenobia. Monedas iguales se grabarán en Siria y en Egipto, y en todas aparecerá la imagen de Zenobia y la de su hijo Vabalato, investidos con el manto imperial y la corona de rayos, los atributos reservados a los emperadores.

—Coronado como un emperador romano, sí, pero Vabalato está peinado al estilo persa. —Giorgios tomó una de las nuevas monedas y la observó con atención—. Eso significa...

—Dos imperios independientes. Zenobia me ha confiado su intención de proclamar el Imperio de Oriente, con centro en Palmira y que comprenderá Mesopotamia, Siria, Egipto y Anatolia. Mesopotamia, Siria y Egipto ya obedecen al nuevo Imperio y en Anatolia sólo la provincia de Bitinia, en la costa del Ponto, ha rechazado acatar la soberanía de Palmira y se mantiene fiel a Roma, pero la someteremos el año que viene, y después ocuparemos Grecia.

Vabalato había cumplido siete años, pero era mucho más alto y fornido que los muchachitos de su edad. Desde que murieran sus dos hermanos mayores, todos los cuidados de Zenobia habían sido para él, el único heredero vivo de los cuatro hijos varones que había tenido Odenato. Asesinado Hairam y muertos Hereniano y Timolao, Vabalato encarnaba la esperanza de tener algún día al frente de Palmira a un nuevo Odenato que garantizara la prosperidad y la fortuna de la ciudad del desierto.

El muchachito jugueteaba con Yarai en el patio del palacio bajo la mirada atenta de dos de los emasculados que servían en las estancias privadas de la reina Zenobia. Acababan de regresar de las colinas del norte, donde Giorgios había dedicado toda una mañana a enseñar al joven príncipe sus primeros ejercicios ecuestres.

Zenobia los había acompañado pero, para desesperación de Giorgios, lo había ignorado; el ateniense esperaba ansioso una nueva llamada de la mujer que tanto amaba y a la que deseaba como a ninguna otra.

Tras varios meses sin hacerle el amor echaba de menos su piel

maravillosamente cálida y suave, el contorneo de sus caderas ajustadas a su pelvis como un guante, sus labios carnosos y delicados, el aroma de su perfume y la dulzura de sus besos.

Giorgios ordenó a la escolta que los había protegido en la jornada ecuestre que regresara al cuartel y se despidió de Zenobia.

—Un momento, general; no te vayas todavía —le dijo la reina.

—¿Qué más deseas de mí, señora?

—Un consejo.

—Estoy para servirte.

—Siéntate. —La reina le indicó una silla en un rincón del patio donde Vabalato seguía correteando tras Yarai y se recosió en un diván entre almohadas de seda—. Kitot me pidió hace unas semanas que le vendiera a Yarai; hace tiempo que son amantes. Le respondí que jamás le vendería a esa esclava, y le dije que lo enviaría a un largo viaje para que los gobernadores de las provincias de Anatolia ratificaran su lealtad a Palmira, sobre todo la del gobernador de Bitinia, ese terco idiota que sigue manteniendo su obediencia a Roma.

—Acabaremos doblegando su resistencia y Bitinia también te obedecerá.

—Sí, necesitamos Bitinia para completar el nuevo Imperio de Oriente, pero eso no me preocupa ahora.

—¿Entonces?

—Creo que obré mal al no concederle a Kitot la propiedad de Yarai. Me dijo que no la quería como esclava y concubina, sino que estaba dispuesto a liberarla y a convertirla en su esposa.

—Eso honra a Kitot.

—¿Te gusta Yarai?

—¿A qué te refieres, señora? —se extrañó Giorgios por la pregunta.

—A que si Yarai te atrae como mujer.

—Bien..., es joven y hermosa, sí; Yarai puede atraer a cualquier hombre, pero...

—¿Pero...?

—Desde que te vi, en mi corazón no hay lugar para ninguna otra mujer...

—¿Ni siquiera para esas hetairas armenias con las que te solazas en los burdeles de Palmira?

—Un hombre tiene necesidades... Y nunca sé cuándo vas a requerirme para que te haga el amor. A veces pasan semanas, meses, y esa espera me atormenta porque no sé si volverá a producirse una nueva llamada tuya.

—Soy la reina de este mundo de arena y palmeras, no puedo gobernar con los impulsos de mi corazón sino con la razón de mi cabeza. Y me temo que, a veces, me dejo llevar por ellos, como en el caso de Yarai y Kitot o en el nuestro. Si le regué a Kitot la compra de Yarai es porque tenía celos.

—¿Celos de Yarai?

—Sí, celos y envidia porque una esclava pudiera ser feliz y convertirse en la esposa del hombre que ama mientras yo, su reina y dueña, no puedo hacerlo.

—Yo acudiré a tu lado siempre que me lo pidas; siempre, si así lo deseas.

—Sabes que no puede ser. Has sido fiel a Palmira y te debemos mucho, pero eres griego, y los palmirenos no admitirían que su reina compartiera el trono con un extranjero. Ahí radican mis celos, en que no puedo hacer lo que me pide mi corazón.

—¿Y por eso no permites que Yarai y Kitot puedan casarse, porque no soportas la felicidad en los demás si tú no la puedes alcanzar?

—Así es. Yo soy la soberana de este imperio y debería... —Zenobia rompió a llorar, pero se enjugó las lágrimas y se recompuso enseguida—. Tal vez el peso que tienen que soportar mis hombros sea demasiado para mis fuerzas.

—Eres la mujer más fuerte que he conocido jamás. Si te atormenta lo que hiciste, cambia tu decisión y vende esa joven esclava a Kitot.

—No; ya tomé una decisión firme, no debo volverme atrás, sería una muestra de debilidad que no puedo permitirme.

—Pues líbrala tú misma y que Yarai haga después lo que desee.

—No puedo; ¿no comprendes que no puedo hacer eso? Soy la reina y mi palabra no puede modificarse por un sentimiento; si lo hiciera, mis súbditos dejarían de confiar en mí, y en estos momentos no debo permitir que eso ocurra. ¡Ah!, si Vabalato ya fuera un hombre y tuviera la edad suficiente para gobernar por sí mismo...

Zabdas contemplaba el horizonte con los ojos perdidos en la fina línea oscura que separaba el desierto ocre del cielo azul, en donde el sol comenzaba a declinar. Acababa de asistir a una de las principales carreras de camellos que se organizaban en Palmira a lo largo del año, el acto principal de una feria de ganado que se celebraba anualmente, mediada la primavera y durante diez días, a la que acudían ganaderos y caravaneros de toda Siria para comprar y vender camellos, caballos, asnos y mulos.

Su mirada cansada reflejaba años de guerras y de batallas. El gran general tenía cuarenta y seis años y había luchado durante treinta de ellos al servicio primero de Odenato y después de Zenobia.

Siempre había amado a esa mujer, aunque desde el primer momento en que sintió que su corazón le pertenecía, siendo Zenobia todavía una muchacha, supo que jamás podría poseerla.

Palmira era fuerte y rica, y su imperio se extendía por todo Oriente. Zabdas era uno de los principales responsables de la fortuna de la ciudad y todos los palmirenos así lo reconocían.

Georgios, que había participado con poco éxito en la carrera montando una

camella blanca propiedad del ejército, interrumpió a Zabdas, que estaba ensimismado en sus pensamientos.

—Espero que no hayas apostado por mí —le dijo.

—Por supuesto que no. La última vez que lo hice perdí veinte piezas de plata.

—Un plácido atardecer.

—La calma que precede a la tempestad. ¿Cuándo crees que vendrán a por nosotros? —le preguntó Zabdas.

—La próxima primavera, sin duda. Los agentes de Miami han informado de que Aureliano ha intensificado su ofensiva en el norte de Iliria y en el sur de la Dacia, pero ha renunciado a recuperar esa provincia; el Danubio será definitivamente la frontera del Imperio. Los legionarios de la XIII Gemina se han replegado a la ciudad de Ulpia Trajana. Aureliano ha decidido consolidar la frontera y reorganizar las fortificaciones en el Danubio, y eso significa que quiere dejar bien asentado el dominio romano en ese territorio antes de venir por Palmira.

—Pero bien pudiera ser que Aureliano se dirigiera antes contra los rebeldes de Occidente que contra nosotros. Si ocurriera así ganaríamos tiempo.

—No; vendrá antes por Palmira, estoy seguro. Conozco a Aureliano y sé que lo hará de este modo. Al fin y al cabo, los rebeldes de la Galia son romanos y nosotros, los palmirenos, no dejamos de ser para ellos unos bárbaros, aunque civilizados, que han osado cuestionar el dominio de Roma y quedarse con una parte del Imperio. —Giorgios ya se consideraba como un palmireno más.

—Entonces, ¿crees que debemos acelerar nuestra preparación para una guerra?

—Cuanto sea posible. Los comerciantes todavía se resisten a contribuir en los gastos de la defensa y están urdiendo todo tipo de excusas para ralentizar lo que se acordó que debían abonar en el último Consejo de la ciudad.

—Tienes razón, pero considera que nunca habían pagado tantos impuestos; estaban acostumbrados a aportar un décimo del valor de sus productos y ahora están pagando un quinto.

—Sin embargo nunca habían ganado tanto dinero como ahora. Algunos son tan ricos que podrían comprar una provincia de Occidente entera, y su riqueza se la deben a esta ciudad. Por tanto, si quieren mantenerla deben contribuir a que Palmira siga existiendo y eso sólo será posible si detenemos a los romanos.

—El consejero real Longino es de tu opinión, pero no sé si todos los palmirenos estarán dispuestos a sacrificar parte de su bienestar a cambio de mantener la independencia de su ciudad.

—Mientras sus bolsas rebose de monedas de oro, a la mayoría de los comerciantes les es indiferente quién esté sentado en el trono de Palmira.

—Has olvidado que quien reina aquí es Zenobia, y los palmirenos aman a su reina.

—Sólo en tanto les garantice unos suculentos ingresos y unos negocios florecientes.

Un oficial interrumpió precipitadamente la conversación de los dos generales.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Zabdas.

—Acaba de llegar un mensajero de Ctesifonte, general. El rey Sapor ha muerto; su hijo Ormazd Ardashir es el nuevo rey de los persas. En las próximas semanas enviará una embajada a Palmira para ratificar el tratado de paz y la alianza militar que acordó su padre con nuestra reina.

—Ormazd Ardashir... Lo conocí en mi viaje a Ctesifonte; es un tipo enfermizo y débil, nada que ver con el lobo astuto y feroz que era su padre —comentó Giorgios.

—En estos momentos necesitamos quedar en paz con los sasánidas y garantizarnos su ayuda más que nunca —reflexionó Zabdas.

*Palmira, principios de verano de 271;
1024 de la fundación de Roma*

Los embajadores del nuevo soberano de los persas habían llegado a Palmira una semana antes, pero Zenobia había decidido que los recibiría el día del solsticio de verano.

Quería aparecer ante ellos como una gran soberana, al mismo nivel que el rey sasánida o que el emperador de Roma. Tenía la intención de demostrarles que ahora había tres grandes monarcas en el mundo que se extendía desde la India hasta los confines del océano occidental y que Palmira era igual a Roma y a Ctesifonte en poder y majestad.

Para la recepción de la embajada se engalanó la sala de banquetes del ágora y se organizó una gran ceremonia en la que los embajadores persas recorrerían la gran calle porticada, recién alfombrada con hojas frescas de palmera, decorada con banderas y estandartes.

A la hora prevista, los embajadores salieron de su residencia, un par de casas en la zona sur de la ciudad, y avanzaron por la calle del templo de Bel hasta el arco del triunfo de la gran calle de columnas.

Giorgios había ido a buscarlos al frente de un destacamento de veinte jinetes equipados con armaduras doradas, capas rojas y estandartes púrpuras. El ateniense portaba su casco de combate con garras de águila, al que había incorporado un penacho de plumas rojas.

—Embajador, la reina Zenobia te espera —Giorgios saludó con cortesía al enviado del rey de Persia—. Permíteme que te acompañe ante la soberana de Oriente.

Arbaces, el riquísimo sátrapa de la lejana provincia oriental del Imperio de

los sasánidas, alzó la vista y cruzó la mirada con Giorgios, que se mantenía altivo sobre su caballo. Dos lujosos carros se habían preparado para llevar a los persas hasta el ágora.

—Te lo agradezco, general.

Arbaces y su séquito subieron a los dos carros y la comitiva se puso en marcha.

Pasaron por delante de la fachada del gran templo de Bel, en cuya escalinata de acceso se arremolinaban decenas de curiosos, y embocaron la gran calle de columnas, cuyos pórticos estaban repletos de gente. Allí se sumó al cortejo una delegación de Armenia, recién llegada desde ese reino del norte.

Giorgios cabalgaba a la cabeza del cortejo, flanqueado por dos portaestandartes que mostraban sendas banderas rojas con el emblema de Palmira bordado en hilo de oro.

Desfilaron bajo el arco triunfal, construido justo en el lugar donde la gran calle de columnas forma un ángulo de treinta grados, al lado del templo de Nebo. Al pasar bajo la gran arcada, Giorgios se fijó en las estatuas de Odenato y de Zenobia y en la leyenda en letras de bronce bajo la del caudillo: «Vabalato, varón y cónsul ilustre, duque de los romanos en Oriente, restaurador de todo Oriente y Augusto».

Tras recorrer un centenar de pasos giraron a la izquierda y entraron en la plaza del ágora. Allí esperaban los más ilustres palmirenos, alineados según las corporaciones de oficios a las que pertenecían: los sederos con sus gorros verdes, los joyeros con sus cintas doradas al pelo, los orfebres con sus insignias doradas sobre el pecho... Y por fin, sobre unas peanas de madera escalonadas, se ubicaban los magistrados de la ciudad, los generales y altos oficiales del ejército, presididos por Zabdas, y los consejeros reales, encabezados por Casio Longino, que se adelantó para recibir a los persas.

—Palmira os da la bienvenida, nobles embajadores del gran rey de Persia y del rey de Armenia —los saludó Longino mientras los enviados de Ormazd Ardashir y los embajadores armenios descendían de los carruajes.

Arbaces se acercó hasta el consejero real y ambos se estrecharon los brazos.

—Os traigo el saludo y el deseo de paz de su majestad Ormazd Ardashir, hijo del gran Sapor, rey de reyes, señor de Partia y soberano de toda Persia, de Irán y de lo que no es Irán, quien desea que la paz que se ha asentado entre nuestros dos pueblos siga luciendo eternamente —respondió Arbaces.

El sátrapa persa apenas había cambiado de aspecto; tan sólo algunas canas habían blanqueado sus sienes, pero las ocultaba con un tinte oscuro que confería un tono más negro y brillante todavía a su ya oscurísimo cabello. Vestía con la misma elegancia, una hermosísima y delicada túnica de seda amarilla bordada en hilo de seda rojo, verde, negro y azul con la figura de un dragón en la espalda, traída de la lejana China. Se tocaba con un alto gorro forrado de seda negra con

decenas de perlas engarzadas con hilo de oro.

Arbaces y Longino se colocaron sobre una pequeña plataforma de madera a cuyos lados ondeaban el estandarte carmesí de Palmira y la bandera verde bordada con la corona del nuevo rey sasánida.

Esperaron un rato conversando sobre temas banales hasta que sonaron unas trompetas.

Giorgios, que se había retirado tras acompañar a los embajadores persas y armenios, se presentó de nuevo al frente de su batallón en la plaza del ágora, y tras los veinte jinetes entró un centenar de trompeteros y tamborileros atronando con sus sones.

Por fin apareció el carro de plata de la reina, rodeado de un escuadrón de catafractas, conducido por un enorme soldado negro, pero sobre el carruaje no iba Zenobia: al lado del gigantón estaba Vabalato, vestido de púrpura y coronado de laureles de oro, como un pequeño emperador romano. La señora de las palmeras hizo su entrada en el ágora cabalgando sobre una yegua blanca y escoltada por seis jinetes acorazados que portaban sendos estandartes de seda con bandas púrpuras y doradas. Detuvo la yegua delante de los embajadores de Persia y descabalgó de un brinco con una agilidad propia del más flexible de los atletas. Vestía pantalones, casaca y capa, todo de seda púrpura con ribetes de hilo de oro y engarces de piedras preciosas. Lucía el cabello suelto sobre los hombros, bajo una diadema de oro rematada por un gran rubí escarlata.

Arbaces la admiró asombrado y lamentó que aquella hermosa mujer hubiera rechazado su pretensión de convertirla en su esposa.

Zenobia se acercó al carro real y cogió a Vabalato de la mano para ayudarlo a descender.

Lo que ocurrió a continuación fue asombroso. Sin que mediara ninguna llamada ni ningún gesto, los presentes en la plaza del ágora comenzaron a tumbarse de bruces sobre el suelo, al estilo en el que los súbditos de los emperadores de Persia se postraban ante sus soberanos.

Arbaces miró a su alrededor y comprobó que era el único que permanecía en pie; todos los compañeros de su séquito se habían arrojado al suelo y estaban postrados ante Zenobia. El embajador persa miró a la reina de Egipto. Zenobia permanecía de pie en medio de la plaza del ágora, con Vabalato de la mano, rodeada de un silencio absoluto. Entonces Arbaces abrió sus brazos, inclinó la cabeza, se arrodilló y se tumbó boca abajo en el suelo.

—Podéis levantaros —ordenó Zenobia, a lo que los presentes respondieron incorporándose despacio, como si pretendieran que aquellos momentos no se acabaran nunca.

Zenobia y su hijo entraron en la sala de banquetes y tras ellos lo hicieron los consejeros reales, los embajadores persas, los armenios y los notables de la ciudad. Parecía como si la señora de las palmeras se hubiera convertido de

pronto en la soberana del mundo.

Una vez que todos los invitados a la ceremonia quedaron acomodados en los lugares que les habían señalado, la reina indicó a Longino que podía intervenir.

El principal consejero real saludó a su soberana y a Vabalato con una inclinación de cabeza y leyó una tablilla de madera:

—El Consejo Real de Palmira, el Consejo del reino de Egipto y los gobernadores de las provincias de Asia y Mesopotamia, todos concordes y ninguno discrepante, en virtud de los muchos méritos y de los derechos atesorados por el hijo de nuestro señor, el recordado Odenato Augusto, reconocemos al ilustre Vabalato, hijo de la reina Julia Aurelia Zenobia, los títulos de augusto y de rey de reyes, y acatamos su imperio y su autoridad sobre todo Oriente, desde el mar Mediterráneo hasta el gran río Eufrates y desde el mar Ponto hasta el país del Nilo.

Arbaces tragó saliva al escuchar aquella declaración; Odenato ya se había atrevido a proclamarse rey de reyes, el título principal que ostentaban los emperadores persas, cuando derrotó a Sapor años atrás y se presentó en tres ocasiones ante las murallas de Ctesifonte, pero aquello se consideró como una anécdota; ahora parecía que iba en serio.

A una indicación de Longino varias decenas de sirvientas, vestidas todas con túnicas cortas de seda blanca ribeteadas con orlas doradas, entraron a la sala de banquetes y sirvieron vino.

—Queridos amigos —intervino Zenobia—: deseo que bebáis por el Imperio de Oriente y por la grandeza de Palmira.

Los embajadores persas tomaron sus copas y aguardaron a ver qué hacía Arbaces, pues la declaración que acababa de leer Longino significaba una grave ofensa para su emperador.

Arbaces alzó su copa y dijo:

—El rey de reyes, soberano de Irán y de lo que no es Irán, Ormazd Ardashir, monarca de Mesopotamia, de Persia y de Partía, saluda a su hermana la reina Zenobia y a su hijo el augusto Vabalato y les desea un reinado fructífero y afortunado.

Y dio un sorbo de su copa.

—Larga vida a la reina Zenobia y a su hijo el augusto Odenato —replicó el embajador armenio.

Zenobia sonrió levemente, alzó su copa y también bebió. Algunos de los asistentes comenzaron a lanzar vítores a Zenobia, a Vabalato y a Palmira, y a clamar por la alianza entre persas y palmirenos.

Zabdas y Giorgios respiraron tranquilos.

—¿Has oído cómo ha titulado ese embajador al rey de Persia? —preguntó Zabdas a Giorgios.

—«Rey de Irán y de lo que no es Irán». Esa fórmula la escuché en

Ctesifonte, en la audiencia con Sapor. Me parece que el cachorro del gran rey tiene las mismas o mayores pretensiones que su padre.

Varios persas, vestidos con túnicas azules de seda bordadas con estrellas amarillas, entraron portando cajas de madera labradas a cincel e incrustadas con marfil. Las depositaron a los pies de la reina y las abrieron. Cada una de ellas estaba llena de un tipo de piedra preciosa: verdes malaquitas, rojos sardónices, púrpuras pederotes, encarnados hematíes, azules jacintos, pálidas crisoprasas, amarillos berilos, nacarinas perlas y cristalinos diamantes.

Los cortesanos contemplaron asombrados aquel despliegue de riqueza.

Una tras otra fueron sirviéndose varias rondas de vino y las copas se llenaron en numerosas ocasiones. Zenobia se mantenía serena, pese a que bebía la misma cantidad que sus invitados los embajadores de Persia y de Armenia, y reía ante las ocurrencias del sátrapa Arbaces.

En el centro de la sala decenas de criados dispusieron unas mesas bajas y sacaron bancos y almohadones sobre los que se recostaron los invitados en tanto se servían copiosas bandejas rebosantes de enormes pedazos de carne guisada, cuencos de verduras y legumbres especiadas, deliciosos adobos y escabeches, dulcísimas frutas escarchadas y sabrosos pasteles de miel, almendras, dátiles y pistachos. El mejor de los caldos de los viñedos de las tierras del sur de Antioquía seguía colmando las copas y nublando los ojos de los cada vez más alegres comensales.

Tres horas después de comenzado el banquete los embajadores persas y armenios estaban absolutamente ebrios y los generales Zabdas y Giorgios intentaban mantenerse firmes pese a que el vino ingerido les nublabla la vista y les confundía la lengua.

Ni siquiera Arbaces, siempre elegante y altivo, lograba conservarse sereno, y cada vez que intentaba hablar barbotaba como cualquier plebeyo borracho en alguna de las cantinas de los suburbios de Palmira. Su cabello largo y rizado, recogido en una redecilla de hilos de seda dorada, comenzaba a desparramarse en rebeldes mechones que le conferían el aspecto de un orate descuidado; sus profundos ojos oscuros presentaban una mirada perdida y embohada y apenas eran capaces de distinguir otra cosa que formas y colores.

Por el contrario, Zenobia parecía sosegada y sobria, el cabello negro perfectamente peinado, el maquillaje en sus mejillas y el *kohl* alrededor de sus ojos como recién aplicado, el vestido de seda engastado de perlas terso y su mirada limpia y plácida, como si no hubiera bebido otra cosa que agua.

—¿De qué materia está hecha esa mujer?—preguntó Giorgios.

—Probablemente de la misma que los dioses—le respondió Zabdas.

—Así debe de ser. Quizá sea este el momento para arrancar de ese Arbaces un buen acuerdo sobre la alianza militar con Persia.

—Inténtalo.

Giorgios se acercó a Arbaces y observó el rictus alegre y los ojillos vidriosos del sátrapa.

—Embajador, ¿me permites?

—Claro. —Arbaces indicó al ateniense que se sentara a su lado.

—Deberíamos precisar los términos del nuevo tratado de alianza militar entre nuestros países —soltó Giorgios de repente.

—Ya ha quedado claro que somos aliados y que nos prestaremos defensa mutua ante un ataque de Roma.

—Pero no hay ningún detalle en el tratado que...

—Ni lo habrá, amigo, ni lo habrá. Mi nuevo soberano, Ormazd Ardashir, ha dejado en manos del *maqapat* Kartir...

—¿*Maqapat*...? —se extrañó Giorgios.

—Esa palabra designa al jefe supremo de los magos del fuego, que es el nuevo título que mi rey ha concedido al sumo sacerdote de Ahura Mazda. Esa dignidad supone que puede decidir sobre la religión y que puede usar el cinturón y el tocado como jefe de los magos de todo el Imperio.

—Pero el tratado...

—Ahora nada se mueve en Persia sin que Kartir lo decida, y me ha encomendado expresamente que el tratado se quede como está.

—Tal cual se ha firmado no es un verdadero tratado de alianza sino una mera letanía de buenos deseos.

—Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa. ¡Ah, esa mujer...! —exclamó Arbaces mientras se llevaba la copa de vino a los labios y observaba con ojos llenos de deseo a la reina Zenobia.

—Un gran triunfo. Pudo acabar con la retirada del embajador e incluso con una declaración de guerra, pero el convite de ayer con los embajadores persas y armenios constituyó un gran éxito de nuestra reina —dijo Zabdas, al que todavía le dolía la cabeza de tanto vino como había ingerido.

—Ese engreído sátrapa persa está enamorado de Zenobia; no la hubiera contrariado aunque hubiéramos bailado en el centro de la sala de banquetes sobre los huesos del mismísimo Sapor. Ese tipo es un meriendatinieblas —afirmó Giorgios.

—¿Cómo dices?

—«Meriendatinieblas» es un término que se usa entre los legionarios romanos para calificar al que tiene ojos y ve, pero parece ciego a la hora de observar ciertas cosas evidentes. Zenobia sólo tiene ojos para su hijo Vabalato; su obsesión es que llegue a reinar sobre Palmira...

—No sólo eso; Zenobia quiere lo mejor para sus súbditos y cree que para ello Palmira debe ser la cabeza de un imperio independiente de Roma y de Persia.

Pretende hacer renacer los viejos reinos de los herederos de Alejandro, y con ellos la tradición griega, pero también desea que las buenas obras de Roma permanezcan, y que brille la magnificencia de los persas.

—¿Te refieres a que desea construir un mundo nuevo con retazos de tres viejos?

—Así es —confirmó Zabdas—. Y además lograr que a este nuevo reino se incorporen los más notables sabios del mundo conocido. Quiere crear un nuevo imperio en el que nadie se considere extranjero, donde se sientan acogidos los poetas y los filósofos, donde puedan celebrarse todos los cultos a todos los dioses, en el que incluso quepan los cristianos y los judíos.

—Pero alcanzar ese nuevo mundo parece una tarea hartamente imposible —sentenció Giorgios.

—Tal vez, pero es el mundo que desea Zenobia, y yo daré mi vida para que lo consiga —aseguró Zabdas.

Cayo Longino, además de consejero principal de Zenobia, recibió el encargo de educar al joven Vabalato.

El heredero de Zenobia hablaba el palmireno y el griego, las dos lenguas que todos los palmirenos conocían y en las que se expresaban indistintamente, pero Zenobia había ordenado que le enseñaran arameo, la lengua común de la región, algo de árabe y hebreo, pues todos aquellos idiomas también se hablaban en Palmira. La propia Zenobia le hablaba de vez en cuando en el idioma egipcio que había aprendido de su madre, pues no en vano Vabalato había sido coronado rey de Egipto.

Vabalato incluso comenzó a recibir clases de latín, pues aunque los palmirenos consideraban la lengua de Roma como propia de hombres rústicos, el conocimiento de la misma era importante para un monarca que se había colocado a la misma altura que el emperador romano.

El joven rey de Palmira aprendía deprisa. Vabalato era vivaz y de aguda inteligencia. Desde que tuvo uso de razón fue educado para ser un príncipe. Su madre se había encargado de que su educación fuera esmerada a fin de prepararlo para que algún día gobernara con acierto el imperio que Odenato y Zenobia habían construido para él.

—¿Cómo va tu nuevo libro? —preguntó Zenobia a su consejero.

—Se titulará *Tratado de lo sublime*. Lo tengo muy avanzado. He incorporado el análisis de algunos poemas de la poetisa Safo de Lesbos, de la cual ya te hablé en alguna ocasión, gracias a una copia que me han enviado hace poco desde la biblioteca de Alejandría —le explicó Cayo Longino.

—«El aire circula entre los retoños de los manzanos, y del follaje tembloroso descendiendo un pesado sueño» —recitó Zenobia de memoria.

—Recuerdas sus versos...

—Tú me los enseñaste.

—Esa mujer fue quien más dulcemente se expresó con palabras en el idioma de los griegos. ¡Qué diferente del latín!

—Sé que consideras al latín una lengua de patanes, pero el emperador de Oriente debe conocer ese idioma. —Zenobia hablaba con Longino, al que le había pedido que enseñara latín a su hijo.

—Mi señora, el augusto Vabalato todavía es un niño. Todas las horas libres del día las ocupa en el estudio o en la práctica de la equitación y el tiro con arco. Debería dedicar más tiempo a juegos con niños de su edad. Apenas sale de palacio salvo para los ejercicios militares; pasa las horas rodeado de maestros, preceptores y sirvientes.

El propio Longino se estaba dando cuenta de que la educación del joven augusto de Oriente se había convertido en una obsesión para su madre.

—Vabalato no es un niño cualquiera; es el emperador de Oriente, y debe ser educado como tal. Quiero que se convierta en un segundo Alejandro, pero antes de que eso se produzca ha de aprender cuanto sea posible para que no caiga en los mismos errores.

—Alejandro Magno es irreplicable, mi señora.

—Eso decían algunos de Cleopatra, y ya ves, aquí me tienes, Longino. Mi antepasada fue reina de Egipto, y yo lo soy de Egipto, de Palmira y augusta de Oriente. El sueño de Cleopatra se ha convertido en mí en una realidad, y aun aumentado. Y tú has contribuido a ello.

» Conozco bien la historia de Alejandro el Grande. Tú me la enseñaste y yo misma he escrito un epitome de su vida. Él tuvo como preceptor a Aristóteles, Vabalato y yo te tenemos a ti. Si mi vida es paralela a la de Cleopatra, la de Vabalato ha de ser paralela a la de Alejandro.

—Con una diferencia, mi señora: Alejandro conquistó un imperio, Vabalato lo ha heredado.

—Pero no lo hizo desde la nada; Alejandro aprovechó los fundamentos del reino que asentó su padre Filipo de Macedonia. Mi esposo Odenato y yo misma hemos cimentado bases más amplias y sólidas que las que construyó Filipo para su hijo, de manera que Vabalato puede convertirse en un soberano más grande que el propio Alejandro. Tal vez algún día Persia y Roma se inclinen ante su nombre.

Longino era un maestro de la retórica y hubiera podido argumentar en contra de lo que estaba planteando Zenobia, pero decidió callar y darse por vencido en aquel debate.

Capítulo XXXIII

Palmira, finales de verano de 271; 1024 de la fundación de Roma

—Muy pronto estarán aquí.

Kitot acababa de regresar de su embajada por las provincias de Asia, donde apenas había permanecido dos meses, y traía noticias de los movimientos del ejército del emperador Aureliano que puso de inmediato en conocimiento de los generales Zabdas y Giorgios.

—¿De modo que Bitinia sigue sin querer someterse? —preguntó Zabdas al gigante armenio.

—Así es. Su gobernador se empeña en mantenerse fiel a Roma; todos los demás dirigentes de las provincias de Anatolia acatan la autoridad de Palmira, excepto el de la condenada Bitinia —precisó Kitot.

—Bitinia es la puerta de Asia desde los estrechos del Bósforo y el Helesponto y es crucial para su defensa —intervino Giorgios—. Sus puertos en la costa del Ponto serán los que utilice Aureliano si pretende desembarcar en territorio amigo antes de venir por nosotros. Si esos puertos estuvieran bajo nuestro control los romanos lo tendrían muy difícil, pero si se mantienen fieles a Aureliano...

—No tenemos otra opción que someter Bitinia, pero necesitaríamos al menos treinta mil hombres, la totalidad de nuestro ejército, y eso supondría dejar desguarnecidas las costas de Siria y aun la misma Palmira —comentó Zabdas.

—¿Y en cuanto a las ciudades de la costa del Egeo? —se interesó Giorgios.

—Nicomedia, Pérgamo, Éfeso y Halicarnaso siempre han actuado en función de sus propios intereses. No se han decantado por Palmira, pero tampoco lo han hecho por Roma. Esperarán a ver quién resulta victorioso en esta contienda y entonces le mostrarán su fidelidad. No podemos contar con ellas en tanto no derrotemos a Roma —afirmó Kitot.

—¿Desde dónde crees que nos atacará Aureliano? —demandó Zabdas a Giorgios.

—Creo que aparecerá por el norte —supuso el ateniense.

—Y lo hará enseguida —añadió el armenio—. Hace un mes ordenó a todos

los legionarios de la XIII Gemina destacados en Dacia que pasaran a este lado del Danubio...

—Entonces es cierto que los romanos han abandonado la Dacia —se extrañó Giorgios.

—Esas han sido las órdenes recibidas por los últimos legionarios que permanecían destacados en esa región en la ciudad de Ulpia Trajana, que ha sido desalojada. Unos auxiliares armenios que habían desertado y escapaban hacia el este me comentaron que sus comandantes les habían ordenado replegarse a la orilla derecha del Danubio, y aseguraron que los legionarios que se habían establecido en las llanuras de Dacia con sus familias y a los que les habían adjudicado haciendas prefirieron desertar y perder sus tierras antes que seguir al ejército al sur del curso del río. Los romanos castigan la desertión con la muerte en la cruz, por eso son muchos los que han huido hacia el este, o incluso se han dispersado en las nubosas estepas y bosques del norte, entre los rudos bárbaros —Kitot se expresaba con rotundidad.

—Ese repliegue sólo puede significar una cosa: que Aureliano pretende centrar ahora todo su esfuerzo en conquistar Palmira —dedujo Giorgios.

—Aureliano ha reestructurado las legiones V Macedónica, XI Claudia, I Itálica, VII Claudia y IV Flavia y ha creado una nueva provincia al norte de Moesia y de Tracia con el nombre de Dacia —continuó Kitot—; no sé si eso tendrá algún significado...

—Claro que lo tiene. El emperador desea mantener la ficción de que no ha perdido territorios. Y además ha reorganizado todas esas legiones, que son precisamente las que defienden el *limes* del Danubio aguas abajo de Sirmio y de Singidunum —dijo Giorgios.

—Dime, general, ¿a qué hombre vamos a enfrentarnos? —le preguntó Zabdas a Giorgios.

—Aureliano es duro como la más sólida de las rocas. No he conocido a ningún oficial que impusiera una mayor disciplina a los hombres bajo su mando. En su escuadrón estaba prohibido beber, jugar a dados, a naipes o a cualquier otro juego de azar, y nadie podía practicar las artes de la adivinación, ni tan siquiera buscar la complicidad de videntes y augures para ello. Nos insistía una y otra vez en que los soldados romanos debíamos ser modestos, ahorradores y trabajadores; reclamaba que nuestro comportamiento fuera casto, nuestras costumbres sobrias y nuestros gastos austeros; insistía en que no robáramos a los campesinos ni a los comerciantes. Y él siempre daba ejemplo. Nos exigía mantener el equipo militar, el vestido, las armas, la coraza y el casco siempre limpios y brillantes. Él era el primero en cumplir las normas de comportamiento y cuando tenía que castigar a alguno de sus hombres, era severo y riguroso en la aplicación de la disciplina.

—Será un enemigo difícil.

—Temible. Jamás rehuía el combate. Luchó contra los belicosos sármatas en el Ilírico y no tuvo precaución ni temor alguno en lanzarse sobre su caballo a tumba abierta contra esos jinetes acorazados de pies a cabeza. Siendo ya tribuno de la VI Legión Gálica derrotó a los francos en Mongotiacum, en el *limes* a orillas del río Rin, encabezando él mismo la carga de la vanguardia de la caballería. Allí volvió a imponer sobre los hombres a sus órdenes su rígido sentido de la disciplina.

—Un general ejemplar; parece que lo admiras.

—Era muy exigente, pero nos salvó la vida en más de una ocasión. Era duro y a veces cruel, pero cuando se entablaba un combate acudía el primero a pelear como un león en defensa del último de los legionarios a sus órdenes.

—Tal vez sea tan buen general como dices, pero quizá le venga grande la túnica imperial —comentó Zabdas.

—No. Es uno de los pocos romanos que todavía creen en los valores tradicionales de la vieja república. Entiende que gobernar es un arte pero que los gobernantes deben hacerlo con autoridad y firmeza. Una de sus máximas era que los soldados debían actuar con mano de hierro, pero que la república debía gobernarse con mano de oro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kitot.

—Que los enemigos han de ser sometidos con las armas, mientras que los amigos deben ser remunerados con dinero y bienes.

—Tal vez tantos honores y halagos lo debiliten; suele ocurrir que, a veces, los hombres que reciben grandes elogios y desmedidas alabanzas se relajan y pierden la fuerza que los ha hecho poderosos.

—Los romanos lo llaman «dormirse en los laureles», pero no creo que sea el caso de Aureliano. Los honores y títulos que le está otorgando el Senado lo harán todavía más fuerte y más ambicioso. Ahora es consciente de su poder y del papel que puede desempeñar en la historia de Roma. Está henchido de majestad y hará cuanto pueda para incrementar su gloria, incluso en detalles como el cambio del nombre de su esposa. Cuando la conocí en Sirmio se llamaba Severina, un nombre poco adecuado para una emperatriz, pero desde que lo es hace que la llamen Ulpia Severa Augusta, más apropiado para una digna matrona romana. Y además, los legionarios le han otorgado el apelativo de *mater castrorum*, «madre de los campamentos». —Giorgios tradujo la expresión latina.

—Parece que es el emperador que ahora necesita Roma.

—Sí. Es un hombre virtuoso según el sentido del honor de los soldados romanos: fuerte y decidido, sabe cuál es su misión y qué debe hacer para conseguirla; honra a las deidades de la familia y de los antepasados, del hogar y de los asuntos cotidianos; conoce como pocos el arte de la guerra y no teme a la batalla; sabe qué significa alcanzar la primera de las magistraturas de Roma

desde el esfuerzo y el sacrificio; está dotado de un inquebrantable espíritu militar y de un sentido excelso de la disciplina y del deber; se siente marcado por la diosa del destino para ocupar ese puesto; critica los gastos excesivos y huye del lujo y del derroche y cree que los ascensos deben asignarse por méritos y no por nepotismo o arbitrariedad —sintetizó Giorgios.

—¿Has acabado con los elogios a ese romano? —Zabdas parecía molesto.

—Eres tú quien me ha pedido más información, y creo que debía decirte todo esto. Conocer bien al enemigo contribuye a vencerlo.

—Sea como sea ese Aureliano, su cráneo no está hecho de acero, no podrá resistir la fuerza de mi maza. —Kitot, que se había mantenido a la escucha, habló al fin apretando sus poderosos puños, firmes y duros como rocas.

Las noticias que trajo Miami unos días después coincidían con lo que los desertores le habían contado a Kitot.

Zenobia convocó a sus principales consejeros para escuchar los detalles del informe de Miami. Además, en el palacio real también estaban presentes Longino, Zabdas, Giorgios, el historiador Calínico y el tesorero Nicomedes.

—Mi señora —Miami comenzó a presentar su informe tras una indicación de la reina—, todos los indicios coinciden en que Aureliano se pondrá en marcha hacia Palmira en un par de meses a lo sumo. Ha dado instrucciones muy precisas a los gobernadores de las provincias de toda la región del ilírico para que defiendan la frontera con menos efectivos, pues cuantiosas unidades de las legiones del *limes* están siendo derivadas hacia el este. Ha ordenado a los consejos de las ciudades que procuren encontrar pobladores para las tierras abandonadas, o en caso contrario recaerán sobre las haciendas de esas ciudades los impuestos que han dejado de cobrarse en los campos incultos. Está emitiendo denarios con apenas una veinteaava parte de plata, por lo que los precios se han elevado muchísimo y el comercio está empezando a resentirse de la pérdida de valor de la moneda.

» Pero el principal indicador de que está a punto de ponerse en camino hacia aquí son los preparativos militares, que se han acelerado tras las consultas que ha efectuado a los arúspices y adivinos y los sacrificios que ha ofrecido a Mitra. Mensajeros suyos han vuelto a recabar la opinión de los sacerdotes que custodian los *Libros sibilinos*, donde se revela el futuro del Imperio; también han consultado a los más afamados oráculos de los santuarios de Grecia; e incluso se ha pedido su parecer a los druidas de la Galia. A todos ellos se les ha preguntado si el trono de Roma sería ocupado por descendientes de Aureliano.

—Eso no significa que vaya a atacarnos de inmediato —dedujo Zabdas.

—Claro que sí. Lo que está haciendo es preguntar de manera indirecta si las empresas militares que va a emprender tendrán éxito y resultará ileso en la

campaña. Aureliano no tiene hijos, por ahora, y si hace esas preguntas a los adivinos es porque quiere saber si va a morir pronto o si sobrevivirá lo suficiente como para poder fundar su propia dinastía.

» Se están ofreciendo sacrificios a Mitra y al Sol. Hace unos pocos días fueron sacrificados diez toros en la ciudad de Novas, a orillas del Danubio, donde está acantonada la I Legión Itálica. Después, Aureliano pronunció un discurso en el que anunció que aplicaría la disciplina de manera férrea, y conminó a sus soldados a que defendieran a los ciudadanos del Imperio. Les dijo que su misión era sagrada y que debían proteger a los romanos, pero también les prometió que recibirían puntualmente sus salarios y que además pronto iban a ser compensados con grandes riquezas ganadas al enemigo. No citó expresamente Palmira, pero todos entendieron que esas riquezas fabulosas sólo se encuentran aquí y en Egipto.

» Y lo más inquietante: ha vencido a todas las tribus bárbaras que amenazaban las fronteras. Ha liquidado a los godos, a los sármatas y a los vándalos y los ha obligado a replegarse al otro lado del Danubio. La contundencia de sus victorias ha resultado de tal calibre que los propios bárbaros han sido quienes han suplicado la paz. Pues bien, el emperador se ha presentado en el campo de batalla y les ha ofrecido una alternativa a la derrota. Les ha prometido la propiedad de las tierras de la antigua Dacia, ahora abandonada por Roma, y oro en abundancia si se avienen a colaborar con el ejército romano como soldados federados y tropas auxiliares.

—¿Y qué han resuelto esos bárbaros?—preguntó Zenobia preocupada.

—Por lo que sé, los vándalos han acordado aportar dos mil jinetes y un número similar los sármatas, ambos como auxiliares del ejército de Aureliano; otras tribus están decidiendo si se suman a esta invitación y se alinean con sus enemigos romanos.

—¿Cuándo podremos saber algo más?

—En unos pocos días. Uno de mis hombres se ha quedado en Durostorum, una ciudad cercana al delta del Danubio, donde está previsto que se concentren las tropas reclutadas antes de partir hacia Palmira. En cuanto se entere de cuándo se moverán hacia oriente saldrá en camino hacia aquí para mantenernos al corriente de cuántos son sus efectivos.

—Si los romanos desembarcan en Asia, nuestros espías les seguirán la pista, señora —terció Zabdas.

—Aureliano va en serio —meditó Zenobia.

—En ese caso no podemos perder ni un instante; si te parece, señora, comenzaremos hoy mismo a prepararnos para un ataque de Roma —dijo Zabdas.

—Hacedlo. Y que los dioses de Palmira nos sean propicios.

Capítulo XXXIV

Palmira, principios de otoño de 271; 1024 de la fundación de Roma

El atardecer era dorado y rojo. El sol, enorme y redondo, se recortaba sobre las crestas de las colinas rocosas del valle de las tumbas, hundiéndose en el horizonte como una media luna de sangre. Al otro lado del cielo, la luna mostraba un color rojizo; algunos agoreros presagiaron que aquella tonalidad era el presagio de que los dioses estaban disgustados, y que tal vez no protegerían Palmira como acostumbraban.

El palacio real estaba sumido en un silencio espeso; en la terraza desde la que se contemplaba la ciudad, Zenobia descansaba recostada en un diván sobre almohadas de seda carmesí.

El jefe de los eunucos le anunció que el general Giorgios aguardaba en el patio. Zenobia lo había requerido ante su presencia y el ateniense se había desplazado de inmediato a su encuentro.

—Tengo miedo —reconoció Zenobia a la vista de su amante.

—Incluso tú eres humana.

—Temo que hayamos ido demasiado lejos. Hemos retado a un gigante y tal vez hayamos subestimado sus fuerzas. Ahora debemos enfrentarnos a él y no sé si podremos vencerlo. Quizá deberíamos ofrecerle la paz.

—Aureliano no admitirá otra cosa que la rendición incondicional; y eso supondría el final de Palmira y de tu imperio.

—Mientras fuimos aliados de Roma crecimos y nos enriquecimos. Antes de formar parte de su Imperio esta ciudad no era sino una mísera aldea de cabañas de tejados de hojas de palmera y paredes de barro, olvidada del mundo y perdida en medio del desierto. Y mírala ahora, una urbe rutilante, opulenta, magnífica, la más rica del mundo.

—Tú la has hecho más grande todavía, mi reina. Si decides ofrecer la paz a Roma y doblegarte ante Aureliano, yo te seguiré sin dudar, pero si por el contrario optas por mantener la independencia, mi espada estará a tu servicio y mi brazo luchará por ti hasta mi último aliento, incluso en el mismo infierno si es

necesario.

—Nunca has sabido comportarte como un verdadero mercenario. Los soldados de fortuna carecen de sentimientos; combaten a favor de quien les paga y lo hacen sólo por dinero. Tú te enrolaste en las legiones de Roma por vengar a tus padres, y ahora eres fiel a Palmira por...

Giorgios se adelantó y selló con sus dedos los labios de Zenobia.

—Sabes que, desde que te vi, mi destino quedó sujeto a tu voluntad.

—Abrázame.

Giorgios se inclinó hacia el diván. Zenobia extendió su mano y se la ofreció al ateniense. La reina se incorporó y se abrazó al cuerpo de su amante.

—Nunca sé cuál será la próxima vez que estaré contigo. El tiempo que pasa entre nuestros encuentros constituye para mí un verdadero suplicio.

—Nunca debiste enamorarte de tu reina.

—Eso es imposible, mi señora. No conozco a un solo hombre que, habiéndote conocido, no se haya enamorado de ti. Yo no podía ser una excepción.

Se amaron entre almohadas de seda mientras las primeras estrellas comenzaban a esmaltar de destellos de plata el cielo de Palmira.

—Aquellas cuatro estrellas forman un cuadro —señaló Zenobia hacia una constelación ubicada entre Casiopea y el horizonte del sur.

—Es Pegaso —precisó Giorgios.

—¡Ah!, Ese caballo con alas que tanto gusta esculpir a vuestros artistas. No hay escultor griego que no se empeñe en decorar nuestros templos o nuestras casas con algún relieve de ese animal imposible.

—Un caballo dotado de alas resulta una figura muy estética, y tanto los músculos del caballo como las alas ofrecen a un buen artista un magnífico modelo para lucirse. En Atenas ningún aprendiz de escultor recibe el título de maestro si no sabe esculpir a la perfección un caballo.

—¿Pegaso es uno de vuestros dioses?

—No. Nació de la sangre de la gorgona Medusa. Cuando Perseo le cortó la cabeza, de la sangre que goteaba de su cuello cercenado surgieron dos seres. Uno fue Crisaor, un gigante que se convirtió en rey de la lejana Iberia, la provincia del Imperio a la que los romanos llaman Hispania, y el otro fue Pegaso. Sus alas le permitían volar, y tal vez por eso los poetas griegos lo adoptaron como su animal heráldico. Hay quien asegura que no hay artistas más ufanos que los poetas, y que eligieron a Pegaso como su animal emblemático porque se consideran seres de altos vuelos, aunque algunos suelen aterrizar de manera violenta cuando se topan con la zafiedad de sus versos.

—No todos los poetas tienen la capacidad suficiente para alcanzar la altura lírica y la rotundidad épica del excelso Homero —comentó Zenobia.

—En realidad nadie ha vuelto a conseguir las cotas que rayó el divino bardo ciego. Caliope, la musa de los cantos heroicos, no ha vuelto a derramar sus dones

sobre la tierra con tanta generosidad desde entonces.

Zenobia se apretó al cuerpo de Giorgios.

Justo en el sur, la constelación de Capricornio rayaba el horizonte. Zeus, agradecido, había colocado entre las constelaciones del cielo a la ninfa-cabra Amaltea, con cuya leche se alimentó en Creta cuando fue escondido de su voraz padre Crono, que devoraba a todos sus hijos nada más nacer para evitar que uno de ellos lo destronara tal cual le había presagiado una profecía.

El semblante de Miami era grave. Su agente, recién llegado de la ciudad de Durostorum, acababa de comentarle la noticia que temían que se produjera en cualquier momento.

El mercader se presentó de inmediato en palacio para informar a Zenobia, que requirió la presencia de Zabdas y Longino. Giorgios se encontraba en las colinas del norte, al frente de una brigada de caballería, realizando ejercicios militares con los catafractas.

—Tanta urgencia sólo puede significar lo que ya suponíamos; ¿me equivoco? —le preguntó Zenobia a Miami.

—Aureliano está en marcha hacia aquí, señora. El ejército romano se ha concentrado en el delta del Danubio y pronto embarcarán sus legiones rumbo a Bitinia.

—¿Ha averiguado tu agente cuántos efectivos se han movilizado para esta campaña?

—Ha logrado una información bastante precisa poniendo en peligro su propia vida. Aureliano ha formado cinco legiones con veteranos de la I y II Adiutrix, la IV Flavia, la VII y XI Claudias, la I Itálica y la V Macedónica, todas ellas con guarnición en el *limes* del Danubio; además, ha recuperado a muchos legionarios de la I y III Párticas y de la III Gálica, que huyeron de sus acuartelamientos en Mesopotamia y en Rafaneas y Emesa cuando los magistrados de esas ciudades se declararon fieles a Palmira y renunciaron a seguir unidos a Roma.

—¿Y los auxiliares?

—Malas noticias, mi señora. A los dos mil jinetes vándalos y otros tantos sármatas de los que ya teníamos noticia que integraban su ejército se han sumado algunos regimientos más, tememos que otros cuatro mil hombres en total, entre ellos varios escuadrones de jinetes procedentes de Dalmacia, Numidia y Mauritania reclutados expresamente para esta campaña.

—Cinco legiones de soldados veteranos y cuajados en la guerra de la frontera y ocho mil jinetes auxiliares... Malas noticias, sí —terció Zabdas.

—Eso no es todo —intervino Longino—. Las guarniciones de Siria y de Asia que ahora nos son fieles pueden rebelarse contra nosotros en cuanto Aureliano se presente ante ellos. Según los datos de que disponemos en el archivo real, y que

he consultado estos días, Roma tenía destacadas en Siria hasta cuatro legiones: la X Fretensis en Jerusalén, donde la acuarteló el emperador Vespasiano, la III Cirenaica en Bosra, la III Gálica en Rafaneas y la IV Escítica en Zeugma, además de las de Mesopotamia y Asia; y todavía quedan la XV Apolinaris y la XII Fulminata, que siguen operativas, aunque relegadas a las fronteras de Armenia.

—¿Con cuántas tropas contamos nosotros? —preguntó Zenobia.

—Disponemos de dos legiones de infantería y quizá podríamos conformar otra más en tres o cuatro meses con los nuevos reclutas. Además tenemos cuatro mil de los mejores arqueros del mundo y tres regimientos de jinetes sobre camellos, más eficaces en el desierto que los caballos. Y, por supuesto, los seis regimientos de catafractas, la caballería pesada más preparada y contundente que jamás haya pisado un campo de batalla —precisó Zabdas.

—¿En qué proporción estaríamos con los romanos si nos enfrentáramos en campo abierto ahora?

—Si las cifras que ha dado Miami son correctas, tres... quizá cuatro a uno, mi señora.

—¿Tenemos alguna oportunidad de vencerlos con estas condiciones?

—Si nos quedamos quietos esperándolos, ninguna. Si vamos a por ellos y los sorprendemos antes de que formen sus cuerpos de ejército y se presenten ante Palmira, tal vez...

—En ese caso prepara el ejército; les cortaremos el paso. ¿Cuál es el lugar más apropiado para detenerlos?

—Sólo Bitinia ha manifestado su fidelidad a Roma en toda Asia, de modo que Aureliano desembarcará en sus puertos del Ponto. Nuestra autoridad se extiende hasta la ciudad de Incisa, en la frontera de Galacia con Bitinia. Podríamos ir a su encuentro al norte de Capadocia y Cilicia, en el centro de Asia Menor; allí el terreno es escarpado y le será más difícil desplegar sus legiones, pero nosotros no podríamos atacar con nuestros catafractas. Considero que es mejor que le dejemos atravesar toda Anatolia, así sus centros de suministros quedarán muy lejos, y buscarán la batalla en algún lugar al norte de Siria. Si nos enfrentamos en condiciones favorables, podemos conseguir una victoria definitiva. Propongo que lo esperemos en el valle del Orontes, unas millas al norte de Antioquía. Allí hay una zona por la que tendrá que pasar en su camino hacia el sur; se trata de un angosto paso en el que el superior número de sus hombres no será decisivo en la batalla y nuestros catafractas podrán maniobrar con eficiencia. En ese lugar unos pocos de los nuestros pueden frenar a miles de los suyos, como hicieron los trescientos espartanos de Leónidas frente al millón de persas en las Termopilas —expuso Zabdas.

—Los gobernadores de esas regiones y de sus ciudades han acatado nuestra autoridad, pero habría que instarles a que se enfrenten a Aureliano y que lo

hostiguen sin tregua en su avance hacia Siria, a fin de que cuando nos enfrentemos directamente con él su ejército resulte lo más debilitado que sea posible —terció Longino.

—Hace unos meses envié a Kitot con un destacamento de soldados para que lograra un juramento de fidelidad de esas gentes, y todas, salvo Bitinia y algunas ciudades costeras del Egeo, lo hicieron.

El ejército palmireno se ejercitaba sin descanso. Una y otra vez Zabdas y Giorgios dirigían cargas de caballería, maniobras de infantería y prácticas de tiro con arco. Las fraguas de los talleres de las herrerías de Palmira trabajaban noche y día fabricando cotas de malla, corazas, cascos, grebas y muñequeras, puntas de flecha y de lanza, puñales y espadas. El soniquete de los martillos de los herreros forjando el metal no dejaba de sonar ni un solo momento.

Mensajeros en nombre de Zenobia habían partido en todas las direcciones para reclutar mercenarios. A los que se alistaban se les ofrecía una soldada de cuatro denarios al día, el doble de lo que cobraban los legionarios romanos, y se les garantizaba una paga extra de cien denarios si se mantenían al menos dos años en las filas del ejército, además de proporcionarles armas y vestido.

El general Zabdas, durante un descanso para comer y refrescarse tras un ejercicio de caballería, estaba serio y pensativo. Sentado a la puerta de su pabellón de campaña, sostenía entre sus piernas una escudilla con un guiso de venado y legumbres al que no prestaba la menor atención. Su mirada, perdida en el horizonte, denotaba una profunda preocupación.

—El estofado de ciervo es excelente, general; si dejas que se enfríe perderá buena parte de su sabor —le avisó Giorgios.

—No tengo apetito. Hace varios días que siento molestias en los riñones y cierto dolor al orinar.

—Pitágoras, uno de los más grandes sabios griegos, recomendaba no orinar de cara al sol.

—No parece muy sabio tu compatriota. Aquí decimos que no hay que orinar de cara al viento —ironizó Zabdas.

—Esa dolencia que te afecta es habitual entre los legionarios del *limes* del Danubio. Los médicos la remediaban con tecólito, una especie de piedra con forma de aceituna, disuelta en agua. Sirve para expulsar las piedras del riñón y para aliviar el dolor de la vejiga.

—Haré que me preparen un brebaje, tal vez surta efecto.

—Pero entre tanto deberás alimentarte. Si queremos derrotar a los romanos tenemos que comer bien, y a lo sabes: un soldado hambriento es un soldado débil.

—¿Crees que podremos con ellos?

—Es probable; siempre, claro está, que los dioses de Palmira nos sean

propicios y se impongan a Mitra, el dios solar al que venera Aureliano —ironizó Giorgios.

—Hará falta algo más que encomendarnos a los dioses. Tenemos que evitar que Aureliano concentre a sus tropas. Frente a cinco legiones de veteranos y a la caballería de bárbaros y africanos nada podemos hacer en campo abierto.

—Disponemos de la ventaja de nuestros catafractas. Ningún ejército romano podría resistir una carga de nuestra caballería pesada. —Giorgios estaba seguro de la eficacia de los jinetes bajo su mando.

—Nuestros cuatro mil catafractas no serán suficientes para arrollar a sus veinticinco mil legionarios, a sus quince mil auxiliares, a sus cuatro mil jinetes acorazados y a sus diez mil jinetes ligeros en campo abierto. Por eso necesitamos atraerlos a terrenos cerrados, a valles estrechos como ese lugar del Orontes, donde la amplitud del frente no sea excesiva, donde nuestros regimientos de caballería pesada puedan cargar en formación cerrada y compacta y nuestros escuadrones de caballería ligera puedan maniobrar con agilidad, y en zonas donde nuestros arqueros estén protegidos de las cargas de caballería de las tropas auxiliares y puedan alcanzar a su infantería con sus saetas. Es la única posibilidad que tenemos —reflexionó Zabdas.

—Nuestros catafractas son los mejores en la batalla. En campo abierto, una carga frontal de nuestra caballería pesada arrasará a sus infantes con facilidad. Ya lo hemos hecho en otras ocasiones.

—Si Aureliano sabe maniobrar y dirigir a su ejército no será fácil. Disponemos de los mejores y más entrenados jinetes acorazados del mundo, sí, pero sólo son cuatro mil. En una carga frontal contra las legiones tendríamos que utilizarlos a todos para cubrir un frente lo suficientemente extenso en línea y compacto en fondo como para evitar que nos envolvieran por las alas. Tendríamos que renunciar para ello a los batallones de reserva. Y si falláramos en el primer envite, lo que puede ocurrir, estaríamos perdidos. Si los informes de Miami son precisos, Aureliano dispone de ocho mil caballeros bárbaros, jinetes ágiles y rápidos que pueden maniobrar con celeridad golpeando nuestras alas y rodeando nuestra retaguardia, además de cuatro mil jinetes acorazados más toda la caballería ligera de las cinco legiones. —Zabdas parecía dubitativo.

—Eso no es lo más importante. Aureliano ha dado un nuevo impulso al ejército romano. Ha sabido inculcarle los valores tradicionales que hicieron grande a Roma: la disciplina, el valor, la virtud, el orgullo de sentirse ciudadano del Imperio. Y, además, hace un año duplicó la paga de los legionarios. Casi todos los que ha reclutado para esta campaña son veteranos con más de cinco años de servicio en las legiones; sólo pensarán en vencer para alcanzar la licencia del servicio con dinero suficiente como para poder comprarse una pequeña hacienda en África o en Hispania y pasar el resto de sus días viendo crecer el trigo rodeados de hijos y de nietos. Te aseguro, mi general, que esos legionarios se

dejarán en el campo de batalla hasta la última gota de su sangre.

En ese momento, ante los dos generales pasaron dos soldados; uno de ellos portaba el estandarte rojo de la XX cohorte de los palmirenos, la que había defendido Dura Europos de los ataques de los persas años atrás. Muchos de sus integrantes habían sido laureados en numerosas ocasiones por los generales romanos en reconocimiento de sus méritos en la defensa de las fronteras de Roma en Mesopotamia.

—El estandarte rojo de la XX cohorte. —Zabdas señaló la bandera cuadrada —. Cuando era muy joven yo me formé como oficial en esa unidad. En ese tiempo luchábamos por la defensa del Imperio romano. Yo luché por Roma, y ahora es probable que muera peleando contra ella. Los dioses del destino son caprichosos.

—Yo también luché por Roma, general, pero por otra Roma diferente. Aquel espíritu ya no existe y aunque Aureliano pretende recuperarlo, creo que los viejos valores de la república nunca volverán. El viejo Imperio se deshace en una vorágine de ambiciones, traiciones e intrigas. El mundo que conocieron nuestros padres se desmorona; nada volverá a ser como antes.

El atardecer, caluroso y amarillo, caía sobre el desierto como una plácida duermevela. Desde la terraza del palacio real de Palmira, Zenobia contemplaba la ciudad en calma. La mayoría de los comercios ya habían cerrado sus puertas y los comerciantes y artesanos se arremolinaban en las tabernas para comer un sabroso bocado y degustar un buen vino rojo.

La reina dudaba. A su lado, el pequeño Vabalato jugueteaba con una espada de madera, ajeno a los pensamientos de su madre, que reflexionaba angustiada ante la soledad en la que como soberana se veía sumida. No había nacido para ser la reina de Oriente; su vida habría sido mucho más cómoda si Odenato, el príncipe de Palmira, no hubiera puesto sus ojos en ella y no la hubiera hecho su esposa. Imaginaba cómo hubiera sido su existencia si se hubiera casado con un rico mercader, uno de los muchos pretendientes que siendo todavía una niña le pidieron a Zabaii que les concediera a su hija en matrimonio. Probablemente se habría convertido en una venerable matrona, rodeada de hijos, y viviría plácidamente en una de las confortables casas del barrio aristocrático ubicado al sur de templo de Bel, donde tenían sus moradas los potentados de la ciudad. Su vida transcurriría entre sus obligaciones domésticas, distribuir el trabajo cotidiano a los esclavos y criadas y visitar a sus amigas de la aristocracia palmirena, mujeres ricas como ella dedicadas a propiciar el placer de sus maridos y a sostener la organización de sus hogares.

Si Odenato no se hubiera fijado en ella, su vida hubiera sido muy diferente. Pero ahora era la reina de un imperio que se extendía por todo Oriente a lo largo

de miles de millas. Decenas de ricas provincias, centenares de opulentas ciudades y varios millones de personas quedaban bajo su mando. Ella era el sostén de ese mundo; una carga demasiado pesada, tal vez, para sus delicados y hermosos hombros.

En no pocas ocasiones, cuando se paraba a pensar en lo que ella representaba, un abismo enorme y oscuro se abría en su interior y entonces creía precipitarse a un vacío en el que no había lugar siquiera para el olvido. En esos momentos, agobiada por la soledad y el miedo, pensaba en las dos mujeres a las que había admirado en sus años de educación con Longino: Cleopatra, la reina de Egipto que vivió un sueño imposible al lado de su amado Marco Antonio, y Berenice, la princesa hebrea que un día pudo ser emperatriz de Roma. Entonces tomaba nuevas fuerzas, renacía en su angustiada alma la ambición de una Palmira cabeza de un nuevo y esplendoroso imperio, pensaba en su hijo Vabalato y en la herencia que tenía que dejarle, y seguía adelante con energías renovadas.

¡Todo había pasado tan deprisa! Zenobia tenía veintiséis años; había alcanzado la plenitud de su vida y de su belleza. Los tres partos apenas habían dejado secuelas en su cuerpo; sus caderas se habían ensanchado y su busto se había hecho más prominente y voluminoso, pero su piel seguía siendo tan tersa y suave como en su juventud, su cabello igual de brillante y sedoso y sus ojos tan luminosos y lípidos como en la pubertad. Era tan bella como antes pero mucho más rotunda si cabe.

En una docena de años había dejado de ser una adolescente para convertirse en una mujer y en una reina. Había aprendido a entender las creencias y los arcanos de las religiones judía y cristiana, conocía los cultos místéricos de los adoradores del Sol, era capaz de entender los ritos más secretos de los sacerdotes de Bel y comprendía los mitos y las leyendas de los dioses griegos, que había aprendido en las lecturas recomendadas por Longino y escuchado en boca de Giorgios mientras contemplaban el cielo estrellado, abrazados tras las noches de amor.

Se había interesado por el más allá y había preguntado a cuantos sabios y hombres de fe había conocido qué se iba a encontrar cuando la muerte viniera a buscarla. La mayoría de ellos le había dado respuestas vagas y evasivas, y nadie había logrado saciar su inquietud.

Gracias a las enseñanzas de Longino había logrado comprender el mundo que reflejó Homero en sus grandes poemas; había descifrado el mensaje de la *Iliada*, se había identificado con Helena de Troya, la mujer cuyo amor en disputa provocó la guerra más sangrienta que había conocido el mundo; había encontrado la clave de las luchas entre los héroes aqueos y troyanos y había sabido penetrar en los arcanos que albergan en lo más profundo los corazones de los hombres, donde anidan sus ocultas pasiones, sus irremediables miedos, sus

frustradas ambiciones y sus recónditas esperanzas; había acompañado, leyendo la *Odisea*, al ingenioso Ulises en sus viajes por el Mediterráneo, y había aprendido una enseñanza en cada una de sus azarosas aventuras y en la propia vida del héroe en su titánico esfuerzo por regresar a su añorado reino de Itaca y restablecer la paz y el orden en un mundo convulso por la guerra y el caos.

Respiró el aire todavía cálido bajo la luz ambarina y el cielo púrpura, aspiró la intensa fragancia a nardos que procedía de la mirrita que ardía en los pebeteros y acarició el cabello de Vabalato, cuyos ojos negros y grandes la miraban ajenos a la tormenta que se avecinaba sobre Palmira.

Yarai la devolvió de su ensoñación.

—Señora, la cena está servida —anunció la esclava, en cuyos ojos se atisbaba el resquemor por el alejamiento de su amado Kitot, en un tono poco amable.

—Sé que continúas disgustada porque no te he entregado a Kitot. Tal vez no lo entiendas, pero tomé una decisión y he de mantenerla. Soy la reina de esta ciudad y la soberana de un tercio del mundo conocido. No puedo mostrar el menor signo de debilidad, ni el más mínimo, o nuestro Imperio se derrumbaría —dijo Zenobia.

—Acato tu voluntad, mi señora, pero yo amo a Kitot y lo echo de menos.

—Los esclavos no deberíais pensar en otra cosa que en obedecer a vuestros amos. Es lo que dicta la ley. Eres esclava y debes atenerte a tu condición. Así funcionan las cosas de este mundo. Los dioses crearon a los hombres para que a través de ellos se manifestaran sus miserias; pero nos dieron la capacidad para obrar por nosotros mismos.

—Yo no puedo hacerlo; no soy libre.

—Lo eres para pensar. Esa es la esencia de la libertad. Aprovéchala.

—Con el pensamiento no puedo estar con Kitot.

—¿Eso crees? Cuando sueñas con él, si lo haces, ¿no estás viviendo con él? ¿Qué son los sueños sino el reflejo de la realidad?. Tal vez la realidad misma.

—No te entiendo, señora.

—Son cosas de Platón, el más grande de los sabios. Deberías leerlo.

—No sé leer, señora.

—Le diré a Longino que te adjudique un preceptor para que te enseñe a hacerlo.

—No sé si podré...

—Claro que podrás; no eres tonta. Además, ahora que ya no vas a volver a ver a Kitot tendrás más tiempo para aprender.

Yarai bajó la cabeza y el odio hacia la que la había privado de la presencia del hombre al que amaba creció en su interior como un incendio avivado por un huracán.

—Te recuerdo, señora, que la cena está servida —reiteró Yarai.

—No tengo apetito; llévate a Vabalato y cena con él. Después acuéstalo. Yo me quedaré aquí un rato más.

—Como gustes.

Yarai tomó de la mano al pequeño emperador y se lo llevó a regañadientes. Zenobia se quedó sola; intentó imaginar que Giorgios estaba a su lado, que la acariciaba, que le hacía el amor con la energía y la delicadeza que acostumbraba, pero no sintió otra cosa que la cálida brisa del desierto en su rostro y el soniquete lejano y repetitivo de los martillos templando en las fraguas el acero para la guerra.

En medio de la palestra, Kitot golpeaba a sus adversarios con su maza de adiestramiento como si en cada golpe le fuera la vida. Aquella mañana había lesionado a tres de sus bisoños oponentes durante los ejercicios de pelea cuerpo a cuerpo que se seguían dentro del plan diseñado por Zabdas y Giorgios para adiestrar a los nuevos reclutas.

Uno de los oficiales, al observar la furia con la que se empleaba el gigante armenio, informó a Giorgios.

—General, Kitot está golpeando a los reclutas con todas sus fuerzas. Vengo a comunicarte que en lo que va de mañana ha roto el brazo a dos hombres y ha dejado a otro con el hombro descoyuntado. Si sigue así, no tendremos soldados para enfrentarnos a Roma.

—¿Le has recriminado por ello?—le preguntó Giorgios.

—No, mi general; el comandante Kitot es mi superior. Pero he creído que debía informarte de su conducta.

Giorgios se presentó en la palestra donde varias decenas de parejas peleaban con espadas de madera y escudos ensayando golpes, defensas y fintas.

En ese momento Kitot estaba amedrentando a un joven mercenario árabe recién alistado que apenas podía hacer otra cosa que parapetarse tras su escudo e intentar evitar que el antiguo gladiador lo descalabrara.

—¡Basta, Kitot! —gritó Giorgios.

Todos cuantos combatían se detuvieron al escuchar la potente voz del general, pero el armenio hizo caso omiso y siguió golpeando sin piedad.

—¡He dicho basta! —Giorgios se abalanzó sobre el gigante intentando frenar su catarata de golpes.

Kitot se lo sacó de encima con un empujón tan poderoso que lanzó al ateniense a varios pasos de distancia. Este trastabilló y a punto estuvo de caer, pero se recompuso, tomó una espada de madera y un escudo y de un salto se interpuso entre Kitot y su atemorizado adversario. La maza del armenio golpeó de lleno el escudo de Giorgios, que se resintió por el contundente golpe, pero aguantó firme. Antes de que volviera a cargar, el ateniense apuntó con su espada

de madera a la garganta de Kitot.

—Basta, amigo.

El armenio mantuvo en alto su brazo, miró con los ojos inyectados de ira a su general y por un momento pareció que iba a partirle la cabeza con la maza. Pero poco a poco bajó su brazo, resopló con fuerza y se serenó.

—Nuestros enemigos, a los que hemos de abatir a golpes, son los romanos.

Giorgios ayudó al joven árabe a levantarse del suelo. El mercenario estaba atemorizado, temblaba como un conejo acosado por un hurón y tenía el brazo izquierdo completamente agarrotado.

El armenio arrojó su maza y su escudo al suelo, dio media vuelta y se alejó rumiando su ira.

—Vamos —ordenó el oficial que había ido a buscar al general—; se acabó la fiesta, continuad con los ejercicios.

—Que atiendan a ese hombre y que lo vea el médico —indicó Giorgios, que salió en busca del gladiador.

El gigante se había apartado a la sombra, bajo el pórtico de la palestra. Estaba sentado sobre el suelo, con la espalda apoyada en una de las columnas. Respiraba hondo y parecía en calma.

—¿Por qué lo has hecho? Esos reclutas no eran oponentes para ti.

—Tampoco lo eran algunos de los luchadores que maté en el circo. No creas que todos los combatientes a los que abaté eran expertos gladiadores. Algunos de aquellos pobres diablos no eran sino insignificantes delincuentes a los que colocaban una espada en la mano y lanzaban a la arena como al matadero para que practicáramos con ellos. Se trataba de ofrecer sangre y más sangre a los espectadores, y no importaba a quién se mataba.

—Eso no es excusa para lo que has hecho. Vamos, amigo, nos conocemos hace tiempo. Dime qué te ocurre.

Kitot tomó aire e inspiró con fuerza.

—Se trata de Yarai. Pretendí comprarla para hacerla mi esposa, pero Zenobia no quiso desprenderse de ella. Me relevó de mi puesto en la guardia de palacio y me envió a Anatolia para alejarme de su lado.

—Algo sé de eso, pero no creí que esa muchacha te importara tanto.

—Pues sí me importa, y mucho. Cuando todo esto acabe quiero hacerla mi esposa, tal vez entonces la reina acceda a vendérmela. Pero entre tanto, cada día que pasa sin estar a su lado es como un día en el infierno.

Aquel coloso, capaz de derribar de un solo puñetazo a un buey, parecía en ese momento un pobre y desvalido idiota al que un niño hubiera podido abatir de una patada.

—Si tanto te interesa puedo interceder ante la reina...

—No. Sería mucho peor, porque tú eres la causa fundamental de que la reina no quiera que Yarai venga conmigo.

—¿Yo?, ¿qué tengo que ver yo en esto?

—Los celos, estúpido. La reina sabe que no puede tenerte a su lado y se limita a citarte de vez en cuando para poder estar contigo de manera clandestina. Mientras yo hacía lo mismo con Yarai, ella lo consentía, pero cuando le dije que pretendía convertirla en mi esposa, Zenobia estalló en cólera.

—Creo que la subestimas; debe de tener razones más poderosas para no acceder a tu petición. Sabes que la reina te aprecia mucho.

—Su corazón de mujer se ha impuesto en esta ocasión a su cabeza de soberana. Sé que te ha sorbido los sesos y no te das cuenta de que no tiene sentimientos...

—Y por eso descargas tu frustración con esos pobres soldados.

—Si no veo pronto a Yarai me volveré loco. Esta mañana, cuando tenía en mis manos la maza, sólo pensaba en golpear con todas mis fuerzas, destruir, arrasar a cuantos se pusieran por delante. Hubo un momento en el que creí estar de nuevo en medio de la arena del Coliseo de Roma, incluso escuché en el interior de mi cabeza a la multitud demandando la sangre de los gladiadores. ¡Por todos los dioses!

—Debes calmarte o te meterás en graves problemas, Kitot. Deja que pase el tiempo, ocupa toda tu mente en entrenar a esos soldados para que podamos vencer a Roma y olvida este asunto por el momento. Los romanos estarán pronto aquí; si los vencemos, yo conseguiré que Zenobia te entregue a Yarai y podrás pasar el resto de tu vida con ella. Te lo juro por los dioses inmortales.

—Tú no crees en ningún dios —dijo Kitot.

—En ese caso, te doy mi palabra.

—Eso sí me basta, general.

—¿Qué ha ocurrido esta mañana con Kitot en la palestra? —le preguntó Zabdás a Giorgios mientras se daban un baño reparador en las termas.

—Ha malherido a cuatro reclutas inexpertos. Se ha empleado con demasiada violencia en los ejercicios de combate. Va le he recriminado su acción. No volverá a ocurrir.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Desconozco sus razones.

—No me mientas.

—Está bien. Se trata de una esclava de palacio: Kitot se ha encaprichado de ella y está encoñado como un garañón en celo. Al parecer se la tiraba cuando estaba de servicio en la guardia real y quiso comprársela a Zenobia para convertirla en su esposa. La reina le dijo que no y el armenio se ha comportado como un cretino, descargando su frustración en los reclutas.

—Las mujeres no acarrearán otra cosa que problemas. Sobre todo para los que

se encoñan con ellas. Hace tiempo que aprendí esa lección; desde entonces, sólo me acerco a ellas para aliviar mis testículos cuando los siento llenos de semen y necesito vaciarlos.

» He visto a muchos hombres perder la cabeza por caprichosas mujeres que no merecían la pena, pero no imaginé que ese armenio pudiera caer en semejante debilidad. Es fuerte como un toro pero ha demostrado ser lelo como un cabestro. Sólo espero que no muestre esa misma debilidad en la batalla; necesitaremos toda su fuerza.

—Descuida; ya te he dicho que no sucederá otra vez. He hablado con él y creo que lo ha entendido.

—Y aprende tú también la lección, Giorgios.

—¿A qué te refieres?

—A que tengas en cuenta que en esta guerra vas a pelear por Palmira.

—No te comprendo, mi general —mintió Giorgios.

—Claro que me entiendes. Sé que si continúas aquí es por ella, que te dejarías matar y que harías cualquier cosa por la reina. No te lo reprocho, ya lo sabes, porque es imposible conocerla y no enamorarse de esa mujer, pero cuando estemos en el campo de batalla no pienses en otra cosa que en vencer en el combate. Déjala al margen o te sucederá lo mismo que a Kitot, acabarás obsesionado y perderás la cordura.

En realidad, Giorgios ya la había perdido; Zenobia estaba tan enraizada en su corazón que era capaz de cometer cualquier locura por ella.

Capítulo XXXV

*Palmira, finales de otoño de 271;
1024 de la fundación de Roma*

Un agente de Miami se presentó en Palmira atravesando el desierto desde la costa mediterránea. Había navegado de cabotaje por el Egeo, pese a la proximidad del invierno, y había reventado tres caballos para llegar cuanto antes desde el puerto de Trípolis, en la costa fenicia.

—¡Se ha puesto en marcha!

El agente apenas podía hablar; estaba agotado, cubierto de polvo y medio deshidratado tras cabalgar decenas de millas por el desierto.

Nada más llegar a Palmira, los soldados de guardia en la puerta de Damasco lo llevaron al cuartel general, donde Giorgios, Zabdas y el propio Miami lo acosaron a preguntas.

—Por favor, mis señores, necesito tomar aire. No he parado un instante desde que arribé a Trípolis —se excusó el mensajero, completamente derrengado.

—Ya tendrás tiempo para descansar más tarde. Ahora suelta lo que sepas, deprisa.

El mensajero se humedeció los resecos labios con la lengua.

—Hace tres semanas llegó desde Roma un correo al campamento de Aureliano en Moesia Inferior, que lo esperaba ansioso. Traía la respuesta de los sacerdotes custodios y augustos intérpretes de los *libros sibílinos* a la pregunta que el emperador había efectuado.

—¿Y bien? —se impacientó Miami.

—La respuesta fue que los hados eran propicios para un ataque a Palmira, pero antes requerían del emperador que les ofreciera sacrificios. Aureliano ordenó entonces inmolar decenas de cerdos, carneros y bueyes en todos los templos de las ciudades del *limes* del Danubio donde había tropas acantonadas en espera de partir hacia Oriente. Todo lo que tiene de austero y frugal en su mesa y en su vida cotidiana se relajó en esas carnicerías.

—¿Cómo han respondido los legionarios?

—Entusiasmados. Todos ellos están al lado de un emperador que come su

misma comida, su ración diaria de trigo, el queso curado y duro, la carne salada de cerdo, el pescado seco y los huevos cocidos en sus mismas cacerolas y en sus mismos cazos. Incluso ha ordenado que se funda la vajilla de oro que empleaba el emperador Heliogábalo para incrementar así la acuñación de monedas y disponer de más recursos para pagar a los soldados. En Roma ya lo consideran el emperador perfecto, o al menos el necesario para estos tiempos. Al reducir los gastos suntuarios, los romanos han comprendido que no viene a enriquecerse ni a rodearse de lujos, como hicieron la mayoría de sus predecesores, sino a salvar Roma de la decadencia y devolverle el brillo de antaño. Todos hablan ahora de recuperar el pasado esplendor y de regresar a los tiempos de la grandeza de los emperadores Octavio Augusto o Trajano.

—Toma. —Giorgios le ofreció al mensajero una copa de vino con miel—. Te reconfortará.

El hombre dio un buen trago a la copa y se relamió con deleite.

—Continúa —le pidió Miami.

—Todas las tropas seleccionadas para la campaña contra Palmira se dirigen ahora hacia el delta del Danubio. Allí embarcarán en los navíos de las flotas del Ponto y del Egeo y cruzarán el mar hasta las costas de Bitinia.

—¿Sabes a qué puertos se dirigen?

—Creo que a los de Heraclea Póntica, Amastris y Amisus.

—Como habíamos supuesto —intervino Zabilas—, ha formado tres ejércitos que confluirán en las costas de Bitinia para avanzar después hacia el sur. Por la ubicación de los puertos elegidos, estimo que agrupará sus tropas en Capadocia. Sólo me cabe una duda: si atravesará las montañas del Tauro, al norte de Cilicia, por el camino de Tiana a Tarso, o las bordeará hasta aparecer en el alto Eufrates, por la calzada de Melitene a Edesa y Zeugma.

—Tal vez decida navegar por los estrechos del Bósforo y el Helesponto y bordear las costas del Egeo en Anatolia hasta alcanzar la de Siria y desembarcar allí —supuso Miami.

—No, no hará eso. Busca incorporar nuevos contingentes a su ejército entre los legionarios replegados de Mesopotamia y Siria que se han refugiado en Bitinia, y sobre todo no dejar a su espalda regiones donde haya tropas hostiles que puedan causarle problemas. Avanzará desde territorio amigo para proteger su retaguardia, y en toda Asia sólo le queda Bitinia como aliada —dedujo Zabdás.

—Entonces deberíamos ir a su encuentro en Anatolia —propuso Giorgios.

—No. Dejaremos que llegue hasta Capadocia y que decida por qué vía continuar. Y cuando lo haga, lo estaremos esperando a las puertas de Siria, en el valle del Orontes.

Aureliano partió desde sus campamentos en Moesia Inferior a finales del otoño. Como estaba previsto, embarcó a sus legiones en los navíos de las flotas del Egeo y del Ponto y atravesó este mar hasta desembarcar en las costas de Bitinia, donde agrupó al ejército en tres divisiones, al frente de cada una figuraba un delegado especial del Senado.

Pero el propio Aureliano, al mando de una legión, cruzó los Balcanes y se plantó en Bizancio; allí aguardó la llegada de seis de las nueve cohortes pretorianas, desplazadas desde Roma por mar, que incrementaron sus efectivos en casi cinco mil hombres más.

Decidió pasar el invierno en los puertos de Bitinia y preparar desde allí la marcha sobre Palmira. No cesó de enviar correos y embajadores a todos los gobernadores de las provincias de Asia Menor prometiéndoles que si se ponían del lado de Roma les serían perdonados todos sus desvarios de sumisión a Palmira y conservarían sus riquezas y su rango.

Julio Placidiano, que ocupaba el cargo de prefecto de los *vigiles perfectissime*, el cuerpo policial encargado de la seguridad y el orden en las calles de Roma, fue nombrado prefecto del pretorio por Aureliano y lo colocó al frente de las seis cohortes pretorianas. Durante todo aquel invierno, el emperador no cesó de arengar a las tropas. Se movía de campamento en campamento, siempre escoltado por medio centenar de pretorianos, los más fornidos de esa guardia de elite, prometiendo a los legionarios que los que combatieran con mayor fiereza y arrojo serían promovidos tras la victoria sobre Palmira a ocupar un puesto en la guardia pretoriana en Roma, donde la paga duplicaba a la de un legionario.

Mientras aguardaban pacientes a que transcurrieran las semanas más frías del invierno y los caminos hacia el sur de Anatolia quedaran despejados de nieves y de hielos, los soldados romanos se ejercitaban en improvisadas palestras, mantenían su equipo y armas en buen estado y celebraban ofrendas a los dioses. Una vez a la semana, al amanecer del día dedicado al Sol, se sacrificaba un toro en cada uno de los campamentos, cuya carne era asada en grandes espetones y repartida a los legionarios.

En los altares de los templos de las ciudades de Bitinia se ofrecían coronas de flores y de láudano y se quemaba incienso y mirra en honor a los dioses. Sacerdotisas vestidas al estilo de las doncellas atenienses de las fiestas de las Panateneas danzaban como peonzas al son de cítaras y rabeles, excitadas por los vapores del incienso y por brebajes que los sacerdotes preparaban a base de destilar licores de hierbas que las hacían sumirse en un vertiginoso trance.

Para mantener a los caballos y a sus jinetes en forma se organizaban carreras en las que los vencedores eran coronados con diademas de laurel y paseados en alzas como si se tratara de verdaderos campeones olímpicos.

Sesenta mil hombres se pusieron en camino hacia Palmira. Impaciente por iniciar la marcha, Aureliano ni siquiera esperó a que se atemperaran los rigores del invierno. A comienzos del nuevo año, en cuanto los días comenzaron a alargarse, dio la orden de avanzar hacia Capadocia. Todas las unidades en las que se había dividido el ejército convergieron desde Bizancio, Heraclea, Amastris y Amisus hacia el centro de Asia Menor. Debían agruparse en la orilla oriental del lago Tuz para desde allí marchar juntas hacia Palmira.

—Se han concentrado en las llanuras al oeste de Cesarea de Capadocia y desde allí avanzarán por la calzada real hacia la ciudad de Tiana; luego atravesarán las montañas del Tauro y se dirigirán hacia Antioquía; nos atacarán desde el noroeste. —Zabdas acababa de recibir la información de los movimientos del ejército de Aureliano e informaba a Zenobia de la situación ante un plano de la región.

—¿Han encontrado alguna oposición por parte de nuestros aliados en Anatolia?

—De momento, ninguna.

—¿Qué propones?

—Mantener nuestros planes, acudir a su encuentro y esperarlo al norte de Antioquía. En las orillas del Orontes, cerca de la pequeña ciudad de Immas, existe una vaguada estrecha y larga por la que necesariamente tendrán que pasar. Allí nuestra caballería pesada puede maniobrar sin ofrecer un frente demasiado amplio. Si los sorprendemos, podemos cortarles el paso y vencerlos.

—¿Son más de los que habíais calculado? —demandó Zenobia.

—Sí, mi reina. Aureliano dirige a sesenta mil soldados; entre ellos a cinco mil pretorianos.

—¿Pretorianos?

—Son los soldados de elite de su ejército. Se trata de las tropas que defienden la ciudad, pero Aureliano ha decidido que dos tercios de esas tropas se incorporen a esta campaña. Se caracterizan por su furia en el combate y su lealtad al emperador, aunque en ocasiones ha sido este cuerpo del ejército el que ha depuesto o nombrado emperadores por su cuenta. Tal es su poder.

—Y nosotros, ¿de cuántos soldados disponemos?

—Con las nuevas incorporaciones, de nueve mil infantes, la mayoría veteranos de las guerras con Persia y nuevos voluntarios palmirenos, algunos legionarios romanos renegados, mercenarios armenios y auxiliares árabes, además de casi cuatro mil catafractas, tres mil jinetes ligeros y cuatro mil arqueros.

En ese momento entró Giorgios en la estancia.

—Mi señora, general, uno de nuestros espías acaba de comunicarnos que Aureliano ha ocupado la ciudad de Tiana.

—¿Ya está ahí? ¿La ha destruido?

—No. Al parecer, un sabio y venerable anciano llamado Apolonio, hombre de gran prestigio y autoridad entre los suyos, lo ha convencido para que permita que la ciudad siga existiendo. Según se cuenta, el emperador estaba planeando arrasar Tiana porque sus habitantes habían decidido no abrirle las puertas.

—¿Entonces...? —se sorprendió Zenobia.

—Ha habido un traidor, un tipo llamado Heraclamón...

—Maldito canalla; era nuestro gobernador allí —explicó Zabdas—. Kitot me dijo que ese individuo se cagó de miedo cuando le pidió que ratificara su lealtad a Palmira y que juró que sería fiel y que lucharía a nuestro lado hasta derramar su última gota de sangre.

—Pues se ha puesto de inmediato al servicio de Aureliano y ha preparado el plan para rendir la ciudad. Junto a sus murallas se alza un monte desde el cual puede verse todo el interior del caserío, y a él se subió Aureliano vestido con la clámide púrpura imperial para que todos los habitantes lo vieran como si hubiera ganado la batalla decisiva. Entonces, los legionarios atacaron las murallas, el traidor les dijo a sus conciudadanos que los romanos ya estaban dentro de la ciudad y estos, atemorizados, se entregaron.

—¿Así de fácil? —se extrañó Zabdas.

—Aureliano había anunciado que si se veía obligado a tomar la ciudad al asalto no dejaría ni un perro vivo. Aquella amenaza debió de asustar a los tianeses y se rindieron.

—Dices que la salvó Apolonio.

—Sí. El viejo filósofo, el hombre más influyente y prestigioso de su ciudad, se presentó ante Aureliano y le pidió que no la destruyera. Se plantó a la puerta de su tienda y le dijo que si quería vencer en esta guerra no debía derramar sangre inocente, y si quería vivir con honor debería actuar con clemencia. Algunos de los consejeros imperiales le recordaron su promesa de no dejar vivo ni un perro y entonces el emperador ordenó matar a todos los perros que se encontraran en las calles pero perdonar la vida a los hombres.

—¿Y qué ha ocurrido con Heraclamón? —se interesó Zenobia.

—Los soldados romanos querían saquear Tiana, pero Aureliano, a instancias de Apolonio, lo impidió. A cambio dejó que ejecutaran al gobernador, alegando que no se podía fiar de un traidor que había vendido a su pueblo. Después repartió sus bienes entre sus hijos para que nadie lo acusara de matar a un rico para quedarse con sus posesiones. Ha prometido inmunidad a todos los que sean fieles a Roma; así es como se ha ganado a las gentes de Capadocia y de Cilicia.

—Aureliano ha mostrado dos de sus principales rasgos como soberano: ha

sido severo y benigno a la vez. La clemencia es, según el filósofo romano Séneca, una de las principales virtudes que ha de tener todo buen príncipe —comentó Giorgios.

—El avance de los romanos está siendo mucho más rápido de lo que suponía —dijo Zabdas.

—Saldremos de inmediato hacia Antioquía —anunció Zenobia—; y o misma encabezaré las tropas.

—No puedes hacerlo, señora; es muy peligroso —intervino Giorgios.

—Claro que puedo: soy la reina.

Capítulo XXXVI

Valle del Chontes, norte de Siria, principios de primavera de 272; 1025 de la fundación de Roma

El sol lucía brillante pero el aire era fresco. Un viento frío del septentrión barría el desierto al norte de Siria y levantaba remolinos de polvo ocre al paso del ejército palmireno, que avanzaba presto a enfrentarse con las legiones romanas de Aureliano.

Zenobia encabezaba la marcha. Vestida con su coraza de metal dorado y su casco con las plumas rojas de halcón parecía una amazona legendaria al frente de un ejército invencible. Los exploradores enviados por delante iban informando del avance de Aureliano. El emperador había atravesado sin oposición las montañas del Tauro a finales del invierno y había entrado victorioso en la ciudad de Tarso, la capital de la provincia de Cilicia, cuyos magistrados, enterados de lo que había hecho en Tiana, la habían entregado sin resistencia.

Los palmirenos salieron del desierto y alcanzaron el valle del Orontes, que se abría hacia el norte recorrido por la calzada romana enlosada que unía Damasco con Alejandría. En aquellos primeros días de primavera el valle semejaba una ancha y verde cinta rodeada de colinas ocre y grises.

Por fin dejaron el valle evitando la gran curva en la que el río cambia de dirección para tomar rumbo sur y alcanzaron la ciudad de Antioquía, que no había logrado recuperar el esplendor que tuviera antes de que fuera saqueada catorce años atrás por el ejército de Sapor. El ejército palmireno acampó a orillas del Orontes, a tres millas de la ciudad.

—Ni los magistrados ni los habitantes de Antioquía, antaño tan opulenta, parecen entusiasmados con nuestra presencia. Nadie diría que hace unos años este mismo ejército los libró de nuevos saqueos y matanzas al derrotar a los persas y mantenerlos a raya en Mesopotamia —lamentó Zabdas.

—La memoria de la gente es flaca y lo que no interesa se olvida demasiado pronto. Los rostros de esos hombres reflejan el desasosiego de la incertidumbre —comentó Giorgios.

Los dos generales conversaban con sendas copas de vino rojo en la mano

cuando apareció Zenobia.

—Salimos de inmediato hacia el norte. Los ojeadores han atisbado a la vanguardia del ejército romano en la gran curva del Orontes.

—¡Eso está a menos de treinta millas de aquí! —exclamó Zabdas sorprendido.

—A una jornada de marcha; si partimos ahora mismo los alcanzaremos mañana antes del atardecer. —Zenobia parecía como iluminada.

—Deberíamos estudiar la situación, mi reina. Parte de nuestras tropas de infantería todavía se encuentra a dos días de aquí y los arqueros deberían conocer el terreno...

—Lo conocen de sobra. Vamos, no hay tiempo que perder. Debemos detenerlos antes de que crucen el río.

—Pero mi reina, no tenemos un plan de batalla y no podemos hacerlo sin conocer cuántos hombres forman la vanguardia romana. —Zabdas hablaba en vano, pues Zenobia había decidido actuar.

La reina se retiró a descansar antes de emprender la marcha hacia el norte; Zabdas y Giorgios se quedaron solos.

—Nos estamos precipitando —comentó Zabdas apesadumbrado.

—Tiene miedo. La reina tiene miedo por primera vez en su vida o al menos desde que la conozco. Desea ocultarlo tomando decisiones que parezcan valerosas e intrépidas a los ojos de los demás, pero está temerosa, y en esas condiciones no se pueden adoptar las medidas más adecuadas para solventar tan graves problemas como los que se avecinan.

—Habla con ella.

—No me hará ningún caso.

—Eres el único que en estos momentos puede lograr que recapacite.

—Yo siempre le he dicho que cumpliría sus órdenes y hasta el más nimio de sus deseos. Nunca le he dado ningún consejo. Si lo hago ahora, recelará de mí y puede ser contraproducente.

—Inténtalo.

—De acuerdo, pero será inútil.

Giorgios se dirigió hacia el pabellón de la reina y solicitó verla. Tuvo que esperar un buen rato, pero al fin le permitieron entrar.

Zenobia estaba vestida con su equipo de combate. Sentada en una silla de tijera, sostenía sobre sus rodillas su casco de guerra mientras una esclava le cepillaba la melena de cabello brillante como el azabache pulido. Sus ojos negros refulgían con su característica luz interior, pero su mirada vagaba como perdida en un abismo insondable.

—Mi señora. —Giorgios hincó la rodilla en tierra y agachó la cabeza.

—¿Qué deseas, general?

—Nunca te he pedido nada, pero en esta ocasión debo hacerlo.

—¿Y bien?

—Creo que no es conveniente salir de manera tan precipitada al encuentro con los romanos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no sabemos cuál es su táctica de combate ni cómo han desplegado sus tropas, ni siquiera cuántos efectivos forman su vanguardia. Se nos han adelantado y han ocupado las posiciones donde deberíamos haber estado nosotros hace una semana. Es necesario trazar un nuevo plan de combate.

—No podemos esperar más. Tú mismo lo has dicho: por no salir antes a su encuentro se nos han adelantado. Debimos detenerlos en Tiana, pero les hemos dejado avanzar hasta las puertas de Antioquía. No deben seguir adelante. Los pararemos en Immas; de ahí no deben pasar. Si los vencemos ahora, los ciudadanos de Antioquía sabrán a quién deben obedecer; si dejamos que sigan progresando hasta nuestras narices, toda Siria dudará de nuestra determinación, y eso es lo peor que le puede ocurrir a un soberano.

—Mi reina...

—Puedes retirarte.

—Es un error salir al encuentro de Aureliano sin tener un plan de combate y sin conocer las intenciones del enemigo —insistió Giorgios.

Zenobia cogió el casco, se levantó de la silla y ordenó a la esclava que se retirara.

—Que te haya permitido compartir mi cama en algunas ocasiones no te autoriza a cuestionar mis órdenes. Si no tienes algo mejor que ofrecerme, sal de inmediato y prepara el ejército para el combate. Mañana nos espera una dura batalla.

—Sabes que en ella moriré por ti si es necesario, pero...

Zenobia dio dos pasos y selló la boca de Giorgios con un beso.

—Calla. Lo último que deseo es que mueras. Pero no tengo más remedio que acudir al encuentro de mi destino.

*Cerca de Immas, en la gran curva del río Orontes, primavera de 272;
1025 de la fundación de Roma*

Dos mil catafractas, dos mil jinetes ligeros, tres mil infantes y dos mil arqueros partieron de Antioquía a medianoche, a toda prisa, siguiendo aguas arriba la corriente del Orontes.

Zenobia estaba muy nerviosa. No había atendido ni las recomendaciones de Zabdas ni los consejos de Giorgios. Parecía obsesionada con enfrentarse cuanto

antes a las tropas de Aureliano y demostrar a los altivos ciudadanos de Antioquia que era capaz de derrotar a los romanos.

La vanguardia del ejército de Aureliano apareció desplegada en el fondo del valle, en una zona donde se ampliaba en un recodo formando una llanada entre colinas boscosas. La caballería ligera romana permanecía formada en un frente de unos trescientos pasos, a unas tres millas de distancia de los palmirenos, y mucho más atrás se alineaba la infantería, pero desde las posiciones de los palmirenos no podía verse.

—Allá están. Acabemos con ellos enseguida. ¡Vamos, preparaos para la carga! —gritó Zenobia.

—Acabamos de recorrer treinta millas a plena marcha; necesitamos descansar y organizarnos. Además, las filas romanas están demasiado lejos para una carga de nuestros catafractas, y más todavía en las condiciones en las que nos encontramos. A esa distancia nuestra caballería no contaría con la protección de nuestros arqueros. Tienen que acercarse mucho más ellos o hacerlo nosotros pero despacio, para que los caballos recuperen el aliento y para permitir que nos sigan los arqueros —dijo Zabdas.

—Hay que derrotarlos ya; que formen y carguen los catafractas de inmediato —ordenó Zenobia, que estaba tan alterada que no atendía a las razones de su general.

Zabdas ordenó a Giorgios que desplegara toda la caballería pesada. El ateniense dispuso a sus catafractas en ocho filas de doscientos jinetes cada una, y dos filas más de jinetes sobre camellos, más lentos que los caballos pero capaces de llevar una carga más pesada. Los dos mil catafractas, equipados con sus pesadísimas corazas de gruesas láminas de hierro, formaron una línea compacta, dejando a su derecha el río Orontes y a la izquierda una colina cubierta por un denso bosque. Los caballos acorazados estaban al borde del agotamiento tras treinta millas de acelerada marcha desde Antioquia.

El propio Giorgios, a pesar de no estar de acuerdo con la orden de su reina, se puso al frente, en tanto Zabdas se quedó atrás con los dos mil jinetes ligeros desplegados en dos regimientos a ambos lados del cerrado contingente de la caballería pesada, guardando sus flancos. En la retaguardia formaban en varios regimientos los tres mil infantes y delante de ellos los dos mil arqueros.

Giorgios se ajustó las correas de su casco de combate con las garras de águila y revisó la línea formada por sus formidables jinetes.

Zabdas se acercó al trote.

—Ten cuidado en esta carga —le dijo.

—Descuida.

—Nuestros hombres están fatigados y los caballos también. Deberíamos esperar al menos un día antes de cargar para recuperarnos de la marcha desde Antioquia —comentó Zabdas.

—Es una orden de la reina; quiere que ataquemos ya.

—No es una buena idea, y lo sabes.

—Me limito a obedecer.

—No cargues todavía. Hablaré con ella.

Zabdas azuzó los ijares de su caballo y galopó hacia la posición que ocupaba Zenobia, junto a la cual estaba el gigantesco Kitot.

—¿Por qué no avanza Giorgios? He ordenado que la carga de la caballería se produjera inmediatamente —le preguntó la reina.

—Le he pedido que aguardara unos instantes. Señora, nuestros hombres y caballos están cansados. No es oportuno atacar en estas condiciones.

—Ni siquiera a ti te permito que cuestiones mis órdenes.

—Pero debemos descansar...

Los catafractas, con sus largas lanzas, parecían un muro de hierro y púas, infranqueable para cualquiera que intentara atacar. Nadie sería tan insensato como para lanzar una carga frontal contra tan formidable formación.

La caballería ligera romana se puso en marcha al encuentro con los catafractas de Giorgios.

—General, la caballería romana está cargando contra nosotros. ¡Ahí vienen! —le avisó uno de sus comandantes.

Zabdas no lo podía creer. Unos tres mil jinetes ligeros romanos, equipados tan sólo con corazas de cuero y cascos, cargaban de frente contra los dos mil jinetes acorazados palmirenos.

Desde su puesto en la vanguardia, Giorgios miró a Zenobia, a cuyo lado seguía Zabdas.

La reina indicó al portaestandarte que transmitiera a Giorgios, mediante la señal convenida, la orden para que iniciara el ataque.

—¡Carga inmediata! —gritó Giorgios al ver la bandera de señales—. Desplegaos hasta ocupar todo el ancho de la vaguada, desde la orilla del río hasta el frente de aquellos árboles —ordenó a sus comandantes de escuadrón.

Los comandantes acudieron a sus puestos y las trompetas tocaron a la carga. Los catafractas se ajustaron los cascos, colocaron sus lanzas bajo el brazo y azuzaron a los caballos; tras ellos, las dos filas de catafractas sobre camellos hicieron lo propio. Los poderosos corceles piafaron, alzaron sus patas golpeando el suelo y arrancaron al galope para correr enseguida a la carrera. Los dos frentes de ambas caballerías se acercaban por el valle hacia un encuentro mortal. Zabdas creía estar presenciando un suicidio colectivo.

—No lo entiendo. Van directos a la muerte. Esos jinetes romanos nada pueden hacer en un encuentro frontal contra nuestros catafractas; quien los manda o está loco o es un suicida —comentó el veterano general a Zenobia; pero receló de la maniobra de los romanos y ordenó a uno de sus oficiales que transmitiera a todos los regimientos de la caballería ligera que se mantuvieran

prestos para intervenir en el combate.

Las dos caballerías enemigas, tan desiguales en armamento y contundencia, avanzaban hacia un choque brutal. Los cascos de los corceles retumbaban en el valle golpeando el suelo mientras saltaban al aire miles de pedazos de hierba, tierra y barro.

Tras más de dos millas a la carrera, los dos frentes de jinetes se encontraban apenas a doscientos pasos de distancia. Entonces se produjo algo inesperado: los caballeros romanos frenaron a sus monturas y les obligaron a dar media vuelta.

—¿Qué ocurre, por qué huyen? —preguntó Zenobia a la vista de la sorprendente maniobra de la caballería romana.

Zabdas se irguió sobre su caballo pudo e intentó comprender lo que estaba pasando; enseguida se dio cuenta.

—No se trata de una huida; están ejecutando un repliegue táctico. ¡Nos han engañado! ¡Hemos caído en una trampa! Lo que pretenden es abrir una gran distancia entre nuestra caballería y nuestros arqueros e infantes, obligar a nuestros catafractas a cubrirla a la carrera para que no lleguen frescos y mantener así a su caballería fuera del alcance de nuestros arqueros. Giorgios tiene que darse cuenta del engaño y ordenar que se detengan o acabarán exhaustos, si no lo están ya.

Pero Giorgios mantuvo la carga compacta. Al contemplar la retirada de los romanos, los catafractas comenzaron a gritar como posesos, obcecados en perseguir a lo largo del valle a la caballería enemiga, que parecía huir a la desbandada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Zenobia, que se había dado cuenta de su precipitación y se mostraba confusa y nerviosa.

—Da la orden de que regresen, ¡rápido! —gritó Zabdas al portaestandarte de señales.

Las banderas de señales se movieron una y otra vez indicando que se detuviera la carga, pero era demasiado tarde; los catafractas, convencidos de que estaban a punto de alcanzar una gran victoria, sólo tenían ojos para los enemigos que aparentemente huían de su acometida.

—Kitot, ponte al frente de un escuadrón de caballería ligera, protege a la reina con tu propia vida y retiraos a Antioquía inmediatamente —ordenó Zabdas—. Los demás, seguidme; ayúdenos a nuestros compañeros. Si no los auxiliamos de inmediato están perdidos.

—Espera; mi lugar está aquí —ordenó Zenobia.

Ante la determinación de Zenobia, Kitot dudó.

—Haz lo que te he dicho ahora mismo si es que estimas en algo tu cabeza, condenado armenio. —Zabdas se mostró contundente al dar la orden y Zenobia bajó la cabeza y asintió.

El general saludó a Zenobia, dio media vuelta, blandió su espada y ordenó

avanzar a la caballería ligera mientras Kitot se retiraba llevándose consigo a la reina, que no ocultaba su abatimiento.

Los catafractas se encontraban a más de tres millas de distancia del lugar donde habían iniciado la carga. Habían recorrido ese trecho a la carrera, persiguiendo en vano a los jinetes ligeros romanos, y los corceles de guerra de los palmirenos estaban derrengados. Sudaban y mostraban los belfos entornados de una saliva densa y blanquecina.

Los romanos, sobre sus monturas descansadas, habían recibido la orden de cargar hacia los palmirenos y esperar hasta el último momento para replegarse justo antes de ser alcanzados por los catafractas. La maniobra había salido tal cual había planeado el general romano Probo, lugarteniente de Aureliano y hombre de su absoluta confianza. Alejados de sus compañeros de la caballería ligera y del apoyo de la infantería y de los arqueros, con sus corceles agotados y resoplando por la larga cabalgada y por la marcha previa de treinta millas desde Antioquía, los catafractas palmirenos comenzaron a percibir su delicada situación.

La caballería romana se había abierto en dos alas dejando el frente libre. Giorgios observó el desvío de los jinetes romanos hacia los flancos y contempló a las primeras cohortes de legionarios. Sobre sus caballos acorazados de ningún modo podrían alcanzar a la caballería ligera romana, más veloz y descansada, de manera que el ateniense decidió seguir de frente, ahora cargando hacia los legionarios que aguardaban en formación de tortuga.

No se dio cuenta de lo que ocurría hasta que percibió que su caballo se frenaba como detenido por una fuerza invisible. Miró al suelo y lo comprendió enseguida: acababan de atascarse en una zona pantanosa que al estar cubierta de hierba, como el resto del valle, no era perceptible en la distancia.

Giorgios reaccionó de inmediato y ordenó dar media vuelta para regresar a las posiciones de partida, pero los caballos apenas podían moverse. Cargados con tan pesado impedimento, sus cascos se hundían en el suelo encenegado y apenas podían sacarlos del fango. Estaban clavados hasta el corvejón y ni siquiera eran capaces de doblar las pezuñas. Y tras ellos llegaron los camellos, que también quedaron inmovilizados, pues sus patas todavía resultaban más torpes sobre el barro.

El contraataque romano fue inmediato. Sin apenas movilidad, los primeros catafractas, atorados en el barro, comenzaron a caer ante la lluvia de flechas de varios grupos de arqueros de Edesa que surgieron desde el bosquecillo cercano, donde habían permanecido ocultos, y los ataques de los jinetes ligeros romanos, cuyas monturas estaban mucho más frescas y se desenvolvían en el suelo embarrado con holgura. Del mismo bosquecillo surgieron también como demonios de la noche los jinetes auxiliares sármatas, equipados con sus cotas de escamas metálicas, y los números, con sus monturas frescas y descansadas. Los

catafractas estaban a punto de quedar atrapados en una trampa mortal.

De inmediato avanzaron los legionarios manteniendo la formación de tortuga, equipados con jabalinas largas y espadas cortas. Los catafractas estaban siendo abatidos con facilidad; cinco centenares de ellos yacían muertos o caídos sobre el barro cuando llegó Zabdas al frente de sus dos mil jinetes ligeros, justo a tiempo para evitar que los romanos cerraran el cerco.

—¡Atacad a los legionarios y mantened ocupada a su caballería! ¡Vamos, con fuerza, con fuerza! —bramó Zabdas mientras cargaba contra los sorprendidos infantes romanos, que no esperaban la llegada de la caballería ligera palmirena tan pronto.

Mientras los jinetes de Zabdas mantenían a raya a los infantes romanos e impedían el despliegue en los flancos de los caballeros acorazados sármatas y nómadas, los catafractas supervivientes fueron ayudados por sus compañeros y pudieron liberarse del pantanal. En cuanto alcanzaron terreno firme, todos los palmirenos dieron media vuelta y se replegaron. Los romanos los dejaron huir entre exclamaciones de victoria y gritos de júbilo.

De vuelta a sus posiciones de partida, donde aguardaban la infantería y los arqueros, Zabdas y Giorgios, que se había librado de la muerte protegido por algunos de sus hombres, evaluaron el desastre. Habían sido abatidos casi ochocientos catafractas a caballo, cien de los montados sobre camellos y casi un millar de jinetes ligeros, la mayoría de ellos guardando la espalda de sus colegas acorazados mientras intentaban librarse del barro. La infantería y los arqueros no habían tenido siquiera la oportunidad de intervenir.

—He caído en la celada como el más bisoño de los estrategas; debería quitarme la vida aquí mismo. A causa de mi torpeza han muerto varios centenares de nuestros mejores caballeros. No merezco seguir dirigiendo a los catafractas de Palmira. —Giorgios estaba hundido; sus ojos acuosos denotaban una tristeza infinita.

—Todavía tienes que conducirnos a la victoria en esta contienda, general. Hemos aprendido una lección y hemos perdido una batalla, la primera de cuantas hemos librado, pero aún podemos ganar esta guerra. Tenemos que vencer; hazlo por Palmira, por Zenobia, por todos nosotros.

Los restos del ejército derrotado se retiraron hacia Antioquía, pero al llegar ante las murallas de la ciudad se encontraron con una inesperada situación. Por orden de los magistrados se habían cerrado las puertas de la ciudad, cuyo Consejo se encontraba reunido para decidir si seguía manteniendo su fidelidad a Zenobia o si se declaraba neutral en la guerra que Palmira sostenía con Roma.

Kitot bramaba como un toro enfurecido cuando Zabdas y Giorgios regresaron al campamento con las tropas derrotadas en Immas.

—Debí aplastar el cráneo de ese gordinflón que tienen por gobernador cuando vine en nombre de la reina a que ratificara su lealtad. Ya me pareció entonces que era un tipo del que no debíamos fiarnos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zabdas.

—En Antioquía ha corrido el rumor de que Aureliano ha derrotado a Zenobia en Immas y de que los romanos avanzan hacia aquí y van a presentarse mañana mismo en la ciudad para degollar a todos los que hayan sido leales a Palmira —informó Kitot.

—Tenemos que hacer algo y deprisa; necesitamos ganar tiempo para organizar la retirada hacia Emesa y rehacer allí nuestras fuerzas. En los llanos de Emesa nos agruparemos y podremos enfrentarnos de nuevo a los romanos en mejores condiciones —planteó Zabdas.

—Tal vez sea una locura, pero se me ocurre una treta absurda para ganar ese tiempo —dijo Giorgios.

—¿De qué se trata?

—De engañar a los antioquenos. Busquemos a un tipo que se parezca a Aureliano; ambos lo conocemos y sabemos cómo es. Vistámoslo con ropajes imperiales, atémole las manos y paseémosle ante las murallas de Antioquía como un trofeo de guerra. Diremos que lo hemos capturado en la batalla, que Roma ha sido derrotada y que su emperador es nuestro prisionero.

—Te has vuelto loco —afirmó Zabdas—. ¿Quién creería una farsa tan ridícula?

—A esta gente no le preocupa otra cosa que su aseo personal y su bienestar. ¿No te has fijado en ellos? Cualquier hombre de Antioquía va tan peinado, perfumado y maquillado que podría pasar por una prostituta del más refinado de los burdeles de Atenas. Si intuyen que pueden perder su modo de vida, creerán lo que se les ponga delante de sus ojos sin pensarlo. Intentémoslo.

—De acuerdo; es absurdo, pero tal vez nos sirva por un tiempo.

Kitot se presentó ante la puerta norte de Antioquía sujetando una cadena atada al cuello de un tipo vestido como un emperador romano.

Poco antes varios agentes enviados por Giorgios habían hecho correr la noticia de que Zenobia había capturado al emperador de Roma en Immas y que lo traían preso y cargado de cadenas para ser mostrado en la ciudad.

El falso emperador era uno de los mercenarios griegos de Palmira. Tenía la edad de Aureliano, su mismo cabello cano, un rostro parecido y complexión y altura similares. Lo habían ataviado con una túnica púrpura ribeteada con una orla de hojas doradas de laurel y tocado con la corona de picos tal cual se mostraban los emperadores en las monedas que todo el mundo conocía.

—¡Es Aureliano! No hay ninguna duda. ¡Es Aureliano! —gritó uno de los

agentes palmirenos a la vista del impostor encadenado y ante los murmullos que comenzaban a extenderse entre los que lo contemplaban.

—¡No hagáis caso, ciudadanos! Ese individuo no es el emperador. Aureliano ha vencido a Zenobia en la batalla de Immas y viene hacia aquí al frente de su ejército. Arrojemus de esta ciudad a los palmirenos y sometámonos a Roma. Quien no lo haga perderá su hacienda y su cabeza —gritó uno de los magistrados de la ciudad.

La confusión sobre lo realmente sucedido en la batalla se extendió por toda la ciudad. Nadie sabía qué había pasado y las dudas atenazaron a los de Antioquía.

Entretanto, cayó la noche. Mientras los notables seguían debatiendo sobre qué hacer con los palmirenos y si aquel cautivo era o no el verdadero Aureliano, el ejército de Zenobia se retiró hacia el sur en silencio, replegándose con orden y sin ser estorbado por los antioqueños.

A media mañana del día siguiente las tropas de Aureliano se presentaron ante las puertas de la ciudad. Los magistrados se sintieron burlados por la treta de los palmirenos y decidieron someter Antioquía al emperador de Roma.

Esperando su clemencia, abrieron las puertas y recibieron a Aureliano como a un verdadero libertador, entre loas y cánticos, mostrando un júbilo tal que el emperador, desde lo alto de una escalinata del ágora, prometió que todos los habitantes de Antioquía serían perdonados si acataban su autoridad y juraban ante sus dioses ser fieles a Roma. Y así lo hicieron.

Capítulo XXXVII

*Llanos de Emesa, primavera de 272;
1025 de la fundación de Roma*

—Aureliano ha ocupado Antioquía sin derramar una gota de sangre y ha respetado la vida y las propiedades de todos sus habitantes. La noticia se ha extendido a las demás ciudades de Siria; Apamea y Larisa ya se han apresurado a ofrecer su lealtad al emperador y muy pronto todas las demás se rendirán ante Roma. No tenemos otra salida que intentar derrotar a los romanos, y tendremos que hacerlo solos —comentó Giorgios.

—Lo esperaremos aquí, en los llanos de Emesa. Esta vez peharemos por nuestra vida; en esta segunda ocasión no podemos fallar —dijo Zabdas.

La ciudad de Emesa, ubicada en la encrucijada del camino entre Alepo y Damasco y el del desierto y la costa, debía su riqueza a sus buenas relaciones comerciales con Palmira, y sus habitantes se habían mostrado muy entusiastas de Zenobia.

Zabdas y Giorgios lograron que al menos la población no se mostrara hostil a los palmirenos y que se mantuviera neutral durante la nueva batalla que se avecinaba; acordaron con sus magistrados que si perdían en la contienda que allí iba a librarse estos podrían acogerse, como los de Antioquía, a la autoridad de Roma.

El ejército romano se acercaba desde el norte. Todo parecía indicar que aquel encuentro podría ser definitivo en el desenlace de la guerra.

Giorgios seguía confiando en la contundencia de sus catafractas y en la puntería de los arqueros de Palmira, pero la derrota de Immas había mermado los efectivos de la caballería pesada, que había perdido a uno de cada cuatro componentes y a muchos de sus más eficientes oficiales.

El día amaneció luminoso y azul. Durante las últimas horas de la madrugada se había desplegado el ejército de Palmira, que Zabdas había formado con todo lo que quedaba de la caballería pesada en el centro, aunque en esta ocasión había colocado a los catafractas montados sobre camellos en las dos primeras filas a fin de que en la carga no se abriera una brecha entre caballos y camellos por la

mayor velocidad de los primeros. En los dos flancos formaban dos divisiones de la caballería ligera. Inmediatamente detrás de los catafractas se alineaba la infantería, integrada por voluntarios palmirenos y mercenarios sirios, armenios, griegos, árabes y mesopotamios, y tras ellos se desplegaban los arqueros.

Los palmirenos habían aprendido la lección de Immas y sabían que no podrían perseguir a los romanos, de manera que deberían situarse lo suficientemente cerca de la infantería para lanzar una carga demoledora, desbaratar la formación de las legiones y tratar de ganar la batalla. El error cometido en Immas no podía volver a repetirse.

Aureliano había desplegado sus tropas de forma similar al primer combate, pero al frente formaba ahora la caballería pesada, con los acorazados jinetes sármatas en primera línea, la nómada y la dálmata tras ellos y la caballería ligera romana en las alas, de nuevo dirigida por el general Probo. Justo tras la caballería se alineaban tres legiones de infantería con los legionarios veteranos de las provincias romanas de Panonia, Mesia y el Nórico; a sus flancos formaban las tropas auxiliares germanas y norteafricanas y por fin las seis cohortes de la guardia pretoriana, desplegadas en torno al emperador. Y aún quedaban en la retaguardia las otras dos legiones completas y la caballería de cada una de ellas.

Zabdas y Giorgios recorrieron el frente de batalla para observar las tropas enemigas lo más cerca posible.

—Uno a cinco y en campo abierto; estamos en notable desventaja. Nadie en su sano juicio entablaría batalla en estas condiciones —comentó Giorgios.

—Ya hemos vivido situaciones semejantes a esta en Persia y supimos salir triunfantes. Esta vez no será diferente. Nuestra caballería pesada es invencible en este terreno. Toma.

Zabdas le entregó su vara de mando a Giorgios.

—¿Qué haces?

—Quiero que dirijas tú la batalla.

—No. Ese honor debe ser tuyo.

—Lo has merecido; hazlo por nuestra amistad. Yo te secundaré con los jinetes ligeros.

—En ese caso... ¡Comandante! —Giorgios llamó a uno de los oficiales—. Ordena que la caballería pesada forme en cuña; atacaremos en punta de flecha.

—Si atacas de esa manera acortas tu frente —se extrañó Zabdas.

—Espero que tú protejas mis flancos cabalgando justo al lado de las alas de los catafractas y rellenes el hueco que dejaremos al avanzar en cuña.

—Así lo haré. Buena suerte y que los dioses te sean propicios.

Giorgios ordenó a sus oficiales que mantuvieran esa formación a toda costa y que cabalgaran teniendo en cuenta que el morro del caballo de cada jinete debía estar siempre a la altura de los cuartos traseros del caballo que tenía delante, manteniendo las filas cerradas y compactas pasara lo que pasara.

Las legiones romanas aparecieron al fondo del valle del Orantes, entre los campos de trigo que verdécian con las lluvias de abril.

—Ahí está Aureliano, puntual a la cita con la muerte —comentó Zabdas.

—Esperemos que sea la suya quien lo aguarde —asentó Giorgios.

—Si vencemos en este combate, volveré a creer en los dioses de Palmira y les ofreceré sacrificios. El suelo está seco y no hay barro; no volveremos a caer en la misma trampa.

—Son demasiado numerosos. Lo correcto sería replegarnos y ofrecerles la batalla en las estribaciones de la cordillera, unas millas al sur de aquí, con las colinas protegiendo nuestras espaldas. Allí su superioridad numérica tendría menos trascendencia y podríamos defendernos mejor.

—Nuestros catafractas necesitan un espacio amplio para que su carga sea contundente. No hay mejor lugar que los llanos de Emesa. Además, olvidas que en esa ciudad se guarda el más fabuloso de los tesoros de Oriente después del de Palmira. Si nos replegamos y cae en manos de Aureliano, dispondrá de tanto dinero que podrá formar otro ejército tan numeroso como el que ya dirige. Tenemos que detenerlo aquí o no nos quedará más remedio que parapetarnos tras las murallas de Palmira.

En tanto los generales palmirenos comentaban la estrategia a seguir, Aureliano desplegó sus tropas para la batalla.

Giorgios se situó en el vértice de la cuña, en el lugar más expuesto de la contienda. Ordenó a sus catafractas que se colocaran en posición de ataque, pero les conminó a que mantuvieran sus monturas siempre agrupadas, eludiendo una carga demasiado prolongada para evitar que se agotaran como había ocurrido días atrás.

Sonaron las trompetas curvas y la caballería romana cargó al frente.

—Ahí vienen —comentó Giorgios al contemplar su avance—. Todo el mundo quieto, ¡quietos!

Los catafractas palmirenos apenas podían sujetar a sus corceles de guerra, acostumbrados a cargar en cuanto presentían un ataque enemigo.

Giorgios templó sus nervios. Sabía que no tenía que precipitarse, que no debía lanzar a la contracarga a su caballería hasta que la romana estuviera a una distancia lo suficientemente corta como para que no pudiera retirarse a tiempo. Lo de Immas no se repetiría.

La vanguardia de la caballería romana estaba cada vez más cerca y los palmirenos permanecían inmóviles manteniendo la formación compacta.

—¡Que nadie se mueva hasta que yo dé la orden! —gritó Giorgios.

Los romanos se acercaban a la carrera, sus corceles cabalgando al son de las trompetas que sonaban en la retaguardia como una llamada a la muerte.

Zenobia, que se había mantenido apartada del frente de combate, llegó ante Zabdas escoltada por un escuadrón de jinetes.

—¿A qué espera ese griego? —le preguntó.

—A que la caballería romana esté al alcance de nuestros catafractas.

—Pero van a embestir sin que nos hayamos movido.

—Confía en ese mercenario, señora, sabe lo que hace.

Los jinetes romanos tenían orden de avanzar hasta que los palmirenos cargaran contra ellos y retirarse en ese preciso momento. Pretendían atraer a los catafractas y mantenerlos a distancia hasta que sus monturas se agotaran o sus filas se descompusieran, como ocurriera en Immas.

Los generales romanos alentaban a los jinetes sármatas a seguir adelante, pero su estrategia había fallado. Cuando alcanzaron el punto de no retorno, apenas a cien pasos de distancia de los palmirenos, Giorgios dio la orden de cargar.

—¡Ahora, a por ellos; recordad a nuestros amigos caídos en la batalla del río Orontes! —gritó.

Los jinetes acorazados clavaron sus talones en los ijares de sus monturas, apretaron sus piernas sobre sus costados y cargaron. La cuña ideada por Giorgios atravesó la vanguardia de la caballería pesada romana, que no tuvo tiempo para girar y retirarse. La contundencia de los catafractas abrió una tremenda brecha en el frente de los romanos, cuyos jinetes cayeron como peles ante la avalancha de los palmirenos.

Ni siquiera los caballeros acorazados sármatas, forrados de placas de acero hasta los tobillos, pudieron resistir semejante acometida.

Aureliano, desde un promontorio próximo, contempló el desastre. La situación de la batalla era bien distinta a la que se había librado días atrás. Los catafractas de Palmira no habían caído en la trampa en esta segunda ocasión y, con el suelo seco y sus caballos descansados, estaban provocando una tremenda escabechina entre los romanos y sus auxiliares.

Tras el envite de las dos caballerías pesadas, Giorgios había desenvainado su espada y abatía, ciego de rabia, a cuantos jinetes enemigos se ponían a su alcance.

—Recordad a nuestros amigos caídos en Immas. ¡Matad por ellos! —gritaba a sus hombres para que no decayera su ímpetu.

Los tribunos de las legiones, agrupados en torno al emperador, le pidieron a este que enviara a la infantería en ayuda de los maltrechos jinetes que estaban siendo arrollados, pero Aureliano mantuvo sus nervios y aguardó a que las dos caballerías resolvieran su tremendo encuentro y se incrementara el desgaste del enemigo. No le importaba sacrificar a todos sus auxiliares bárbaros si con ello conseguía debilitar a los palmirenos.

Zabdas, a la vista de la ventaja que había obtenido Giorgios y convencido de que la victoria estaba próxima, desplegó a la caballería ligera en un movimiento envolvente sobre el campo de batalla.

La caballería sármata estaba derrotada; centenares de jinetes habían caído atravesados por las lanzas de los catafractas palmirenos, que ahora combatían cuerpo a cuerpo arrasando a las desbaratadas filas de jinetes auxiliares de los romanos. Los sármatas, los dálmatas y los mauritanos habían sucumbido y ahora eran los jinetes ligeros romanos los que se enfrentaban en desigualdad de condiciones contra los poderosos catafractas.

Aureliano comprendió que tenía la batalla perdida si no reaccionaba; todavía le quedaba la baza de la poderosa infantería legionaria, a la que envió a la lucha manteniendo la cerrada posición de la tortuga. Como si se tratara de un monstruo metálico con escamas rojas y púas de acero, avanzaron al son de los tambores que retumbaban marcando la cadencia de su paso.

Zabdas, a la vista del avance de los legionarios, ordenó que su infantería se incorporara al combate, en tanto los arqueros de Palmira lanzaban sus saetas sobre las protegidas cohortes legionarias.

Con el sol en lo más alto del cielo, azul y limpio, la caballería romana había sido derrotada, pero había logrado ganar tiempo para proteger y facilitar el avance de los legionarios.

Fue Kitot el primero que vio acercarse a las formaciones en tortuga. Los caballeros acorazados palmirenos estaban demasiado ocupados liquidando a sus oponentes como para prestar atención, de manera que siguieron abatiendo enemigos. Los disparos de los arqueros palmirenos apenas habían hecho mella en las tortugas de los legionarios, que aparecieron en el campo de batalla perfectamente formadas. Los infantes palmirenos dudaron ante las formaciones en testudo y no supieron mantener la calma. Los veteranos legionarios aplastaron a los mercenarios de Palmira y arrasaron su formación en línea.

Kitot, al frente de un escuadrón de soldados sobre camellos, tomó su maza de combate y se lanzó a la carga contra una de las tortugas, como hiciera en la batalla de Tebas durante la conquista de Egipto. Estaba convencido de que con la contundencia de sus golpes abriría una brecha entre el muro de escudos de los legionarios, pero antes de que lo alcanzara cayó sobre él una lluvia de flechas, una de las cuales le impactó en el muslo izquierdo, justo en el lugar donde se articulaban dos láminas de hierro de su equipo defensivo. El gigante armenio sintió el dolor punzante y frío del virote atravesándole la carne de la pierna, pero arrancó de un tirón el asta de la saeta y siguió adelante decidido a abrir el caparazón de escudos de la primera tortuga con la que se encontrara.

Al verlo acercarse, enorme y poderoso sobre el más imponente de los camellos, los legionarios de la primera cohorte de la IV Legión temblaron, pero se repusieron y, alentados por su centurión *primer pilus*, apoyaron la contera de sus lanzas en el suelo y aguantaron firmes la embestida del camello de Kitot, cuya pierna sangraba tanto que había empapado todo el lomo de su montura.

El camello quedó ensartado en las puntas de las lanzas; la formación de la

tortuga aguantó la brutal acometida de Kitot y se mantuvo cerrada.

El armenio cayó al suelo y sintió un terrible dolor en el muslo, donde permanecía clavada la punta de hierro de la flecha. Se incorporó, apretó los dientes, volteó al aire su maza de combate y lanzó varios golpes sobre los escudos con una contundencia descomunal.

Tres legionarios cayeron al suelo abatidos por la maza del gladiador, que abrió una pequeña brecha en el muro de escudos. Pero de pronto Kitot se sintió débil y sus ojos se velaron como si una niebla densa y fría se hubiera extendido por el campo de batalla. Miró hacia su pierna y vio el enorme borbotón de sangre brotando del muslo y el reguero que manaba entre las protecciones de hierros de sus piernas y caía hasta el suelo. Intentó olvidar el dolor y siguió golpeando como un poseso, pero a cada golpe era mayor su mareo y confusión. El fragor de la batalla se fue apagando hasta que sus oídos quedaron sordos y sus ojos sólo veían manchas borrosas que discurrían muy despacio, como si el tiempo estuviera a punto de detenerse. Bajó los brazos, se tambaleó como un borracho y sintió vértigo, una sensación fría pero placentera a la vez que lo arrastraba a un sueño sin miedos.

Giorgios percibió que el armenio estaba perdido. Arreó a su caballo y lo dirigió hacia Kitot, que parecía abandonado por sus fuerzas y a punto de caer al suelo. Saltó de su montura y llegó a tiempo para sujetarlo con su brazo antes de que su enorme corpachón se desplomara.

—¡Resiste, compañero! —le gritó.

Pero Kitot había perdido demasiada sangre y con ella buena parte de su energía. Con mucho esfuerzo, Giorgios logró colocarlo sobre su caballo y entregó las riendas a uno de sus ayudantes, al que ordenó que se retirara y lo pusiera a salvo. Y acudió de nuevo al combate.

Aureliano había estado a punto de dar la batalla por perdida; incluso dos de los legados le recomendaron que diera la orden para que los trompeteros tocaran retirada. Sin embargo hizo todo lo contrario; proclamó que el dios Sol estaba con Roma, alzó su espada al cielo y ordenó que las seis cohortes de los pretorianos y las dos legiones de reserva se desplegaran por los flancos de las tres legiones que combatían en la vanguardia.

Los legionarios, que dudaban sobre qué hacer ante el descalabro de la caballería, escucharon las trompetas llamando a la carga de la reserva, renovaron sus energías y avanzaron gritando loas al dios Mitra y cantando himnos al Sol.

Ante el sonido de las tubas, que conocía bien, Giorgios alzó la vista y contempló la aparición en el campo de batalla de las tropas romanas de refuerzo. Aureliano había desplegado a todos sus efectivos. Eran demasiados y los palmirenos, agotados ante el empuje de los miles de legionarios, cedieron ante el renovado envite de las legiones. La infantería romana apretó a la palmirena, que

se descompuso enseguida; muchos de los soldados palmirenos, ante la superioridad de los romanos, optaron por arrojar sus armas y huyeron de la masacre. Los arqueros no pudieron disparar sus arcos con su eficacia habitual porque sus compañeros estaban peleando mezclados con los romanos. Con la intervención de la infantería y las legiones de la reserva, la batalla había dado un giro inesperado y Zabdas, que se mantenía firme en las alas al frente de la caballería ligera, se apercibió de que el sino había cambiado y de que no podrían vencer.

El general ordenó la retirada y los palmirenos que todavía seguían combatiendo se replegaron de manera ordenada, protegidos por los catafractas que se mantenían en pie y, ahora sí, por los arqueros. Sin perder la calma retrocedieron hacia el sur, dejando Emesa a sus espaldas y buscando la defensa de las colinas. Los romanos los persiguieron un buen trecho, pero sus jinetes estaban agotados y los legionarios optaron por no perder la formación y mantener sus posiciones.

El estandarte con el Sol Invicto de Aureliano se alzó en el campo de batalla de Emesa y los legionarios gritaron una vez más «*Miles, miles, mille occidit et vincit*».

*En el camino de Emesa a Palmira, fines de primavera de 272;
1025 de la fundación de Roma*

Los restos del ejército de Palmira se reagruparon a unas veinte millas al este de Emesa, en donde acaban las tierras de cultivo del valle del Orontes y comienza el desierto sirio.

La victoria de Roma en los llanos de Emesa había sido contundente. Las bajas palmirenas, cuantiosas. La caballería pesada había respondido bien, había liquidado a unos cuatro mil jinetes romanos y se habían salvado más de la mitad de los catafractas y de los jinetes ligeros, pero la infantería había sucumbido de manera estrepitosa ante la contraofensiva de las legiones imperiales. De los más de ocho mil combatientes, cinco mil al menos habían caído en el envite o habían desertado, huyendo desparavidos en pleno combate.

Los espías dejados atrás por los palmirenos se acercaron a la posición de Zenobia, que se replegaba hacia Palmira, e informaron de lo sucedido.

—Aureliano ha sido recibido en Emesa con efusivas muestras de alegría. Los magistrados le han abierto las puertas y le han jurado fidelidad y sumisión eternas y el pueblo ha respondido acudiendo a saludarlo con guirnaldas de flores y vasijas de vino —comentó el ojeador.

—¿Y el tesoro? —preguntó Zenobia compungida.

—Ha caído en sus manos. Entró en el templo del Sol y requirió para sí como

derecho de conquista todo cuanto de valor había allí. Ha confiscado los lujosos vestidos sacerdotales recamados de perlas y piedras preciosas, los toros persas de oro que ofreciste al dios Sol en recuerdo de las victorias sobre los sasánidas, las tiaras y coronas de los sumos sacerdotes del santuario, las sedas púrpuras, varios cofres repletos de joyas y de monedas de oro y de plata... Incluso se ha apoderado de la piedra negra caída del cielo que se veneraba en honor del Sol. Algunos generales romanos, ante la magnitud del tesoro, han comentado que jamás habían visto nada igual, ni siquiera en la propia Roma.

—¿Y Antioquía?

—Una vez controlada Emesa, Aureliano ha regresado a Antioquía. Sus ciudadanos le han suplicado que fuera benigno. Los magistrados han sido perdonados por dudar de la victoria de Aureliano. Han salido a recibirlo con regalos valiosísimos y le han ofrecido sacrificios como si se tratara de un dios. El emperador los ha aceptado y ha perdonado a los antioqueños sin recriminarles siquiera sus vacilaciones.

—Nunca imaginé que ese hombre pudiera comportarse así. Además de un buen estratega está demostrando que tiene madera para la política —comentó Giorgios.

—Desde Antioquía, el emperador ha ordenado que seis cohortes se dirijan a los puertos para embarcar rumbo a Egipto, adonde ya había enviado a otras tres desde Pamfilia. Y ha resuelto el problema de Pablo de Samosata —continuó el espía.

—¿Qué ha hecho con ese orate?

—Pablo de Samosata y Domno, un individuo al que los cristianos trinitarios han elegido como nuevo patriarca, han sido llamados por el emperador tras recibir la sumisión de los antioqueños. Domno le ha pedido a Aureliano que actúe como juez en la disputa entre los cristianos por el patriarcado. Aureliano así lo ha hecho y lo ha confirmado como patriarca. Luego ha conminado a Pablo para que cese en sus pretensiones de seguir al frente del patriarcado de Antioquía y le ha advertido que si causa el mínimo problema y altera el orden colgará su cabeza de los muros de la ciudad.

—Aureliano sabía que Pablo de Samosata era fiel a Palmira —comentó Zabdas—, por eso lo ha depuesto, lo ha expulsado de la ciudad y ha colocado al frente de la comunidad cristiana a uno de sus leales.

—¿Algo más? —demandó Zenobia.

—Sí, pero tal vez no te guste oírlo, mi reina —musitó el agente.

—¿Qué cosa puede ser peor? Habla cuanto sepas.

—El emperador ha reunido a un simulacro de tribunal en el ágora de Antioquía para juzgarte.

—¿A mí?

—A ti y a cuantos han apoyado lo que califican como rebelión.

—¿Han dictado sentencia?

—Te han condenado y también a todos cuantos te siguen: a tus consejeros, especialmente a Cayo Longino, a tus generales, a tus ayudantes...

—Esa condena no tiene ningún efecto si no nos atrapan, y no van a hacerlo. Nos defenderemos tras los muros de Palmira, allí los derrotaremos y reconstruiremos el Imperio de Oriente.

Sin perder tiempo, Zenobia se retiró hacia Palmira, adonde llegó la última semana de la primavera, bajo un sol de plomo. Descontados los desertores y los caídos en las dos batallas, regresaron algo menos de la mitad de los soldados que habían acudido a la guerra contra Aureliano, aunque muchos de los supervivientes estaban heridos o mutilados.

Capítulo XXXVIII

Palmira, comienzos de verano de 212; 1025 de la fundación de Roma

En la ciudad de las palmeras todo eran prisas. Algunos consejeros de Zenobia habían propuesto envenenar todos los pozos de agua potable entre Emesa y Palmira para evitar que los romanos pudieran abastecer de agua a su enorme ejército, pero la reina lo prohibió.

De modo que toda la esperanza de resistencia se centró en la muralla que comenzara a construir Odenato para defenderse de un posible ataque de los persas. El recinto ya estaba acabado, pero en algunos tramos los muros no eran todo lo poderosos que se requería para resistir el asalto de las legiones de Aureliano.

Zabdas inspeccionó con minuciosidad el recinto murado acompañado por dos ingenieros griegos, que encontraron numerosas deficiencias, especialmente en todo el flanco sur.

—Demasiado grande para ser defendido con los hombres que ahora disponemos —calculó Zabdas—. Hay que reducir el perímetro murado a la mitad. Construiremos una nueva muralla que parta en dos la ciudad, y nos concentraremos en la mitad norte. El nuevo muro irá desde el santuario de Bel hasta la puerta de Damasco, junto al ágora, paralelo al viejo cauce abandonado del arroyo Qubur.

—¿De cuánto tiempo disponemos para construirlo? —preguntó uno de los ingenieros.

—De un mes.

—¿Cómo?

—Treinta días; ni uno más.

—¡Hay más de una milla de distancia entre esos dos puntos!

—Emplearemos a los soldados del ejército y a todos los ciudadanos capaces de trabajar. Utilizad cuantos materiales sean precisos. Si no disponéis de piedras suficientes, desmontad tumbas, templos, monumentos y cuanto sea necesario. Todo lo que moleste a la obra del nuevo muro deberá ser derribado. Esta será la

muralla de Zenobia.

Zabdas daba instrucciones a sus ingenieros para que no tuvieran el menor reparo en utilizar cuantos medios se requirieran.

—Algunos palmirenos protestarán si se utilizan las piedras de las tumbas de sus antepasados para construir una muralla —comentó uno de ellos.

—Me trae sin cuidado. Necesitamos piedras bien escuadradas para que los bastiones queden con sus esquinas bien reforzadas, y no hay tiempo para labrarlas, de manera que utilizaremos las que tengamos más a mano. Si para ello hay que desmontar todas las tumbas de Tadmor, lo haremos. Nuestros difuntos lo entenderán.

Giorgios apareció en ese momento.

—Tenemos que acelerar las obras de defensa; sobre todo los muros del lado oeste.

—¿Por qué ese flanco? —preguntó Zabdas.

—Porque los romanos creen que el oeste es una dirección desafortunada, de modo que evitarán, si es posible, realizar su primer ataque mirando hacia allí; imagino que se trata de algún mal presagio relacionado con la muerte del sol. Y tampoco lo harán en los que denominan días nefastos: el primero de cada uno de sus meses o calendas, el de las nonas, el de los idus, los días en los que han sufrido algún desastre militar o una derrota... Hay algo más de cien días nefastos en el calendario anual romano, por casi doscientos fastos —informó.

—Fastos o nefastos, Aureliano avanza hacia Palmira sin perder un solo día.

—Uno de nuestros oteadores acaba de informar que su ejército ya ha salido de Emesa y la vanguardia se encuentra a cien millas de aquí —precisó Giorgios.

—Pagaremos a las tribus beduinas para que hostiguen a su vanguardia y enviaremos patrullas para frenar su avance y retrasar cuanto podamos su marcha. Dispón varios destacamentos de caballería ligera con los mejores arqueros; saldremos a su encuentro y los mantendremos ocupados con ataques sorpresa por la noche, como hicimos con los persas —dijo Zabdas—. ¿Cómo se encuentra Kitot?

—Por fortuna, su herida no se ha gangrenado. El médico de la reina lo trató y cauterizó bien la herida; le ha aplicado empastes de bálsamo de la mejor calidad y ha dejado de supurar. Tiene dificultades para caminar, pero en una o dos semanas estará bien. Lo peor fue la enorme pérdida de sangre que a punto estuvo de costarle la vida, pero es fuerte como un buey y se repondrá con buen vino y buena carne.

—Lo necesitaremos en la batalla.

—Estará dispuesto.

—¿Hay noticias de Egipto?

—No, pero estoy seguro de que Anofles no ofrecerá resistencia a los romanos y, si necesita un chivo expiatorio, entregará la cabeza de Timagenes,

porque Firmo es demasiado listo como para asumir culpa alguna. Imagino que ese desdichado general será el que cargue con todo el castigo.

Y así fue. El ejército enviado por Aureliano para recuperar Egipto se presentó en Alejandría y Teodoro Anofles salió a recibir a los legionarios como a los libertadores del yugo de Palmira. Firmo, por su parte, sobornó con una cuantiosa cantidad a los oficiales romanos para que no se cuestionara su lealtad a Roma. Timagenes, acusado por sus propios hombres de haber traicionado al Imperio, fue ejecutado y clavado en una cruz en las afueras de Alejandría y sus restos los devoraron las alimañas. Anofles siguió al frente del templo de Apis y se encargó de celebrar sacrificios en honor de Aureliano, que fue venerado como un nuevo dios de Egipto.

Aquella noche era propicia para una emboscada. Los espías de Palmira que controlaban la marcha del ejército romano a través del desierto habían informado de que varias cohortes de legionarios estaban asediando un poblado fortificado ubicado en lo alto de un cerro en el camino entre Emesa y Palmira.

Los romanos habían requerido a los defensores que se rindieran y que reconocieran la autoridad de Aureliano, pero los del pueblo les habían respondido que su única soberana era Zenobia y que no tenían intención de entregar aquella fortaleza.

Giorgios salió de Palmira al frente de un escuadrón de caballería ligera con el que había planeado atacar a los romanos de noche, mientras se mostraban confiados en el asedio de la fortaleza.

En cuanto los oteadores le describieron cómo se habían instalado los romanos en su campamento, Giorgios reunió a sus hombres y les comentó su plan.

—Caeremos sobre ellos por sorpresa en mitad de la noche. Los romanos están convencidos de que nos hemos refugiado en Palmira, de cuyas murallas no osaremos salir. Si no me equivoco, estarán atentos al poblado sitiado, pero no esperarán que se produzca un ataque desde el exterior, pues nos imaginan muertos de miedo tras sus murallas.

» Tendremos que obrar en sigilo y con la mayor precisión si queremos darles un buen escarmiento: llegar por sorpresa, golpear con contundencia y retirarnos deprisa entre las sombras.

Eran cincuenta de los mejores jinetes de Palmira y cincuenta arqueros, que cabalgaron hasta las cercanías del lugar asediado por los romanos.

Ocultos en una hondonada podían atisbar el campamento de la vanguardia romana y el despliegue de al menos seis cohortes alrededor del cerro sobre el cual se erigía la fortaleza que se mantenía fiel a Palmira. Todo parecía en calma. En lo alto de los muros, no demasiado elevados, ardían unas antorchas que iluminaban las laderas del cerro a fin de observar si en la oscuridad de la noche

se acercaban los romanos.

En el campamento romano, los legionarios de guardia estaban sentados, pese a la calurosa noche, en torno a varias hogueras que alumbraban las tiendas de los soldados.

—Será difícil sorprenderlos —bisbisó Giorgios a sus hombres—. Nos arrastraremos entre los matorrales hasta que estemos junto a las tiendas. En ese momento los arqueros abatirán a los legionarios que descansan junto al fuego y nos protegerán con sus flechas de los que se den cuenta del ataque y salgan a combatir. Los que vengáis conmigo utilizad las espadas cortas, golpead con contundencia y en cuanto el tumulto sea lo suficientemente alto como para despertar a los dormidos, retroceded hasta esta posición. Una vez aquí recordad dónde están vuestros caballos, brincad sobre sus lomos y salid a toda prisa hacia Palmira. Nos reuniremos al amanecer en el pozo de Bel.

Los hombres asintieron, se encomendaron a los dioses y comenzaron a arrastrarse hacia las posiciones de los romanos. Las llamas de las hogueras señalaban como un faro la situación de las tiendas de las cohortes legionarias y perfilaban los cuerpos de los soldados de guardia como siluetas de fantasmas.

Los palmirenos lograron acercarse hasta unos veinte pasos de las primeras hogueras y se desplegaron en semicírculo ocupando un amplio frente. La señal convenida para el ataque era un peculiar silbido de uno de los soldados que avanzaba al lado de Giorgios atento a su orden.

La noche era oscura y aunque el cielo estaba despejado y titilaban las estrellas en lo alto, la carencia de luna impedía que fueran localizados entre las sombras.

Giorgios, que encabezaba el grupo, se colocó junto a la primera de las tiendas; unos ronquidos revelaban que varios soldados dormitaban en su interior ajenos a lo que se les venía encima.

—Ahora —musitó Giorgios a su ayudante.

El silbido fue la señal convenida. Los arqueros dispararon al unísono sobre los guardias, que cayeron fulminados.

Los cincuenta palmirenos se lanzaron sobre las tiendas de los confiados romanos, que apenas tuvieron tiempo para incorporarse y ofrecer resistencia a los atacantes. Varias decenas cayeron atravesados por las espadas cortas de los atacantes, que arrojaban estacas ardiendo sobre las tiendas, en cuyo interior los legionarios que dormitaban comenzaban a despertarse por el ruido del ataque.

Los arqueros protegían la retirada de los hombres de Giorgios hacia la oscuridad, abatiendo con su acostumbrada precisión a los desorientados legionarios que salían de las tiendas en llamas.

Reagrupados en la vaguada y en plena oscuridad, montaron a caballo y partieron a la carrera para perderse en la profunda noche del desierto.

Al amanecer, la mayoría acudió al pozo de Bel. En el recuento sólo faltaban

cinco hombres, que o habían caído en la escaramuza o se habían perdido en la noche.

Esperaron a que la luz del día inundara las colinas cercanas por si alguno de los compañeros regresaba y al fin partieron hacia Palmira. Estaban seguros de que habían liquidado en su emboscada a dos centenares de romanos al menos. Giorgios había ensartado a cuatro de ellos con su espada.

Tres días después, ya tras la protección de las murallas de Palmira, se enteraron de que el general romano que dirigía el asedio al poblado fortificado había ordenado el asalto. Los legionarios, airados por la celada, habían formado varias tortugas y habían abordado la fortaleza hasta lograr entrar por uno de los bastiones. Todos los defensores habían sido ejecutados y sus cuerpos expuestos al sol y a los carroñeros.

Pese a los constantes ataques de los palmirenos y de los beduinos del desierto, que se mantenían fieles a Zenobia a base de cuantiosas bolsas repletas de monedas y no cesaban de hostigar a los romanos, Aureliano decidió avanzar hacia Palmira, pero con mayor cautela.

El ataque de los arqueros, de los veloces jinetes beduinos y de la caballería ligera palmirena constituía un incordio permanente para el avance romano. Considerados los mejores del mundo, la puntería de los arqueros era extraordinaria. Montados en los corceles más veloces y resistentes y formados en escuadrones se desplazaban por el desierto hasta las inmediaciones de los campamentos romanos; aparecían por sorpresa, cargaban sus arcos y disparaban contra los legionarios, que se veían impotentes para repeler este tipo de ataques. En cuanto descargaban varias andanadas de saetas y antes de que pudieran darles alcance los jinetes romanos, huían a toda prisa sin recibir el menor daño y se perdían en el desierto para desesperación de Aureliano, que no encontraba remedio alguno para paliar aquellos asaltos.

—¡Hemos herido al emperador! ¡Lo hemos alcanzado en el hombro!

Uno de los arqueros daba cuenta a Zenobia de lo ocurrido durante una de sus incursiones al campamento imperial. Una partida de veinte arqueros se había acercado a una distancia de cien pasos a la vista de una enorme tienda desplegada a unas treinta millas al oeste de Palmira. Uno de ellos atisbo la insignia que ondeaba a la puerta del pabellón y la identificó como el emblema de Aureliano.

Y en efecto, así era. El propio emperador, a fin de transmitir ánimo a sus tropas, entre las que comenzaba a asentarse cierto abatimiento ante las fulgurantes cargas de los arqueros a caballo, se había puesto al frente del ejército y había instalado su tienda en medio de la vanguardia. Los arqueros esperaron ocultos a ver si identificaban a la figura del emperador y cuando lo hicieron le

dispararon. Estaba demasiado lejos para un impacto pleno, pero una de las saetas golpeó en el hombro de Aureliano, que se contorsionó de dolor y cayó al suelo. El grosor de las placas de su coraza impidió que la herida fuera más grave y profunda, pero el virote logró atravesar la chapa y rasgar la carne.

—Esa herida retrasará algunos días su asalto; así dispondremos de más tiempo para la fortificación de la nueva muralla —comentó Zabdas.

—Pero lo hará más peligroso. Aureliano es un animal herido, y las fieras heridas no se detienen ante nada —dijo Giorgios.

—Mientras se recupera, haremos acopio de víveres. Para resistir el asedio, que presumo que será largo, necesitaremos alimentos al menos para seis meses.

—¿Confías en resistir tanto tiempo?

—Hemos almacenado alimentos suficientes como para mantenerlos a raya durante ese tiempo, tal vez más. Si resistimos todos esos meses, los que tendrán dificultades de intendencia serán los romanos, y se verán obligados a levantar el asedio. Aunque nos parapetemos tras nuestras murallas no permaneceremos quietos; nuestros aliados, los beduinos del desierto, atacarán sus convoyes de suministros para evitar que les lleguen alimentos y armas. Si desbaratamos sus líneas de aprovisionamiento y conseguimos cortar sus fuentes de suministro ellos serán los que pasen escasez. Y si se retiran los acosaremos de tal manera que no saldrá ni uno vivo del desierto. Pero entretanto debemos seguir con las obras de fortificación.

Capítulo XXXIX

Palmira, mediados de verano de 272; 1025 de la fundación de Roma

El hombro de Aureliano estaba dolorido por el impacto de la saeta, pero la herida no era demasiado profunda y, cosida por su cirujano, había cerrado bien. Su fortaleza era legendaria y la cultivaba evitando la asistencia de médicos. Siempre se curaba a sí mismo a base de dietas si tenía problemas estomacales, o de hierbas y empastes que él mismo se aplicaba en caso de heridas. Aquella sólo sería una cicatriz más que añadir a la docena que surcaba su cuerpo, otro recuerdo de sus combates en defensa del Imperio. A pesar de la herida, decidió seguir hacia adelante para plantarse cuanto antes ante los muros de la ciudad que había osado desafiar el poderío de Roma.

Aquella mañana los oteadores anunciaron que las primeras columnas de legionarios romanos se encontraban a quince millas de Palmira y que avanzaban a buen ritmo a pesar del sofocante calor del verano.

Zabdas y Giorgios cabalaron sobre dos camellos hasta la cima de una de las colinas rocosas al noroeste de la ciudad, sobre el valle de las tumbas. El sol abrasaba los guijarros y la arena; del palmeral emanaba una especie de calima que ascendía hasta desvanecerse en el cielo azul.

Atisbaron el horizonte y a lo lejos pudieron intuir el polvo ocre que levantaban las sandalias de suelas claveteadas de los legionarios.

—¡Allá están! —Giorgios señaló con su brazo hacia occidente.

—Sus primeros efectivos acamparán ante nuestras murallas antes del anochecer; ha llegado la hora decisiva. ¿Estás listo para morir, griego?

—No es mi intención hacerlo tan pronto.

—Los cristianos creen en la vida eterna. Dicen que si se muere en la gracia de su dios, el alma del difunto asciende al cielo, donde gozará de la felicidad perpetua.

—La muerte es el término; no existe otra vida después de esta vida.

—¿Has abandonado a los dioses?

—Hace tiempo que ellos me abandonaron a mí. Hubo una época en que creí

en el poder de los dioses olímpicos y les ofrecí sacrificios; después me hice devoto de Mitra, pero ahora no siento otra cosa que una inmensa soledad y un vacío infinito. No, general, cuando se muere, el alma no viaja a ningún edén celestial, ni siquiera al averno oscuro y frío al otro lado de la laguna Estigia. La muerte es el término. —Giorgios repitió esta frase como una letanía.

—Los germanos creen que los guerreros que mueren en combate con una espada en la mano se reunirán en el cielo y asistirán a un eterno festín en compañía de los dioses y de las mujeres más hermosas que pueda imaginarse.

—El mismo paraíso en el que creen los árabes de La Meca. ¿Dónde has aprendido eso? —le preguntó Giorgios.

—Me lo contó un godo al que conocí en mi juventud. Era un esclavo que trabajaba como herrero en la fragua del ejército en la fortaleza de Dura Europos. Lo habían capturado en las costas del Ponto y lo dejaron vivir porque era un extraordinario artesano de espadas. Esta la forjó él mismo y la templó con las aguas del Eufrates. —Zabdas mostró su espada a Giorgios.

—¿Nunca pensó en escapar?

—No hubiera podido hacerlo; le faltaba una pierna. Se la cercenaron los romanos a la altura de la rodilla para que no huyera. Imagino que ahora estará disfrutando de los deleites del banquete celestial y de las mujeres en compañía de sus dioses.

—Si así fuera, si tras la muerte nos estuviera esperando un lugar dichoso en el que fuéramos eternamente felices, nadie querría seguir viviendo en este mundo donde el sufrimiento y el dolor son tan corrientes —supuso Giorgios.

—Mujeres hermosas y festines inacabables, esa es la felicidad, amigo, el cielo que imaginan los germanos y los árabes, pero mientras no podamos alcanzar ese paraíso nuestro deber es defender esta ciudad. Vayamos de vuelta; hay que cerrar esas puertas y prepararse para el asedio, apenas queda un día para que los romanos se presenten aquí.

Dos días más tarde de lo calculado por Zabdas y Giorgios, el ejército de Aureliano se plantó ante los muros de Palmira. En cuanto llegaron a las puertas de la ciudad, las cinco legiones se desplegaron alrededor.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Zenobia a la vista del polvo que levantaban los zapadores legionarios. La reina contemplaba el despliegue de los romanos desde lo alto del muro, acompañada por sus dos generales.

—Sus ingenieros están cavando un foso para delinear el cerco; luego colocarán estacas de madera y levantarán una empalizada en torno a la ciudad, a doscientos pasos de las murallas, justo a la distancia donde nuestras flechas no sean efectivas. Es su manera de asediar una fortaleza; se trata de impedir que los sitiados puedan escapar —le explicó Giorgios.

—¿No van a atacarnos?

—Por el momento parece que no. Aguardarán un tiempo a ver si nos rendimos por falta de suministros o por miedo.

—¿Y si no lo hacemos?

—En ese caso procederán al asalto de los muros —especuló Giorgios.

—Deberíamos ofrecerles la paz —planteó Zenobia, abrumada tras las dos derrotas, de las que se culpaba como principal responsable por haber desoído a sus generales.

—No han venido hasta aquí para firmar un tratado y retirarse sin más. Es precisamente ahora cuando debemos mostrarnos más fuertes; que sea Aureliano quien dé el primer paso. Entretanto, esta misma noche les daremos una buena sorpresa —terció Zabdas.

Aquella tarde fueron reunidos en la palestra del cuartel general los mil mejores arqueros de Palmira. Zabdas había observado el despliegue de los romanos y la distancia a la que habían colocado sus campamentos desde la muralla. Su mente de estrategia enseguida ideó un plan que detalló a sus hombres.

—Los campamentos romanos están situados a unos trescientos pasos de las murallas, unos cien más allá del foso y la empalizada. Nuestras flechas no alcanzan esa distancia, pero si podemos acercarnos un buen trecho, los tendremos a tiro —comentó Zabdas.

—Para ello tendríamos que salir de los muros y quedaríamos expuestos a su contraataque —repuso Giorgios.

—Si ganamos el terreno suficiente sin que nos vean, lanzamos nuestras flechas y regresamos deprisa, nos replegaremos antes de que puedan alcanzarnos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Escuchad todos: los romanos cambian la guardia cuatro veces a lo largo de la noche. Saldremos en la oscuridad cuando se produzca el segundo relevo y avanzaremos a rastras hacia el foso excavado por los romanos hasta colocarnos a cincuenta pasos de distancia. Cada arquero llevará consigo diez flechas con la punta impregnada en brea, y yesca y pedernal para hacer fuego. Haremos una señal agitando una antorcha en el alto del baluarte del sector norte de la muralla y todos los arqueros encenderán y lanzarán hacia los campamentos romanos nueve flechas. Entre tanto, mil jinetes saldrán con sus caballos desde la ciudad a todo galope. Cada uno efectuará sus nueve disparos, de modo que emplee el tiempo suficiente como para que los jinetes recorran la distancia entre la muralla y los arqueros. Recogerán a los arqueros a la grupa de sus caballos y retornarán a la ciudad antes de que los romanos reaccionen.

—¿Cómo sabrá cada jinete a quién recoger en la oscuridad? —quiso saber

Giorgios.

—Por la décima flecha. Disparadas las nueve primeras, cada arquero mantendrá la décima encendida en alto hasta que sea recogido por su jinete. Nos desplegaremos en grupos de veinte, de manera que cada jinete sabrá a qué lugar acudir para recoger a su compañero. En cuanto llegue a él, el arquero disparará esa décima flecha y ambos regresarán al galope a Palmira. Desde las murallas lanzaremos bolas de betún encendidas junto a las puertas para que los jinetes se guíen en su vuelta a la ciudad.

—¡Diez mil flechas de fuego!

—Con este sofocante calor, si acertamos en sus tiendas, los campamentos romanos arderán como la hierba seca.

Cayó la tarde y en el arsenal se prepararon las saetas embreadas, el pedernal y la yesca. Cada arquero recibió instrucciones precisas de lo que debía hacer y cada jinete se ocupó de su caballo.

Mediada la noche, los arqueros se descolgaron por los muros de Palmira y avanzaron arrastrando sus cuerpos por las arenas.

Tal cual estaba convenido, una antorcha se agitó en la torre más elevada del recinto murado. Casi al unísono, mil luces, como luciérnagas rojizas, se encendieron en la noche oscura y de inmediato volaron hacia las posiciones romanas. A la vez, las puertas de Palmira se abrieron y de ellas salieron mil jinetes cabalgando a la carrera hacia las luces que parecían brotar del suelo para después volar en perfectas parábolas.

Miles de aquellas flechas incendiarias cayeron sobre los pabellones de los campamentos romanos, provocando incendios por doquier.

Encaramados sobre los muros de la puerta de Damasco, Zabdas y Giorgios pudieron comprobar cómo una lluvia de fuego se abatía inmisericorde desbaratando tiendas y desbocando a los caballos de los romanos.

—Arden como la yesca seca. Los romanos carecen de agua suficiente para apagar el fuego; la necesitan para beber y no pueden malgastar la poca que tienen. —Zabdas estaba contento; su plan había salido bien.

Los arqueros y los jinetes regresaron a lomos de los caballos; tras el último se cerraron las puertas de la ciudad. Desde el camino de ronda de la muralla los defensores agitaron sus arcos y vitorearon a Zenobia. Entre tanto, los incendios consumían los campamentos romanos, que ardían iluminando los alrededores de Palmira como una corona de fuego.

A la mañana siguiente, un jinete se acercó hacia la puerta de Damasco portando un paño blanco en la punta de su lanza.

—Ahí llega su propuesta; mucho antes de lo que imaginaba —comentó Giorgios.

El caballero romano se aproximó hasta la puerta del oeste, por la que salía el camino hacia Damasco, y alzó su lanza agitando la banderola.

—Traigo un mensaje del augusto Aureliano para Zenobia de Palmira. El emperador ofrece dos días de tregua para que podáis responder a esta carta en la que os propone un pacto —gritó el mensajero en griego.

En lo alto de la muralla, Zenobia estaba rodeada de sus principales consejeros.

—Salid a recogerlo y decidle a ese soldado que acepto la tregua —ordenó.

Zabdas dio instrucciones a un oficial de la guardia real para que bajara de la muralla y recogiera la misiva. Instantes después, mientras el jinete romano se alejaba al galope, el oficial entregó una cajita de madera a la reina. Contenía un papiro en el que estaba escrita una carta en griego sellada con la insignia del emperador Aureliano.

Zenobia alargó el papiro a Cayo Longino que lo leyó en voz alta:

—Aureliano, vencedor de los godos, emperador del orbe romano y reconquistador de Oriente, a Zenobia y a sus aliados. Como quiera que no habéis hecho por vuestra propia voluntad lo que os he ordenado en otra carta, os impongo la rendición y os perdono la vida a condición de que tú, Zenobia, acates vivir con tu hijo donde yo te lo ordene, de acuerdo con el deseo del Senado de Roma. Deberéis entregar al Senado romano las piedras preciosas, la plata, el oro, la seda, los caballos y los camellos que poseéis. Los habitantes de Palmira conservarán a cambio todos sus derechos y la vida.

» Pide una respuesta dentro de los dos días de tregua acordados.

—Nos exige la sumisión y nos demanda nuestras riquezas. No podemos ceder —comentó Zabdas.

—Y condena a la reina al exilio, a vivir en el lugar que decida el Senado. Tal vez una de esas islas perdidas en medio del Mediterráneo, con la única compañía del sol, el viento, los lagartos y las gaviotas —añadió Giorgios.

—Estoy de acuerdo; no podemos aceptar de ninguna manera. Señora, ¿cuál es tu decisión? —quiso saber Longino.

—¿Podemos resistir este asedio? —preguntó Zenobia.

Zabdas tomó aire y suspiró.

—Sin ayuda del exterior, no. Propongo enviar mensajeros a Armenia, a Arabia y a Persia en demanda de ayuda. Debemos hacerles comprender que si Palmira cae, Roma irá después a por ellos. Somos los garantes de su libertad.

—¿Con quién podemos contar? —demandó la reina.

—Con Siria no, desde luego, y en cuanto a los armenios, no creo que se pongan ahora en contra de Roma. Con los persas tenemos en vigor el tratado de ayuda mutua, y tal vez nos ayuden si ese taimado Kartir lo cree conveniente para sus intereses; en cuanto a los beduinos, lo seguirán haciendo si obtienen algo a cambio, como hasta ahora ha ocurrido, pero no confío demasiado en ellos.

—Nuestra única esperanza son los persas, mi reina —añadió Giorgios.

—Nicómaco, redacta una carta para el rey de Persia. Trata a Ormazd como si fuera mi hermano mayor, llámalo así, y ofrécele nuestra amistad eterna. Dile que recurrimos al cumplimiento del tratado militar que firmé con su padre y que necesitamos su ayuda. Solicítale que envíe un ejército en nuestro socorro y dile que combatiremos juntos contra los romanos. Que salgan varios jinetes esta misma noche con varias copias del mensaje. Los romanos están demasiado ocupados en rehacer sus campamentos y, con la tregua, nuestros mensajeros podrán eludir más fácilmente el cerco.

» Y tú, Cayo, tomarás nota de una carta que te dictaré en respuesta a la propuesta de Aureliano. Le diré que no nos rendimos y que nuestros aliados y a están en camino en nuestra ayuda. Redáctala en nuestra lengua.

—Sí, mi reina —asintió el consejero.

—En cuanto a vosotros, mis generales, intensificad los ataques a los romanos tan pronto como finalicen los dos días de tregua; tenemos que lograr que este asedio se convierta en su infierno.

Zenobia recorrió las murallas y fue repartiendo ánimos a los defensores.

Cayo Longino acudió con el borrador de la respuesta para Aureliano; estaba escrito en arameo.

—He acabado la carta para el emperador de Roma, mi reina. Espero que sea de tu agrado.

—Léela.

—Zenobia Augusta, reina de Oriente, al augusto Aureliano, emperador de Roma. Nadie se ha atrevido nunca a proponerme lo que tú me has remitido en tu carta. Estamos inmersos en una guerra, y en las guerras lo que se desea conseguir hay que ganarlo con valor. Me demandas la rendición y con ello pretendes humillarme. Soy descendiente de la reina Cleopatra y, como ella, prefiero morir antes que ser humillada. Un poderoso ejército de mi aliado el rey de Persia está en camino hacia aquí, y desde Arabia y Armenia han salido miles de soldados en nuestra ayuda. Los beduinos del desierto de Siria y las tribus árabes del sur seguirán hostigando a tu ejército como avispas incansables. ¿Sabes qué te ocurrirá cuando unamos todas nuestras fuerzas contra tí? No te quedará otro remedio que deponer tu arrogancia, esa misma con la que me pides la rendición como si ya me hubieras vencido. Palmira no se rinde a Roma.

—Muy contundente —comentó Zabdas.

—Aureliano se enfadará todavía más —vaticinó Giorgios.

—De eso se trata —terció Longino—. Un estratega irritado se precipita y comete más errores que uno sereno.

Todos miraron a la reina.

—Enviad esa carta con un correo justo cuando se cumpla el segundo día de la tregua, y preparad un contraataque nada más finalizada.

Tal cual había supuesto Longino, Aureliano montó en cólera al conocer la respuesta de Zenobia.

Sin esperar acontecimientos, ordenó que dos cohortes lanzaran un primer ataque de tanteo en el sector sur de la muralla con la intención de comprobar la fortaleza de las defensas de Palmira.

Giorgios, avisado del movimiento de los romanos, se dirigió a esa zona atravesando toda la ciudad al galope. Un millar de legionarios, formando varias tortugas con sus escudos, se habían aproximado hasta colocarse apenas a cien pasos y amagaban con desencadenar un ataque.

El oficial al mando del sector informó al general.

—Hace tiempo que no se mueven. No sé qué pretenden.

—Amedrentarnos y probar nuestra capacidad de respuesta —dijo Giorgios.

—Les hemos lanzado una andanada de flechas pero sus escudos los protegen.

—Pero no lo harán del fuego. Preparad los escorpiones, colocad en la punta de las lanzas una buena cantidad de betún, cuanta sea posible lanzar a esa distancia, y disparadlas encendidas sobre las tortugas.

Las enormes ballestas llamadas escorpiones, capaces de arrojar una lanza pesada a más de doscientos pasos de distancia, fueron armadas.

Los escorpiones escupieron las lanzas incendiarias, en cuyas puntas ardían bolas de betún. Las tortugas de los legionarios fueron alcanzadas de lleno. Al golpear los escudos, las enormes saetas abrían una brecha y derramaban el betún salpicando gotas ardientes sobre los legionarios. La pez encendida saltaba en todas las direcciones y caía sobre los pies, los ojos y las manos, adhiriéndose a la piel como las ventosas de una sanguijuela. Entonces, los soldados soltaron sus protecciones para intentar zafarse de las llamas. Las tortugas se descompusieron y los arqueros palmirenos pudieron alcanzar a los soldados romanos con facilidad. Estos se retiraron dejando sobre el suelo varias decenas de muertos.

Hacia un mes que los romanos asediaban Palmira y seguían sin rendir a sus defensores. Dentro de la ciudad la comida todavía no escaseaba y la moral de los palmirenos se mantenía firme.

Los romanos carecían de máquinas de asedio y los defensores habían colocado sobre las murallas escorpiones capaces de disparar pesadas lanzas con la fuerza suficiente como para abrir brecha en las formaciones en tortuga de los legionarios y catapultas con las que arrojar grandes bolas de betún ardiente. Además de tres mil excelentes arqueros capaces de acertar a un blanco a cien

pasos de distancia.

Aureliano se impacientaba porque no hallaba la manera de romper las defensas de Palmira. En una carta enviada a un gobernador de una ciudad de Siria le confesaba que no sólo luchaba contra una mujer, sino que lo hacía contra todo un pueblo, y que confiaba en que los dioses ayudarían a Roma en aquella guerra. Una misiva similar fue remitida al Senado; en ella, Aureliano explicaba la excelente preparación militar de los palmirenos, la robustez de sus fortificaciones, la precisión de sus arqueros y la abundancia de armas de que disponían. Añadía que el temor a las represalias había dotado a Zenobia de un valor extraordinario, quizá fruto de la desesperación, pero prometía que no levantaría el asedio hasta rendir a la ciudad rebelde.

Entre tanto, las cartas solicitando ayuda remitidas por Zenobia llegaron a sus destinatarios. Los armenios enviaron algunas partidas de caballería que se limitaron a increpar a los destacamentos romanos que patrullaban las montañas al norte de Palmira. Eran pocas y no estaban dispuestas a dejar su vida en defensa de Zenobia, a la que consideraban incapaz de vencer a Roma, de manera que fueron fácilmente desbaratadas y rechazadas por la caballería romana.

Los árabes beduinos del desierto fueron mucho más molestos. Durante varias semanas no dejaron de incordiar a las líneas de suministros romanos; no lo hacían tanto en ayuda de Palmira como en busca del botín. Los beduinos conocían como nadie el desierto, aparecían de repente, saqueaban cuanto podían y se retiraban con la misma celeridad. Como quiera que no había manera de acabar con sus ataques y que capturarlos a todos era imposible, Aureliano ofreció dinero a los jeques de las principales tribus beduinas a cambio de que no acosaran a sus soldados y dejaran circular a sus convoyes. El oro de Roma, procedente del tesoro capturado en Emesa, causó un efecto inmediato y los beduinos se retiraron a las profundidades de su desierto con sus bolsas repletas de monedas, abandonando a su suerte a sus parientes palmirenos.

Algunos jeques, para justificar su cambio de actitud ante Palmira, alegaron que Zenobia se había mostrado altiva con ellos y que su actitud había sido demasiado displicente hacia los orgullosos jefes tribales árabes, a los que sólo importaba el dinero.

Ormazd de Persia respondió enviando una avanzadilla formada por varios regimientos de infantería y dos escuadrones de caballería ligera. Pero se comprometió a ayudar a Palmira con un gran ejército en el cual formarían los terribles catafractas persas. Cuando esa noticia llegó a la ciudad, los sitiados estallaron de júbilo.

—Ormazd enviará en nuestro auxilio a su ejército con los catafractas —informó Zabdas a Zenobia.

—¿Cuándo ocurrirá eso?—preguntó la reina.

—Su mensajero no lo ha precisado, pero imagino que necesitará algún tiempo para reunirlo y salir hacia Palmira; tal vez uno o dos meses. Podemos resistir hasta entonces.

Zabdas ignoraba que en ese mismo momento, a dos mil millas al este, Ormazd agonizaba. El hijo de Sapor, el que se llamaba a sí mismo «rey de Irán y de lo que no es Irán», murió de un acceso de fiebre cuando apenas llevaba un año sentado en el trono de los monarcas sasánidas. Su hermano, el taimado Bahram, decidió que aquella guerra que se libraba en el desierto de Siria no tenía el menor interés para él, de manera que ordenó al ejército que regresara a sus cuarteles y se olvidara de las órdenes dictadas por su hermano y del tratado militar de ayuda mutua entre Persia y Palmira, que seguía en vigor.

Durante dos semanas los palmirenos aguardaron la llegada de los catafractas persas; sus antiguos enemigos eran ahora sus aliados y su única esperanza de vencer a Roma.

Los destacamentos enviados por Ormazd poco antes de morir fueron desbaratados por los romanos con facilidad y pronto se supo que Bahram, el nuevo monarca persa, no cumpliría el tratado firmado por su hermano.

—Los persas no vendrán. Cualquier esperanza de socorro se ha esfumado; ahora sí estamos solos, completamente solos —lamentó un abatido Zabdas en presencia de Giorgios.

—Ese Kartir no era de fiar; estoy seguro de que ha sido él quien ha decidido incumplir el tratado. Habrá manejado a su antojo al nuevo rey, como ya lo hiciera con su hermano Ormazd.

—¿Crees que deberíamos rendir la ciudad? —Zabdas parecía desorientado.

—No; debemos seguir resistiendo —respondió Giorgios, aunque lo hizo como si todo estuviera irremediabilmente perdido.

—Nos rodean más de cincuenta mil soldados seleccionados entre los mejores legionarios del Imperio. Nosotros sólo disponemos de seis mil combatientes. No hay esperanza. Si nos rendimos, ¿qué será de ella? —Zabdas sollozó como un niño; amaba en silencio a Zenobia y sólo Giorgios lo sabía.

—Saquémosla de aquí. Si conseguimos que escape podremos rendir la ciudad y evitar que los romanos la destruyan. Aureliano ha dado muestras de que puede ser piadoso con los vencidos. Si logramos que Zenobia llegue a Persia, se encontrará a salvo. Entre tanto, tenemos que aguantar sus envites y ganar tiempo hasta que pueda llegar a Ctesifonte.

—Aureliano no nos perdonará.

—Me refería a la gente de esta ciudad. Sé bien que tú, yo, Longino, Nicómaco y el resto de consejeros seremos ejecutados, pero el emperador perdonará a la mayoría de los ciudadanos, sobre todo si encuentra el tesoro repleto de oro y joyas. Roma seguirá necesitando de esta ciudad, y a sus ciudadanos.

—¿No deseas huir?

—No podría vivir sin ella, ya lo sabes —sentenció Giorgios.

—Entonces huye con ella, griego. Si la acompañas y la proteges yo estaré más tranquilo.

—No. El destino me ha deparado que muera peleando en esta ciudad.

—¿Conoces tu destino? No sabías que hubieras consultado a un oráculo.

—No lo necesito. Cuando era estudiante de filosofía en la Academia de Atenas uno de mis maestros me enseñó una máxima del sabio Quilón que nunca he olvidado: «Acudir más rápido a las desgracias de los amigos que a los éxitos». Llega un momento, general, en el cual cada hombre descubre lo que le depara el futuro; no hace falta ser adivino para entenderlo.

Giorgios extendió su mano y Zabdas la abrazó por la muñeca, al estilo de los soldados romanos.

—Será un honor compartir tu destino y morir peleando a tu lado —dijo.

—Tal vez sea cierto que exista un paraíso después de la muerte; si así fuera, me gustaría encontrarte allí.

—Si existe, no te quepa duda de que allí nos veremos.

Capítulo XL

*Palmira, mediados de verano de 272;
1025 de la fundación de Roma*

Las calles de Palmira estaban en calma. Desde la terraza del palacio real, Zenobia contemplaba su ciudad bañada por la última luz del atardecer. El sol acababa de ocultarse tras las rocosas colinas y en los alrededores de la ciudad los romanos comenzaban a encender las hogueras en los campamentos que desde hacía dos meses asediaban la ciudad de las palmeras.

Yarai acababa de llevarse a Vabalato para acostarlo y la reina estaba sola. Zabdas le había comunicado aquella misma mañana que el nuevo rey de Persia había replegado todas sus tropas y que no llegaría ninguna ayuda. Bahram, el rey de reyes, había nombrado a Kartir supremo juez del Imperio sasánida; el mago era quien decidía todo cuanto sucedía en Persia, y sólo atendía a su propio interés.

Tras acostar al augusto Vabalato, Yarai regresó ante su señora.

—Tu hijo ya duerme, mi reina.

—Tú también puedes retirarte a descansar.

—Señora, quiero pedirte un favor.

—Dime.

—El comandante Kitot desea que sea su esposa...

—¡No sigas! Esa absurda cuestión ya la dejé resuelta cuando Kitot me propuso tu compra. Mi decisión fue clara en ese momento y no la voy a cambiar. Además, Yarai, tú y ese gigantón no seríais felices juntos. Tal vez ahora te creas enamorada porque ha sido el primer hombre con el que te has acostado. Lo entiendo, pero no confundas la pasión con el amor.

—Mi señora, yo amo en verdad a ese hombre, y él me corresponde. Queremos ser esposos, y para ello es preciso que deje de ser tu esclava. Te lo pido por tu hijo, mi señora, permite que nos casemos.

—No. No insistas, Yarai. Este asunto quedó zanjado.

—Te he servido fielmente desde que era una niña, he cuidado de tu hijo como si fuera el mío propio, te lo ruego, señora, permíteme que sea feliz al lado de

Kitot.

Yarai se puso de rodillas, suplicando entre sollozos.

Palmira no dormía. Sobre los bastiones de los muros los guardias nocturnos comenzaban a encender antorchas y pebeteros con betún para iluminar la zona de muro que debían defender.

Zenobia se acercó hasta la baranda de piedra y se apoyó con las dos manos. Observó la ciudad, invadida por las primeras sombras, y se giró hacia Yarai, que seguía de rodillas, con la cara cubierta por las manos. La muchacha hipaba a cada suspiro y lloraba su amargura y su desesperación.

—Levántate y vete a dormir. Lo que me pides no es posible, y además, quién sabe qué ocurrirá mañana. Ahí afuera están apostadas varias decenas de miles de soldados romanos esperando que llegue el momento propicio para conquistarnos, y cuando eso suceda...

—Señora, señora... —suplicó de nuevo Yarai sin poder articular otras palabras.

El jefe de los castrados de palacio, que siempre era el último en presentarse a Zenobia antes de que la reina se retirara descansar, apareció en la terraza y contempló a Yarai, abatida y postrada ante la reina.

—Mi señora —dijo el eunuco—, ¿necesitas alguna cosa?

—Sí. Llévate a Yarai; no se encuentra bien. Ordena que le preparen algún bebedizo para que pueda dormir sin sobresaltos.

El eunuco inclinó la cabeza ante su reina y ayudó a incorporarse a la joven esclava, que seguía sollozando y parecía agarrotada.

Los romanos intentaron un nuevo asalto a la ciudad. Hacía una semana que había llegado al campamento de Aureliano un *prefectura fabrum*, ingeniero militar que diseñó catapultas, ballestas, escorpiones, torres de asalto y parapetos móviles defensivos de madera, llamados *musculo*, de lo que hasta entonces carecía el ejército sitiador.

Acababa de amanecer cuando cuatro cohortes de la V Macedónica, apoyadas por las nuevas catapultas, torres y *muscula* y dotadas de sólidas escalas de asalto, atacaron los bastiones de la muralla en la zona del ágora, cuyo muro sur se había convertido en un tramo de la nueva línea de defensa. Las trompetas de los vigías ubicados en ese sector de la muralla tocaron a alarma y toda Palmira se estremeció.

Giorgios había instalado su residencia en unas dependencias del teatro, muy cerca de esa zona, de manera que acudió en unos instantes.

Unos dos mil quinientos legionarios se habían acercado, protegidos bajo sus escudos y tras los parapetos, hasta unos cincuenta pasos de distancia de la muralla. Tras ellos habían traído varios carromatos cubiertos con gruesos cueros

de buey y empapados de agua para evitar ser incendiados por las flechas ardientes de los palmirenos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Giorgios al oficial al mando.

—Los legionarios han aparecido con las primeras luces del día y han ocupado posiciones; parece que quieren establecer una especie de fortaleza avanzada desde la cual preparar un futuro asalto —informó el oficial—. Hemos respondido con flechas incendiarias pero sus carros están protegidos con cueros humedecidos y probablemente reforzados con chapas de metal, porque ni siquiera las lanzas que hemos disparado con los escorpiones ha sido capaces de atravesarlos.

—Preparad las catapultas. Lanzaremos bolas de betún ardiendo, a ver qué ocurre.

Dos catapultas de resorte fueron dirigidas hacia el bastión que estaban levantando los romanos; se cargaron con balas de betún, les prendieron fuego y las dispararon. Los cueros empapados de agua y las chapas de bronce que los sostenían resistieron bien los impactos.

De pronto, un agudo silbido precedió a un tremendo estallido, al que sobrevino una nube de polvo y gritos de dolor.

Giorgios giró la cabeza hacia el lugar de donde provenía el ruido y contempló, a unos veinte pasos a su izquierda, a dos hombres abatidos sobre el paseo de ronda de la muralla, a la que faltaba un buen trozo del pretil.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó confuso el oficial.

—¡Tienen catapultas! ¡Han disparado una!

Un nuevo silbido rasgó el aire sobre sus cabezas y un nuevo estallido restalló a sus espaldas, en uno de los pórticos del agora. El segundo proyectil había impactado en el patio porticado del ágora y había astillado una de las columnas. Zabdas apareció presuroso sobre la muralla justo cuando un tercero impactaba en el muro, que resistió bien.

—¿Qué está pasando, general? —preguntó.

—Los romanos ya disponen de máquinas de asedio; han instalado una catapulta en aquel enclave. Han disparado tres veces; han matado a un soldado y han herido a otro.

—¿Qué opinas?

—Creo que se trata de una catapulta de torsión. Dispara proyectiles del tamaño de un melón mediano; a esa distancia puede hacer boquetes en tejados y paredes no muy gruesas, pero no podrá abatir las murallas —explicó Giorgios—. Imagino que sus ingenieros militares la habrán construido aquí mismo o tal vez la hayan traído a través del desierto, porque hasta hoy no habíamos visto ninguna de ellas.

—Saldremos a destruirla —dijo Zabdas.

—La defienden cuatro cohortes de veteranos de la V Macedónica, más de

dos mil hombres bien parapetados tras esos carros y pantallas. Para destruir esa catapulta deberíamos emplear a un tercio de nuestras fuerzas y salir a combatir a campo abierto, y ahí seríamos muy vulnerables. Mira, allá, tras la valla y el foso romanos, está acampada la otra mitad de la V Legión, presta a acudir en defensa de sus compañeros si fueran atacados desde la ciudad.

Un soldado se presentó corriendo ante los dos generales. Era un joven imberbe que jadeaba de cansancio.

—General Zabdas, general Giorgios, los romanos han disparado piedras de mediano tamaño contra la puerta de Damasco —informó.

—¿Han causado daños?

—Las batientes han resistido bien tras ser alcanzadas por los primeros proyectiles, pero están arrojando uno tras otro.

Instantes después se informaba de nuevos ataques con catapultas en el sector norte de la muralla, en la puerta del camino que salía hacia Dura Europos.

—Vaya, disponen de varias catapultas y han elegido tres puntos para su ataque simultáneo: las dos puertas principales y el centro del muro sur, sin duda nuestros puntos defensivos más débiles. No podemos contraatacar en los tres a la vez, no disponemos de fuerzas suficientes —adujo Giorgios.

—¿Cuántos impactos como esos crees que resistirán nuestras puertas? —le preguntó Zabdas.

—Si los proyectiles son de este tamaño —Giorgios mostró una de las balas esféricas que acababa de traerle un soldado; estaba casi intacta porque había caído sobre el tejado de un improvisado establo y había rebotado sobre un montón de hierba seca— aguantarán varios días. No obstante habrá que sellar las puertas con un muro de mampuesto por el interior.

La bala de piedra tenía esculpido el número V de la legión.

—Malditos romanos, hasta en los proyectiles de su catapulta dejan impresa su marca —dijo Zabdas.

Miami trajo algunas noticias de los sitiadores. El mercader era el único que salía de la ciudad y que se paseaba impunemente por los campamentos romanos, para regresar a Palmira sin que nadie le pusiera impedimento alguno.

En el palacio real Zenobia, Zabdas, Longino y Giorgios escuchaban su informe.

—Los romanos están bien abastecidos. Las tribus beduinas les proporcionan suministros de manera constante y un ingeniero que llegó hace unos días ha fabricado varias catapultas, torres de asedio y parapetos de aproximación.

—¿Y los legionarios?

—Los más noveles están aterrados. Los que disponen de dinero no dudan en sobornar a sus oficiales para que los eximan de los servicios más peligrosos, una

práctica bastante común en el ejército romano. Los más cobardes o los que carecen de dinero optan por desertar. Aprovechando la noche y con la excusa de una visita a las letrinas, que se suelen excavar alejadas de los campamentos, muchos han huido; saben que si los atrapan serán ejecutados mediante crucifixión o degollados, pero pese a ello se arriesgan porque creen que no pueden ganar esta guerra. Sin embargo el ejército romano no ha perdido efectivos, pues los desertores son reemplazados de inmediato por mercenarios eslavos. Están llegando por centenares desde los puertos de la costa mediterránea, adonde los traen navíos procedentes del litoral norte del mar Ponto, donde son reclutados por mercaderes romanos.

—¿Son godos? —preguntó Zenobia.

—No —intervino Giorgios—. Los eslavos son bárbaros todavía más salvajes. Viven ocultos en las llanuras de Eslabonia, una enorme y desconocida región cubierta de bosques y selvas tan intrincados que ni siquiera pueden entrar los caballos; un mundo de brumas en verano y nieves en invierno que sólo es posible atravesar caminando sobre sus ríos helados en invierno o surcando sus aguas en verano.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Longino.

—He visto a varios de ellos. Son unos tipos altos como camellos, de ojos azules como el cielo y de cabellos amarillos como rayos del sol. Se visten con pieles apenas curtidas y sujetan sus largas cabelleras con cintas de badana. Su aspecto es agreste y su expresión feroz, pues se decoran el rostro pintándose trazos negros y blancos con los que se asimilan a verdaderos demonios. Todos ellos portan hachas romanas y escudos redondos de dos palmos de diámetro.

—¿No llevan corazas? —demandó Zabdas.

—No. Tan sólo sus jefes se protegen el pecho con un peto de cuero grueso y la cabeza con un casco de madera forrada de piel.

—Serán un blanco fácil para nuestros arqueros —supuso Zabdas.

—Esta misma mañana he ofrecido un sacrificio a los dioses de Palmira. Les he pedido que libren nuestra ciudad del acoso de los romanos, pero creo que no me han escuchado. Es probable que nuestros dioses no hayan olvidado —dijo Zenobia, que parecía abatida y sin esperanzas.

—Tal vez debamos abandonar a nuestros dioses y adorar al dios de los cristianos —apostilló Miami—. Si Bel no acude en nuestra defensa, quizá sería bueno volver los ojos hacia otro dios —insistió.

—¿Eres cristiano? —le preguntó Giorgios.

—No, pero un hombre como yo no puede adorar a un solo dios.

—Entonces, ¿por qué insistes en que le pidamos ayuda?

—Porque es el único que en estos tiempos despierta alguna esperanza en los hombres.

—Dejad ya esta cuestión —intervino Zabdas—. Ningún dios nos ayudará si

antes no nos ayudamos nosotros. Los romanos han cerrado el asedio y mantienen a sus catapultas disparando permanentemente sobre las murallas. Hemos logrado repeler sus intentos de aproximación, pero no hemos conseguido abatirlas. Nuestros ingenieros opinan que las murallas de la zona de la puerta norte serán derribadas en dos o tres semanas si siguen disparando sus proyectiles con la cadencia de los últimos días.

—¿Cuándo crees que se producirá el asalto final? —Zenobia estaba inquieta.

—En cuanto abran un boquete en la muralla norte —respondió Zabdas.

—¿Podremos resistir? —inquirió Zenobia.

—No, mi reina. Desde que comenzó el asedio, además de los que han desertado, entre los disparos de las catapultas romanas y las enfermedades han muerto casi dos mil de nuestros soldados, y mil más están heridos o muy enfermos. Si ahora se produjera un ataque masivo de las legiones, tan sólo con escalas de madera podrían alcanzar varios puntos de la muralla, y entonces estaríamos perdidos. Hemos gastado casi todo nuestro suministro de betún y de nafta y apenas nos queda madera para alimentar las fraguas y seguir fabricando armas —lamentó Zabdas.

—Tienes que abandonar Palmira, señora —propuso Giorgios.

—¿Huir, escapar de mi ciudad?

—Sí. Aureliano perdonará a los palmirenos si nos entregamos y ofrecemos nuestros tesoros a los romanos —adujo el ateniense.

—¿Qué pretendes?

—Salvar tu vida y la de tu hijo. Miami podría sacarte de la ciudad y ponerte a salvo.

—Jamás abandonaré Palmira. —Zenobia miró a sus consejeros y comprendió que todos estaban de acuerdo con aquel plan—. Os habéis conjurado para sacarme de aquí. Sois unos traidores.

—Deseamos lo mejor para Palmira, para ti y para tu hijo, pero no podemos seguir resistiendo a las legiones de Aureliano por más tiempo. Confiábamos en que los persas nos ayudaran con todo su ejército, en que los armenios fueran constantes en sus algaradas contra los romanos, en que los beduinos no aceptaran el soborno de Aureliano y mantuvieran sus razias e incluso llegamos a pensar que el sol del verano acabaría con la resistencia de los sitiadores y que abandonarían el asedio, pero nada de eso ha ocurrido. Los romanos siguen ahí, más fuertes si cabe que cuando comenzó el sitio, y nosotros somos mucho más débiles.

—Debes escapar, mi reina. Si sigues viva, si los romanos no consiguen apresarte, todavía habrá alguna esperanza para Palmira. Pero si te atrapan, si tú y Vabalato sois capturados, Aureliano será el único amo del mundo civilizado, y la esperanza de Palmira habrá quedado en un sueño —insistió Giorgios.

—Huye, señora, huye de aquí y sálvate. Roma perdonará a Palmira y a los palmirenos, pero jamás te perdonará a ti —terció Longino.

Una ligera brisa procedente del noroeste mitigaba el tórrido calor de finales del estío. Faltaban dos días para el equinoccio de otoño y los romanos seguían firmes en el asedio de Palmira.

Zenobia había llamado a Giorgios a palacio; quería estar con su amante a solas, quizá por última vez.

En la terraza, la reina de Egipto observaba las finas columnas de humo que se elevaban hacia el cielo desde los campamentos romanos. En lo alto de los bastiones de las murallas ondeaban al capricho de la brisa las banderolas de Palmira, desafiantes y altivas ante los estandartes de las legiones.

—Aquí estoy, mi señora. —La voz de Giorgios sonó cadenciosa pero firme a su espalda.

—Tienes razón, debo dejar Palmira. Es probable que sea la única manera de que el emperador de Roma perdone a los palmirenos. Imagino que tú y ese testarudo de Zabdas ya habréis ideado un plan de fuga.

—Miami te sacará de aquí. No será fácil, pero creo que lo lograremos. Tendremos que sobornar a un par de centuriones y a varios legionarios para que te permitan escapar. Lo haremos de noche, a través de una vieja cloaca que se construyó cuando se levantó el gran templo de Bel. Estaba cegada, pero la hemos abierto y es transitable. Discurre bajo la ciudad y continúa fuera de la muralla, hacia el este. La boca final se encuentra a una media milla al exterior del muro. El camino estará despejado y esa noche no habrá patrullas romanas en la zona. Te estarán esperando unos beduinos con camellos, agua y provisiones.

—¿Y adónde habéis previsto que vaya?

—A Ctesifonte. Kartir, el nuevo juez supremo del Imperio sasánida, aceptará que te refugies allí. En el embarcadero de Dura Europos te esperará una barca con la cual descenderás el Eufrates. Según nos han dicho agentes de Miami, el camino hasta Dura apenas está vigilado, pues Aureliano ha concentrado aquí a casi todas sus tropas disponibles en la región.

—Supongo que habéis pensado hasta en quién nos acompañará a Vabalato y a mí.

—Dos eunucos, los que tú decidas, y Yarai y Kitot.

—Han sido amantes...

—Kitot es nuestro guerrero más formidable. Te defenderá con su vida. Y si con él va su amada Yarai no dejará que nadie te haga el menor daño.

—Llamaremos demasiado la atención: un gigante, dos eunucos, un muchachito y dos mujeres.

—Tal vez, pero es la única manera de salir de aquí.

—¿Y vosotros?

—Tenemos dos opciones: o morir defendiendo la ciudad hasta el fin o rendirnos a Aureliano. Resistiremos hasta que sepamos que estás a salvo en

Persia y luego ya veremos.

—Os ejecutarán.

—Sí; sabemos que vamos a morir, pero si entregamos la ciudad, la mayoría de la gente se salvará. Aureliano es duro y cruel, pero sabe que no puede liquidar a toda la población porque cuando acabe esta guerra necesitará de los palmirenos. Ya lo ha hecho en Tiana, en Antioquía y en Emesa; si juras fidelidad a Roma, tienes garantizada la vida.

—Entonces, jurad tú y Zabdas, y Longino y los demás; así os salvaréis.

—No; nosotros ya hemos sido condenados. No necesito acudir al oráculo del templo de Apolo para descubrir que Aureliano nos ha sentenciado a muerte. La Pitia, sentada en su sagrado trípode de sacerdotisa, no necesitaría entrar en éxtasis con los vapores sulfurosos de las cuevas de Delfos para vislumbrar mi destino.

—No quiero que mueras.

—Lo siento, mi reina, pero ni siquiera tú puedes evitar que eso suceda. Las tres Parcas, engendradas en la Noche por Erebo, el gigante Infierno, rigen la vida de los hombres. Cloto es quien hila el hilo de la vida en su huso; su hermana Láquesis es la que lo mide y dispone la longitud de la vida; y la tercera, Atropos, la menor pero la más terrible, decide cuándo corlar ese hilo. A veces, los hombres nos sentimos dueños de nuestro destino, pero somos marionetas en ese teatro cuyos resortes se manejan sin contar con nuestra voluntad.

—No quiero que mueras —reiteró Zenobia.

—Cuando vine a Palmira para enrolarme como mercenario, lo hice para huir de los fantasmas que me acosaban en mis pesadillas. He matado a decenas de hombres buscando una venganza inútil, he peleado a cambio de una soldada por una ciudad que no era la mía y he acabado enamorado de una mujer a la que jamás podré poseer. Mi destino lo escribieron en las estrellas las hilanderas sagradas. Durante toda mi vida he vagado entre sombras sin saber adonde ir. Mi corazón estaba vacío hasta que te contemplé por primera vez. Ahora sé que mi vida no ha sido tan vana, pues he tenido la dicha de amarte y de compartir tu lecho. Cuando lo decida Átropos, moriré, porque no puedo escapar a mi destino, pero ni siquiera la parca que cercena la vida podrá evitar que fenezca reconfortado por el recuerdo de las noches que he pasado abrazado a tu cuerpo. Sólo anhelo morir sabiendo que tú estás a salvo.

—Ven conmigo. En tan extraña comitiva uno más no importará demasiado; Zabdas quiere que así sea; él mismo me lo ha pedido.

—Ese general te ama demasiado y sería capaz de hacer cualquier cosa que te complaciera. Nada deseo más que huir contigo; tal vez en Ctesifonte o en algún perdido rincón de las inmensidades de Asia pudiéramos ser felices y amarnos hasta envejecer, pero si me marchó de este modo y abandono Palmira, el remordimiento me acompañaría toda mi vida y aún más allá de mi propia

muerte. Déjame que muera aquí, déjame enamorado de mi sueño, déjame que no despierte porque, si lo hago, lo habré perdido para siempre.

—Palmira, Palmira... —susurró la reina contemplando su ciudad.

—El sueño de Zenobia...

Giorgios la abrazó con dulzura. Los labios de Zenobia se abrieron y sus bocas se fundieron en un lento y larguísimo beso.

Hicieron el amor despacio, saboreando cada caricia, cada instante, porque ambos sabían que aquella iba a ser la última vez. La luz del atardecer se fue disipando y la noche cayó como un manto de sombras esmaltado de rutilantes estrellas plateadas.

A Giorgios le pareció que el mundo se había detenido por un instante, o al menos eso quiso que sucediera.

Miami avisó de que Aureliano estaba arengando a sus tropas para preparar el asalto definitivo a Palmira.

Longino propuso que se enviara un emisario para ofrecer la paz a los romanos y con ello ganar algo de tiempo; así se hizo, pero Aureliano rechazó el pacto y dispuso a sus legionarios para el ataque.

—Tienes que huir esta misma noche. Dentro de dos días tres legiones se lanzarán sobre los muros de Palmira y no podremos detenerlos. —Zabdas hablaba con claras muestras de preocupación en el último consejo real que se iba a celebrar en el palacio de Palmira.

—Todo está preparado. —Giorgios miró a Miami en demanda de información.

—Sí, sí, esta misma noche. Al final de la cloaca nos aguardarán unos beduinos con una recua de camellos. Iremos con ellos hasta Dura Europos y allí embarcaremos hacia Persia tal cual estaba planeado —explicó.

—¿Tú también vas a ir? Eso no estaba previsto —dijo Giorgios.

—Sí, para garantizar el acuerdo y comprobar que esos nómadas cumplen con su palabra; pero no te preocupes, volveré a Palmira en cuanto deje a la reina en el embarcadero del Eufrates.

—¿Son de fiar esos beduinos? —inquirió Longino.

—Siempre que cobren lo que han solicitado. Han pedido el equivalente a un millón de sestercios romanos. —Miami sollo aquella cantidad de sopetón; por supuesto, él se llevaría un buen porcentaje de aquel dinero.

—De acuerdo; el dinero no nos sirve de nada ahora —acepto Zabdas mirando a Nicómaco.

El consejero encargado del tesoro de Palmira asintió con la cabeza.

—¿Y los vigilantes romanos? —preguntó Zabdas.

—Ya han recibido lo suyo; treinta piezas de oro cada uno de los dos

centuriones y diez los soldados de la guardia de ese sector. Tendremos el paso franco en el cambio de la primera a la segunda guardia de noche —aclaró Miami.

—Kitot llevará consigo cuantas piedras preciosas y monedas de oro pueda cargar; será suficiente para asegurar que no tendréis problemas para instalarlos en Ctesifonte —añadió Zabdas.

No había tiempo que perder.

Zenobia eligió a dos de los castrados y preparó al pequeño Vabalato. Kitot se presentó vestido como un mercader y armado tan sólo con una espada que ocultaba bajo la túnica.

A la puesta del sol, la comitiva se dirigió al templo de Bel; junto al muro exterior del lado oeste se había abierto un enorme boquete para acceder a la vieja cloaca, completamente desescombrada para permitir el paso de una persona.

Zabdas, Longino y Giorgios acompañaban a Zenobia, Vabalato, Yarai, Kitot, Miami y los dos eunucos. La reina había elegido a los dos más fuertes y resistentes.

Cuando llegaron a la entrada de la cloaca ya era noche cerrada sobre Palmira.

—Tendremos que recorrer la cloaca en silencio; desde aquí hasta la boca exterior hay más de media milla. Tiene la altura del augusto Vabalato, de modo que los demás deberemos caminar agachados; tú sobre todo, Kitot —les explicó Miami—. Yo iré delante, después los dos eunucos, la reina, Vabalato, Yarai y Kitot. Llevaremos lucernas encendidas durante buena parte de la travesía, pero tendremos que apagarlas antes de salir a la superficie, así que los últimos cincuenta pasos los haremos totalmente a oscuras.

» En cuanto salgamos al exterior caminaremos otra media milla siguiendo a un beduino que nos aguarda al otro lado, hasta una zona segura donde están los camellos. Viajaremos toda la noche para alejarnos lo más deprisa que podamos. Tenemos que recorrer las ciento cincuenta millas que nos separan del Eufrates en menos de seis días.

—Podemos hacerlo —dijo la reina.

—Tú sí, señora, sabemos bien de tu fortaleza, pero tu hijo, tu esclava y esos dos... —Miami señaló a los castrados.

—También lo harán.

—Pues no perdamos tiempo.

Zenobia se dirigió a Longino.

—Gracias a ti he aprendido cuanto sé. Si alguna vez la historia me recuerda, a ti te lo deberé.

—Ha sido un placer servirte, mi señora.

—No pudimos construir el mundo que soñamos.

—Pero estuvimos a punto de lograrlo. Y además, como dijo Periandro, un tirano que gobernó la ciudad de Corinto hace casi mil años: « Los placeres son perecederos, pero los honores son inmortales». El filósofo se arrodilló ante la reina y besó su mano.

—Zabdas, mi gran general... ¿qué puedo decirte?

—Siempre serás mi reina.

Zenobia abrazó al general y lo besó en la mejilla.

—Cuida de esta ciudad.

—Con mi vida.

—Giorgios de Atenas...

El griego inclinó la cabeza; Zenobia se acercó y le acarició la mejilla.

—Si existe otra vida después de esta, te buscaré en ella —le susurró Giorgios.

Zenobia lo cogió por la mano y se alejaron unos pasos del guipo, tras una columna.

—Una parte de mí se queda contigo —le dijo Zenobia.

—Cuando me recuerdes, si alguna vez lo haces, piensa en el hombre que te amó más allá de la locura, y no olvides que si existe la eternidad te buscaré en ella hasta que te encuentre.

Se besaron en los labios.

—Recuérdame siempre —le dijo Zenobia.

—Es imposible olvidarte.

Regresaron a la entrada de la cloaca, donde ya se habían encendido las lucernas.

Kitot portaba atado a su cintura un saquillo alargado, en forma de ancho cinturón, lleno de monedas de oro y piedras preciosas.

—Vamos; hay que salir al otro lado antes del cambio de guardia —dijo Miami.

La cloaca tenía la altura de un niño de ocho o nueve años y la anchura suficiente como para poder moverse con cierta holgura. El único que tuvo problemas para recorrerla fue Kitot. La corpulencia del armenio constituyó un impedimento considerable, pero al fin, no sin algunos golpes, también pudo llegar al otro lado.

El túnel desembocaba en una depresión a poco menos de una milla de la ciudad, donde hacía tiempo, cuando la cloaca estuvo en uso, se vertían las aguas residuales una vez utilizadas en los baños y las letrinas, pero unas decenas de pasos antes de su término, aprovechando un respiradero, se había abierto una salida por la que aparecieron los huidos. Al borde del respiradero, camuflado en una zona de rocas, los esperaba un beduino.

Miami emitió un peculiar silbido y el beduino contestó con otro similar.

—Ya estamos aquí. ¿Y los camellos? —preguntó el mercader.

—A dos millas hacia el este —dijo el beduino.

—Demasiado lejos. No era eso lo conveniente.

—El oficial romano al que hemos sobornado no nos ha dejado acercarnos más; ha dicho que corría un gran riesgo.

Miami torció el gesto.

—Bien, pues no perdamos tiempo y vayamos hacia allá.

Tardaron algún tiempo en llegar hasta el puesto donde esperaban seis beduinos con una docena de camellos.

—Había casi cuatro millas hasta aquí —protestó Miami.

—No sé calcular bien las distancias de noche —se excusó el beduino que los había esperado a la salida de la cloaca.

Sin perder tiempo, montaron en los camellos y partieron raudos hacia el este, evitando el camino habitual que seguían las caravanas.

—Un momento —dijo Zenobia.

—Debemos apresurarnos, mi señora.

—Sólo un instante.

La reina miró a su ciudad, apenas perfilada a lo lejos en la oscuridad de la noche. Sus ojos se humedecieron pero no rodó ninguna lágrima por sus mejillas.

Atrás quedaba Palmira, arrumbada al pie de las colinas de piedra, rodeada por la corona de hogueras que dibujaban las fogatas de los campamentos de los sitiadores romanos.

—Es la ciudad más hermosa del mundo —musitó.

—En verdad que lo es —asintió Miami.

Arrearon a los camellos y partieron rumbo al este, siempre con la estrella polar a su izquierda.

Sobre sus cabezas brillaba con intensidad la constelación de Casiopea y un poco más al sur titilaban las cuatro estrellas del gran cuadrado de Pegaso, el mitológico caballo alado. Las estrellas de Orión señalaban el camino hacia el sueste, la ruta hacia la salvación en el reino de Persia.

Zenobia recordó la leyenda del cazador, del ambicioso Orión, que le contara Giorgios durante una noche de amor, y se estremeció al pensar en los brazos del griego abrazándola bajo la bóveda celeste, y entonces lamentó no haber pasado muchas más noches con su amante.

Capítulo XII

*Palmira, finales de verano de 272;
1025 de la fundación de Roma*

Cuando Giorgios escuchó los pasos presurosos sobre el pavimento de la galería del teatro no tuvo que preguntar qué ocurría.

Saltó de su catre y se precipitó hacia la puerta de la pequeña estancia donde solía dormir. Uno de sus ayudantes la golpeó con los nudillos, llamándolo con insistencia.

—General, los romanos...

—Imagino lo que ocurre. Vamos, ayúdame a colocarme las grebas y la coraza. No pierdas tiempo.

Todavía no había salido el sol, pero ya clareaba con la suficiente luz como para no tener que alumbrarse con faroles o lucernas.

Giorgios salió al patio a cuya puerta estaba preparado su caballo.

Partió al galope hacia la puerta de Damasco, a la que llegó enseguida atravesando la calle porticada que desembocaba allí mismo. Justo en ese momento apareció Zabdas con varios oficiales a caballo.

—¡Ya vienen! —gritó el veterano general.

—¿Cuántos son? —le preguntó Giorgios.

—Como nos dijo Miami, dos legiones completas, y todavía quedan otras tres en la reserva.

Descabalaron, subieron a grandes zancadas los escalones de madera de un andamiaje que se había construido para facilitar el acceso de los guardias a la muralla y se apostaron sobre el torreón izquierdo de la puerta de Damasco.

—Ahí los tienes.

Desde el llano del oeste se acercaban en formación de testudo varias centurias de legionarios perfectamente parapetados tras sus grandes escudos rectangulares.

—Habrás que romper esas tortugas con piedras; apenas nos quedan nafta y betún —propuso Giorgios.

—Piedras sobran aquí —respondió Zabdas—. Preparad las catapultas y no

ceséis de disparar sobre los romanos. Y los arqueros, en cuanto se abra la menor brecha, asaeteadlos. Hay que conseguir que se retiren.

Los fundíbulos que habían construido los romanos batieron las murallas en medio de atronadores estampidos. Una y otra vez, desde las torres de madera cubiertas de gruesos cueros empapados en agua lanzaron sucesivas andanadas de piedras sobre las puertas de la ciudad intentando abrir alguna brecha por donde iniciar el asalto de los legionarios.

Desde lo alto de la torre Giorgios dirigía la defensa; apenas disponían de cinco mil hombres para enfrentarse a las cinco legiones de Aureliano, pero contaban con los mejores arqueros, capaces de acertar a un hombre a cien pasos de distancia.

Las tortugas estaban cada vez más cerca; las piedras lanzadas desde las catapultas apostadas en las murallas conseguían abatir a tres o cuatro legionarios, pero sus compañeros se rehacían de inmediato y cerraban el hueco que habían dejado los caídos.

Alentados por los centuriones y decuriones, los soldados seguían avanzando y las primeras tortugas se colocaron apenas a treinta pasos de las murallas. Tras ellos, las catapultas, los fundíbulos y los escorpiones no cesaban de disparar flechas, lanzas y piedras en tan grandes cantidades que los palmirenos apenas podían responder.

Entre las formaciones de los legionarios aparecieron de repente grupos de eslavos portando decenas de escalas de madera tan altas como las propias murallas. Los romanos las habían construido con los troncos de las más altas palmeras del país.

—Debimos haber excavado un foso profundo alrededor del exterior de la muralla —comentó Giorgios.

—Ya no hay tiempo para lamentos; ahora debemos prepararnos para el asalto.

Zabdas intentó insuflar ánimos a sus hombres, pero la avalancha romana parecía incontenible.

Después de varias horas de escaramuzas y constantes bombardeos, las primeras escalas se apoyaron en la muralla justo a mediodía, con el sol en el punto más alto. Los palmirenos se habían provisto de ganchos y de largas pértigas para derribarlas, pero los eslavos también estaban equipados con garfios que lanzaban desde abajo para conseguir asirse a lo alto de los muros y arrastrar con ellos a los defensores.

Tras los portadores de las escaleras surgieron los auxiliares eslavos armados con sus escudos redondos y sus hachas de combate. Pintados como mimos, con sus rostros perfilados en blanco y negro, semejaban espectros fantasmales recién salidos del averno. Gritaban consignas de guerra en una lengua ininteligible con la que parecían masticar más que pronunciar las palabras.

Giorgios se asomó a la muralla y atisbo la llanura frente a Palmira; su corazón se encogió al contemplar los miles de soldados que la cubrían, como un enjambre de abejas lanzándose ávidas sobre un arriate de flores.

De pronto, decenas de silbidos agudos e intensos cortaron el aire.

—¡Honderos! —gritó.

Dos soldados cayeron al suelo alcanzados de lleno por los proyectiles de plomo disparados por los honderos procedentes de las islas del Mediterráneo e integrados por Aureliano en las tropas auxiliares.

—¡Protegeos con los escudos, cuidado la cabeza! —tronó Zabdas.

Un proyectil en forma de bellota de roble impactó en la coraza de Giorgios; el general se tambaleó pero consiguió mantenerse en pie.

Una nueva andanada de plomo, seguida ahora de una lluvia de proyectiles de piedra del tamaño de un puño barrieron el camino de ronda y abatieron a varios arqueros.

Por las decenas de escaleras que los eslavos habían logrado fijar en la pared de la muralla ascendían ya los primeros auxiliares eslavos con sus largas cabelleras rubias recogidas en coletas y trenzas y con las hachas amenazantes.

Giorgios desenvainó su espada, bajó del torreón y corrió hacia un sector del muro donde varios eslavos habían logrado abrirse paso en el camino de ronda. Un guerrero de aspecto feroz, que gritaba como un loco, corrió hacia él con el hacha enarbolada y presto para descargarla.

El griego no le dio opción. Con la rapidez tantas veces entrenada en los ejercicios de esgrima le asestó una estocada en medio del pecho. El eslavo soltó un espanto de sangre y cayó de bruces con el corazón partido.

Giorgios liquidó a dos eslavos más y se dio cuenta de que aquellos demonios altos y rubios combatían con fiereza, tal vez fruto de su miedo y de su desesperación, pero carentes de entrenamiento militar. Con la ayuda de dos oficiales pudo desalojarlos de esa zona y derribar la escalera por la que habían trepado.

Miró a los lados y observó impotente que decenas y decenas de escaleras se apoyaban sobre los muros y que por ellas trepaban centenares de eslavos, mientras los honderos seguían arrojando glandes de plomo y los fundíbulos vomitaban proyectiles de piedra que mantenían a raya a los arqueros palmirenos.

Alzó los ojos y vio a Zabdas gesticular desde lo alto del torreón. El veterano general, al contemplar cómo sus tropas comenzaban a ser desbordadas en lo alto de los muros, bajó al camino de ronda y acudió en ayuda de Giorgios, que defendía un sector del muro sobre el que ya se había encaramado una docena de eslavos.

—No tardarán mucho tiempo en romper nuestras defensas. Será mejor que te retires; alguien tendrá que pactar la rendición —le dijo Giorgios a Zabdas

cuando este llegó a su altura.

—De eso ya se encargará Longino.

—Vete, general. Yo lucharé aquí hasta el fin.

—Le prometí a Zenobia que te defendería —insistió Zabdas.

—Ni hablar. En esta ocasión no voy a obedecerte, no quieto que tú ganes toda la gloria en esta batalla.

—Terco griego.

Una multitud de eslavos corría sobre los muros golpeando con sus hachas de combate de un solo filo a cuantos palmirenos encontraban a su paso. Pronto cercaron a los dos generales, que quedaron espalda con espalda ante decenas de enemigos. El camino de ronda estaba sembrado de cadáveres y el suelo empapado de sangre.

—Ha sido un honor combatir a tus órdenes, general —dijo Giorgios, que comprendió que su final estaba cerca.

—Creo que este es el fin, pero antes de que me arrastre la muerte enviaré al infierno a unos cuantos de estos salvajes; lástima que no sean los legionarios de Aureliano.

—En una ocasión, Kitot me confesó que los instructores de los gladiadores los entrenan para que cuando mueran sobre la arena lo hagan con prestancia; pero también me dijo que nunca vio morir a ninguno de sus oponentes como si estuviera asistiendo a la más selecta de las fiestas.

—Si llega ese momento, procuraremos caer con elegancia; ¿de acuerdo?

Zabdas se ajustó el casco y giró su espada en el aire; dos eslavos se lanzaron sobre él, pero los despachó con sendas estocadas. Sobre el muro apenas había espacio para dos hombres, de modo que mientras ambos generales se guardaran mutuamente las espaldas, sólo podían ser atacados por dos enemigos a un tiempo. Los dos generales eran luchadores formidables, sin embargo parecía cuestión de tiempo su derrota, pues a su alrededor no había sino enemigos; todos los defensores palmirenos de aquel sector de la muralla o habían caído en la lucha o habían sido apresados.

Los generales abatieron a una docena de eslavos y tras ellos vieron aparecer a los primeros legionarios de Aureliano, que habían trepado por las escalas tras los auxiliares bárbaros. Aquellos tipos vestidos con toscas pieles y pintados como mimos burlescos no eran rivales para dos avezados soldados como ellos, pero tras los que caían llegaban más y más mercenarios, y aunque consiguieran abatirlos a todos, tendrían que enfrentarse con los veteranos de las legiones.

Poco a poco las fuerzas comenzaron abandonarlos; Zabdas fue el primero en bajar la guardia por unos breves instantes para tomar aire y seguir combatiendo. Una lanza corta, arrojada desde lo alto de la torre que acababa de ser tomada, lo alcanzó en la parte posterior de la rodilla, en la corva, justo en el lugar que no protegía la greba. El general sintió la punzada de dolor y notó cómo le flojeaba la

pierna herida y perdía estabilidad.

Giorgios, que mantenía a raya a dos eslavos, altos y fuertes pero a los que podía más el miedo a la muerte que el ansia de victoria, miró hacia atrás de soslayo y vio tambalearse a su amigo.

—Aguanta, general, aguanta —le dijo.

—Me han alcanzado en la pierna; apenas puedo moverla. No tardarán en tumbarme. Salta al interior y procura huir en la confusión de las calles; yo te cubriré la huida cuanto pueda.

—No, no te dejaré solo.

El gran general todavía abatió a dos más antes de que la pierna herida cediera; Zabdas hincó la rodilla en tierra y quedó expuesto ante sus atacantes.

—¡Salta, maldito cabezota, salta y sálvate! —gritó.

Pero Giorgios no lo escuchaba. Dos lanceros romanos lo acosaban con sus largas picas y apenas podía quitárselos de encima.

El ateniense oyó un chasquido a su espalda, se giró un instante y vio a Zabdas de rodillas; un *pilum* de bronce le había atravesado el cuello por debajo del casco de combate. Manaba abundante sangre: estaba herido de muerte.

—Que tengas una buena muerte, amigo —le deseó siguiendo la expresión de los legionarios romanos antes de entrar en combate, aunque Zabdas ya no podía escucharlo.

El veterano general cayó al fin al suelo y Giorgios se encontró rodeado de enemigos por los dos flancos. Giró sobre sus pies volteando su espada a uno y otro lado, lanzando desesperadas estocadas para alejar a sus oponentes, pero ahora eran fornidos y expertos legionarios forjados en cien batallas y armados con lanzas y escudos. Sintió un fuerte golpe en el hombro derecho y a punto estuvo de soltar la espada. Después noto como una punta de acero penetraba entre las láminas de su coraza y le rasgaba la piel de la espalda destrozándole los músculos hasta llegar a las costillas. El dolor le hizo bajar la guardia; algo romo y pesado, tal vez una piedra de tamaño considerable, lo golpeó en el muslo y se tambaleó como un borracho. A través de la rejilla de su casco podía ver a sus atacantes, que lo acosaban con las lanzas, evitando el cuerpo a cuerpo. Nuevos golpes sacudieron su espalda y su flanco derecho y un tremendo impacto en el hombro le hizo soltar su espada. Instintivamente se protegió con el escudo, sobre el que impactaron ahora varios golpes de *gladius*, la espada reglamentaria de los legionarios.

Ante él, dos soldados le lanzaban estocadas de manera coordinada, uno tras otro, mientras por detrás se acercó un aquilífero portando una hacha de combate que, aprovechando el ataque de los legionarios de frente, descargó con toda su fuerza sobre su cabeza. El casco con las garras de águila se abrió como un melón maduro y el filo del hacha rasgó el cuero cabelludo del ateniense, quien por primera vez abatió su brazo izquierdo, en el que mantenía el escudo. Comprendió

que ya no tendría fuerzas para alzarlo y que su muerte era inminente. Su visión se cubrió de una neblina nacarada y entre ella le pareció contemplar la imagen de Zenobia, rutilante y hermosa como una humana Afrodita.

Una segunda lanzada le alcanzó la espina dorsal y lo paralizó. Los brazos le pesaban como la losa de piedra de un sepulcro. Se giró hacia atrás y contempló al aquilífero que le había partido el casco. Enarbolaba el hacha presto a lanzar un segundo golpe letal. El segundo hachazo impactó en el centro del pecho y le partió la coraza, que saltó rota en dos pedazos. Alzó la vista y vio sonreír al aquilífero, preparado para descargar el golpe final. Pero un centurión armado con un *pilum* detuvo el brazo del soldado y Giorgios aprovechó ese momento para gastar sus últimas fuerzas en dar un nuevo giro intentando huir hacia ninguna parte.

Aturdido, dio dos pasos hacia adelante y recibió varios golpes sobre los hombros y en los omóplatos. Tenía la cabeza y el torso al descubierto. Un golpe seco y terrible le perforó la espalda y le cortó la respiración. Agachó la cabeza y vio la punta del *pilum* que asomaba justo entre sus pectorales, por debajo del esternón. Entonces sí soltó el escudo y cayó de rodillas. Sus manos se asieron a la punta de la lanza corta y gruesa que lo había travesado. Sintió su boca, su garganta y su pecho ardiendo y húmedos. Intentó aspirar pero notó que lo que llegaba a sus pulmones no era aire sino su propia sangre espesa y caliente, y escupió un borbotón de un líquido negro y pastoso.

Después se hizo el silencio, un silencio espeso y gris, mientras la luz se apagaba en sus ojos y un vacío oscuro y helador lo inundaba todo.

El centurión desenvainó su espada corta y sujetó a Giorgios por el cabello. El ateniense seguía de rodillas, con sus manos agarradas a la punta de la lanza, pero no se movía. El oficial romano le tiró del cabello hacia arriba, obligándole a alzar la cabeza, levantó la espada y le seccionó el cuello de un tajo limpio y certero. Sus hombres lo aclamaron cuando el centurión, tras exhibirla como un trofeo, lanzó la cabeza desde lo alto de las murallas hacia el exterior de la ciudad.

Aureliano no permitió que sus soldados saquearan Palmira. En cuanto cayeron los principales bastiones defensivos y se fueron rindiendo los combatientes, ordenó a todos los oficiales que mantuvieran la disciplina y evitaran la rapiña. Para calmar a los mercenarios ávidos de botín les prometió que recibirían una paga muy generosa.

El emperador entró en Palmira por la puerta de Damasco, escoltado por Probo y Julio Placidiano, los dos generales de su confianza. Longino, que había rendido la ciudad al legado que dirigió el asalto de las dos legiones, estaba encadenado en el cruce de las dos calles principales, donde la avenida de la gran columnata giraba en ángulo recto hacia la puerta de Damasco.

—¿Dónde está? —le preguntó Aureliano, que ya había sido informado de la identidad del prisionero.

—No la encontrarás jamás —contestó Longino.

El emperador hizo una indicación con el dedo y dos soldados ejecutaron a una joven muchacha allí mismo.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar con la frialdad del soldado acostumbrado a matar.

Longino apretó los dientes y al contemplar los ojos del emperador supo que asesinaría a todos los jóvenes de Palmira hasta averiguar el paradero de Zenobia. Y entonces habló.

—Se ha escapado. Salió de Palmira antes de que tus hombres la asaltaran. Ahora debe de estar cabalgando por las llanuras inmensas de Asia, donde nunca podréis darle alcance.

Un oficial romano acudió presto.

—¡Augusto, Augusto! Sabemos hacia dónde ha ido esa puta bastarda.

Aureliano se giró hacia el oficial y le propinó tan tremendo puñetazo en la mandíbula que lo tumbó.

—¡Que nadie olvide que Zenobia fue la esposa del *dux* de Oriente y cónsul de Roma! —advirtió ante la sorpresa del oficial abatido, que se incorporó tambaleante con dos dientes rotos y el rostro tumefacto—. Ahora, explícate.

El oficial barbotaba palabras apenas inteligibles y sangraba con la mitad del labio inferior partido en dos.

—La... esposa del *dux* escapó hace dos días, Augusto —balbució uno de los soldados que acompañaban al oficial, temblando de miedo ante su emperador.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Lo ha confesado uno de sus eunucos.

El castrado había sido torturado por el oficial al que Aureliano acababa de golpear.

—¿Hacia dónde se ha dirigido?

—Hacia Mesopotamia. La acompañan dos eunucos; uno de ellos se lo contó a ese desgraciado poco antes de huir.

—General —el emperador llamó a uno de sus oficiales de mayor rango—, que un escuadrón con los caballos más veloces y los jinetes más ligeros parta de inmediato hacia el Eufrates. Si cabalgan sin descanso es probable que la alcancen antes de que embarquen río abajo y la perdamos para siempre. Hay que capturarla antes de que lleguen a Persia o se nos escapará definitivamente.

—¿Cómo la reconoceremos? —demandó el general.

—Idiota, es la mujer más hermosa del mundo. En cuanto la veáis sabréis que os encontraréis ante ella.

Cincuenta jinetes romanos salieron en persecución de Zenobia. Con torturas y amenazas supieron que la reina iba a embarcar en el puerto fluvial de Dura

Europos.

Desde el palacio que fuera de Zenobia, Aureliano contempló el caserío de Palmira. Un oficial le había informado de que los dos generales que dirigían el ejército rebelde habían caído combatiendo sobre los muros. El emperador sabía que uno de ellos era su antiguo lugarteniente, el griego Giorgios, al que recordaba combatiendo a su lado en la época en que ambos defendían las fronteras del Imperio en el Danubio. No lamentó su muerte; los rebeldes contra Roma no merecían otro final.

Entretanto, Zenobia y la pequeña comitiva que la acompañaba trataban de alcanzar las aguas del Eufrates a toda prisa, mientras el destacamento enviado por Aureliano cabalgaba tras ella en una desesperada persecución. Si aquella mujer lograba escapar, la victoria de Roma sobre Palmira sería incompleta, y eso no lo podía permitir el emperador.

Capítulo XLII

Dura Europos, a orillas del Eufrates, últimos días del verano de 272; 1025 de la fundación de Roma

Los fugitivos no sabían que Palmira había capitulado. Confiaban en que los defensores de la ciudad mantuvieran la resistencia el tiempo suficiente como para alcanzar las orillas del Eufrates y poder navegar aguas abajo hasta Ctesifonte, donde esperaban disfrutar de la protección de su soberano. En tan sólo seis días habían atravesado a caballo ciento cincuenta millas de desierto, deteniéndose únicamente para dormir algunos ratos.

El pequeño Vabalato tosía con insistencia, Yarai tenía el interior de los muslos llagados y las heridas le escocían; los dos eunucos estaban derrengados. Sólo Zenobia, Miami y Kitot parecían enteros.

La corriente del Eufrates discurría plácida y constante; las aguas del gran río bajaban menguadas en esa temporada, lo que hacía menos peligrosa su navegación que a comienzos de primavera, cuando el caudal se duplicaba con las lluvias y el deshielo de las nieves de las montañas del norte donde nacía.

Los camellos estaban destrozados porque apenas les habían dejado descansar. El jefe de los beduinos que habían escoltado al grupo de Zenobia desde Palmira hasta el río, un tipo delgado y fibroso como un junco, de rostro cetrino y ademanes adustos, exigió a Miami el pago de una cantidad extra alegando que aquellos camellos ya no podrían ser utilizados y que habría que sacrificarlos.

Miami se indignó, como solía hacerlo con cierta impostura cada vez que negociaba un trato comercial y, al fin, a instancias de la reina pero a regañadientes, accedió a que los beduinos cobraran mil sesteracios más en oro. Si no los hubiera acompañado Kitot es probable que los beduinos los hubieran despojado de todo o incluso los hubieran vendido como esclavos o asesinado. Pero los casi cuatro codos de altura y la complexión titánica del gladiador armenio imponían demasiado.

La ciudadela de Dura Europos, a orillas del río, apareció ante ellos tras culminar una colina. Destruída años atrás por los persas, se habían restaurado algunas casas y varios de los otrora sólidos edificios habían sido ocupados por

grupos de beduinos que utilizaban las estancias más amplias para guardar sus recuas de camellos, ovejas y cabras.

Los beduinos que los habían acompañado desde Palmira cobraron su dinero y se marcharon hacia su desierto mientras Miami no dejaba de insultarlos y de tratarlos de estafadores y tramposos. Los camellos sí parecían algo maltrechos, pero aquellos tipos no estaban dispuestos a sacrificarlos.

El grupo de Zenobia se dirigió al embarcadero bordeando los muros de la ciudad. Kitot se sorprendió al verlo vacío. La barca que debía conducirlos hasta territorio persa debería estar allí, como se había convenido, pero sólo había una almadía que transportaba hombres, ganado y mercancías de una orilla a otra.

—¿Por qué no hay aquí ninguna maldita barca? —preguntó Kitot.

—No lo sé —respondió Miami—. El barquero debería aguardarnos para no perder un instante. No sé qué ha podido ocurrir; intentaré averiguarlo. Entretanto, busca acomodo en la ciudadela. Yo iré en cuanto pueda. Pregunta por la antigua sinagoga de los judíos, la de las pinturas, y esperadme allí.

—¿Una sinagoga?

—Ahora es una fonda.

Kitot torció el ceño, pero no tenía alternativa, de modo que cargó con una gran bolsa, dejó dos más pequeñas a los eunucos y se dirigieron hacia la sinagoga.

Entraron en la arrumbada ciudad por la puerta de Palmira y contemplaron a un anciano que dormitaba recostado sobre un plinto de piedra; ante él había desplegadas varias cestas llenas de fragmentos de papiros con relatos de poemas homéricos, ejercicios de escolares, edictos oficiales, solicitudes a las autoridades, censos de ciudadanos de Dura, listas de contribuyentes, certificados diversos, informes de los oficiales de las cohortes romanas destinadas en aquella guarnición e incluso épocas de pago a trabajadores de los diques y los muros de la ciudad; la mayoría estaba escrita en griego, pero había algunos en latín e incluso en copto.

Zenobia supuso que el anciano se ganaba algunas monedas vendiendo, tal vez para ser utilizados como yesca, aquellos papiros que alguna vez debieron de formar parte de los archivos oficiales de Dura Europos.

—¿Dónde se encuentra la sinagoga? —le preguntó Kitot.

—Aquí hay dos sinagogas. ¿A cuál de ellas vais? —respondió el anciano.

—A la de las pinturas.

—Seguid por esta calle a la izquierda hasta que veáis una iglesia cristiana, la identificaréis de inmediato porque tiene una cruz de madera sobre el portal; frente a ella hay una sinagoga, pero esa no es. Continúad unos cincuenta pasos y girad luego a la derecha y allí la encontraréis —precisó—. ¿Os interesan algunos de estos papiros? Un puñado por un sestercio.

Kitot lo rechazó con una señal de su cabeza pero le entregó una moneda de

plata y el grupo siguió las indicaciones del anciano. La iglesia y la otra sinagoga estaban a mitad de la calle y tenían sus puertas una enfrente de la otra. Continuaron adelante y al fin encontraron la segunda sinagoga, la de las pinturas.

A la puerta había un muchacho alto y espigado vestido con una túnica ocre y tocado con un gorrito de lana.

—¿Admitís viajeros? —le preguntó Kitot en arameo.

—Dos denarios por día y persona, y por adelantado —respondió el joven.

—Sólo estaremos un rato. El suficiente como para descansar un poco y seguir nuestro camino.

—En ese caso un denario, y podréis comer aquí.

Kitot aceptó. Atravesaron un pequeño patio donde se alzaban un par de palmeras y una higuera y entraron en una amplia estancia que en otro tiempo había sido la sala de oración de la sinagoga. Las paredes estaban completamente llenas de pinturas al fresco.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Kitot—, ¿qué es esto?

—La historia de los judíos —respondió Zenobia—. En esas pinturas se muestran las escenas de su libro sagrado, al que llaman la Torá. Pero es extraño; los judíos de Palmira abominan la representación de escenas con figuras humanas, y en cambio aquí... —Zenobia se acercó a una de las paredes—. Mirad, este debe de ser su gran profeta, Moisés, el que condujo a los judíos desde Egipto a la que llaman Tierra Prometida, y ese otro su rey Salomón, el que construyó su gran templo en Jerusalén, el que destruyeron los asirios.

—Sabes mucho de los judíos, mi... —Kitot estuvo a punto de decir «reina», pero se contuvo a tiempo.

El muchacho que los había recibido en la puerta les indicó que podían sentarse en un rincón de la sala sobre unas esterillas y que les servirían allí mismo algo de comida si lo deseaban.

—La espera será más llevadera, y estamos hambrientos —dijo Zenobia.

Una jovencita con la cabeza descubierta apareció enseguida con una bandeja de empanadillas de carne y un par de cuencos con dátiles, higos secos y uvas pasas.

Todavía no habían acabado de comer cuando se presentó Miami.

—Ese cabrón malnacido de barquero no llegará hasta esta tarde. He tenido que preguntar en el muelle a varios mercaderes y uno de ellos me ha informado al fin sobre su paradero. A primera hora de la mañana ha remontado el río para llevar a unos mercaderes a la otra orilla, a unas diez millas aguas arriba. Si no aparece contratiempo alguno, regresará esta misma tarde —explicó Miami.

—Lo estrangularé cuando nos deje en nuestro destino —comentó Kitot.

—Esperaremos aquí —ordenó Zenobia, que se cubría la cabeza con una capucha de algodón.

El pequeño Vabalato seguía tosiendo y su aspecto no era demasiado

saludable. Yarai permanecía callada y los castrados parecían asustados e incómodos.

Zenobia sintió la necesidad de ir a las letrinas y Kitot le indicó a Yarai que la acompañara. En la parte posterior del complejo de la sinagoga había un pequeño baño y unas letrinas. Antes de regresar a la sala de las pinturas, Zenobia cogió a Yarai por el brazo y la retuvo unos momentos.

—Estás muy callada; apenas has abierto la boca en estos días.

—Estoy cansada, señora.

—¿Todavía me guardas rencor? Al final vas a conseguir lo que querías. Estás aquí, a salvo, con el hombre al que dices amar. Deberías estar contenta.

—Sigo siendo tu esclava...

—Y así será mientras vivas —dijo Zenobia.

—¿Por qué me tratas así? Yo siempre te he servido con lealtad...

—Eres mi esclava, y así debes continuar.

—Ya no eres ni reina ni dueña de nada. —Yarai subió el tono de su voz, hasta entonces sumiso—. Tu imperio se ha desvanecido como la bruma bajo el sol ardiente; ya no existe.

—Sigo siendo la reina de Oriente, desgraciada.

—No, no eres sino una mujer amargada y resentida que odia y envidia a todo el que pretenda ser feliz.

—Jamás serás libre, jamás.

Zenobia entró en la sala de pinturas donde comían Vabalato, Kitot, Miami y los dos eunucos.

Kitot sospechó que algo había ocurrido entre las dos mujeres al contemplar el rostro desenchajado y tenso de Yarai.

—¿Qué habrá ocurrido en Palmira? —se preguntó Zenobia en voz alta.

—Todavía no se sabe nada; he preguntado en el muelle a los mercaderes, pero aún no han llegado nuevas del asedio. Algunos comentaban que Aureliano ya ha lanzado el ataque final.

—En ese caso no tardarán en conquistar la ciudad y en comprobar que la reina ha escapado. Debemos salir de aquí cuanto antes; mientras estemos a su alcance, los romanos nos perseguirán —dijo Miami.

—No saben hacia dónde nos hemos dirigido —alegó Zenobia.

—Pero tienen métodos para averiguarlo; lo sé bien —terció Kitot.

—Por eso deberíamos apresurarnos; no tardarán en dar con nuestra pista. Un grupo como el nuestro no pasa desapercibido —añadió Miami.

—Págale a esta gente lo que hemos consumido y vayamos enseguida al embarcadero —ordenó la reina a uno de los eunucos; parecía asustada.

—He pagado a un tipo para que nos avise en cuanto aparezca esa condenada barca. Entretanto, aquí estaremos más seguros —explicó Miami.

—No. Marchémonos ya; esperaremos en el río —insistió Zenobia.

—Vamos, en marcha —ordenó Kitot a los eunucos, que se pusieron en pie a regañadientes.

Dura Europos había perdido la grandeza de antaño, cuando fue primero la principal fortaleza de los persas y después de los romanos en la frontera de Mesopotamia entre los dos grandes imperios. Había sido una ciudad en la que podían verse gentes de todas las razas y religiones; allí, en una extraña y pacífica convivencia, los cristianos habían adaptado dos casas particulares como iglesias, los judíos habían construido dos sinagogas, los griegos templos a Artemisa y Adonis, los romanos cuatro templos a Júpiter, los árabes santuarios a Baal Gad y Atargatis, los magos persas al dios Azzanathkona, los adoradores del fuego a Aphlad y los legionarios a Mitra; no había deidad conocida que no tuviera un altar en alguno de los santuarios de Dura.

Salieron de la sinagoga y atravesaron la ciudad en dirección al río; la gran plaza del ágora era un pálido reflejo de lo que llegó a ser tiempo atrás. La mayoría de las tiendas estaban cerradas y sólo algunos tenderetes levantados con lonas y palos indicaban que años atrás en aquel lugar se celebró un floreciente mercado.

Descendieron por un sendero de tierra muy inclinado por la pendiente del acantilado rocoso de medio estadio de altura que caía sobre el río como tajado por el hacha de un gigante, y llegaron al embarcadero.

La balsa que monótonamente hacía el recorrido de orilla a orilla estaba siendo amarrada al muelle, pero no había ni rastro de la barca que debía llevarlos aguas abajo hasta territorio sasánida.

En lo más alto de la ciudad podía verse la fortificación que en su día fuera el palacio del *dux ripae*, el nombre con el que era designado el gobernador romano de Mesopotamia, cuya sede había sido Dura Europos.

Cuando llegaron al embarcadero varios camellos cargados de fardos estaban siendo desalojados de la balsa. Sobre sus jorobas portaban enormes fardos, probablemente de telas. A pesar de la guerra entre Roma y Palmira, las mercancías seguían fluyendo entre oriente y occidente.

Kitot se sentía intranquilo. Intuía que los romanos ya habrían ocupado Palmira y que Aureliano habría enviado a sus jinetes más veloces a la busca de Zenobia. Mientras esperaban la barca, el gladiador no dejaba de otear hacia el oeste esperando ver alguna señal que le indicara la cercanía de los romanos.

Miami paseaba de un lado a otro del embarcadero, entre los camellos que se agrupaban antes de ser conducidos hacia la ciudad. Mascullaba insultos y juraba que desollaría al barquero con sus propias manos.

Al fin, una vela ocre se vislumbró aguas arriba de Dura. Miami colocó su mano derecha en forma de visera sobre sus ojos y le hizo una señal a Kitot indicándole que aquella era, al fin, la barca esperada.

Kitot conminó a los eunucos y a Yarai a que se prepararan para embarcar.

Zenobia suspiró aliviada y acarició el rostro triste y pálido de Vabalato. El muchachito parecía enfermo.

La barca se acercaba río abajo empujada por la suave corriente y el ligero viento que soplaba del noreste. Cuando se encontraba a media milla de distancia del muelle, arrió la vela y se acercó despacio hacia el pantalán fluvial.

Dos marineros lanzaron las amarras que los operarios del muelle se apresuraron en asegurar a tierra. La barca se detuvo tras un crujido de sus maderamen.

—Vamos, embarcaremos enseguida; ya me encargaré yo de ese barquero más adelante —comentó Kitot.

El barquero se acogotó ante la imponente presencia de Kitot pero mantuvo una agria discusión con Miami en la que no cesaba de justificar su retraso.

—Estáis a salvo. Yo regreso a Palmira —comentó Miami.

—Te agradezco todo lo que has hecho —le dijo Zenobia.

—Vete ya, señora. Y ojalá...

—Que los dioses te sean propicios, mercader.

Kitot ayudó a Zenobia y a Yarai a subir a la barca a la vez que el barquero y Miami se enzarzaban en una acalorada discusión sobre el muelle.

Un estruendo llamó la atención de Kitot. El armenio alzó la cabeza y entonces los vio descender por la escarpada ladera. Enseguida reconoció a los jinetes de la caballería romana que cabalgaban hacia donde estaba atracada la barca.

No había tiempo para zarpar, pues las maromas seguían firmemente atadas a los amarres del pantalán.

El gladiador echó mano a su espada, la escondió debajo de unas lonas y les dijo a los dos eunucos que se largaran de allí, que se escondieran y que no regresaran hasta que no se hubiesen marchado los romanos.

—Dejadme hablar a mí, y seguidme la corriente —dijo.

Los jinetes romanos llegaron al embarcadero y descendieron de sus monturas. Eran al menos un par de docenas, estaban cubiertos de polvo y parecían cansados y sedientos. Los mandaba un comandante de caballería de aspecto duro y atlético, de rostro severo y ademanes autoritarios.

Los romanos comenzaron a revisar a cuantas personas había en el lugar, alrededor de un centenar entre comerciantes, camelleros, criados, estibadores y acemileros, además de una treintena de mujeres.

Kitot intentó mantener la calma y les dijo a las dos mujeres y a Vabalato que permanecieran juntos sobre la cubierta de la barca y que no hablaran una sola palabra.

El comandante romano se acercó hasta Kitot, que se mantenía en pie sobre la barca, apoyado en la barandilla que daba al muelle. La figura del gladiador armenio resultaba imponente.

—¿Quién eres? —le preguntó en latín.

—Mi nombre es Sagaristión. Soy un sacerdote mago del dios Ahura Mazda.

—Hablas bien latín para ser persa.

—Procedo de Armenia, y fui gladiador en Roma. —Kitot se descubrió el hombro derecho y mostró la señal, grabada a fuego, que denotaba su antigua condición—. Gané mi libertad tras vencer en cien combates.

—Aguarda. ¿Alguien conoce a este hombre? Asegura que es un gladiador, que combatió en Roma. ¿Alguien lo conoce? —gritó el comandante dirigiéndose a los hombres a su mando.

—Yo escuché la historia de un gladiador armenio invencible que era tan grande como una montaña; tal vez sea él —dijo uno de los jinetes romanos.

—¿Eres tú ese tipo? —le preguntó el comandante.

—Lo soy —respondió Kitot.

—¿Yesos tres?

—Son mis dos esposas y mi hijo.

—¿Cuál es vuestro nombre? —les preguntó el comandante.

—No comprenden latín —intervino Kitot—; fueron esclavas. Las compré a un mercader de Ctesifonte pero les he otorgado la libertad.

El comandante romano receló de las palabras de Kitot, subió a la barca y se acercó a las dos mujeres y a Vabalato.

—Diles que se quiten la capucha, quiero verles el rostro.

Kitot les habló a las dos mujeres en el idioma de Palmira, esperando que el comandante romano no conociera esa lengua.

Zenobia y Yarai dejaron sus cabezas al descubierto, en tanto Vabalato seguía tosiendo en el regazo de su madre.

—Vaya, tienes dos bellas esposas; pero tu hijo está enfermo.

—Venimos de las montañas del norte, donde he ido a fundar un templo; allí ha cogido frío, pero es un muchacho fuerte, sanará pronto.

—¿Adónde te diriges?

—Al sur.

—¿A Persia?

—Ya te he dicho que nací en Armenia, pero ahora soy un sacerdote de Ahura Mazda.

—Ya.

El comandante romano desenvainó su espada y la colocó en el cuello de Kitot.

—¡No! —gritó Yarai en griego—. ¡No lo mates! ¡Esta es Zenobia, la reina de Palmira, y ese su hijo Vabalato! ¡No lo mates, te lo ruego!

Kitot aprovechó que el comandante se despistó un instante, sorprendido por la revelación de Yarai, y lo empujó con tanta fuerza que lo hizo rodar sobre la cubierta. Se agachó para intentar recuperar su espada pero antes de que pudiera alcanzarla una flecha disparada por uno de los soldados se clavó en su costado. El

gigante trastabilló, pero se la arrancó con la mano y se encaró con media docena de legionarios, que se acercaban hacia él con sus lanzas apuntándole.

—¡Matadlo! —ordenó el comandante desde el suelo.

Cinco lanzas volaron hacia el armenio, que pudo esquivar dos y rechazar una tercera con su brazo, la cuarta rebotó en el cinturón repleto de monedas y joyas, pero la quinta le perforó el estómago.

Los romanos desenvainaron sus espadas, saltaron sobre la barca y se acercaron blandiendo sus armas hacia Kitot. El armenio se mantenía en pie aunque tambaleante; también se arrancó la lanza que le habían clavado en el vientre. La alzó y la arrojó contra uno de los soldados con tanta fuerza que le atravesó el pecho pese a la protección del peto de cuero. Los otros cinco se acercaron con cautela, amedrentados por la estatura de Kitot. Tras ellos se aproximaban otra media docena de soldados, que habían montado sus arcos y estaban prestos para disparar.

El antiguo gladiador, pese al dolor que le causaban las heridas, todavía pudo aplastar con sus brazos a dos de los soldados, pero recibió el impacto de algunas saetas; los otros tres lograron asestarle varios tajos con sus espadas y abrirle profundas heridas en el torso y en los brazos. Mientras forcejeaba con ellos, el comandante, que había recuperado su espada, se acercó por detrás y se la clavó entre los omóplatos.

Kitot se contorsionó hacia atrás y se tambaleó a un lado. Sintió que sus fuerzas lo abandonaban y cayó de rodillas sobre la cubierta manchada con su propia sangre y con la de los tres soldados romanos que había abatido.

Yarai lanzó un desgarrador grito de dolor, se levantó y corrió hacia su amado gigante. Kitot alzó la cabeza y miró a la muchacha. Los ojos del armenio estaban llenos de muerte. Intentó levantar su enorme mano para acariciarla pero no pudo, estaba inmóvil, paralizado, y la vida se le iba a borbotones como la sangre por las abundantes heridas.

—No te mueras, no te mueras —rogó Yarai angustiada.

El comandante extrajo su espada de la espalda de Kitot y volvió a clavársela, ahora justo por debajo de la nuca, en la cerviz. Un crujido reveló la rotura de las vértebras quebradas por la punta de acero.

Kitot cayó de bruces sobre el tablazón y expiró su último aliento entre esputos de sangre.

Yarai se abrazó al cuerpo inerte de su amado y gimió desconsolada.

—Registrad sus ropas y luego arrojadlo al río —ordenó el comandante a sus hombres.

Uno de los soldados encontró el saco con forma de cinturón que portaba Kitot alrededor de la cintura.

—¡Aquí lleva algo! —anunció el soldado.

El comandante se acercó, cogió el saco y lo abrió. Sus ojos se entornaron

como dos bandejas enormes y redondas cuando descubrió el contenido.

El cuerpo de Kitot fue desnudado por completo y se revisaron hasta los más diminutos pliegues de su vestido. Después lo arrojaron al río y el cadáver desapareció entre las turbias aguas de la corriente del Eufrates.

Yarai lloraba desconsolada ante la mirada fría y serena de Zenobia.

El comandante se acercó hasta la reina y la observó con detenimiento.

—Sí, tú debes de ser Zenobia. Jamás he visto una mujer tan bella —supuso al contemplar la hermosura de la reina—. Vamos, tenemos que regresar a Palmira enseguida. El emperador estará ansioso en espera de nuestras noticias.

—¿Qué hacemos con estos dos? —preguntó un legionario señalando a los castrados, a los que habían capturado cuando trataban de esconderse tras unos arbustos.

—Matadlos y arrojadlos al río —ordenó el comandante.

Los cuerpos de los dos eunucos fueron degollados sobre el muelle y sus cadáveres arrojados a la corriente.

—¿Y con la esclava?

—La llevaremos con nosotros de vuelta a Palmira. Tenemos cinco o seis días por delante; nos hará las noches más amenas.

El escurridizo Miami, que había logrado escabullirse entre el gentío arremolinado para contemplar la captura de Zenobia, pudo observar desde lo alto de la colina cómo las dos mujeres y el pequeño Vabalato eran ubicados en una carreta que los soldados requisaron allí mismo para regresar con su preciada presa a Palmira.

Capítulo XLIII

Palmira, principios de otoño de 212; 1025 de la fundación de Roma

El emperador había sido avisado por un correo de que el destacamento de caballería enviado en busca de Zenobia había tenido éxito y la traían de regreso a Palmira.

Más de la mitad de los soldados que habían defendido la ciudad habían muerto y la mayoría de los supervivientes estaban heridos y enfermos; muchos de ellos no tardarían en morir a causa de la gangrena de sus heridas. A los mercenarios que habían salvado la vida, Aureliano les ofreció enrolarse en su ejército como tropas auxiliares, lo que muchos de ellos aceptaron.

Las casas de los palmirenos fueron inspeccionadas y las riquezas que atesoraban se llevaron al palacio real, donde el emperador instaló su residencia. El tesoro de la ciudad fue confiscado. Los romanos se quedaron atónitos ante tanta riqueza acumulada: decenas de cofrecillos llenos de monedas de oro, joyas y piedras preciosas y numerosos rollos de seda de una calidad como jamás habían visto. En aquellos días el precio de una libra de seda casi equivalía en Roma al de una libra de oro, pero con tanta abundancia como se requirió, la seda bajó su precio a la mitad.

—Augusto, la rebelde ya está aquí. Ha pedido lavarse y vestirse con uno de sus trajes antes de que la recibas —le anunció el mayordomo de Aureliano.

—Dejadla que se asee y cuando esté lista traedla a mi presencia.

Zenobia pudo bañarse y quitarse el polvo del camino; pidió que le trajeran su vestido de seda rojo y algunas joyas. El emperador accedió, y la señora de Palmira se presentó con todo el esplendor de su belleza.

Aureliano era alto y musculoso, de porte elegante aunque vestía con la austeridad de un soldado y no con la pompa propia de un emperador. No era lujurioso y solía rechazar a las bellísimas mujeres que le ofrecían tras cada una de sus victorias, pero la visión de Zenobia lo excitó, si bien intentó disimular la impresión que le había causado.

—Me alegro de volver a verte, mujer. ¿Me recuerdas? —le preguntó en latín

—. La primera vez que te vi, en este mismo lugar, yo era legado imperial en Mesopotamia y tu esposo Odenato gobernaba esta ciudad al servicio de Roma.

—Lo recuerdo, sí. —Zenobia también hablaba en latín, aunque sin la fluidez con la que se expresaba en griego, de manera que tenía que buscar palabras sencillas para mantener un diálogo.

—Nos has causado demasiados problemas. Dime, mujer, ¿por qué te atreviste a desafiar a los emperadores de Roma?

—A ti, que me has vencido, sí te reconozco como augusto y emperador, pero a otros que ocuparon ese puesto antes que tú, como el cobarde Galieno o el engreído Claudio, jamás los consideré como tales. Sé que para un soldado como tú es difícil comprender que haya sido una mujer quien ha puesto en peligro la unidad de tu imperio, pero también sé que no fui la única, que otra mujer llamada Victoria se alzó contra Roma en Occidente. Pensé que ya era hora de compartir con ella el poder y la gloria, una mujer reinando en Oriente y otra en Occidente; si hubiéramos vencido, el mundo hubiera cambiado —respondió la señora de las palmeras con altivez.

—Las mujeres deberíais ocuparos de otros menesteres propios de vuestra condición y dejar la política a los varones.

—Olvidas que en mis venas hay sangre de Cleopatra, la que fuera reina de Egipto.

—Y como ella en la batalla de Actium, huiste de Palmira en el fragor del combate. Las mujeres no sois capaces de soportarlo.

—No lo hice por cobardía, sino para evitar caer en tus manos.

—Lo que no has impedido. —Aureliano rio.

—Tu alegría por mi captura no será motivo de honor para tu fama futura; nadie te aclamará por haber vencido a una mujer.

El rostro de Aureliano mudó de rictus; de la sonrisa pasó a un gesto adusto y serio, incluso de cierto enfado.

—¿Qué puedo hacer contigo? Si te condeno a muerte, dirán de mí que soy un tirano cruel que quitó de en medio a una débil mujer; si te perdono y te dejo libre, tal vez vuelvas a rebelarte contra Roma y provoques otra guerra; si te envío al exilio, algunos dudarán de mi autoridad y propiciarán nuevas insurrecciones al confundir mi magnanimidad con debilidad.

—Soy tu prisionera; puedes hacer conmigo lo que te plazca.

—¿Y si te entrego a los legionarios como botín de guerra? Una mujer como tú les divertiría mucho. ¿Te imaginas? Serías su puta y abusarían de ti una y otra vez hasta cansarse, y luego te venderían en cualquier mercado para que rodaras de burdel en burdel hasta acabar vieja y agotada fregando los suelos del palacio de algún viejo ricachón persa.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dime.

—¿Qué has hecho con mis consejeros?

—Te honra que te preocupes por ellos. Tus generales cayeron en combate defendiendo las murallas. Zabdas fue abatido en la puerta de Damasco; era un buen estratega y me hubiera gustado contar con su experiencia en la guerra que algún día emprenderé contra los persas. Si se hubiera rendido y me hubiera jurado obediencia y lealtad, yo le hubiera ofrecido el mando de una legión, pero el muy cretino prefirió luchar hasta el fin por Palmira, o por ti, quién sabe. Y ese condenado griego, Giorgios de Atenas, peleó como un león, según me dijeron, hasta que sucumbió derrotado por uno de mis centuriones. Era un buen soldado. Imagino que ya sabes que sirvió a mis órdenes en el Danubio. Yo le enseñé cuanto sabía y él traicionó a Roma sumándose a tu rebelión. Si lo hubiéramos capturado con vida, lo hubiera despelorado vivo y lo hubiera crucificado en lo más alto de esos cerros pedregosos que dominan Palmira. Nos causó muchas bajas, de modo que le cortaron la cabeza y la arrojaron por encima de las murallas. Su cuerpo ardió en una pira donde quemamos a la mayoría de los muertos. Sus cenizas se confunden ahora con las arenas del desierto y espero que su alma vague entre las sombras del mundo de los muertos y sufra una eterna agonía.

—Giorgios sirvió a tus órdenes. Fue un soldado de honor que cumplió con el compromiso que había firmado con Palmira. No fue un traidor; merecía un mejor final.

—Lo sé, pero se equivocó de bando. Era un buen jinete y muy diestro en el manejo de la espada. En alguna ocasión me guardó la espalda cuando matábamos bárbaros en las fronteras de Dacia y siempre se comportó con valor y arrojo en el combate. Lástima que eligiera una causa perdida. Por cierto, me han dicho que fue tu amante —comentó Aureliano ante el amargo silencio de Zenobia—. Bueno, no me importa si te acostaste con ese griego, allá tú.

—¿Y los demás?

—Tu tesorero...

—Nicomaco.

—... nos ha sido muy útil para contabilizar cuanto hemos confiscado como indemnización por esta guerra pero, cumplida su misión, hace dos días ordené que lo ejecutaran. Ya no nos servía de nada y conocía demasiados detalles.

—No era un soldado; nada tenías que temer de él. En cuanto al historiador, Calimaco...

—... le ofrecí que escribiera una crónica de la conquista de Palmira en la que Roma fuera representada como la gran madre del mundo, victoriosa y justa, pero el muy cretino se envolvió en un manto de orgullo y se negó. Dijo que no se prestaba a falsificar la historia de Palmira ni la vida de su reina. Murió chillando como un cerdo cuando lo asietaron mis arqueros.

—¿Y Longino?

—De todos tus acólitos, ese fue el peor. Él se encargó de rendir la ciudad cuando mis soldados ya habían ocupado todos los bastiones defensivos. Se presentó ante mí ufano como un pavo real, henchido de petulancia y de altivez. Hablaba como si fuera un dios...

—Era un filósofo —matizó Zenobia.

—Era un idiota insolente y descarado. Había perdido una ciudad, estaba preso y derrotado y no se le ocurrió otra cosa que mascullar un discurso repleto de peroratas sin sentido y hablarme de los siete sabios de Grecia y de la excelcitud de la literatura griega y de sus filósofos. Tal vez se había vuelto loco y creía estar impartiendo una lección en una escuela en lugar de estar rindiendo una ciudad a su conquistador. Era un perturbado incapaz de darse cuenta de la realidad en que vivía.

—¿Cómo murió?

—¿Por qué supones que ha muerto?

—Porque hablas de él en pasado.

—Lo crucificamos en las afueras de la puerta sur; allí debe de seguir su cadáver, pudriéndose bajo el sol si es que los buitres y los cuervos han dejado algún resto todavía. Me dijeron que, pese a no ser un soldado, murió con valor, sin emitir un solo grito de dolor ni una queja.

—Lo hizo como un estoico. Longino admiraba a Zenón de Atenas, un filósofo que bajo un pórtico de esa ciudad, una *stoa*, enseñaba a sus discípulos a ser fuertes y plantar cara a cualquier adversidad.

—Ya ves, todos los rebeldes que ampararon tu locura y te siguieron en tu vorágine de despropósitos están muertos. Sólo quedas viva tú... y tu hijo. Me aconsejan que os ejecute a los dos.

—¡No! Vabalato es sólo un niño.

—Tú eres la causante de esta guerra, pero tu hijo es quien aparece en las monedas y en las inscripciones y es él quien usurpa el título de augusto de Oriente. ¿No pretenderás que lo deje vivir para que cuando crezca reivindique sus derechos y su herencia al reino de Palmira y se convierta en un nuevo problema para Roma? ¿Qué crees que pensará cuando vea su nombre impreso en las monedas que tú has ordenado acuñar? Supondrá que fue el soberano de un imperio y querrá recuperar su trono.

—He visto morir a dos de mis tres hijos, y créeme si te digo que no hay mayor dolor para una madre.

—Mis soldados me piden a gritos que te entregue a ellos para que te ejecuten. Cuando se enteraron de que la patrulla que envié en tu persecución te había capturado y te traía de regreso, aullaron como lobos que acabaran de abatir a su más codiciada presa. Todos mis legionarios claman para que te condene a muerte y así vengar a sus muchos compañeros que tu rebelión ha dejado por el camino. Sí, a todos mis hombres les gustaría verte devorada en la arena del

anfiteatro. Pero no, no sería digno de ti morir como tus insensatos consejeros. Estoy seguro de que en Roma les gustará verte cargada de cadenas, sometida al poder del Imperio, vencida y humillada. No, no te ejecutaré por ahora... Vendrás conmigo a Roma; serás la parte esencial del espectáculo de mi triunfo. Quiero que todos los ciudadanos observen derrotada a la mujer que desafió el poder de las águilas legionarias y que te contemplen humillada bajo las enseñas de las legiones victoriosas.

—¿Y mi hijo?—Zenobia parecía suplicar por él.

—No te preocupes, vendrá con nosotros. A los romanos también les gustará comprobar si su rostro se parece al de las monedas del falso emperador que ordenaste acuñar. Todas cuantas podamos requisar serán fundidas para acuñar otras nuevas con mi cara y mi nombre, y esas serán las que sufraguen la fiesta que organizaré en Roma para festejar este triunfo. ¡Qué ironía!, ¿no crees? El oro de los rebeldes será el que pague el coste de su propia humillación. Jamás debiste retar a Roma, mujer, jamás.

—Sólo has vencido en una guerra; pero habrá más, Aureliano, muchas más.

—Lo sé y las aguardo sin miedo. Hace tiempo que el destino de Roma es luchar y luchar. Pero no olvides, mujer, que Roma se ha hecho grande gracias a la guerra y así debe seguir siendo mientras Mitra nos proteja y el Sol Invicto nos ampare bajo su manto de luz.

En el viaje de regreso a Palmira, Zenobia había sido respetada por los soldados de la patrulla de caballería que la había apresado a orillas del Eufrates, pero Yarai fue violada repetidas veces por la mayoría de los que integraban aquel escuadrón. Noche tras noche fue vejada por los jinetes, que abusaron de ella hasta el amanecer. Cuando se ponían de nuevo en marcha con las primeras luces del día, la devolvían a la carreta donde viajaban Zenobia y su hijo Vabalato. Al avistar Palmira, la esclava apenas podía moverse; tenía los muslos repletos de cardenales y estaba completamente desmadejada. Zenobia hizo ademán de consolarla, pero recordó la delación a orillas del Eufrates y se contuvo. Al fin y al cabo no era sino una esclava que se había atrevido a desafiar a su dueña; tenía merecido cuanto le había sucedido, pensó.

A los tres días de llegar a Palmira, Yarai fue vendida a un mercader sirio que poseía uno de los más afamados burdeles de Damasco. El destino parecía abocarla a pasar el resto de sus días como prostituta en un lupanar.

En los días siguientes los romanos ejecutaron a todos aquellos palmirenos que fueron denunciados por sus convecinos por mostrar una intensa devoción hacia Zenobia, a los ricos mercaderes que atesoraban riquezas en sus casas y que

intentaron esconderlas, a todos los miembros del Senado de la ciudad, a todos los magistrados del Consejo, a muchos sacerdotes de los templos y a algunos judíos y cristianos que se habían inclinado hacia Zenobia a causa de su permisividad hacia estas religiones.

Centenares de cruces poblaron los caminos y en ellas murieron los condenados, abrasados por el sol otoñal que todavía calentaba con fuerza la reseca tierra del desierto sirio.

Por fin, Aureliano decidió que el escarmiento aplicado a la ciudad rebelde era suficiente y que los supervivientes serían necesarios para recuperar la riqueza de Palmira y mantener el comercio y las rutas mercantiles, ahora en beneficio de Roma y de su Imperio.

Un mensajero trajo una buena noticia para el emperador. Enterado el Senado de Roma de sus victorias, le había concedido nuevos honores, entre otros los títulos de pérsico, armeniaco, restaurador y pacificador de Oriente, gótico, sarmático y aeliabénico.

—Regresaremos a Occidente la semana próxima. —Aureliano estaba reunido con sus generales en el que había sido palacio real de Palmira—. Tú, Sandarión, quedarás al mando de esta ciudad.

—Agradezco tu confianza, agosto. —El elegido se inclinó ante su emperador.

—Nuestra tarea aquí todavía no ha finalizado. Asuntos urgentes requieren de mi presencia en las Galias, pero hemos de consolidar esta conquista, pues los persas no dudarán en atacarnos si atisban el menor síntoma de debilidad. Quedarás al mando de setecientos arqueros de Emesa, nuestra fiel aliada ahora en Siria, y dos cohortes legionarias. Tu misión es conseguir que toda esta región, hasta ahora rebelde a Roma, quede sometida y que la frontera del Eufrates permanezca vigilada hasta que regresemos para liquidar a la dinastía sasánida. Me he propuesto que toda Mesopotamia se reintegre al Imperio, pero eso será más adelante. Ahora he de someter a los traidores que se han rebelado en las Galias.

—¿No acudirás a Roma para celebrar tu triunfo, agosto? —planteó uno de los generales.

—De momento no; antes debo poner orden en las provincias de Occidente. Y ahora traed a Zenobia a mi presencia.

La que fuera reina de Palmira y augusta de Oriente se presentó ante Aureliano, que ordenó a sus hombres que los dejaran a solas.

—¿Cómo se encuentra tu hijo? —preguntó el emperador, que parecía mostrar un rostro más humano.

—Sigue débil. Los médicos no consiguen que gane fuerza —respondió Zenobia—. Ya he perdido a dos hijos. Murieron de fiebres hace unos años. Todas las personas a las que alguna vez amé han muerto; sólo me queda Vabalato.

—Nunca debiste desafiar a Roma. Has sido mi enemiga, pero te

compadezco, mujer; a causa de tu locura se han perdido muchas vidas.

—Teníamos derecho a decidir nuestro destino, a ser libres.

—Te equivocas. El único derecho sobre el destino es el que dicta Roma. Además, incumpliste todos los tratados que durante siglos habían aliado Roma con Palmira y con tu actitud de rebeldía y soberbia lo has arruinado todo.

—Teníamos derecho a ser libres —insistió Zenobia.

—La libertad no existe, señora. Todos somos esclavos de lo que el destino nos depara. Nuestra vida está marcada en las estrellas y los hados deciden cuál será nuestro futuro.

—Me habían dicho que no creías en otro dios que en el Sol Invicto, pero compruebo que también te afectan las supercherías de los augures. —Zenobia parecía más segura de sí misma.

—¿Acaso crees que confío en las burdas tretas de los *Libros sibilinos*? Si en alguna ocasión he ordenado que se consulten lo he hecho porque así lo requiere la tradición de Roma, no porque estime que los augures sean capaces de desentrañar el futuro. Yo creo en el Sol Invicto, al que rezo cada día para que me ayude a recuperar la grandeza del Imperio, pero son muchos los romanos que siguen venerando a los dioses olímpicos y yo soy su emperador y debo respetar las creencias de todos.

—¿Incluso las de los cristianos?

—Esos condenados seguidores del llamado Jesús nos han causado algunos problemas, pero si se mantienen fieles al Imperio por mí pueden seguir rezando a su hombre-dios hasta que se harten. Sólo actuaré contra ellos cuando no cumplan con su deber como ciudadanos de Roma. Pero dejemos este asunto. Te he hecho llamar porque debes prepararte para un largo viaje. En cinco días partiremos hacia Occidente. Sé que nunca has estado allí.

—Lo más al oeste que he viajado ha sido a Alejandría. Todavía soy la reina de Egipto. —Zenobia habló con orgullo.

—Egipto es una provincia más del Imperio; por un tiempo lograste que algunos egipcios te siguieran en tu locura, pero eso ha acabado ya.

—Egipto me aceptó como heredera de Cleopatra y me proclamó su reina...

—Los egipcios son veleidosos, como bien sabes, y ya te han olvidado. Enterados de tu derrota, han acatado la autoridad imperial y han jurado fidelidad a Roma. Egipto no sabe gobernarse por sí mismo, necesita ser sometido y que le marquen su ruta. Deberías saberlo bien, pues tú te aprovechaste de esas circunstancias para hacerte con su gobierno.

—Tengo derecho; soy descendiente de la reina Cleopatra. El trono de Egipto me pertenece —asentó Zenobia.

—¿Y de qué te sirve ahora ese derecho? He conocido a decenas de reyes y de príncipes que se proclamaban herederos, hijos incluso de los mismísimos dioses. Entre los godos no hay caudillo que no se sienta emparentado con sus

deidades, de las que todos dicen descender, y asumen que su origen es divino y sagrado. Maté a muchos que estaban seguros de que procedían de un linaje de dioses inmortales y de nada les sirvió para librarse de una muerte cierta.

» Te aseguro, señora, que todos los hombres somos hijos del barro y de la sangre. Los dioses no son otra cosa que una creación de nuestros miedos o de nuestras ambiciones. Allá arriba, en la nevada cumbre del Olimpo, sólo hay hielo y rocas.

Aureliano era un hombre imponente. Alto, fortísimo, de poderosos hombros y musculados brazos, su aspecto era elegante y su porte majestuoso. A pesar de no ser miembro de una familia aristocrática y de haber pasado toda su vida en la milicia, sus ademanes eran corteses cuando se lo proponía y en la intimidad, cuando no necesitaba demostrar su poder, se comportaba con un encanto que lo hacía muy atractivo.

—Dicen de ti que has matado a más de mil hombres con tus propias manos en combate —comentó Zenobia de pronto.

—No creas cuanto se dice de mí; algunos elogios están dictados por aduladores que sólo pretenden conseguir que les otorgue privilegios. Como bien habrás experimentado, pues tú también te sentaste por algún tiempo en un trono, cuando se alcanza el poder imperial suelen escribirse sobre la vida de quien ocupa ese puesto demasiadas exageraciones. Mientras un soberano ostenta el poder, nadie se atreve a replicar sus hazañas, aunque en no pocas ocasiones resulten inventadas y no sean sino mera ficción, pero cuando muere, o es depuesto y cae en desgracia, sus detractores se encargan de difundir todo tipo de defectos.

» Ahora me toca a mí ser loado, idolatrado y tenido por el más grande de los héroes y el más benéfico de los gobernantes. Afirman que soy moderado en la comida y en la bebida, severo con el gasto, de formación excepcional y de probada castidad. ¿Acaso crees que todo eso es verdad?

Aureliano se acercó a Zenobia. No era tan alto como Kitot, nadie era tan alto como lo había sido el gladiador armenio, pero su presencia altiva y regia impresionó a Zenobia.

—Le preguntaré a tu esposa si tengo oportunidad de conocerla —ironizó.

—Tal vez seas la única mujer en el mundo por la que un hombre como yo perdería la cabeza...

—Cuidado, augusto, ¿ya no recuerdas lo que se cuenta de tu determinación con aquel soldado que cometió adulterio con la esposa de uno de sus huéspedes?

Aureliano se apartó unos pasos.

—¿También conoces esa historia?

—La he oído, sí. Pero me gustaría saber si es verdad.

—Yo era general de la III Legión Félix. Uno de los oficiales a mi mando había acogido a un huésped y a su esposa en su casa. Un día en que el marido estaba ausente, se aprovechó de su mujer y cometió adulterio con ella. El esposo despedido se presentó ante mí reclamando justicia. Yo le había dado mi palabra de que Roma garantizaba la seguridad de los aliados que se colocaban bajo su protección. Ordené que dos árboles cercanos uno a otro fueran doblados con cuerdas hasta que sus copas tocaran el suelo y que el oficial adúltero fuera atado a los dos árboles, un brazo y una pierna a cada uno de ellos. Luego di la orden de soltar las cuerdas. Eso es lo que les ocurre a quienes profanan la palabra de hospitalidad de un general de Roma.

—¿Y qué hiciste con la mujer?

—La devolví a su marido. Ella fue una víctima. Si pretendes ser un buen general, debes comportarte con ejemplaridad y procurar que la disciplina no se relaje entre tus soldados. No puedes consentir que los hombres bajo tu mando roben y cometan tropelías contrarias al honor del ejército. Los soldados vivimos del botín de los derrotados, pero jamás hemos de comportarnos como ladrones, sino como vencedores.

—¿Pretendes recuperar el viejo espíritu de los romanos?

—El mismo que nos hizo poderosos y dueños del mundo. Roma se ha tambaleado en los últimos decenios por el mal gobierno de algunos de sus emperadores, pero también porque la mayoría de sus ciudadanos ha dejado de comportarse con las virtudes con que lo hacían sus mayores. El honor y la gloria jamás se consiguen sin sufrimiento y sin esfuerzo.

—Aquí, en Oriente, estimamos más otro tipo de virtudes —dijo Zenobia.

—La avaricia, la lujuria, la gula, la envidia... —recitó Aureliano.

—La fortaleza, la paciencia, la obediencia... —lo corrigió Zenobia.

Caían sobre Palmira los días de mediados de un otoño gris y mortecino. El oasis de las palmeras era de nuevo una posesión del Imperio y sobre sus muros, afectados por las huellas del asedio a que habían sido sometidos, se alzaban orgullosos los estandartes de las legiones que habían participado en el asalto. Los acuilíferos habían colocado sus enseñas sobre las puertas de la ciudad, para que cualquier viajero que se atreviera a visitar Palmira contemplara de inmediato el triunfo de Roma.

A pesar de las órdenes de Aureliano, hubo algunos saqueos y no todos los tesoros almacenados en casas, palacios y templos pudieron ser recogidos por los legados imperiales, que tenían orden de ejecutar de manera sumarisima a cualquier legionario o auxiliar, fuera romano o eslavo, que fuera sorprendido intentando ocultar parte del botín.

Bajo el peristilo del patio central del palacio real se amontonaron decenas de

piezas de oro y de plata entre las que destacaban las copas de oro de la vajilla de Sapor ganadas a los persas por Odenato y las copas de oro de Cleopatra, requisadas en el palacio de los Ptolomeos en Alejandría.

—Aquí están los vestidos de la reina... de la viuda del *dux* —corrigió un tribuno—. ¿Qué hacemos con ellos?—le preguntó a Aureliano.

El emperador cogió la ropa que se guardaba en varios arcones y desplegó uno de los vestidos. Era una túnica de lana fina, muy brillante, recamada de perlas, teñida de un color púrpura como jamás antes se había visto en Occidente.

—Es el color más hermoso... ¿Cómo se consigue este tono y estos reflejos?—demandó el emperador.

—Hemos preguntado a los eunucos y aseguran que se trata de una lana traída de las montañas de la India, teñida con un extraño producto llamado sándix que usan los reyes de Persia en sus atuendos de corte.

—Guardad esa túnica. Ya veremos si podemos conseguir la composición secreta de ese tinte. Comprobad el inventario de todos estos tesoros y embaladlos para su transporte a Roma.

—¿Y las estatuas?

—Nos llevaremos aquellas que tengan una mayor calidad y que representen a los dioses que se veneran en Roma.

—¿Y en cuanto a los prisioneros? Son demasiados, augusto.

—Vended como esclavos a los que puedan tener algún valor. Seguro que en los mercados de Persia o de Grecia habrá compradores dispuestos a pagar por ellos. A los que no tengan ningún valor, dejadlos libres. Tened todo dispuesto, pues en cinco días saldremos hacia Occidente.

—¿A Roma?

—No, antes hemos de dejar pacificada la frontera del Danubio y del Rin.

Decenas de carretas y centenares de camellos se alineaban en el exterior de la puerta de Damasco. Hacía ya tres días que los romanos habían embalado los tesoros y obras de arte requisadas, que estaban dispuestos para su traslado a Roma.

Desde una de las carrozas, custodiada por un escuadrón de caballería de Sebaste, junto a un mástil donde ondeaba el pabellón imperial de Aureliano, Zenobia observaba el caserío de Palmira consciente de que tal vez lo hacía por última vez.

Los muros de piedra alzados por orden de Odenato eran mudos testigos del asedio a que habían sido sometidos pocas semanas atrás. En los sillares de piedra dorada de la muralla destacaban los impactos de los proyectiles de las catapultas y fundíbulos romanos y el remate superior de los muros había perdido buena parte de su pretil.

Por todas partes se amontonaban las ruinas de la batalla y eran claramente perceptibles las huellas negras de los incendios que habían provocado sitiadores y sitiados. Algunas cuadrillas de trabajadores estaban comenzando a recoger los escombros.

Zenobia acariciaba el cabello ensortijado de Vabalato. El muchachito continuaba con su aspecto demacrado y enfermizo, y unas ojeras oscuras rodeaban sus ojos como si se tratara de un antifaz.

—¿Volveremos algún día, madre?—le preguntó.

La reina le había contado a su hijo que los romanos habían ganado la guerra y que los llevaban a Roma, pero que no tenían intención de hacerles daño.

—Nadie sabe qué le deparará el destino. Ahora hemos perdido y debemos someternos a la voluntad del vencedor. Siempre ha sido así; los vencedores suelen dictar las reglas y los vencidos debemos acatarlas o morir.

—Yo no quiero ir a Roma.

—No tenemos más remedio que hacerlo. Lo importante es que estamos juntos, hijo mío. Los griegos creen que la fortuna es una rueda que gira caprichosa señalando el destino de los hombres. Ahora nos ha tocado aceptar el exilio que nos imponen nuestros enemigos, pero aguanta, tal vez algún día no muy lejano tornen las cosas y los vientos de la fortuna, ahora adversos, nos sean propicios. No desesperes y confía en el futuro. Yo mantengo viva la esperanza de regresar algún día para recuperar el trono que Roma nos ha usurpado y verte asentado en el lugar que ocupó tu padre.

—Yo te ayudaré, madre —dijo Vabalato.

Zenobia mentía. Estaba convencida de que su esfuerzo por crear un imperio en Oriente al margen del de Roma había acabado en un fracaso y que no volvería a haber una Palmira independiente.

Aureliano apareció al trote sobre una yegua blanca.

—Te saludo, señora, y a tu hijo. ¿Estáis listos para la partida?

—Lo estamos, agosto. Sólo te pido una última cosa.

—Si está en mi mano, cuenta con ella.

—Déjame contemplar mi ciudad desde la terraza de mi palacio por última vez.

—Tal vez no te guste lo que veas. Las señales de la batalla todavía son patentes en muchas zonas de la ciudad.

—Ya las veo en esas murallas.

—Como quieras. Un escuadrón te acompañará. Dispones de la mitad de la mañana. No debemos demorar la marcha.

—Te lo agradezco, agosto.

Siguiendo las instrucciones de Aureliano, dos docenas de soldados

acompañaron a Zenobia hasta el palacio real. Nada más entrar percibió los cambios realizados por los romanos. Los mejores muebles y las más delicadas estatuas habían desaparecido, así como los magníficos cortinajes y las delicadas alfombras de seda y de lino. Sin todos aquellos adornos, el palacio se asemejaba más a un cuartel que a una residencia regia.

Desde la terraza, siempre escoltada por varios legionarios, se acercó a la barandilla de mármol y contempló su amada ciudad.

Pese a lo avanzado del otoño el sol brillaba en lo más alto y sintió una agradable y cálida sensación sobre su piel. Al contemplar el caserío observó algunos tejados destrozados por la lluvia de proyectiles de las catapultas romanas, las paredes ennegrecidas por los incendios y los enormes desconchones en algunas de ellas. Las calles eran las mismas, pero parecían mortecinas, carentes de la bullanguera actividad que las caracterizara en mejores épocas.

—Mírala, hijo. Hubo un tiempo en que fuiste el rey de esta ciudad. Quizá cometí el error de ambicionar procurarte un imperio en vez conformarme con que gobernaras una provincia del de Roma.

—¿Ya no soy rey? —preguntó el muchachito.

—Claro que lo eres: Vabalato augusto, rey de Palmira y de todo Oriente, faraón de Egipto, señor de las montañas azules y del desierto amarillo.

—¿Estás llorando, madre?

—No, hijo, no estoy llorando.

No era cierto; lágrimas de pena y melancolía rodaban por las hermosas mejillas de Zenobia, que se había empolvado con maquillaje blanco.

La reina observó su ciudad, la de las palmeras, la perla del desierto, la que había sido la más rica y próspera del mundo, y aspiró con cuanta fuerza pudo, como si pretendiera llevarse en sus pulmones el aire de Palmira allá donde la voluntad de Aureliano y el destino la condujeran.

Después la contempló por última vez y recordó a su esposo Odenato, noble y altivo, quien le enseñara a amar Palmira por encima de todas las cosas, incluso de su propia vida; a Zabdas, el buen general, su secreto enamorado, siempre presto a atender sus más nimios deseos; a Giorgios, que la adoró como si se tratara de una diosa y que le descubrió los secretos del amor cuando ya era demasiado tarde; a su padrino Antioco Aquiles, siempre dispuesto a explorar una milla más allá del horizonte para establecer allí un negocio rentable; a sus dos hijos, fallecidos tan jóvenes; a su padre Zabaii ben Selim y su sonrisa franca; y a su madre egipcia, siempre recatada y modesta. Y se entristeció por el recuerdo de tantos seres queridos y perdidos.

Al fondo, el rutilante palmeral destacaba como una brillante esmeralda en medio de un océano de arena ambarina.

Acarició el cabello de Vabalato y besó a su hijo con ternura.

—Lloras, madre —insistió el joven.

Zenobia calló, lo abrazó y salió del jardín. Estaba segura de que nunca más volvería a ver el dorado caserío de Palmira.

Capítulo XLIV

Playa de Trípoli, en la costa siria, últimos días de otoño de 272; 1025 de la fundación de Roma

—No es seguro navegar por estas aguas en esta época del año, agosto. Sería más conveniente viajar hasta Bizancio por tierra y procurar atravesar las montañas de los Balcanes antes de que caigan las nieves en lo más duro del invierno; si nos apresuramos, podríamos estar a las puertas de Italia a fin de año —propuso el almirante de la flota romana al emperador.

—Eso nos llevaría al menos un mes. Mi intención no es llegar a Roma cuanto antes, sino invernar a orillas del Danubio. En primavera quiero dar un buen escarmiento a los bárbaros, entre los que ya se habrá corrido la noticia de nuestra victoria en Palmira y en todo Oriente. Debemos dejar claro que el Ponto Euxino y el Egeo son dos mares romanos y que nadie puede saquear sus costas impunemente, como han hecho los bárbaros en tantas ocasiones en los últimos años.

—Pero el tiempo desaconseja navegar...

—Bordearemos Anatolia hasta llegar a Bizancio. Una vez allí ya decidiré cómo proseguir.

En dos días se cargaron en las naves romanas los tesoros de Palmira, los cofres con las piedras de oro y de plata, las piedras preciosas, las armas, las estatuas, las piezas de seda y de lino e incluso algunos animales entre los que estaban dos de los tres leones de Zenobia, ya demasiado viejos como para despertar temor, convertidos en animales tan dóciles que más parecían grandes canes domésticos que salvajes fieras.

El esfuerzo para trasladar a través del desierto de Siria las riquezas de Palmira fue extraordinario. Las estatuas se transportaron en enormes carretas, alguna de ellas construida expresamente para la ocasión, y los cofres con los mejores tesoros se cargaron en los dos carros que usaban Zenobia y Odenato, decorados con láminas de plata, que fueron conducidos por los propios generales de Aureliano.

Mientras aguardaba en la playa de Trípoli a que se cargara en los barcos todo

lo requisado, Zenobia se acercó al emperador.

—Mi hijo no se encuentra bien. No debería emprender este viaje. La humedad del mar y el viento frío del invierno pueden provocar un agravamiento de su estado.

—En ese caso, déjalo aquí. Ordenaré al gobernador de Trípoli que lo cuide hasta que recupere la salud, y que luego lo envíe a reunirse contigo en Roma. Dispondré que lo atiendan los mejores médicos de esta provincia.

—No quiero separarme de él.

—Entonces tendrá que venir con nosotros. No puedo retrasarme ni un momento más.

—Permíteme que nos quedemos los dos. Te prometo que no intentaré escapar y que acudiré a donde me reclames cuando mi hijo esté curado.

—No. Tú vienes conmigo, señora. En cuanto a tu hijo, puedes llevarlo con nosotros o dejarlo aquí, como desees.

—Debemos apresurarnos, augusto —intervino el almirante—. La flota está preparada. Cuanto más tardemos en partir peores serán las condiciones.

—Tú decides —le dijo el emperador a Zenobia.

—Mi hijo vendrá conmigo.

—En ese caso, prepárate para partir.

*Mar Egeo, finales de 272;
1025 de la fundación de Roma*

Alineadas como una interminable hilera de hormigas, las naves romanas bogaban hacia el oeste bordeando las costas del sur de Anatolia. El cielo estaba gris; un viento frío y húmedo empapaba las velas y obligaba a los remeros a emplearse con fuerza.

Anocheecía. Sobre la cubierta de proa del *Estrella de Iliria*, una trirreme en la que viajaban Zenobia y el emperador, la reina de Palmira contemplaba el horizonte marino. A su lado, Vabalato la miraba sin entender qué estaba pasando.

—¿Adónde nos llevan, madre?

—A Roma.

—No quiero ir.

—No te preocupes, estaremos bien. Te gustará. Dicen que es la ciudad más grande del mundo y que está llena de diversiones.

En ese momento, redonda y plena como una bandeja de plata, la Luna comenzó a surgir de las aguas.

—La Luna —dijo el pequeño señalando al astro de la noche.

—¿Sabes que ahí vive gente?

—¿En la Luna? —se extrañó Vabalato.

—Sí. Lo cuenta un escritor llamado Luciano de Samosata. En la biblioteca de Alejandría leí un libro suyo titulado *Historias verdaderas*; en él dice que estuvo en la Luna.

—Cuéntamelo.

—De acuerdo, pero es hora de acostarse.

La reina y su hijo se acomodaron en la pequeña camareta de popa que Aureliano les había designado para que viajaran con cierta intimidad.

—¿Cómo llegó ese escritor a la Luna?

—Cuenta que estaban navegando por el mar más allá de las columnas de Hércules y de pronto se desató una enorme tormenta. Los vientos eran tan fuertes que la nave voló por los aires arrastrada por el huracán y fue ascendiendo durante siete días hasta que al octavo llegaron a una isla redonda y brillante. Los marineros desembarcaron en la isla y en cuanto pusieron pie en tierra fueron capturados por los hipogipos, unos hombres que vuelan sobre el lomo de buitres gigantes de tres cabezas, y llevados ante su rey. Este los reconoció por los vestidos y dedujo que aquellos marineros eran griegos.

—¿Y cómo lo supo?

—Porque él también lo era. Se llamaba Endimión y les dijo que había sido raptado de la Tierra mientras dormía, y que lo habían hecho rey de aquel país, que era la Luna. Les reveló que sus habitantes estaban ahora en guerra con los del Sol, cuyo rey se llamaba Faetonte, y les pidió ayuda a cambio de una enorme fortuna.

—¿Y por qué estaban en guerra? —Vabalato tenía los ojos abiertos y escuchaba a su madre ensimismado.

—Porque Endimión había enviado a los pobres de la Luna a colonizar el Lucero del Alba, que estaba desierto, y aquello no le pareció bien al rey del Sol. A la mañana siguiente sonaron las alarmas en la Luna porque el ejército del Sol se acercaba. Era un gran ejército, formado por soldados muy extraños: pájaros cubiertos de vello en vez de plumas, pulgas del tamaño de un elefante, seres vestidos con amplias túnicas a modo de velas con las que podían volar... Y así fue como se dio la batalla entre los ejércitos del Sol y de la Luna.

—¿Y quién ganó?

—Pues en principio parecía que habían ganado los de la Luna, pero se descuidaron y los del Sol, que se habían retirado, regresaron para ganar la batalla. Los habitantes del Sol construyeron una gran muralla para impedir que su luz iluminara la Luna, de modo que esta quedó sumida en una noche permanente, en un fenómeno que desde la Tierra llamamos eclipse.

» El rey de la Luna envió una embajada al del Sol para pedirle que derribara esa muralla, pues no querían estar en la oscuridad, y a cambio le prometió que nunca más le haría la guerra y que le pagaría tributos.

—¿Y se firmó la paz?

—Sí. Y además se acordó que la colonización del Lucero del Alba la harían en común los habitantes del Sol y de la Luna, y que ambos dejarían que los habitantes de los demás astros se gobernarán por sus propias leyes. Los marineros griegos fueron liberados y regresaron a la Tierra viajando en su nave entre las estrellas.

Los ojos de Vabalato se habían cerrado.

Zenobia meditó sobre la obra de Luciano de Samosata y no le pareció tan absurda. Estimó que si todos los gobernantes del mundo la leyeran y la entendieran, quizá no habría tantas guerras.

Dejaron atrás la isla de Rodas sin fondear en su famoso puerto, antaño protegido por el Coloso, una estatua tan enorme que los barcos entraban por la bocana pasando bajo sus piernas, y pusieron rumbo norte, directos hacia las costas de Macedonia.

Zenobia le preguntó al capitán del *Estrella de Iliria* por la ubicación de Atenas.

—Queda justo al oeste, señora, a unas ciento cincuenta millas de nuestra actual posición. Con viento favorable, en un par de jornadas estaríamos allí.

—¿Conoces Atenas? —Aureliano había escuchado la pregunta de Zenobia y se interesó por ello.

—No. Deberías saberlo.

—La mayoría de mis predecesores en el imperio de Roma han sentido una especial atracción por esa ciudad. El augusto Adriano la consideraba su favorita, y yo mismo he sido invitado por el Consejo para ser investido como arconte de Atenas.

—Me han hablado mucho de ella.

—Sé que también pretendías ser reina de Grecia. Tal vez ese consejero tuyo, Longino, no te explicó que a los atenienses no les gustan los reyes.

—Grecia es parte de Oriente, y el imperio de Palmira se hubiera extendido hasta allí. Ambos, palmirenos y romanos, debemos mucho a los griegos, ¿no crees? —Zenobia recordó de nuevo a Giorgios, y pensó en su amante muerto.

—Grecia enseñó muchas cosas al mundo, y sus filósofos nos educaron en la sabiduría, pero ahora la dueña y señora de ese mundo es Roma, mi señora —replicó Aureliano.

—Una vez que nos muestres como trofeos de guerra en Roma, ¿qué piensas hacer con nosotros?

—Todavía no lo he decidido. Si fuera un monarca oriental, tal vez te incluiría en mi harén como una más de mis concubinas, pero los romanos somos monógamos y yo ya tengo esposa.

El emperador contemplaba el hermoso rostro de Zenobia; su brillante cabello

negro estaba cubierto con un pañuelo de seda. Habían pasado varios años desde que la viera por primera vez en Palmira pero no había perdido un ápice de su extraordinaria belleza. En verdad que ningún hombre en el mundo podía mostrarse indiferente ante la que fuera reina de Oriente.

—Yo también tuve un esposo.

—Un fiel servidor de Roma. Debiste haber aprendido de él y seguir su camino. Si te hubieras mantenido fiel a Roma, ahora seguirías siendo la señora de Palmira y no una cautiva.

—Mi esposo anhelaba una Palmira libre y yo no hice otra cosa que llevar adelante su plan.

—Si no hubiera sido asesinado, tal vez las cosas hubieran sido diferentes.

—Yo no tuve nada que ver con su muerte, si eso es lo que insinúas. Los romanos me acusasteis de ser la instigadora de su muerte y divulgasteis toda una sarta de mentiras y falsedades para perjudicarme y poner así a la gente de Palmira en mi contra —protestó Zenobia.

—Tal vez alguno de mis predecesores así lo creyera, pero yo estoy seguro de que el asesinato de tu esposo no fue promovido por ti; en caso contrario hubiera ordenado que te ejecutaran como responsable de la muerte de un leal servidor de Roma. Pero tampoco creo que fuera obra de ese pariente tuyo.

—Meonio —precisó Zenobia.

—... Meonio, sí; se trataba de un tipo demasiado insignificante como para tramar la muerte de Odenato por sí solo.

—¿Y quién crees que fue el asesino?

—Los persas, por supuesto. Eran ellos quienes más ganaban con la desaparición del caudillo que los había vencido en todos los combates y había devuelto a Roma la seguridad en las fronteras del Eufrates. Sapor estaba convencido de que si Odenato encabezaba el mando del ejército romano en Oriente, Persia acabaría cayendo en poder de Roma.

—¿Tienes pruebas de lo que dices?

—No, claro que no. Pero en Roma, cuando sucede un caso de este tipo, siempre nos preguntamos a quién beneficia. Y es evidente que los más beneficiados con el asesinato de tu esposo fueron los persas. Ese pariente de Odenato no tenía la menor posibilidad de sucederle en el trono; alguien lo utilizó para llevar a cabo el asesinato, y sólo pudo ser el rey de Persia.

—Cuando ordené que apresaran a Meonio estaba celebrando un banquete. ¿No te parece una prueba concluyente?

—En Roma, cualquier abogado que hubiera defendido a Meonio ante pruebas tan endebles hubiera logrado su exculpación. Nuestro derecho nos garantiza la defensa en los tribunales de justicia. Tú no dejaste que se defendiera en un juicio y ordenaste su ejecución inmediata sin darle la oportunidad de hablar. Te precipitaste, pues con un interrogatorio inteligente hubieras obtenido datos de

interés y tal vez tu decisión final hubiera sido diferente.

—No, estoy segura de que no me equivoqué. Meonio era culpable y pagó por ello.

—En Palmira sois muy expeditivos; en Roma no hacemos las cosas así.

—Sé muy bien cómo os las gastáis en Roma. Casi todos tus predecesores han sido asesinados ejerciendo el cargo de emperador y ha habido ocasiones en que no menos de una docena de generales se ha proclamado al unísono. Los romanos sois los menos apropiados para dar lecciones al respecto, augusto.

—Perdona, señora, no he pretendido molestarte. Sé que el recuerdo de tu esposo muerto no es agradable, te pido excusas por mi torpeza.

Aquel tipo, de aspecto rudo y poderoso, podía ser delicado y amable si se lo proponía, y aunque en el campo de batalla se mostraba como un implacable luchador, en los salones de los palacios era capaz de comportarse como el más elegante de los cortesanos.

—El tiempo es inusualmente bueno para esta época del año. Podemos seguir el rumbo, atravesar los estrechos y navegar por el Ponto hasta el delta del Danubio; si no nos detenemos y el tiempo sigue así, ganaremos un par de días al menos en este viaje —confirmó el almirante.

Ese era el plan trazado, pero Aureliano había recibido una inquietante noticia. Un mensajero llegado en un barco desde Atenas que había recorrido el Egeo en busca de su emperador le anunció que la tribu de los carpi, un pueblo semibárbaro asentado a orillas del Danubio, se había rebelado contra Roma y había atacado algunas guarniciones de la I Legión Itálica, una de las más prestigiosas del Imperio.

—Sigue rumbo al Ponto; nos aprovisionaremos en Bizancio en el menor tiempo posible, atravesaremos el Bósforo, navegaremos hasta las bocas del Danubio, lo remontaremos y caeremos sobre las espaldas de los carpi; no puedo presentarme en Roma con la frontera del norte en llamas y la Galia en rebeldía.

Cuando Zenobia fue informada de que iban a acelerar la marcha todo lo posible se inquietó. Protestó ante Aureliano y se quejó de que su hijo no mejoraba y de que la humedad del mar le había provocado un empeoramiento.

Uno de los médicos del emperador lo examinó y concluyó que el muchachito no tenía nada grave.

Pero aquella misma noche Vabalato tuvo un acceso de fiebre. Ardió empapado en sudor a pesar del frío. Zenobia lo abrigó con una manta de lana y le procuró calor con su propio cuerpo, pero el niño no dejaba de temblar y de sudar. Zenobia pidió de nuevo que trajeran al médico, que se presentó enseguida medio adormilado.

—Esta calentura es normal, señora; se trata de un simple enfriamiento que se

le pasará en dos o tres días. Ten paciencia —le dijo.

—Hace varias semanas que presenta este aspecto.

—Es un muchacho fuerte, sanará.

A la mañana siguiente agonizaba.

La flota romana estaba a unas pocas millas de la embocadura del Helesponto, el estrecho que comunica el Egeo con el mar de Mármara. Justo a unas pocas millas del estrecho, Vabalato sufrió una subida de la fiebre y resultó afectado por convulsos temblores. A mediodía murió.

Zenobia no derramó una sola lágrima. Se limitó a mantener el cuerpo de su niño muerto junto a ella hasta que se enfrió y comenzó a ponerse rígido.

—La reina no quiere separarse del cadáver de su hijo, pero no podemos llevar con nosotros a un muerto. Galeno estimaba que muchas enfermedades se transmiten por inhalación; si ese sabio griego estaba en lo cierto, la enfermedad que ha matado a este muchacho podría extenderse a todos los que navegamos en esta trirreme —informó el médico al emperador.

—Hablaré con ella —resolvió Aureliano.

En la pequeña estancia de proa, Zenobia se mantenía aferrada al cuerpo de Vabalato, rígido y frío medio día después de que expirara.

Aureliano pidió permiso para entrar pero nadie respondió. Golpeó con sus nudillos la puerta del camarote de Zenobia pero no hubo respuesta alguna. Aguardó unos instantes y ante la persistencia del silencio abrió y se encontró a la reina recostada en la cama con el pequeño muerto entre sus brazos envuelto en una manta roja.

—Mi señora —habló el emperador—, tu hijo ha muerto. Nada puedes hacer ya por él. Debes permitir que su alma regrese al mundo de la luz. Estoy seguro de que Mitra lo recibirá con agrado.

Zenobia alzó los ojos y contempló a Aureliano, que procuraba mostrar su rostro más amable y conciliador.

—Mi hijo... —balbució.

—Está muerto y su cuerpo no puede seguir a bordo. Dice el médico que con esta humedad se descompondrá pronto y podría provocar graves enfermedades a los demás. Lo siento, debemos desprendernos de él. Déjame que lo coja.

Aureliano se acercó despacio y tomó el cuerpo muerto del muchachito con sus manos. Zenobia no se resistió y lo soltó.

—Mi hijo...

—Tendrá un funeral digno de un príncipe.

Sobre la cubierta de la trirreme imperial dos carpinteros construyeron una pequeña balsa en cuyo centro colocaron una pira de leña y sobre ella el cuerpecito de Vabalato envuelto en un sudario de lino blanco y en la manta de lana roja. Con ayuda de unas cuerdas, varios marineros bajaron la balsa hasta colocarla sobre las olas y la soltaron. Arqueros equipados con flechas

incendiarias lanzaron las saetas sobre la balsa, que comenzó a arder con rapidez gracias a que habían embadurnado la pira con grasa y betún.

La trirreme se fue alejando hacia el norte, en busca de la embocadura del Helesponto, dejando atrás la balsa en llamas donde se consumía el cadáver del muchachito que un día fue proclamado augusto de Roma, faraón de Egipto y emperador de todo el Oriente, y cuyo rostro ilustraba algunas monedas de oro.

Zenobia no quiso mirar; se limitó a arrebujarse en su manto de cálida lana y a fijar sus ojos en las colinas que enmarcaban el estrecho. De aquel mundo con que tanto había soñado, de aquel efímero imperio que gobernó como regente de su hijo, de aquellos planes para convertir a Palmira en el centro del mundo ya no quedaba nada. Ahora se había convertido en una mujer sola en medio de una tormenta, y únicamente le quedaban los lejanos recuerdos de un pasado que parecía haber sido tan sólo un sueño.

Capítulo XLV

Bizancio, orillas del Bósforo, principios de 273; 1026 de la fundación de Roma

La próspera ciudad de Bizancio había sido fundada muchos siglos atrás por colonos griegos de la ciudad de Megara. Rezaba una leyenda que el oráculo de Delfos, ante la consulta de los colonos sobre cuál sería el mejor emplazamiento para su nueva ciudad —pues estaban a punto de zarpar en busca de un lugar en el que establecerse—, auguró que la debían fundar «frente a la ciudad de los ciegos». Los de Megara no entendieron en principio el mensaje, pero navegaron por el Egeo siempre hacia el norte, atravesaron el Helesponto y cuando iban a salir del mar de Mármara divisaron una península en la orilla occidental del estrecho del Bósforo, justo enfrente de una colonia llamada Calcedonia. El caudillo de la expedición era Bizas, quien interpretó que «la ciudad de los ciegos» a la que había hecho alusión la sibila de Delfos no podía ser otra que Calcedonia, pues sus fundadores no se habían dado cuenta de que el mejor lugar para ubicar una ciudad en esa zona era precisamente la orilla que habían desechado. Bizas decidió fundar su nueva ciudad en esa península y la nueva ciudad se llamó Bizancio en reconocimiento a su agudeza.

Ubicada en la punta de una península, sobre siete colinas, como la propia Roma, desde su acrópolis se dominaba el paso del Bósforo, una larga y estrecha lengua de mar que unía el Ponto Euxino con el Mármara, punto estratégico fundamental en las rutas comerciales y militares porque allí confluían los caminos entre el norte y el sur y el este y el oeste de la mitad oriental del Imperio romano.

La flota imperial se fue acercando hacia el llamado Cuerno de Oro, un amplio estuario que por sus extraordinarias características se consideraba el mejor puerto de todo el Mediterráneo y el más seguro, pues estaba protegido de todos los vientos, no había corrientes marinas peligrosas y no le afectaban las mareas.

Decenas de barcos se alineaban en los malecones junto a los mercados de la ciudad, siempre rebosantes de mercancías procedentes de medio mundo.

—Fondearemos en Bizancio sólo el tiempo necesario para reponer suministros y seguir hacia el Danubio —anunció Aureliano a Zenobia, que había permanecido en silencio desde la muerte de su hijo.

—Tu éxito es tu condena.

—¿Qué significa eso?

—Que estás condenado a librar una guerra tras otra. Los romanos habéis construido un imperio sobre una única razón: la guerra. Y no os queda otro remedio que seguir eternamente en guerra si queréis mantenerlo. Y la historia demuestra que eso no puede ser. Si has leído a los grandes historiadores como Heródoto, habrás comprendido que todos los grandes imperios que en el mundo han sido han acabado descompuestos, y de algunos de ellos sólo quedan las ruinas de un pasado de esplendor o la memoria en los libros de historia.

—Recuerdo que cuando visité tu ciudad como embajador imperial alguno de tus cortesanos comentó algo parecido. Yo le respondí que Roma era eterna. Los romanos no somos como los asirios o como los egipcios, señora. El espíritu romano es el que nos hace fuertes. Hubo un tiempo en el que el temido Aníbal empujó a Roma hasta el mismo borde del abismo. En aquella extrema situación cualquier otro pueblo se hubiera rendido, pero Roma se resistió a ser vencida; a pesar de las derrotas, nuestros generales, nuestro Senado y nuestro pueblo juraron combatir hasta el final, hasta la última gota de sangre del último hombre romano. Pese al valor de Aníbal y a su audacia, ganamos aquella guerra y conseguimos alzarnos con la supremacía en el mundo. Desde entonces, y hace ya medio milenio de ello, Roma es la señora y dueña de este mundo. Los romanos solemos decir que es eterna porque cuando caiga Roma, todo caerá con ella.

—En eso os parecéis a los cristianos, que están convencidos de que un día, que ellos llaman el del Juicio Final, se producirá el fin del mundo...

—No tengo nada que ver con esos cristianos, y en cuanto a sus supercherías, no son otra cosa que falsos augurios para asustar a viejas, engatusar a esclavos y ganarse adeptos entre los más débiles de espíritu —asentó el emperador.

—A veces, ciertos augurios se cumplen; cuando te dirigías hacia Palmira con tus legiones se comentaba que a lo largo de tu vida hubo varios augurios que anunciaban que ibas a ser emperador.

—Sí, algo de eso he oído —ironizó Aureliano.

—Me gustaría saber si es cierto cuanto se decía sobre esos presagios y si se han cumplido.

—¿A cuáles te refieres?

—A la serpiente que se enroscaba en la palangana donde te lavaba tu madre cuando eras un niño y a la que nadie podía dar muerte.

—Si ocurrió así yo era demasiado pequeño; comprenderás que no lo recuerde. Pero sí, mi madre me dijo alguna vez que una serpiente inofensiva

solía aparecer en el cuarto donde yo dormía y que acudía a esa palangana para beber su agua. En varias ocasiones los criados de mi madre intentaron matarla, pero siempre se escapaba y volvía una y otra vez; imagino que lo que buscaba era el agua caliente que allí colocaba mi madre para bañarme.

—También dicen que de niño vestías un manto púrpura, el color reservado a los emperadores de Roma.

—Sí, eso es cierto. Lo recuerdo bien. Era un manto de lana de muy buena factura y gran calidad. Fue un regalo de un emperador, creo que de Filippo, a mi madre. Se lo entregó en una ocasión en la que visitó el templo del Sol en el que ella era sacerdotisa. Se trataba de un manto pequeño, sólo útil para un niño, y mi madre me lo entregó para que me cubriera con él en invierno.

—¿Y el episodio del águila?

—Nunca he llegado a saber si aquello fue cierto. Se llegó a decir que a las pocas semanas de mi nacimiento, y estando fajado en mi cuna, una águila me cogió entre sus garras y, sin hacerme el menor daño, me depositó sobre el altar de un templo dedicado al dios Júpiter. Pero este episodio lo he escuchado siendo emperador y no antes de mi proclamación. Algunos de los que merodean alrededor de los poderosos sólo están pendientes de halagar nuestros oídos; son esos los que han interpretado que esa águila era el mismísimo Júpiter.

—Los dioses domésticos tampoco dejaron de manifestar sus deseos de que fueras tú el futuro emperador, según he escuchado.

—Sí; cuando ya era general en mis establos nació en una ocasión un novillo completamente blanco a excepción de una mancha de color púrpura sobre la testuz en la que algunos creyeron leer la palabra «Ave». Bueno...

—Me refería a las rosas de oro —comentó Zenobia.

—Aquello no fue del todo como se cuenta. Es verdad que una primavera, siendo general de caballería de la III Legión, en el jardín de mi casa brotaron unas rosas cuyos pétalos eran de un color similar al púrpura, pero te aseguro que no eran de oro, como algunos han dicho.

—¿Y la pátera que te regaló el rey Sapor de Persia? Ese regalo es el que los persas reservan para los que consideran sus iguales, y tú sólo eras un tribuno delegado de Roma ante los sasánidas.

—Fue un gesto de Sapor para mostrar que no reconocía a Galieno como emperador de Roma. Todavía la conservo. Tiene un sol grabado en el centro, y hace tiempo que sólo rezo al Sol, es el único dios en el que creo. También me regalaron un elefante. Se dice en Roma que soy el único ciudadano romano propietario de uno, lo que se explicó como una señal más de que yo era el elegido para la púrpura. En realidad se trataba de una vieja hembra que tenía dificultades para caminar; ni siquiera valía para los juegos del circo, de modo que tuve que sacrificarla. ¿Y tú?, ¿también estuviste rodeada de señales antes de convertirte en reina de Palmira y de Egipto?

—No. Los historiadores no han tenido tiempo de inventar un relato sobre ello. Tú no les has dado ocasión de hacerlo. Sólo Calimaco escribió un memorial sobre mi linaje, donde se demuestra que soy descendiente de Dido de Cartago y Cleopatra de Egipto.

—Los historiadores no deberían falsificar el pasado —comentó Aureliano.

—Cuanto se describe en esa historia es cierto.

—Todas las historias tienen algo de invención.

—Si así piensas, tendrías que ordenar que se escribiera una nueva historia de Roma.

Aureliano sonrió ante la ironía de Zenobia.

—Eres una mujer brillante y con una sagacidad fuera de lo común. Ahora comprendo por qué Oriente cayó rendido a tus pies. No era sólo por tu belleza; dentro de ese hermoso cuerpo hay mucha inteligencia.

—Les di la esperanza de ser libres.

—No; les ofreciste la ilusión de tenerte como reina, y bastó para poner en marcha un imperio. Pero Roma no podía ceder en eso.

—Hubiera sido mucho mejor para el mundo que hubieras aceptado la paz y hubieras consentido la existencia pacífica de dos imperios. Hubiéramos evitado muchas muertes.

—La muerte es inevitable, mi señora. Tarde o temprano, la negra parca siempre aparece para arrastrarnos al otro mundo.

Zenobia se apoyó en la baranda de la trirreme.

—Esa ciudad —dijo la reina mirando a Bizancio— pudo haber sido parte del imperio de Palmira.

Aureliano contempló la belleza de Zenobia; la suave brisa que soplaba sobre el Cuerno de Oro agitaba el velo de seda con el que cubría su cabeza; su transparencia dejaba entrever su cabello negro y brillante.

—Toda mi vida he sido un soldado, solamente un soldado, pero te aseguro que si te hubiera conocido antes...

—No. No sigas, augusto, no hay marcha atrás. No se puede cambiar el pasado, ni siquiera los dioses pueden hacerlo, ni siquiera tu dios Sol, el único en el que yo creo.

—Había pensado en llevarte conmigo al Danubio, pero creo que será mejor dejarte aquí, en Bizancio, mientras yo soluciono la rebelión de los carpi.

—¿Crees que yo sería un estorbo en tu campaña militar? Te aseguro que he participado en algunas otras.

—Una mujer como tú es capaz de causar un hondo desasosiego en cualquier hombre, y cuando se está en campaña toda la atención debe estar centrada en la batalla.

—Tienes miedo —asentó Zenobia.

—¿Miedo? Jamás he rehusado un combate.

—No, no me refería al miedo a la guerra, sino miedo de mí, de una mujer.

Aureliano no contestó a la pregunta; en el fondo de su corazón Zenobia le provocaba una extraña inquietud.

—Te quedarás aquí, en Bizancio. En cuanto regrese, viajaremos a Roma.

La campaña de Aureliano contra los carpi duró dos meses, los más crudos del invierno. Con los veteranos de las legiones con las que había conquistado Palmira y con el apoyo de varias cohortes de las legiones I Itálica y XI Claudia, acantonadas en sus campamentos de Novae y Durostorum, a orillas del Danubio, arrasó a los carpi en dos batallas, capturó y ejecutó a los caudillos promotores de la revuelta y trasladó a los supervivientes a la región del bajo Danubio. A los que le juraron fidelidad les concedió tierras a cambio de la promesa de mantenerse leales a Roma y de ayudar a los legionarios de la V Macedónica en la defensa de esa zona del *limes*. Los que no lo hicieron fueron vendidos como esclavos o ejecutados.

Por esa victoria, Aureliano recibió del Senado el título de cárpico máximo y una nueva corona de oro. Además, al inicio de aquel año fue elegido cónsul de Roma por segunda vez.

Capítulo XLVI

*Bizancio, principios de primavera de 273;
1026 de la fundación de Roma*

Zenobia contemplaba las aguas del Bósforo desde el palacio ubicado en la acrópolis de Bizancio. Antes de partir en campaña contra los carpi, Aureliano había dispuesto que la reina de Palmira quedara recluida en un sector del palacio, con libertad para moverse por una zona vigilada pero sin posibilidad de salir del recinto. El comandante encargado de su custodia respondía con su vida si escapaba.

Uno de los eunucos de su pequeño séquito se dirigió a ella en voz muy baja.

—Mi señora, tengo una noticia que te interesará mucho.

Zenobia se volvió hacia él.

—Habla.

—Esta misma mañana había cierto revuelo en el cuerpo de guardia de palacio. He conseguido averiguar el motivo: Palmira se ha levantado en armas contra Roma.

—¿Estás seguro? ¿Es eso cierto?

—Creo que sí, mi señora. Según he podido saber, un pariente vuestro, Aquileo, ha logrado hacerse con el control de la ciudad y ha proclamado la independencia de Palmira.

—¿Qué más sabes?—insistió Zenobia.

—Nada más. Mi informador, uno de los legionarios de la guardia, tenía miedo a que su comandante lo sorprendiera hablando conmigo y no ha podido revelarme los detalles.

—Pues procura enterarte de cuanto puedas. Necesito saber lo ocurrido en Palmira.

Zenobia indicó con un gesto de su mano al castrado que se retirara y este lo hizo con parsimonia tras una reverencia.

Hacia tan sólo dos días, Zenobia había pensado en envenenarse porque apenas soportaba la ausencia de su hijo, y el recuerdo de Giorgios y de su perdida Palmira. Pero aquella noticia la reconfortó.

« ¡Palmira de nuevo libre! », pensó mientras procuraba imaginar qué habría sucedido en su ciudad. Desde luego, le sorprendió que fuera Aquileo el instigador de la revuelta contra Roma, no lo creía capaz por sí solo de dar un paso semejante.

Pero ¡y si fuera Giorgios el rebelde! Tal vez su amante ateniense no hubiera muerto y lo que le habían dicho sobre su final no era sino una excusa para desanimarla y doblegar su voluntad de resistir.

Durante toda esa semana intentó averiguar qué estaba pasando, pero el comandante de la guardia ordenó que quedara incomunicada y que le sirvieran la comida y la atendieran dos eunucos y dos sirvientas bizantinas siempre bajo la supervisión de dos legionarios, que tenían la orden de degollar al instante a cualquiera que pronunciara una sola palabra ante ella.

El emperador se presentó hecho una furia. Parecía el mismísimo dios Eolo henchido de cólera y dispuesto a desencadenar la más terrible de las tempestades.

—Imagino que ya sabes la noticia —espetó a Zenobia sin darle ocasión a saludarlo.

—Sí, enhorabuena agosto, conozco tu victoria sobre esos desdichados bárbaros que han osado cuestionar la autoridad de Roma.

—No es momento de ironías, señora. Sabes a qué me refiero.

—No sé nada; lo único que he escuchado en los últimos siete días ha sido el eco de mi voz en las estancias donde he sido recluida, el sonido de los pasos de mis guardianes, el trino de los pájaros y el ulular del viento en los tejados durante la noche. Tu perro guardián dio orden de que no se me dirigiera la palabra bajo pena de muerte y me recluyó a estas tres estancias de las que no he podido salir. ¿Cómo quieres que sepa a qué te refieres?

—Se ha producido una violenta rebelión en Palmira. ¿Tienes que ver algo en ello?

—Hace meses que estoy presa, ¿cómo pretendes que sea culpable de nada?

—Te pondré al corriente de lo sucedido. Un tipo llamado Aquileo, del que he averiguado que es pariente tuyo, comenzó a tramar una conspiración para que estallara una revuelta contra Roma. Consiguió convencer a algunos palmirenos para que se sumaran a la rebelión y una vez que logró la adhesión de varios notables de la ciudad se dirigieron a Marcelino, el gobernador que yo designé para administrar la provincia de Mesopotamia, y le propusieron proclamarlo emperador de Oriente a cambio de su apoyo y del de los legionarios a sus órdenes. Los conspiradores desconocían que Marcelino, uno de mis más fieles amigos, me informó de inmediato de lo que pretendían aquellos traidores y rechazó su oferta dándoles largas para ganar tiempo. Pero los rebeldes optaron

entonces por nombrar emperador a su cabecilla, ese tal Aquileo. Hace unos días ha sido proclamado emperador en Palmira con el nombre de Septimio Antiocho Aquileo.

» Y lo primero que ha hecho el muy cretino ha sido ordenar labrar unas inscripciones en piedra o pintadas en rojo con su nombre en todas las paredes Palmira.

—¡Vaya con Aquileo!, jamás lo hubiera imaginado al frente de una revuelta contra Roma.

—Pues debes saber que se ha proclamado emperador alegando sus derechos al trono por ser hijo tuyo.

—¡Hijo mío, pero si es mayor que yo! —se sorprendió Zenobia.

—Hijo adoptivo. Ha anunciado que tú lo acogiste como hijo adoptivo poco antes de que Palmira cayera en mis manos y, por tanto, es tu sucesor legítimo.

—¿Qué han hecho los legionarios de la guarnición en Palmira?

—Eso es lo peor. Muchos de los ciudadanos de Palmira han seguido las consignas de Aquileo y armados de cuchillos y espadas han abatido a la guarnición que dejé acantonada en la ciudad. Seiscientos de mis hombres, una cohorte entera de excelentes arqueros de Emesa, ha sido aniquilada. Sandarión, el general a su mando, también ha sido asesinado. Dime que no tienes nada que ver en esto, dímelo.

—Te juro por el dios Sol, en el que creo, que nada de cuanto ha sucedido en Palmira ha sido instigado de modo alguno por mí. Ya he visto demasiado sufrimiento, demasiadas muertes. Además, mi hijo Vabalato, el último retoño de mis entrañas, ha muerto y sin él nada me empuja ya a recuperar un reino que considero perdido para siempre. ¿Qué vas a hacer?

—Regreso de inmediato a Palmira. Voy a borrar esa ciudad de la faz de la Tierra.

—No lo hagas.

—Los palmirenos me habéis causado demasiados problemas. Arrasaré tu ciudad y arrancaré hasta la última de las piedras de sus cimientos. Cuando acabe con ella, Palmira sólo será un recuerdo.

—Te lo ruego: no la destruyas. Castiga a los culpables, es tu obligación como emperador, pero no asoles Palmira, no lo hagas, por favor, no lo hagas.

—Dame una sola razón.

—El perdón es mejor que la venganza —citó Zenobia.

—¿Quién dice eso?

—Un filósofo griego, Pitarco de Mitilene. Lo proclamó en una situación extrema. Su hijo había sido asesinado y cuando apresaron al asesino y lo llevaron a su presencia, eso fue lo que sentenció y dejó que el criminal se fuera libre.

—El castigo es el único remedio que entienden los delincuentes. Si no hubiera castigos para reprimir los delitos cometidos, el mundo sería ingobernable. Las

leyes de Roma se crearon para hacer justicia, y yo soy el encargado de impartirla.

—Eres un hombre justo y has demostrado que eres capaz de perdonar. En tu marcha amnistiaste a algunas ciudades que se habían resistido a tu avance. Haz lo mismo con Palmira y te aseguro que no habrá más rebeliones.

—¿Qué harías tú a cambio de mi perdón? —le preguntó el emperador.

—¿A qué te refieres?

—He matado a más de mil hombres con mis propias manos. Comprenderás que no me temblaría el pulso al ordenar que ejecutaran a todos los palmirenos. ¿Qué precio estarías dispuesta a pagar si me comprometo a no borrar de la faz de la tierra a tu ciudad y a todos sus habitantes?

—Lo que me pidieras. Sé que no harás nada que te deshonre.

—Hay quien asegura que soy cruel.

—Tal vez, en ciertas situaciones, todos lo seamos, pero sé que no destruirás Palmira.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—También se ha rebelado Alejandría. Un traidor llamado Firmo ha proclamado una especie de república independiente, al estilo de las antiguas *polis* griegas...

—O de la vieja Roma —lo interrumpió Zenobia, que recordaba las clases de historia que le impartiera Calínico.

—La república es una forma de gobierno propia del pasado. Una vez que reconquiste Palmira, iré a Alejandría y pondré en su sitio a ese tal Firmo. Cuando acabe con estas dos revueltas, el poder de Roma no se cuestionará nunca más.

—Palmira y Alejandría son las dos ciudades que más he amado, y ambas continúan vivas. Si las destruyes, nada me ligará ya a mi pasado.

—Hablas de ellas como si fueran la razón de tu vida.

—Y en cierto modo lo son. Han muerto todos los seres que alguna vez he querido; sólo me quedan los recuerdos. Pero mientras Palmira y Alejandría existan, aunque nunca volveré a verlas, sabré que siguen ahí, palpitantes de vida, y eso será lo único que me conforte.

—Eres extraña, señora. Los romanos amamos a Roma, aunque algunos ni siquiera saben el porqué. Yo nací en Iliria, pero me hicieron sentirme romano desde que lo recuerdo. ¿Sabes por qué? Te lo diré, Zenobia, porque Roma es el mundo, todo el mundo.

—Estáis equivocados. Allende las fronteras de Roma, hacia la salida del sol, hay una extensión de tierra mucho más grande que tu Imperio. Tal vez los romanos os creáis el centro del mundo, pero el Imperio de los sasánidas es tan grande como el de Roma, y más allá hay otro imperio, el de la India, y todavía más hacia el este otro si cabe más extenso, el de China y todavía existen unas

enormes islas en el océano del extremo oriental del mundo, donde nace el sol cada mañana.

—Tierras bárbaras... —comentó Aureliano.

Zenobia sonrió; el emperador no había sabido qué contestar ante sus argumentos. El mundo era mucho más grande de lo que suponían los romanos y, visto así, el Imperio de Roma no era ni el más grande ni el más poderoso, ni siquiera estaba ubicado en el centro del mundo, sino en su extremo occidental, en el fin de la tierra hacia Occidente.

*Palmira, finales de primavera de 273;
1026 de la fundación de Roma*

Aureliano se puso en marcha hacia Palmira al frente de dos legiones. En Antioquía, donde había concentrado a sus tropas, asistió a unas carreras de caballos en el hipódromo. Durante la competición, Marcelino, el gobernador romano de Mesopotamia, le había informado personalmente de la trama que había urdido Aquileo. Le ratificó, como ya había hecho unas semanas atrás mediante una carta, el intento de soborno a que había sido sometido y cómo algunos palmirenos, de los que tenía la lista completa con sus nombres, le habían propuesto otorgarle el título de augusto y proclamarlo emperador de Oriente si aceptaba defender la independencia de Palmira y declaraba la guerra a Aureliano.

Los habitantes de Antioquía se sorprendieron ante la presencia del emperador, pues estaban acostumbrados a que los romanos no reaccionaran con tanta celeridad ante cualquier contratiempo en la frontera oriental. La determinación de Aureliano era buena muestra de que estaba dispuesto a mantener su autoridad y la unidad del Imperio a toda costa.

Cuando en Palmira se supo que el emperador y su ejército se encontraban apenas a dos jornadas de distancia de la ciudad, el pavor a una terrible represalia cundió entre sus habitantes. Hacia sólo dos meses que, siguiendo las consignas de Aquileo, se habían sublevado contra Roma y habían asesinado a los seiscientos legionarios de la guarnición que Aureliano había dejado para controlar Palmira.

Muchos de los ciudadanos que habían apoyado la rebelión se arrepintieron. No habían calibrado la capacidad de Aureliano para responder con tanta rapidez a ese reto, y no habían tenido tiempo para preparar un ejército en condiciones de enfrentarse a las dos legiones con las que a toda marcha se acercaba el emperador.

En la sede del Senado de Palmira, entre el teatro y el ágora, los cabecillas de la revuelta sopesaron todas las posibilidades. Desde luego era imposible plantar cara a las dos legiones, pues tras la conquista de Palmira su ejército había

quedado diezmado y, además, no encontraron a ningún general dispuesto a dirigir las tropas. Zabdas, Giorgios y el resto de los oficiales que en otro tiempo los habían conducido a la victoria contra los persas estaban muertos y no había ningún estratega con la experiencia y la capacidad suficiente como para organizar la resistencia armada, y mucho menos en el plazo de dos días. Además, ni siquiera se habían ocupado en rehacer los paramentos de las murallas que habían quedado destruidos durante el asedio.

Cuando se presentaron ante los muros de Palmira, los legionarios romanos estaban excitados. Por un lado los enervaba la sed de venganza; la muerte de sus seiscientos compañeros, asesinados a cuchilladas, requería de una respuesta sangrienta que sirviera de escarmiento definitivo para los palmirenos y de aviso para cualquier otra ciudad o región que pretendiera seguir su ejemplo. De otra parte, y pese a la conquista y el saqueo del año anterior, Palmira y los palmirenos seguían siendo ricos, y los legionarios estaban convencidos de que en esta ocasión su emperador les permitiría saquearlos impunemente.

El día anterior al del asalto, Aureliano reunió a los tribunos, generales y altos oficiales en su pabellón.

—Hace ahora nueve meses conquistamos esta ciudad. Entonces concedí el perdón a la mayoría de sus habitantes, ¿qué creéis que deberíamos hacer ahora? —les preguntó.

El tribuno de mayor antigüedad, de rango senatorial, alzó su brazo y habló:

—Palmira debe ser arrasada. Tras la batalla de Zama, Roma decidió no destruir Cartago y de nuevo se rebeló contra nosotros y tuvimos que acudir a una nueva guerra. Este caso es similar; si no la destruimos, volverá a suponer un problema.

—Yo estoy de acuerdo —añadió otro tribuno.

Uno a uno, los oficiales de las dos legiones ratificaron la opinión de los tribunos y algunos propusieron que se permitiera a los legionarios saquear la ciudad.

—Sabéis bien, pues hace años que combatis a mi lado, que siempre he exigido a mis hombres una severa disciplina. Nunca he permitido ni que se robara ni que se saquearan las ciudades o aldeas conquistadas.

—Perdona que te interrumpa, agosto —intervino el tribuno de mayor rango—, pero este caso es especial. Los palmirenos no nos declararon la guerra; se comportaron como traidores y asesinos al degollar a nuestros compañeros de armas en un complot criminal. No puede haber perdón alguno para su comportamiento.

—Tal vez tengáis razón, pero no podemos dejarnos llevar por el justo sentimiento de la venganza. Palmira es una ciudad estratégica para el Imperio. Si la destruimos, tal vez nos sintamos confortados por haber hecho justicia ante nuestros compañeros muertos, pero si desaparece se irá con ella una fuente de

riqueza que puede ser muy útil. Sabéis bien que las arcas del erario imperial están vacías y que cada año que pasa es más oneroso mantener nuestro ejército, sin el cual los bárbaros se presentarían a las puertas de Roma en un par de meses. La construcción de la nueva muralla y el mantenimiento de las fortalezas en el *limes* del Rin y del Danubio, en el norte de Britania y en los desiertos de África acaparan casi todos los impuestos que recaudamos. Y además está Persia, cuya amenaza sigue pendiendo sobre Roma. Si destruimos Palmira, los persas podrían presentarse de nuevo en Antioquía o Damasco sin nadie que los frenara en su camino —alegó Aureliano.

—Tienes razón, agosto, pero deja al menos que durante un día nuestros soldados ejerzan su venganza.

El comandante de la guardia imperial se acercó hasta Aureliano y le bisbisó algo al oído. El emperador asintió con la cabeza.

—Me acaban de comunicar que ante nuestro campamento se ha presentado una delegación de ciudadanos de Palmira y ofrecen rendirse si perdonamos sus vidas y no destruimos su ciudad.

—No tienen ninguna baza para negociar la rendición. Deja que nuestros hombres se venguen, agosto. Un día, sólo un día.

Aureliano se quedó pensativo por unos largos instantes y, ante la expectación de su Estado Mayor, al fin habló:

—De acuerdo. Mañana a la salida del sol los legionarios entrarán en la ciudad y les dejaré hacer, pero sólo hasta mediodía. Cuando el sol esté en lo más alto sonarán las trompetas y cesará el saqueo. Si después de ese momento algún legionario sigue en ello, será ejecutado de inmediato.

» Decidle a los mensajeros de Palmira que quienes lo deseen podrán salir de la ciudad, dispondrán para hacerlo del tiempo que va del alba a la salida del sol, pero lo harán sin llevar nada consigo. Los que decidan quedarse dentro deberán atenerse a las consecuencias.

Y así ocurrió. Como había dispuesto el emperador, con las primeras luces del alba sonaron las trompetas y unos centenares de palmirenos salieron por las puertas huyendo de la masacre anunciada. Otros muchos se quedaron en sus casas, esperanzados en que los romanos se limitarían a saquear sus moradas y sus riquezas. Justo cuando el arco amarillo del sol comenzó a rayar en el horizonte sonaron de nuevo las trompetas y los legionarios se lanzaron al pillaje.

Palmira fue saqueada, muchos de sus hombres ejecutados, sus mujeres violadas y luego asesinadas y con ellas sus hijos, incluso los más pequeños; ni siquiera los ancianos fueron respetados.

A mediodía sonaron de nuevo las trompetas y cesaron el saqueo y las matanzas. Aureliano entró en Palmira y contempló el terror que habían aplicado sus legionarios.

Centenares de cadáveres aparecían diseminados por las calles en medio de

charcos de sangre que teñían las calzadas de macabras manchas marrones. Todas las casas presentaban sus puertas quebradas y de muchas de ellas salía un humo negrozco y un repelente olor a muerte y a destrucción.

Los aquíferos de la III Legión Cirenaica se cebaron con el templo del Sol. La mayoría eran ciudadanos de Bosra y no habían olvidado que los palmirenos arrasaron y destruyeron el templo de Bel de su ciudad cuando la ocuparon en tiempos del gobierno de Zenobia.

Los supervivientes y los que habían salido de la ciudad al alba, que habían quedado concentrados en el valle de las tumbas, fueron conducidos a la plaza del ágora y a la escena del teatro. Los que habían sobrevivido a la matanza no constituían ni siquiera la cuarta parte de los habitantes que tenía Palmira antes de ser sometida a la ira de las legiones. Entre ellos estaba Aquileo, el caudillo y principal instigador, que se había proclamado emperador de Oriente.

—Borpha, Tybul, Hegión, Bolha, Barates, Shaqai, Maani, Cálices, Hagago, Themes, Estásimo... —un escriba fue leyendo unas listas escritas en rollos de papiro con los nombres de los implicados en la revuelta según los informes que el gobernador Marcelino había hecho llegar a Aureliano.

Los citados que todavía quedaban vivos fueron identificados, separados del grupo y conducidos al exterior de la puerta de Damasco, donde fueron degollados.

Aureliano perdonó la vida a los demás supervivientes y dejó la decisión sobre Aquileo para el final. Al sobrino de Antioco Aquiles le esperaba una muerte terrible.

—De modo que tú eres el causante de todo esto. Me han dicho que eres pariente de Zenobia.

—Mi tío, Antioco Aquiles, fue socio de su padre, y ambos se consideraban casi como hermanos.

—¿Por qué lo hiciste? Sabías que no podías vencer.

—Me cegó la ambición. Soy un hombre de condición humilde que fui adoptado por Antioco. Creí que me convertiría en su hijo y que heredaría toda su fortuna. Yo lo amaba, pero él le legó la mitad a Zenobia... Yo, y o...

—Quitadle las cadenas. Eres libre —sentenció Aureliano.

Aquileo no creía lo que estaba oyendo; los generales de Aureliano se miraron sorprendidos.

—Pero, agosto, este hombre ha sido el culpable del asesinato de seiscientos soldados romanos —alegó un tribuno sorprendido por la decisión.

—« El perdón es mejor que la venganza », dijo un filósofo griego —se limitó a comentar Aureliano.

—Gracias, mi señor. —Aquileo se arrojó a los pies del emperador.

—Hoy mismo saldrás de esta ciudad para no regresar jamás; si vuelvo a verte te aseguro que no tendré piedad y ordenaré que te descuarticen con

caballos y arrojen tus despojos a los perros. Vete a Persia, o al fin del mundo si lo prefieres, escóndete allí y no se te ocurra regresar nunca. Eres un tipejo insignificante, indigno siquiera de ser juzgado por un tribunal de Roma.

Aureliano miró a sus generales y a sus tribunos; ni uno solo se atrevió a replicar su decisión.

—¿Qué hacemos con los supervivientes y con la ciudad, augusto? —le preguntó un tribuno.

—Requisad cuanto quede de valor y liberad a esas gentes, que vuelvan a sus casas y reanuden sus actividades. Dejaremos aquí una guarnición de dos cohortes y cuatro escuadrones de caballería. Todas las demás tropas disponibles partirán de inmediato hacia Alejandría. Una vez sofocada la rebelión de Firmo, los legionarios recibirán una buena compensación y podrán disfrutar de un descanso. Los que más destaquen en el combate tendrán un puesto en las cohortes pretorianas de Roma.

El emperador recorrió la ciudad y se detuvo ante el gran santuario de Bel, que había sido muy dañado por los legionarios de Bosra. Aureliano ordenó que se restaurara de inmediato y se reanudara el culto en exclusiva al dios Sol, aunque autorizó que los palmirenos se dirigieran a él con el nombre de Bel. Tras la victoria, prometió que erigiría en Roma un templo dedicado al dios Sol, al que le atribuía la protección de sus soldados en las batallas, y ordenó que se requisaran varias estatuas de buena factura dedicadas al Sol, obra sin duda de escultores griegos, para ser enviadas a Roma.

Antes de partir, Aureliano dispuso que se destinaran tres libras de oro, algunas gemas del tesoro de Zenobia y mil ochocientas monedas de plata de las requisadas a los palmirenos para reconstruir lo destrozado por los legionarios y reponer los adornos destruidos y arrancados, y ordenó que se remitiera una carta al Senado de Roma para que enviara a un pontífice para que volviera a consagrar el templo una vez restaurado.

Capítulo XLVII

*Alejandro, verano de 273;
1026 de la fundación de Roma*

Firmo, el comerciante nacido en la ciudad de Seleucia, en Mesopotamia, que residía hacía más de veinte años en Alejandría, había amasado una enorme fortuna comerciando con seda, piedras preciosas, oro y plata. Gracias a sus buenas relaciones con el Imperio sasánida, al fin y al cabo él era persa de nacimiento, sus redes comerciales se extendían hasta la India, de la que se decía que era la tierra más fértil del mundo. Desde luego, en lo referente a piedras preciosas era cierto, pues en la India se obtenían las más grandes y perfectas gemas, sobre todo rubíes, brillantes y esmeraldas.

Los agentes comerciales de Firmo rastreaban permanentemente los mercados de la India y de Persia y compraban en ellos las mejores piedras que enviaban a Alejandría, donde el sagaz comerciante multiplicaba su valor engastándolas en anillos, pulseras, broches o collares que luego vendía a las damas de Roma. Las esposas de los senadores, las de los más ricos patricios e incluso mujeres de alta alcurnia en la corte imperial eran sus principales clientas.

Firmo había hecho algunos negocios con Antioco Aquiles, el preceptor de Zenobia, y había mediado ante el sumo sacerdote Anofles para que este ayudara a los palmirenos a someter a Egipto. Tras la derrota de Palmira, y temiendo ser ejecutado por los romanos, sobornó a varios de ellos para que lo dejaran en paz, pero al enterarse de la rebelión de Palmira y del triunfo momentáneo de Aquileo decidió seguir sus pasos y se proclamó caudillo de la república independiente de Alejandría.

Sometida Palmira, Aureliano envió a todas sus tropas disponibles sobre Egipto. Pacificada la frontera del Danubio, asegurada la presencia romana en Asia Menor y en Grecia, derrotada y escarmentada Palmira, Alejandría era el último foco de resistencia en Oriente. Si lograba sofocarlo, Aureliano se podría presentar en Roma como el verdadero pacificador del Imperio y tendría las manos libres para reducir a los últimos rebeldes en la Galia y fortalecer las defensas en el Rin. Y entonces sí podría ser aclamado como uno de los más

grandes emperadores, a la misma altura que Octavio Augusto y Trajano.

A la vista de Alejandría, Aureliano supo que no resistiría ni una semana el ataque de sus legiones, y que en pocos días su triunfo sería completo.

En el exterior de la ciudad, entre los campos de trigo recién cosechados, una embajada de alejandrinos se presentó ante el emperador. La encabezaba un cristiano llamado Anatolio, que había convencido al senado de la ciudad para que retirara su apoyo a Firmo y se le autorizara para pactar con Aureliano una rendición digna.

El emperador recibió a la delegación en su campamento.

—Alejandría está dividida, augusto —comenzó a hablar Anatolio—. Parte de la población quiere pertenecer al Imperio de Roma, pero algunos insensatos han escuchado los discursos alocados de Firmo y se han unido a él. Nosotros venimos a ofrecerte la lealtad de los cristianos de Alejandría y que nombres gobernador a Julián, uno de los nuestros.

—Alejandría ya se rebeló en otra ocasión contra Roma y se puso del lado de Zenobia, y ahora ha vuelto a sublevarse. No puedo esperar de los alejandrinos otra cosa que la traición —respondió Aureliano.

—Si perdonas a esta ciudad y castigas sólo a los seguidores de Firmo, te aseguro que Alejandría permanecerá fiel a Roma y que el trigo de Egipto continuará fluyendo para garantizar el pan a sus habitantes.

—Voy a restablecer la ley en Alejandría y en todo Egipto, de manera que te doy dos días para que todos los que se consideren aliados y leales a Roma salgan de la ciudad. Pasado ese plazo, daré orden a mis soldados para que la conquisten.

—Dicen que asolaste Palmira. Te ruego que no destruyas Alejandría; si la ciudad sobrevive, Roma tendrá en ella una fiel aliada y una fuente de riqueza.

—O una víbora a su espalda dispuesta a morderla y a inocularle su veneno en cuanto le sea posible.

Aureliano sabía que desde Alejandría se controlaba el comercio a través del mar Rojo, y que el esfuerzo que había hecho Zenobia para ocuparla se debía a que necesitaba Alejandría para mantener ese flujo comercial bajo su influencia. A Roma le ocurría lo mismo; no podía consentir que las mercancías que desde la India y el Yemen circulaban por el Mar Rojo hasta Egipto permanecieran fuera del dominio de Roma, y mucho menos que productos como el papiro, el vidrio o el lino, cuyo comercio monopolizaba Alejandría, quedaran en manos de rebeldes.

Acabado el ultimátum del emperador, más de la mitad de los alejandrinos, sobre todo los cristianos, los judíos, muchos artesanos y la mayoría de los trabajadores de los muelles y los astilleros, salieron de la ciudad y juraron fidelidad a Roma. Los que se quedaron fueron los grandes comerciantes, sus esclavos y sirvientes y los sacerdotes de los templos de la religión de Egipto, sobre todo los de Isis y Serapis, además de algunos cientos de soldados

mercenarios.

Aureliano ordenó entonces el ataque.

Las murallas fueron fácilmente superadas por los legionarios, que avanzaron hacia el barrio de Burchion, donde se levantaban las casas de los comerciantes más ricos. Allí se centró la última fase de la resistencia de los alejandrinos que habían decidido resistir al dominio de Roma.

La última casa en ser tomada fue la de Firmo; unos legionarios consiguieron derribar las puertas de madera reforzada con chapas de bronce y encontraron a todos sus habitantes muertos. El propio Firmo se había suicidado abriéndose el vientre con su espada.

Cuando Aureliano entró en Alejandría, la ciudad estaba tomada y los que se habían resistido habían sido liquidados sin piedad. Algunos edificios habían sido saqueados por los legionarios, sobre todo el complejo del Museum. Los laboratorios y las aulas donde se explicaba astronomía, geometría, matemáticas o medicina habían sido arrasados y varios soldados se dirigían con antorchas hacia el edificio de la Biblioteca, el único que permanecía indemne.

—¡Alto! —ordenó el emperador—. ¿Qué pensabais hacer?

—Vamos a quemar ese edificio, es el único que aún no hemos arrasado —respondió un centurión.

—Esa es la biblioteca más importante del mundo. No la toquéis. Pagaré con su vida el soldado que destruya uno solo de los volúmenes que ahí se guardan.

El centurión bajó su antorcha y ordenó a sus hombres que apagaran las que portaban. Pareció no entender la orden de Aureliano, ni por qué debían respetar aquel edificio lleno de legajos y rollos de papiro para los que no encontraba otra utilidad que alimentar la lumbre los pebetesos o envolver pescado en los mercados.

Tras cuatro días de saqueos, Aureliano ordenó que se demolieran las murallas de Alejandría pero que se respetaran la Biblioteca, los templos que no hubieran sido destruidos y el puerto.

Cuando en todo Egipto se supo de la derrota y caída de Alejandría, una sensación de inquietud y miedo se extendió por el viejo reino de los faraones. En las ciudades hubo asambleas en las que se decidió acatar el dominio de Roma y jurar lealtad a su emperador.

Aureliano desplegó dos legiones por el país; sus legados tomaron posesión de todas las ciudades del Nilo hasta la primera catarata y se eliminó a cuantos fueron identificados como seguidores de Firmo. Bastaba una mera delación para que el denunciado fuera detenido y ejecutado, aunque no se aportaran pruebas.

El emperador dictó un decreto por el cual todos los campesinos de Egipto deberían abonar la mitad de sus cosechas al Estado romano como tributo destinado a alimentar a la plebe de Roma.

Sofocada la rebelión de Firmo en Egipto y sometido todo el país con las dos legiones, que allí quedaron acantonadas, Aureliano envió una orden a Bizancio para que Zenobia fuera trasladada hasta Atenas, donde él acudiría para desde allí viajar a Occidente.

Cuando la reina de Palmira fue informada, su rostro pareció iluminarse. De las tres ciudades que admiraba, Atenas era la única que no había visitado. Ansiaba conocer cómo era en verdad la ciudad que le describieran Giorgios y su preceptor Longino y, si se lo permitían, visitar los templos de la Acrópolis y recorrer los barrios de los ceramistas y la Academia que fundara Platón.

El barco que la llevó desde Bizancio tardó una semana en recorrer el mar de Mármara y el Egeo, hasta que una mañana luminosa y azul embocó la entrada del puerto del Pireo.

El gobernador romano del Ática esperaba la llegada de la reina desde hacía un par de días.

En cuanto Zenobia puso un pie en tierra el gobernador se acercó a ella y la saludó con una reverencia, como si siguiera siendo la emperatriz de Oriente.

—Sé bienvenida a Grecia, señora. El augusto Aureliano me ha encomendado que te acoja con toda hospitalidad. Mi nombre es Cneo Cayo Lucilio y soy el gobernador de la provincia del Ática. Tengo orden de conducirte a Atenas. Te instalarás en mi propia residencia, una comfortable casa a los pies de la Acrópolis.

—Te lo agradezco.

Zenobia observó a su alrededor la laboriosidad que había en los muelles del puerto y entendió que la normalidad del dominio de Roma en esa parte del mundo parecía haberse asentado con las acciones de Aureliano.

La carroza del gobernador, escoltada por varios soldados, recorrió el camino entre el Pireo y Atenas, al lado de los dos largos muros que habían construido los atenienses para defender la calzada que comunicaba el puerto con la ciudad en la época de las sangrientas guerras con los grandes reyes persas Darío y Jerjes.

Conforme se acercaban a la ciudad, la colina de la Acrópolis se perfilaba más rotunda. Zenobia apartó las cortinillas de la ventanilla de la carroza y contempló la mole de mármol depositada por los dioses en medio de la ciudad, coronada por el famoso templo de Atenea Virgen, la diosa que había dado a Atenas su más preciada riqueza: el olivo.

—Los griegos dicen que esta es la tierra de los dioses —comentó el gobernador Cayo Lucilio, que cabalgaba al lado del carro de Zenobia, en el que también viajaban dos esclavas que le había asignado Aureliano para que la asistieran.

—La imaginaba así —respondió Zenobia sin dejar de contemplar la colina

sagrada.

Una vez en casa del gobernador, Cneo le informó de lo sucedido en Egipto.

—Sometida Alejandría, el augusto Aureliano vendrá a Atenas; aquí será investido con el cargo de arconte, que le ha sido ofrecido por el Consejo de la ciudad, como ya ocurriera con otros grandes emperadores como el divino Adriano. Se trata de la más alta magistratura de Atenas, que se le otorga como reconocimiento a la pacificación del Imperio y al haber acabado con las incursiones de los piratas bárbaros que durante varios años asolaron nuestras costas.

Zenobia recordó que Giorgios le había contado cómo murieron sus padres en una de esas incursiones, lo que lo empujó a alistarse en las legiones romanas en busca de venganza.

—¿Qué ha ocurrido con Alejandría? —le preguntó Zenobia.

—Por las noticias que tengo, sé que el emperador ha ordenado derribar sus murallas y que algunos edificios han sido destruidos en los combates con los rebeldes. Ha habido bastantes muertos entre los insurgentes y la ciudad ha perdido en los últimos años a más de la mitad de la población, pero, bajo la paz de Roma, se repondrá y seguirá siendo el puerto más importante del *Mare Nostrum* en Oriente.

—¿Y la Biblioteca?

—Se ha salvado. El emperador Aureliano ordenó que se respetaran los libros. Nuestro actual emperador no es un filósofo, como lo fue Adriano, ni un poeta, como se recuerda de Nerón, ni un coleccionista de historias como Octavio Augusto, pero sabe de la utilidad de los libros y de la importancia de los sabios.

—Yo fui una vez reina de Alejandría... —susurró Zenobia.

Cneo calló y se limitó a ofrecerle una copa de vino rebajado con agua para que se refrescara tras el camino desde El Pireo. Corrían los últimos días del verano y todavía hacía bastante calor.

—Bebe, señora. Es malvasía, te reconfortará.

Zenobia tomó la copa y le dio un largo sorbo; era dulce y agradable al paladar. Recordó haber bebido algo parecido aquel atardecer en el palacio de Cleopatra, con sus copas de oro, al lado de Giorgios, mientras un enorme sol rojo se hundía en un mar dorado y calmó.

Aureliano desembarcó en El Pireo el último día del verano. Todos los magistrados de Atenas acudieron a recibirlo y lo agasajaron con una corona de laurel, al estilo de los vencedores en los Juegos Olímpicos, y una crátera de plata.

Tras una rutinaria votación que se celebró en la *bulé*, el edificio en el que se reunía el Consejo de los atenienses, la ciudad nombró a Aureliano arconte en una ceremonia que se celebró en el templo de Zeus Olímpico, que seguía inacabado

aunque su construcción se había iniciado hacía cientos de años. El emperador se comprometió a destinar el dinero necesario para finalizarlo.

Zenobia no presenció ese ritual; las mujeres no podían asistir a los actos públicos del gobierno de la ciudad, pero recibió una nota del emperador en la que le anunciaba que en cuanto acabara con aquellos rituales protocolarios acudiría a visitarla.

Desde que llegara a Atenas, hacía dos semanas, Zenobia no había podido salir de casa del gobernador. En varias ocasiones le había solicitado permiso para visitar la Acrópolis y el templo de la diosa Atenea, pero Cneo se lo había negado porque tenía órdenes tajantes del emperador de que no saliera y de que estuviera permanentemente vigilada.

Durante aquellos días no hizo otra cosa que esperar novedades y leer un libro de Hesíodo titulado *Teogonía*, donde aquel sabio explicaba cómo se había originado el mundo y cómo habían sido creados los hombres y los dioses.

En aquella lectura reconoció alguno de los relatos que sobre los dioses y las estrellas le contara Giorgios en sus noches de amor, y sintió añoranza por su amante muerto sobre los muros de Palmira, y lloró por el amor perdido del que apenas pudo disfrutar, por el efímero imperio que le arrebataron tan temprano, por los hijos muertos antes de tiempo, por su ciudad amada a la que nunca regresaría.

Por fin, una mañana el gobernador le anunció que esa tarde acudiría el emperador a cenar a su casa.

Aureliano apareció vestido con una clámide púrpura, la capa corta que usaban los griegos para montar a caballo y que luego adoptaron como propia los romanos. El emperador lucía espléndido. Había sometido todo Oriente, había derrotado a los bárbaros del norte y había sido reconocido y homenajeado por la más ilustre y sabia de las ciudades.

—Espero que hayas sido tratada con la hospitalidad que merece la que fue reina de Oriente; di instrucciones muy precisas para que así fuera —le dijo Aureliano a su prisionera.

—Tu gobernador ha cumplido tus órdenes a rajatabla. Lo único que he visto en las últimas tres semanas son las paredes de esta casa y no ha pasado un solo instante sin que haya sido vigilada por unos ojos atentos a cuanto hacía. Ni siquiera en el baño he disfrutado de un instante de soledad. No es así como entendemos en Oriente la manera de brindar la hospitalidad a un huésped.

—Siento que te hayas sentido prisionera, pero debes comprender que no puedo dejar libre a la mujer que desafió a Roma y que a punto estuvo de acabar con su dominio en Oriente. Soy el emperador y mi pueblo espera que me comporte como tal. No debería confesarte esto, pero muchos de mis generales siguen insistiendo en que lo mejor sería ejecutarte.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Te compadeces de mí o deseas mostrarme como

uno más de tus trofeos cuando recibas el triunfo en Roma por tus victorias?

—Roma sólo concede el honor del triunfo a los generales que han obtenido una victoria sobre cinco mil enemigos. Pero estoy seguro de que vencerte a ti sola bien merecería ese reconocimiento. Una rebelde como tú debe ser condenada a muerte, pero eres demasiado bella para que tu hermoso cuerpo se pudra en un sombrío sepulcro. Y sí, quiero llevarte conmigo a Roma, quiero que el pueblo romano te vea desfilar como la más preciada de mis insignias y que contemple tu belleza y tu derrota. Si ordeno tu muerte, en unos pocos días no serías otra cosa que un lejano recuerdo en la memoria de los que te conocieron, y los poetas cantarían canciones alabando tu belleza y los historiadores glosarían tus gestas, tal vez exagerando tus logros o minimizando tus conquistas. Pero si te mantengo con vida, cada día que pasa constituyes la prueba viva de mi triunfo, y mi poder aumenta al convertirme en el dueño absoluto de tu destino; y si soy tu dueño, lo soy también de todo cuanto has representado, de tus sueños, de tu ambición, de tus temores, de tus anhelos, de tu pasado...

» Por eso te quiero viva. Si ordeno que te ejecuten, tu figura se convertirá en una leyenda, o más aún, en uno de esos mitos que tanto gustan a los griegos, y entonces serías una heroína a la que le saldrían imitadores sin tardar demasiado. A los hombres les gusta más emular las gestas legendarias de los muertos que las hazañas reales de los vivos. Me eres mucho más útil viva que muerta. Viva eres una mujer, hermosa y bellísima, sí, pero a la vez débil y mortal; viva eres una más de mis propiedades; viva estás sometida a mi antojo y dependes de mi voluntad; viva eres lo que yo quiero que seas; viva eres mía. Pero si mueres, sólo pertenecerás a la historia.

—Me tienes miedo. El augusto Aureliano, el restaurador del Imperio de Roma, el vencedor de los bárbaros, el invicto general... me teme.

—No, señora. Me temo a mí mismo, y tú eres el remedio a mi propio miedo.

—Lo sabía. Estás ardiendo en deseos de poseerme, sin que te importe mi voluntad, y te pones a prueba ante mí. Soy tu tentación más mordiente y estás dispuesto a vencer tus impulsos más viscerales para demostrarte a ti mismo que tu voluntad es más fuerte que la atracción que sientes. Tú, agosto, tú eres el prisionero.

—Especulas demasiado, señora. ¿Crees que sentiría el menor remordimiento si te poseyera aquí mismo?

Aureliano se acercó hasta Zenobia, la tomó entre sus poderosos brazos y la apretó contra su cuerpo. Zenobia dudó. No sentía ninguna atracción hacia aquel hombre y no deseaba convertirse en la concubina de un emperador al que no parecía preocuparle otra cosa que su gloria militar y el triunfo de Roma.

—Una nueva conquista, sin resistencia, no añadirá más gloria a tu fama.

Aureliano se apartó de la reina de Palmira. Parecía confuso. La había abrazado seguro de que aquella mujer, fría y distante, se estremecería en brazos

del dueño del mundo, pero la sintió gélida y lejana, como si hubiera abrazado a una de esas estatuas de mármol de Afrodita que decoraban los templos dedicados a venerar a la diosa del amor.

—Tienes razón: las victorias más extraordinarias son las obtenidas con el mayor esfuerzo —comentó antes de retirarse.

Capítulo XLVIII

*Mar Jónico, principios de otoño de 273;
1026 de la fundación de Roma*

El viento del este tensaba hinchíendolas de aire las velas de la flota que comenzaba a zarpar desde El Pireo rumbo al oeste.

—Si Eolo envía vientos favorables y Neptuno se muestra amable con nosotros, en unos días el ejército desembarcará en la Galia —comentó el comandante de la trirreme en la que había sido embarcada Zenobia.

La reina se volvió hacia él.

—¿La Galia? ¿No vamos a Roma?

—Por el momento, no.

—Pero... Quiero hablar con el emperador.

—El agosto se ha adelantado, señora. Zarpó ayer.

—No entiendo; me dijo que lo esperaba un recibimiento triunfal en Roma.

—Así es, pero antes quiere restaurar su dominio sobre la Galia. Hace ya varios años que en esa provincia se han levantado varios usurpadores que se han proclamado emperadores. Aureliano ha decidido que es hora de darles su merecido y devolver la unidad al Imperio. Quiere hacerlo así antes de recibir su triunfo en Roma. En cuanto a ti, señora, tengo orden de llevarte a la isla de Capri. Allí esperarás el regreso del emperador para entrar con él en Roma.

—Una nueva prisión...

—Estarás cómoda. Te instalarás en una villa que fue construida por el emperador Tiberio para su recreo. Allí pasó los últimos años de su vida retirado del ajetreo de la capital y de las intrigas políticas. Te gustará.

Zenobia torció el ceño. Se había hecho a la idea de pasar el resto de su vida encerrada en una prisión romana, tal vez en las mazmorras de algún palacio, sintiendo pasar un día tras otro sin otra esperanza que la llegada de la muerte, quién sabe si para encontrarse con sus seres queridos al otro lado. Todos los pueblos de la Tierra creían en otra vida después de la muerte. En Palmira, la muerte se consideraba el tránsito hacia una vida mejor en la que se disfrutaba de una existencia placentera. Pero los romanos eran distintos al resto de los pueblos

del mundo. Ellos, que hacían obras para ser eternas, no creían en la eternidad de las almas. Roma era un imperio en la Tierra y todo cuanto se hacía en su religión estaba dirigido a la utilidad en este mundo.

Es cierto que algunos de sus sacerdotes hablaban de sus dioses inmortales, la mayoría heredados, aunque con distintos nombres, de los dioses griegos, y que algunos romanos se enterraban con una moneda para pagar al barquero Caronte a fin de que los trasladara al otro lado de la laguna Estigia, la que tenían que atravesar todos los muertos, pero en verdad ningún romano culto creía que existiera otra vida tras la muerte. Para los romanos, sólo Roma y nada más que Roma era eterna.

Al segundo día de navegación dejaron las costas del Peloponeso y pusieron rumbo hacia el oeste. Todos los marineros sabían que una vez doblado el cabo Sunion, navegando siempre hacia la puesta de sol a través del mar Jónico, se arribaba al sur de Italia. Si los vientos y las corrientes eran favorables, en esa época del año lo habitual era avistar tierra justo a la altura del estrecho que separaba Italia de la gran isla de Sicilia, la que dividía el mundo marino romano en dos mitades.

Una de las dos esclavas que atendían a Zenobia le anunció que la cena estaba lista. El cocinero de la trirreme había preparado un asado de carne ahumada de cerdo condimentada con *garum*.

—Es carne de cerdo, señora —le avisó la esclava.

Zenobia apenas tenía apetito. Bebió un poco de vino rebajado con abundante agua y rechazó el plato. Los árabes no comían cerdo. Era un animal que consideraban inmundo, portador de numerosas enfermedades y difícil de criar en sus desiertos porque necesitaba mucha agua debido a que su piel se reseca con el sol si no se humedecía a menudo.

La esclava se retiró y la dejó sola. Atardecía sobre el Jónico; unas aves volaban muy alto hacia el sur en bandadas alineadas en forma de punta de flecha. El maderamen de la trirreme crujía con cada envite de las olas. El viento del este ayudaba a los remeros, que por turnos no dejaban de bogar hacia el oeste.

Sicilia apareció en el horizonte poco después del amanecer. Algunos marineros ofrecieron oraciones a Neptuno, el dios del mar, por haberlos llevado a salvo a través de las aguas y haberles permitido contemplar tierra de nuevo.

—Hubo un tiempo, el de los héroes, en el que el astuto Ulises, rey de Itaca, recorrió errante durante veinte años estas aguas, intentando regresar a su pequeño reino al lado de su esposa Penelope, que aguardaba ansiosa a su esposo tras la victoria de los griegos en la guerra de Troya. Ulises, el más inteligente de los reyes helenos que participaron en aquella guerra, fue quien ideó la estratagema, que cuenta Virgilio en la *Eneida*, para la conquista de Troya. —El comandante de la trirreme se acercó a Zenobia, que desde la proa contemplaba

las costas sicilianas.

—Vaya, todos los romanos citáis a Virgilio como si fuera un miembro más de vuestra familia —comentó la reina de Palmira.

—Es nuestro gran poeta. Los griegos tuvieron a Homero para cantar las hazañas de sus héroes; nosotros tenemos a Virgilio.

—Conozco esa historia. En Palmira teníamos los libros de Homero. Leí los dos que escribió, y conozco los viajes de Ulises. Es una gran gesta, pero tal vez no fuera del todo cierta —respondió Zenobia.

—En la época de los héroes pasaron cosas que ahora parecen increíbles. Pero creo que tienes razón, señora, y o jamás he visto sirenas ni cíclopes, y hace veinte años que navego por las aguas de este mar.

Poco antes de tocar tierra en Sicilia, el comandante cambió el rumbo y la trirreme viró al norte, navegando en paralelo a la costa siciliana, sobre la que destacaba una enorme montaña cubierta de nieve y humeante.

—El volcán Etna —comentó el comandante—. De vez en cuando vomita fuego y lava. Hay quien cree que en sus entrañas existe una fragua en la que el dios Vulcano, al que los griegos llamaban Hefesto, fabrica los rayos de Júpiter.

Zenobia recordó que en una ocasión, poco antes de que los romanos atacaran Palmira y ante el sonido de las fraguas en las que se forjaban las armas de los palmirenos, Giorgios le contó la historia de Hefesto, el herrero, y cómo este, cojitranco, contrahecho y feo, se había desposado con Afrodita, la más hermosa de las diosas.

—Y supongo que ese humo es el que sale de su fragua, por lo que parece que ahora está trabajando en ella —ironizó Zenobia.

*Isla de Capri, otoño de 273;
1026 de la fundación de Roma*

El comandante avisó a Zenobia a la vista de la isla.

—Capri, nuestro destino.

—Pero si es un pequeño islote —se sorprendió.

—Espero que no permanezcas aquí demasiado tiempo, señora. En cuanto se restaure la Galia, irás a Roma.

Desembarcaron en el pequeño puerto de la isla, en un muelle de madera donde había media docena de pequeñas embarcaciones de pesca. Capri tenía laderas muy escarpadas que caían al mar en forma de precipicios vertiginosos y el palacio de Tiberio estaba ubicado en la más alta de las dos cimas que configuraban su inconfundible perfil para los marineros.

Conforme iban ascendiendo la empinada ladera, la panorámica que se abría a sus ojos era más extraordinaria. Frente a la isla se alzaba majestuoso un monte,

sobre la ciudad de Neapolis.

Hicieron un alto en el camino para que los porteadores descansaran un poco.

—Aquel es el Vesubio. —El comandante señaló la montaña—. Hace un par de siglos estalló y la lava que surgió de las entrañas de esa montaña sepultó a varias ciudades. Se dice que todavía permanecen enterradas bajo las coladas de lava y barro.

—La cólera de Hefesto, supongo —comentó Zenobia.

—Sí. Vulcano suele enfadarse de vez en cuando y manifiesta su cólera haciendo surgir de la tierra las rocas candentes. Imagino que no soporta que su bella esposa, la diosa Venus, ande por ahí fornicando con cuantos dioses o mortales se encuentra en el camino. La ira de los dioses siempre la pagamos los humanos.

Por fin, tras el largo y pesado ascenso, alcanzaron la cumbre de la isla.

El palacio que ordenara construir Tiberio había perdido buena parte de su pasada grandeza. Tiempo atrás, en su esplendor, debía de haber sido una residencia magnífica, con fabulosas estancias y patios porticados, terrazas y jardines colgando sobre el acantilado a modo de nidos de águila y estanques y parterres maravillosos. Ahora, muchos de los edificios de la gran villa imperial estaban abandonados o en ruinas y la otrora fastuosa residencia se había reducido a media docena de pequeños edificios, un par de modestos jardines y dos patios porticados, uno abierto hacia la bahía de Neapolis y otro hacia el oeste.

El encargado de la residencia recibió al legado del emperador, que portaba un papiro con las órdenes escritas de Aureliano en las que le ordenaba la custodia, bajo su propia vida, de Zenobia de Palmira.

—Señora, aquí acaba mi cometido. Desde ahora quedas en manos del gobernador de esta isla. Espero que tu estancia en Capri sea dichosa.

—Agradezco tu diligencia, comandante... Vaya, ahora caigo en la cuenta de que ni siquiera sé tu nombre.

—No importa, señora. Recuérdame alguna vez como el marinero que te condujo a través del mar de Ulises para traerte hasta Capri, tu nueva Itaca.

—Mi única Itaca está en Palmira, a la que, a diferencia de Ulises, nunca regresaré.

Pasaron dos meses sin que Zenobia recibiera noticia alguna. El gobernador de la isla la visitaba un par de días a la semana, se limitaba a reiterarle que no había ninguna novedad y le confesaba que él también estaba ansioso por conocer qué estaba ocurriendo en la guerra que el emperador había emprendido en la Galia, pues de ella dependía el futuro de todo el Imperio.

Una vez a la semana llegaba un barco con algunas mercancías y suministros desde Neapolis, y los isleños aprovechaban aquellos contactos para preguntar a los marineros sobre las nuevas de Roma.

Zenobia estaba degustando un plato de *tyropatinam*, uno de los postres más deliciosos según los gustos romanos. Se trataba de una crema elaborada con yemas de huevo, leche y miel, cocida lentamente hasta que cuajaba y adquiría un color dorado.

Esa misma semana habían llegado buenas noticias de la Galia. El gobernador interrumpió a Zenobia mientras la reina daba cuenta de la dulce crema.

—Señora, lamento molestarte, pero al fin traigo noticias de tu interés: el augusto Aureliano ha sometido a toda la Galia. Tétrico, el viejo senador que proclamaba su autonomía como gobernante de esa región, ha claudicado ante el emperador.

—Por lo que parece, la guerra ha sido muy rápida.

—Tétrico heredó el gobierno de la Galia siendo ya un anciano. Su edad y su escasa preparación militar no han sido rivales para Aureliano. Algunos de sus generales le instaron a resistir, pero él desistió; no quiso que se enfrentaran romanos contra romanos. En verdad, lo que Tétrico ansiaba era entregarse a Aureliano y acabar con esta situación.

» Las legiones leales a Roma han derrotado a algunos rebeldes que no han querido someterse en una batalla librada en los Campos Cataláunicos, en el centro de la Galia, que ha sido pacificada. El emperador ha destacado una flota en el mar occidental para que limpie las costas de Britania y de Bélgica de piratas sajones. Y lo mejor es que la provincia de Britania, en la gran isla occidental, también ha sido completamente restituida al Imperio por sus gobernadores.

—Britania... ¿Sabes, gobernador, que hubo un tiempo en el que los mercaderes de Palmira tenían delegaciones en esa provincia, en el extremo norte, y que hasta allí llevaban nuestros productos?

—No me gusta Britania, señora. Serví dos años en la segunda cohorte de la VI Legión Victrix, en Luguvalium, un campamento ubicado en el *limes* del norte, sobre la misma muralla que construyera el emperador Adriano para mantener a raya a los belicosos pictos, un pueblo salvaje que vive enriscado en sus brumosas tierras, más similares a bestias que a hombres. Siempre llovía, y ni siquiera en verano calentaba el sol lo suficiente como para sacarte de los huesos el frío y la humedad del invierno. Las armas se oxidaban en cuanto dejabas de secarlas o te relajabas en su mantenimiento. No, Britania no es para alguien que ha nacido en la bahía de Neapolis, pero aquellos dos años en el norte de aquella isla me proporcionaron un rápido ascenso, y tiempo después pude optar a este puesto.

—Gobernador de Capri; no parece un gran destino. Esta isla se puede recorrer de parte a parte en media jornada y apenas viven aquí mil personas.

—Tal vez para ti, que has sido, según me dicen, soberana de todo Oriente durante algún tiempo, una pequeña isla como esta no sea el mejor de los reinos posibles, pero te juro por Vulcano que yo no cambiaría este gobierno ni siquiera por el del reino de Persia.

—Parece que vuelven los buenos tiempos para Roma —comentó Zenobia.

—Todo se lo debemos al augusto Aureliano. Hacia falta un emperador de su energía y determinación para restaurar la gloria de Roma. Creo que a partir de ahora, el Imperio va a vivir una segunda edad de oro, como la que iniciara Octavio Augusto y culminaran los divinos Trajano y Adriano.

—Hace tres o cuatro años, cuando yo gobernaba en todo Oriente y varios generales se autoproclamaban emperadores, Roma estuvo a punto de perder su Imperio. Y ahora Aureliano lo ha recuperado. Todo parece así demasiado fácil.

—Roma no ha dejado jamás de ser grande. El problema que teníamos es que los emperadores que la han gobernado en los últimos decenios no estaban dotados ni del coraje ni de la fuerza necesarios para dirigir el Imperio. La debilidad del emperador Galieno permitió que se alzaran las provincias orientales —el gobernador de Capri omitió cualquier referencia directa a la revuelta de Zenobia en Palmira—, que los persas asolaran el *limes* de Mesopotamia, que la Galia fuera gobernada al antojo de los usurpadores que habían proclamado su propio imperio desde que lo hiciera el traidor Postumo hace siete años, y que los bárbaros penetraran impunemente en territorio romano saqueando provincias y ciudades.

—Entonces, ¿el emperador regresa ya a Roma?

—No lo sé, señora, aunque imagino que lo hará de inmediato, pues tengo noticias de que ha ordenado que se vaya preparando su triunfo en Roma.

—¿Todavía permanece en la Galia?

—Creo que sí. Algunas partidas de soldados rebeldes han huido y se han dedicado a saquear villas y aldeas, pero serán reducidos enseguida. Aureliano ha nombrado como gobernador de la Galia a su gran amigo y mano derecha, el tribuno Probo, un experimentado y enérgico general que no permitirá que los bandidos o los bárbaros incordien a los ciudadanos romanos de la Galia.

—¿Qué ha ocurrido con los vencidos? Aureliano tiene fama de severo, pero yo lo he visto comportarse de manera caritativa con los que han sido derrotados por él, sobre todo si se han entregado sin resistencia.

—Ha permitido que los legionarios de la Galia que combatieron contra él se incorporen a las legiones leales al emperador; muchos de ellos han sido destinados a Britania, a la II Augusta y a la XX Valeria Victrix. Y en cuanto a Tétrico, lo ha perdonado y creo que le otorgará algún puesto relevante una vez regrese a Roma. Aureliano sabe que la rendición de Tétrico ha salvado muchas vidas romanas, pues si se hubiera mantenido firme la guerra hubiera sido terrible y se hubiera saldado con miles de bajas. Aureliano no puede permitirse que las

luchas civiles entre romanos desangren el Imperio como ya ha ocurrido en otras ocasiones. Necesita a todos los soldados disponibles para defender Roma de nuestros verdaderos enemigos: los bárbaros.

Al día siguiente, el gobernador se presentó de nuevo ante Zenobia. Estaba inquieto y hablaba de manera precipitada.

—Prepárate, señora, partes de inmediato hacia Roma. Acaba de atracar una nave con una orden imperial. Mañana, al alba, te llevará hasta el puerto de Ostia.

—Imagino que soy el broche del triunfo de Aureliano.

—No lo sé, señora. Me limito a cumplir la orden del emperador que, por cierto, ha sido honrado por el Senado con un nuevo título.

—¿Rey de Roma? —Zenobia sabía que a algunos emperadores les gustaba mantener la ficción de que Roma seguía siendo una república, y que el Senado guardaba ciertas formas republicanas, aunque fuera de un modo meramente nominal.

El gobernador fingió no sentirse molesto por aquella impertinencia.

—No. Se trata de algo mucho más importante para un romano. Le ha sido otorgado el título de *britannicus maximus* por haber recuperado esta provincia para el Imperio.

—Si Aureliano sigue acumulando títulos y honores, no habrá un arco triunfal lo suficientemente grande como para que quepan todos en una sola inscripción.

—Y por lo que respecta al senador Tétrico, el emperador ha sido magnánimo. Lo ha nombrado *corrector* de Italia y le ha prometido que nombrará a su hijo gobernador de la región de Lucania, una de las regiones más importantes del sur de Italia; allí se crían la mayoría de las pjaras de cerdos que abastecen de carne a Roma.

Zenobia sonrió. El hijo del que podía haberse convertido en emperador de Roma si se hubiera atrevido a plantar batalla a Aureliano sería pronto el gran porquero del Imperio.

—Todo ha vuelto a su sitio.

—Tétrico facilitó mucho la conquista de la Galia. Uno de sus principales aliados, el gobernador Faustino, lo conminó a que se proclamara emperador y a que marchara con sus legiones sobre Roma cuando Aureliano se encontraba guerreando en Oriente, pero lo que hizo Tétrico fue enviar una carta secreta a Aureliano en la que le prometía que si acudía a la Galia se pondría a sus órdenes, lo reconocería como emperador legítimo de todo el Imperio y lo ayudaría a someter a los rebeldes.

—¡Ahora comprendo el cambio de planes de Aureliano a su regreso de la campaña por los Balcanes! Entonces no entendí por qué se había desviado de su ruta a Roma para arriesgarse a perder su ejército en la Galia. Tenía asegurada la victoria con la rendición pactada de Tétrico. Aureliano es muy listo.

—Roma está segura con él; y eso es lo que importa.

Capítulo XLIX

*Puerto de Ostia, principios de enero de 274;
1027 de la fundación de Roma*

El delfín de plata era el nombre del barco que llevó a Zenobia hasta el puerto de Ostia. La nave atracó en el malecón de poniente del nuevo puerto construido hacía cien años para suplir al viejo, ya abandonado, pues había quedado anegado ante los cambios de curso del río Tiber.

La mayor parte de las mercancías que llegaban a Roma lo hacían a través del puerto de Ostia, donde trabajaban miles de personas afanadas en descargar barcos con trigo de África con el que se mitigaba la demanda de pan de los cientos de miles de personas que vivían en la capital del Imperio.

Una escolta de veinte legionarios de la guardia pretoriana, mandada por un centurión, aguardaba su llegada.

El capitán de la nave entregó a su prisionera y a las dos esclavas que la servían al centurión y le dio una tablilla de madera con un texto escrito en el que se dictaban las condiciones en las que tenía que ser tratada Zenobia. Aquel oficial conocía bien su trabajo y cumplía con disciplina todas sus obligaciones; no había dejado ni un solo día de redactar el parte diario que tenía que presentar al legado de su cohorte en Roma.

—Señora —todos los que se dirigían a la reina tenían que darle ese tratamiento—, mi nombre es Cayo Fulvio, centurión de la primera cohorte de la guardia pretoriana. Me han encomendado la misión de conducirte hasta Roma. Esta noche descansarás en Ostia y partiremos mañana al amanecer; hay toda una jornada de camino.

—¿Dónde me alojaré?

—En casa del presidente de la corporación de constructores de barcos; es la mejor mansión de esta ciudad. Su nombre es Marco Tulio, un hombre muy rico.

Zenobia subió a una carreta en cuya portezuela pudo ver dibujadas las iniciales del emperador. La comitiva atravesó la calle principal atestada de gentes que caminaban prestas entre centenares de carros. Decenas de tiendas se abrían en los bajos de las casas, muchas de ellas de cuatro y cinco pisos de altura.

Circularon con dificultad debido al intenso tráfico que colapsaba la calzada a pesar de que los pretorianos se empleaban con dureza para abrir paso a la carreta de Zenobia.

Por fin llegaron ante la casa de Marco Tulio. El constructor de barcos era elegante y culto. Dueño del mayor astillero de Ostia, su fortuna se debía a la construcción de naves, muchas de ellas por encargo del ejército romano. Su casa era un verdadero palacio de considerables proporciones, con un gran patio central decorado con un enorme mosaico.

Avisado de la llegada de Zenobia, el naviero aguardaba ante la puerta acompañado de su esposa, de dos de sus hijas y de media docena de esclavos. Marco Tulio se adelantó para ayudar a Zenobia a descender de la carreta.

—Sé bienvenida a mi casa, señora, que desde ahora es la tuya.

—Gracias —respondió ella apoyando su mano en el brazo que él le ofrecía.

—Mi esposa, Julia Serena, y mis hijas, Domicia y Aurelia.

Las tres mujeres inclinaron levemente la cabeza; todos en aquella casa parecían muy impresionados por albergar a la que un día fue la augusta de todo Oriente.

—Seis pretorianos harán guardia permanente por turnos. Mañana, con las primeras luces del alba, partiremos hacia Roma. La señora deberá estar lista para entonces.

—No te preocupes, centurión, sé bien lo que debo hacer.

—Salve —el centurión saludó a Marco al uso militar y se marchó con parte de sus hombres, dejando a los seis del primer turno de guardia.

En aquella mansión todos los detalles daban buena muestra de la riqueza de su propietario.

—Magníficos mosaicos. ¿Son sirenas? —Zenobia señaló unas figuras femeninas con cabeza y torso de mujer y cola de pez.

—No, señora; son nereidas, las hijas de Neptuno, el dios del mar. Los marineros de Ostia se encomiendan a él y le ofrecen sacrificios antes de iniciar una travesía. Y yo construyo los barcos que ellos manejan, de modo que cuando encargué el mosaico central de mi casa quise que aparecieran las ninfas reflejadas en el suelo.

—Señora —terció la esposa del naviero—, hemos supuesto que estarías hambrienta y cansada tras la travesía y te hemos preparado un baño antes de la cena. Disponemos de unas pequeñas termas privadas en nuestra casa.

—Te lo agradezco...

—Julia, mi nombre es Julia.

—Te lo agradezco, Julia.

—En ese caso, acompáñame, señora.

Marco Tulio se excusó y dejó a las mujeres solas. Se habían dispuesto un par de estancias para Zenobia y sus esclavas, y allí se quitó la ropa y se cubrió con

una bata de seda. El baño era de considerables proporciones pese a estar destinado al uso exclusivo de los moradores de aquella casa.

—Me gustaría quedarme sola —le dijo Zenobia a Julia.

—Como deseas, señora.

La reina se sumergió en el agua caliente de una enorme bañera de mármol blanco decorada con bajorrelieves de cabezas de leones. El agua estaba perfumada con esencia de rosas. Sus dos criadas le masajearon los hombros y la espalda y le aplicaron cremas y ungüentos que Julia les había proporcionado.

Ya en su estancia, Zenobia se vistió con una túnica de seda roja y se cubrió los hombros con un manto azul.

Pese a lo avanzado del invierno, no hacía frío. La casa era muy confortable y estaba dotada de un sistema de calefacción mediante conductos de aire caliente que discurrían bajo los mosaicos y por el interior de los muros.

La cena se sirvió en el *triclinium*, una estancia de más de diez pasos de larga con un mosaico en el que destacaba la figura de una hermosa mujer recostada sobre una enorme almohada, a cuyos pies parecían sometidos los animales más fieros, leones, tigres, jabalíes, osos, panteras, cocodrilos e incluso monstruos marinos que surgían de las aguas para humillarse ante ella.

—Espero que la comida sea de tu agrado, señora —le dijo el naviero a la vez que con un gesto de su mano ordenaba a los esclavos que comenzaran a servirla.

—Hemos preparado los platos más delicados que se suelen tomar en Roma; esperamos que sean dignos de tu persona —intervino Julia.

Los esclavos comenzaron a sacar bandejas repletas de comida.

—A este lo llamamos *moretur*, es un pastel de ajo y queso de cabra. Y ese es el *epytirum*, un picadillo de aceitunas majadas en aceite de oliva que se come untándolo en rebanadas de pan. ¡Ah!, las inevitables habas, que ahí están servidas en crema batida con hinojo, vino blanco de la Campania, aceite de la Bética y salsa *garum* de las factorías de Gades. Y el pulpo, pescado en las costas de Cerdeña, aderezado con salsa picante y fritura de verduras. Como plato principal hemos preparado un cabrito asado con ciruelas pasas de Damasco, *garum* y aceite de oliva. Y para acabar, tomaremos *encytum*, nuestro delicioso pastel de queso, harina y miel servido sobre manteca ardiente; nuestro cocinero lo prepara como nadie. El vino es un delicado caldo rojo de Capua rebajado con hidromiel —explicó Marco.

—¿Es de tu gusto, señora? —le preguntó Julia.

—Sois unos excelentes anfitriones.

—Cuando nos dijeron que te instalarías en nuestra casa, procuramos que te sintieras a gusto entre nosotros y que disfrutaras de la hospitalidad de los romanos. Hemos intentado conseguir alimentos de tu tierra de origen, pero en el mercado sólo he encontrado ciruelas pasas de Damasco. Nos han dicho que Palmira es famosa por su excelente cocina; ¿es así?

—Sí. Dicen en Oriente que en Palmira se elabora la mejor cocina del mundo. Nuestros cocineros son célebres, pero su secreto es simple: utilizan los mejores productos y nunca engañan a sus clientes.

Zenobia probó todos los platos; los consideró sabrosos, aunque ninguno de ellos alcanzó la sutil delicadeza de los que se servían en Palmira.

—Señora, ¿me permites una pregunta? —dijo Marco.

—Claro.

—¿Por qué te alzaste contra Roma? Espero no molestarte ni parecer inoportuno.

—No, no lo has sido. Te responderé. Creímos que Roma estaba acabada. Supusimos que el Imperio era incapaz de garantizar la seguridad del mundo civilizado y que la autoridad de los emperadores había desaparecido. Mientras vivió mi esposo Odenato, él fue la muralla de Roma en Oriente, pero tras su asesinato todo cambió. Aquel mundo se desmoronaba por momentos ante nuestros propios ojos y teníamos que hacer cuanto estuviera en nuestras manos para evitarlo. El Imperio era demasiado grande, por todas partes surgían generales que se autoproclamaban emperadores en cualquier lejana provincia y no se vislumbraba ninguna mejora de la situación, ni siquiera un atisbo de esperanza. En medio de aquella desolación yo quise erigirme en salvadora de Oriente, y fracasé.

» Imagino que os habrán contado cosas terribles de mí: que asesiné a mi esposo, que traicioné a Roma, que conduje a mi pueblo a la destrucción...

—Este es un puerto en el que constantemente recalán marinos y viajeros de todo el Imperio, y cada uno cuenta las cosas de distinta manera, pero créeme, señora, a todos cuantos les he oído hablar de ti lo hacían con admiración. Es verdad que muchos te condenaban por haberte rebelado contra la madre Roma y por haber provocado una guerra, pero en sus palabras se intuía que te admiraban. Y, eso sí, todos comentaban tu legendaria belleza, que he podido comprobar que es cierta.

Julia se sintió incómoda por aquel galanteo de su esposo.

—Hubo un momento en el que me sentí tan fuerte que pretendí emular a Cleopatra y convertir en realidad su sueño. Ella fracasó y yo creí vencer cuando me convertí en reina de Egipto. Pero aunque hubo un instante en que logré alcanzar ese sueño, no pude mantenerlo por mucho tiempo y se esfumó.

—Los romanos consideramos que Roma es eterna e inmortal; podemos ser derrotados en alguna ocasión, pero jamás nos damos por vencidos.

—Sabía que así era. Mis consejeros insistieron en ello numerosas veces y en Palmira todos éramos conscientes de que Roma volvería a reclamar sus dominios, pero nos sentíamos fuertes y, por un tiempo, creímos ser invencibles. Palmira nos transmitía su fuerza, la energía de su dios sol vivificador.

—¿Mitra?

—Allí lo llamamos Bel, aunque los romanos dicen que se trata de Júpiter.

—Aquí, en Ostia, Mitra es el dios más venerado. Ninguno tiene tantos altares erigidos en su nombre, ni siquiera el hombre-dios de los cristianos.

—¿Hay cristianos en Ostia?

—Sí, cada día abundan más, y también en la propia Roma. Se dice que en algunos barrios ya son mayoría, sobre todo en los más pobres. Reclúan a los neófitos entre los trabajadores más sufridos. La mayoría de los que trabajan en las lavanderías públicas, siempre metidos en los depósitos de orín y las sales que se utilizan para lavar y blanquear la ropa, tal vez el oficio más inmundo de Roma, son cristianos. Dicen que basta con oler a uno de ellos para reconocer que lo es —comentó el naviero.

—No parecen gustarte.

—Mucha gente los odia porque dicen que con sus absurdas creencias amenazan a la religión de los dioses de Roma, pero por lo que a mí respecta, me son indiferentes.

—Estarás cansada, señora, y mañana te espera un día de viaje hasta Roma; ¿deseas retirarte?

—Sí, Julia, y agradezco vuestra amabilidad y vuestras atenciones.

—Ha sido un honor tener en nuestra casa a la reina de Palmira.

El naviero llamó a Zenobia «reina» a pesar de las precisas instrucciones del centurión de los pretorianos, que le había insistido en que siempre deberían dirigirse a ella como «señora», jamás como «reina».

Por una conversación que escuchó a dos de los pretorianos que hacían guardia a la puerta de la casa de Marco Tulio, Zenobia intuyó que Aureliano ya estaba en Roma.

Mientras se despedía de sus anfitriones, los dos soldados comentaban que debían asistir al desfile del triunfo del emperador, pues la guardia pretoriana era la encargada de la seguridad en el desfile.

—El emperador agradece tu disposición, Marco Tulio. Uno de sus consejeros me ha encomendado que te haga saber que serás recompensado por ello.

—Dile que no es necesario; haber hospedado en nuestra casa a esa mujer es suficiente recompensa —dijo el naviero.

—Gracias de nuevo —se despidió Zenobia.

—Esta será siempre tu casa, señora —añadió Marco mientras ayudaba a la reina a subir a la carreta.

El arriero fustigó con su vara a las dos millas y la carreta se puso en marcha hacia Roma. El sol acababa de asomar por el horizonte y sus rayos pronto comenzarían a mitigar el frío de la madrugada invernal.

Las ruedas traqueteaban sobre las losas de piedra de la calzada que unía Ostia

con Roma. Desde la ventanilla de la carreta, Zenobia podía observar el trajín de carromatos, acémilas y peatones que circulaban por la vía, en tanta cantidad que por semejante tránsito más parecía la calle de una ciudad que una carretera entre dos ciudades.

Los gritos de los arrieros demandando un esfuerzo a sus acémilas se mezclaban en el aire con las conversaciones de los pretorianos de la escolta, todos ellos montados sobre caballos pardos.

Se detuvieron a comer a mitad de camino, en una posada atestada en esos momentos de mercaderes, trajineros, soldados y buhoneros.

Cuando Zenobia entró en la posada, donde previamente los pretorianos le habían hecho un hueco, todos los que allí estaban comiendo se quedaron en silencio ante la majestad que emanaba. La barahúnda que hasta entonces había envuelto el comedor de la posada se mudó en un silencio tan profundo que parecía como si el mundo se hubiera detenido por unos momentos.

Los ojos de los variopintos clientes se clavaron en su hermosa figura, que lucía como el más rutilante rubí con su vestido de seda roja en medio de aquella turba de tipos de toda calaña.

Ocho de los pretorianos se colocaron de pie a su alrededor, escrutando con expresión amenazadora, con la mano sobre la empuñadura de la espada, a los que se encontraban más cerca. Con su actitud dejaban bien claro que darían su merecido a cualquiera que osara acercarse a molestar a aquella dama.

—Queso frito con miel, cordero asado en salsa de almendras y pescado frito en aceite de oliva. Es lo mejor que puede ofrecer el cocinero, señora —le dijo el centurión.

Zenobia asintió con la cabeza; no tenía ganas de hablar. Deseaba acabar aquel viaje, iniciado hacía ya muchos meses, y llegar a Roma cuanto antes.

Roma, principios de enero de 274; 1027 de la fundación de Roma

La ciudad más grande del mundo no era precisamente un dechado de armonía urbana. La muralla que había comenzado a construirse por orden de Aureliano, enorme, fría y amenazadora, estaba muy avanzada. En sólo cuatro años se había definido un circuito de once millas de longitud, con dieciocho puertas y casi cuatrocientos torreones, que englobaba a las siete colinas sobre las que se asentaba la capital del mundo, todas ellas en la orilla izquierda del Tiber.

Desde el reinado del emperador Octavio Augusto, Roma nunca había necesitado un muro que la protegiera. El Imperio se consideraba tan fuerte, poderoso y seguro que los emperadores ni siquiera se habían planteado la posibilidad de amurallar su capital. Pero el deterioro de la autoridad imperial, las

incurSIONES bárbaras de los últimos años y las permanentes proclamaciones de usurpadores habían provocado que Aureliano acordara, entre sus primeras decisiones como emperador, rodear la ciudad con un muro defensivo. El *limes* romano había estado hasta entonces a miles de millas de Roma, pero ahora esa frontera terrible y peligrosa se encontraba en la misma ciudad. Aquella muralla era un bastión defensivo, pero a la vez reflejaba la debilidad de un Imperio que había dejado de ser el mundo seguro y firme que construyeran emperadores como Octavio Augusto y Trajano.

Tiempo atrás nadie podía entrar armado en Roma. Según una vieja ley, los soldados tenían que dejar sus armas fuera de la ciudad y, una vez dentro, eran considerados como cualquier civil. Pero aquella ley, supuestamente todavía en vigor, se había olvidado y nadie la cumplía, de modo que los soldados de la escorta ni se molestaron en ocultar al menos sus lanzas y espadas.

La carreta que llevaba a Zenobia atravesó la puerta Ardeatina y enfiló una amplia calle hacia la colina del Palatino. La calzada se fue empinando y el arriero tuvo que exigir de las mulas un último esfuerzo.

Zenobia contemplaba a través de la ventanilla del carruaje la frenética actividad que inundaba las calles. Como si se tratara de un hormiguero humano, las gentes iban y venían de un lado para otro, se movían como presas de un frenesí incontrolable, voceaban los productos a la venta y sus precios, anunciaban a voz en grito espectáculos y el nombre del mecenas que los patrocinaba, chillaban como histriones reclamando la atención de los viandantes, gritaban ofreciéndose para realizar los trabajos más extraños, y todo ello en una jerga tan coloquial que Zenobia, que ya se consideraba familiarizada con el latín, apenas comprendía.

Le llamó la atención la altura de algunos edificios de viviendas, de hasta diez pisos, llamados *insulae*, que parecían sostenerse milagrosamente en el aire dada la apariencia tan endeble de su construcción.

—Señora, hemos llegado.

El centurión de la guardia pretoriana abrió la portezuela de la carreta y ofreció su brazo a la reina. Zenobia se cubrió la cabeza con un pañuelo de seda y descendió del carruaje. Sus ojos contemplaron una monumental fachada de mármol salpicada de hornacinas en las que se ubicaban decenas de estatuas de la altura de dos hombres, entre las que identificó a algunos dioses del Olimpo y a otros personajes que por su atuendo parecían emperadores de Roma.

—¿Qué lugar es este? —preguntó.

—Estás en el monte Palatino, señora, en el palacio que fue residencia del emperador Septimio Severo, uno de los grandes gobernantes que hemos tenido. Por el momento esta será tu morada en la ciudad.

—Mi prisión, querrás decir.

—Aquí es donde debes aguardar a que llegue el emperador para celebrar su

trunfo.

—¿Cuándo sucederá eso?

—No sé si debería decírtelo, no estoy autorizado...

—¿Qué daño puede hacerte que yo lo sepa?

—Será dentro de quince días, el tercer sábado de este mes. El emperador nos ha ordenado que tengamos todo listo. Hace ya varias semanas que se están llevando a cabo los preparativos para el desfile. Aureliano quiere que sea el más fastuoso jamás presenciado en Roma.

—¿Y qué parte juego yo en ese triunfo?

—Eso no lo sé, señora. Mi misión es protegerte...

—Vigílarne.

—Llámalo como desees.

El mayordomo del palacio acudió enseguida ante Zenobia. El centurión le entregó una tablilla con el informe correspondiente al viaje desde Capri.

—Señora, sé bienvenida. Desde ahora esta es tu casa.

—Una casa de la que imagino que no puedo salir, ni siquiera con escolta.

—Así es. Deberás permanecer en este palacio hasta el día del triunfo. Hemos dispuesto unas estancias para ti y las dos esclavas que te sirven, y además tendrás a tu disposición varias esclavas más y media docena de eunucos. El palacio cuenta con baños propios y con un amplio jardín que ocupa lo que fue la arena de un viejo estadio; puedes utilizar esos espacios a tu conveniencia.

El centurión saludó a la reina llevándose el puño de su mano derecha al pecho.

—Mi destacamento velará por tu seguridad, señora.

La reina, acompañada por el mayordomo, entró en el palacio de Septimio Severo y recorrió varias salas, amplias y provistas de espléndidos mosaicos, hasta llegar a la zona reservada para ella, tres estancias abiertas a una galería con columnas desde la que se contemplaba el amplio jardín que en su día fuera un estadio construido por orden del emperador Domiciano para su uso particular y el de los altos dignatarios de la corte imperial.

Aquellos quince días se hicieron muy largos. El palacio disponía de algunos libros, ubicados en una sala que llamaban biblioteca pero que en realidad había sido edificada como salón de banquetes, aunque sólo fue utilizado con ese fin durante el reinado de Septimio Severo. En una alacena de madera con incrustaciones de nácar y marfil se guardaban medio centenar de rollos y códices, entre ellos ejemplares de la *Odisea* y la *Iliada* de Homero, *El asno de oro* de Apuleyo, la *Eneida* de Virgilio, algunos *Discursos* de Cicerón, *Sentencias* de Séneca, las *Meditaciones* del emperador Marco Aurelio y varias historias escritas por Tito Livio, Plutarco y Apiano.

Por fin, el mayordomo le anunció que debía prepararse para el gran día, el del desfile triunfal de Aureliano en Roma.

Todo estaba minuciosamente dispuesto. Aureliano había dado órdenes precisas para que nada fallara. Aquel iba a ser su gran día, el de celebración de su triunfo.

Hacía dos meses que se estaba preparando la ceremonia, en la cual intervendrían miles de personas. Los responsables del desfile andaban como locos de un lado para otro, revisando todos los detalles para que no fallara nada.

Los animales que iban a participar en el desfile y sus cuidadores habían sido ubicados en el recinto del circo que se construyera en la colina del Vaticano, al otro lado del Tiber, durante el reinado del emperador Nerón. Los demás se congregaron en el campo de Marte, a orillas del río, donde fueron citados para el amanecer del día de la semana dedicado a Saturno. La comitiva saldría desde el circo, cruzaría el río por el puente ubicado junto al mausoleo del emperador Adriano, donde se sumarían los que aguardaban en el campo de Marte, atravesaría la gran vía de las Coronas hasta el Panteón, el templo redondo erigido en honor de todos los dioses, cruzaría la vía del foro imperial, pasaría por delante del Coliseo, como llamaban los romanos al mayor edificio de la ciudad, donde se celebraban los juegos, las luchas de gladiadores y las peleas de fieras, y acabaría en la colina del Capitolio, ante el palacio imperial.

Zenobia fue despertada de madrugada.

—Señora —el mayordomo, acompañado por dos enormes eunucos, le informó de lo que le esperaba—, debes vestirme con ese vestido de seda rojo y engalanarte con esas joyas.

Sobre una mesa de taracea había una diadema imperial de hojas de laurel de oro y el broche de lapislázuli con forma de caracol que le regalara Odenato. Aureliano le había permitido recuperar media docena de sus más preciadas joyas.

Por un momento Zenobia pensó en negarse, en no vestirse como demandaba Aureliano, en no enojarse con aquellos broches, collares, anillos y corona, en resistirse a ser exhibida ante la plebe de Roma como el máspreciado de los trofeos de su emperador. Pero al fin decidió hacerlo porque, además, no tenía ningún remedio para evitarlo. Sí, desfilaría por las calles de Roma encadenada, y seguramente sería objeto de la burla y los insultos de los ciudadanos, no en vano muchos legionarios habían muerto en la guerra que ella había provocado al proclamar la independencia de Palmira, y lo haría altiva y hermosa, procurando mantener la dignidad que se le suponía.

—De acuerdo, pero déjame sola mientras me visto —le dijo al mayordomo.

Con la ayuda de sus dos esclavas se puso el vestido de seda rojo, muy ajustado, que marcaba las rotundas formas de sus caderas y sus pechos, se cepilló el pelo negro y lacio, dejando que sus cabellos cayeran sobre su pecho y

su espalda, y se colocó la dorada corona de laurel, el broche de lapislázuli y varios collares, pulseras y anillos. Por fin, se perfiló los ojos con *kohl* negro y se aplicó cremas aromáticas en el rostro y perfume de jazmín en el pelo.

Cuando estuvo lista, hizo que avisaran al mayordomo.

—En verdad, sois digna de ocupar el trono de un Imperio —dijo al contemplarla.

La carroza la esperaba en el exterior, escoltada por una docena de pretorianos a caballo y el centurión que la custodiara en su viaje desde la isla de Capri, que sostenía en sus manos unas enormes y pesadas cadenas de oro.

—¿Y esas cadenas?

El centurión carraspeó nervioso.

—Es una orden directa del emperador. Tienes que desfilar atada con estas cadenas.

—¿Desfilar? Con esas cadenas tan pesadas encima no podré ni siquiera moverme.

—Estos dos eunucos te ayudarán a soportar el peso del oro, señora. Debo colocártelas en las manos y en los pies. Y este grillete en tu cuello. La plebe de Roma tiene que verte de esta manera.

—Soy la reina de Palmira...

—Ahora no, señora. Ahora y a no.

Cuando la carreta de Zenobia llegó al circo, comenzaba a amanecer sobre el cielo de Roma. La mañana era fría pero el cielo estaba despejado. El sol luciría en aquella jornada y contribuiría a ensalzar el triunfo de Aureliano.

Los maestros de ceremonias conminaban a los integrantes del desfile a que todo estuviera bien dispuesto, y se esforzaban porque todos los participantes lucieran como si se tratara de los más afamados actores del teatro.

Zenobia descendió de su carreta y sintió el peso de las cadenas que casi le impedían caminar.

Las antorchas y fanales que habían iluminado el circo durante la noche se fueron apagando y la luz del día permitió observar la formidable comitiva, ya dispuesta para el desfile.

Unas trompetas sonaron sobre una de las gradas y un clamor se fue extendiendo. Aureliano acababa de hacer su entrada en el recinto, listo para colocarse en la posición preferencial.

Zenobia pensó por un momento que el emperador se acercaría para verla, para comprobar que el más preciado de sus trofeos, el que más le había costado conseguir, estaba allí. Pero no lo hizo; él ya sabía que Zenobia estaba ubicada en el lugar que le habían asignado y la imaginó hermosa y cargada con las cadenas de oro, pero prefirió mostrarse distante con ella y la evitó.

Cuando todo estuvo preparado, un nuevo toque de trompetas anunció que comenzaba el desfile del triunfo de Aureliano.

A la cabeza de la impresionante comitiva se situaron tres carros. El primero era el que había pertenecido a Odenato, que a su vez lo ganó en una de las campañas contra los persas; se trataba de un carruaje magnífico, conducido por un famoso auriga vencedor en cien carreras sobre el cual ondeaba el estandarte imperial de Aureliano; estaba decorado con placas de oro y de plata y adornado con piedras preciosas de la India. El segundo era muy similar, también obra de los persas; había sido regalado a Aureliano por el rey Bahram I, el segundo hijo de Sapor, como señal de buena voluntad, pues tras la toma de Palmira ambos habían decidido no atacarse, al menos por el momento. Y el tercero era el carro que había utilizado Zenobia en Palmira. Alguien le había revelado a Aureliano que, cuando ordenó construirlo, ella había dicho que entraría algún día victoriosa en Roma sobre él para ser coronada también como augusta de Occidente. Enterado de ello, el emperador había ordenado que lo llevaran a Roma para ser mostrado en el desfile.

Tras los tres carros traídos de Oriente se ubicaba un cuarto, no tan lujoso como los anteriores, fabricado con gruesos maderos y tirado por cuatro ciervos. Había pertenecido al rey de los godos, derrotado por Aureliano en una batalla a orillas del Danubio. Este carro había sido ofrecido por Aureliano, junto con otros ciervos, en sacrificio al templo de Júpiter Óptimo Máximo, en Roma.

Tras los carros desfilaron veinte elefantes domesticados en la provincia de Libia y trasladados a Roma desde África. Las enormes bestias parecían dóciles acémilas conducidas por expertos domadores de Cartago, descendientes de los púnicos que habían atravesado en tiempos de Aníbal las montañas de los Alpes con paquidermos semejantes. Los colmillos de aquellos gigantes estaban adornados con brazaletes de oro y sus patas traseras enlazadas por una gruesa cadena de hierro que los obligaba a caminar a pasos cortos.

Doscientas fieras, entre las que había osos, panteras y leones, todas ellas capturadas en la provincia romana de Arabia, en los alrededores de Petra, seguían a los elefantes. Dirigidas por decenas de domadores provistos de látigos y lanzas, iban atadas con gruesas cadenas y separadas entre sí por pértigas de hierro; además había también cuatro tigres de la India, enormes y feroces, y una docena de jirafas africanas, con sus altísimos cuellos y sus largas patas.

Mil seiscientos gladiadores desfilaron tras los animales, alineados en parejas según su armamento, su altura y su complexión, equipados con sus armas reglamentarias de combate, cubiertos con capas de lana blanca, con los cascos bajo el brazo y engalanados sus cabellos con cintas doradas.

A continuación desfilaron representantes de los pueblos derrotados o sometidos por Aureliano, todos con las manos atadas y en largas filas: centenares de árabes, indios, persas, palmirenos, godos, alanos, sármatas, francos, suevos,

vándalos y de otra decena al menos de tribus, pueblos y clanes extranjeros, cada uno de ellos portando un cofre, una caja, una cesta o un saco con regalos y tributos para el emperador de Roma. A la cabeza de los vencidos, encadenados, figuraban varios aristócratas de Palmira, un puñado de potentados a los que Aureliano había perdonado la vida precisamente para ser exhibidos en su triunfo, y otros tantos de Egipto, cada uno de ellos vestido con los ropajes típicos de su país, y ante cada grupo un esclavo portaba un cartel en el que podía leerse el nombre de cada una de aquellas tribus sometidas.

Soldados de las legiones victoriosas portaban las armas y las insignias de las naciones conquistadas, junto a los embajadores de las regiones de Etiopía, negros como la noche sin luna; de Arabia, altivos sobre sus camellos blancos; de Persia, con sus ampulosos y ricos mantos de seda bordada; de Bactria, tocados con turbantes de lino; de la India, enjorjados con enormes rubies, esmeraldas y diamantes; y de la lejana China, hombres de piel pálida y ojos rasgados como la hoja de un cuchillo.

Tras los cautivos caminaban semidesnudas, apenas cubiertos sus senos y sus pubis por unas tiras de piel, ateridas por el frío de la mañana invernal, diez mujeres godas, altas y rubias, que habían sido capturadas en una batalla cuando peleaban al lado de sus hombres.

Cayo Pío Esvio Tétrico, el senador que entregó la Galia a Aureliano, y su hijo cabalgaban sobre sendas monturas vestidos con clámides de color púrpura, túnicas verdes y calzas al estilo de los galos. El emperador quería demostrar que quien estuviera a su lado, aunque en alguna ocasión se hubiera opuesto a su gobierno, sería generosamente recompensado.

Zenobia caminaba cargada con las cadenas de oro que le ceñían manos y pies. Un grillete de oro rodeaba su cuello y de allí salía una cadena también de oro de la que tiraba un bufón vestido al estilo persa que saltaba y brincaba delante haciendo momos, señalándola con el dedo y burlándose de ella a cada instante.

Dos eunucos la ayudaban a sostener el peso de las cadenas. De vez en cuando Zenobia, que había atravesado desiertos, vadeado ríos y participado en duras jornadas de caza, tenía que detenerse, fatigada por tanto peso, a descansar unos instantes antes de continuar con el desfile.

Varios esclavos portaban túnicas y mantos requisados en los palacios y los templos de Palmira; eran de seda finísima, de una calidad jamás vista en Roma, recamados con piedras preciosas y bordados con figuras de fieros dragones, delicadas flores y complicadísimos dibujos geométricos, elaborados con telas de la mejor seda de China en los afamados talleres textiles de Susa, Ecbatana, Tira, y Ctesifonte, las grandes ciudades de Persia; y unas telas púrpuras de un brillo sin igual, que cambiaban de tono según cómo incidían sobre ellas los rayos del sol.

A los vencidos seguían los vencedores. Ciudadanos romanos vestidos con togas y mantos blancos portaban estandartes con coronas de oro con el nombre

de todas las ciudades capitales de todas las provincias del Imperio, desde la hispana Emérita Augusta hasta la Artaxata armenia, alzadas sobre altas pértigas para que fueran contempladas por todos los ciudadanos.

Tras los emblemas de las ciudades y las provincias desfilaban las corporaciones de oficios de Roma, cada una con un nutrido número de miembros en sus filas bajo sus enseñas y guiones: los panaderos, los curtidores, los canteros, los herreros, los carpinteros; muchos llevaban al hombro los utensilios que utilizaban en sus trabajos cotidianos, igual que soldados de un extraño ejército.

Después iban los soldados de la guardia pretoriana y los jinetes de la caballería pesada, con sus enormes caballos forrados de láminas de metal al estilo de los catafractas persas.

Por fin caminaban los senadores, con sus túnicas blancas orladas de púrpura; los que habían sido leales a Aureliano lo hacían alegres y saludaban alzando los brazos a los que contemplaban el desfile, pero los que se habían opuesto al emperador o habían conspirado contra él lo hacían maniatados y marcados con unos estrafalarios gorros que los señalaban como objeto de burla y escarnio.

Cerraba el desfile el propio Aureliano. El emperador marchaba sobre un enorme carro, de seis codos de altura, del que tiraban cuatro elefantes. Vestido con la clámide púrpura imperial bordada con hojas de laurel de oro, con botas de cuero rojo y el rostro maquillado también de rojo, cual Júpiter tonante, como había sido habitual en las entradas triunfales de los emperadores y los generales en épocas pasadas, y tocado con una corona de picos de oro que le regalaron los ciudadanos de Oxirrincó con motivo de sus victorias, como si se tratara del dios Helios, saludaba a la multitud desde un trono de oro a cuyos lados había dos enormes baúles con denarios de plata que Aureliano arrojaba a la muchedumbre, entusiasmada ante la visión de semejante muestra de poder.

En otros tiempos, cuando algún general o un emperador habían celebrado un triunfo semejante en Roma, era costumbre que un esclavo, colocado detrás del héroe, le fuera reiterando cada cierto tiempo la frase «Recuerda que eres mortal», una manera de mitigar la excesiva euforia que algunos triunfadores habían mostrado en determinados momentos, pero Aureliano había decidido suprimir ese ritual y desfiló solo, consciente de su triunfo y de su majestad. Quería mostrar a todos que Roma volvía a ser grande e invencible, y eso era gracias a él.

Sobre el trono, un gran cartel escrito en letras doradas lo anunciaba bien claro: «Lucio Domicio Aureliano, emperador de Roma, restaurador del mundo». Y a los lados del carro lucían otros letreros con todos los títulos y dignidades concedidas por el Senado. Desde luego, nadie hasta entonces en la historia de Roma, ni Publio Cornelio Escipión, el vencedor de Aníbal, ni Julio César, el conquistador de la Galia, ni Octavio Augusto, el primero de los emperadores, ni el augusto Trajano, conquistador de la Dacia y de Mesopotamia,

había recibido semejantes honores. Todos ellos habían conquistado una parte del Imperio y habían contribuido con sus hazañas a hacerlo más grande y poderoso, pero él, Aureliano, había tenido que reconquistarlo todo de nuevo, Oriente y Occidente, desde Britania y la Galia hasta Mesopotamia y Egipto. Sí, él era el más grande de todos los soberanos de Roma y nadie como él merecía un triunfo semejante porque había salvado a Roma, que hasta su triunfo estaba a punto de perderse para siempre.

Atados al carro imperial con unas cadenas de plata, caminaban cansinamente los dos leones sobrevivientes de los tres que había criado Zenobia. Eran tan viejos, tan dóciles y estaban tan agotados que parecían perros gigantes más que fieras indomables.

La multitud apelotonada a lo largo de las calles por donde discurría el desfile jaleaba diversas consignas convenientemente proclamadas por agentes del emperador distribuidos entre la barahúnda de la población y armados con espadas ocultas bajo sus mantos por si era necesario actuar si se producía algún altercado. En las principales etapas por donde pasaba la comitiva se habían elaborado enramados de hojas de yedra y de laurel ante la ausencia de flores en esa época del año.

El desfile duraba ya demasiado; a mediodía la cabecera todavía no había llegado al Coliseo y no finalizó hasta media tarde, a la hora nona, cuando el sol comenzaba a declinar en el horizonte. El final de la comitiva llegó al Palatino cuando apenas había luz en el cielo.

Zenobia estaba completamente agotada. Había caminado durante media jornada cargada de cadenas a través de las calles de Roma y, pese a su fortaleza, se sentía a punto del desmayo. Apenas había comido nada y el frío le entumecía los músculos, tumefactos por el esfuerzo. Tenía ampollas en los pies y los hombros tan doloridos que apenas podía levantar los brazos.

El bufón vestido al estilo persa que llevaba la cadena asida al grillete del cuello de Zenobia hacía ya tiempo que había dejado de bailotear y brincar a su alrededor, y caminaba con la cabeza gacha, resoplando a cada paso como un asno herido.

Los eunucos que la ayudaban con las cadenas se detuvieron ante el portalón del palacio de Septimio Severo a una orden del centurión de la guardia pretoriana que los había escoltado durante todo el recorrido. Miraron a la reina con piedad y se sintieron tan confortados como ella porque había acabado aquel suplicio.

El mayordomo de palacio había aguardado con paciencia el final del desfile. Al ver el estado de Zenobia se sobresaltó y sintió el impulso de pedirle excusas.

—Señora... ¡Vamos, vamos! —increpó a los esclavos—, ¡quítadle esas cadenas enseguida! Un buen baño os reconfortará.

Zenobia apenas podía hablar. Su cuerpo estaba agotado y maltrecho, pero el mayor de los dolores radicaba en su corazón. Humillada y vencida, se tambaleó

cuando la liberaron de sus cadenas y cayó al suelo sumida en una especie de duermevela. A su alrededor todo parecía girar en un torbellino infernal de colores y formas extrañas que se mezclaban formando absurdas e incomprensibles figuras. Estridentes sonidos resonaban en el interior de su cabeza, como si en ella se hubiera introducido una banda de faunos que interpretara las más horribles melodías al son de flautas estridentes y tímbriles agudos. Luego se hizo la oscuridad y todo pareció fundirse en un magma negro y silencioso.

—Señora, señora...

Los ojos negros y luminosos de Zenobia se abrieron despacio; la luz solar que entraba por la galería de su alcoba la cegó por unos momentos.

—¿Qué ha pasado, qué hora es?

El mayordomo estaba a su lado, sentado junto a ella.

—Perdiste el sentido al llegar a palacio. Fue ayer, poco después de la hora nona. Has estado durmiendo casi todo un día.

—Tengo sed.

El mayordomo ordenó a una esclava que trajera agua. Zenobia bebió una copa de un trago y pidió que se la llenaran de nuevo, ahora con vino especiado y endulzado con aguamiel.

—Espacio, señora, espacio.

Tras beber la segunda copa sintió dolor en sus pies; estaba descalza pero vestida con una túnica de noche.

—Me arden los pies.

—Anoche los lavamos con agua y los untamos con aceite de oliva y sésamo; luego vendrá un médico y te los curará. Los grilletos han provocado profundas rozaduras y los tienes llenos de ampollas; varias se han reventado y supuran. Creo que durante unos días no podrás caminar.

Y así fue. Casi dos semanas tardaron en curarse las heridas de sus pies.

Durante esos días siguieron los festejos que celebraban el triunfo de Aureliano ante todos sus enemigos. Hubo representaciones de comedias y tragedias en todos los teatros de Roma, bailes y música con liras, cítaras, crótales y flautas dobles, carreras de caballos y de cuadrigas en el circo de Nerón, en el de Domiciano y en el Circo Máximo, cuya arena podía contemplarse directamente desde diversos puntos de los palacios imperiales.

En el Coliseo fueron sacrificados centenares de animales, muchos de ellos habían sido mostrados en el desfile triunfal por las calles de Roma, e incluso se celebraron los combates de barcos, a los cuales eran muy aficionados los ciudadanos, en los grandes estanques del palacio de los césares. Casi la mitad de los gladiadores que habían desfilado el día de Saturno perecieron en las luchas en el anfiteatro durante los juegos en honor de Aureliano, que distribuyó entre los soldados, la población y diversas instituciones romanas cinco millones de sestercios a modo de donativo.

En los circos y en los teatros se sirvieron cenas y comidas gratuitas para toda la población, y en el campo de Marte hubo desfiles militares y demostraciones ecuestres. Durante aquellos días las panaderías no cesaron de hornear el pan llamado *siligino*, elaborado con harina blanca de primerísima calidad, que habitualmente sólo se servía en las mesas del emperador, los senadores y los más ricos patricios romanos y que por gracia de Aureliano se puso al alcance de todos los romanos; las carnicerías sirvieron centenares de cerdos y de bueyes, cuya carne se asó en enormes espetones; y corrieron en abundancia los vinos de Campania y de la Bética.

La gente recorría las calles de Roma vitoreando una y otra vez a su emperador; en las esquinas más concurridas poetas y músicos recitaban poemas y canciones en su honor.

Por unos días la mayoría de los romanos fue feliz, y de nuevo volvieron a sentirse los dueños y señores del mundo.

Capítulo L

*Roma, principios de primavera de 274;
1027 de la fundación de Roma*

Durante los dos meses que siguieron al triunfo de Aureliano, la única compañía de Zenobia fueron las esclavas, los eunucos, el mayordomo, que solía visitarla una vez al día, y los libros de la alacena de la biblioteca. Comprobaba el paso lento y callado de las horas en una clepsidra, un reloj inventado por ingenieros griegos que funcionaba mediante un complicado mecanismo hidráulico y que el mayordomo cuidaba con todo esmero.

Tras varias semanas sin que ocurriera absolutamente nada, aquella mañana recibió una noticia importante.

—Esta tarde te visitará el emperador —le comunicó el mayordomo.

Zenobia se vistió con una estola de seda azul, con pliegues a la moda romana, que le proporcionó el mayordomo de entre los muchos vestidos que se guardaban en el guardarropa de palacio.

No tenía joyas que ponerse, pues las que lució en el desfile ya habían sido retiradas al tesoro imperial, y no pudo conseguir ninguna pese a que le rogó al mayordomo que le proporcionara alguna para lucir más rutilante.

Aureliano apenas había cambiado con el triunfo. Su figura seguía siendo la de un soldado de anchos hombros, amplio pecho y brazos poderosos. Llevaba el pelo muy corto y las sienas estaban plateadas por las primeras canas.

—La última vez que te vi hacía mucho calor —dijo Aureliano al presentarse ante Zenobia.

—Fue el verano pasado, en Atenas.

—¿Te han tratado bien en este tiempo?

—Como a una real prisionera.

Zenobia evitó manifestar queja alguna por lo ocurrido el día del desfile triunfal.

—Sé que tuviste que ser tratada por el médico. Me comentaron que habías sufrido severas heridas en tus pies. Lo siento, creí que estarías más acostumbrada a caminar.

—Y lo estoy, pero nunca hasta ese día había caminado cargada de cadenas.

—Eran de oro.

—Eran cadenas.

—El pueblo de Roma quería verte así. Durante varios años fuiste nuestra más temible enemiga. Muchos romanos murieron por tu rebelión; ahora se sienten satisfechos y reconfortados.

—No era necesaria tanta humillación.

—Sí lo era. Y te aseguro que te he protegido de los deseos de mis generales. Todos hubieran preferido verte muerta, devorada en la arena del anfiteatro por un par de hambrientos leones o ensartada por las astas de un fiero toro de Hispania. Me debes la vida, no lo olvides, señora.

—Mi vida ya no es valiosa como lo fuera en otro tiempo; si te debo la vida te debo muy poco.

—Tú has sido mi mejor trofeo y Palmira mi conquista más rentable. ¿Sabes que con el tesoro que conseguimos en tu ciudad hemos pagado todas las fiestas celebradas con motivo de mi triunfo? Cuando partí hacia Oriente prometí a los romanos que si regresaba triunfante les regalaría una corona de dos libras a cada uno.

—¿Y lo has cumplido?

—Por supuesto. En Roma se elabora una pieza de pan que se llama corona porque tiene forma de rosca, de modo que regalé una a cada romano. Y he dispuesto que cada familia reciba una corona cada día durante todo el tiempo que dure mi reinado, y que se añada a ese pan unas libras de carne de cerdo en las festividades más señaladas.

—Si gastas a ese ritmo pronto agotarás la fortuna de Palmira.

—Los palmirenos erais muy ricos; ese tesoro todavía dará mucho de sí. Incluso he reservado una parte para una obra que te complacerá: voy a construir un templo dedicado al dios Sol, al que sé que es la única deidad que tú y yo adoramos y en la única en la que creemos. He previsto levantarlo en la colina del Quirinal, en una zona ocupada ahora por unas casas en mal estado que amenazan ruina. He ordenado que desalojen a los residentes y que los instalen en un barrio al otro lado del Tiber. Quiero que comiencen los trabajos del nuevo templo enseguida.

» Hace un par de semanas llegaron al puerto de Ostia varias estatuas del santuario de Bel; vendrán bien para decorar el nuevo templo al Sol Invicto, a quien dedicaré mi triunfo. También depositaré allí el tesoro de Palmira, todas esas túnicas recamadas de piedras preciosas, las telas púrpuras y las sedas que se mostraron durante el desfile triunfal.

—¿Y qué piensas hacer ahora conmigo? Ya me has mostrado como trofeo ante tu pueblo y has conseguido aplacar la ira de los romanos; ¿qué destino me has reservado? —preguntó Zenobia.

—He comentado tu situación con mi esposa Severa y con algunos de mis consejeros más cercanos, y todos coinciden en que todavía constituyes un problema, y que lo seguirás siendo salvo que medien dos alternativas.

—¿Dos?

—No puedo enviarte al exilio porque alimentaría tu leyenda y podrías reorganizar la lucha contra Roma, de modo que la primera propuesta es que mueras y que tu cadáver lo vean todos los romanos para que no haya duda de que no has escapado. Alguno me ha propuesto que seas ejecutada en el Coliseo a la vista de todo el pueblo.

—Comprenderás que esa solución no me atraiga en absoluto. ¿Cuál es la segunda?

—Que te conviertas en una dama romana y te comportes el resto de tu vida como tal.

—¡Vaya! ¿Y cómo se consigue eso?

—De una única manera: casándote con un destacado ciudadano de Roma, con un senador.

Zenobia no se sorprendió ante la asombrosa propuesta de Aureliano, aunque no la esperaba.

—Ya estuve casada con uno. Te recuerdo que mi esposo Odenato fue proclamado senador, augusto de Oriente y defensor de la frontera. De modo que, visto de esta forma, ahora soy la viuda de un senador romano.

—Piénsalo bien. Sólo tienes esas dos alternativas: o te casas con un senador o...

—O me ejecutarás. Y si decido casarme para salvar mi vida, ¿quién sería mi esposo? Imagino que ya habrás decidido quién es el candidato idóneo para ocupar mi cama.

—Sí; he hablado con él y está de acuerdo. Se trata de un prestigioso senador. Es viudo, tiene cuarenta años y posee una de las mayores fortunas de Roma. Su linaje no es de los más nobles; su abuelo era un comerciante hispano que se hizo rico vendiendo salazones en los mercados y su padre alcanzó la magistratura senatorial merced a su dinero. Ha realizado su *cursus honorum* ocupando todas las magistraturas; ha sido cuestor, edil, curul y pretor. Sólo le falta ser cónsul, aunque eso imagino que ya vendrá, pues tiene condiciones y apoyos para ello. Una boda con la que fue reina de Palmira elevaría su rango nobiliario de caballero a patricio. Además, sé que es un hombre honrado y un ejemplo como *pater familias*. —Así denominaban los romanos al varón cabeza de un linaje, verdadero dueño y señor absoluto del hogar—. Si te casas con él, te aseguro que te tratará bien y que serás dichosa a su lado. Y creo que él estará encantado de llevar a su cama a una mujer tan hermosa como tú. ¿Qué hombre no lo estaría por hacerle el amor a la mujer más bella del mundo?

» ¿Sabes?, el día del desfile yo era el protagonista absoluto, pero la verdad es

que los hombres de Roma sólo tenían ojos para ti. Algunos dijeron que eras la mujer más bella que jamás habían visto; entre ellos estaba el senador que si aceptas mi propuesta se convertirá en tu esposo.

—¿De cuánto tiempo dispongo para decidirlo?

—El Senado comienza a sentirse molesto por tu situación; hay quien no ve bien que permanezcas en este palacio y no creo que tarden mucho en proponer que se te traslade a una verdadera prisión.

—Antes de decidir me gustaría conocerlo.

—De acuerdo. Le diré que venga a verte esta misma semana, y que lo haga con toda discreción.

Hacía dos años de la última vez que se había acostado con un hombre. Lo recordaba bien; fue en verano, unos pocos días antes de que comenzara el asedio a Palmira por las legiones de Aureliano.

Hacía calor, estaba sola y tenía miedo. Y entonces llegó Giorgios, su amante, e hicieron el amor en el palacio; mientras duró aquel encuentro se sintió segura en los brazos del ateniense.

El senador había anunciado que la visitaría a la hora nona, antes de la cena. Zenobia no estaba nerviosa, pero sentía cierta curiosidad por conocer al hombre que Aureliano le había elegido.

Nunca le habían atraído los hombres. Cuando se casó con Odenato ni siquiera pensó en ello; se limitó a cumplir, como era lo habitual entre los árabes, el acuerdo entre él y su madre y acatar su papel de esposa. En las ocasiones en que Odenato la tomaba, ella se dejaba hacer intentando agradar a su marido, pero nunca sintió placer en ninguno de aquellos encuentros amorosos.

Sólo con Giorgios se había estremecido y había gemido de placer. Pero tras su muerte no había vuelto a sentir la necesidad de tener un hombre a su lado que le hiciera el amor. Desde luego, si al fin se casaba con el senador, tendría que acceder a sus deseos sexuales, y eso no le agradaba demasiado.

Había sido reina de Palmira y de Egipto y augusta de Oriente, y a sus treinta años mantenía su legendaria hermosura, de modo que decidió mostrarse ante el senador en todo su esplendor.

Sus dos esclavas la vistieron con el vestido rojo de seda que había traído desde Palmira y que tuvieron que apañar con maestría pues algunas zonas se habían deteriorado durante el desfile del triunfo de Aureliano.

Carecía de joyas, pero en esta ocasión el mayordomo de palacio accedió a prestarle un par de brazaletes de plata y un broche de bronce con varias perlas, muy pequeñas, que pertenecían a su esposa.

Se cepilló el pelo negro y brillante y lo recogió en un alto moño, al estilo de la moda que imperaba entre las damas de la aristocracia romana, se perfiló los ojos

con *kohl*, se empolvó las mejillas con colorete, se pintó los labios con un carmín rojo carmesí y se perfumó con aroma de jazmín y lavanda.

Al acabar de arreglarse se miró en un espejo de plata bruñida y comprobó que su belleza no se había ajado. Tal vez se atisbaban las huellas de lo que pronto serían unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos, pero su aspecto y su figura todavía eran capaces de seducir a cualquier hombre.

El mayordomo le anunció que el Senador había llegado y que la aguardaba en la sala de la biblioteca. Zenobia ya estaba lista, pero le hizo esperar un rato.

El Senador era un hombre maduro. Aureliano le había dicho que tenía cuarenta años, pero aparentaba alguno más. Era de la misma estatura que Zenobia, de fuerte complexión, anchos hombros y brazos poderosos. Tenía el pelo negro, aunque poblado de canas, y lo llevaba muy corto, con unas entradas no demasiado profundas. Sus ojos grandes, verdosos y brillantes denotaban a un hombre sereno y tranquilo. Lucía una barba recortada y muy cuidada, sin una sola cana, por lo que Zenobia dedujo que, a diferencia del cabello, se la teñía. Los labios eran finos pero sensuales, y cuando los abría dejaban entrever unos dientes pequeños pero bien alineados y limpios.

Aristóteles escribió que el rostro de los humanos denota su carácter. Si fuese así, el del Senador era desde luego un hombre sereno, recatado y seguro de sí.

Zenobia apareció en la biblioteca radiante y hermosa. Su vestido estaba algo ajado y sus joyas no se correspondían a la belleza ni al pasado de aquella mujer, pero a él le pareció la más rutilante de la Tierra.

—Señora, permíteme que me presente —balbució mientras decía su nombre y su condición.

—El emperador me ha comentado que deseas casarte conmigo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—La que desees, señora.

—¿Te lo ha ordenado él? Te rogaría que me dijese la verdad pues es probable que vayamos a ser esposos. Si quiero seguir viva no dispongo de otra alternativa que aceptarte.

El senador dudó pero, tras unos instantes, se sinceró.

—Sí. El emperador me pidió que te tomara como esposa. Hace dos años envié y...

—No, no te excuses por ello.

—No tenía intención de volver a casarme. Yo amaba mucho a mi esposa, tengo dos hijos y soy un hombre rico. El emperador me dijo que Roma tenía un problema muy grave si tú seguías en esta situación, y que yo contribuiría a solucionarlo si aceptaba casarme contigo.

—Agradezco tu sinceridad.

—Eres una mujer muy bella; cualquier hombre se volvería loco por ti.

—Espero que tú permanezcas cuerdo.

—¿Eso quiere decir que aceptas este matrimonio?

—Comprenderás que no es mi deseo morir todavía, aunque tampoco tengo demasiadas ganas de vivir. Hace unos meses incluso pensé en quitarme la vida. Fue en Bizancio. Permanecí recluida durante semanas sin que nadie me dirigiera la palabra, prisionera en unas estancias en las que pasaba sola la mayor parte del día. Casi enloquecí. Pero ahora deseo seguir viviendo, aunque sólo sea para recordar cada día lo que fui.

—Si me lo permites, espero contribuir a que las ganas de vivir sean de nuevo un acicate para ti.

El Senador se sentía por momentos más y más atraído por Zenobia. Así, tan cerca, era mucho más hermosa. Su rostro era perfecto y su cuerpo emanaba una sensualidad capaz de derretir al más gélido de los hombres.

—Me han dicho que eres un buen hombre.

—No te fies de lo que se comenta en Roma; esta ciudad es un taller en el que no cesan de fabricarse los más extraños rumores.

—Le haré saber al emperador que acepto casarme contigo, Senador.

—Estaré muy honrado de ser tu esposo.

*Roma, mediados de primavera de 274;
1027 de la fundación de Roma*

El Senador vivía en una gran casa en la ladera este del monte Quirinal, muy cerca del solar donde se habían comenzado a excavar los cimientos del templo al Sol Invicto.

La boda de Zenobia y el Senador se celebró en el templo de Cástor y Pólux, en la ladera sur del Quirinal. El novio ofreció como sacrificio un suovetaurilias, la más relevante ofrenda a los dioses, el que solían hacer cada cinco años los censores al acabar su período legislativo. Consistía en el sacrificio de un cerdo, un carnero y un toro. El *pontifex maximus* fue el encargado, a petición del propio Senador, de encender el fuego sagrado ante el altar de los dos dioses y de ofrecerles aquellos tres animales como ofrenda para que fueran benignos y protegieran la vida futura de los nuevos esposos. Un augur examinó las entrañas y concluyó que los auspicios para aquel matrimonio eran muy favorables.

Vestida de blanco pero sin el cinturón que acostumbraban a llevar las jóvenes que se casaban vírgenes, y cubierta la cabeza con un velo rojizo, Zenobia se había hecho unas trenzas en su melena negra y brillante que adornaba con cintas doradas.

Tras la ceremonia, los nuevos esposos se desplazaron sobre una litera en un desfile por las calles de Roma hasta la casa del Senador, donde se celebró el banquete nupcial. Asistieron varios senadores, pontífices del colegio sacerdotal y

relevantes miembros de la aristocracia romana; todos babearon de envidia cuando contemplaron a Zenobia, vestida como una matrona romana pero con algunos detalles orientales, como el hermosísimo tocado de seda rojiza y una diadema de escarabajos de oro y lapislázuli, regalo de bodas de su esposo. Las mujeres romanas acostumbraban a cuidar mucho sus cabellos y algunas de ellas poseían esclavas dedicadas exclusivamente a peinarlas, pero ninguna pudo competir con el brillo natural y el negro azulado de su cabello que peinó con un tocado al estilo de Palmira que asombró a las damas.

Aureliano y su esposa Severa habían sido invitados al banquete, pero el emperador declinó asistir alegando que tenía asuntos de gobierno muy urgentes que tratar. Unos días antes había firmado la orden de libertad para Zenobia, tras recibir una petición en tal sentido del Senado, que el propio emperador había pactado, y el compromiso matrimonial del Senador de casarse con ella. En las oficinas del Senado se firmó un contrato mediante el cual el Senador se convertía en responsable de las acciones que desde el momento de su enlace pudiera emprender la que fuera reina de Palmira.

Tras el banquete, en el que no faltaron los platos más apreciados por los romanos, como anguilas y lampreas cocidas en su propia sangre, rodaballo asado con hierbas y ajos y guiso de jabalí con ciruelas, almendras y miel, servidos en el peristilo de la casa, un amplio patio cuadrado con columnas y pórticos bajo los que se ubicaron diversos triclinios para los comensales, los esclavos recogieron las mesas, los bancos y reclinatorios y devolvieron al peristilo a su estado original.

Como le había dicho Aureliano a Zenobia, el Senador era en verdad muy rico. Descendiente de una familia de mercaderes de salazones y conservas, sus antepasados habían regentado varias factorías de *garum* en la costa sur de la provincia de Hispania, en la riquísima región de la Bética. Se habían asentado en Roma, desde donde dirigían sus empresas y controlaban una buena parte de aquella intensa salsa que se consumía en la capital del Imperio, elaborada a base de pescado, aceite, vinagre y sal, tan del gusto romano.

La casa del Senador en el Quirinal era una enorme mansión organizada en torno a un patio central, el *impluvium*, tras el cual se abría otro patio, el peristilo, con sus porches sostenidos por una docena de columnas de estilo compuesto, donde se celebraban los banquetes que el Senador solía ofrecer de vez en cuando a sus colegas del Senado o a sus clientes. Disponía de una zona de baños con una pequeña piscina de agua templada y un par de bañeras para agua fría y caliente. En la parte posterior se ubicaban la cocina, las habitaciones de los esclavos y sirvientes, los almacenes y los establos.

Los suelos de las estancias principales estaban decorados con mosaicos con dibujos geométricos y florales, salvo en la zona de trabajo del Senador, en donde había un mosaico con una escena del dios Mercurio, el mensajero del Olimpo y

deidad protectora del comercio. Las paredes estaban pintadas con frescos que representaban diversos pasajes de la *Odisea* de Homero. En el *tablinium*, una especie de galería elevada entre el *impluvium* y el peristilo, había tres pequeños altares dedicados a los lares, las divinidades del hogar y del ajuar; a los penates, protectores de las provisiones; y a los manes, los espíritus guardianes de los antepasados, junto a los cuales se habían colocado varios bustos de mármol y máscaras de terracota de los familiares fallecidos del Senador, siempre iluminados por una lámpara de bronce alimentada con aceite de oliva. Por toda la casa se distribuían lujosas cráteras de Grecia, alfombras persas y pebeteros de bronce.

Una estatua fundida en bronce del dios Jano, el protector de las puertas, se alzaba sobre un podio en el atrio, y en el centro del *impluvium* destacaba la figura de la diosa Vesta, esculpida en mármol según un modelo griego, la más venerada en los hogares romanos al considerarla la deidad custodia de la familia.

Cuando se marchó el último de los invitados y los esclavos se retiraron, los esposos se quedaron a solas.

—Imagino que deseas descansar —dijo el Senador.

—Sí, ha sido un día muy ajetreado.

—Ya sabes cuál es tu dormitorio.

—Claro.

Zenobia había llevado consigo a las dos esclavas que la acompañaban, y que Aureliano le había regalado; ambas aguardaban en el dormitorio a su dueña para desvestirla y prepararle la cama.

—Que tengas un feliz sueño.

El Senador ardía en deseos de tomarla. Desde que enviudara había visitado en ciertas ocasiones algunos de los prostíbulos más lujosos de Roma e incluso se había desplazado hasta el suburbio de Suburra, donde se encontraban los lupanares más populares, pero seguía recordando a su primera esposa, una rica heredera de una familia de comerciantes de aceite de la Bética a la que todavía continuaba amando.

Zenobia se acercó hasta él y le dio un beso en la mejilla. El Senador sintió la tentación de abrazarla y llevarla hasta su lecho para hacerle el amor durante toda la noche, pero se contuvo.

Mediada la madrugada, el Senador no podía conciliar el sueño. Estaba excitado, nervioso, y no paraba de dar vueltas. Apenas a veinte pasos de distancia se encontraba el cubículo de Zenobia. La imaginaba allí, dormida sobre la cama de almohadas de lino, con su hermoso cabello negro cayendo sobre sus hombros delicados y suaves.

Era su esposa; la mujer más hermosa del mundo era suya y tenía derecho a tomarla cuando quisiera. Podía levantarse, ir a la habitación de Zenobia y hacerle el amor. Pero no lo hizo; una fuerza invisible e inexplicable lo mantenía

inmóvil, como si estuviera atado por las más formidables cadenas.

Entonces oyó unos pasos. Giró la cabeza hacia la puerta de su habitación y vio una figura espléndida recortada bajo el umbral por la tenue luz ambarina de la lámpara de aceite que iluminaba el patio. El rostro de aquella mujer no era perceptible en la penumbra, pero no le hizo falta contemplarlo para saber que era el de Zenobia.

Se incorporó apoyado sobre sus codos y observó a la figura femenina que se acercó hasta el borde del lecho. Zenobia retiró el cobertor de lino con delicadeza y se introdujo en la cama.

La noche primaveral era templada. Zenobia olía a jazmín y bajo su túnica su piel era suave y delicada como la más fina de las sedas. El Senador sintió las rotundas curvas de sus senos y de sus caderas acoplándose sobre sus muslos y su pecho. Le acarició el cabello negro, lacio y suave, y la besó en los labios y en el cuello. Sus manos recorrieron el cuerpo de la mujer deteniéndose en cada pulgada de su piel. Y luego, sin apresurarse, supo encontrar el camino hacia el máspreciado tesoro de Palmira.

El alba los sorprendió todavía despiertos, abrazados como las olas del mar a las arenas de la playa. No habían cruzado una sola palabra, apenas se habían besado, se habían dado cuenta de que eran dos desconocidos, pero sus cuerpos se habían unido como si lo hubieran estado haciendo durante muchos años.

—Está amaneciendo —habló al fin el Senador.

—En Grecia dicen que el alba muestra la palidez de la diosa Eos, entristecida porque ha perdido a su amado Orión. Si hubieran contemplado alguna vez los amaneceres dorados de Palmira, es probable que hubieran ideado otra leyenda.

—¿Echas de menos tu ciudad?

—A cada instante.

—Tal vez algún día pueda llevarte de regreso.

—No. El emperador no lo permitirá jamás.

—Aureliano no será eterno, quizá cuando muera...

—Ningún emperador consentirá que la que fue reina de Palmira, aunque se haya convertido en una inerme dama romana, ponga sus pies en ella. Sé que nunca más contemplaré sus atardeceres escarlatas ni sus amaneceres dorados. Pero también sé que están ahí, y su recuerdo me acompañará siempre. Puedo cerrar los ojos y los veo; veo las colinas rocosas, el palmeral verde y frondoso, las doradas arenas del desierto y las montañas rojas al atardecer. Cierro los ojos y contemplo Palmira...

—Eres una mujer extraordinaria. Todo ha pasado tan deprisa... Hace apenas unas semanas yo era un viudo taciturno con dos hijos cuya única ambición consistía en acumular más y más dinero y tal vez aspirar a que un día me eligieran cónsul. Y ahora estoy aquí, en mi propio lecho, junto a la mujer más bella del mundo, la que fue reina de Palmira y de Egipto, a la que muchos

consideran la heredera de Cleopatra.

—Soy descendiente de esa reina, te lo puedo asegurar.

—Yo tan sólo lo soy de mercaderes hispanos que se hicieron ricos comerciando con tarros de salsa de pescado. Ni siquiera tengo raíces aristocráticas que ofrecerte.

Zenobia podría haberle confesado que su madre había sido una esclava egipcia y que su padre se había dedicado al comercio con caravanas de camellos, pero calló. Ella había sido la soberana de todo Oriente y eso era lo que realmente debía trascender para siempre.

Capítulo II

*Roma, finales de primavera de 274;
1027 de la fundación de Roma*

La vida que había llevado Zenobia hasta el momento de su boda no había sido, precisamente, la de una matrona romana. Las diversiones de los aristócratas palmirenos consistían en cazar, en practicar la cetrería o en cabalgar por el desierto; los romanos se divertían en los teatros, los circos y los anfiteatros.

Al menos dos días de cada semana había juegos en el Coliseo. Los más demandados eran las peleas de gladiadores. Comenzaban a mediodía y se alargaban hasta bien entrada la tarde. Habitualmente había que pagar una entrada, cuyo precio variaba mucho según dónde estaba ubicado el asiento, pero en ocasiones se celebraban espectáculos gratuitos para los que sólo era necesario conseguir una invitación del patrocinador de los juegos, que en numerosas ocasiones era el propio emperador.

De cuantos espectáculos se celebraban en Roma eran las carreras de cuadrigas y las de caballos las que más gustaban a Zenobia, pues le recordaban a las competiciones de Palmira. Solían celebrarse en el circo Máximo y en el de Domiciano, y en todas las carreras se cruzaban apuestas cuya organización estaba controlada por un grupo de senadores corruptos que conseguían enormes beneficios, aunque fuera necesario amañar las pruebas.

Una tarde de finales de primavera, durante una sesión en la que se habían celebrado varias carreras de carros, los vencedores fueron premiados con túnicas de seda, lienzos de lino e incluso caballos. Zenobia, que asistía a la competición, se sorprendió y le preguntó a su esposo que por qué no se concedían premios en dinero.

—Es cosa del nuevo cónsul. Los defensores de la tradición han protestado, incluso ante el emperador, pero Aureliano se ha lavado las manos en este asunto.

—Creo que esas prendas proceden del saqueo de Palmira. Aureliano no se ha contentado con llevarse el oro, la plata, las joyas y las estatuas más hermosas, también ha saqueado los comercios y los almacenes de los mercaderes. Me temo que ha requisado cuanto de valor había en mi ciudad.

—Es probable. Tras la conquista de Palmira llegaron tantos rollos de seda a Roma que su precio descendió casi a la mitad. Y algo similar ocurrió con las joyas. Muchos legionarios regresaron ricos de esa campaña, sobre todo los pretorianos que participaron en el asalto y que se quedaron con la mejor parte del botín. Tu ciudad debía de ser muy rica.

—Lo era. Sus mercados y sus tiendas estaban repletos de las mejores sedas de China, y de telas tan hermosas como sólo allí podían verse, bordadas con hilo de oro, de una calidad insuperable. Pero me temo que tras nuestra derrota se hallan en poder del emperador y de sus soldados. Los ejércitos victoriosos se comportan como ladrones tras el triunfo y los mayores beneficiarios suelen ser sus generales.

—No siempre ha ocurrido así. Hubo una época en la que los gobernantes de Roma eran íntegros y administraban las riquezas en beneficio de la ciudad y de sus ciudadanos. Pero aquellas honestas formas de gobierno hace tiempo que desaparecieron. El gobierno se ejerce mediante intrigas y sucias maniobras, y los que lo ocupan procuran obtener los favores de la plebe comprando su voluntad y su adhesión mediante el reparto gratuito de pan y carne y la organización de espectáculos sangrientos.

—¿Crees que Aureliano puede cambiar esta situación?

—Tiene fama de cruel y sanguinario. Desde luego, ha habido ocasiones en que se ha comportado con una severidad extrema, y no me refiero sólo a sus actuaciones en la guerra. No permite que nadie incumpla las normas y las leyes que dicta, y si alguien se atreve a contravenirlas, no duda en aplicarlas con el máximo rigor. Castigó con la pena de muerte a su esclavo favorito porque había sido sorprendido cometiendo adulterio con una esclava de palacio. Hace poco también condenó a muerte a una de sus sobrinas, hija de su hermana menor, acusada de haber cometido una falta de poca relevancia. Con ello ha querido enviar a todos sus súbditos un claro mensaje: no perdonará la más mínima desobediencia, aunque proceda de un miembro de la familia imperial. Todos los delitos serán castigados con severidad y nadie quedará impune ante la ley.

—Ese comportamiento suele acarrear problemas y muchos enemigos, sobre todo cuando se pierde el poder —puntualizó Zenobia.

—Tú has gobernado un imperio, sabes bien lo difícil que resulta contentar a todos.

—Es imposible.

—Por eso un gobernante debe optar y decidir, cueste lo que cueste. Aureliano se ha ganado la voluntad del pueblo con sus dádivas y regalos, y sabe que, con la plebe de su lado, nadie podrá disputarle el trono cara a cara.

—Esa táctica no ha sido diferente a la de los demás emperadores —alegó Zenobia.

—Pero ha logrado grandes éxitos para el Imperio y ha dejado claro que no se

enriquecerá a costa del tesoro público. No obstante, y aunque la plebe lo admire, en Roma se esconden confabuladores por doquier. El Senado está lleno de ellos. Algunos políticos pasan el día tramando conjuras para hacerse con el poder o para influir en las decisiones del emperador. Se dice que la sede del Senado no está en el Foro por casualidad. En los orígenes de Roma, la vaguada del Foro era un cenagal que se desecó, se saneó y se enlosó en tiempos de la República. Por eso se asegura que esta antigua ciénaga es el sitio más apropiado para ejercer el oficio de la política. Desde que se inventó la política, siempre ha sido así. Las intrigas, las conjuras y las traiciones son consustanciales al ejercicio del poder.

—Tú eres un político; ¿también participas en esas intrigas; también te consideras uno de esos que se revuelcan en el lodazal?

—Yo apoyo a Aureliano. Sé que es un hombre muy duro y que en ocasiones actúa con una saña sanguinaria, pero ha sido el único capaz de restaurar la unidad del Imperio, de sofocar las revueltas, de someter a los usurpadores y de mantener a raya a germanos y a persas. En los últimos cincuenta años ha sido el único emperador que le ha devuelto el honor, la dignidad y el poder a Roma.

—¿Crees que yo fui una usurpadora por haberme proclamado reina en Palmira?

—Desde el punto de vista de un romano, así es. Pero mis ojos no te ven de ese modo. Si estuviera en el lado de tu pueblo, imagino que consideraría que Roma había sojuzgado a Palmira y tal vez entendiera tu rebelión. Pero soy romano, me he educado con las leyes de Roma y me han enseñado que la grandeza del Imperio depende de su fuerza y de su poder.

—Aureliano me venció, me hizo su prisionera y destruyó cuanto yo había conseguido.

—Y le guardas rencor por ello.

—No; por lo que a mí respecta he sabido asumir mi derrota. Lo que siento es que mi pueblo perdiera la oportunidad de elegir su destino y de ganar su libertad.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada?

—Hazla, y veré si te contesto —respondió Zenobia.

—¿Te poseyó?

Zenobia miró a su esposo y le pareció que por primera vez había en él un atisbo de celos.

—¿Me creerías si te dijera que no?

—Sí, creeré lo que tú digas.

—A pesar de que fui uno más de sus trofeos de guerra, ni siquiera lo intentó. Hubo un momento en que creí que iba a hacerlo, pero Aureliano no me puso la mano encima. Creo que tenía miedo.

—¿Miedo? Se ha ganado fama de soldado valeroso y de no haber rehuído jamás un combate, ¿cómo iba a tener miedo de una mujer?

—No me refiero a ese tipo de miedo, sino al que nos atenaza por dentro y nos

reconcome como la sarna: el miedo a nosotros mismos. Y ese miedo casi siempre es insuperable.

—Hablas como si fueras un filósofo. ¿Quién te ha enseñado todas estas cosas?

—En Palmira tuve como preceptor y maestro a un hombre sabio al que nombré mi consejero principal. Su nombre era Longino, uno de los filósofos más ilustres de estos tiempos.

—¿Era...?

—Murió ejecutado por Aureliano tras la toma de Palmira.

—Has hablado del miedo... ¿Y tú, esposa, a qué tienes miedo?

—Antes temía a la batalla, al fracaso, a la derrota, a la muerte, a la soledad, al desasosiego, al dolor. A tantas y tantas cosas... Ahora sólo le temo a la vida.

Corrían los últimos días de primavera, los más largos del año, y al ocaso las calles de Roma seguían atestadas de gentes que buscaban disfrutar de los mejores momentos de la jornada. Era entonces cuando los artesanos dejaban de trabajar en sus talleres y los comerciantes cerraban sus tiendas, cuando las tabernas y los hostales se llenaban de personas dispuestas a gastar sus jornales en una suculenta cena o en una jarra de vino.

La vida de Zenobia se había convertido en una dulce rutina. La mujer que había gobernado un imperio dedicaba todo su tiempo a organizar la casa del Senador donde, además de los dos esposos y los dos hijos habidos de su primer matrimonio, una jovencita de quince años y un muchachito de doce, vivían dos docenas de esclavos y esclavas.

Aquel día, el Senador regresó a casa más tarde de lo habitual. Los esclavos habían preparado la cena según lo indicado por Zenobia, que comenzó a preocuparse ante la tardanza de su esposo, aunque siempre iba acompañado por tres fornidos esclavos por si a algún belicoso romano se le ocurría atacar en la calle a un miembro del Senado.

—¿Te ha ocurrido algo? —le preguntó en cuanto este entró en casa.

—Sí, hoy hemos tenido una agitada sesión en el Senado en presencia del mismísimo emperador. Los cuestores han presentado un informe sobre la situación económica del Imperio y sus conclusiones son demoledoras.

—Yo pensaba que tras tantas victorias las arcas de Roma estarían repletas. ¿Acaso no se está repartiendo pan y carne de manera gratuita a los ciudadanos de Roma?

—Eso son minucias. El coste del ejército es lo que está arrastrando al Estado a la bancarrota. Disponemos de treinta y cuatro legiones distribuidas por todo el Imperio, y probablemente el próximo año se formen tres o cuatro más para garantizar la defensa del *limes* del norte y para organizar una posible expedición contra los persas. No hay dinero para pagar todo eso. El emperador ha

pronunciado hoy un discurso en el que ha propuesto una reestructuración de la hacienda pública y que sea yo quien la lleve adelante.

—¿Y qué le has dicho?

—Que para poner en marcha ese plan es necesario tiempo y estabilidad, pero él me ha respondido que no hay tiempo y que será esta reforma la que aporte esa estabilidad.

—¿Qué piensas hacer?

—No puedo negarme a colaborar. Ha proclamado en el Senado que confía en mí como administrador de sus reformas y que ha depositado sus esperanzas en mi trabajo. De modo que no he tenido otro remedio que aceptar su reto.

—Yo nombré responsable del tesoro de Palmira a un contable de mi padre. Hizo bien su trabajo y consiguió que nuestras arcas siempre estuvieran repletas de dinero. Claro que no celebrábamos espectáculos gratuitos, ni se regalaba pan y carne a toda la población, ni se arrojaban monedas a la calle a mi paso, como hace Aureliano en algunas ocasiones.

—Sí, la austeridad debe ser una de las acciones a poner en marcha en esta reforma. Hemos de acabar con el dispendio que suponen los espectáculos gratuitos. Sólo el mes pasado murieron más de mil animales en el Coliseo durante los juegos en honor a la diosa Cibeles. Todos ellos fueron capturados en África y en Asia con un enorme gasto para el erario público.

—Esas medidas no serán suficientes para acabar con el déficit.

—¿También sabes de cuentas?

—Me crié en ellas. Mi padre era el dueño de una de las compañías más prósperas de Palmira. Desde pequeña en mi casa no oí hablar de otra cosa que de gastos e ingresos, de beneficios y de pérdidas. Y no olvides que goberné un imperio y que mi rostro se acuñó en monedas de plata y de oro. Ahí es donde deberían incidir las reformas de Aureliano.

—Una reforma monetaria es imprescindible, pero dudo que el Senado acepte lo que quiero proponer.

—¿Qué pretendes?

—La moneda de plata ha sufrido en los últimos años una constante pérdida de valor. Los mercaderes ya no confían en ellas y eso frena el comercio y disminuye la actividad en los mercados. Es necesario recuperar la confianza en la moneda y para ello es precisa una profunda reforma del sistema de acuñaciones. Lo más apropiado sería retirar de la circulación los antoninianos de plata y sustituirlos por una nueva moneda, el aureliano, y asentarla mediante la garantía del Estado y la seguridad de que no se devaluará durante un largo período de tiempo, al menos quince años.

—¿Y en cuanto a la moneda de oro? —Zenobia recordó el momento en el que vio por primera vez su rostro y su nombre acuñados en una.

—En ese caso habremos de hacer algo parecido, además de incrementar la

extracción de oro de las minas del norte de Hispania.

—Si hacéis eso subirán los precios y habrá revueltas en las ciudades.

—Lo hemos previsto. Si eso ocurriera, se aumentará el reparto gratuito de pan a todos los que lo necesiten.

—¿Cuentas con suficientes apoyos en el Senado para sacar adelante esas reformas?

—No, por ahora creo que no, pero habrá que conseguirlos.

—Supongo que no todos los senadores estarán de acuerdo con el gobierno de Aureliano.

—Algunos ya fueron represaliados, y se les castigó con mucha dureza obligándoles a desfilar portando carteles que los acusaban de traición el día del triunfo del emperador; muchos de ellos se sintieron humillados y vejados en su honor, y le siguen guardando un hondo rencor a Aureliano. Creo que podría convencer a una mayoría notable de senadores, pero sigue habiendo un nutrido grupo de opositores que estos días no ha dejado de repartir en el Foro panfletos en papiros criticando las propuestas de Aureliano. Si el emperador acepta mi plan de reformas y las presentamos en el Senado, es probable que haya una enconada resistencia, pues muchos de sus miembros no están dispuestos a perder uno solo de sus privilegios.

En los meses siguientes a la entrada triunfal en Roma de Aureliano, las oficinas imperiales se convirtieron en una verdadera vorágine y no cesaron de emitir leyes. Acostumbrado a la intensa vida militar en la frontera, la rutina cortesana, en la que florecían las intrigas y las conjuras, no agradaba al emperador, que descargaba su energía en la emisión de innumerables decretos, cuyos originales se guardaban en el archivo de la Curia encuadernados en códices de hojas de pergamino a los que se los dotaba de unas hermosas tapas elaboradas con plaquitas de marfil.

Todos los aspectos de la vida de los romanos resultaron alterados con nuevas leyes, algunas verdaderamente dispares: se prohibió a los hombres el uso de zapatos de color salmón, amarillo, blanco y verde; se prohibió tener una concubina de condición libre, pero se podían tener cuantas se pudieran mantener siempre que fueran esclavas; se permitió a los soldados llevar hebillas de oro en sus sandalias y botas reglamentarias, y usar fajas rectas con bandas de color púrpura, hasta entonces prohibido en el reglamento de las legiones; se autorizó a los patricios y senadores a utilizar carros con adornos de plata, pero no de oro; se autorizó a las matronas romanas a vestir telas de color púrpura, hasta entonces reservado a los miembros de la familia imperial; se limitó el número de eunucos que podían ser vendidos en los mercados alegando que los esclavos castrados habían alcanzado precios muy altos en el mercado... Casi nada en la vida

cotidiana de los romanos quedó al margen de las preocupaciones legislativas del emperador.

Muchas de estas medidas anteriores fueron consideradas irrelevantes por los patricios y senadores que se oponían a Aureliano, pero donde sí mostraron reticencias fue en lo referente a las reformas económicas inspiradas por el esposo de Zenobia. Los contrarios a ellas se organizaron enseguida para evitar su puesta en práctica y comenzaron con una campaña de desprestigio mediante el reparto de folletos, a la que siguió la ejecución de decenas de pintadas en las paredes exteriores de muchas casas y en los muros de algunos edificios públicos en las que se proclamaba que lo que pretendía el emperador iba en contra de las leyes y tradiciones de Roma.

El Senador acababa de defender sus medidas en el pleno, que se había reunido en el templo de Vesta, y había acabado su discurso señalando que los que más tenían debían ser los primeros en contribuir para acabar con el tremendo déficit del Estado y evitar que la plebe se alzara en revueltas.

Muy airado por aquella intervención tomó la palabra Felicísimo, hasta ese momento tesorero del Senado, quien había dirigido la política monetaria de los últimos años y que, ante las últimas decisiones del emperador, se consideraba completamente desautorizado.

—Apreciado Senador —dijo Felicísimo impostando cuanto pudo la voz—, reconozco el esfuerzo que has realizado en las últimas dos semanas para presentarnos tu informe, pero discrepo por completo de tu análisis y mucho más aún de tus pretensiones. Lo que buscas con estas reformas es insensato. Nos pides que otorguemos nuestra aprobación a unas propuestas que suponen el final de la capacidad del Senado para controlar la moneda. Si las ratificamos, el Senado dejará de tener control sobre las acuñaciones, que quedarán en manos exclusivas del emperador. Frente a esto, yo propongo que el Senado recupere sus antiguas atribuciones y que sea esta venerable institución, la más antigua, noble y preciada de Roma, la encargada de dirigir las acuñaciones monetarias que, por supuesto, deben mantenerse en la proporción de metal precioso que ahora contienen.

El Senador, habitualmente un hombre tranquilo y de verbo sosegado, dotado del sentido de la paciencia que había aprendido a cultivar en el ejercicio de sus negocios, estalló:

—Tus alegaciones, Felicísimo, son propias del avaricioso que vela únicamente por sus intereses aunque con ello arrastre a la ruina a toda la república. Todos habéis escuchado de boca de nuestro emperador cómo se agotó el tesoro de Roma durante la época del gobierno de Valeriano y de su hijo Galieno. La mayoría sabéis bien, pues fuisteis testigos de ello, que sus campañas y su empeño por derrotar a los persas y conquistar Mesopotamia nos condujeron al borde del abismo. Valeriano era un hombre audaz y valiente, pero estaba lleno

de insensatez y de improvisación. Para afrontar los enormes costes de aquella desdichada y frustrada expedición contra Persia utilizó más recursos de los que disponíamos. Su derrota a manos de Sapor no hizo sino agravar la situación, que su hijo Galieno arrastró hasta el desastre, dilapidando el dinero que no tenía y provocando la ruina del Estado y la acumulación de deudas y de incumplimientos. Por eso mis propuestas para poner en marcha una adecuada reforma de las finanzas de la república, refrendadas por el propio emperador, han de ser la base para solventar los problemas que se nos acumulan.

—El Senado de Roma ha cuidado desde su origen, y casi siempre con eficaz diligencia, del buen uso de los fondos del erario público. Si en alguna ocasión se han cometido errores, ha sido por dejar en manos de otros la toma de las grandes decisiones. Si ahora aceptamos tus propuestas, llevaríamos a la ruina al Imperio. Senador, tu bella esposa oriental ha debido de sorberte la inteligencia. Comprendo que andes despistado, ¿quién no lo estaría con una hembra así compartiendo su cama?, pero te ruego que recapacites y recuperes la cordura.

Algunos senadores rieron ante la alusión nada elegante de Felicísimo.

—Tu avaricia y tu egoísmo están a la altura de tu mala educación. Y ni siquiera tu carencia de argumentos para rebatir mis propuestas justifica que utilices a mi esposa para desautorizarme. Pero si eso es cuanto te preocupa, sí, te confieso que soy un hombre afortunado y feliz por estar casado con la mujer más hermosa del mundo.

Otro grupo de senadores asintió ante las palabras del Senador e increpó a los partidarios de Felicísimo.

—Quiero mostrarte algo, Senador. —Felicísimo se giró y un colega le alargó un pergamino—. Se trata de una carta del emperador dirigida al Senado; quiero que la escuches, que la escuchéis todos. Algunos de vosotros le recriminasteis que él, el más valiente de todos los soldados de Roma, el militar ejemplar, mostrase a una mujer en el desfile con el que celebró su triunfo; se trata, como ya habrás supuesto, de la que ahora es tu esposa que fue mostrada, cargada de cadenas, como un trofeo más. Pues bien, escuchad ahora las palabras de Aureliano justificando esa acción: «Escucho, padres y conscriptos, que hay quienes me acusan de no actuar de modo viril cuando mostré a Zenobia en el desfile del triunfo a comienzo de este año. Quienes reprochan mi actitud no cesarían de loarme y alabarme si tuvieran conocimiento de cómo es esta mujer y supieran de la sabiduría de cada una de sus decisiones, de su firmeza en cuanto disponía y de su autoridad para con sus soldados. Zenobia ha sido generosa cuando la situación lo demandaba y severa e inalterable si la disciplina lo requería. Fue ella la que animó a su esposo Odenato a derrotar a los persas y la que acudió con él hasta las mismas puertas de Ctesifonte. Esta mujer provocó un gran temor en las regiones de Asia y de Egipto, hasta tal punto que ni los árabes, ni los mesopotamios, ni los armenios osaron discutir su autoridad. Yo no hubiera

respetado su vida si no hubiera estado convencido de que ella será útil al Imperio si vive, pues quienes la reconocieron como reina en Oriente saben ahora que Roma ha resultado victoriosa y que su cautiverio es la prueba de nuestra victoria. Por ello, recomiendo a los senadores que me han criticado por este asunto que se traguen el veneno de sus propias lenguas. Porque si a mí me criticáis, ¿qué no diríais del emperador Galieno, que consintió que esta mujer gobernara la mitad del Imperio, o del venerable emperador Claudio el Gótico, que no hizo nada para acabar con el reino de Zenobia porque alegó que se encontraba combatiendo contra los godos? Mientras esto ocurría, esta mujer a la que ahora muchos deseáis la muerte guardaba la frontera oriental del Imperio y soportaba el peso de la tradición de Roma» .

—Deberías haber leído esta carta antes —alegó el Senador.

—Sí, tal vez en ese caso tú no hubieras aceptado casarte con una mujer a la que tanto alaba nuestro augusto. —Felicísimo sonrió con ironía.

El *princeps* de los senadores, acabada la fase de debate, propuso que se procediera a la votación de las reformas monetarias.

Los senadores, como se acostumbraba en cada votación, se dividieron en dos grupos. Por tan sólo dos votos la propuesta fue aceptada, ante el enfado de Felicísimo y de sus partidarios, que acusaron a sus oponentes de estar vendidos a la voluntad del emperador y de haber deshonrado la autoridad del Senado.

—Esto no quedará así. —Felicísimo alzó la voz entre las increpaciones de unos contra otros—. Si se altera la ley y se burla al Senado, Roma emitirá su propia moneda al margen de lo que decida el emperador. Te recuerdo, Senador, las famosas palabras que pronunció Cicerón cuando la República estaba amenazada: « Que las armas cedan ante las leyes» .

—Y tú recuerda que la cabeza y las manos de Cicerón acabaron clavadas en una plataforma del Foro.

El Senador regresó a casa escoltado por tres de sus esclavos. Zenobia lo aguardaba expectante.

—¿Cómo ha ido la votación?

—Hemos ganado, pero por un margen mínimo. Lo peor es que creo que Felicísimo y sus seguidores no aceptarán el resultado. El Senado de Roma está dividido en dos grandes facciones; una de ellas la componen los miembros de las familias aristocráticas de la ciudad, algunas tan antiguas que hunden las raíces de su linaje en los tiempos de la República; y, por otro lado, estamos los senadores que hemos llegado a este puesto a causa de nuestra fortuna. Los miembros del Senado que tienen abolengo familiar reconocido se suelen llamar a sí mismos *patres*, mientras que a los demás nos denominan *conscripti*, una manera de remarcar que, aunque todos somos senadores, unos tienen más raigambre que otros. Quienes hemos votado a favor de las reformas hemos sido los *conscripti*, hombres de negocios que creemos que son necesarias para evitar la bancarrota y

la ruina del Estado.

Mientras Zenobia y su esposo conversaban antes de la cena, un esclavo les anunció que un correo aguardaba a la puerta de la casa con un mensaje urgente del emperador.

El senador salió a recibirlo al atrio; tras él fue Zenobia.

—¿Qué ocurre?—preguntó el Senador al heraldo imperial.

—Se trata de los trabajadores de la ceca: acaban de amotinarse. Han proclamado que no aceptan las reformas monetarias dictadas esta mañana y amenazan con desencadenar una revuelta si no se mantiene la situación anterior. El emperador reclama tu presencia en palacio; afuera te espera una escolta con diez pretorianos.

—Debo irme —le dijo a Zenobia.

—Ten cuidado.

—Ordena a los esclavos que cierren bien la puerta y que no abran a nadie; creo que esta noche pueden estallar tumultos graves.

—Así lo haré.

El Senador cogió su manto y salió presto hacia el palacio.

Aquella noche los trabajadores de los talleres de la ceca se proclamaron en rebeldía y se negaron a aplicar las reformas aprobadas por el emperador y ratificadas en votación por el Senado.

El Senador regresó a casa por la mañana. Había pasado toda la noche en el palacio, con Aureliano y varios senadores leales procurando establecer un plan para afrontar los graves problemas que se planteaban.

—La situación en la ciudad es grave —le dijo a Zenobia—; el emperador ha ordenado a la guardia pretoriana que cierre la ceca y que impida el acceso a los trabajadores, pero estos, ayudados por un grupo de senadores rebeldes, están difundiendo por toda la ciudad, a fin de crear el mayor malestar posible entre los ciudadanos, el rumor de que Aureliano va a aplicar de inmediato una enorme subida de impuestos. Cuando venía hacia aquí he visto a varios grupos de gente que se arremolinaba en las esquinas incitada por agentes de Felicísimo; no me cabe duda de que estaban bien organizados. Me temo que pueden estallar graves tumultos de imprevisible resolución.

Un esclavo irrumpió en el peristilo, donde Zenobia y el senador conversaban reclinados en un diván.

—Señor, una multitud de ciudadanos ha tomado las armas y ha cercado a la guardia pretoriana en el monte Celio, junto al templo del divino Claudio. Al parecer se están produciendo sangrientos combates. El emperador demanda tu presencia en el palacio imperial.

—Lo que temía ha sucedido. Debo ir allí.

—No, no lo hagas. Tú no eres un soldado, deja que sea la guardia la que resuelva esta revuelta —clamó Zenobia.

El Senador tomó con sus manos la cara de su esposa.

—Vaya; ¿te importo algo? Hasta ahora creía que sólo era para ti un seguro de libertad, pero por el tono de tu voz me ha parecido que estabas preocupada por lo que pudiera ocurrirme.

—Sí, me importas.

—¿Por qué?

—Porque a tu lado he conseguido algo que jamás tuve...

—No sigas. No quiero saber de qué se trata porque si no fuera lo que pienso me angustiaría; me basta con haber oído de tus labios que te inquieta lo que me suceda. De momento para mí eso es suficiente. Pero debo ir; en esta situación no puedo dejar de lado mis deberes. Soy senador de Roma y debo comportarme como tal, sobre todo en los momentos más difíciles.

Antes de salir, el Senador cogió una espada con su correa y se lo ajustó a la cintura.

—¿Sabes manejarla? —le preguntó Zenobia extrañada.

—No lo he hecho jamás; en los negocios las armas que se utilizan son mucho más sangrientas, pero no de hierro. No te preocupes, he sobrevivido a combates más cruentos que este discutiendo con algunos de mis proveedores y de mis clientes.

—Te acompaño —dijo Zenobia.

El Senador la miró perplejo.

—¿Qué?

—Tú no has participado en ninguna batalla, pero yo sí lo he hecho en algunas. Recuerda que he estado al frente de un ejército.

—¡Eres una mujer!

—¡Vamos! —dijo Zenobia.

El Senador y su esposa salieron hacia el palacio imperial, donde el emperador había citado a sus adeptos más leales. Cuando residía en Roma, Aureliano solía habitar un pequeño edificio en los jardines de Salustio, y sólo utilizaba el palacio imperial para las recepciones oficiales.

Desde su casa en la ladera sur de la colina del Quirinal, Zenobia y su esposo atravesaron la calle de las termas de Constantino escoltados por media docena de esclavos armados con machetes y hachas y cruzaron el foro de Trajano y el de Augusto, en donde se cruzaron con varios grupos de exaltados que se dirigían hacia la colina del Celio, en la que los rebeldes tenían cercadas a dos cohortes de la guardia pretoriana.

Una vez en la colina del Palatino se presentaron ante la puerta del palacio imperial, fuertemente protegida.

El Senador se identificó y lo dejaron pasar.

Aureliano parecía un león enjaulado. Paseaba a grandes zancadas de un lado a otro de la gran sala de banquetes entre varios de sus generales, consejeros y los senadores más afectos. Cuando entró el Senador, todos se quedaron boquiabiertos; a su lado estaba Zenobia, hermosa y radiante, con su melena negra suelta sobre los hombros y una sencilla diadema sobre la frente.

—¡Senador! —Aureliano se quedó pasmado ante la figura de Zenobia—. ¿Qué hace ella aquí?

El Senador miró a su esposa y luego al emperador.

—Zenobia me ha dicho que participó en muchas batallas, y se ha empeñado en acompañarme. No he sabido cómo evitarlo.

Aureliano, tras la sorpresa inicial, se golpeó el pecho y sonrió.

—En una ocasión, cuando estaba preparando desde Grecia el asalto a Palmira, alguien me dijo que tenías terror al combate, mi señora, y que huirías en cuanto vieras acercarse a mis legiones. Pero no fue así, me hiciste frente y a punto estuviste de derrotarme.

—Fue en los llanos de Emesa. Si nuestra infantería no hubiera cedido ante tus legionarios te hubiera vencido.

—Tal vez. Aquel griego, Giorgios, mi antiguo subordinado, hizo bien su trabajo como general de tu caballería pesada. Ni siquiera con la ayuda de los jinetes acorazados sármatas pudimos vencer a tus catafractas.

—Estaban bien entrenados y combatían por Palmira.

—Echabas de menos la acción, ¿eh? Bueno, al menos en esta ocasión estás de mi parte, y eso me reconforta —dijo el emperador.

—Estoy de parte de mi esposo. ¿No es así como debe comportarse una matrona romana?

Aureliano rio.

—Has aprendido pronto, señora, y me alegro. Sí, te has convertido en una romana, y espero que te guste.

—Perdona, augusto, pero ¿estás aceptando que esta mujer se quede con nosotros? —le preguntó uno de los senadores.

—Esta mujer sola tiene más valor que todos vosotros juntos. Y bien, vayamos a lo urgente. Varios miles de rebeldes, instigados por ese traidor de Felicísimo, que no merece sino oficiar el puesto del más vil de mis esclavos, han cercado a dos cohortes de pretorianos y a tres cohortes de legionarios novatos en el monte Celio. La situación allí es muy grave; o la resolvemos pronto, o Roma sucumbirá sumida en el caos.

—¿Qué propones, augusto? —preguntó uno de los senadores.

—Acabar con la revuelta liquidando sin piedad a todos los amotinados. En el castro del Pretorio aguardan acantonadas seis cohortes pretorianas y tres más de veteranos de la I Legión Itálica, y en las afueras de la ciudad, cerca de la puerta Tiburtina, hay seis cohortes de la XX Legión Valeria Victrix.

—Esa legión sirve en el *limes* de Britania; son soldados expertos y curtidos en la guerra de la frontera —exclamó Julio Placidiano.

—Traje a la mitad a las cercanías de Roma tras la pacificación de Britania. Con todos esos efectivos, podremos sofocar la rebelión.

Un heraldo llegó con noticias de lo que estaba ocurriendo en la colina del Celio. Sorprendidos por el ataque de las masas, los soldados resistían el envite de la muchedumbre enardecida, aunque comenzaban a ceder ante la tremenda superioridad numérica de los rebeldes.

—No podemos perder más tiempo; los rebeldes liquidarán a todos esos hombres —dijo el Senador.

—Tienes razón; debemos atacar a esos traidores ya, con toda contundencia y sin ninguna piedad —asintió Julio Placidiano; el prefecto del Pretorio ansiaba acudir en ayuda de sus hombres atrapados en la colina del Celio y dar un buen escarmiento a los amotinados.

Así se decidió. Aureliano y todos sus consejeros salieron de palacio de camino al Celio. Varios heraldos partieron a toda prisa sobre sus caballos con mensajes para que todos los soldados disponibles de la guardia del Pretorio y los de las legiones I y XX acudieran a sofocar la rebelión y a socorrer a sus compañeros cercados. La orden era tajante: ninguna piedad con los rebeldes.

Aureliano, Zenobia y el Senador llegaron al Coliseo mediada la mañana. La mole del anfiteatro apenas proyectaba sombras; el sol brillaba en lo más alto del cielo.

Al frente de unos dos mil hombres, el emperador vestía su clámide púrpura, coraza, grebas y su casco de combate. Zenobia había cambiado su vestido de larga falda hasta los tobillos por unas calzas, se había vestido una coraza de cuero y tocado con un casco de combate de un legionario, que tuvo que ajustarse colocándose un pañuelo a modo de turbante alrededor de la cabeza. En aquel momento le hubiera gustado lucir su casco de plata con las dos plumas escarlatas de halcón que tantas veces utilizara como reina de Palmira.

Enseguida aparecieron, entre las termas de Trajano y el Coliseo, las cohortes pretorianas y poco después, por la calle del templo de Isis y de Serapis, las de la XX Legión, con su estandarte al frente, en cuyo emblema figuraba un macizo jabalí de aspecto furioso y colmillos enormes en actitud de cargar contra un imaginario enemigo.

En cuanto se reunieron las tropas ante el Coliseo con la llegada de la I Legión, Aureliano se alzó sobre su caballo y arengó a los que pudieron escucharlo.

—Soldados de Roma, vuestros hermanos de armas están siendo masacrados por unos cuantos centenares de traidores en el monte Celio. Esos rebeldes pretenden acabar con la grandeza de Roma, la que vosotros habéis regado con vuestra propia sangre. ¿Vais a consentir que consigan su propósito?

—¡No! —clamaron los más cercanos golpeando sus escudos con las lanzas

provocando un ruido atronador.

—Entonces vayamos a por ellos. No dejéis ni uno solo vivo; acabad con todos aquellos que porten un arma en sus manos y no sean soldados. No hagáis prisioneros.

Los centuriones y decuriones de las cohortes transmitieron las tajantes órdenes del emperador, y en formación de combate caminaron a paso ligero hasta colocarse alrededor de la colina del Celio, por detrás del templo del divino Claudio.

Sobre la cima de la colina resistía un puñado de pretorianos y legionarios que habían retrocedido ante el empuje de la masa. Sobre las calzadas de las calles en torno al templo de Claudio y a las termas de Caracalla, las más grandes de Roma, se amontonaban miles de cadáveres.

Las trompetas de guerra tocaron a la carga y las filas de legionarios y pretorianos llegados en ayuda de los sitiados se alinearon en perfecta formación tras un muro de escudos y lanzas erizadas como las púas de un gigantesco erizo; al toque de carga avanzaron hacia la retaguardia de los amotinados y cayeron sobre ellos, que ya comenzaban a festejar su victoria. Desorientados por el ataque, los rebeldes se descompusieron y entre sus filas cundió el pánico. Los centuriones ordenaron a sus hombres avanzar en formación cerrada, tras sus escudos, alanceando a cuantos encontraban a su paso. Como una formidable máquina de guerra, el frente de las cohortes fue aplastando a sus adversarios, que intentaban escapar por las calles que descendían de la colina. Pero en cada calle, en cada encrucijada, un frente de escudos erizado de lanzas avanzaba inexorable impidiendo su huida.

Mediada la tarde, las primeras filas de la II cohorte de la Legión Valeria Victrix alcanzaron la cima del monte Celio y se unieron a los compañeros que habían resistido. Miles de amotinados yacían por todas partes, alanceados por los *pilae* de los legionarios o atravesados por sus espadas cortas. La sangre corría por las calles en pequeños regueros pringosos.

Algunos lograron alcanzar las termas de Caracalla y se hicieron fuertes en su interior, pero no pudieron evitar la derrota. Las enormes piscinas del complejo termal se tiñeron de rojo con la sangre de decenas de rebeldes degollados por los pretorianos. Los cadáveres se amontonaron en la inmensa sala central, de más de cien pasos de largo por cincuenta de ancho.

Tras la masacre, Aureliano se reunió en el templo de Claudio con sus consejeros. El Senador presentó un informe sobre lo ocurrido:

—Augusto, la rebelión ha sido completamente sofocada. Hemos perdido mil hombres, pero han muerto más de veinte mil insurrectos. En las termas de Caracalla hay presos unos quinientos, entre ellos varios senadores y el propio Felicísimo.

—Ejecutad a los senadores que hayan apoyado a Felicísimo —ordenó

Aureliano.

—Son más de treinta, agosto —terció Julio Placidiano.

—Treinta traidores menos que padecerá Roma —sentenció el emperador.

—Hemos liquidado a veinte mil, si prosiguen las ejecuciones puede soliviantarse todo el pueblo.

—Ordenaré que se añada una libra de más al peso del pan que se reparte entre la plebe y los romanos estarán un poco más felices. No te preocupes, Julio, el pueblo no echará de menos a un puñado de senadores si tiene la barriga llena y ocupa el tiempo en el circo.

Sofocada la revuelta, los senadores que habían apoyado a Felicísimo fueron ejecutados y los principales cabecillas despeñados desde la roca Tarpeia, el lugar donde se celebraban las ejecuciones ejemplarizantes, un elevado escarpe rocoso en la ladera sur de la colina del Palatino.

Según una antigua ley romana nadie podía ser ejecutado sin haber mediado un juicio previo, pero Aureliano se consideraba por encima de aquella ley y nadie se atrevió a recordarle esa vieja norma. Las cabezas de los senadores ejecutados fueron expuestas en el Foro, junto a la tribuna rostral, ubicada en una plataforma donde se exhibían las proas de varios navíos enemigos derrotados por los romanos en una batalla en tiempos de la República; en ese lugar era donde se pronunciaban los discursos más interesantes. Felicísimo fue torturado: le quebraron los brazos y las piernas a bastonazos, le cortaron las orejas y la lengua y le sacaron los ojos antes de ser decapitado.

Ni siquiera algunos familiares del emperador, demasiado condescendientes con los cabecillas de la rebelión, fueron perdonados; sufrieron la confiscación de todos sus bienes y algunos se exiliaron de Roma. Aureliano era un hombre austero y dio ejemplo de ello incautando las fortunas de sus parientes para que los romanos comprobaran que su familia iba a ser la primera en dar ejemplo a todo el Imperio de que las reformas económicas debían afectar a todos, y de que no le temblaría la mano aunque tuviera que adoptar las decisiones más extremas.

Capítulo III

*Roma, mediados de 274;
1027 de la fundación de Roma*

A comienzos de aquel verano el sol apretaba con fuerza sobre Roma y la humedad del río hacía todavía más pesado el sofocante calor. La mayoría de los patricios solía abandonar la ciudad durante el estío y se retiraba a sus fincas y villas en los alrededores, bien en la costa o bien en las montañas del interior. Hacía mucho tiempo, desde la época de Octavio al menos, que se había puesto de moda ausentarse de la ciudad durante los meses más cálidos, buscando el frescor y la tranquilidad del campo.

A fines de la primavera el Senador le había dicho a Zenobia que pasarían el verano en su villa de Tívoli, una tranquila localidad ubicada a diecinueve millas al noreste de Roma, como era costumbre todos los años.

Dos carros llenos de baúles y cestas y un carruaje esperaban a la puerta de la casa a Zenobia y sus dos hijos para salir hacia Tívoli. Una docena de esclavos y seis esclavas los acompañaban.

Cuando la familia del Senador estuvo lista y acomodada en el carruaje, el esclavo que la conducía arreó a las mulas. Las ruedas comenzaron a sonar con su monocorde traqueteo sobre las losas de las calles romanas.

—Roma es una ciudad muy incómoda durante el verano. Al tremendo calor y la sofocante humedad se suma un olor nauseabundo, que en los días en que sopla el viento del sur se torna insoportable. Tívoli es un lugar delicioso de abundante vegetación y aguas frescas. En esta época del año está repleto de flores; te gustará —le dijo el Senador a Zenobia.

—Estoy acostumbrada al calor; en Palmira luce siempre un sol abrasador, pero el aire es seco y la humedad no te empapa la piel como aquí.

—Muchos aristócratas son propietarios de fincas en las campiñas de Roma, en Campania o en Etruria, y aprovechan el verano para visitar sus explotaciones agrícolas en el tiempo de la siega de los cereales y residen en ellas hasta la vendimia a finales del verano. Es una buena excusa para huir del calor, de la humedad y del hedor de Roma en estos meses.

Atravesaron la ciudad y salieron por la puerta Nomentana, cuya maciza silueta enmarcada por torreones casi estaba completamente terminada. Era una de las dieciocho puertas del recinto que había ordenado levantar Aureliano para defender la ciudad de Roma. Las obras avanzaban muy deprisa. Buena parte del tesoro de Palmira se estaba utilizando para pagar a los trabajadores y comprar los materiales utilizados en su construcción.

—Odenato, mi primer esposo, ordenó construir una muralla para defender Palmira de los posibles ataques de los persas. Entonces era la principal aliada de Roma, su fortaleza y primer bastión defensivo ante el Imperio sasánida, el gran enemigo. Eran tiempos de guerras y de luchas, pero entonces ni Palmira ni Roma necesitaban muros de piedra para defenderse. Sin embargo el destino juega con la ironía como las parcas con la vida de los humanos. Palmira jamás necesitó muros para defenderse de Persia, y sí para hacerlo del ataque de Roma, y Roma está utilizando el tesoro de Palmira para protegerse de sus enemigos. ¿No te resulta paradójico? —le comentó Zenobia a su esposo mientras contemplaba desde la ventanilla de la carreta la puerta Nomentana.

—Así son las cosas en estos convulsos tiempos. Cuando el emperador planteó en el Senado la construcción de este muro, muchos senadores protestaron y lo consideraron innecesario. Alegaron que Roma no había necesitado murallas desde los tiempos de la monarquía, cuando la rodeaban tribus enemigas; de ello hace varios siglos. También adujeron que nuestros enemigos lo considerarían un acto de cobardía, de debilidad y de miedo, y que se animarían a atacarnos. Recuerdo que mantuvimos una acalorada sesión en el templo del divino Claudio por este motivo.

—Pero, pese a ello, Aureliano puso en marcha esa obra.

—Los ánimos de los senadores se apaciguaron cuando el emperador nos anunció, tras conquistar Palmira, que la muralla se pagaría con el tesoro de tu ciudad y no con los impuestos de los romanos.

—Es la ley de la victoria, los derrotados son quienes pagan los monumentos que los vencedores se erigen a sí mismos.

—Así es y así ha sido siempre. Tengo entendido que algunas de las obras que se hicieron en Palmira fueron sufragadas con las riquezas requisadas a los persas —puntualizó el Senador.

Zenobia calló. Su esposo tenía razón. Aquel hombre por el que comenzaba a sentir cierta sensación de cariño era sensato y claro, y solía expresarse con los argumentos de la lógica de los más preclaros filósofos griegos. Su formación intelectual no era elevada, había sido educado en una escuela para hijos de ricos comerciantes romanos en la que había aprendido, sobre todo, las técnicas que aplicaban los mercaderes. Desde luego no sería capaz de mantener un diálogo sobre las ideas de Platón o de Aristóteles acerca del sentido de la existencia de los seres humanos, pero nadie lo superaba a la hora de planear un negocio o de

calcular un beneficio sobre una empresa.

Poco después de mediodía se detuvieron a comer en una posada en las afueras de un pequeño pueblo a mitad de camino entre Roma y Tívoli. Hacía calor, pero el aire era más limpio que en Roma y el aroma de las flores en todo su esplendor y de las mieses y los frutos en sazón despertó el apetito de Zenobia.

*Tívoli, cerca de Roma, verano de 274;
1027 de la fundación de Roma*

Llegaron a Tívoli mediada la tarde, con el sol brillando en el cielo azul de los días más largos del año.

—Mira; nuestra villa está allí —le indicó el Senador a su esposa—, muy cerca del complejo de edificios y jardines que el emperador Adriano ordenó construir para su descanso, en medio de un hermoso pago que se llama Concha porque se extiende por una vaguada entre dos colinas que tiene esa forma. El emperador Octavio Augusto fue quien puso de moda este lugar porque se asegura que se curó del insomnio gracias al agua sulfúrica de las cascadas del río Aniene. Y cien años más tarde el emperador Adriano fijó aquí su residencia de descanso estival. Desde entonces los más ricos de los patricios romanos tienen casa en este lugar. Fíjate en la hermosura de este paisaje, las deliciosas colinas, la abundancia de agua, el aire fresco y limpio.

» Ahora están algo deterioradas, pero en la villa de Adriano todavía pueden verse las reproducciones de monumentos de Grecia y de Egipto que allí se levantan. Te las enseñaré. Hay una copia de unos pórticos y de la Academia de Platón de Atenas, tres bibliotecas, dos baños, un teatro, una reproducción del santuario egipcio de Canopus, dedicado al dios Apis en Alejandría...

—¡Ah!, lo conozco. Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que yo reiné en esa ciudad —comentó Zenobia con una sutil sonrisa no carente de melancolía.

—Pues aquí están las estatuas originales que en su día lo embellecieron, y un canal extraordinario, e incluso hay un lago circular, al que llaman estanque marítimo, con una isla en medio. Se dice que era en esa isla donde Adriano se retiraba a meditar. ¿Sabes que ese gran emperador era también un notable filósofo y que escribió varios libros?

—Sí. He leído uno suyo, se llama *Meditaciones*. ¿Lo conoces? —le preguntó Zenobia a su esposo.

—Claro. Pero te confieso que no lo he leído. Tal vez pueda hacerlo este verano, con tu ayuda. Seguro que se conserva algún ejemplar en la biblioteca.

—Cuenta con ello, esposo. ¿No viene el emperador por aquí?

—No. Aureliano carece de la formación intelectual que tenía Adriano. Es un hombre de gustos sencillos. Hace unos días me dijo que lo que más le había

divertido en los últimos años fue presenciar la hazaña de un comilón que se tragó un jabalí entero, diez panes, un carnero y un lechón, y se bebió todo el vino de un tonel.

—¿Existe gente capaz de comer todo eso?

—Si el emperador dice que lo ha visto, así debe de ser. Mira allí. Esa villa perteneció al poeta Cátulo, uno de los más grandes de Roma, y tras aquella suave colina se encuentra la del sublime Horacio, el protegido de Octavio Augusto y del opulento Mecenas, el hombre más rico en toda la historia de Roma, quien construyó un auditorio en la colina del Esquilino, en el barrio de Carinae, una zona de residencias de notables romanos tan sólo para escuchar los versos de Horacio y de Virgilio con la más refinada sonoridad.

El Senador calló que bajo la tierra de los espléndidos jardines de la villa de Adriano, el emperador filósofo había ordenado construir una reproducción de los infiernos, mediante la excavación de varios túneles que unían las diferentes partes de la villa. Por el subsuelo de Tívoli se extendía un espacio subterráneo frío y lúgubre, que tal vez ordenó horadar para recordarse a sí mismo que también existía el mundo demoníaco y terrible del Averno.

Los días del estío discurrían plácidos y Zenobia comenzaba a adaptarse a su nueva vida como matrona romana.

Mediado el mes de julio, al que los romanos habían denominado así en recuerdo al nacimiento de Julio César, el Senador tuvo que marchar a Roma durante cinco días para celebrar una sesión extraordinaria del Senado en su sede del Foro.

A su regreso, Zenobia lo recibió sonriente. El Senador saltó de su montura, se quitó el sombrero de ala ancha de estilo griego que usaba en los viajes a caballo, entregó las riendas a uno de los esclavos que lo habían escoltado y dio un beso en la mejilla a su esposa.

—¿Cómo ha ido la sesión? —le preguntó Zenobia.

—Sin oposición —ironizó, aludiendo de modo macabro pero con cierta crítica a Aureliano por la eliminación de todos los senadores que se le habían opuesto la primavera anterior—. Hemos reconocido los extraordinarios méritos de Aureliano y lo hemos honrado con nuevos títulos. Además de los que ya tenía por sus numerosas victorias, ahora lo hemos proclamado máximo, grande, invicto, indulgentísimo y pacífico, y se ha dispuesto que en las nuevas puertas de la muralla se coloquen inscripciones en letras de bronce de dos palmos de altura resaltando todos esos títulos y también los anteriores. Claro que, a cambio, los senadores hemos obtenido un nuevo cargo.

—¿Cuál? ¿Aduladores óptimos del emperador Aureliano? —se burló Zenobia.

—Sacerdotes del Sol. Ya ves, a partir de ahora estás casada con un sacerdote

del Sol. En función de este cargo deberé asistir a las ceremonias que se celebren en el nuevo templo al Sol que el emperador está construyendo en el Quirinal. En realidad, Aureliano ha procurado perjudicar los intereses de los senadores que lo hemos apoyado. Algunos de los más influyentes miembros del Senado eran contrarios a las medidas que ha puesto en marcha el emperador, porque perjudican a sus intereses —el Senador hablaba como si él no fuera precisamente uno de los más ricos—, y ha procurado que el perjuicio creado por sus reformas económicas no acabe por distanciarlo todavía más del Senado. Hay algunos que no le perdonan que ejecutara a treinta y seis senadores, que, aunque fueran miembros de la oposición encabezada por Felicísimo, no dejaban de ser padres de la patria romana.

—Tú eres, precisamente, uno de los más ricos —precisó Zenobia.

—Pero no soy miembro de la aristocracia de sangre de Roma. Y ha sido ese grupo el que más reticencias ha puesto a los planes del emperador. Aureliano es un hombre cruel, pero sólo cuando estima que la crueldad es necesaria para mantener la gloria de Roma. Ama la disciplina y está dispuesto a que la austeridad que ejerce en su propia vida se extienda a todos los rincones del Imperio. Por ello, el pueblo lo ama y los ricos lo temen. Me ha confesado que quiere acabar con el desmedido lujo y ostentación que muestran los patricios romanos. Incluso ha prohibido a su esposa que se cubra la cabeza con el *tinicopallium*, un exagerado y carísimo tocado que suelen llevar las emperatrices en los juegos en honor de la diosa Cibeles, y ha ordenado que todas las mujeres de la familia imperial eliminen los adornos de oro de sus cicladas, las largas túnicas que se usan en las ceremonias públicas.

—Mientras disfrute del apoyo del ejército podrá llevar a cabo todas esas medidas —comentó Zenobia.

—El ejército está a su lado porque es uno de los suyos y porque lo ha llevado una vez tras otra a la victoria. Y además, porque ha prometido aumentar la paga de los legionarios.

—Algún día se acabarán los tesoros de Palmira. ¿Quién va a sufragar entonces todos esos gastos?

—Está empeñado en que la distribución de la carga fiscal del Estado recaiga en un mayor porcentaje sobre las espaldas y las haciendas de los poderosos y que los necesitados no sólo no paguen impuestos sino que reciban cuanto necesiten del erario público.

—¿Se ha hecho cristiano? —preguntó Zenobia.

—¿Cómo dices? ¿Cristiano el emperador? —se extrañó el senador.

—Ese tipo de política coincide con algunas propuestas de los cristianos. Ellos proponen que las riquezas sean repartidas de manera equitativa entre todos, y también dicen que su dios odia a los ricos y ama a los pobres. En sus libros sagrados se condena la riqueza y está escrito en uno de ellos que « es más difícil

que un rico entre en el reino de los cielos a que un camello pase por el ojo de una aguja» .

—El emperador no es cristiano, aunque tampoco muestra ninguna animadversión hacia ellos. Aureliano es un fiel devoto del dios Mitra, el Sol Invicto, y por ello está construyendo en su honor ese gran templo en el Quirinal.

—Lo sé, pero su plan para favorecer a los más pobres...

—No se trata de ser caritativo sino de ejercer la autoridad y de mantenerla. Aureliano quiere acabar con la corrupción y el mal gobierno que ha sufrido Roma. Ya ha logrado la primera meta que se propuso, reunificar el Imperio y acabar con la inseguridad en las fronteras; ahora se ha propuesto reformarlo por dentro, y para ello necesita unas nuevas bases. El tesoro dispone de dinero gracias al botín logrado en Oriente y Egipto, y las fronteras están de momento en paz. O afrontamos ahora las reformas, o Roma perderá la gran oportunidad que hace tiempo espera.

*Roma, fines de verano de 274;
1027 de la fundación de Roma*

Para poner en marcha sus reformas, Aureliano no aguardó ni siquiera a que culminara el verano y los senadores regresaran de sus villas en el campo.

Una mañana de comienzos de septiembre apareció en el Foro de Trajano, donde se exponían unas tablas en las que se anunciaban las deudas que había contraído el Estado romano y las destruyó con sus propias manos. Rodeado de un manipulo de pretorianos, pronunció a continuación un discurso en el que anunció a la plebe que se perdonaban las deudas contraídas por los más pobres.

Ante la mirada atónita de algunos poderosos, la población de Roma aclamó a su emperador quien, incentivado por los vítores de la gente, prometió que en las próximas semanas se repartirían de manera gratuita abundantes cantidades de pan, aceite, vino y carne de cerdo.

—Has comprometido demasiadas cosas, agosto —le dijo Julio Placidiano, que dirigía la escolta de pretorianos, mientras Aureliano se retiraba aplaudido y aclamado por una masa de incondicionales.

—No te preocupes. Ayer me informaron de que la cosecha de grano en Egipto ha sido excelente. Serán los egipcios quienes contribuyan a cubrir las necesidades de los ciudadanos de Roma. En cuanto al vino y al aceite, lo obtendremos de los excedentes de los ricos patricios y senadores; algunos de ellos poseen extensas viñas y cuantiosos olivares en la Bética, en Sicilia y en África. Ya han visto en las personas de algunos de sus colegas lo que les puede ocurrir si se oponen a las reformas que hemos puesto en marcha —alegó Aureliano.

—¿Y en cuanto a la carne de cerdo? Esta primavera pudimos repartir

raciones debido a que había abundantes reservas en algunos almacenes que pagamos con el tesoro de Palmira, pero no sé si podremos mantenerlas.

—Perdoné a Tétrico porque se pasó a nuestro lado en la guerra de la Galia, pero también porque es un excelente administrador. Ya se encargará de que la provincia de Lucania y la misma Galia produzcan suficiente carne de cerdo como para abastecer la demanda de los romanos. Italia quedará dividida en pequeñas provincias y cada una de ellas contribuirá con sus tributos y sus productos al mantenimiento del Estado. Para ello, los colegios profesionales de todas las cofradías de productores deberán aprender a producir más y mejor. En esta nueva época nadie debe permanecer con los brazos cruzados. Se acabó el tiempo del ocio; todos debemos trabajar en beneficio de Roma.

—Quizá demandes de nosotros algo que no podemos cumplir; además, hay demasiados romanos acostumbrados a no hacer nada —respondió el prefecto del pretorio.

—Roma requiere de un esfuerzo supremo para solventar todo cuanto nos acucia o estaremos perdidos. Tú mismo has sido testigo de cómo nos habíamos situado al borde del abismo. Si no hubiéramos ganado la guerra a los bárbaros y sofocado las revueltas de Palmira y de la Galia, es probable que el Imperio ni siquiera existiera en estos momentos.

—Ya sabes que los soldados siempre estaremos contigo, augusto.

—Eso espero. ¡Ah!, he visto que algunos de los que me aclamaban en el Foro vestían de manera indigna. No puedo consentir que Roma sea una ciudad de andrajosos pordioseros. Encárgate de que repartan túnicas blancas a los más pobres.

—¿Cómo las pagamos?

—Con la venta de las túnicas de seda que trajimos de Palmira. Será un buen detalle vestir a los pobres de Roma gracias a los potentados de Palmira. Pero guarda las diez mejores; quiero ofrendarlas al templo del Sol, que pronto estará acabado.

—Queda un pequeño problema pendiente —añadió Julio Placidiano—. Algunos cristianos están difundiendo el rumor de que preparas una gran persecución contra ellos. Su número crece cada año; según sabemos por nuestros agentes, al menos una docena de senadores se han hecho cristianos o ya lo eran antes de tu acceso al trono.

—Hasta ahora no han supuesto ningún problema —dijo Aureliano.

—Pero cuestionan el poder imperial, critican numerosas decisiones y no están dispuestos a convivir con otros cultos a otros dioses.

—Mientras permanezcan como hasta ahora, los dejaremos en paz. Pero no consentiré que nadie atente contra la unidad que tanto esfuerzo ha costado recuperar; házselo saber al obispo de su comunidad.

—El ejército es la garantía de esa unidad.

—Y no dudes de que lo utilizaré con toda contundencia para acabar con quien pretenda romperla de nuevo. Pero no puedo exigir a los romanos que se sacrifiquen sin ofrecerles nada a cambio.

—Los cristianos predicán el reparto de las riquezas, pero algunos no lo ejercen; varios de sus más destacados miembros son muy ricos y no sabemos que hay an distribuido su fortuna entre los más pobres —alegó el prefecto.

—Pues identificalos, confisca sus bienes y repártelos entre los cristianos más pobres. Así cumplirán con el mandato de su dios.

*Tívoli, fines de verano de 274;
1027 de la fundación de Roma*

Los campos de Tívoli habían dado sus frutos tras el estío. El verano consumía sus últimos días y las noches comenzaban a ser frescas.

—Es hora de preparar nuestra vuelta a Roma; en cuanto acaben las fiestas de la vendimia regresaremos —le dijo el Senador a su esposa tras finalizar la cena en el *triclinium* de la villa.

Zenobia parecía preocupada.

—Estoy embarazada —comentó.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Deberías saberlo; tú has visitado mi cama muchas noches en los últimos meses.

—¿Estás segura?

—He tenido tres hijos, y los síntomas que ahora siento son los mismos.

—¡Por todos los dioses, voy a ser padre! —El Senador estaba nervioso pero contento.

—Ya lo eres, y de dos hijos.

—Quiero decir que voy a ser padre de nuevo. Quizá sea un poco tarde para mí; ya tengo cuarenta años.

—Yo tampoco soy una jovencita; este invierno cumpliré treinta años.

—Habrás que tener cuidado con el traslado a Roma; hay mujeres que han perdido a sus hijos por hacer un viaje.

—No te preocupes; sólo hay una jornada de camino. Lo resistiré.

—En ese caso dispondré que la carreta sea provista con mayores comodidades, que se cubra el interior con almohadones y que circule despacio, aunque tengamos que emplear dos días en el trayecto.

Los dos esposos salieron al jardín de la villa, dotado de un pequeño estanque alimentado por una fuente y cubierto de hermosos parterres que lucían llenos de flores. En un rincón, el pedagogo dictaba un texto de Homero en griego a los hijos del senador, que lo copiaban en sendas tablillas de cera de las que utilizaban

los escolares.

—Si en Palmira hubiéramos dispuesto de tanta agua... —susurró Zenobia mientras se agachaba y mojaba su mano en la pila de la fuente.

—¿La echas de menos?

—Nunca podré olvidarla. Este lugar es muy hermoso y rebosa de fertilidad, placidez, exuberancia y verdor. El agua corre por todas partes y el aroma de las flores es delicioso. Pero Palmira... Si pudiera contemplar uno solo de sus atardeceres... En esta época se producen los más hermosos. El sol se pone entre las colinas pedregosas del valle de los Muertos como un disco rojo y ardiente. Poco antes de ocultarse, parece que el cielo y la ciudad entera estén bañados en oro puro, pero poco a poco va tornando hacia tonos anaranjados, rojizos, púrpuras, añiles y violetas, hasta que cae la noche y miríadas de estrellas comienzan a brillar como los más purísimos diamantes. El aire es cálido y suave, y a veces una ligera brisa te recorre la piel y la sientes como si te envolviera una delicada, suave e invisible seda.

—Me gustaría complacerte y viajar contigo a Palmira para contemplar juntos esos atardeceres, pero ya sabes que el emperador jamás consentirá que regreses, ni siquiera vigilada por la más poderosa de las escoltas.

—Lo sé. Aunque Aureliano puede impedir que vuelva a Palmira, nunca lograré que se borren de mi memoria mis recuerdos.

—¿Deseas estar sola?

—Sí; te lo agradecería.

—De acuerdo. —El Senador le dio un beso y se alejó, pero antes de salir del jardín se volvió y dijo—: ¡Ah!, quiero que sepas que soy un hombre feliz porque vas a darme un hijo.

El cielo de la noche de Tívoli no era como el de Palmira. Allá, en medio del desierto, las estrellas parecían más cercanas. Daba la impresión de que si se subía a uno de los cerros y se estiraba el brazo podría cogerse un buen puñado con la mano.

Cuando era una niña, Zenobia así lo llegó a creer, sobre todo cuando su padre le regaló sus primeros diamantes, cada uno del tamaño de uno de sus dientes de leche, que había traído de Persia.

*Roma, otoño de 274;
1027 de la fundación de Roma*

A finales de septiembre Roma ya había recuperado la actividad perdida durante el verano. Todas las grandes familias patricias habían regresado de sus fincas y comenzaban a cruzarse invitaciones para asistir a fiestas y cenas en sus palacios.

Los grandes juegos que se celebraban en honor de Júpiter en los últimos días del verano suponían el inicio de una nueva temporada. El emperador había regalado un pañuelo a cada uno de los romanos que asistieron al Coliseo el primer día, de manera que los espectadores se acostumbraron a agitarlos al viento como manera de aclamar a Aureliano cuando este entraba en el palco imperial para presenciar los espectáculos o cuando se levantaba para dictaminar un veredicto de un combate de gladiadores.

Tras los juegos de septiembre, Roma volvía a la rutina de las grandes aglomeraciones en los foros, de las muchedumbres atestando los mercados, de los debates en el Senado, del trajín interminable y perpetuo de la ciudad más grande y poderosa del mundo.

El vientre de Zenobia comenzaba a tomar volumen. Por sus cuentas presentía que se había quedado encinta a los pocos días de llegar a Tívoli, de modo que a comienzos de otoño estaba embarazada de tres meses.

Al poco de regresar a Roma, el Senador se dirigió al templo de Apolo, cercano al teatro de Marcelo, y allí, ante el altar de uno de los santuarios más antiguos de Roma, sacrificó un cordero y le pidió a uno de los *flamines* del templo, un joven de apenas catorce años, que encendiera el fuego sagrado y quemara en el pebetero un cuarto de libra de incienso. Le rogó al dios de la sabiduría que su hijo naciera sano y le prometió generosas ofrendas si así se lo concedía.

Un senador amigo del marido de Zenobia acudió a casa de estos alarmado. Los dos esposos lo recibieron en un ala del peristilo, en un *triclinium*.

—¿A qué viene tanta prisa?—quiso saber el Senador.

Su colega se extrañó por la presencia de Zenobia, pues las mujeres se ausentaban cuando los hombres hablaban de política.

—¿Puedo hablar con confianza ante tu esposa?

—Por supuesto. ¿Qué ocurre?

—El emperador ha ordenado quemar los registros de la propiedad y ha decidido que se anulen todas las denuncias sobre deudas impagadas que se estén cursando en los tribunales. Al parecer no tuvo bastante con destruir las tablas del Foro de Trajano donde se contenían las deudas con el Estado y ahora arremete contra los débitos de los ciudadanos para con los prestamistas y banqueros. Acaba de anunciar que perseguirá con todo rigor la codicia de los banqueros, las exacciones injustas y abusivas de los usureros y las depredaciones de los administradores de las provincias.

—Vaya, parece que las reformas anunciadas en el Senado la pasada primavera se están cumpliendo en serio. Si conseguimos detener la voracidad de los prestamistas habremos logrado un gran éxito.

—Da la impresión de que te alegras. Si Aureliano sigue por ese camino acabará arruinándonos a todos. Ya hay quien insinúa que los cristianos se han adueñado de su voluntad.

—Perdonad que intervenga en vuestra conversación, senadores, pero creedme si os digo que los cristianos son inofensivos —terció Zenobia.

—¿Los conoces, señora?

—Me invitaron a participar en una de sus celebraciones en Palmira.

—Hay quien asegura que adoran a un asno crucificado y que sacrifican a niños y se los comen tras rebozar su carne en harina y freírlos en aceite.

—No; te aseguro que lo que ingieren es pan y vino.

El Senado romano estaba reunido en el templo de Cástor y Pólux, en un extremo del Foro, al pie de la colina del Capitolio.

La sesión se presentaba tensa pese a que los senadores contrarios a Aureliano habían sido represaliados y muchos de ellos ejecutados durante la revuelta de los trabajadores de la ceca de Roma.

El abundante trigo llegado de Egipto en el mes de septiembre había colmado los graneros de la *annona*, y el prefecto encargado de los almacenes imperiales había comenzado a distribuir, por orden del emperador, pan y harina a toda la población con el prometido aumento de una libra de peso en la ración habitual. Por toda la ciudad aparecieron pintadas adulando a Aureliano y proclamando su gloria y su majestad, señalándolo como el más grande de los emperadores romanos.

En el Foro, diversos oradores hablaban en improvisadas tribunas de las bondades del emperador, y no faltaba quienes lo emparentaban con los llamados «buenos emperadores», aquellos cuatro magníficos augustos cuyo buen gobierno había hecho grande a Roma: Octavio Augusto, Trajano, Adriano y Marco Aurelio.

El discurso que abría la sesión del Senado lo pronunció el senador *princeps*. Constituyó un alegato a favor de las reformas impulsadas por el emperador, pero con algunos matices sobre los problemas que podrían acarrear a la economía de los patricios, a los que calificó como «los mejores hombres de Roma». Acabó señalando que tal vez no fueran necesarios más cambios, pues el sistema de gobierno de los romanos era la más perfecta creación política elaborada por la mente humana.

Acabada su intervención, el esposo de Zenobia pidió la palabra.

—Tengo aquí —mostró un papiro— el listado de distinciones que el Senado y el pueblo romanos han otorgado a nuestro emperador. Por si no las recordáis, ya que a veces la memoria es flaca, os las precisaré: cuatro coronas murales, que ofrecemos al primero de los soldados que escala un muro de una fortaleza

enemiga; cinco coronas vallaes, que entregamos al primero que rompe una valla de un campamento hostil; dos coronas cívicas, otorgadas a quien ha demostrado un arrojado valor en la batalla; cuatro túnicas rojas, que sólo concedemos a los generales que vencen en batallas; cuatro banderas bicolores, las ofrecidas a los generales y legados que vencen en una guerra; dos mantos proconsulares, los que corresponden a quienes han sido distinguidos con esa alta magistratura del Estado; una toga pretexta como sacerdote de Mitra; una túnica palmada, por haberle sido concedido el triunfo y el derecho a entrar en Roma sobre un carro triunfal; una túnica pintada... ¿Queréis que siga, o preferís que os detalle los calificativos que le hemos concedido? Pérsico, armeniac, restaurador y pacificador de Oriente, gótico, sarmático, aeliabénico, cárpico, máximo, grande, invicto, indulgentísimo, pacífico... ¿Ahora dudáis de haber sido justos al concedérselas, creéis que Aureliano y a no las merece?

» Por primera vez desde el reinado de Marco Aurelio tenemos a un emperador que vive con la sobriedad de un soldado y se comporta con la honestidad del más egregio de los romanos. No despilfarran los fondos del Estado en gastos suntuarios privados, sino que emplea los recursos obtenidos en la guerra gracias a su habilidad con la espada en alimentar a la población de Roma y en honrar a nuestros dioses. No es un filósofo, como Marco Aurelio, pero lee a Cicerón, a Séneca y a Lucrecio. Conoce de memoria *El asno de oro* de Apuleyo, ese libro en el que un hombre se convierte en un burro al comer las hierbas equivocadas; una magnífica alegoría de lo que puede ser Roma si no recuperamos y mantenemos los valores que la han hecho tan grande, y que encarna nuestro emperador. Aureliano ama a Roma por encima de todas las cosas y ha vertido mucha sangre propia en su defensa. ¿De cuántos emperadores de los que habéis conocido puede decirse algo semejante?

» Sí, senadores, la reforma que propugna el augusto Aureliano grava las haciendas de los patricios de Roma y las propiedades de los más ricos, y sé bien que a algunos no os parece justo, pero os pido que recapacitéis por unos instantes. ¿Cuándo ha sido Roma más grande? Hubo un tiempo en que parecíamos indestructibles, pero sabéis bien que hace tan solo cuatro años estuvimos al borde del desastre. Si el Imperio ha sobrevivido a su peor crisis ha sido gracias a la determinación de Aureliano. Cuando la mayoría lo daba todo por perdido, él sostuvo sobre sus hombros a Roma, a todos nosotros, y nos condujo a la victoria. Él ha vuelto a unir lo que estaba deshecho y ha devuelto al Imperio a su máxima extensión desde los tiempos del augusto Trajano.

» Ahora nos pide a todos que hagamos un pequeño sacrificio y que demos que amamos a Roma como tantas veces solemos proclamar. ¿Vas a perder tus esclavos y tu hacienda por contribuir con unos miles de sestercios al año, Marco Fulvio? ¿Vas a verte arruinado si colaboras con veinte mil sestercios al erario público, Marcelo Claudio? ¿Vas a perder tus posesiones en Capua y tus

fincas en Sicilia por un puñado de monedas, Julio Antonio? —El Senador se dirigía personalmente a algunos de sus colegas presentes señalándolos con el dedo—. ¿Voy a quedarme yo en la ruina si me desprendo de una parte de mis ganancias? Os ahorro la respuesta, caros amigos.

» Estamos construyendo un mundo nuevo asentado sobre las sólidas bases del antiguo, conservando los valores tradicionales que han hecho de Roma la mayor potencia del mundo: la disciplina, el coraje, la determinación, la fuerza, el espíritu de grandeza, el honor, el orgullo..., pero incorporando nuevas maneras de gobierno para poder seguir siendo grandes en estos nuevos tiempos.

» Aureliano ha sido nuestro sostén, seamos nosotros, ahora, su apoyo.

Más de la mitad de los senadores se pusieron en pie para aplaudir el discurso.

Tras la votación, cuatro de cada cinco senadores aprobaron seguir adelante con las reformas económicas propuestas por el emperador; los demás se abstuvieron; ninguno votó en contra.

Capítulo LIII

*Roma, 25 de diciembre de 274;
1027 de la fundación de Roma*

Había amanecido con mucho frío. Los esclavos mantenían bien alimentado el horno de carbón vegetal que calentaba el aire de las tuberías que recorrían el suelo y las paredes de la mansión.

Zenobia, embarazada de seis meses, tenía la barriga muy hinchada.

—El desayuno está preparado, señora —le anunció una de las esclavas.

Zenobia se palpó el vientre y sintió que su retoño se movía. Se cubrió los hombros con un manto de lana y acudió al *triclinium*, donde se habían servido rebanadas de pan empapadas con vino dulce, queso frito con miel, pasta de aceitunas envuelta en hojaldre y agua fresca.

El Senador, que acababa de ser afeitado por su esclavo barbero, y sus dos hijos ya estaban allí.

—Hoy es un día muy importante, el séptimo antes de las calendas de enero, el vigésimo quinto día del último mes del año. El emperador inaugura a mediodía el templo al Sol. Lo han levantado en apenas cuatro años, pero ha sido en los dos últimos cuando las obras se han acelerado gracias a los fondos provenientes del tesoro de Palmira, que parece inagotable.

—Aureliano estará exultante —supuso Zenobia.

—Tiene motivos para ello. En el Senado hemos aprobado todas las medidas económicas que ha propuesto, incluida la gran reforma monetaria, e incluso hemos dictado un *senatus consultum*, una disposición de obligado cumplimiento para todas las magistraturas del Estado a fin de que pongan en marcha las reformas. Desde que Julio César y luego Octavio Augusto se arrogaran las competencias ejecutivas, en el Senado de Roma carecemos de poder ejecutivo y nuestra autoridad política no es decisiva como antaño, pero seguimos siendo la institución más prestigiosa de Roma y es aquí donde se deposita la autoridad moral del Imperio y el prestigio del gobierno.

—¿Cuándo tenemos que estar en el templo?

—Una hora antes del mediodía. Los senadores formaremos a la derecha,

todos vestidos con nuestra toga pretexta, y las esposas estaréis situadas justo detrás. Se ha colocado allí una tribuna de madera para que podáis presenciar cómodamente toda la ceremonia. Acudirán los miembros de todas las magistraturas de la ciudad, el prefecto del pretorio, los cuestores, los jueces, los sacerdotes de todos los templos, las vestales... El emperador desea que en este acto se manifieste la unidad de todos los romanos.

—¿Crees conveniente que acuda a esa ceremonia? —le preguntó Zenobia.

—Eres mi esposa, y las esposas de todos los senadores han sido invitadas a la inauguración del templo.

—Olvidas que fui reina de Palmira y que ese templo ha sido construido con el tesoro de mi ciudad y adornado con estatuas traídas del templo de Bel.

—No lo he olvidado. Como romano, me alegré mucho al conocer la victoria de nuestras legiones sobre Palmira. Entonces no te conocía; lo único que sabía de ti es lo que se decía en Roma.

—¿Y qué se decía de mí?

—Cosas terribles.

—Por ejemplo...

—Que eras cruel y caprichosa...

—¿Qué más?

—Que eras despiadada...

—¿Y...?

—Que ordenaste el asesinato de tu esposo Odenato para hacerte con su trono y reinar en solitario sobre todo Oriente.

—¿Y ahora sigues creyendo todo eso?

—Ahora te conozco y no cambiaría mi vida a tu lado por ninguna otra cosa de este mundo.

Los dos hijos del Senador seguían desayunando, aparentemente ajenos a la conversación de su padre y su madrastra, a la vez que practicaban su caligrafía en sendas tablillas de cera. Para su educación disponían de un pedagogo, un esclavo doméstico ateniense que les enseñaba gramática, griego y filosofía.

—Si acudo a la ceremonia del templo del Sol recordaré a Palmira, y tal vez añore el pasado —dijo Zenobia.

—No me importa. Sé quién eres y quién has sido, sé que hubo un tiempo en que gobernaste medio mundo y sé que fuiste la esposa de un gran hombre, mucho mejor que yo. Y sé también que de no haber sido por las circunstancias, una mujer como tú jamás se hubiera casado con un mercader de salazones. Todo eso ya lo sé. Y sé también que jamás te enamorarás de mí, pero no me importa demasiado mientras me permitas disfrutar de tu presencia y de tu cariño. Porque creo que, al menos eso, sí lo he conseguido.

—Iré contigo. Y te aseguro que te sentirás orgulloso de tu esposa.

Mediada la mañana, Zenobia y el Senador salieron de su casa camino del Quirinal, en cuya cima se alzaba majestuoso el nuevo templo del Sol.

Aureliano estaba empeñado en que el culto solar se convirtiera en el más importante de Roma.

Las creencias monoteístas se estaban imponiendo en todo el Imperio. Los cristianos, muy numerosos en Oriente, Egipto, África y Roma, creían en un único dios y rechazaban a todos los demás; lo mismo ocurría con los judíos; y eran bastantes los romanos, sobre todo legionarios, que creían en un solo dios.

Aureliano era monoteísta, como Zenobia, y estimaba que la mejor manera de defender Roma pasaba por la unificación religiosa en torno a la creencia en una sola divinidad representada por el Sol.

Conocedor de los numerosos cultos que se practicaban por todo el Imperio, Aureliano fue un adorador de Mitra, pero una vez convertido en emperador su monoteísmo se hizo más radical y estimó que el Sol era el más universal de todos los dioses, el único que se veneraba a la vez en la húmeda Britania, en la boscosa Hispania, en la fértil Galia, en la cálida África y en la opulenta Palmira. Hasta los enemigos persas adoraban al dios del Sol, e incluso los bárbaros del norte rendían culto a una divinidad solar creadora del mundo. Bel, Allah, Júpiter, Mitra, Helios, Apolo... todos eran el mismo dios, el Sol, la única divinidad capaz de unir a todos los hombres.

Cuando Zenobia y su marido llegaron al templo muchos de los senadores, sus esposas y la mayoría de los altos magistrados de Roma y del Imperio ya se encontraban allí. Junto al templo se alineaban decenas de literas con sus correspondientes porteadores.

Dos días antes Zenobia había cumplido veintinueve años. Su estado de gestación le impedía lucir su espléndida figura rotunda y sensual, pero estaba hermosa. Vestía una túnica de seda verde, unos botines de piel y se protegía del frío invernal con un manto de lino rojo. Sobre su pecho brillaba un broche de oro y zafiros, regalo de su esposo por el embarazo. Desde luego no vestía como en aquella época en la que siendo reina de Palmira poseía las más delicadas sedas y las más preciosas joyas del mundo, pero su belleza destacaba más si cabe con aquellas ropas propias de una rica patricia romana.

El Senador presentó a su esposa a algunos de sus colegas antes de que hombres y mujeres ocuparan sus puestos previamente asignados y separados. Entre la aristocracia romana todavía seguía vigente la costumbre republicana de considerar indecente cualquier muestra de cariño en público entre dos esposos.

Justo a mediodía sonaron las fanfarrias que anunciaban la llegada del emperador.

Un aguilífero a caballo encabezaba la comitiva portando la insignia con el águila imperial de las cohortes pretorianas. Tras él seguían treinta y cinco jinetes, cada uno de ellos con un estandarte con el nombre de las treinta y cinco legiones

que el Imperio mantenía operativas en esos momentos. Zenobia intentó leer los carteles: I Itálica, IV Escítica, VII Gemina, X Fretensis, XII Fulminata, XV Apolinaris, XX Valeria Victrix, XXX Ulpia Victrix... Tras los estandartes de las legiones desfiló una cohorte de la guardia pretoriana con su prefecto Julio Placidiano al frente y a continuación apareció Aureliano sobre el carro de Odenato enjaezado al modo de los *decemiurguis*, los carruajes tirados por diez caballos aunque en este caso era arrastrado por diez yeguas blancas.

El emperador vestía su equipo de soldado: coraza de bronce de dos piezas con relieves del dios Sol, falda de tiras de cuero sobre calzas púrpuras y capa púrpura orlada con palmas bordadas con hilo de oro; se coronaba con una tiara de oro con hojas de laurel.

Aureliano saltó con agilidad del carro y fue vitoreado por la gente que se arremolinaba tras las líneas de seguridad formadas por soldados de dos cohortes pretorianas.

Delante del templo se había colocado un pedestal de madera cubierto por una tela carmesí, desde donde se dirigiría a los senadores y magistrados, los únicos autorizados a acceder a la plaza que se abría delante del templo. El pueblo de Roma tenía que contentarse con ver a su benefactor a lo lejos, sin poder escuchar su discurso.

—Padres de la patria, prefectos, generales, tribunos, jueces, sacerdotes, vestales —allí estaban las seis jóvenes sacerdotisas vírgenes, encargadas de mantener encendido el fuego sagrado de Vesta—, magistrados de la ciudad de Roma y de su Imperio, hoy es un gran día. Hace ahora casi cuarenta años, el emperador Maximino pronunció un discurso en el Senado en el que otorgaba una enorme importancia al Sol. En ese momento, tan delicado para el Imperio pues fue entonces cuando dio comienzo el largo período de anarquía que ya hemos superado, proclamó que el culto al Sol era la mejor garantía de la unidad del Imperio, que comenzaba a resquebrajarse. Creo que tenía razón. El Sol es el más universal de los dioses, del mismo modo que el de Roma es el más universal de los imperios.

» Por eso, hace cuatro años, cuando asumí este cetro, consideré que esta ciudad, dueña y señora del mundo, debía disponer de un templo dedicado a la más excelsa de las deidades: el dios Sol.

» Hoy ese sueño es una realidad. Además he decidido dotar a este templo de unos pórticos en los que se celebren actividades comerciales que generen las rentas para su mantenimiento y el de sus ministros, a los que concederé fondos extraordinarios procedentes del botín que obtuvimos en la guerra de Oriente. Y aquí se guardarán también los tesoros que allí ganamos.

» Este templo ha sido adornado con estatuas traídas del santuario de Bel, en Palmira, sobre todo dos figuras del Sol —Zenobia supuso que se trataba de la estatua de Yarhibol— y del propio Bel, las deidades más veneradas en esa

ciudad.

» Por otra parte, el día de hoy de cada año, el octavo de las calendas de enero, el vigésimo quinto de diciembre, quedará instaurado para siempre como el día dedicado al Sol Invicto, al que desde ahora proclamo como mi dios protector y como defensor del Imperio.

Tras el discurso de Aureliano, Zenobia sonrió; por una más de las veleidades del destino los romanos celebrarían su fiesta principal precisamente el día más sagrado para los palmirenos, el del solsticio de invierno, cuando el sol comenzaba a ascender en el horizonte después de seis meses de caída.

La comitiva de invitados entró en el templo. A la vista de la decoración y de las estatuas allí exhibidas, Zenobia se sorprendió.

—¡Es una copia del templo del Sol en Edesa! —dijo a su esposo.

—¿Lo conoces?

—En esa ciudad está el origen de mi linaje. Mi familia fue la encargada de la custodia de su gran templo hasta que uno de mis antepasados se trasladó a Palmira. Mi padre le profesaba una gran veneración, y cuando pasaba por esa ciudad en alguno de sus viajes comerciales solía visitarlo y le ofrecía donativos.

Aureliano se acercó al Senador y a Zenobia.

—¡Ah!, mi querido Senador y su bella esposa. ¿Qué os parece el nuevo templo? —les preguntó.

—Digno de tu imperio, augusto —contestó el Senador.

—¿No te recuerda a Palmira? —le preguntó a Zenobia.

—Sí. Algunas de esas estatuas estaban en el santuario de Bel. Esa es la del dios Yarhibol, nuestro dios del Sol.

—Ordené que la trajeran a Roma porque me pareció una perfecta imagen de lo que deseo para el Imperio. Escuchad: algunos dicen que fueron los soldados de mis legiones los que me proclamaron emperador, pero no fue así. Yo no les debo el trono a los legionarios, sino al dios Sol, que me colocó al frente de Roma como vicario suyo en la Tierra. Él fue quien me encargó que rigiera en su nombre el destino del mundo. Por eso, cuando tomo una decisión, es el propio Sol quien lo hace y debe ser obedecida sin duda alguna.

—¿Y el resto de los dioses? —preguntó el Senador.

—No existen. El Sol es el único dios, por eso lo adoran todos los pueblos. Los dioses del Olimpo no son sino imágenes creadas por la imaginación de los hombres. El propio Platón ya lo dejó entrever cuando asimiló la imagen del Sol con la idea del dios supremo. Hay un solo dios en el cielo y por tanto ha de haber un solo emperador en la Tierra. Ese es el motivo por el que he decidido que se me denomine « señor y dios », porque soy el protegido del Sol. Hoy empieza una nueva era. Este solsticio de invierno marca el principio del nuevo tiempo que estará regido por la luz del Sol. He vencido en Oriente y en Occidente, desde la salida a la puesta del sol, y el Sol Invicto me ha proclamado su portavoz y su

enviado.

—Tu intención es muy notable, agosto, pero tal vez no sea bien acogida por los romanos; están habituados a rezar a muchos dioses, como el resto de los ciudadanos del Imperio. ¿No crees que pueden sentirse molestos si se les impone el culto de un dios oriental? —alegó el senador.

—El culto al dios Sol no tendrá carácter oficial, de momento. No soy un insensato; sé bien en qué creen los romanos y hasta dónde están dispuestos a ceder. Por ahora este templo será el primero de otros que vendrán después y, poco a poco, el Sol se irá convirtiendo en el único dios, hasta que llegue el momento en el que todos los ciudadanos del Imperio lo adoren y el cielo y la tierra estén gobernados en plena armonía.

—Espero que así sea, agosto.

—Observo que vuestro matrimonio marcha muy bien. ¿Para cuándo esperarás a ese hijo? —Aureliano señaló el vientre de Zenobia.

—Para principios de la próxima primavera, dentro de tres meses.

—Tal vez nazca en el equinoccio; sería un buen augurio. El día igual que la noche, el equilibrio, la medida... Ordenaré que os envíen un regalo en el natalicio de vuestro primer hijo.

—Gracias, agosto.

—Ahora seguid disfrutando del templo del Sol.

Aureliano se alejó rodeado de un enjambre de aduladores, aunque escoltado por una veintena de pretorianos.

—¿Qué opinas? —le preguntó el Senador a Zenobia.

—El poder absoluto suele conducir a los humanos a ese estado. Lo sé bien, porque en una ocasión yo sentí algo parecido. Cuando me convertí en reina de Oriente y todo el mundo se tumbaba en el suelo en mi presencia, al estilo de lo que se hace en la corte de Persia, hubo momentos en los que creí ser una diosa. Eso mismo le está ocurriendo a Aureliano.

—Los romanos siempre han creído en muchos dioses y para albergar el culto a todos ellos se levantó el templo del Panteón, pero hace algún tiempo todo está cambiando. Los que creen en un solo dios ganan terreno, quizá porque hemos atravesado unos tiempos muy convulsos y la gente ha perdido la confianza en los dioses tradicionales. Ahora todo es confuso y los romanos vacilamos a la hora de profesar nuestros sentimientos y creencias de siempre. El espíritu de los romanos está confundido y nadie sabe hacia dónde caminar. Los dioses de Roma ya no responden como antes y las religiones que propugnan el culto a un solo dios ganan más y más adeptos. Hay algunos senadores que avisan de que los cristianos pronto serán mayoría en Roma; yo no lo creo, pero sé que es cierto que nadie ha propuesto la construcción de un templo a los dioses del Olimpo y en cambio se edifican por todo el Imperio iglesias cristianas, sinagogas judías y santuarios al dios Sol. En estos tiempos son las creencias basadas en un dios único

las que triunfan. ¡Ah!, y todavía están los gnósticos, una secta de filósofos extraños que profesan el culto a un dualismo formado por la materia y el espíritu, donde mezclan la astrología, la magia y la hechicería.

—¿Y tú, esposo, en qué crees?

—Soy un mercader. Se dice por ahí que el único dios de los mercaderes es el dinero. No soy un hombre religioso y no me gustaría que nadie me obligara a creer en un solo dios. Creo que todo debería continuar como hasta ahora. Roma ha permitido que cada pueblo profesara su propia religión y siempre que se han respetado las leyes romanas quien ha querido hacerlo ha rezado al dios que consideraba oportuno. A mí me gustaría que las cosas siguieran así, pero me temo que el emperador desea algo muy distinto.

—Tú eres uno de sus principales apoyos en el Senado y has defendido sus reformas económicas. Ahora parece que seguirán otras...

—Yo he apoyado la unidad y la pacificación del Imperio, y Aureliano ha sido el artífice de ambas. Mientras lo considere así, lo seguiré apoyando.

Capítulo LIV

*Roma, principios de primavera de 275;
1028 de la fundación de Roma*

Aquel invierno hizo frío. Los esclavos tuvieron que alimentar con más asiduidad de lo acostumbrado los hornos que calentaban la casa del Senador mediante un sistema de tubos de aire que discurrían bajo el suelo y por las paredes, e incluso colocaron braseros de carbón vegetal a la puerta de algunas estancias. Había ordenado que el ambiente de las habitaciones se mantuviera templado todo el día para que su esposa se encontrara a gusto en las últimas semanas de gestación.

—Un joven historiador ha escrito una biografía sobre Aureliano. ¿Quieres saber qué dice de ti? —El Senador acababa de cenar en el *triclinium* junto a Zenobia, cuyo vientre estaba muy hinchado.

—Si se trata de un historiador romano, su opinión sobre mí no será precisamente buena.

—Todo lo contrario. —El Senador tomó el rollo de papiro y lo desplegó de su cilindro de madera. Leyó—: « Zenobia fue la más fuerte y noble de las mujeres de Oriente. Gobernó de manera brillante, con dureza cuando lo exigía la ocasión y con clemencia e indulgencia si así se requería. Fue la mujer más hermosa del mundo» .

—Vaya; ¿y quién es ese historiador?

—Se llama Cornelio Capitolino. Hace tres años el Senado le encargó que escribiera un libro sobre las campañas de Aureliano en Oriente. Para ello ha revisado algunos libros que los legionarios trajeron de Palmira junto con el oro, la plata, las joyas, las sedas y otros tesoros.

—Habla de mí en pasado, como si estuviera muerta. Podría haberme preguntado. Yo le hubiera contado lo que de verdad ocurrió en Oriente —dijo Zenobia.

—No se atrevió a hacerlo, según me confesó.

—Puede ser que el emperador no esté de acuerdo con sus juicios sobre mi gobierno en Palmira.

—Lo está. Ya ha leído esta historia y ha autorizado su difusión. El emperador ha asegurado que Cornelio ha sido inspirado por la mismísima Clio, la musa de la historia. Este es uno de los cien primeros ejemplares que se han copiado en el más importante taller de libros de Roma. La compré hace tres días; me ha costado diez sestercios.

—La leeré y te daré mi opinión. ¿De verdad dice que soy la mujer más bella del mundo?

—Sí. Compruébalo tú misma. —El Senador le ofreció el libro.

—Entonces eres un hombre afortunado: estás casado con la mujer más hermosa.

—Lo sé.

—¿Y qué te parece?

—Que si soy el más afortunado del mundo, tanto, que creo estar viviendo un sueño del que temo despertar.

—Eres un buen hombre.

—Me gustaría que te enamoras de mí.

—Tal vez algún día...

—¿Estabas enamorada de tu primer esposo?

—Era fuerte, generoso, vital, noble...

—¿Lo amabas?

—Era mi esposo; él me eligió. En Oriente las mujeres no decidimos con quién nos casamos; son nuestros padres quienes pactan los matrimonios.

—Eso quiere decir que no lo amabas...

—Fue el padre de mis tres hijos, los tres muertos... —El rostro de Zenobia se entristeció.

—¿No hubo más hombres en tu vida?

—Sí. Hubo uno. Se llamaba Giorgios, un griego que había servido como comandante en las legiones en la frontera del Danubio.

—A él sí lo amaste. Lo he notado en el brillo de tus ojos y en el tono de tu voz.

—Quizá...

—En este libro, Cornelio Capitolino asegura que Giorgios murió peleando sobre los muros de Palmira.

—Así me lo contaron, pero yo no lo vi morir. Cuando las legiones de Aureliano asaltaron Palmira estaba huyendo hacia Persia. Unos jinetes romanos me alcanzaron en la fortaleza de Dura Europos, al lado del río Eufrates.

—¿Y Aureliano? ¿Cómo es que no tuviste relaciones con él?

—Ya te dije en una ocasión que, pese a los rumores que corrieron, nunca me tocó. Podría haberme hecho suya si así lo hubiera querido, pues me encontraba presa y a su merced, pero ni siquiera lo intentó. A ese hombre le interesa mucho más el poder que el sexo.

—En este libro se dice algo semejante de ti.

—Y tiene razón. Nunca me he sentido atraída por los hombres.

—En ese caso, ¿cuando hacemos el amor, te sientes... violada por mí? Si es así, te juro que no te volveré a tocar nunca más.

—Me agrada estar contigo. Me siento segura a tu lado... y amada.

—Para mí es suficiente.

El Senado celebraba una sesión en el templo del Sol. Por primera vez acudía a ella el hijo de Tétrico, que acababa de ser elevado al rango senatorial. Con ello, el emperador quería dejar claro que quien lo apoyara recibiría honores y sería compensado de manera espléndida. El nuevo senador había hecho una buena labor como gobernador de la región de Lucania, donde había logrado incrementar la cría de cerdos, lo que había supuesto grandes beneficios y una provisión abundante de carne para los romanos.

Los senadores estaban contentos, pues aunque Aureliano seguía proclamando en sus discursos que eran necesarios nuevos sacrificios y demandaba que pagaran más tributos los que más rentas poseían, prometió que se iba a producir una amnistía fiscal para el próximo año. Lo que no dijo es que estaba maquinando una expedición contra Persia para obtener un gran botín y nuevos recursos para el erario público.

Algunos senadores recelaron de las promesas de Aureliano, pues las había anunciado en el transcurso de la fiesta de la Hilaria, un carnaval durante el cual los ciudadanos tenían plena libertad para vestirse como les apeteciera, disfrazándose de cualquier personaje y ocultando su identidad tras aparatosas máscaras.

Intervenía un senador que estaba criticando la propuesta remitida por el emperador para construir templos dedicados al Sol en todas las capitales de las provincias del Imperio, comenzando por Tarraco, Mérida y Corduba, las capitales de las tres provincias en las que se dividía Hispania; alegaba que el coste de la construcción de aquellos edificios sería insostenible para el tesoro público.

Uno de los secretarios al servicio del Senado se acercó hasta el banco donde se sentaba el Senador y le bisbisó al oído.

—Tu mujer te reclama. Parece que tu hijo ya está en camino. Uno de tus esclavos ha venido hasta aquí con la noticia.

El senador se levantó de su asiento y salió presto.

En el exterior del templo aguardaba el esclavo; con él estaban los otros cuatro que solían llevar al Senador en un palanquín cuando se dirigía de su casa al Senado.

—Iré andando; llegaré antes —les dijo. La casa del Senador estaba muy cerca del templo del Sol, en la misma ladera de la colina del Quirinal, sobre cuya cima se alzaba el santuario.

Casi a la carrera, llegó a su casa sudoroso. Zenobia estaba recostada en un *biclinium*, una especie de amplio sofá apto para que se ubicaran dos comensales, en una de las estancias del ala norte del peristilo.

—He venido en cuanto me he enterado.

—Te lo agradezco, esposo.

—¿Ya llega el niño? —le preguntó nervioso.

—Creo que sí. He mandado llamar al médico que me aconsejaste.

—Es el mejor de Roma. Espero que no tarde demasiado; vive en el barrio de Argiletum, en la colina del Aventino.

—La comadrona ya se encuentra aquí; está en la cocina preparando paños y agua caliente con mis dos esclavas. Asegura que vamos a tener una niña.

—No me importa siempre que las dos estéis bien.

Poco después apareció el médico. Era romano, y había estudiado en Neapolis, en la escuela de un prestigioso médico griego.

Examinó a Zenobia y la encontró tranquila y en buen estado.

—¿Cuántos hijos has tenido, señora? —le preguntó.

—Este será el cuarto. Los tres anteriores fueron varones.

—¿Todos nacieron bien?

—Sí, pero dos de ellos murieron a temprana edad.

—Entonces, ya sabes de qué trata todo esto.

El médico y la comadrona hicieron bien su trabajo y mediada la tarde Zenobia dio a luz a una niña. Estaba sana y parecía fuerte y robusta.

—Tiene tu cabello —comentó el Senador.

—¿Cómo deseas llamarla? —le preguntó Zenobia a su marido, que acariciaba el rostro cansado pero hermoso de su esposa.

—¿Cómo la llamarías tú?

—En Oriente los nombres son diferentes a los que usáis aquí en Roma. Un nombre oriental no parece apropiado para una romana. Dale tú el nombre.

—Cornelia Odenata —dijo él—. Cornelia es el nombre más frecuente en las mujeres de mi familia, y tu primer esposo se llamaba Odenato. Vuestros tres hijos murieron y con ellos se acabó el linaje de Odenato, el que fuera augusto de Oriente. Creo que esta niña debería recordar el nombre del hombre que salvó a Roma de los persas. Si no hubiera sido por él, tú no estarías aquí y yo jamás te hubiera conocido.

—Además de un hombre bueno, eres generoso.

Capítulo LV

*Roma, fines de primavera de 275;
1028 de la fundación de Roma*

La nueva moneda en la que se materializaban las reformas económicas y monetarias del emperador recibió el nombre de aureliano. Fue bien aceptado por los comerciantes y acabó imponiéndose enseguida en todo el Imperio.

Su valor real era menor del que se le adjudicaba por la cantidad de plata que contenía, pero todo el mundo acordó que se utilizaría sin reservas en las transacciones mercantiles.

Los senadores estaban intranquilos. Aureliano seguía repartiendo a la plebe de Roma grandes cantidades de pan, aceite y carne de cerdo, y los fondos del tesoro comenzaban a resentirse.

El hijo de Tétrico se acercó al esposo de Zenobia durante el descanso de una sesión del Senado.

—Algunos colegas ponen reticencias a la acuñación de aurelianos. Tú tienes más experiencia; creo que deberías hablar con ellos, tal vez te escuchen y se calmen.

—¿Qué alegan?—demandó el Senador.

—Aseguran que la reforma va a provocar la ruina de las provincias de Italia y de Grecia debido al valor de cambio entre el oro y la plata, e incluso de la Galia y de la propia Hispania. Si el valor oficial del oro sigue decayendo en favor de la plata, la explotación de las minas del norte de Hispania ya no será rentable y se clausurarán. Sabemos que con las nuevas reformas los precios están subiendo de manera exagerada; algunos productos comienzan a escasear en los mercados de las ciudades de Occidente. El descontento se extiende y ya se han producido tumultos en Tarraco, en Lugudunum y en otros lugares de la Galia y de Hispania ante la carestía de los alimentos.

—En ese caso creo que debemos incrementar la entrega de víveres a la plebe; y no sólo a la de Roma. Comenzaremos con el reparto gratuito de pan y aceite en Alejandría y en Cartago. Para disponer de mayores reservas anularemos el pago en especie que se está haciendo a los soldados en algunas

legiones, así habrá más productos en los mercados y es probable que bajen los precios.

—La confusión es enorme debido a la diversidad de monedas; hay gente que no se fía de algunas de ellas y los comerciantes no admiten las más dudosas; eso retrae el comercio —argumentó el hijo de Tétrico.

—En ese caso ordenaremos que se recojan todas las monedas que se consideren adulteradas y las sustituiremos por los nuevos aurelianos de plata. Así se aclararán las cosas y el comercio se sentirá más seguro. Tenemos que dejar claro que el emperador está empeñado en luchar contra la corrupción. Para ello, la confianza en el valor de las nuevas monedas de plata ha de ser absoluta.

—¿Funcionará?

—Eso espero porque, si no ocurre así, en el Imperio pueden estallar revueltas de imprevisible final. Hablaré con los senadores críticos a nuestra política e intentaré convencerlos.

Julio Placidiano, el prefecto del pretorio, apareció entonces. Los dos senadores seguían hablando de las reformas monetarias cuando el prefecto se acercó a ellos.

—El emperador necesita el apoyo unánime del Senado; es imprescindible lograrlo —les dijo.

—Estamos en ello, pero algunos colegas todavía se muestran reticentes a admitir las nuevas monedas —apuntó el Senador.

—Este verano saldrá en campaña contra Persia y para entonces las reformas deben estar en marcha y han de ser defendidas por todos los senadores.

—¡Vaya a!, entonces los rumores eran ciertos —dijo el esposo de Zenobia.

—La decisión está tomada. El agosto Aureliano marchará a Oriente al frente de cinco legiones. Persia es nuestro objetivo; si conquistamos Ctesifonte y nos hacemos con el tesoro de los persas, los romanos nadarán en la abundancia durante décadas.

—¡Cinco legiones! Eso supone que quedarán desguarnecidas las fronteras del norte —alegó el Senador.

—El *limes* del Rin y el del Danubio se encuentran en paz. Hace cuatro años que no se ha producido un solo ataque de los germanos; la última vez que se enfrentaron a Aureliano recibieron un buen escarmiento; parece que no lo han olvidado. Además, el emperador piensa emplear a guerreros bárbaros en esta campaña, como ya hiciera con los sármatas, los vándalos, los nómadas y los esclavos en la conquista de Palmira. Mientras esos salvajes guerreen a nuestro lado, no nos incordiarán desde sus intrincados bosques.

—¿Cómo va a pagar esa campaña? —preguntó el hijo de Tétrico.

—Todavía guardamos en el tesoro del templo de Saturno bastante dinero del conseguido en Palmira y en Emesa. Y, además, en Persia ganaremos un botín aún mayor que el obtenido en esas ciudades.

—Si ganamos esta guerra...

—No lo dudes, Senador, la ganaremos.

—Por lo que sé, Persia dispone de decenas de miles de soldados...

—Tu esposa puede confirmarte que los palmirenos derrotaron por tres veces a los persas con apenas dos legiones.

—Lo sé, pero los persas derrotaron al emperador Valeriano, que mandaba siete.

—Entonces gobernaba el Imperio sasánida Sapor, un monarca valiente y arriesgado. Su hijo Bahram no tiene ni el valor ni el arrojo de su padre; de hecho se arrugó cuando Palmira demandó su ayuda ante nuestro ataque. Y Valeriano no era tan buen general como lo es el augusto Aureliano —aseguró Julio Placidiano.

—Espero que así sea.

—El emperador saldrá en campaña contra Persia este próximo verano —le dijo el Senador a Zenobia.

Acababa de llegar en medio de un aguacero y se estaba secando el pelo con un paño.

—No debería hacerlo.

—¿Por qué dices eso?

—Persia puede ser derrotada por Aureliano, pero no podrá conquistarla y mucho menos retenerla. Lo sé muy bien. En tres ocasiones, los palmirenos derrotamos a las tropas de Sapor y nos presentamos ante las puertas de Ctesifonte para tener que dar media vuelta y regresar. El Imperio persa es enorme y está habitado por millones de personas en centenares de ciudades.

—El Imperio romano es aún más grande, y Aureliano ha sabido gobernarlo y reunificarlo. Y los augurios son propicios. Ha ordenado consultar los *Libros Linteos*...

—¿*Linteos*...? —Zenobia no comprendió esa palabra latina.

—Se llaman así porque están escritos sobre hojas de tela. Se trata de unos textos muy antiguos que recogen unas viejas profecías sobre la historia de Roma. Existen dos copias; una se guarda en el templo de Juno Moneta y la otra en la biblioteca Ulpia, la más importante de Roma, que ocupa una parte del edificio semicircular del Foro de Trajano.

—¿Y dices que el futuro está escrito en esos libros?

—El futuro está escrito en los *Libros sibilinos*, pero hay que saber interpretarlos; en los *Linteos está*, escrito lo que sucederá en la historia.

—No entiendo la diferencia.

—Las profecías contenidas en los *Libros sibilinos* son vagas; se trata de

alusiones indefinidas que los augures deben interpretar. Los *Linteos* son textos concretos escritos como unos anales, en los que se lee lo que va a pasar de un modo preciso cada año.

—¿Con nombres y lugares?

—No, pero sí con fechas. Y según dicen los que los han consultado, en ellos se asegura que un emperador romano conquistará Mesopotamia mil treinta años después de la fundación de Roma.

—En Palmira solemos consultar a los astrólogos que predicen el futuro; allí creemos que el destino de cada persona está escrito en las estrellas. Lo aprendimos de los persas, cuyos magos son expertos en lo que nos deparan los astros. Aunque te aseguro que, en muchas ocasiones, esas predicciones fallan. Una de ellas aseguraba que yo entraría triunfante en Roma sobre un carro de plata. La creí y ordené que me construyeran uno en Palmira. Y ya ves, sí entré en esta ciudad pero derrotada y humillada, cargada de cadenas. Eso sí, mi carro fue requisado por Aureliano y ahora es de su propiedad.

—Esa profecía todavía puede cumplirse. Sigues viva y estás aquí, en Roma, y tu carro de plata también; ahora se guarda en las caballerizas del palacio imperial. Tal vez algún día...

Las fiestas del final de la primavera en honor a la diosa Ceres solían congregarse a varios miembros del Senado en el palacio imperial.

Aureliano había invitado a los senadores más próximos a una cena en los jardines del hipódromo de palacio. Tenía previsto anunciarles allí que ese mismo verano saldría en campaña contra Persia con la intención de recuperar la baja Mesopotamia para Roma.

El Senador y Zenobia se vistieron para la fiesta y acudieron a palacio sobre el palanquín senatorial, escoltados por una docena de esclavos.

Aquellos días el emperador estaba nervioso. Algunos de sus asesores le habían recomendado que decretara una persecución contra algunos cristianos que no cumplían con el decreto del emperador Decio. Se cumplían veinticinco años de aquella ley imperial en la que ese emperador había ordenado que todos los romanos ofrecieran sacrificios a los dioses de Roma. Quienes no la cumplían podían ser condenados incluso a muerte. Algunos cristianos se habían negado, pues sólo lo hacían ante su dios, y el emperador ordenó la ejecución de un puñado de ellos.

Al cumplirse esos veinticinco años, los sacerdotes del templo de Júpiter le recordaron a Aureliano que aquel decreto seguía en vigor y que muchos de los cristianos de Roma no acataban aquella ley imperial, lo que suponía un acto de deslealtad para con Roma y para con su emperador. Este ordenó, tras la insistencia de los sacerdotes, que los secretarios de la curia prepararan un decreto

en el que se incluyera una cláusula mediante la cual los cristianos que no ofrecieran sacrificios ante los altares de los dioses de Roma sufrirían persecución. Pero justo cuando le estaban leyendo el texto del decreto para que lo sancionara, un rayo cayó muy cerca de donde se encontraba Aureliano.

Aquello fue considerado un mal presagio y el decreto de persecución de los cristianos fue paralizado.

En la sala de banquetes del palacio imperial se habían dispuesto varios bancos con almohadas alrededor de mesas bajas, a modo de un enorme *triclinium*.

Antes de la cena, los senadores se fueron congregando en el salón de columnas que se construyera en tiempo de Septimio Severo. Unas esclavas sirvieron vino rojo de Apulia y pasteles de miel mientras varios acróbatas entretenían a los asistentes realizando malabarismos con bolas y pelotas de diversos tamaños.

Cuando estuvieron presentes todos los invitados, una trompeta anunció la entrada del emperador.

Aureliano vestía una modesta túnica púrpura de lino y unas sandalias de cuero. Su esposa, Severa, lo hacía con una clámide también de lino púrpura, pues el emperador le había prohibido asistir a las ceremonias públicas vestida con telas de seda.

Uno a uno, el emperador fue saludando a los invitados y con algunos de ellos intercambió algunas palabras. Al llegar ante Zenobia y el Senador se detuvo por un tiempo.

—El matrimonio te sienta bien, señora, y la maternidad todavía mejor. Me han dicho que habéis tenido una hija; enhorabuena.

—Gracias, augusto. Sí, es una niña preciosa. La hemos llamado Cornelia. —El Senador obvió añadir el segundo nombre, Odenata.

—Cornelia... un nombre muy romano. La hija de Zenobia de Palmira es muy romana. ¿Qué dirían los palmirenos si se enteraran de esto? —sonrió Aureliano.

—Una gran fiesta. —El Senador intentó cambiar de conversación intuyendo que su esposa podría sentirse molesta.

Pero Aureliano volvió sobre Palmira.

—¿Sabes por qué no ordené la destrucción absoluta de Palmira? —le preguntó a Zenobia.

—No, augusto, no lo sé, pero te agradezco que no lo hicieras.

—Algunos de mis generales insistieron en que redujera a un montón de escombros tu ciudad, pero lo evité. No fue por filantropía, ni siquiera por condescendencia caballerosa hacia ti, señora. Voy a confesarte un secreto: cuando estaba asediando la ciudad, una noche, en sueños, se me apareció Apolonio de Tiana, aquel viejo filósofo que me convenció para que no destruyera su ciudad. El discurso de ese anciano me conmovió y en sueños

volvió a convencerme para que tampoco destruyera Palmira.

» Ya ves, señora, me han adjudicado fama de cruel y vengativo, y, por el contrario, ando por ahí perdonando a ciudades rebeldes sin más motivo que el consejo de un pobre viejo durante un sueño. Y no sólo eso. He ordenado que se reconstruya Palmira. Tu ciudad volverá a ser hermosa y próspera para mayor gloria de Roma.

—Te lo agradezco de nuevo, agosto.

—Con todas estas medidas trato de demostrar a los habitantes de la zona oriental del Imperio que si se comportan con lealtad, Roma les retribuirá con la misma moneda.

—Una política muy inteligente, agosto —terció el Senador.

—Pero no exenta de rigor, amigo. ¿Nos excusas unos instantes, señora?

Aureliano cogió por el brazo al Senador y se alejó con él a una distancia suficiente para que Zenobia no pudiera escucharlos.

—¿Qué deseas, agosto?

—Ya sabes que durante esta cena voy a anunciar el inicio de la campaña contra Persia.

—Sí, claro.

—Pues he de confesarte que cuando fui a la Galia a someter la revuelta de Tétrico, consulté a unas druidas que habitaban en un bosque cerca de Lugudunum, de las que se decía que jamás erraban sus profecías, sobre si iba a tener descendencia que estuviera al frente del Imperio en el futuro.

—¿Y qué te respondieron esas sacerdotisas galas?

—Que mi linaje no gobernaría Roma, sino que lo haría el Claudio, mi antecesor.

—No tienes hijos varones, sólo una hija.

—Y si aquellas druidas no estaban erradas, ya no tendré descendencia masculina.

—¿Has cotejado esas previsiones con las de los augures romanos o con las de algunos astrólogos? Tu esposa Severa todavía es joven...

—No; no es necesario. Sé que mi linaje se acabará conmigo.

—Pero aunque así sea, el Imperio seguirá adelante, y eso será gracias a ti, agosto.

—Si antes alguien no logra impedirlo.

—¿A qué te refieres?

—A la resurrección de posibles usurpadores. Te conmino a que, en mi ausencia, mantengas vigilada a tu esposa.

—¿Vigilada?

—Vamos, Senador, ¿no crearás que he dejado a tu esposa sin vigilar durante estos meses? Zenobia sigue siendo un peligro. Bajo esa apariencia de matrona romana late el corazón de una mujer ambiciosa y astuta. Quien ha saboreado las

mieles del poder jamás renunciará a ellas si se presenta una nueva ocasión de hacerlo. Tu esposa fue, durante cinco años, la reina de todo el Oriente romano y no te quepa duda de que sigue añorando aquella época de gloria y poder. La he tenido vigilada por agentes imperiales y seguirá así por mucho tiempo. Disfruta de ella, pero no olvides que ante todo eres un senador de Roma y que te debes al Imperio.

—Te aseguro, augusto, que mi esposa se ha comportado durante todo este tiempo como una mujer romana, y si te refieres a que haya podido siquiera maquinarse una conspiración contra ti...

—No, ya sé que no lo ha hecho. En ese caso me hubiera enterado de inmediato. Pero eso no significa que no lo piense hacer en algún momento, y más en mi ausencia. Por eso te digo que la vigiles y que tengas en cuenta quién eres. Y que en caso de tener que optar por la lealtad hacia tu esposa o hacia Roma, sepas bien cuál es tu deber.

» Si permití que Zenobia siguiera con vida a pesar de que todos mis generales me recomendaron que la ejecutara fue porque no quise convertirla en una mártir de una causa. Esa mujer sigue gozando de simpatías en Palmira; lo sé bien porque mis agentes en esa ciudad me informan de ello. Y todavía tiene seguidores en Egipto e incluso en algunas ciudades de Siria. Muerta era un ejemplo a seguir, una causa por la cual luchar contra Roma; convertida en la esposa de un romano, deja de ser un peligro para convertirse en un lejano recuerdo. Siempre que no regrese y no se rebele contra nosotros.

El emperador se despidió del Senador y este regresó al lado de Zenobia.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó.

—Que a lo largo de la cena va a anunciar el inicio de la campaña contra los persas.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso.

Zenobia calló, pero por la expresión del rostro de su esposo supo que este mentía.

La cena fue bastante frugal, a base de lechuga, fruta y carne asada de cerdo; sólo unos faisanes y unas botellas de vino tinto de Campania, el favorito del emperador, pusieron cierto lujo sobre las mesas. Los comensales se descalzaron, como era habitual, pero no fueron agasajados con coronas de flores, como ocurría en los banquetes ofrecidos por los predecesores de Aureliano. El emperador se había propuesto ofrecer una imagen de austeridad y no quería que nadie lo acusara de despilfarrar el erario público.

El emperador celebró una parada militar en el campo de Marte, el espacio abierto junto al Tiber donde tenían lugar los alardes militares y los ejercicios ecuestres. Tiempo atrás, en los últimos años de la República y durante el gobierno de los primeros césares, el campo de Marte era mucho más grande, pues ocupaba una amplia explanada entre la curva del Tiber y el Panteón, pero poco a poco la construcción de nuevos edificios como el mausoleo de Octavio Augusto, el Altar de la Paz, las termas de Nerón o el estadio de Domiciano fue reduciendo su tamaño.

Los soldados de la guardia imperial juraron defender la vida del emperador, quien desde una tribuna de madera contempló el desfile de las águilas imperiales, las insignias de las cinco legiones portadas por los aquilíferos, que iban a participar en la campaña contra Persia.

Aureliano rebosaba de dicha. Tras sus rotundas victorias militares en todos los frentes del Imperio se creía invencible. Condecorado con todos los honores posibles, no existía en la historia de Roma nadie con tantas menciones del Senado ni con tantos reconocimientos, ni siquiera los mismísimos Octavio, Trajano o Adriano habían recibido semejantes honores. Sólo le faltaba uno, el de « conquistador de Persia », para reunir en su persona todos los títulos que habían llevado cada uno de los demás emperadores.

El Senador y su esposa asistieron al desfile, ubicados en la tribuna reservada a los miembros del Senado. Zenobia contempló la larga serie de cartelones que desfilaron, pintados con títulos en letras rojas, alabando los méritos de Aureliano. Entre ellos estaba el de restaurador y pacificador de Oriente, en alusión a su triunfo sobre Palmira. Aureliano había acudido al campo de Marte montado en el carro de plata de Zenobia, del que tiraban cuatro yeguas blancas.

Acabada la parada militar, Aureliano partió hacia el este y el Senador y Zenobia se dirigieron, como hacían cada año a fines de primavera o comienzos del estío, a su casa de Tívoli, donde pasarían su segundo verano como esposos, ahora acompañados además de su hijita Cornelia, a la que cuidaban con celo sus hermanos mayores.

Nada más llegar a Tívoli, el Senador ordenó celebrar la fiesta de los ambarvalia, durante la cual se realizó el *suovetaurilio*, en el que se sacrificó a un cerdo, un carnero y un toro. Esa fiesta se celebraba en honor de la diosa Ceres, para que fuera propicia con la fecundidad y feracidad del campo. El Senador lo hacía todos los años nada más llegar a Tívoli, pero en aquella ocasión se añadía el nacimiento de su hijita, lo que suponía un acicate más para la celebración. Tras la cena, en la que participaron todos sus amigos e incluso los esclavos, se cantó y se bailó hasta la madrugada.

En su villa de Tívoli, Zenobia era feliz. El tiempo transcurría más despacio y

de manera más plácida que en Roma. La cosecha de los frutos del campo suponía mucho trabajo para los esclavos, pero para los amos constituían momentos de abundancia, felicidad y relaxo. Allí las noches del estío eran más frescas y dulces que las calurosas romanas; el aire más ligero y limpio estaba impregnado del aroma de los miles de flores que esmaltaban de colorido todos los jardines de los patricios.

Para disfrute de los senadores, de sus familias y de los miembros de la oligarquía romana que pasaban el verano en aquel lugar todas las tardes se celebraban espectáculos teatrales, combates de gladiadores, competiciones atléticas, carreras de caballos y cuadrigas o luchas de fieras.

Durante una carrera de caballos, una tormenta se abatió sobre Tívoli. El Senador y Zenobia habían acudido a presenciarla y ante la lluvia tuvieron que guarecerse bajo unos pórticos con otros espectadores. Un rayo cayó entonces sobre una estatua del emperador Trajano y la hizo añicos.

—Mal agüero —comentó un senador.

—¿A qué se refiere tu colega? —le preguntó Zenobia a su esposo.

—Trajano conquistó Mesopotamia y, ahora que lo intenta Aureliano, un rayo ha destruido la estatua de su antecesor.

Eso suele interpretarse como un mal presagio. Pero no hay de qué preocuparse, ese senador no suele acertar uno solo de sus augurios.

Los pedazos de la estatua de Trajano quedaron esparcidos por el suelo. Acabada la tormenta, todo el mundo regresó a sus casas. Nadie se preocupó por recoger los fragmentos de la efigie de quien había llevado a Roma a la máxima extensión de sus fronteras.

A mediados de agosto se recibieron en Tívoli las primeras noticias de la marcha de la campaña de Aureliano.

El ejército se había dividido en tres cuerpos; uno de ellos, mandado por el propio Aureliano, se había concentrado en Atenas. El emperador quería visitar aquella ciudad y había prometido a sus magistrados que, en su condición de arconte de Atenas, se comprometía a finalizar las obras del templo de Zeus Olímpico, cuya construcción se hallaba interrumpida desde hacía tiempo, y que dedicaría a ello el primero de los botines que consiguiera en aquella expedición.

—Aureliano ha prometido seguir embelleciendo Atenas con nuevos edificios —le comentó el Senador a Zenobia.

—También a restaurar Palmira.

—Creo que hará ambas cosas. Es un hombre de palabra. Además, el futuro lo recordará, sobre todo, por las grandes obras que realice. Aquí ha construido la muralla y el templo del Sol, por el momento... Los grandes emperadores siempre han legado grandes construcciones. Octavio Augusto levantó el Altar de

la Paz, Vespasiano y Tito el Coliseo, Trajano su Foro, con la columna donde se narra en relieve la conquista de la Dacia, Adriano el muro del norte de Britania y esta hermosa villa de Tivoli, Caracalla las mejores termas de Roma... Si Aureliano consigue conquistar Mesopotamia y obtener un buen botín, estoy seguro de que construirá templos dedicados al Sol por todas las ciudades del Imperio.

—Es decir, a mayor gloria suya.

—Tiene derecho. Ha salvado a Roma del desastre. Sin él, probablemente el Imperio ya no existiría.

—Pero tal vez lo conduzca de nuevo al abismo. El rey de Persia, Bahram, es un diletante. Su padre, Sapor, o su hermano mayor, Ormazd, eran hombres de palabra. Con ambos llegamos a acuerdos, a pesar de nuestras disputas, y Ormazd me prometió apoyo en caso de que Palmira fuera atacada por los romanos. Pero Ormazd murió y le sucedió su hermano Bahram, y esa ayuda nunca llegó, a pesar de que firmamos un tratado entre persas y palmirenos.

—No creo que Aureliano pretenda firmar acuerdo alguno. Su intención no es pactar con los persas, sino aniquilarlos para siempre y que dejen de ser una amenaza permanente en las fronteras orientales del Imperio. Anhela conquistar Mesopotamia y convertirse en un nuevo Trajano, y superarlo si es posible.

—Hace cientos de años que romanos y persas luchan por el control de Mesopotamia. Si se siguen matando entre ellos, el final de ambos imperios puede estar cercano —dijo Zenobia.

—Tú intentaste crear un nuevo imperio entre los dos, un tercer reino, pero, querida esposa, sólo puede haber un Sol en el cielo y un emperador en la tierra. Aureliano está convencido de que cuando él sea el único señor sobre la tierra, la paz universal se instalará en los corazones de los hombres y el sueño de Octavio Augusto de un mundo unido y en paz bajo el manto protector de Roma se habrá cumplido.

—¿Existe alguna profecía sobre eso en vuestros libros, sean los *Linteos* o los *Sibilinos*? —preguntó Zenobia con ironía.

—Claro que sí. Hay una profecía que señala que un monarca aparecerá para unir al mundo y librarlo de todos los males que lo acechan. Aureliano está convencido de que es él.

—Los cristianos aseguran que ese rey ya vivió, en Judea, hace varios siglos, y que ellos son los depositarios del mensaje de salvación del mundo. Los judíos, en cambio, todavía siguen esperando a su propio mesías salvador que restituya la paz y los devuelva a su tierra. ¿Qué pueblo no tiene esperanza en un redentor que lo libere de las miserias de la vida en la tierra? Sólo los griegos carecen de ese salvador universal, tal vez porque sus filósofos son los que más han escudriñado en el alma de los hombres, los que han ido más allá en el conocimiento de nuestro ser. Y tal vez por eso han renunciado a creer en un mesías.

—Se cumpla o no esa profecía, lo cierto es que Aureliano se dirige con sus tropas camino de Mesopotamia, y que no va a cejar en su empeño hasta que sus estandartes se claven sobre los muros de Ctesifonte.

—¿Crees que lo logrará?

—Estoy seguro. Aureliano no ha fallado jamás. Y, en esta ocasión, dispone de las mejores tropas de Roma. Sí, creo que Persia sucumbirá a su ataque y que ese reino pronto será una provincia más del Imperio romano.

—Hispania tardó en ser ocupada por completo más de dos siglos y, desde luego, esa región no era tan poderosa ni estaba tan poblada como Persia —alegó Zenobia.

—Pero Alejandro Magno conquistó Persia entera en diez años, Julio César sometió las Galias en sólo cinco y Trajano la Dacia en tres. El tiempo de una conquista depende de las cualidades del general que la dirige, y sabes bien que Aureliano es el más grande general de este tiempo, tal vez de todos los tiempos.

—¿Lo consideras superior a Alejandro, a Escipión o a Anibal?

—Si ocupa Persia, será el más grande conquistador de todos los tiempos. De eso sí estoy seguro.

Capítulo LVI

*Roma, otoño de 275;
1028 de la fundación de Roma*

Aquel verano se alargó y el Senador y Zenobia regresaron a Roma unos días más tarde de lo habitual. En la capital del Imperio ya se habían celebrado los juegos en honor de Júpiter Capitolino, con los cuales se daba por iniciada la nueva temporada.

Ya en Roma, el Senador se enteró de que Aureliano había ido de Atenas a Tracia para sofocar la incursión de una partida de bandidos escitas que merodeaba por esa región. Desde allí se dirigiría a Bizancio, donde prepararía el avance hacia Mesopotamia siguiendo una ruta similar a la que había recorrido cuando conquistó Palmira. En realidad, lo que pretendía era añadir un par de legiones más a las cinco con las que ya contaba, reclutando legionarios de varias cohortes de guarnición en algunas ciudades de Anatolia y del norte de Siria.

—No hay buenos presagios para la campaña de Persia —comentó el Senador a su esposa al regreso de una sesión rutinaria en el Senado.

—¿Otra estatua de Trajano partida por un rayo?

—No. Se ha visto volar a varios cuervos a la izquierda del Capitolio; en Campania nacieron este verano dos terneros unidos por el vientre que murieron a las pocas horas, y se dice que en la piel de uno de ellos podía leerse con claridad el nombre de Aureliano escrito en letras púrpuras; una nave que procedía de Gades cargada de lingotes de cobre se ha hundido a la entrada del puerto de Ostia justo cuando el sol se ponía en el horizonte; las entrañas de un cordero sacrificado a Apolo han salido negras como la noche; y un velo del templo de Vesta se ha rasgado de arriba abajo esta madrugada sin que al parecer hubiera nadie dentro. Todos esos son malos presagios; los miembros del colegio de los augures han determinado que algo funesto va a ocurrir en Roma.

—Cosas como esas pasan todos los días —se limitó a decir Zenobia.

—Hay más. Algunos cristianos están predicando en sus comunidades que se acerca el fin del mundo como se señala en uno de sus libros sagrados al que llaman Apocalipsis, y están proclamando que el culpable va a ser Aureliano por

perseguirlos.

—Los cristianos están preocupados por la idea del emperador de establecer el culto al Sol en todo el Imperio. Ellos adoran a un solo dios y estoy segura de que creen que el nuevo dios de Aureliano sí puede hacer competencia al suyo.

—Desde luego, si Aureliano se sale con la suya, derrota a los persas y conquista Mesopotamia, todos los romanos acatarán su voluntad y lo considerarán como a un dios; y si dice entonces que todos los romanos deben adorar a uno solo, el Sol, los cristianos tendrán un grave problema, pues es probable que la mayoría abandone sus creencias y se convierta a la religión solar.

—No lo creo —aseveró Zenobia—. Conozco a algunos cristianos y presencié uno de sus ritos en Palmira, y puedo asegurarte que muchos de los que abrazan la religión de Jesucristo se mantienen en ella de manera firme pese a las amenazas y miedos que puedan caer sobre ellos.

—Sí, son fanáticos irreductibles, pero en este caso...

—Seguirán siendo cristianos haga lo que haga el emperador. Su fe es irrenunciable porque, además, están convencidos de que alcanzarán el paraíso. Por eso son capaces de sufrir persecución e incluso morir en defensa de su fe. Para ellos, su religión es lo más valioso, mucho más que su propia vida.

Entre tanto, el ejército romano se dirigía hacia Bizancio para desde allí emprender la campaña contra Persia. Aureliano estaba convencido de su nuevo triunfo, y se ratificó en esa creencia cuando sus espías le informaron de que el rey Bahram no había reaccionado al enterarse de que los romanos no tardarían en presentarse ante los muros de Ctesifonte.

El revuelo en el Senado era mayúsculo. Los senadores habían sido convocados con toda urgencia a una sesión plenaria en el templo de Cástor y Pólux.

Cuando llegó recostado en su litera, el Senador apreció que los efectivos de la guardia pretoriana que protegían a los senadores cuando celebraban un pleno eran el doble de la habitual. Aquello le intranquilizó, pero intentó calmarse imaginando que se trataba de una nueva disposición del prefecto del pretorio.

Descendió de la litera, portada por cuatro esclavos, y ascendió las gradas de mármol del templo, a cuyos lados se arremolinaban decenas de individuos entre los cuales se notaba cierta inquietud.

La línea de guardia de los pretorianos se abrió para dejar pasar al Senador y lo saludaron al identificarlo vestido con su toga blanca ribeteada con una banda púrpura. Devolvió el saludo y entró en el templo, donde sus colegas se arremolinaban en varios grupos.

—¿Qué está pasando? —preguntó al primero de sus colegas con el que se

cruzó.

—Corren terribles rumores. Se dice que el emperador ha muerto camino de Persia.

—¿Ha caído en una batalla?

—No. Al parecer ha sido asesinado por soldados del ejército.

—¡No, otra vez no! —exclamó el Senador—. No podemos regresar a los tiempos de los asesinatos, las revueltas en el ejército y la autoproclamación de usurpadores, que ya parecían superados. Si caemos en esos mismos errores, Roma estará perdida.

En ese momento un secretario llamó a cónclave a los senadores y les rogó que tomaran asiento. Lo hicieron por el orden de antigüedad que les correspondía. Junto al altar, en un doble sitial, se sentaron el *princeps* del Senado y el cónsul de ese año, el patricio Aurelio Gordiano.

El primero tomó la palabra:

—Senadores de Roma, debo comunicaros una funesta noticia. Cuando marchaba hacia Mesopotamia para derrotar al tirano persa y devolver esas tierras al dominio de Roma, nuestro augusto Aureliano ha sido asesinado.

Los senadores se agitaron, se revolvieron en sus asientos y algunos se levantaron llevándose las manos a la cabeza entre exclamaciones y gritos de dolor.

—Calmaos, senadores, calmaos —reclamó el cónsul Aurelio Gordiano.

El *princeps* continuó:

—Los asesinos han sido detenidos. Se trata de una conspiración instigada por Eos Mnesteo, el secretario del emperador, en la que han participado Murcapor, uno de sus hombres de confianza, y algunos oficiales del ejército. El magnicidio se ha perpetrado en un lugar llamado Cenofrurio, una mansión en la calzada que une las ciudades de Bizancio, Perinto y Heraclea.

—¡Han sido los cristianos! —clamó un senador—. Esos tipos eran cristianos. Debemos acabar con esa secta de locos antes de que ellos acaben con Roma.

—¿Tienes pruebas de que esas son sus intenciones? —le preguntó el cónsul.

—¿Pruebas? Claro que hay pruebas. El sentido común los señala como causantes del asesinato del emperador, que iba a firmar un decreto para poner fin a la expansión de esta secta demoníaca que crece como la mala hierba y que amenaza los cimientos del Estado. No llegó a rubricar ese decreto que, como sabéis, ya estaba redactado y listo para la sanción imperial; y para evitar la firma lo asesinaron. Deben ser perseguidos y ejecutados por ello, hasta que no quede un solo cristiano en el Imperio.

—Tu acusación es demasiado grave para sostenerla con simples supuestos. Nuestro derecho se basa en la prueba de los hechos, y ningún ciudadano romano puede ser ejecutado sin haber tenido antes un juicio. ¿Dónde está la prueba de que los asesinos del emperador sean cristianos? —preguntó el Senador.

—Está bien. Los asesinos han sido detenidos. Traigámoslos a Roma y que se celebre un juicio justo. Y ya veréis, queridos colegas, cómo confiesan su pertenencia a la secta maldita de los seguidores del nazareno.

La mayoría de los senadores aceptaron la propuesta.

—De acuerdo —intervino el *princeps*—, los asesinos serán juzgados en Roma.

Se hizo entonces un silencio denso y prolongado. Los padres de la patria habían caído en la cuenta de que el Imperio estaba sin soberano y de que la anarquía y el caos de tiempos pasados podrían instalarse de nuevo en la política romana.

—Necesitamos un nuevo emperador —habló al fin el cónsul—. Aureliano sólo tiene una hija, de modo que no existe un heredero varón que pueda continuar su obra, y además no dejó designado a ningún sucesor.

—En ese caso el Senado debe asumir su responsabilidad y elegir al nuevo agosto —terció el esposo de Zenobia.

Los senadores lo miraron asombrados. El Senado era la institución más prestigiosa de Roma, pero su poder era prácticamente testimonial desde que Octavio Augusto instaurara el poder imperial casi absoluto. El Senado se había convertido en una cámara de debate y consultiva, pero sin ningún poder ejecutivo, aunque de gran influencia debido a la categoría y riqueza de los miembros que lo componían.

—Estás loco —le susurró un colega a su espalda—. El ejército ha sido quien ha proclamado al emperador desde hace mucho tiempo. ¿Quieres que nos degüellen a todos como a corderos?

—Senadores —el esposo de Zenobia se puso de pie—, estamos ante una oportunidad extraordinaria. Proclamemos la autoridad del Senado y demos a Roma el mejor emperador posible.

—¡El ejército no lo consentirá! Si nombramos un emperador sin contar con las legiones se producirá un cisma de incalculables consecuencias y correrá mucha sangre romana —terció el *princeps*.

—Pidamos al ejército que nos solicite un candidato —propuso el esposo de Zenobia.

—¿Qué? —El *princeps* estaba asombrado ante la determinación del Senador.

—Es una buena idea —terció el cónsul Aurelio Gordiano—. El general Probo ha quedado ahora al frente del ejército; era el mejor y más fiel ayudante del emperador y es un hombre sensato. Sin duda estará de acuerdo en que sea el ejército quien se dirija al Senado para que sea esta asamblea de los padres de la patria romana la que designe al sucesor de Aureliano.

Los senadores debatieron la propuesta y al fin se aceptó enviar una delegación ante el ejército para tratar el asunto con Probo y sus generales.

—Mañana salgo hacia Grecia —dijo el Senador a Zenobia nada más regresar a su casa, una vez finalizada la asamblea del Senado.

—¿Negocios? —supuso Zenobia.

—Sí, pero no comerciales.

El Senador le explicó lo sucedido.

—¡Aureliano asesinado! Creí que era más precavido y que tenía vigilados a todos sus posibles rivales —se extrañó Zenobia.

—Han sido algunos de sus más cercanos colaboradores quienes han tramado la conjura. Él jamás podría haber sospechado de su propio secretario, en quien había depositado su plena confianza. La ambición por el poder o por el dinero ciega a los hombres hasta convertirlos en alimañas sin escrúpulos. Sé que no sientes su muerte. No te lo reprocho, pues él fue quien te quitó el reino que habías conquistado, pero para mí su asesinato resulta una catástrofe de consecuencias imprevisibles. Soy romano y temo por lo que le pueda ocurrir a Roma —adujo el Senador.

—No siento la muerte de Aureliano. Jamás tuve afecto a ese hombre a pesar de que me salvó la vida cuando se empeñó en rechazar una y otra vez los consejos de la mayoría de sus generales, que se afanaban en solicitar mi ejecución. Pero tampoco me alegro por ello. Reconozco que fue un hombre valeroso y de gran determinación, que arriesgó su vida en defensa de Roma. Y por eso lo admiraba.

—Tengo que prepararme para el viaje. El Senado ha nombrado una delegación de seis de sus miembros y me ha elegido como portavoz ante los generales del ejército. No tenemos tiempo que perder.

—¡Estás loco! —exclamó alarmada Zenobia.

—Un senador me ha bisbisado esas mismas palabras al oído esta mañana.

—Lo más probable es que los soldados os ejecuten a todos los senadores de esa delegación y luego proclamen emperador al general más fuerte, al que cuente con más apoyos entre las legiones o al que soborne con más plata y oro a los oficiales. En Roma siempre se han hecho las cosas así.

—En otro tiempo sí, pero yo confío en Probo, el lugarteniente de Aureliano. Ahora es el hombre fuerte del ejército y supongo que querrá convertirse en el nuevo emperador. Si el Senado lo propone y el ejército lo apoya, todos contentos, y nos habremos evitado muchos problemas.

—Iré contigo.

—No. Si lo hicieras, es probable que algunos entendieran que estoy tramando tu regreso a Palmira y apoyándote para que te alces de nuevo contra Roma aprovechando la vacante en el trono imperial. Soy tu esposo y, aunque nuestro matrimonio fue decidido por Aureliano, he llegado a quererte como jamás quise a ninguna otra persona; pero también soy senador de Roma y no puedo siquiera

dejar entrever que estuviera implicado en un complot contra el Imperio.

—De acuerdo. Esperaré tu regreso. Ten mucho cuidado y recuerda que no debes fiarte de nadie.

Zenobia se acercó hacia su esposo y lo besó en la mejilla. No le dijo que volvía a sentir los síntomas de otro embarazo.

La delegación del Senado regresó a Roma a finales de otoño. El Senador se había entrevistado con el general Probo en Atenas y ambos habían acordado el camino a seguir para la proclamación del nuevo emperador.

Zenobia esperaba a su esposo tras casi dos meses de ausencia en el atrio de la casa. Un mensajero llegado de Ostia le había avisado de que no tardaría mucho en presentarse.

El Senador estaba cansado pero su aspecto era saludable. Zenobia aguardaba junto a los dos hijos de su esposo y algunos esclavos, y sostenía en brazos a la pequeña Cornelia, de cuyo cuello colgaba una cadenita de plata con una capsulita que contenía un pedacito de pergamino en el que había escritas unas palabras mágicas, un amuleto protector que solían llevar algunos romanos durante su infancia. El *pater familias* besó a sus hijos y abrazó a su esposa con contenida moderación; entre los patricios y los potentados romanos seguía siendo de mal gusto mostrar excesivas muestras de cariño hacia la propia esposa en público, aun en el propio domicilio.

—Te he echado de menos mucho más de lo que podía imaginar —le dijo el Senador a Zenobia cuando se quedaron a solas.

—Estoy embarazada de nuevo.

—Por todos los dioses, ¿cuándo ha sido?

—Por las cuentas que llevo, fue a finales de agosto, en Tívoli, tal vez aquella noche de luna llena...

—Cuando te vi en el atrio pensé que habías engordado un poco, pero...

El Senador acarició el vientre de Zenobia y lo sintió ligeramente abultado.

—Pronto crecerá.

—Esta vez será un varón; haré ofrendas a los dioses para que sea un varón.

—¿Has logrado tu propósito? —Zenobia le preguntó por su misión en Atenas ante Probo.

—Sí. El ejército ha enviado una carta al Senado en la que le solicita que designe al nuevo emperador.

—¿Cómo lo has logrado?

—Le he prometido a Probo que el Senado lo apoyará para convertirse en nuevo emperador si enviaba esa petición.

—En ese caso, Probo será el sucesor de Aureliano.

—No; hemos acordado que antes ejercerá el cargo un senador de avanzada

edad. Algunos generales han puesto pegas al nombramiento de Probo y se ha decidido que ejerza el imperio un hombre de transición. Yo insistí en que ese hombre fuera un senador para dar la sensación de que el Senado es la institución más prestigiosa del Estado.

—¿Tú? ¿Te has propuesto tú como emperador? Te matarán, como a los demás, como a Aureliano.

—No soy tan mayor ni tan soberbio ni tan insensato. El senador que proponemos como nuevo emperador debe ser de avanzada edad y no deberá permanecer al frente del Imperio más de dos años; tras ese período, Probo asumirá el poder.

—¿Y si para entonces no ha muerto el que designéis ahora?

—Dentro de un año, el que sea designado nombrará a Probo como hijo adoptivo y abdicará a continuación dejando el poder imperial en sus manos.

—Probo no es romano, es un ilirio.

—Aureliano también había nacido de Iliria y no resultó un mal emperador.

—¿Y qué ha sido de los asesinos?—demandó Zenobia.

—Los hemos traído a Roma. Ahora están encarcelados en la prisión Tulliani, en el Foro. Serán juzgados la semana próxima ante un tribunal e imagino que ejecutados. El Senado me ha encargado que sea yo quien dirija la acusación. He intentado renunciar alegando que no soy experto en derecho, pero no me ha quedado más remedio que aceptar.

—¿Dispondrán de un abogado defensor?

—El derecho de Roma así lo dispone; aunque dudo que haya algún abogado serio, prestigioso y cabal en esta ciudad o en todo el Imperio dispuesto a defenderlos. Pero siempre aparecerá uno de esos picapleitos que aprovecha estas circunstancias para hacerse famosos y ganar dinero, aunque sepa de antemano que tiene el caso perdido. Además, hay un senador empeñado en demostrar que los asesinos del emperador son cristianos y que fue la defensa de su fe la que movió al secretario de Aureliano, al ejecutor y a los conspiradores a acabar con su vida.

—¿En verdad son cristianos los asesinos?

—No. He hablado con algunos de sus cabecillas varias veces durante la travesía desde Atenas a Ostia y te aseguro que no han sido ellos. Eos Mnesteo, el secretario de Aureliano, ha sido el instigador de la conjura. Es un tipo mezquino y cobarde, de origen griego, y fue esclavo de Aureliano hasta que le concedió la libertad por sus servicios. Ya como liberto, el emperador lo mantuvo a su lado como secretario principal de la cancillería imperial. Era él quien tomaba nota de todos los edictos imperiales de boca del propio Augusto; he intentado averiguar de sus propios labios la causa que lo arrastró a tramar esta conjura, y se ha limitado a decirme que Aureliano era un tirano y que su muerte resultaba grata a los ojos de los dioses. El ejecutor del crimen se llama Murcapor, un oscuro y bruto

oficial, tonto de remate, cuyo único mérito es su fuerza y su habilidad en el manejo de la espada. Creo que Eos lo convenció para que asesinara a Aureliano a cambio de promesas increíbles.

—¿Y el resto de los conjurados?

—Una docena de altos oficiales, ambiciosos pero estúpidos e ilusos. Todos ellos creyeron que el ejército admitiría el crimen, como había ocurrido en tantas otras ocasiones en la historia de Roma, y que medrarían en la escala de mando hasta alcanzar el tribunado y el generalato; alguno incluso se imaginó ya revestido con la clámide púrpura y tocado con la corona imperial.

—La vanidad humana es infinita —sentenció Zenobia, que sabía bien de qué estaba hablando.

Los asesinos del emperador encontraron un abogado que los defendiera. Se trataba de Cayo Fulvio, un arribista sin escrúpulos que se ganaba la vida ocupándose de los casos más escabrosos de los tribunales romanos, aquellos que los más prestigiosos abogados rechazaban porque su defensa se consideraba un deshonor y una vergüenza para la profesión. Cayo tenía una fácil oratoria y era considerado un demagogo capaz de alegar cualquier cosa para alcanzar su objetivo. A veces, para ganarse clientes, se subía a algunas de las tribunas abiertas a lo largo del Foro y pronunciaba un discurso en el que siempre aludía a las bondades y virtudes del pueblo romano, virtudes, por cierto, de las que él carecía; en sus intervenciones públicas hacía gala de una hipocresía tal que no le importaba mentir, tergiversar o alterar la realidad a su conveniencia.

El Senador y su esposa Zenobia acudieron al juicio, que había levantado enorme interés en la ciudad. Sobre la litera senatorial atravesaron el Foro por la Vía Sacra y llegaron ante la basílica Emilia mediada la mañana. Bajo su brazo, el Senador portaba unos papiros en los que había anotado las líneas maestras de su acusación. Justo en ese instante unos guardias venían en dirección contraria. Traían con ellos, cargados de cadenas, a los acusados del asesinato del emperador, que habían pasado los días encerrados en la cárcel Tulliani, una infecta red de mazmorras ubicada en unas cavernas rocosas al pie del Capitolio, al lado del templo de la Concordia, de la que sólo solían sacar cadáveres o reos camino del patíbulo.

Los policías que custodiaban la entrada a la basílica los saludaron y dejaron pasar al Senador y a Zenobia, en tanto se afanaban para mantener a raya a los muchos curiosos que se arremolinaban a las puertas del edificio.

Presidía el tribunal el *princeps* del Senado, al que aconsejaban dos jueces, sentados a su lado.

Los acusados se acomodaron junto a su defensor, en tres banquillos frente a los tres jueces. El acusador lo hizo a la derecha de los jueces, en una sillita de

tijera ante la que había una mesa baja donde el Senador depositó los papiros con las notas de la acusación, que había redactado con la ayuda de dos abogados a sueldo del Senado. Zenobia observaba el juicio desde una de las tribunas de la segunda planta de la basílica, reservada para las esposas de los senadores y de los altos magistrados de la ciudad.

El abogado defensor tomó la palabra tras la autorización del presidente del tribunal, se levantó de su banco y se situó ofreciendo un perfil al tribunal y otro al público, mientras miraba al Senador de frente.

—Ciudadanos de Roma. Henos aquí, en este solemne y sagrado lugar, reunidos para dirimir la culpabilidad de estos hombres. —Cayo señaló a Eos Mnesteo, a Murcapor y a los otros seis—. Han sido acusados de asesinar a nuestro emperador y por ello deberían ser ejecutados de la forma más cruenta, sí. Pero lo que hicieron ha servido para salvar muchas vidas. Escuchadme bien. Eos Mnesteo, ese hombre que veis ahí angustiado por el miedo, era el secretario de confianza de Aureliano. Todos recordamos al valeroso soldado que fue, pero tampoco hemos olvidado que en no pocas ocasiones se comportó con una crueldad excesiva. Todavía lloran a sus esposos e hijos miles de viudas y de madres que vieron morir a sus seres queridos cuando se produjo la revuelta de los trabajadores de la ceca; aún están frescas las flores sobre las tumbas de los senadores aniquilados tan sólo por negar su apoyo a la masacre que se perpetró con el pueblo de Roma. Sí, amigos, romanos, ciudadanos del Imperio, estos hombres ejecutaron a Aureliano, pero lo hicieron cuando fueron conscientes del horrendo crimen que su mente tiránica perpetraba. Una noche, después de la cena, Aureliano llamó a su secretario para dictarle una lista. Eos, siempre fiel a su emperador, pero más fiel todavía a Roma, acudió a la llamada de su señor, preparó su cálamo, el tintero y unas hojas de papiro. Mi defendido creía que le iba a ser dictada alguna orden para el ejército, pues, como bien sabéis, estaba a punto de salir en campaña contra los persas. Pero no. Para sorpresa de este romano ejemplar, Aureliano le dictó el listado de los notables y honrados romanos que iban a ser ejecutados de inmediato.

» Algunos de vosotros conocisteis en persona al emperador y sabéis bien que no era de los que amenazan en vano. Cuando fue escuchando los nombres de los condenados, Eos Mnesteo, un hombre bueno y honrado, tembló, y su corazón se convulsionó de pena y de angustia. En aquella lista macabra había nombres de valerosos y benéficos ciudadanos de Roma. ¿Quién os dice que no estabais incluidos en ella algunos de vosotros, senadores, magistrados, altos sacerdotes, generales, tribunos? ¿Cuántos senadores, cuestores, pretores, magistrados o generales fieles servidores de Roma estabais incluidos en aquella papeleta de la muerte? Mi defendido, temeroso de los dioses inmortales y de la justicia de los hombres, no pudo soportarlo. Su lealtad al emperador era mucha, pero su amor a Roma y su razón fueron, afortunadamente, más poderosos, y se dirigió a

Murcapor, un soldado ejemplar, valiente, esforzado y disciplinado que ha ascendido en la escala militar gracias a su arrojo en el combate y a su valor en la batalla. Varias cicatrices son testigos de la sangre que ha vertido en la defensa de Roma y en la de todos nosotros. Y con él, estos seis oficiales del ejército, hombres cabales y sensatos que se vieron arrastrados ineludiblemente a ejercer la justicia por su mano para evitar la masacre de muchos inocentes.

» No, ciudadanos de Roma, no, estos hombres no son unos asesinos sino unos ejecutores de la voluntad de los dioses. Nada ocurre aquí en la tierra sin que se permita en el cielo. Aureliano irritó y calumnió a nuestros dioses. Construyó el templo al Sol y dijo a sus confidentes que ese era el único dios existente. Dio la espalda a los dioses que veneramos en estos templos levantados por nuestros antepasados. Salid ahí fuera y mirad a vuestro alrededor, y veréis el templo de Jano, el de Saturno, el de Cástor y Pólux, el de Marte, el de Minerva, el de Júpiter, el de Venus, e incluso los de nuestros gloriosos emperadores divinizados: Julio César, que convirtió a Roma en el Imperio más grande, Augusto, el padre de la patria romana, Vespasiano, el general invicto, Trajano, el conquistador de Dacia y de Mesopotamia... Sus ojos inmortales nos contemplan desde sus tronos celestes, y su fuerza nos protege y nos ampara. Aureliano pretendió relegarlos al olvido y borrar su memoria de nuestras cabezas y de nuestros corazones.

» ¿Y qué me decís de lo que hizo el emperador con los cristianos? Sí, sé que a la mayoría no os gustan esos fanáticos seguidores de aquel galileo que se proclamó hombre y dios a la vez; a mí tampoco me agradan los cristianos. Sabéis que existe una ley que obliga a todos los ciudadanos romanos a ofrecer sacrificios a nuestros dioses. Los cristianos se niegan a acatar nuestras leyes, y ¿qué hizo Aureliano para evitarlo? Nada. Se limitó a amagar con firmar un decreto de persecución contra los que la incumplieran, pero no la promulgó y ni siquiera movió un dedo para ejercer su autoridad imperial y hacer cumplir las leyes que rigen en el Estado romano.

» La muerte de Aureliano la decidieron los dioses de Roma y estos hombres sólo fueron los ejecutores de la voluntad divina. Con su acción, evitaron muchas muertes. Si aquella lista hubiera sido enviada a Roma, algunos de vosotros —el abogado adoptó una pose teatral y señaló con un movimiento circular de su brazo a todo el público congregado en la basílica— estaríais ahora muertos. Incluso tal vez tú —Cayo Fulvio se dirigió al esposo de Zenobia—, tú también podrías estar muerto; porque, ¿estás seguro de que tu nombre no figuraba en aquella macabra lista?

El abogado defensor, altivo como un pavo real, regresó a su asiento, dirigió una mirada de autocomplacencia al público y se alisó la toga para que no se arrugara.

El presidente del tribunal dio la palabra al Senador.

—No soy experto en derecho, como es manifiesto, pero sé cuáles son las

leyes por las que nos gobernamos los romanos. Las conozco bien porque tengo que debatir sobre ellas en las sesiones del Senado y es mi obligación estar al tanto de cuantas rigen nuestro Estado. El abogado defensor ha intentado confundirnos caminando en el límite de lo que le permite la ley, pero no lo ha logrado, al menos no conmigo.

» Nos ha tocado vivir una época convulsa que ha afectado a nuestras más sólidas creencias. Hace un siglo, cuando Roma fue gobernada por los grandes emperadores que todos recordamos, este mundo gozó de un armónico equilibrio, y la humanidad nunca fue tan agraciada ni tan dichosa. Pero nos relajamos, descuidamos nuestro trabajo, olvidamos nuestros deberes, caímos en el desánimo y el caos se instauró en nuestras vidas. Algunos buscaron liberar las tormentas que acuciaban sus espíritus en las nuevas religiones que surgieron en Oriente; unos lo hicieron adentrándose en el oscuro mundo de las religiones místicas, y otros buscando remedio a su zozobra depositando su fe en la creencia en un único dios.

» Pero somos romanos. Somos ciudadanos del Imperio que ha impulsado la civilización y el derecho. Dice una de nuestras más viejas historias que en este mismo lugar, antaño un lodazal maloliente, había abierta una sima tan profunda que no existía manera de cegarla. Los primeros romanos que habitaron estas siete colinas estaban convencidos de que sólo se cerraría cuando se arrojara al pozo aquello que más valoraba el pueblo romano. Y nuestros antecesores, siempre tan prácticos, arrojaron comida, dinero, joyas... Pero la sima no se cerraba, seguía abierta, amenazando con tragarse a la ciudad y arrastrarla hasta el mismísimo centro del Averno. Hasta que apareció un hombre, un romano llamado Curcio, que entendió que lo mejor de Roma no eran sus riquezas, sino sus hombres. Curcio así lo entendió, se arrojó a la sima en un sacrificio de inmolación por su ciudad y esta se cerró para siempre.

» De vez en cuando, y para nuestra desgracia cada vez menos, Roma da al mundo algunos nuevos Curcios, hombres valientes, intrépidos, decididos a dar su vida por Roma, a sacrificarse por todos nosotros, a morir en defensa de lo que somos si es necesario. Hombres sin miedo a la muerte, a su propia muerte, porque saben que Roma es lo más importante, lo más sagrado, lo más trascendente. Porque saben que si Roma es inmortal, se debe a que hay romanos dispuestos a dar su vida para que así sea.

» Aureliano era uno de esos hombres sacrificados y leales al espíritu que ha hecho grande a Roma, y estos canallas —el Senador señaló a los acusados con su dedo índice— lo han asesinado de la manera más cobarde y vil, traicionando la confianza que había depositado en ellos.

» El abogado defensor ha perorado sobre banalidades inconcretas y ha intentado convencernos de que estos criminales han causado un beneficio a nuestra patria, pero se ha olvidado de explicarnos las verdaderas razones del

magnicidio. Nos ha hablado de una lista de condenados, intentando conmovernos preguntándonos si no estaríamos nosotros incluidos en esa presunta lista. Bien, ¿dónde está esa lista de candidatos al patíbulo dictada por el emperador la noche de su asesinato? ¿Dónde está esa prueba? Sencillamente, no existe porque la lista que dictó el emperador era muy distinta a la que nos ha presentado el abogado.

» Quiero contaros la verdad. Yo fui a Atenas, comisionado por el Senado, a recoger las cenizas del emperador, a acordar con el ejército una sucesión pacífica al frente del Imperio y a traer a Roma a los asesinos. En el viaje de regreso tuve la oportunidad de hablar en varias ocasiones con cada uno de ellos, y creedme cuando os digo: Eos Mnesteo, Murcapor y los demás acusados no son unos filántropos ni unos servidores de los dioses; son, simplemente, unos asesinos.

» Eos no es ese fiel secretario que nos ha presentado el abogado defensor, y aquella lista, si es que existió, no era un catálogo de futuros ejecutados sino una relación de corruptos inmersos en malversación de fondos públicos. —Por primera vez los asistentes emitieron un rumor de murmullos—. Eos había cometido bastantes irregularidades en su trabajo y al escuchar los nombres de los corruptos, que conocía bien pues eran colegas suyos, comprendió que él también iba a ser investigado.

» Entonces puso en marcha su malvado plan con el único fin de librarse de un castigo que merecía por sus corruptelas. Prometiéndoles dinero, ascensos y honores, convenció a Murcapor y a otros oficiales estúpidos para que secundaran sus planes, les ofreció incluso el mismísimo trono del Imperio, y así los arrastró a una locura infernal.

» Aureliano era un hombre de fuerte carácter, tal vez cruel en algunas ocasiones, pero sólo con quien no cumplía la ley y no guardaba lealtad a Roma. Quienes lo conocisteis sabéis bien que fue austero e íntegro, que jamás se aprovechó del erario público para enriquecerse y que distribuyó con generosidad vestidos, pan, aceite, vino y carne al pueblo de Roma. Y, además, quiso arreglar nuestra caótica hacienda, agusanada por la acción de corruptos como Eos y sus compinches, siempre prestos a llevarse las mejores tajadas a costa del empobrecimiento del tesoro común.

» Y aquí tengo las pruebas de lo que afirmo.

El Senador desplegó sobre una mesa varias hojas de papiro con los detalles de las cantidades robadas por los asesinos de Aureliano y otros colaboradores en la trama de corrupción que estos habían desarrollado.

Se produjo un intenso debate sobre las pruebas presentadas por el Senador, pero eran demasiado contundentes y, además, fueron ratificadas por numerosos testigos.

El abogado defensor insistió una y otra vez en sus alegaciones, pero sus postulados se vinieron abajo cuando el Senador mostró la lista que Aureliano había dictado la noche de su asesinato. El papiro estaba quemado en una de sus

esquinas, pero podían leerse con facilidad dos tercios de la misma. El tribuno que la rescató del pebetero declaró que aquella era la verdadera lista y que Eos había intentado quemarla para borrar las pruebas de su traición.

Zenobia siguió con atención las intervenciones de su esposo y se sintió orgullosa de él. Seguía sin amarlo, pero se sintió confortada y segura, y ya no le importó demasiado la perspectiva de acabar sus días al lado de aquel hombre.

El tribunal condenó a muerte a todos los acusados. La ejecución se celebró en el Coliseo; los reos, atados a sendos postes, fueron expuestos a las fieras que los devoraron vivos.

El abogado Cayo Fulvio no mejoró su imagen de arribista sin escrúpulos, pero su bolsa se incrementó con varios miles de denarios que pagaron las familias de los asesinos por hacerse cargo de su defensa.

Tras el acuerdo con el ejército, los senadores estaban eufóricos; en una sesión extraordinaria proclamaron solemnemente la lista de los emperadores más notables de la historia de Roma.

Desde la tribuna rostral, el *princeps* del Senado anunció al pueblo romano los nombres de los augustos que habían merecido el reconocimiento unánime de los padres de la patria: Octavio Augusto, Vespasiano, Tito, Nerva, Trajano, Adriano, Antonio Pío, Marco Aurelio, Septimio Severo, Alejandro Severo, Claudio II y Aureliano.

—Claudio II ni siquiera gobernó dos años; ¿crees que merece estar en esa lista? —le preguntó Zenobia a su esposo.

—No ha habido más remedio; ha sido una exigencia del general Probo.

—¿Ya habéis recibido la invitación del ejército para nombrar al nuevo emperador? —preguntó Zenobia.

—Sí; ayer nos entrevistamos con una delegación militar que traía una misiva firmada por los generales de las legiones de Oriente en ese sentido. Nos invitan a actuar como árbitros y a designar al hombre que consideremos más capaz para dirigir el Imperio.

—¿Y qué habéis hecho?

—Obrar con diplomacia. Se les ha agradecido el gesto, pero se les ha devuelto la propuesta alegando que siempre ha sido el ejército quien ha tenido la última palabra en la elección del nuevo emperador, y que el Senado, en esta ocasión, sugiere, «por pudor y modestia», que sea el ejército quien lo haga de nuevo.

—Pero ¿no me habías dicho que estaba todo pactado?

—Y lo está. Lo que ahora estamos representando es el juego de la política. Con ello estamos ganando tiempo para decidir a quién proponemos.

—¿Es que aún no os habéis puesto de acuerdo? —preguntó Zenobia.

—Todavía no. La mayoría de mis colegas quiere que el futuro emperador sea un destacado miembro del Senado, a fin de asentar nuestra autoridad y nuestro prestigio, pero un grupo de notables ha sugerido que sea el general Probo quien se proclame emperador ya, aunque, como te comenté, no es este su momento.

Pasaron algunas semanas durante las cuales los elogios mutuos que se cruzaron el ejército y el Senado fueron asombrosos. Nunca se había visto nada igual en Roma: Senado y ejército invitándose uno al otro a que propusiera el nombre del emperador, y ambos lo hacían con una modestia y una delicadeza más propia de unos juegos líricos que de una pugna por el poder.

Entre tanto, se celebraron en Roma los funerales por Aureliano. El Senado publicó un edicto en el que se lo consideraba casi al mismo nivel de prestigio y de trascendencia para la historia de Roma que Rómulo, el rey fundador de la ciudad, y denominaba la época en que fue emperador de « gloriosa» .

Los aquilíferos de una docena de legiones portaron sus insignias en el desfile que recorrió la Vía Sacra del Foro, escoltando la urna que contenía las cenizas de Aureliano, que se había custodiado durante varios días en el templo de Saturno, y atravesaron los foros de Nerva, Augusto y Trajano, hasta que enfilaron una ancha calle hacia el Quirinal. El templo del Sol fue el lugar destinado a guardarlas.

La urna se expuso durante siete días en el atrio del templo, custodiada por una centuria de pretorianos. Una docena de plañideras contratadas por el Senado no dejaron de llorar, gemir y arrastrarse por el suelo con el cabello y los vestidos cubiertos de cenizas durante los siete días que duraron los funerales, mientras unos actores ejecutaban mimos y danzas fúnebres.

Acabado el sepelio y colocada la urna de cenizas bajo el altar del dios Sol, el Senado accedió a proponer un emperador a la tercera vez que se recibía la petición del ejército y se anunció que el vigésimo quinto día del último mes del año, el octavo de las calendas de enero, coincidiendo con la fiesta del Sol que estableciera Aureliano en el solsticio de invierno, el día en el que el sol comenzaba a remontar en el horizonte, los senadores designarían al nuevo agosto en una sesión solemne.

Capítulo LVII

Roma, 24 de diciembre de 275;
1028 de la fundación de Roma

Atardecía sobre Roma. Los esclavos se afanaban en tener todo listo para la cena. Aquella tarde los dueños de la casa recibían a un ilustre invitado. Por segundo día consecutivo celebraban un banquete especial, pues el día anterior Zenobia había cumplido treinta años.

El general Probo llegó a la cita con puntualidad marcial. El Senador y Zenobia lo recibieron en el atrio y le ofrecieron una copa de vino griego, dulce y afrutado, en señal de bienvenida.

—Os agradezco la invitación —les dijo a ambos.

—Es un honor tenerte en nuestra casa, general.

—Sé bienvenido —se limitó a decir Zenobia.

La reina no había vuelto a ver a aquel soldado desde la caída de Palmira. Lo recordaba siempre al lado de Aureliano, como una sombra del emperador. Era tan alto como él y de similar corpulencia. También era ilirio, pero parecía mucho más severo, si cabe, en su comportamiento. Se notaba que le gustaba la disciplina y el orden, y que exigía una obediencia ciega a sus subordinados.

Pasaron al *triclinium* y se acomodaron para la cena.

—Dicen que estuviste muy brillante en tu intervención en el juicio de los asesinos de Aureliano —comentó Probo, que rechazó la copa de vino tinto que le ofrecía un esclavo.

—Era fácil ganarlo. Todas las pruebas estaban en contra de los acusados y el abogado defensor se excedió en las alegaciones. Y me extraña, porque es un buen orador y sabe utilizar bien los argumentos que interesan para la defensa.

—Estaba comprado —reveló el general—. Le ofrecimos dinero a cambio de que se prestara a representar esa mascarada. No estábamos dispuestos a consentir que este caso se escapara de nuestro control.

—Entonces, ¿todo el juicio fue una farsa?

—Esos hombres eran cadáveres andantes en cuanto los apresamos. Pero no te preocupes, Senador, hiciste muy bien tu trabajo.

—Yo no sabía que el juicio estaba amañado.

—¿Y qué importa eso ahora? Los asesinos están muertos, el pueblo se muestra contento, los senadores se sienten importantes y el ejército sabe que está dirigido por generales cargados de autoridad y de eficacia; eso es lo que cuenta, amigo.

El ilirio era un hombre práctico. Se había forjado como soldado luchando al lado de Aureliano, del que había aprendido que la disciplina era el principal valor en el ejército.

—Este vino tinto es de Campania; dicen que el mejor de Italia —terció Zenobia a la vista de que Probo había rechazado la copa.

—Apenas suelo beber, señora. Con el vino griego que me has ofrecido a mi llegada ya he cumplido como invitado. Es algo en lo que no imito a mi maestro: Aureliano bebía demasiado vino tinto. Por cierto, estás igual de hermosa que la última vez que te vi. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Habíais conquistado mi ciudad y me teníais presa.

—Eres un hombre afortunado, Senador; el mundo entero suspiró por poseer a esta mujer, y ahora es tu esposa.

—Sí, general, soy afortunado.

—Y tú también lo eres, señora. Podrías haber sido ejecutada, pero Aureliano se empeñó en salvarte la vida. Ahora eres una respetable matrona, esposa de un senador y madre, a lo que veo, en breve. —Probo se fijó en el vientre abultado de Zenobia, que mostraba con claridad su avanzado estado de gestación—. La reina rebelde que conmocionó los cimientos del mundo romano traerá al mundo a nuevos hijos de Roma. ¿No te parece extraordinario?

Probo comenzaba a mostrarse grosero y el Senador se dio cuenta de que su esposa se sentía algo molesta, de modo que decidió introducir el tema que había motivado aquella cena.

—Como habíamos acordado, mañana será elegido emperador el senador Tácito.

—Sí, ese viejo...

—Tiene setenta y cinco años, pero es un hombre amable y su cabeza rige perfectamente.

—Recuerda que no debe estar al frente del Imperio más de dos años. —Probo sí tomó ahora un sorbo de vino.

—Descuida, general. Tácito está de acuerdo con lo pactado y lo cumplirá. Si sigue vivo dentro de dos años te adoptará como hijo, abdicará y el Senado te reconocerá como nuevo emperador.

Probo sonrió satisfecho.

—Eso es lo que hubiera decidido Aureliano.

—Estoy seguro de ello —reiteró el Senador.

—Así todo el mundo estará contento. Los soldados se felicitarán porque han

sido requeridos por el Senado para que decidan ellos, los senadores porque han elegido a invitación del ejército y el pueblo..., bueno, al pueblo le es suficiente con disponer de espectáculos de circo, pan, carne y aceite gratuitos, y que alguien le haga creer que la grandeza de Roma es la suya propia.

*Roma, 25 de diciembre de 275;
1028 de la fundación de Roma*

La sesión del Senado, reunido en la Curia Pompilia, había congregado a la mayoría de sus miembros. Casi trescientos senadores iban a decidir quién iba a convertirse en el emperador de Roma.

Al amanecer se habían congregado en el templo del Sol, donde habían realizado ofrendas y sacrificios justo a la hora de la salida del astro; también habían recordado la memoria de Aureliano leyendo un panegírico escrito para la ocasión por uno de los mejores retóricos romanos.

Desde allí se habían dirigido en procesión al Foro para celebrar la solemne sesión que todos consideraban como la más importante de la historia del Senado desde los tiempos de la República.

El *princeps* tomó la palabra y llamó al orden a los senadores para que ocuparan sus asientos y guardaran silencio. Costó algún tiempo conseguirlo, pues los padres de la patria romana se habían reunido en pequeños grupos en los que los más influyentes trataban de lograr que la mayoría de los votos se decantara por la elección de Tácito.

El *princeps* llamó al esposo de Zenobia y le bisbisó al oído:

—¿Está asegurada la votación?

—Sí. Tenemos apalabrados más de dos tercios de los votos de los senadores. Tácito saldrá elegido en la primera ronda.

—¿No habrá sorpresas de última hora?

—No; queda tranquilo.

—En ese caso, voy a proceder a la votación.

El *princeps* explicó a los senadores que el único candidato a la elección era el senador Claudio Aurelio Tácito, cuya candidatura había sido avalada por la firma de cuarenta senadores. Luego le preguntó al cónsul, el patricio Aurelio Gordiano, por si había algún impedimento legal para llevar a cabo aquella elección, y el cónsul, que previamente había consultado a los magistrados de Roma, respondió que el procedimiento estaba de acuerdo a las leyes del Estado.

El *princeps* se dirigió de nuevo a los senadores y les indicó que debían escribir en el boleta de papiro que se les había entregado a cada uno de ellos un « sí » o un « no ». Si el número de síes superaba en el recuento al de noes, Tácito resultaría proclamado de inmediato emperador de Roma.

Uno a uno, un secretario fue llamando a los senadores para que depositaran su voto en una caja de cerámica colocada en una mesa delante del estrado desde el que el *princeps* y el cónsul presidían la sesión plenaria del Senado.

Acabada la votación, se procedió a escutar las papeletas de papiro, que el secretario fue leyendo una a una.

—Efectuada la suma de los votos emitidos, el resultado es el siguiente: doscientos cuarenta votos favorables, treinta y tres negativos y veintiséis en blanco. Según la ley de Roma y la voluntad del Senado y el pueblo romanos, queda proclamado emperador el ilustre senador Claudio Aurelio Tácito.

Los senadores se levantaron de sus asientos y aplaudieron a su colega, uno de los hombres más ricos de Roma.

—Durará poco —comentó un senador al esposo de Zenobia.

—Lo suficiente como para asentar de nuevo el prestigio de Roma —le respondió.

Entre aplausos, el nuevo emperador alzó el brazo demandando silencio y habló.

—Senadores, colegas, amigos. Os agradezco el nombramiento y la confianza que habéis depositado en mí y espero no defraudaros jamás. El Senado y el pueblo romano me han hecho merecedor de un alto honor que acepto gustoso porque es la voluntad soberana de Roma. Mi primera decisión como emperador es la de proponer que se rindan a Aureliano honores divinos. Ha sido uno de los más grandes emperadores de Roma y merece ser recordado como tal. Por lo que a mí respecta, trataré de imitar su ejemplo y continuar sus grandes logros. Ahora, Aureliano está disfrutando del más allá en los Campos Eliseos. Propongo que se le rinda culto y se proclame su divinidad. Deseo, además, que le sean rendidos los máximos honores militares y que se le erija una estatua de oro en el Capitolio y tres de plata, una en la Curia Pompiliana, otra en el templo del Sol y una tercera en el foro de Trajano, su gloria bien lo merece.

Tácito continuó su discurso señalando que estaba dispuesto a instituir nuevas leyes muy provechosas y útiles para todos los romanos y a fundar nuevos sacerdocios para atender al culto a los dioses de Roma.

Acabado el discurso del nuevo emperador, el *princeps* invitó a todos los senadores a trasladarse al templo de la Concordia, en el mismo Foro, donde se produciría la investidura de Tácito y su juramento como nuevo emperador ante el altar de la diosa.

Protegidos por la guardia pretoriana, los senadores, alineados en una doble fila por orden de antigüedad, desfilaron hasta el templo de la Concordia. En la calle ya se conocía la noticia de la elección de un senador como nuevo emperador y algunos agentes a sueldo del Senado se habían encargado de alentar a la plebe para que vitorearan a los senadores y aclamaran a Tácito.

Una vez instalados en el templo de la Concordia, el *princeps* del Senado y el

cónsul Aurelio Gordiano certificaron el resultado de la elección y proclamaron oficialmente que el Senado y el pueblo romanos lo habían designado como sucesor legal de Aureliano.

Tácito juró ante los dioses inmortales, en el altar de la diosa Concordia, que sería fiel y leal a Roma, que haría cumplir sus leyes y que defendería al Imperio por encima de todas las cosas.

*Roma, principios de primavera de 276;
1029 de la fundación de Roma*

—No esperaba que Tácito demostrara semejante vitalidad a sus setenta y cinco años —le comentó el Senador a su esposa Zenobia mientras cenaban.

—Parece un hombre vital. Tal vez os equivocasteis al elegirlo a él como sucesor de Aureliano. ¿Qué ocurriría si no quisiera renunciar a su cargo tal como habías pactado con Probo?

—¿Por qué supones que no accederá a dejar el cargo?

—Porque cuando se tiene el poder y se ha probado su sabor, resulta muy difícil renunciar a seguir degustándolo.

—Tácito es un hombre de palabra; no tengo duda de que lo cumplirá. Hay un hecho que demuestra que no tiene intención de permanecer al frente del Imperio más tiempo del acordado: no ha cambiado ni uno solo de los magistrados y gobernadores que nombró Aureliano; tan sólo ha nombrado como procónsul de Asia a Faltonio Probo. Y, además, ha nombrado a Probo como comandante de todas las legiones destacadas en Siria y Egipto, lo que supone entregarle la llave del control del ejército, y el trono imperial en un futuro no muy lejano.

—Está actuando como si fuera a permanecer muchos años al frente del Imperio. Cada semana dicta una nueva ley y gobierna como si su cargo fuera a ser eterno.

—Tal vez, pero ha sido enormemente generoso. Esta misma mañana nos ha comunicado que donará al tesoro público todos sus bienes, que ascienden a dos millones ochocientos mil sestercios. —El Senador tomó un bocado de lomo de cebón en salsa de ciruelas.

—Es una buena cantidad de dinero. ¿Qué vais a hacer con ella? —preguntó Zenobia.

—Realizaremos la muralla que comenzara Aureliano aumentando su altura en una docena de palmos al menos, compensaremos a los legionarios con algunas monedas y repartiremos varias libras de carne de cerdo y de aceite de oliva al pueblo de Roma. ¡Ah!, y levantaremos un templo a su memoria cuando fallezca, tal vez en el mismo Foro, o junto al Coliseo; cerca del arco del emperador Tito hay un pequeño solar que podría ser adecuado.

—Las prostitutas no lo verán con buenos ojos.

—¿Por qué dices eso?

—El emperador ha prohibido el ejercicio de la prostitución, ¿no es así?

—Sí, ha dado orden de que se cierren los burdeles de Roma.

—Muchos de tus amigos senadores estarán de muy mal humor; algunos de ellos eran los mejores clientes de los prostíbulos del barrio de Suburra.

—No creo que les importe demasiado; saben bien dónde encontrar golondrinitas fuera de sus nidos.

—¿Golondrinitas? —Zenobia no entendió a qué se refería su esposo con esa palabra.

—Es el nombre que en Roma se da a las prostitutas.

—Un apelativo muy cariñoso. ¿A qué se debe?

—No sé. Tal vez a que antaño se cubrían la cabeza con un pañuelo negro, o a que algunas iban de un lado a otro del río Tiber buscando clientes.

—Si el emperador sigue empeñado en convertir a Roma en una ciudad de virtuosos, acabará siendo linchado por la plebe. Los romanos no estáis acostumbrados a soportar semejante catarata de virtudes.

—No te burles, esposa. Roma es una ciudad licenciosa en la que abundan las prostitutas, los matones, los ladronzuelos, los pillos y las busconas, pero también viven aquí muchas personas cuya honradez es intachable.

—Aquí vive demasiada gente ociosa, y eso acaba siendo una herida que no se cierra fácilmente y que termina gangrenándose y arrastrando al cuerpo a una muerte segura.

—Roma es inmortal —afirmó el Senador.

—Eso mismo dijo Aureliano cuando se presentó en Palmira como legado de las legiones de Oriente. Pero no estés tan seguro, esposo. Conozco ciudades en Asia, en Siria, en Mesopotamia y en Egipto que un día fueron ricas, populosas y opulentas, capitales de imperios que conquistaron medio mundo y ahora son ruinas perdidas en medio de un desierto o han sido tragadas por la arena y la maleza.

—Eso no ocurrirá jamás con Roma. Los dioses la fundaron por mano de Eneas, y Rómulo y Remo la convirtieron en la cabeza de un reino que creció hasta convertirse en el Imperio enorme y poderoso que es hoy...

—Un imperio puede desmoronarse en cualquier momento. Yo misma estuve a punto de lograrlo en una ocasión.

—Afortunadamente es imposible que el mundo genere otra mujer como tú.

El Senador se incorporó y besó a su esposa. El vientre de Zenobia estaba muy abultado; en cualquier momento daría a luz a su nuevo retoño.

El segundo hijo de Zenobia y del Senador nació mediada la primavera. Fue un varón. Los dos esposos acudieron al templo de Apolo y ofrecieron ante el altar del dios un par de corderos porque el niño había nacido sano y fornido. Le

pusieron el nombre de Cornelio, como su hermana.

*Roma, mediados de 276;
1029 de la fundación de Roma*

Poco después del nacimiento del hijo de Zenobia y del Senador, Tácito anunció que en un par de semanas saldría en campaña hacia Oriente.

Cuando el Senador escuchó esos planes de boca del propio emperador se quedó atónito. Tácito estaba a punto de cumplir setenta y seis años y, aunque se mostraba pleno de salud y todavía se encontraba con cierto vigor, su edad era demasiado avanzada como para encabezar al ejército en una marcha tan cansada.

El Senador intentó disuadirlo y le rogó que encomendara el mando del ejército de Oriente al general Probo, pero Tácito insistió en que él era el emperador y que era su obligación dirigir personalmente aquella campaña.

A finales de la primavera, el Senador y Zenobia preparaban su viaje anual a su villa de Tívoli. Hacía ya más de un mes que Tácito se había marchado con el ejército y la ciudad había quedado muy tranquila, varada en un extraño sosiego.

Unos pocos días antes de partir, el emperador había dictado varias leyes siguiendo las líneas trazadas por Aureliano; una de ellas hacía referencia a los falsificadores de moneda, a los cuales se aplicaría fulminantemente la pena de muerte.

Los tesoros de los templos de Roma estaban rebosantes de oro y de plata y sus administradores habían recibido orden expresa del emperador para que no faltara nunca el pan y el aceite al pueblo romano y para que se repartieran convenientemente las cantidades estipuladas, pues en caso contrario el responsable del menor indicio de corrupción sería ajusticiado en la cruz y su cadáver se pudriría durante meses a la orilla de alguno de los muchos caminos que llegaban a Roma.

El Senador se encontraba en la sede del Senado en el Foro despachando con un par de secretarios algunos asuntos pendientes antes de salir hacia Tívoli. A la puerta del edificio oyeron un tumulto y varios gritos. Salieron presurosos y se encontraron con media docena de senadores que rodeaban ansiosos y con el rostro lleno de preocupación a una escuadra de jinetes pretorianos.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—El emperador ha sido asesinado en Tiana —respondió el comandante de la patrulla—. Los culpables son varios soldados que no aceptaban los ideales de paz y concordia que anunció en uno de sus discursos camino de Asia.

—¿Conoce la noticia el general Probo?

El Senador hizo la pregunta a sabiendas de que el comandante pretoriano

entendería que lo que le estaba preguntando era si Probo había sido el instigador del asesinato.

—No, Senador. El general Probo no estaba al tanto del asesinato.

—¿Qué más se sabe? ¿Alguien ha asumido el mando del ejército?

—Floriano, el hermano de Tácito por parte sólo de madre, se ha proclamado emperador inmediatamente después de la muerte de su hermano en Tiana.

—Entonces, ¿ha sido él el instigador del asesinato?

—No lo sabemos, Senador.

—¿Lo ha proclamado el ejército?

—No. El ejército no se ha pronunciado.

—Pues el Senado tampoco ratificará a Floriano.

—En ese caso, Floriano ha de ser considerado un usurpador.

—En efecto, comandante, y así debe ser tratado. Acude deprisa al pretorio y comunica a todos que el Senado así lo proclamará.

El pretoriano y los soldados de su escolta arrearon a sus caballos y partieron al galope hacia su cuartel.

—¡El Senado no se ha pronunciado en ninguna dirección pero tú acabas de decir que no ratificará a Floriano! —exclamó sorprendido uno de los senadores.

—Lo haremos mañana mismo. Vayamos a ver al *princeps* y a los cónsules, deben convocar una sesión extraordinaria de inmediato.

Aquel verano el Senador no se trasladó a Tívoli. Envío a su esposa Zenobia y a sus cuatro hijos, a los dos tenidos con su primera esposa, a la pequeña Cornelia y a Cornelio, de apenas tres meses de edad, en una carreta a su villa, encomendando a Zenobia el gobierno de su hacienda. Quien había gobernado un imperio no tendría problemas en administrar una explotación como la de Tívoli.

Los despidió a la puerta de su casa en Roma y les dijo que acudiría junto a ellos en cuanto se aclarara la situación. Zenobia lo entendió.

Pasaron las semanas. Zenobia administró la hacienda con acierto y medida. Cada semana recibía una carta de su esposo en la que le daba algunos consejos y le informaba de lo que ocurría en Roma y en el resto del Imperio.

Ni el Senado ni el ejército reconocieron a Floriano como emperador. El Senado envió un mensaje al general Probo ofreciéndole su reconocimiento, como se había acordado en secreto meses atrás, si se proclamaba emperador.

El que fuera lugarteniente de Aureliano así lo hizo. Probo se proclamó emperador con el beneplácito del Senado y las tropas de Oriente lo reconocieron de inmediato. Floriano se enteró en Tarsis de la proclamación de Probo y ni siquiera tuvo tiempo para abdicar; los mismos soldados que lo escoltaban lo asesinaron a machetazos.

De inmediato, el Senado reconoció a Probo como emperador legítimo; se

cumplía así el pacto acordado ocho meses antes y se volvía a la normalidad establecida a la muerte de Aureliano.

Resuelto el problema sucesorio, el Senador acudió a Tívoli a buscar a su familia. Faltaban un par de semanas para que acabara el verano; pocos días después regresaron a Roma.

*Roma, fines de 216;
1029 de la fundación de Roma*

Desaparecido Tácito, los burdeles volvieron a abrirse en casi todos los barrios de Roma. El Senado, a pesar de su corto reinado, lo proclamó como uno de los grandes emperadores y lo hizo figurar entre los dioses del Olimpo.

—¿Será Probo un buen emperador? —le preguntó Zenobia a su esposo.

—Por el bien de Roma, así lo espero y lo deseo.

—En Oriente los buenos gobernantes eran los que conseguían grandes triunfos militares.

—En Roma es diferente. Aquí decimos que un emperador ha sido grande cuando no cae en el libertinaje, rechaza la codicia, expulsa de su lado a los amigos perversos, aleja de sí a los cortesanos necios y administra los bienes del Estado con inteligencia y medida.

—Probo no me parece un hombre demasiado inteligente.

—Su formación militar es extraordinaria, y en sus primeras decisiones ha demostrado poseer un elevado sentido de la justicia, que es una virtud esencial en los buenos príncipes. A pesar de que podía haber olvidado lo ocurrido con los asesinatos de Aureliano y Tácito, ha resuelto que los criminales sean juzgados y que sobre ellos se aplique la ley romana; esa decisión es un acto digno de elogio y reconocimiento.

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Sí, debía actuar contra los asesinos, pero lo ha hecho con suma diligencia y eficacia, lo que demuestra que no carece de inteligencia. Ha actuado con gran habilidad, pues temiendo que si perseguía abiertamente a los asesinos se produjeran tumultos y revueltas en el Imperio, optó por actuar con discreción y convocó a los instigadores de los asesinatos de los dos emperadores que quedaban libres a una cena en su propia mesa. Los criminales cayeron en la trampa pensando que el emperador iba a ofrecerles un pacto y el perdón, pero se encontraron con que en la sala de banquetes los esperaba un escuadrón de la guardia pretoriana que los apresó y los ejecutó allí mismo, mientras el emperador observaba desde una galería la aplicación de su justicia.

—Sí, ahí actuó con habilidad —aceptó Zenobia.

—Y hay más todavía. A pesar de ser un soldado y de estar formado en la

guerra, ha proclamado que su actuación como emperador estará asentada en los ideales de paz universal, seguridad dentro de las fronteras imperiales, pan para todos y justicia. Y esos son los valores que más aprecia un romano y los que más se han echado en falta en los últimos años. —El Senador tomó una copa de vino y dio un sorbo.

—Yo creo que la primera cualidad de un gran príncipe ha de ser la clemencia. Séneca, vuestro eminente filósofo, recomendaba a los soberanos actuar de esa manera para comportarse como príncipes óptimos. La benevolencia y la generosidad han de ser la norma de actuación de todo buen gobernante.

—En este caso debía primar la justicia. Los asesinos fueron juzgados y pagaron su culpa; la justicia debe ser ejemplar —opinó el Senador.

—No hay justicia plena sin bondad.

—Eso aseguran los cristianos.

—Y vuestros más eminentes escritores también. La imagen del emperador es la de un gobernante bondadoso, clemente y generoso. En cierto modo, muy similar a la de Jesucristo. Tal vez, algún día, uno de vuestros emperadores sea cristiano. No le sería muy difícil justificar su adscripción a esa religión alegando estas coincidencias.

—No creo que eso llegue a ocurrir jamás. Aureliano fue uno de los más grandes emperadores de Roma, aunque en ocasiones se mostró con severidad y crueldad extremas. Pese a ello, el pueblo lo amó y lo reverenció, y ahora está considerado como un dios y sus estatuas son adoradas en los altares de los templos. Sus virtudes fueron el valor, la disciplina, el buen gobierno y ofrecer al pueblo pan, aceite, carne y espectáculos. Quienes así se comportan son los considerados mejores emperadores por los que escriben la historia. —El Senadorapuró la copa de vino.

—Estás sediento —observó Zenobia.

—Hace días que noto un cierto ardor en el estómago que sólo se me calma con vino.

—Deberías habérmelo dicho.

—No quería preocuparte.

—Llamaré al médico.

—Si me visita me recetará infusiones de hierbas y me recomendará que deje de comer carne. Es lo único que saben hacer esos médicos que han aprendido su oficio de los griegos.

—Debes cuidarte —insistió Zenobia.

—Lo haré, esposa, lo haré.

Mediada la noche el Senador se despertó temblando de frío entre convulsiones y espasmos. Zenobia llamó a los esclavos y ordenó que fueran a buscar al médico que atendía a la familia.

A los espasmos siguieron vómitos y esputos de sangre. Una intensa calentura se apoderó del cuerpo del Senador, que tiritaba de frío aunque su piel ardía consumida por la fiebre.

El médico examinó los vómitos y torció el rictus. Zenobia se dio cuenta de su gesto.

—¿Es grave? —le preguntó.

—Tiene el estómago perforado. Lo siento, señora, pero no creo que aguante mucho tiempo. ¿Por qué no me avisaste antes?

—No me dijo nada hasta esta noche.

—No entiendo cómo ha podido soportar el dolor.

Al amanecer, el senador agonizaba. Su semblante reflejaba una extrema palidez, sus ojos se habían hundido y la fiebre lo consumía.

Zenobia se acercó al lecho y le tomó la mano.

—He vivido contigo dos años y medio, sólo dos años y medio... —balbució él.

—Has regalado a mi vida la serenidad que nunca tuve.

—Pero nunca me has amado; hubiera cambiado todos los momentos de placer que he disfrutado a tu lado por un solo instante de tu amor.

—Eres mi esposo y el padre de mis dos hijos.

—Cuidalos, Zenobia, y edúcalos como buenos romanos en el honor y en la justicia.

El Senador apretó la mano de su esposa, pero Zenobia sintió que las fuerzas lo estaban abandonando.

Dos días después, en las calendas de enero, el Senador falleció. Zenobia lloró la muerte de su esposo, cuyo cadáver fue velado en el Senado con las honras fúnebres reservadas a sus miembros más relevantes. El propio emperador encabezó la comitiva que presenció la quema del cadáver, cuyas cenizas fueron depositadas en una urna que sería trasladada a su villa de Tívoli.

Zenobia se había convertido, ahora sí, en una verdadera dama de Roma.

Pasó el tiempo.

Probo gobernó el Imperio durante seis años y, como tantos de sus predecesores, también fue asesinado por un grupo de soldados cuando preparaba la que se había presentado como invasión definitiva sobre Persia. Los magnicidas se justificaron aduciendo que el emperador aplicaba a sus hombres una dureza excesiva y una disciplina insoportable.

Aprovechando la confusión, unas bandas de bárbaros invadieron la Galia y destruyeron la ciudad de Lutecia, sobre el río Sena, pero fueron rechazados por las legiones y obligados a retroceder al otro lado del *limes* del Rin.

Vacío el trono imperial, se produjeron de nuevo proclamas de usurpadores en

diversas provincias y se sucedieron emperadores efimeros como Caro, asesinado en una nueva expedición a Persia, y sus hijos Carino, un tipo perverso que gobernó la parte occidental del Imperio y que convirtió el palacio imperial de Roma en un gigantesco burdel, y Numeriano, que fue asesinado por su propio suegro.

Pero en el año 284, ocho años después de la muerte de Aureliano y dos más tarde de la de Probo, fue proclamado emperador un comandante de la guardia imperial llamado Cayo Valerio Diocles que gobernaría el Imperio durante veinte años con el nombre de Diocleciano. El nuevo emperador, aupado por el ejército, ejecutó con su propia espada al prefecto del pretorio Asper, el suegro y asesino de Numeriano, y depuso a Carino como emperador de Occidente.

Diocleciano acabó con el caos, puso orden en el Imperio, lo reformó y le dio una estabilidad que asentó las fronteras y el gobierno, recuperando la fama y el prestigio de la figura del emperador. Puso en marcha la llamada tetrarquía, mediante la cual dos augustos y dos Césares se turnarían en el gobierno del Imperio, que quedó dividido para su mejor administración en dos mitades. Y no dudó en perseguir a los cristianos, que se oponían a sus reformas.

De los recuerdos de Zenobia a su hija Cornelia

*Tívoli, cerca de Roma, fines de diciembre de 297;
1050 de la fundación de Roma*

—Sabes, hija, han pasado ya veintitrés años desde que llegué cautiva a Roma.

» Yo había sido la reina de Oriente, había conquistado medio mundo y había fundado un nuevo imperio; pero me hicieron desfilar por sus calles cargada de cadenas de oro y me mostraron como al máspreciado de los trofeos.

» Dentro de unos días voy a cumplir cincuenta y dos años. Me he casado dos veces, he tenido cinco hijos de los que sólo sobrevivís tú y tu hermano Cornelio y he conocido el miedo, la ilusión, la esperanza, el odio, la ternura... Fui amada, pero cuando yo intenté amar, el amor me fue robado enseguida. La alegría de la vida y la angustia de la muerte han sido mis inseparables compañeras.

» Amé, y sigo amando, a mi ciudad de Palmira, mi preciada Tadmor, aunque sé bien que jamás volveré a verla. Me han dicho que el emperador Diocleciano ha restaurado algunos edificios dañados en la guerra y que el comercio se ha recuperado en cierta medida, pero creo que ya nunca volverá a ser el emporio de riqueza en que la convertimos. Durante todos estos años he rememorado con nostalgia su caserío recostado en la llanura al pie de los cerros rocosos del valle de las tumbas. Y no ha pasado un solo día sin que haya imaginado sus atardeceres dorados y púrpuras, y el verde esmeralda de sus palmeras repletas de frutos.

» Recuerdo ahora a mi primer esposo, Odenato, un hombre leal y valeroso, al que respeté mucho aunque no lo amé. Era el gobernador de Siria y servía a Roma con lealtad; defendía las fronteras de Mesopotamia de la ambición de los persas y siempre se comportó como un hombre de honor al que el Senado y el pueblo romanos proclamaron augusto. Él me enseñó a amar a Palmira, a no dudar en las decisiones de gobierno, a ser paciente y atemperar mis nervios, a cazar en las montañas azules del norte y a discernir lo justo de lo maléfico. Todavía puedo ver sus ojos sinceros y su rostro sereno.

» Recuerdo a mi padre, Zabaii ben Selim, regresando a casa a lomos de su camello, orgulloso de su estirpe árabe y altivo como el más notable de su tribu,

los Tanukh, siempre dispuesto a emprender un nuevo negocio, un nuevo viaje, una nueva empresa. Ya mi madre, gentil y dulce, discreta y enamorada de su marido, acariciando mi cabello mientras me susurraba canciones en su idioma.

» Recuerdo a los tres hijos que tuve con Odenato. Los dos primeros, Hereniano y Timolao, murieron siendo muy pequeños, y Vabalato, en quien asenté todas mis esperanzas, también murió agotado en el camino mientras nos traían presos a Roma. Afortunadamente os tengo a ti y a tu hermano, y la alegría que me habéis dado ha calmado en parte mi dolor por esas muertes.

» Recuerdo a Giorgios, mi apuesto general griego, el hombre que me amó en las cálidas noches de Palmira y de Alejandría, bajo un mar de rutilantes estrellas en cuyas constelaciones me contaba las historias de sus dioses y sus héroes. En algunos atardeceres, cuando la luz comienza a ser vencida por el ocaso, aún me parece sentir su mano fuerte y firme acariciando mi piel, y su mirada ansiosa, y me parece oír su voz ordenándole en vano al tiempo que se detenga para que la noche sea eterna y permanezca por siempre entre sus brazos.

» Recuerdo a mi fiel general Zabdas, dispuesto a servirme, a proteger mi vida con la suya; aquel maravilloso cabezota que siempre estuvo enamorado de mí pero que nunca se atrevió siquiera a pronunciar la menor insinuación sobre sus sentimientos.

» Recuerdo a mi padrino, el mercader Antioco Aquiles, el socio y mejor amigo de mi padre, el hombre más sensible y elegante que he visto jamás, siempre con su sonrisa amable y sincera y su mirada franca y limpia.

» Recuerdo a Longino, mi consejero, el hombre más sabio que he conocido. ¿Sabes, Cornelia?, lo llamaban “la universidad ambulante” porque decían de él que se había leído todos los libros que se habían escrito en el mundo. Era una exageración, por supuesto, pero te aseguro que conocía todas las disciplinas del saber y en todas destacaba.

» Recuerdo a Calínico, el sesudo y serio historiador que determinó mi parentesco con la reina Dido de África y con Cleopatra de Egipto; un hombre honesto que no merecía la muerte.

» Recuerdo a Nicómaco, el mago de las cuentas y de los números, que era capaz de calcular complejas operaciones matemáticas en apenas unos instantes utilizando sólo su memoria prodigiosa.

» Recuerdo a mi buen Kitot, aquel gigantón armenio, grande como una montaña, que sufrió la esclavitud y que ganó su libertad tras varios años como gladiador, aunque para ello tuvo que matar a muchos de sus compañeros y amigos sobre las arenas de los anfiteatros del Imperio. Lo vi morir sobre una barca en el muelle de Dura Europos intentado librarme de la esclavitud a costa de su propia vida. Siento haberle hecho daño al no permitirle que se casara con mi esclava Yarai.

» Yarai... ¿Qué habrá sido de ella? Era una muchacha hermosa a la que

violaron los soldados y a la que tal vez vendieron a alguno de los proxenetas de Damasco o de cualquier otra ciudad de Siria.

» Recuerdo también a un astuto mercader llamado Miami que me ayudó a escapar de Palmira aunque no pudo evitar que los romanos me capturaran en Dura Europos. La última vez que lo vi intentaba escabullirse de los legionarios que me apresaron. No sé qué habrá sido de él pero, si todavía vive, lo imagino engatusando a cualquiera que se detenga un instante a escucharlo, tal vez en alguno de los mercados de Ctesifonte.

» Recuerdo a aquel terco y contumaz patriarca cristiano de Antioquía, Pablo de Samosata, al cual protegí pese a que no me causó sino quebraderos de cabeza; imagino que habrá muerto olvidado y perdido en algún viejo monasterio sin renunciar a sus sólidas ideas y a su creencia en que Jesús, el fundador de la secta de los cristianos, sólo fue un hombre y no el mismo Dios.

» Y también acuden a mi cabeza los recuerdos de un profeta persa de nombre Mani, que fue llamado el Elegido por su pueblo pero que acabó ejecutado y despellejado, cargado de cadenas tras sufrir veinte días de horrendas torturas.

» Y en estos últimos veinte años no he dejado de recordar un solo momento a tu padre, un hombre honrado y generoso que me amó tanto como a la misma Roma y que me procuró la paz y el sosiego que necesitaba. Era un hombre bueno y honesto. Su memoria me reconforta y cada vez que os miro a ti y a tu hermano me siento recompensada y feliz, y creo que mi vida, al menos por vosotros, ha merecido la pena.

» En estos momentos, cuando mi vida camina hacia su invierno, acuden a mi cabeza tantos recuerdos...

» Es lo único que me queda de aquel tiempo en que fui la reina de Oriente... y esta piedra roja. Este amuleto, querida Cornelia, está hecho de aetita. Me lo entregó mi madre cuando me casé con el príncipe Odenato y me aseguró que la mujer que lo lleva queda protegida contra los abortos. Y así debe de ser, porque tanto ella como yo dimos varios hijos a la luz y, aunque algunos murieron, los gestamos en nuestros vientres y los parimos vivos. Quiero que sea tuyo y que lo lleves como protección. Ahora eres una mujer casada, estás embarazada y pronto serás madre. Guarda siempre contigo este amuleto porque cuidará de tus hijos en el parto y te recordará a tu madre cada vez que lo toques o lo contemples.

» Y ahora, mi querida Cornelia, recuerda tú cuanto te he contado y no olvides nunca que, por un tiempo que ahora me parece un etéreo sueño, yo, Zenobia de Palmira, fui la reina de Oriente y que hubo un instante en el que pude ser la reina del mundo.

» Recuérdalo, hija, porque cuando morimos, de nosotros sólo quedan los recuerdos, los recuerdos, los recuerdos...

FIN

NOTA DEL AUTOR

A lo largo del siglo III el Imperio romano atravesó una larga etapa de convulsiones políticas, quiebras económicas, depreciaciones monetarias, recesiones comerciales, guerras civiles, guerras fronterizas, pronunciamientos militares, invasiones e incursiones bárbaras, bandolerismo militar y piratería, pestes y hambrunas, malas cosechas, regresión cultural y degradación social. Ruina, caos y crisis son las palabras más utilizadas por los historiadores para caracterizar buena parte de esta centuria.

En apenas cincuenta años se sucedieron más de una docena de emperadores legítimos y una treintena, al menos, de usurpadores. Hubo años en los que varios generales se autoproclamaron a la vez emperadores en diversas provincias. La anarquía militar que se apoderó del Imperio entre los años 235 y 270 desencadenó una catarata de profundas convulsiones y crisis que a punto estuvieron de abocarlo a su disolución.

A causa de la escasez de fuentes escritas contemporáneas, de las contradicciones entre ellas y de la dudosa credibilidad de las conservadas, este período es el menos conocido y el peor documentado de toda la historia del Imperio romano.

La más importante de cuantas nos han llegado es la llamada *Historia augusta*, una colección de desiguales crónicas y biografías de los emperadores y usurpadores del siglo III. Esta amplia relación recoge fragmentos redactados por diversos autores, que los escribieron a comienzos del siglo IV, aunque algunos historiadores sostienen que la recopiló un solo cronista hacia el año 330, y otros la fechan a finales del siglo IV e incluso a comienzos del V.

La *Historia augusta* no es demasiado fiable y contiene numerosas invenciones, pero para algunos acontecimientos del siglo III no existen fuentes alternativas y, además, es la crónica más amplia sobre este período, el más convulso, oscuro y confuso de la historia de Roma.

La biografía de Zenobia se contiene en uno de los fragmentos, titulado « Los treinta usurpadores », atribuido a un narrador llamado Trebelio Polión, y apenas ocupa cuatro escuetas páginas, aunque existen otras referencias en las dos

páginas dedicadas a Odenato y en la biografía del emperador Aureliano.

Se conservan inscripciones en griego y palmireno entre las ruinas de Palmira sobre Zenobia y sus familiares, así como algunas de las monedas que se acuñaron con las efigies de su esposo Odenato, su hijo Vabalato y la de ella misma.

Zenobia fue una mujer extraordinaria. Nacida hacia el año 245, el día 23 de diciembre según una tradición, fue hija del patricio palmireno Zabaii ben Selim, de estirpe árabe, y de una esclava egipcia de la que se desconoce el nombre. Apenas había cumplido los catorce años cuando se convirtió en la segunda esposa del príncipe Odenato, gobernador de la ciudad de Palmira.

Tras la muerte de Odenato en el año 267 Zenobia gobernó Palmira durante cinco años, entre 267 y 272, en nombre de su hijo Vabalato, menor de edad. En la *Historia augusta* se indica que tuvo dos hijos más, llamados Hereniano y Timolao, que no aparecen citados en otras fuentes. En la novela he supuesto que murieron siendo muy niños.

Elegante, hermosísima, culta —hablaba cinco idiomas— y valerosa, se enfrentó y venció al Imperio persa y conquistó un gran imperio que integraba las provincias romanas de Siria, Mesopotamia, Egipto y buena parte de Asia Menor. Se proclamó augusta de Oriente y reina de Egipto y embelleció Palmira de un modo extraordinario.

Roma reaccionó con contundencia ante la rebeldía de Zenobia. En el año 272 el emperador romano Aureliano atacó Palmira, venció a su ejército y conquistó la ciudad que se había atrevido a desafiar al poder de Roma.

Zenobia fue apresada mientras huía hacia Persia y a partir de ahí su destino se difumina en los confusos y escasamente documentados años finales del siglo III; los datos sobre su hijo Vabalato se interrumpen por completo en el año 272.

Según la mayoría de las fuentes, tras la caída de Palmira Zenobia fue enviada a Roma, donde fue exhibida cargada de cadenas de oro en un fastuoso desfile en el que se celebraba el triunfo de Aureliano, para poco después recibir la libertad; esas mismas fuentes señalan que Zenobia se casó con un senador romano y que vivió el resto de su vida retirada discretamente en una lujosa villa en las afueras de la ciudad de Tívoli, la antigua Tíbur, en Italia. Se asegura que vivió sus últimos años como una ejemplar matrona —así he querido imaginarla en la novela—, y que tuvo nuevos hijos, de los cuales sería descendiente el obispo san Zenobio, prelado cristiano de Florencia en el siglo V. Una inscripción hallada en Roma hace referencia a un varón llamado Lucio, hijo de una mujer a la que se apoda como Odenatiana. Se ha supuesto que esta persona pudo ser un nieto de Zenobia, tal vez descendiente de una hija que Zenobia pudiera haber tenido con

el senador anónimo, a la cual habrían dado este nombre en recuerdo a Odenato, que no tuvo nietos, al morir todos sus hijos sin descendencia.

Por el contrario, en otras fuentes se asegura que Zenobia fue ejecutada junto con otros dignatarios de Palmira tras la conquista de la ciudad por Aureliano; e incluso algunas crónicas apuntan que murió de una enfermedad cuando era trasladada a Roma, o que se dejó morir de inanición y su cuerpo fue arrojado a las aguas en el estrecho de Dardanelos, o que murió en un naufragio en las costas de Iliria. En verdad, no se sabe con certeza cuál fue el final de la vida de esta asombrosa mujer.

Los hechos principales narrados en este relato se atienen a los datos contenidos en las fuentes históricas conservadas, tanto en las diplomáticas y crónicas como en las numismáticas, epigráficas, arqueológicas, urbanísticas y artísticas. Para ello he revisado buena parte de la historiografía y todas las fuentes escritas disponibles que pueden consultarse en la relación bibliográfica que se incluye aquí.

Si en el curso de la narración me he encontrado con contradicciones, abundantes por cierto entre los historiadores y en los documentos, he intentado solucionarlas a partir de la lógica histórica y cuando he introducido la ficción literaria he procurado no alterar el devenir histórico del relato. Para dotar de mayor agilidad al texto y suplir la desoladora carencia de documentos he tenido que introducir algunos personajes de ficción, mezclados convenientemente con los históricos.

Fueron históricos y plenamente reales Zenobia, Odenato y sus hijos Hairam (sólo de Odenato), tal vez Hereniano y Timolao, y Vabalato; Meonio, primo de Odenato y su probable asesino, y Aquileo, el pariente de Zenobia que protagonizó la rebelión de Palmira en el año 273; y también lo son los ascendientes de Zenobia y de Odenato indicados en el texto, al menos según aparecen citados en las fuentes de la época. Son asimismo históricos todos los emperadores romanos (con sus años de reinado): Filippo el Árabe (244-249), Decio (249-251), Treboniano Galo (251-253), Emiliano (253), Valeriano (253-260), Galieno (253-268), Claudio II el Gótico (268-270), Aureliano (270-275), Tácito (275-276), Probo (276-282), Caro (282-283), Carino (283-284), Numeriano (283-284) y Diocleciano (284-305), así como los usurpadores del título imperial entre los años 260 y 271: Aureolo (en Iliria), Macrino y Quieto (en Oriente), Valente (en Acaya), Pisón (en Tesalia), Emiliano (en Egipto), Postumo (253-260, en la Galia, Britania, norte de Hispania y norte de Italia) y Tétrico (260-274, en la Galia). Los emperadores sasánidas Artajerjes (224-241), Sapor I (241-271), Ormazd I (271-272) y Bahram I (272-276) también lo son, y el sumo sacerdote persa Kartir Hangirpe, quien ordenó esculpir unas inscripciones gracias a las cuales se

conoce mejor la religión mazdeista.

El general Zabdas fue, en efecto, el estratega principal del ejército de Zenobia y el responsable de sus éxitos militares y sus victorias, y el filósofo Casio Longino fue, en verdad, el preceptor y principal consejero áulico de Zenobia cuando esta se convirtió en soberana del Imperio de Palmira; existieron el historiador Calimaco y el consejero Nicómaco. Shagal y Elabel, sumos sacerdotes del templo de Bel en Palmira, están documentados, pero de ellos apenas se sabe otra cosa que su nombre. También existió Pablo de Samosata, el controvertido patriarca de Antioquía (260-268) que tuvo que renunciar a su episcopado por defender posiciones teológicas que a los ojos de la mayoría de los obispos eran consideradas heréticas; escribió muchos tratados pero, condenado por apóstata, fueron destruidos por los cristianos seguidores de la línea ortodoxa de san Pablo y no han llegado hasta nuestros días. Y es histórico el profeta Mani, de gran influencia en Persia.

Un general llamado Septimio Zabaii, tal vez emparentado con el padre de Zenobia, formó con Zabdas una doble comandancia del ejército palmireno. Me he tomado la licencia literaria de sustituirlo por Giorgios, el general mercenario griego al que he convertido en amante de la reina.

Aquileo, que en alguna crónica se identifica como pariente de Zenobia, se rebeló en 273 contra Roma, restaurando por unas semanas el Imperio de Palmira. Aureliano volvió a conquistar la ciudad, y aquí las fuentes divergen. Algunos autores aseguran que Aquileo consiguió escapar y se refugió en Persia, aunque Zósimo escribe que el emperador lo consideró tan insignificante que lo perdonó.

Por el contrario, son producto de la ficción literaria, aunque se ajustan a los prototipos humanos de la época, el general ateniense Giorgios, personaje basado en varios mercenarios griegos que combatieron en Oriente al servicio de Roma o en su contra, el mercader griego Antioco Aquiles, ejemplo idealizado de los comerciantes griegos que se establecieron en Palmira entre los siglos I y III, el sumo sacerdote egipcio Teodoro Anofles, el mercenario armenio Kitot, reflejo de los muchos gladiadores que ganaron su libertad a base de pelear en la arena, y la esclava Yarai, imaginaria sierva cortesana, a la que he presentado como delatora de su señora Zenobia por una cuestión exclusivamente literaria.

Tal cual se cuenta en la novela, Odenato defendió las fronteras orientales del Imperio romano frente a los persas sasánidas y recibió por ello los honores y cargos que aquí se mencionan; en el volumen primero he presentado tres incursiones de Odenato en las tierras bajo dominio persa en la baja Mesopotamia en los años 261, 262 y 265. Revisadas las fuentes creo que fueron en efecto esas tres, si bien alguna de ellas, tal vez una de las dos primeras, se limitase a una simple escaramuza militar. Algunos autores sólo admiten dos, fechadas en los años 262 y 266. Odenato fue asesinado junto a su heredero Hairam, hijo de una

primera esposa de nombre desconocido, a finales del año 267. Su primo Meonio fue declarado culpable y ejecutado, aunque los romanos hicieron correr el rumor de que el magnicidio había sido concebido y ordenado por la propia Zenobia.

Zenobia se convirtió en soberana de Palmira a la muerte de su esposo y fundó el efímero Imperio de Palmira, que gobernó en nombre de su hijo Vabalato. Las fuentes históricas la describen como una mujer hermosísima, con el mismo aspecto físico que presenta en esta obra. Son históricas sus pretensiones de convertirse en una segunda Cleopatra.

A fines del siglo III el Imperio romano parecía abocado a su desaparición, pero gracias a las reformas de Diocleciano logró sobrevivir a las terribles crisis del siglo III y su existencia se alargó durante doscientos años más.

Uno de sus sucesores, Constantino, legalizó el cristianismo en el año 313 y otro emperador, Teodosio, lo convirtió en la religión oficial en el año 380. A su muerte en 405 el Imperio se dividió en dos.

En el año 476 un tal Odoacro, un caudillo de la poco relevante tribu germánica de los hérulos, decidió deponer de su endeble trono al joven Rómulo Augústulo, un niño de poco más de diez años, el último emperador romano de Occidente. En esa época ya hacía tres cuartos de siglo que el Imperio se había dividido en dos mitades, Occidente y Oriente. Para muchos, este hecho supuso el final del mundo antiguo y el origen de la llamada Edad Media.

La mitad oriental todavía sobrevivió durante mil años más como Imperio bizantino, hasta que en 1453 fue conquistado por los turcos otomanos. Para muchos, este hecho supuso el final del mundo medieval y el origen de la llamada Edad Moderna.

Para entonces, la reina Zenobia de Palmira se había convertido en una leyenda.

La recreación de las ciudades, monumentos y paisajes que aparecen en el texto es fiel a la realidad arqueológica, así como los utensilios, alimentos, vestidos y demás enseres de la vida cotidiana que aquí aparecen descritos. Para ello he examinado los restos arqueológicos datados en el siglo III y conservados en diversos museos del mundo, con especial atención a los de Palmira y Damasco. Las descripciones de las ciudades de Alejandría y Palmira están basadas en las fuentes que se conservan de estas dos ciudades. Para el caso de Palmira, el plano del siglo III se sigue perfectamente a partir de las excavaciones realizadas en los últimos decenios. En esta ciudad pude visitar algunas de las tumbas excavadas y en proceso de excavación arqueológica por misiones científicas de Alemania, Francia, Japón y la propia Siria; de esas visitas proceden las descripciones de las tumbas, de los edificios y de la antigua ciudad de Palmira, así como de los

paisajes y de otros yacimientos arqueológicos de la zona. Por el contrario, la composición del plano antiguo de Alejandría ofrece más dificultades, pues la ciudad actual se erige sobre la antigua, que sufrió numerosas destrucciones y determinantes cambios urbanísticos entre los siglos III y IX, a lo que habría que añadir considerables modificaciones en la línea de costa y en el lago interior con respecto al pasado.

Para la reconstrucción de los ejércitos romano, persa y palmireno y de las batallas libradas me he basado en la disposición clásica del ejército romano en el siglo III. En esa época el Imperio disponía de entre 30 y 35 legiones operativas. Una legión tipo estaba integrada por 10 cohortes de infantería, cada una de ellas con 480 hombres, salvo la primera, que la formaban 800; a su vez, una cohorte se dividía en 6 centurias, y 2 centurias configuraban un manipulo. Además, formaba en cada legión un batallón de caballería de entre 120 y 300 jinetes. Estas fuerzas, que alcanzaban la cifra de 5000 soldados, se completaban con tropas llamadas auxiliares, reclutadas entre los pueblos aliados de Roma, en número variable. En ocasiones el número total de efectivos de una legión podía elevarse hasta los 10 000 hombres, incluyendo las tropas auxiliares y los encargados de la intendencia, aunque el número de efectivos variaba mucho en función de todos esos parámetros.

El jefe supremo de la legión era el legado senatorial, al que ayudaban cinco o seis tribunos de rango ecuestre, al menos uno de ellos de familia senatorial. Al frente de cada centuria había un oficial llamado centurión; el más antiguo, habitualmente del orden ecuestre y jefe de la primera centuria, mandaba toda la cohorte y se denominaba *primer pilus*. Cada cohorte enarbolaba su bandera específica y cada manipulo disponía de su propio soldado portaestandarte, el signario, que custodiaba un emblema con varios medallones e insignias. La caballería la mandaba un comandante y los oficiales eran los prefectos.

Los legionarios debían ser ciudadanos romanos, al menos según el derecho. Servían en el ejército durante veinte años, a veces hasta veinticinco, y recibían un salario de 10 ases diarios (unos 250 denarios o 1000 sestericios al año), en tres pagos anuales; de la paga se descontaban el vestido, las armas y las tiendas. Cuando se proclamaba un nuevo emperador solían recibir una paga extra. Al licenciarse se les entregaba un lote de tierra o una paga de 3000 denarios.

En total, a mediados del siglo III Roma tenía enrolados en el ejército entre 300 000 y 350 000 soldados, entre legionarios y tropas auxiliares, lo que significaba un gasto muy oneroso para las arcas del Estado.

Para elaborar los relatos sobre los mitos griegos y romanos me he basado en las obras de los autores clásicos griegos Homero y Hesíodo, además de en numerosos trabajos contemporáneos, en especial los de Robert Graves y Carlos García Guai.

Algunas cuestiones tratadas en esta obra pueden resultar asombrosas para la

época en que está enmarcada la novela, como los animales fabulosos, las personas metamorfoseadas en asnos, los poderes y las propiedades atribuidas a las piedras preciosas y las creencias en sus efectos sobre el cuerpo humano, los habitantes en la Luna, etc., y pueden parecer fruto de mi imaginación, más aún tratándose de un texto ambientado en el siglo III, pero forman parte de la literatura de la época y están integradas en los tratados que se escribieron en el mundo romano sobre la naturaleza y en algunas de las novelas escritas en la época romana por autores como Luciano de Samosata o Apuleyo, entre otros.

La monumental y enigmática ciudad de Palmira, llamada Tadmor por los árabes, la ciudad de las palmeras, fue construida en pleno desierto sirio en un oasis a mitad de camino entre la costa mediterránea y el río Eufrates. Centro de las caravanas que recorrían la Ruta de la Seda entre China, India y el Mediterráneo floreció extraordinariamente entre los siglos I y III. Gracias al comercio y al tránsito de mercaderes se enriqueció de tal modo que en la tercera centuria fue considerada la ciudad más rica y lujosa del mundo, y llegó a estar poblada por varias decenas de miles de habitantes, ocupando una superficie en torno a las cuatrocientas hectáreas.

Merced a sus ingentes recursos económicos la ciudad se dotó de templos, edificios públicos y calles y plazas monumentales, y sus ciudadanos construyeron lujosas mansiones y fastuosas tumbas.

Capital de un gran imperio bajo el gobierno de la reina Zenobia, el emperador Aureliano la conquistó en el año 272 y fue parcialmente destruida en 273. El emperador Diocleciano restauró algunos barrios unos años después, pero Palmira ya no recuperó su pasado esplendor. Se cristianizó a principios del siglo IV y durante esa centuria llegó a disponer de obispo propio, que en 325 acudió al decisivo concilio de Nicea, donde se fijó el dogma de la Trinidad y el de la divinidad de Jesucristo.

A comienzos del siglo V pasó a ser parte del Imperio bizantino y en el siglo VII se incorporó al Imperio islámico. Lentamente fue agudizándose su decadencia hasta que en el siglo XI resultó gravemente afectada por un terremoto. Palmira jamás volvió a recuperarse y quedó reducida a una pequeña aldea de campesinos y beduinos.

Hoy sus ruinas monumentales, descubiertas por viajeros europeos en el siglo XVII y excavadas y restauradas en los últimos cien años, surgen en medio del desierto de Siria, junto al palmeral y a los manantiales que le dieron vida, como mudos pero grandiosos testigos de un pasado de ensoñación y leyenda.

Comencé a imaginar este relato sobre Zenobia en octubre del año 2007, en el

transcurso de un viaje a Siria al que fui invitado por el gobierno de ese país gracias a la mediación de Juan Carlos Benavides, alcalde de la acogedora ciudad andaluza de Almuñécar.

Durante varios días de aquel mes recorrí Siria y entré en contacto profundo con la cultura y la historia de esa laboriosa nación. La visita a Palmira, Tadmor en árabe, me impactó de manera extraordinaria, y no sólo por las monumentales ruinas, el épico paisaje de epopeya en el que se erigen y la mágica aura de misterio que las envuelve, sino también por los cálidos atardeceres otoñales y por un amanecer prodigioso que compartí entre las ruinas con mi amigo, el magnífico novelista y relevantísimo historiador, José Calvo Poyato. Ambos contemplamos asombrados y conmovidos desde la gran calle de columnas el clarear del horizonte oriental minutos antes del alba y disfrutamos del tornasolado cambio de colores y de la rutilante invasión de la luz solar surgiendo entre las tupidas palmeras hasta bañar con una preciosa y etérea pátina ambarina las doradas piedras de Palmira, todo ello en el transcurso de la más rutilante alborada que pueda presenciarse. En ese lugar y en ese momento supe que algún día escribiría este libro sobre Palmira y sobre su reina Zenobia.

Esta obra debe mucho a los citados Juan Carlos Benavides y José Calvo Poyato, pero también a las autoridades sirias que en el otoño de 2007 ocupaban los siguientes cargos: la vicepresidenta de Siria, la señora Nayah Al Attar, que nos recibió en audiencia y con la que comentamos aspectos puntuales de la historia común de Siria y España; el ministro de Cultura, doctor Riyad Nassan Agha, que nos facilitó el tránsito por el país y el acceso a museos y monumentos en condiciones privilegiadas; el embajador de Siria en España, doctor Mohsen Bilal; el director del Centro Cultural Árabe Sirio en Madrid, doctor Rifaat Atfé; el conservador del Museo de Palmira, doctor Khalil al-Hariri, que nos explicó con erudición y orgullo las ruinas de Palmira, las tumbas y el museo de la ciudad; y también los funcionarios del Ministerio de Cultura, los responsables del patrimonio y directores de los museos de Palmira, Damasco y Alepo, y los intérpretes que nos acompañaron por todo el país. A todos ellos mi agradecimiento y mi consideración.

Estoy en deuda con muchos de los habitantes de la República Árabe de Siria, un hermoso país que, pese a los problemas que afectan a la región de Oriente Medio, se desarrolla entre la tradición y la modernidad, orgulloso de su pasado y de su cultura, con un patrimonio de ensueño y unos paisajes de leyenda, poblado por gentes laboriosas y serviciales, herederas de una civilización varias veces milenaria, que son amables y acogedores como el más hospitalario de los pueblos de la Tierra.

Por último quiero agradecer la confianza depositada en mí por Carlos Revés y Marcela Serras, de la Editorial Planeta, y, por supuesto, a Ana D'Atri por su trabajo y su aliento y a Purificación Plaza, gracias a la cual esta novela es mejor.